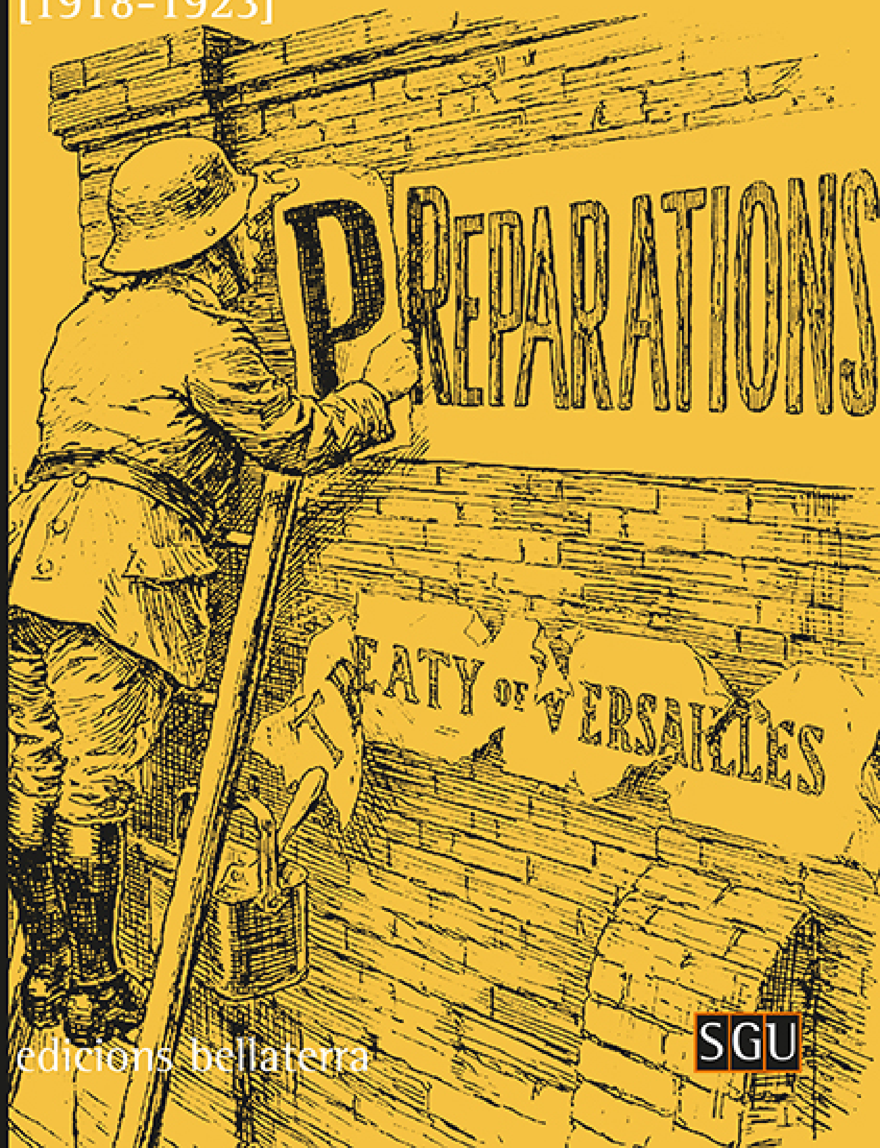
J. Pich Mitjana - D. Martínez Fiol
J. Sabater (eds.)

La paz intranquila

Los tratados de paz de la guerra que no acabó con todas las guerras [1918-1923]



SGU
edicions bellaterra

LA PAZ INTRANQUILA

Serie General Universitaria - 244

JOSEP PICH MITJANA, DAVID MARTÍNEZ FIOL y JORDI SABATER (eds.)

LA PAZ INTRANQUILA

Los tratados de paz de la guerra que no acabó con todas las guerras (1918-1923)

edicions bellaterra

Este libro forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia: (2017 SGR 1041).



Diseño de la colección: Joaquín Monclús

Navas de Tolosa, 289 bis. 08026 Barcelona
www.ed-bellaterra.com

ISBN: 978-84-7290-991-5

Impreso por Prodigitalk (Barcelona)

Índice

TERCERA PARTE
Los derrotados humillados

Presentación
La gran desilusión o los Tratados que no acabaron con las guerras

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS UPF

Jordi Sabater
URL y GRENS UPF*

En enero de 2019 se cumplieron cien años del inicio de las negociaciones de paz que condujeron a la firma del Tratado de Versalles. Éste fue, junto al precedente tratado de Brest Litovsk de marzo de 1918, el más conocido de toda una serie de tratados que implicaron una radical reordenación del mapa político de Europa y un nuevo reparto colonial, aunque bajo la forma de mandatos de la nueva Sociedad de Naciones (SdN),[1] para que el *de facto* viejo imperialismo de los vencedores fuese asumible para Wilson y los *wilsonistas*. La publicística de los vencedores de la Gran Guerra, fundamentalmente, los Estados Unidos (EE.UU.), Gran Bretaña y Francia, pero especialmente los primeros, insistió en el hecho de que la guerra que había conmocionado al mundo entre 1914 y 1918 habría sido una guerra necesaria para erradicar las guerras de una vez por todas y, también, para democratizar el mundo (republicanizarlo, en el lenguaje de la época) para así eliminar o cauterizar las heridas sociales y las injusticias tanto políti-

* La presentación y el prefacio forman parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. Sobre la Sociedad de Naciones y los mandatos véase M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp. 139-151 y sobre el gran proyecto de S. Wilson ver S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d’ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 107-150, y sobre los mandatos y la *repartición de los despojos* coloniales del Imperio alemán véase pp. 253-270.

cas como territoriales que no habían sabido sanar o evitar los estados liberales.[2]

Ciertamente, la Gran Guerra destapó e intentó solucionar todas las tensiones sociales, culturales, políticas y económicas de la contemporaneidad, marcadas por la progresiva implantación, a lo largo del siglo XIX, de regímenes parlamentarios liberales, tanto en la forma de gobierno monárquica como en su vertiente republicana, ya fuese con una vertebración territorial centralizada o con una federal. Los más idealistas consideraron que los nuevos estados liberales habrían de sustituir todas las formas de vertebración y organización política que habían estructurado durante siglos las sociedades de Antiguo Régimen. Sin embargo, los viejos estados imperiales, tanto los que se habían transformado en estados más o menos liberales como los que no, se resistían a renunciar de una manera decidida a las pautas de comportamiento social y cultural propias del Antiguo Régimen. No solo eso, seguían conservando sus posesiones imperiales sin que se aplicase en éstas, excepto en los dominios británicos, las formas de organización política propias del liberalismo; formas que, por otro lado, se implementaban limitadamente en las mismas metrópolis. De hecho, la posesión de colonias o de territorios ultramarinos siguió siendo en el nuevo marco liberal, un factor de prestigio y de poder internacional heredado del Antiguo Régimen, motivo por el cual se hablaba de la pervivencia de éste hasta el mismo final de la Gran Guerra.[3]

A finales del siglo XIX, las críticas al *liberalismo oligárquico* adoptaron los mismos contenidos y formas que, en el marco de las revoluciones liberales, tomaron las destinadas a cuestionar al absolutismo o a las estructuras sociales propias del Antiguo Régimen. A principios del siglo XX, el ideal republicano (como sinónimo de democracia) devino la *utopía* que podía aglutinar a todas las fuerzas que

2. A. Hochschild, *Para acabar con todas las guerras (Una historia de lealtad y rebelión 1914-1918)*, Península, Barcelona, 2013. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Crítica, Barcelona, 2016, pp. 163-478. Posiblemente, el origen de la idea que la *Gran Guerra* sería: «la guerra que acabarà con todas las guerres» se debe a H. G. Wells, famoso por sus novelas de ciència ficción, en concreto: H. G. Wells, *The War That Will End War*, Nueva York, Duffield & Company, 1914, en <http://www.gutenberg.org/files/57481/57481-h/57481-h.htm> [consultado el 22/12/2019].

3. A. J. Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

querían acabar con los restos del Antiguo Régimen que seguían existiendo en el estado liberal. Las revoluciones republicanas más importantes de la primera década del siglo XX se produjeron en el este y en el sur de Europa, espacios caracterizados por su carácter agrario. En estas sociedades se pusieron de manifiesto toda una serie de tensiones internas que podrían definirse como la lucha entre lo antiguo y lo moderno, lo viejo y lo nuevo. Si bien la mayor parte de la fuerza de trabajo de estas sociedades era mayoritariamente campesina, en su seno surgían y crecían unas clases medias profesionales que aspiraban a redefinir las formas de promoción social y laboral en el ámbito urbano.[4]

Así pues, en este período se acentuó cada vez más el contraste entre lo rural y lo urbano. A los ojos de la intelectualidad «modernizadora», ya fuese de derechas o de izquierdas, el campo y sus formas de relación social —definidas las más de las veces como «feudales»— eran un vestigio a extinguir: calificadas como contrarrevolucionarias y antimodernas o, como se decía en lenguaje de la época, «antieuropeas», la modernidad era entendida como todo aquello que estaba vinculado a lo urbano, a todo lo derivado a la industrialización, de donde surgían los nuevos medios de comunicación y de transporte, y que era propio de las sociedades anglosajonas y germánicas de la Europa Occidental, así como también de la Francia republicana.[5]

En el cambio del siglo XIX al XX, la ciudad devino, en el imaginario del conjunto de Europa, el espacio dónde se concentraba todo el progreso social, político, económico y, por supuesto, cultural. Las grandes manifestaciones a favor de la guerra en el verano de 1914 tuvieron lugar en Berlín, San Petersburgo, Londres o París. La guerra resultaba atractiva para los jóvenes campesinos que querían huir del aburrido y monótono ambiente rural. Sin duda, cuanto más se esforzaron por definir los sectores clericales a la ciudad como una supuesta Babilonia moderna, más capacidad de atracción tenían las urbes sobre los jóvenes campesinos. Éstos, mayoritariamente sin estudios, pero con pretensiones de *comerse el mundo*, aspiraba dejar atrás todo traba-

4. P. M. Pilbeam, *The Middle Classes in Europe 1789-1914. France, Germany, Italy and Russia*, MacMillan Education Ltd., Londres, 1990.
5. La identificación de progreso con modernización en M. Menéndez Alzamora, *La generación del 14. Una aventura intelectual*, Siglo XXI, Madrid, 2006, pp. 41-49.

jo manual, ya fuese para hacer fortuna en algún negocio o para hacerse con un lugar, aunque fuese pequeño, entre las huestes del periodismo, de la literatura de las artes, al mismo tiempo que ocupar un empleo dentro de la función pública, del comercio o como administrativos aspiraban a que les permitiese subsistir. Sin embargo, para desilusión de muchos, el destino que les deparaba la urbe era el indeseado ámbito del trabajo manual y, en el mejor de los casos, en el de la dependencia comercial o de camareros. Eran unos *don nadie* que no podían competir ni con la clase media intelectual, y ni mucho menos, con los intelectuales profesionales forjados en las Universidades. Pero unos y otros tenían claro que la lucha política y profesional se decidiría en las ciudades y que desde éstas se *redimiría* el mundo rural como subordinado a la urbe.[6] Los casos más emblemáticos y conocidos son en Francia, París como centro de los grandes movimientos políticos del siglo XIX y de las vanguardias artísticas; en el de la Alemania unificada, Berlín; en Italia, Roma, pero también Milán, su gran contrapoder político y económico de donde surgieron propuestas políticas modernas como el fascismo, entendido como un intento violento y totalitario de construcción de una sociedad moderna y cosmopolita.[7]

En las ciudades cuajó el nacionalismo, que impulsó las diversas revoluciones que sacudieron los años iniciales del novecientos. Ciudades como Salónica, o territorios como la isla de Creta, que formaban parte del Imperio otomano, devinieron focos de la liberación nacional griega y de modernización política para la Grecia peninsular independiente. Salónica fue además el máximo epicentro de la rebelión de los denominados Jóvenes Turcos, cuyo objetivo era reformar en sentido democrático y nacionalista el Imperio otomano.[8]

En la España de principios del siglo XX las dos grandes ciudades eran Madrid y Barcelona. Las capitales de España y de Cataluña se convirtieron simplificadamente en la expresión de dos formas distin-

6. D. Martínez Fiol, «“Cavallers del treball”: función pública, corporativismo y asociacionismo profesional en Cataluña (1900-1936)», *Bulletin d’Histoire Contemporaine de l’Espagne*, n.º 45 (2011), pp. 149-167.

7. E. Ucelay-Da Cal, *Llegar a capital. Rango urbano, rivalidades interurbanas y la imaginación nacionalista en la España del siglo XX*, Fundació Rafael Campalans, Barcelona, 1997. R. Griffin, *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Akal, Madrid, 2010.

8. M. Mazower, *La ciudad de los espíritus. Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi*, Crítica, Barcelona, 2009.

tas de entender la reconstrucción regeneradora y modernizadora del estado español, siendo observadas muy de cerca por urbes como Valencia, Bilbao y Sevilla. Ciudades en las que también prosperaron diferentes versiones modernas del republicanismo, del catolicismo social y del nacionalismo y/o del regionalismo.

La incorporación de las multitudes en el ámbito político supuso un espejismo de democratización, que acabó envileciendo los medios de lucha y de activismo político con la utilización de la violencia. Ésta se concretó en las partidas de la porra, los terroristas, las fuerzas parapoliciales o las policías privadas (a veces eufemísticamente definidas como guardaespaldas) o las bandas de pistoleros al servicio de quien les pagase mejor; unas formas de actuación política que emponzoñaron la mítica imagen de una sociedad, la de finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, que fue bautizada retrospectivamente en el ámbito francófono de los años veinte con el apelativo de la *Belle Époque*, omitiendo todos los conflictos que caracterizaron aquel convulso período. Además, fueron los años que consolidaron una primera globalización fruto de las innovaciones tecnológicas de la segunda revolución industrial, del desarrollo de la economía de mercado y del imperialismo.[9]

La desigualdad manifiesta del progreso capitalista convulsionó a la sociedad europea. Se empezó a hablar de una revolución que acabaría con el Antiguo Régimen o con las pervivencias de éste en el seno de la sociedad liberal. Para ello, una parte importante de la sociedad seguía confiando en las bondades del régimen parlamentario. Incluso algunos partidos socialistas sucumbieron a los encantos del mismo, a la vez que muchos defendían la necesidad de una auténtica revolución que barriese todas las supuestas *lacras* de la no tan idílica *Belle Époque*. Para unos, esta revolución se concretó en las revoluciones de la Rusia de 1917 y en el tratado de paz de Brest Litovsk de 1918. Pero

9. S. Zweig, *El món d'ahir*, Barcelona, Quaderns Crema, 2001. Barbara W. Tuchman, *La Torre del orgullo. Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial*, Península, Barcelona, 2007. C. E. Schorske, *La Viena de fin de siglo. Cultura y política*, Siglo XXI, Madrid, 2011. Ph. Blom, *Años de vértigo: cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Anagrama, Barcelona, 2010. J. Pich, «La "Belle Époque"?», en E. Ucelay-Da Cal y J. Pich (eds.), *La fi de la Belle Époque i la Gran Guerra*, N.E., Barcelona, 2016 [2.ª ed. digital 2017]), pp. 43-84. J. M. Keynes, *Las Consecuencias económicas de la paz*, Crítica, Barcelona, 1987, pp. 14-15. G. Jackson, *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1997, pp. 9-39.

para la inmensa mayoría la auténtica revolución fue la Gran Guerra, e interpretaron los tratados de paz de 1919-1920 como su certificación formal y jurídica.

Sin embargo, la experiencia revolucionaria rusa y el Tratado de Brest Litovsk no deben ser analizados como acontecimientos aislados y al margen de las propuestas *wilsonianas* (los famosos catorce puntos formulados por el presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson) o de los resultados definitivos de los tratados de paz de 1919-1920. Todo lo contrario. Las siguientes páginas ofrecen una realidad europea y, obviamente, mundial del período 1917-1923 extraordinariamente compleja. En este contexto, los proyectos *wilsoniano* y bolchevique no solo compitieron entre sí, sino que tuvieron que lidiar con las nuevas ambiciones territoriales del proyecto revanchista francés o del *pactismo* británico,[10] profundamente preocupado éste por el tema irlandés; así como también con las insatisfacciones tanto de los vencedores de segunda fila como de los eximperios republicanizados y humillados de Alemania y de Àustria. Este magma de ilusiones y frustraciones territoriales y políticas generaron «La paz intranquila», que da título al presente estudio,[11] el cual recoge la mayor parte de las ponencias que se presentaron en las «Jornades Internacionals. Els Tractats de Pau de París (1919-1920)» celebradas el 11 y el 12 de abril de 2019 en el marco de la Universitat Pompeu Fabra (UPF) de Barcelona, y que, estructuradas en cuatro grandes bloques ofrecen una visión poliédrica y compleja de los años inmediatos al final de la Gran Guerra.

10. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 18-46.
11. S. A., «La pau intranquil·la», *La Campana de Gràcia*, n.º 2634, 11/10/1919.

Primera parte

ESPERANZAS WILSONIANAS
Y CRÍTICAS LENINISTAS

Primer prefacio. De nacionalismos e internacionalismos. Frente al *wilsonismo* y el leninismo, la reconstrucción nacionalista francesa de Europa

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS UPF

Jordi Sabater
URL y GRENS UPF*

No es ningún secreto que Francia se negó en todo momento a la participación y presencia de delegados de la Rusia bolchevique en las negociaciones de paz. También es sabido, que las autoridades francesas no se sentían especialmente cómodas con la irrupción en el concierto internacional de 1918 y con su presencia en las conferencias de paz de 1919 del presidente estadounidense Woodrow Wilson y el naciente *wilsonismo*.[1] Para reforzar este sentimiento, los *mass-media* franceses publicitaron hasta la saciedad todo tipo de grabados que reprodujeron el encuentro, el 11 de noviembre de 1918, de las delegaciones francesa y alemana en un vagón de tren detenido en el bosque de Compiègne en el que certificaban el armisticio que ponía fin a las hostilidades bélicas y a la Gran Guerra. Es más, la celebración de las conferencias de paz en París y sus alrededores resaltaron la condición de anfitrión y de protagonista de Francia en la confección tanto del nuevo mapa como del orden político mundial. Dicho de una manera clara: Francia hizo todo lo posible para ser el auténtico árbitro del orden político que

* Este prefacio forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. D. Fiorentino, «Wilson, “wilsonismo” e l’internazionalismo liberale», *Contemporanea: Rivista di storia dell’800 e del’900*, año 22, núm. 1 (enero-marzo de 2019), pp. 153-163. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra…*, *op. cit.*, pp. 307-325. E. Manela, *The Wilsonian moment: self-determination and the international origins of anticolonial nationalism*, Oxford University Press, Nueva York, 2009.

surgiese de Versalles.[2] No iba a permitir que unos, desde su perspectiva, advenedizos, los EE.UU., ni unos *irresponsables*, los rusos bolcheviques, pudiesen llegar a marcar las directrices del diseño territorial y político del futuro europeo y mundial. En esta línea interpretativa se mueve el primer capítulo de esta primera parte: E. J. Dillon. *The Inside Story of the Peace Conference. Contra la egolatría de Francia, la pusilanimidad de Wilson y la ambivalencia del caso ruso*, en el que Juan Pastrana (GRENS UPF) analiza las razones por las que, desde el punto de vista del periodista irlandés, E. J. Dillon, Francia actuó con unas buenas dosis de soberbia en las negociaciones de paz, intentando a su vez cortocircuitar cualquier apuesta (como el *wilsonismo* o el bolchevismo) que pudiese cuestionar su propuesta de hegemonía mundial. Es en este sentido que Pastrana también introduce la denuncia que, de los acuerdos de Versalles, realizó, en un sentido claramente antifrancés, el economista y miembro de la delegación británica en la Conferencia de paz, John Maynard Keynes, en su conocida obra, *Las consecuencias económicas de la paz*.[3]

Ciertamente, la jacobina Francia de la III República no se había desentendido del denominado «problema de las nacionalidades», y para ello había consentido, tolerado y subliminalmente auspiciado una organización que, constituida en 1912, había adoptado el nombre de «Union des Nationalités» (UdN), también conocida como «*Office Central des Nationalités*» (OdN) o «*Bureau des Nationalités*», y que actuó como «una oficina de información y un órgano común de publicidad y propaganda» de las nacionalidades oprimidas, especialmente, las europeas. Pretendía ser un *lobby* que impulsara la creación de una corriente de opinión favorable al derecho a la autodeterminación de las nacionalidades. Sus objetivos eran la promoción de la cultura, las tradiciones y las características diferenciales de las naciones sin estado, al tiempo que aspiraban a ejercer un papel de intermediarios a favor de los contactos entre representaciones de diferentes nacionalidades. Su finalidad era contribuir al progreso de la paz universal, que pretendía que fuese perpetua, así como a la organización de una federación europea y mundial de nacionalidades, donde estas serían autó-

2. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 63-70.
3. J. Keynes M, *Las consecuencias económicas de la paz*, Crítica, Barcelona, 1987 [1919].

nomas, al tiempo que mantendrían sus respectivas personalidades culturales.[4] Las aspiraciones de la UdN se hacen más comprensibles cuando descubrimos que sus fundadores procedían de la izquierda radical-socialista francesa o de diferentes movimientos nacionalistas radicales, vinculados buena parte de ellos a la francmasonería europea, como el liderado por el serbio Nikola Pašić o los independentistas catalanes, ucranianos y lituanos.[5]

Resultaba obvio que el plan de reconstrucción nacional de Europa ideado por la UdN, y auspiciado por las autoridades galas, escondía bajo la retórica del «principio de las nacionalidades» y de la democracia, la voluntad de debilitar o descomponer a los Imperios alemán y austrohúngaro, pero también al Imperio ruso. La caída del zarismo y la *traición* bolchevique de retirar a Rusia de la guerra en 1918 facilitó a las autoridades francesas y a los *ideólogos* de la UdN, el desvincular de la causa aliada al *Oso del Este*. En definitiva, la UdN —que se disolvió en 1919, cuando ya no le hacía ninguna falta a Francia— fue, a su manera, un *wilsonismo* a la francesa y dio la suficiente información a las autoridades galas para gestionar los tratados de paz.

En este sentido, los otros dos capítulos que conforman esta primera parte, elaborados por los profesores de la Universitat Autònoma de Barcelona, Gennadi Kneper, *La Gran Ilusión*: *Wilson, Lenin y la nacionalización estatal de Europa (1917-1920)* y Josep Puigsech, *¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista! El orden mundial alternativo de la Rusia bolchevique y la III Internacional*, resaltan las posibilidades reales que supusieron el *wilsonismo* y el bolchevismo, en la coyuntura que va de 1917 a 1923 como alternativas serias de reformulación del juego político mundial frente a las visiones francesa, principalmente, y británica. Tanto la opción *wilsoniana* como la leninista compartían, cada una a su manera, la

4. D. R. Watson «Jean Pélissier and the Office Central des Nationalités», *The English Historical Review*, 439, 1995, pp. 1.191-1.206; X. M. Núñez Seixas, «Espías, idealistas e intelectuales: La *Union des Nationalités* y la política de nacionalidades durante la I Guerra Mundial (1912-1919)», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. H.ª Contemporánea*, t. 10, 1997, pp. 120-122; y finalmente, J. Esculies y V. Petronis, «Self-proclaimed diplomats: Catalan-Lithuanian cooperation during WWI», *Nationalities Papers*, 16/10/2015, p. 8, publicado on line: <http://dx.doi.org/10.1080/00905992.2015.1087487>.

5. G.-H. Soutou, «Les grandes puissances et la question des nationalités en Europe centrale et orientale pendant et après la Première Guerre Mondiale: actualité du passé?», *Politique étrangère*, n.º 3, 1993, p. 701.

aspiración de construir un nuevo orden, teóricamente, democrático y republicano, en el que se tuviesen en cuenta las diferentes aspiraciones nacionales en litigio, especialmente en el contexto europeo. Ambas opciones, como demuestran los profesores Kneper y Puigsech, se nutrieron en sus discursos y en su praxis de las tradiciones revolucionarias democráticas y republicanas del siglo XIX. Y en el caso concreto del bolchevismo, la insurrección de octubre de 1917 no fue ajena a la oleada revolucionaria republicana y nacionalista de los años previos a la Primera Guerra Mundial, que tuvieron como punto en común el cuestionamiento del ideal monárquico desde una poliédrica *buena nueva* republicana que afectó a: Rusia (1905), el *Midi* francés (1907), España y el Imperio otomano (1909), Portugal, Grecia y México (1910) o China (1911); así como también Irlanda, en 1916, Suecia y nuevamente Rusia, España, Grecia y Portugal, en 1917.[6]

6. El ciclo revolucionario republicano durante la preguerra y el mismo conflicto en D. Martínez Fiol y J. Esculies, *1917. El año que España pudo cambiar*, Renacimiento, Sevilla, 2018. J. Pich Mitjana y D. Martínez Fiol, *La revolución de julio de 1909. Un intento fallido de regenerar España*, Editorial Comares, Granada, 2019.

1.
E. J. Dillon. *The Inside Story of the Peace Conference*. Contra la egolatría de Francia, la pusilanimidad de Wilson y la ambivalencia del caso ruso

Juan Pastrana
GRENS-UPF*

El periodista y lingüista irlandés Emile Joseph Dillon (Dublín, 1854-Barcelona, 1933) fue un reputado cronista de su época. A lo largo de su vida pudo presenciar varios de los acontecimientos clave del primer tercio del siglo XX que constituirían el final de lo que E. J. Hobswamn denominó el siglo XIX largo, tales como la revolución rusa de 1905, la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la revolución soviética (1917), así como las conversaciones de paz de París que pondrían un falso final al primer gran conflicto mundial del siglo XX.

El presente capítulo analizará su opinión y puntos de vista sobre la Conferencia de paz, la cual quedó plasmada en su libro *The Inside Story of the Peace Conference*,[1] obra terriblemente crítica, como veremos más adelante, con la planificación, desarrollo y conclusión de los Tratados que debían prevenir el estallido de un nuevo conflicto mundial.

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. E. J. Dillon, *The Inside Story of the Peace Conference*, Hutchinson & Co, Londres, 1920.

Apuntes biográficos

Emile Joseph Dillon nació en Dublín en 1854. Inicialmente cursó estudios de teología, pero no tardaría en abandonarlos en favor de los de Filología Eslava, trasladándose a París y matriculándose en el Colegio de Francia. Obtenido su título, prosiguió sus estudios en la Universidad de Leipzig, dónde obtuvo su primer doctorado. Posteriormente cursó estudios en la Universidad de Lovaina, obteniendo un segundo doctorado. Su carrera académica le llevó a la Universidad de Kharkov, dónde obtuvo un tercer doctorado en Filología comparada y Lenguas Orientales, pasando posteriormente a ocupar un puesto de profesor en la cátedra de esos mismos estudios. Sin embargo, no tardaron en surgir fuertes discrepancias con la dirección de la universidad y presentó su dimisión. Fue entonces, en 1877, cuando se incorporó como cronista en Rusia del diario británico «The London Telegraph», posición que le permitió establecer relaciones con destacadas personalidades de la sociedad rusa, en especial el conde Sergei Witte y el escritor Fiódor Dostoyevski.

Como periodista pudo cubrir diversos momentos cruciales de la historia de Rusia durante los inicios del siglo XX, tales como la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y el subsiguiente movimiento revolucionario, así como también el estallido de la I Guerra Mundial, la caída de la dinastía Romanoff y la conversión de Rusia en la Unión Soviética.

Sus convicciones políticas y sus relaciones personales le obligaron a abandonar Rusia tras el triunfo bolchevique, regresando a su Irlanda natal. A partir de ese momento comenzó un auténtico periplo como enviado especial en diversas partes del mundo para diversos diarios británicos, hasta que, finalmente, fijó su residencia en Barcelona, donde falleció en el mes de junio de 1933 a consecuencia de complicaciones postoperatorias.[2]

2. S.A., «El Doctor Dillon», *La Vanguardia*, 11/6/1933; «Dr. Emile J. Dillon, war writer, dead», *The New York Times*, 10/6/1933.

The Inside Story of the Peace Conference

Esta obra tal vez fuese su trabajo de mayor reconocimiento internacional. Escrita en 1920, se trata de un ensayo muy crítico, tanto con el planteamiento de la Conferencia de paz como con los participantes y todo el desarrollo que concluiría con los diversos Tratados de Paz. Ya en el prólogo de la obra deja claro su posicionamiento crítico y el hecho de que su libro no puede ser en modo alguno considerado como una historia de la Conferencia de Paz, dadas las restricciones impuestas por los participantes a los corresponsales que cubrían aquel acontecimiento. A modo de ejemplo, Dillon afirmaba que:

> It is almost superfluous to say that this book does not claim to be a history, however summary, of the Peace Conference, seeing that such a work was made sheer impossible now and forever by the chief delegates themselves when they decided to dispense with records of their conversations and debates.[3]

Las críticas a los participantes en la Conferencia serán una constante a lo largo de toda la obra, al igual que las decisiones que se tomaron, como también explica el autor en ese mismo prólogo:

> The fatal tactical mistake chargeable to the Conference lay in its making the charter of the League of Nations and the treaty of peace with the Central Powers interdependent. For the maxims that underlie the former are irreconcilable with those that should determine the latter, and the efforts to combine them must, among other untoward results, create a sharp opposition between the vital interests of the people of the United States and the apparent or transient interests of their associates. The outcome of this unnatural union will be to damage the cause of stable peace which it was devised to further.[4]

Habida cuenta de lo explicitado en el anterior extracto, Dillon llega a la inequívoca conclusión de que los acuerdos alcanzados en el marco de la Conferencia no iban a servir para solucionar ninguno de los problemas que habían abocado al Viejo Continente a la mayor guerra has-

3. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, p. 1.
4. *Ibid.*, p. 2.

ta entonces conocida. De hecho, critica la miopía de los plenipotenciarios, afirmando que:

> In the meanwhile the Conference which ignored this problem of problems has transformed Europe into a seething mass of mutually hostile states powerless to face the economic competition of their overseas rivals and has set the very elements of society in flux.[5]

Dillon no fue el único autor en criticar lo alcanzado en la Conferencia, como bien es sabido. En este sentido se alinea claramente con las posiciones críticas desarrolladas por John Maynard Keynes en su conocida obra *The Economic Consequences of the Peace* (1919) y, al igual que el brillante economista, desconfía de un futuro en el que la Conferencia de Paz debería haber eliminado completamente las posibilidades de un nuevo conflicto bélico.[6] Así, a los ojos de los contemporáneos del período de entreguerras, la ascensión de Adolf Hitler en Alemania demostraría de sobras lo erróneo del discurso que afirmaba que tras la Conferencia de Paz se habían cimentado los pilares para una paz perpetua en Europa. Lo cierto es que la reconstrucción política y económica de Europa alcanzó altos niveles de traumatismo moral: la dificultad de los veteranos de guerra a adaptarse a la recuperada vida civil, la competencia política y laboral femenina frente al tradicional mundo trabajador masculino, las dificultades para reconstruir los antiguos tejidos industriales de las grandes potencias europeas continentales. Todo un magma de transformaciones traumáticas que han conducido a interpretar la Gran Guerra como un *diluvio* que destruyó el antiguo orden internacional.[7]

París: una sede en discusión

Dillon pasa a desgranar, tras su declaración de intenciones del prólogo, todos aquellos aspectos que considera negativos para el estableci-

5. *Ibid*., p. 4.
6. J. M. Keynes, *Las consecuencias económicas…*, *op. cit*., Sobre Keynes y la conferencia de paz véase, M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp. 69-70, 235-248, 328, 578 y 591-592.
7. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Crítica, Barcelona, 2016.

miento de una paz definitiva en Europa que evitase una repetición del baño de sangre de 1914-1918. La primera crítica es ya con la elección de la capital francesa como sede de la Conferencia.[8] No duda en calificar a París como un emplazamiento elegido por los vencedores para vengarse de los perdedores. Según Dillon, la primera ciudad designada para albergar la Conferencia de Paz iba a ser Lausana, pero la habrían descartado por considerarse que no poseía las infraestructuras de alojamiento y de transporte necesarias para las numerosas delegaciones que iban a reunirse, por lo que se decidió trasladar la cumbre a Ginebra. Sin embargo, no tardó en aparecer el orgullo galo y su noción de justicia poética; los delegados franceses consideraron que, si el nacimiento del militarismo teutón se había producido en el Salón de los Espejos de Versalles, con la proclamación del *káiser* Guillermo I tras la victoria de los ejércitos alemanes en el conflicto franco-alemán de 1870-1871, debía ser en París dónde se pusiese fin al mismo.[9]

Para el periodista irlandés, la Ciudad de la Luz no era, en modo alguno, el lugar ideal para albergar las negociaciones de paz. Probablemente debido a la educación elitista recibida y a sus propias convicciones sobre la sociedad, Dillon se muestra enormemente crítico en la comparación de la Conferencia de París con el Congreso de Viena de 1814-1815,[10] y al que sitúa como referente de lo que se debe esperar de la sede para unas negociaciones de semejante importancia:

> They and their principal European guests made some feeble attempts to vie with the Vienna of 1814-15 in elegance and taste if not in pomp and splendor. But the general effect was marred by the element of the *nouveaux-riches* and *nouveaux-pauvres* which was prominent, if not predominant.[11]

8. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 55-65.
9. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, pp. 5-6.
10. R. de la Torre del Río, *El Congreso de Viena (1814-1815)*, Universidad Complutense/Catarata, Madrid, 2015. Th. Lentz, *Le Congrès de Vienne: une refondation de l'Europe, 1814-1815*, Perrin, París, 2013. J.-A. de Sedouy, *Le Congrès de Vienne: l'Europe contre la France, 1812-1815*, Perrin, París, 2003. T. Chapman, *The Congress of Vienna: origins, processes, and results*, Routledge, Londres, 1998. S. M. Alsop, *Alegría y escándalo de un Congreso: Viena, 1814-1815*, México, Fondo de cultura económica, 1986. H. G. Sir Nicolson, *El Congreso de Viena*, Sarpe, Madrid, 1985. H. Kissinger, *Un Mundo restaurado: la política del conservadurismo en una época revolucionaria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
11. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, p. 8.

De hecho, la mezcolanza de fisionomías y clases parece disgustar enormemente al autor, tal vez incapaz de comprender los cambios sociales que se están desarrollando bajo su mirada; por momentos parece incapaz de aceptar que el dominio de las viejas élites, especialmente en la Inglaterra victoriana, ha llegado a su final y que, después de la Gran Guerra, todas las estructuras políticas están cambiando:[12]

> It seemed as though, in order to provide Paris with a cosmopolitan population, the world was drained of its rulers, of its prosperous and luckless financiers, of its high and low adventurers, of its tribe of fortune-seekers, and its pushing men and women of every description. And the result was an odd blend of classes and individuals worthy, it may be, of the new democratic era, but unprecedented.[13]

La elección de París no es criticada tan solo desde un punto de vista subjetivo, sino que también aboga, justificadamente, por los problemas intrínsecos de situar la Conferencia en un país devastado por el conflicto de 1914-1918:

> In no European country did the cost of living attain the height it reached in France in the year 1919. Not only luxuries and comforts, but some of life's necessaries, were beyond the reach of home-coming soldiers, and this was currently ascribed to the greed of merchants, the disorganization of transports, the strikes of workmen, and the supineness of the authorities, whose main care was to keep the nation tranquil by suppressing one kind of news, spreading another, and giving way to demands which could no longer be denied. There was another and more effectual cause: the war had deprived the world of twelve million workmen and a thousand milliard francs' worth of goods [...] The demobilized soldiers who for years had been well fed and relieved of solicitude for the morrow returned home, flushed with victory, proud of the commanding position which they had won in the state, and eager to reap the rewards of their sacrifices. But they were bitterly disillusioned. They expected a country fit for heroes to live in, and what awaited them was a condition of things to which only a defeated people could be asked to resign itself. The food to which the poilu had, for nearly five years,

12. Sobre este aspecto, véase B. W. Tuchman, *La torre del orgullo*, Península, Barcelona, 2007.
13. E. J. Dillon, *The Inside Story*..., *op. cit.*, p. 18.

> been accustomed at the front was become, since the armistice, the exclusive monopoly of the capitalist or the nouveau-riche in the rear.[14]

Evidentemente, ninguna de estas problemáticas afectaba a las delegaciones internacionales, alojadas en los lujosos hoteles principales de la capital francesa y con acceso a todo tipo de bienes, lo que acababa distanciando, inevitablemente, a los delegados del pueblo cuyos intereses decían representar.

Factores para el fracaso

Dillon, de la misma forma que criticó la elección de París, también se mostró escéptico sobre las posibilidades de que la Conferencia de Paz pudiese conseguir su objetivo último de prevenir cualquier nuevo estallido bélico en Europa. Identificó, acertadamente, que la actitud de superioridad francesa hacia el resto de Estados allí presentes iba a condicionar todo el desarrollo de las negociaciones, así como el revanchismo galo tras haber sufrido una de las guerras más devastadoras de su historia:

> In Paris discussion became to the full as lively, and on the first Saturday, when the representatives of Belgium, Greece, Poland, and the other small states delivered impassioned speeches against the attitude of the Big Five they were maladroitly answered by M. Clemenceau, who relied, as the source from which emanated the superior right of the Great Powers, upon the twelve million soldiers they had placed in the field. It was unfortunate that force should thus confer privileges at a Peace Conference which was convoked to end the reign of force and privilege.[15]

Dillon no creía en la igualdad de las naciones, a pesar de su desprecio por la actitud de superioridad francesa en la Conferencia. Era consciente que de las negociaciones surgiría un «nuevo orden mundial».[16]

14. *Ibid.*, pp. 49-50.
15. *Ibid.*, p. 42.
16. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 85-96.

Por tanto, criticó amargamente que, en el Congreso, teóricamente, todas las naciones presentes estuviesen en plano de igualdad, lo que consideraba que llevaría a una serie de decisiones erróneas, ya que:

> They [los gobiernos presentes en la Conferencia] ignored the fact that all nations and races are not of the same age nor endowed with like faculties, some being young and helpless, others robust and virile, and a third category senescent and decrepit, and that there are some races which Nature has wholly and permanently unfitted for service among the pioneers of progress. In consequence of these views, which I venture to think erroneous, they applied the same treatment to all states.[17]

No cabe duda de que Dillon añoraba la vieja sociedad victoriana a la que el primer gran conflicto mundial del siglo XX había puesto fin.[18] También pueden percibirse los ecos de esa concepción clasista un poco más adelante, cuando habla de cómo la aristocracia había perdido el control de los gobiernos estatales en muchos países europeos:

> In Germany the head of the Republic is an honest saddler. In Austria the chief of the government until recently was the assassin of a prime minister. The chief of the Ukraine state was an ex-inmate of an asylum. Trotzky, one of the Russian duumvirs, is said to have a record which might of itself have justified his change of name from Braunstein. Bela Kuhn, the Semitic Dictator of Hungary, had the reputation of a thief before rising to the height of ruler of the Magyars…[19]

Pero si había un factor que para el autor iba a abocar la Conferencia a un fracaso mayúsculo, era la elección de los delegados que acudirían a la mesa de redacción de los Tratados.[20] A nivel general, Dillon criticaba que estuviesen dominados por concepciones nacionales que entraban en conflicto con el interés de lograr una paz estable, aún a riesgo de sacrificar pretensiones territoriales o adoptando políticas que a

17. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit*., pp. 89-90.
18. M. Charlot y R. Max (dirs.), *Londres, 1851-1901: la era victoriana o el triunfo de las desigualdades*, Alianza, Madrid, 1993. François Bédarida, *La Era victoriana*, Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1988.
19. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit*., p. 93.
20. Ch. L. Mee, *The End of order: Versailles, 1919*, E.P. Dutton, Nueva York, 1980.

buen seguro generarían fuertes controversias en sus países de origen, ya que:

> They stood for national grandeur, territorial expansion, party interests, and even abstract ideas. Exponents of a narrow section of the old order at its lowest ebb, they were in no sense heralds of the new.[21]

De la imagen general, el periodista irlandés pasa a analizar diversos casos concretos, siendo especialmente crítico con los representantes de las Grandes Potencias. En concreto, critica a Lloyd George presentándolo como un seguidista de las políticas norteamericanas, sin comprender que la I Guerra Mundial había representado el principio del ocaso del Imperio británico y la dominación de la escena internacional por la pujante potencia norteamericana.[22] Para Dillon, el primer ministro británico fue una bendición para su país en tiempos de guerra, pero en la paz tendría demasiados defectos y limitaciones:

> His antecedents were all against him. His lack of general equipment was prohibitive; even his inborn gifts were disqualifications [...] lacks the moral courage that serves as a parachute for a fall from popularity.[23]

Igualmente, Clemenceau, el primer ministro francés, es víctima de los ataques de Dillon, incluso a un nivel mayor que Lloyd George.[24] Fundamentalmente, lo ve como alguien cuya política es la destrucción del rival más que la defensa de sus propios valores, estando, al mismo tiempo, dominado por la necesidad de preservar a Francia de otro conflicto tan devastador como el que acababa de sufrir:

> At the Conference M. Clemenceau moved every lever to deliver his country for all time from the danger of further invasions. And, being a

21. E. J. Dillon, *The Inside Story...*, *op. cit.*, p. 113.
22. K. O. Morgan, *The Age of Lloyd George*, Allen and Unwin, Londres; Barnes and Noble, Nueva York, 1971. M. Pugh, *Lloyd George*, Longman, Londres, 1988. Véase también M. Macmillan, *París 1919...*, *op. cit.*, pp. 22-602 y S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix...*, *op. cit.*, pp. 70-79.
23. E. J. Dillon, *The Inside Story...*, *op. cit.*, p. 121.
24. J.-B. Duroselle, *Clemenceau*, Fayard, França, 1988. Pierre Guiral, *Clemenceau en son temps*, Bernard Grasset, París, 1994. P. Miquel, *Clemenceau: la guerre et la paix*, Tallandier, París, 1996. Véase también M. Macmillan, *París 1919...*, *op. cit.*, pp. 22-605 y S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix...*, *op. cit.*, pp. 87-96.

> realist, he counted only on military safeguards. At the League of Nations he was wont to sneer until it dawned upon him that it might be forged into an effective weapon of national defense.[25]

Tampoco Woodrow Wilson,[26] el presidente norteamericano, se libró de las críticas de Dillon, a pesar de su decisiva defensa de la necesidad de que su país interviniese en la guerra y de sus iniciativas para preservar la paz mundial. Dillon no ignora la deuda que las potencias aliadas tenían con el presidente norteamericano y el aura que rodeaba a su figura, afirmando que:

> But the President of the nation to whose unbounded generosity and altruism the world owes a debt of gratitude that can only be acknowledged, not repaid, deservedly enjoyed a superlative measure of respect from his foreign colleagues, and the author of the project which was to link all nations together by ties of moral kinship was literally idolized by the masses. Never has it fallen to my lot to see any mortal so enthusiastically, so spontaneously welcomed by the dejected peoples of the universe.[27]

Dicha popularidad era comparable a ambos lados del Atlántico, aunque en su país natal también tenía detractores, tanto entre sus enemigos políticos como entre, según afirma Dillon, opiniones independientes de la escena política:

> In his own country, where he has bitter adversaries as well as devoted friends, Mr. Wilson was regarded by many as a composite being made up of preacher, teacher, and politician [...] Independent American opinion doubted his qualifications to be a leader. As a politician, they said, he had always followed the crowd. He had swum with the tide of public sentiment in cardinal matters, instead of stemming or canalizing and

25. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, p. 133.
26. B. Hankins, *Woodrow Wilson: ruling elder, spiritual president*, Oxford University Press, Oxford, 2016. J. M. Cooper, Jr. (ed.), *Reconsidering Woodrow Wilson: progressivism, internationalism, war, and peace*, Woodrow Wilson Center Press, Washington, D.C.; Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2008. Ll. E. Ambrosius, *Woodrow Wilson and the American diplomatic tradition: the treaty fight in perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990. A. L. George, *Woodrow Wilson and colonel House: a personality study*, Dover Publications, Nueva York, 1965.
27. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, p. 172.

> guiding it. Deficient in courageous initiative, he had contented himself with merely executive functions. No new idea, no fresh policy, was associated with his name.[28]

Sin embargo, en Europa la imagen del presidente norteamericano era algo mística, de hecho, su concepción religiosa influyó en la moralidad idealista que caracterizó su proyecto político,[29] llegando a compararse a Wilson con alguna figura bíblica:

> Europe, when the President touched its shores, was as clay ready for the creative potter. Never before were the nations so eager to follow a Moses who would take them to the long-promised land where wars are prohibited and blockades unknown. And to their thinking he was that great leader. In France men bowed down before him with awe and affection.[30]

Esta misma adoración, por el contrario, hizo que el presidente norteamericano no pudiese permitirse el lujo de volver de vacío a Washington; las enormes expectativas levantadas por sus catorce puntos eran una pesada rémora a la hora de plantearse posiciones negociadoras agresivas que pudieran llevar a un fracaso de la conferencia, por lo que en algunas ocasiones hubo de transigir con aspectos que entraban en franca contradicción con sus convicciones, como pudo ser el caso de la libertad de navegación, un punto que nunca llegó a discutirse en la Conferencia. Aunque a su partida el secretario de presidencia norteamericano declaró que:

> The President sails for Europe to uphold American ideals, and literally to fight for his Fourteen Points. The President, at the Peace Table, will insist on the freedom of the seas and a general disarmament… The seas, he holds, ought to be guarded by the whole world.[31]

La realidad de las negociaciones no tardó en imponerse,[32] y tanto para Francia como para Gran Bretaña, la libertad de navegación era algo

28. *Ibid.*, pp. 134-135.
29. B. Hankins, *Woodrow Wilson…*, *op. cit*.
30. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, p. 138.
31. *Ibid.*, p. 143.
32. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra…*, *op. cit.*, pp. 373-394.

que iba a beneficiar una recuperación de Alemania que se deseaba limitar al máximo posible, dando prioridad a sus respectivas recuperaciones nacionales:

> The freedom of the seas was never as much as alluded to at the Peace Table, for the announcement of Mr. Wilson's militant championship brought him a wireless message from London to the effect that that proposal, at all events, must be struck out of his program if he wished to do business with Britain. And without a fight or a remonstrance the President struck it out. The Fourteen Points were not discussed at the Conference.[33]

A nivel global, podemos decir que Dillon cargó gran parte de la responsabilidad del fracaso de la Conferencia de Paz de París, entendido como la incapacidad para que los acuerdos adoptados protegiesen al mundo de una nueva conflagración mundial, en el perfil de los asistentes, sin discriminar por su pertenencia a uno u otro estado. La escasa idoneidad de los participantes parece quedar resumida en la siguiente afirmación:

> Not the least of the Premiers' disabilities lay in the circumstance that they were the merest novices in international affairs. Geography, ethnography, psychology, and political history were sealed books to them. Like the rector of Louvain University who told Oliver Goldsmith that, as he had become the head of that institution without knowing Greek, he failed to see why it should be taught there, the chiefs of state, having attained the highest position in their respective countries without more than an inkling of international affairs, were unable to realize the importance of mastering them or the impossibility of repairing the omission as they went along.[34]

Su visión del mundo era marcadamente elitista, pero presentía el «fiasco del wilsonismo».[35] Unos ideales «defáits par la réalité».[36]

33. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, p. 144.
34. *Ibid.*, pp. 154-155.
35. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra…*, *op. cit.*, pp. 455-478.
36. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 384-387.

Censura y secretismo

Uno de los aspectos más intrigantes sobre la Conferencia de Paz de París, fue la negativa de las comisiones a registrar por escrito todos los debates que se realizaron y las negociaciones, especialmente entre los cuatro grandes, llevadas a cabo para la redacción del Tratado de Paz. No se trataba de una novedad, ya que durante la Primera Guerra Mundial fue práctica común la censura y el confinamiento de los periodistas en los centros de mando de los ejércitos, prohibiéndose su presencia en la línea del frente.[37] Pero ahora eran tiempos de paz, y lo que podía entenderse como una medida destinada a preservar el denominado «frente interior», estaba sujeta a una mayor controversia. Dillon, como periodista, no podía entender las limitaciones a ejercer de cronista de las conversaciones, afirmando que:

> Never was political veracity in Europe at a lower ebb than during the Peace Conference. The blinding dust of half-truths cunningly mixed with falsehood and deliberately scattered with a lavish hand, obscured the vision of the people, who were expected to adopt or acquiesce in the judgments of their rulers on the various questions that arose. Four and a half years of continuous and deliberate lying for victory had disembodied the spirit of veracity and good faith throughout the world of politics. Facts were treated as plastic and capable of being shaped after this fashion or that, according to the aim of the speaker or writer.[38]

Una posible explicación que ofrece el cronista irlandés es el hecho de que en dichas conversaciones se mostrase la cara más terrible de la venganza aliada, puesto que las potencias occidentales buscaban en la paz el resarcimiento de todo el coste económico derivado del conflicto:

> The notion that the enemy would thus make good all losses was manifestly preposterous. In a century the debt could not be wiped out, even though the Teutonic people could be got to work steadily and selflessly

37. «1914-1918, Cultures de Guerre. Journalistes et correspondants de guerre», *Une poule sur un mur. Regarder, voir, entendre, écouter*, <http://biblogotheque.wordpress.com/2011/01/17/1914-1918-cultures-de-guerre-journalistes-et-correspondants-de-guerre/> 11 de novembre de 2013. 11:00. M. J. Farrar, *News From the Front*, Sutton, Londres, 1998.
38. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, p. 187.

> for the purpose. For their productivity would be unavailing if their victorious adversaries were indisposed to admit the products to their markets. And not only were the governments unwilling, but some of the peoples announced their determination to boycott German wares on their own initiative. None the less the nations were for months buoyed up with the baleful delusion that all their war expenses would be refunded by the enemy.[39]

Se trataba de un posicionamiento clarividente sobre las consecuencias que se derivarían para una futura paz, una opinión en la que coincidía con el insigne economista John Maynard Keynes y que este último plasmaría en su bien conocida obra *Las consecuencias económicas de la paz*.[40]

El aliado caído en desgracia: Rusia y su tratamiento en la Conferencia de Paz

Otro posicionamiento muy crítico de Dillon con las potencias vencedoras fue el que hacía referencia al trato dispensado a Rusia, sumida en plena guerra civil, después del asalto al poder de los bolcheviques.[41] Dados los vínculos emocionales de Dillon con destacadas personalidades del antiguo Imperio de los zares, como ya se ha comentado anteriormente, no resulta extraña la cerrada defensa que hizo de la humillación que suponía para Rusia verse sin representante en la Conferencia de Paz:

> Russia's case abounds in illustrations of this arbitrary, unjust, and impolitic pressure. The Russians had been our allies. They had fought heroically at the time when the people of the United States were, according to their President, «too proud to fight». They were essential factors in the Allies' victory, and consequently entitled to the advantages and immunities enjoyed by the Western Powers. In no case ought they to

39. *Ibid*., pp. 188-189.
40. J. M. Keynes, *Las consecuencias económicas… op. cit*., A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra…*, *op. cit*., pp. 373-394.
41. S. G. Payne, *La Europa revolucionaria: las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Temas de Hoy, Madrid, cop. 2011.

> have been placed on the same level as our enemies, and in lieu of recompense condemned to punishment.[42]

Rusia recibió un tratamiento equiparable al de las derrotadas Potencias Centrales, que habían de asistir como meros espectadores a la destrucción de sus respectivos territorios nacionales (tal como pasó con Austria-Hungría o con el Imperio otomano) o bien a las acciones que iban a determinar completamente su futuro, como en el caso de Alemania. Sobre éste particular escribió:

> Despite this fundamental principle Russia, the whilom Ally, without whose superhuman efforts and heroic sacrifices her partners would have been pulverized, was tacitly relegated to the category of hostile and defeated peoples, and many of her provinces lopped off arbitrarily and without appeal. None of her representatives was convoked or consulted on the subject, although all of them, Bolshevist and anti-Bolshevist, were at one in their resistance to foreign dictation.[43]

Especialmente doloroso resultaba para Dillon el ver el doble rasero que se aplicaba en la Conferencia respecto a los problemas internos de Rusia, en comparación con los de otros países. Así pues, en palabras del cronista irlandés:

> The Conference repeatedly disclaimed any intention of meddling in the internal affairs of any other state, and the Irish, the Egyptian, and several other analogous problems were for the purposes of the Conference included in this category. On what intelligible grounds, then, were the Finnish, the Lettish, the Esthonian, the Georgian, the Ukrainian problems excluded from it? One cannot conceive a more flagrant violation of the sovereignty of a state than the severance and disposal of its territorial possessions against its will.[44]

De lo que estaba siendo testigo Dillon era de la venganza occidental por el Tratado de Brest-Litovsk,[45] por el que el gobierno bolchevique encabezado por V. I. Lenin sacó a Rusia de la contienda, permitiendo a los alemanes trasladar una gran cantidad de tropas al frente del oeste para

42. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, pp. 316-317.
43. *Ibid.*, p. 619.
44. *Ibid.*, p. 619.
45. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra…*, *op. cit.*, pp. 163-204.

una nueva ofensiva que a punto estuvo de quebrar la resistencia anglo-francesa y provocar su derrota. Ahora, estos ánimos se conjugaban con la propia división interna rusa, sacudida por la guerra civil entre «rojos» y «blancos». Este fraccionamiento provocaba que fuese imposible determinar un único representante ruso en la Conferencia, lo que, tal vez, habría ayudado a adoptar una posición de mayor fuerza; pero el antagonismo de ambos bandos era tal que resultaba imposible hacer que se pusiesen de acuerdo en la elección de un único representante.

Se trató de una iniciativa personal del presidente Wilson, que no albergaba el mismo resentimiento hacia Rusia que ingleses y franceses. Curiosamente, fue en este punto cuando Dillon adquirió un inesperado protagonismo, ya que le fue encargada la misión de intentar mediar entre los dos bandos a fin de conseguir una unificación diplomática en París, a pesar del más que previsible fracaso de la iniciativa:

> As soon as the Prinkipo motion was passed by the delegates I was informed by telephone, and I lost no time in communicating the tidings to Russia's official representatives in Paris. The plan astounded them. They could hardly believe that, while hopefully negotiating with the anti-Bolshevists, the Conference was desirous at the same time of opening pourparlers with the Leninists, between whom and them antagonism was not merely political, but personal and vindictive, like that of two Albanians in a blood feud. I suggested that the scheme should be thwarted at its inception, and that for this purpose I should be authorized by the representatives of the four constructive governments in Russia to make known their decision. I was accordingly empowered to announce to the world that they would categorically refuse to send any representatives to confer with the assassins of their kinsmen and the destroyers of their country, and that under no circumstances would they swerve from that attitude. Having received the authorization, I cabled to the United States and Britain that the projected meeting would come to naught, owing to the refusal of all constructive elements to agree to any compromise with the Bolsheviki; that in the opinion of Russia's representatives in Paris the advance made by the plenipotentiaries would strengthen the Bolshevist movement, render the civil war more merciless than before, and raise up formidable difficulties to the establishment of the League of Nations.[46]

46. E. J. Dillon, *The Inside Story…*, *op. cit.*, pp. 641-642.

Efectivamente, sus gestiones para conseguir una delegación rusa unificada en París fracasaron.[47]

Conclusiones

The Inside Story of the Peace Conference no es una obra histórica sobre las negociaciones de paz de París, ni pretende serlo como reconocía el mismo Dillon. La gran aportación de este libro es su mirada crítica respecto al desarrollo entre bastidores de las negociaciones, así como una visión, muy influenciada por las vivencias del propio autor, extremadamente crítica con múltiples aspectos de lo que pudo presenciar en París. Resulta evidente que la perspectiva de Dillon estuvo condicionada, especialmente en el caso del tratamiento dado a Rusia, por sus relaciones y vivencias personales que posibilitaban que su perspectiva de lo que aconteció en París fuese neutral. Debe reconocerse, sin embargo, la potencia de sus afirmaciones en tanto en cuanto a las consecuencias que iba a tener para el mantenimiento de la paz el revanchismo francés y las imposiciones económicas de todos los Estados victoriosos sobre la economía alemana. Podríamos decir que, en este aspecto en concreto, se alinearía con los posicionamientos de John Maynard Keynes, pero, a diferencia de éste, su obra ha quedado relegada al olvido.

Una gran diferencia respecto a la obra del celebérrimo economista es la necesidad que sintió Dillon por tocar múltiples temas en lugar de centrarse en un aspecto concreto de los Tratados; así, el periodista irlandés abarca en su obra casi todos los temas relevantes, desde la elección de la ciudad sede a la imagen de los participantes, la creación de la Sociedad de Naciones y los catorce puntos de Wilson… Irónicamente, lo que no trata Dillon es el núcleo principal de todo el proceso desarrollado en París, es decir, el Tratado de Paz con Alemania.

47. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 97-120.

2.
La *Gran Ilusión*: Wilson, Lenin y la nacionalización estatal de Europa (1917-1920)

Gennadi Kneper
Universitat Autònoma de Barcelona*

El derecho de autodeterminación de los pueblos nunca ha sido un tema fácil de tratar. Desde su aparición en los escritos filosóficos del siglo XVIII, este concepto se ha convertido en un elemento clave del debate público con un alto potencial explosivo. El principio de la soberanía popular que Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) había postulado en 1762 como fundamento de su contrato social constituye el intento probablemente más conocido de formular las bases de legitimación política teniendo en cuenta los deseos de la mayoría de la población.[1] La noción del pueblo como soberano ponía en entredicho la legitimidad monárquica, y con ello creaba la base conceptual para las luchas sociales.

Las revoluciones atlánticas de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX dieron muestras impresionantes de las posibles consecuencias internacionales de ese cambio ideológico.[2] En la Europa de-

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. xvi-xxi)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. Véase J.-J. Rousseau, *Du Contrat social, ou Principes du droit politique,* en *Collection complète des œuvres*, Peyrou-Moultou, Genève, 1780-1789, t. I, pp. 187-360, <https://www.rousseauonline.ch/pdf/rousseauonline-0004.pdf> [consultado el 28-VI-2019].

2. Véase D. Armitage y S. Subrahamanyam (eds.), *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2010 y W. Klooster, *Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History*, New York University Press, Nueva York, 2009.

cimonónica, los diferentes movimientos nacionales, a menudo dotados de una autoimagen popular, se convirtieron en importantes actores políticos con claras intenciones de cambiar el *status quo* dentro y fuera de los estados. Sin embargo, no fue hasta finales de la Gran Guerra de 1914-1918 que el derecho de autodeterminación recibió el grado de apoyo internacional suficiente para convertirse en un principio director para reordenar las relaciones entre los pueblos y sus gobiernos.

En las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, que el diplomático estadounidense George F. Kennan con razón llamaba la «*la* gran catástrofe original» del siglo XX, se hizo cada vez más claro que las formas habituales de construir las relaciones entre los estados y las naciones habían creado enormes problemas en el escenario internacional.[3] Entonces, los planteamientos del líder de la revolución bolchevique, V. I. Lenin (1870-1924), y el presidente de EE.UU., Woodrow Wilson (1856-1924), recibieron el máximo grado de atención. Aunque de manera muy diferente, ambos políticos abogaban por incluir el derecho de autodeterminación como elemento importante del nuevo orden internacional, y hasta cierto punto llegaron a poner sus propuestas en práctica.

El presente estudio se propone trazar las líneas del desarrollo conceptual que permitieron a Lenin y a Wilson plantear sus respectivas ideas. Asimismo, veremos cómo este bagaje intelectual se vio alterado por las dinámicas del momento, dando como resultado unas soluciones a menudo parciales y no del todo satisfactorias. Por supuesto, es un tema ampliamente tratado en un gran número de excelentes estudios académicos.[4] Sin embargo, dada la importancia que tiene el derecho de autodeterminación en el debate actual, no estará de más revisitar la problemática, entre otras cosas para abordar la cuestión de las posibilidades y las limitaciones de implementar elaborados conceptos intelectuales «sobre el terreno».

3. G. F. Kennan, *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Russian Relations 1875-1890*, Princeton, Princeton University Press, 1981, p. 3.
4. Entre los estudios clásicos sobre este tema hay que mencionar A. J. Mayer, *Wilson vs. Lenin; Political Origins of the New Diplomacy 1917-1918*, World Publishing Company, Cleveland, 1964; N. G. Levin Jr., *Woodrow Wilson and World Politics: America's Response to War and Revolution*, Oxford University Press, Oxford, 1968; A. S. Link (ed.), *Woodrow Wilson and a Revolutionary World, 1913-1921*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982; L. C. Gardner, *Safe for Democracy: The Anglo-American Response to Revolution, 1913-1923*, Oxford University Press, Nueva York, 1984.

Orígenes e interpretaciones

Los estudios que analizan el impacto de las ideas de Lenin y Wilson en la reordenación de las relaciones internacionales con frecuencia prestan relativamente poca atención a los orígenes políticos e intelectuales de sus planteamientos acerca de la autodeterminación. Sin embargo, hay toda una serie de aspectos en las negociaciones diplomáticas y la política internacional entre 1917 y 1920 que solo se pueden explicar si tenemos en cuenta las tendencias revolucionarias y nacionalistas del siglo XIX, que se manifestaron en contraposición al orden internacional establecido en el Congreso de Viena (1814-1815).[5]

La Primera Guerra Mundial supuso la quiebra de ese orden basado en la idea de restaurar, en la medida de lo posible, la legitimidad dinástica tradicional que se vio fuertemente alterada por la Revolución Francesa y las guerras napoleónicas. Por supuesto, los poderosos monarcas y sus aristocráticos representantes en el Congreso de Viena no podían restablecer por completo el orden socio-político del Antiguo Régimen, ni mucho menos impedir la aparición de asociaciones democráticas y sociedades secretas antigubernamentales. Así, desde las primeras décadas del siglo XIX el continente europeo vivió en el conflicto continuo entre las fuerzas monárquicas conservadoras y las fuerzas del cambio integradas por liberales, republicanos y progresistas.[6]

En ese particular contexto, las reivindicaciones de los movimientos opuestos al orden monárquico se articulaban en torno al recuerdo de los recientes acontecimientos revolucionarios y las guerras contra Napoleón. En ambos casos, amplios sectores del pueblo llano desempeñaron un papel clave: primero, constituyéndose como nacionalidad francesa capaz de derrocar y decapitar a su rey; luego, reuniéndose en un esfuerzo común como «alemanes», «españoles» o «rusos» para derrotar al Imperio napoleónico. Dicho de otra manera, en el

5. Sobre el transcurso y los acuerdos del congreso, véase H. G. Nicolson, *El Congreso de Viena*, Sarpe, Madrid, 1985; A. Zamoyski, *Rites of Peace: The Fall of Napoleon and the Congress of Vienna*, HarperCollins, Nueva York, 2007 y H. Duchhardt, *Der Wiener Kongress: Die Neugestaltung Europas 1814/15*, C. H. Beck, München, 2013.
6. Para el contexto italiano y alemán, véase por ejemplo M. Isabella, *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford University Press, Oxford, 2009 y W. Hardtwig, *Vormärz: Der monarchische Staat und das Bürgertum*, Deutscher Taschenbuch-Verlag, München, 1985.

discurso decimonónico los conceptos de «pueblo» y «nación» estaban muy entrelazados y se asociaban, antes que nada, con las ideas de la libertad y la emancipación.

En algunos ámbitos lingüísticos hubo hasta una cierta confusión semántica al respecto: así, la palabra alemana *Volk* y la rusa *narod* podían utilizarse para designar tanto al pueblo llano como a la nación (política o cultural). Así, en un artículo publicado en 1818, el destacado periodista alemán Ludwig Börne (1786-1837) hablaba de *Völkerfrühling*, esto es, la Primavera de los Pueblos o de las Naciones. Börne consideraba el incipiente cambio de estaciones como motivo de alegría, ya que permitía a los ciudadanos abandonar «el cuarto de los niños estatal» con su estufa que daba calor, pero que también sofocaba.[7] Tal argumentación se remitía ostensiblemente a la noción de la autonomía humana, tal como aparecía en el pensamiento de la Ilustración, y en particular en los escritos de Immanuel Kant (1724-1804). Sin embargo, en el contexto de la Restauración posnapoleónica, con su claro intento de limitar la participación popular en la toma de decisiones políticas, una metáfora como la Primavera de los Pueblos adquiría un significado potencialmente subversivo.[8]

Cuando a principios de 1848 estallaron los levantamientos antimonárquicos en numerosos países europeos, en efecto podía parecer que el cambio de estaciones había llegado. Durante algunos meses, las fuerzas liberales y progresistas iban ganando terreno. En varios lugares, sobre todo en tierras alemanas e italianas, en Bohemia y en Hungría, las reivindicaciones democráticas estaban acompañadas por las aspiraciones de unidad y emancipación nacional. Sin embargo, ya a mediados de 1849 las fuerzas monárquicas consiguieron parar la oleada revolucionaria.[9] Eso sí, los levantamientos de 1848-1849 dieron

7. L. Börne, «Ankündigung der Wage» [1818], en *Sämtliche Schriften*, Melzer, Düsseldorf, 1964, t. I, p. 678, <http://www.zeno.org/nid/20004635167> [consultado el 1/7/2019].

8. Sobre el uso metafórico de las estaciones en el debate público alemán de aquel período, véase C. Martin, *Die Kollektivsymbolik der Jahreszeiten im politisch-lyrischen Diskurs des Vormärz*, Verlag Dr. Kovač, Hamburg, 2005.

9. Sobre los levantamientos de 1848-49, véase M. Rapport, *1848: Year of Revolution*, Basic Books, Nueva York, 2009; D. Langewiesche, *Demokratiebewegung und Revolution 1847 bis 1849: Internationale Aspekte und europäische Verbindungen*, G. Braun, Karlsruhe, 1998 y J. Sigmann, *1848: Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, trad. V. Testa, 3.ª ed., México, D. F. Siglo XXI, 1985.

una prueba impresionante del potencial político que poseían los movimientos nacional-democráticos. Así, a pesar de la victoria de los defensores del orden dinástico, quedaba claro que las clases gobernantes ya no podían limitarse a reaccionar exclusivamente con medidas policiales a las reivindicaciones liberales y nacionalistas.

Así, cuando en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, Lenin y Wilson propusieron sustituir la diplomacia de acuerdos secretos entre las élites por un sistema de relaciones internacionales basado en los intereses de amplias capas de la población, encontraron en la Europa central y oriental un terreno abonado por una larga tradición de luchas nacional-democráticas, cuyos representantes reaccionaron con gran entusiasmo ante las nuevas posibilidades que se les estaban abriendo. Dicha tradición se distinguía por la considerable variedad de posturas en cuanto a las cuestiones de organización estatal y estructuración social. Desde los monárquicos constitucionales hasta los republicanos radicales, desde los liberales burgueses hasta los socialistas y comunistas, desde los proponentes de una amplia autonomía hasta los partidarios de la independencia más completa, el campo nacional-democrático europeo constituía un conjunto dispar y variopinto.

Entre los participantes activos de las luchas de 1848-1849, hubo cuando menos dos hombres que resultaron particularmente importantes para el desarrollo de los planteamientos internacionalistas de Wilson y Lenin. En concreto, estamos hablando del republicano italiano Giuseppe Mazzini (1805-1872) y el revolucionario ruso Mijaíl Bakunin (1814-1876). En ambos casos, se trataba de influencia indirecta pero no por ello insignificante. Desde luego, los detalles de las propuestas de los años 1917 y 1918 distaban mucho de los planteamientos acerca de la autodeterminación nacional que aparecían en los escritos de los demócratas decimonónicos. Sin embargo, la discusión de los acuerdos después de la Primera Guerra Mundial sería incompleta si no tuviéramos en cuenta el impulso del pensamiento progresista de Mazzini y Bakunin.

Últimamente, académicos liberales como Stefano Recchia y Nadia Urbinati han intentado establecer a Mazzini como precursor directo del internacionalismo liberal wilsoniano.[10] Los dos politólogos fun-

10. Véase S. Recchia y N. Urbinati (eds.), *A Cosmopolitanism of Nations: Giuseppe Mazzini's Writings On Democracy, Nation Building, and International Relations*, trad. S. Recchia, Princeton, Princeton University Press, 2009, p. 3 y S. Recchia, «The Orig-

damentan sus ideas al respecto en las palabras del propio Wilson, quien decía haber sido guiado por «los principios que Mazzini tan elocuentemente expresó».[11] Eso sí, no hay que olvidar que dicha afirmación era parte de un discurso que el presidente de EE.UU. pronunció en enero de 1919 en Génova, con motivo de un evento oficial en el marco de la gira europea que realizó a la espera del comienzo de las negociaciones de paz en París. Aunque es evidente que Wilson no estaba evocando a Mazzini solamente para complacer a los prohombres de su ciudad natal, parece igualmente claro que una referencia tan directa al pensamiento del gran demócrata decimonónico se debía, al menos en parte, a las circunstancias del momento. A la hora de elaborar sus famosos Catorce Puntos, las ideas de Mazzini estaban, sin duda, presentes entre los impulsos intelectuales que guiaron a Wilson. Sin embargo, de una forma mucho más sutil e indirecta.

Sin defender la igualdad de derechos en el sentido actual, Woodrow Wilson seguramente era un hombre que tenía en gran estima las libertades civiles y los principios de participación democrática. Entre los hombres de estado que más admiraba desde su primerísima juventud estaba el primer ministro británico William E. Gladstone (1809-1898).[12] Uno de los aspectos más controvertidos de su política atañía a la cuestión irlandesa. Gladstone, bien conocido por su postura liberal, era un firme partidario de conceder más autogobierno a Irlanda.[13] A pesar de fracasar en su intento de conseguir el *home rule* para la Isla Verde, el hecho mismo de que se tomara en serio las cuestiones de autonomía y de devolución de los poderes, lo convertía en una figura excepcional en el contexto del *establishment* británico.

---

ins of Liberal Wilsonianism: Giuseppe Mazzini on Regime Change and Humanitarian Intervention», en *Just and Unjust Military Intervention: European Thinkers from Vitoria to Mill* (ed.), S. Recchia y J. Welsh, Cambridge University Press, Cambridge, 2013, pp. 237-262.

11. W. Wilson, «Remarks about Giuseppe Mazzini» y «Further remarks in Genoa», en *The Papers of Woodrow Wilson*, A. S. Lind (ed.), Princeton University Press, Princeton, 1986, vol. 53, pp. 614-615.

12. Véase A. L. George y J. L. George, *Woodrow Wilson and Colonel House: A Personality Study*, Dover Publications, Nueva York, 1964, p. 3.

13. Véase J. L. Hammond, *Gladstone and the Irish Nation*, Longmans, Green & Co., Londres, 1938, <https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.505221/page/n7> [consultado el 3/7/2019] y J. Loughlin, *Gladstone, Home Rule and the Ulster Question, 1882-1893*, Humanities Press International, Atlantic Highlands, 1987, <https://archive.org/details/gladstonehomerul00loug> [consultado el 3/7/2019].

En efecto, Gladstone ya se había mostrado interesado en los problemas de la autodeterminación nacional cuando abogaba por la creación de una Italia unificada.[14] Desde luego, sus propuestas no alcanzaban la radicalidad patriótica de Mazzini, quien después del fracaso de la República Romana en 1849 vivió durante varios años como exiliado político en Londres. Sin embargo, no cabe duda de que Gladstone, a diferencia de la mayoría de los estadistas de aquella época, consideraba el derecho de autodeterminación como principio válido en las relaciones internacionales.

El hecho de que, en los años 1850 y 1860, Londres fuese un centro de acogida de la emigración política europea seguramente contribuyó a la inusual perspectiva de Gladstone. Aparte de Mazzini, la capital británica acogió a varios otros protagonistas de los acontecimientos revolucionarios de 1848-1849, entre ellos al líder del levantamiento húngaro Lajos Kossuth (1802-1894).[15] Bien conocido por sus convicciones nacionalistas, Kossuth fue uno de los primeros en afirmar el «derecho soberano de cada nación de disponer de sí misma» en un discurso pronunciado en noviembre de 1851.[16]

Dicho discurso formaba parte de un amplio debate conceptual dentro de los círculos nacional-democráticos europeos. En el curso de este debate, la noción del derecho de autodeterminación de los pueblos devino una parte inalienable del vocabulario progresista.[17] A partir de los acontecimientos de la Comuna de París en 1871, que separó claramente el radicalismo «burgués» de las corrientes socialistas y anarquistas, el derecho de autodeterminación perdió su importancia en el discurso liberal-democrático. Por otro lado, el concepto mantuvo su importancia en los debates de la izquierda europea. Ahí, la idea de la autodeterminación nacional se vinculaba inequívocamente con la lucha popular por una sociedad igualitaria.

14. Véase D. M. Schreuder, «Gladstone and Italian unification, 1848-70: the making of a Liberal?», *The English Historical Review*, vol. 85, núm. 336 (1970), pp. 475-501.
15. Véase G. Claeys, «Mazzini, Kossuth, and British Radicalism, 1848-1854», *Journal of British Studies*, vol. 28, núm. 3 (julio de 1989), pp. 225-261.
16. Citado según J. Fisch, *A History of the Self-Determination of Peoples: The Domestication of an Illusion*, trad. A. Mage, Cambridge University Press, Cambridge, 2015, p. 117.
17. Sobre la historia del concepto, véase también E. D. Weitz, «Self-determination: how a German Enlightenment idea became the slogan of national liberation and a human right», *American Historical Review*, vol. 120, núm. 2 (abril de 2015), pp. 462-496.

Uno de los representantes de la izquierda más importantes de aquella época fue Mijaíl Bakunin. Bien conocido como uno de los fundadores del anarquismo, Bakunin defendió, durante un largo período de su vida, unas posiciones muy cercanas al nacionalismo democrático y republicano de Mazzini.[18] El posterior conflicto entre ambos no tiene que obstaculizar la vista sobre el hecho de que los dos consideraran la federación paneuropea de naciones libres como el objetivo final de su actividad política, aunque desde luego discrepaban sobre las maneras de alcanzarlo.[19] El aspecto tal vez más interesante de Bakunin consiste en que ejerció su influencia no solo en Occidente, sino también en el Imperio ruso. De hecho, fue uno de los intelectuales y líderes políticos que más inspiraron el movimiento populista de los llamados *narodniki*. Los populistas rusos fueron de los primeros en oponerse al régimen zarista a partir de la década de los sesenta del siglo XIX, mucho antes de la llegada del marxismo a Rusia, y dejaron una huella indeleble en las futuras generaciones de revolucionarios.[20]

Visto así, no era de extrañar que el joven Lenin, cuyo hermano mayor había formado parte de un grupúsculo terrorista dentro del movimiento populista, hubiera incluido algunas partes de la ideología de los *narodniki* dentro de su propio programa político.[21] Dado que Lenin se posicionaba como marxista, sería desde luego completamente inútil buscar entre sus escritos algún tipo de referencia directa a las propuestas federalistas e internacionalistas de Bakunin. Dicho esto, parece bastante claro que sus ideas sobre el derecho de autodeterminación, y, sobre todo, los planteamientos que aparecieron, en noviembre de 1917, en el Decreto sobre la Paz, debían mucho a los conceptos de los popu-

18. Sobre la transición libertaria de Bakunin, véase G. Kneper, «Tra Risorgimento e rivoluzione sociale: Bakunin e il movimento nazional-democratico in Italia (1864-1867)», *Nazioni e Regioni*, núm. 10 (2017), pp. 7-28, <http://www.nazionieregioni.it/wp-content/uploads/NR-10-2017.pdf> [consultado el 8/7/2019].
19. Véase N. Rosselli, *Mazzini e Bakunin: dodici anni di movimento operaio in Italia, 1860-1872*, Einaudi, Torino, 1985; W. Giusti, *Mazzini e gli slavi*, Istituto per gli Studi di Politica Internazionale, Milán, 1940 y M. Bakunin, *Federalismo, socialismo y antiteologismo*, Aguilera, Madrid, 1977.
20. Sobre los *narodniki*, véase F. Venturi, *El populismo ruso*, tr. Esther Benítez, Alianza, Madrid, 1981 y A. Walicki, *Populismo y marxismo en Rusia. La teoría de los populistas rusos: controversia sobre el capitalismo*, Estela, Barcelona, 1971.
21. Véase J. Villanueva, *Lenin y las naciones*, Editorial Revolución, Madrid, 1987, pp. 159-163.

listas rusos, los cuales, a su vez, eran deudores y herederos del pensamiento nacional-democrático de Bakunin.

Al mismo tiempo, las propuestas de Lenin acerca de la política de nacionalidades se apoyaban también en el amplio cuerpo teórico que los pensadores marxistas habían desarrollado a finales del siglo XIX y principios del XX. Allá donde Marx y Engels se habían contentado con ver la cuestión nacional en función del cambio socio-económico, y hasta hablaron de unos «pueblos sin historia», sus sucesores ofrecieron varias perspectivas muy elaboradas sobre dicha problemática.[22] Desde el marxista ortodoxo Karl Kautsky (1854-1938) hasta el revisionista Eduard Bernstein (1850-1932), desde los austromarxistas Karl Renner (1870-1950) y Otto Bauer (1881-1938) hasta la socialista revolucionaria Rosa Luxemburg (1871-1919), la socialdemocracia centroeuropea desarrolló una serie de enfoques bastante matizados para abordar el problema de la autodeterminación de los pueblos.[23]

Cuando Lenin, quien durante mucho tiempo no prestó mucha atención a la cuestión nacional, por fin reconoció la importancia del tema, tenía a su disposición una amplísima base teórica para desarrollar su propia postura. Por aquellas fechas, las tensiones internacionales que llevaron a la Primera Guerra Mundial, habían alcanzado su zénit. Aun así, en 1913, el sistema internacional parecía ser lo suficientemente estable como para considerar que el derecho de autodeterminación era una idea noble pero utópica. El estallido de la Gran Guerra habría de cambiar este escenario por completo.

22. El historiador ucraniano-americano Roman Rosdolsky ofrece un interesante análisis sobre el tratamiento de la cuestión nacional en la teoría marxista. Su tesis doctoral, escrita en la Viena de entreguerras, se publicó por primera vez en 1964 en la República Federal de Alemania; la versión inglesa apareció más de veinte años después. Véase R. Rosdolsky, *Engels and the «Nonhistoric» Peoples*: *The National Question in the Revolution of 1848*, Critique Books, Glasgow, 1987.

23. Véase K. Kautsky, *La questione coloniale: antologia degli scritti sul colonialismo e sull'imperialismo*, a cura di R. Monteleone, Feltrinelli, Milán, 1977; E. Bernstein, *Las Premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia: Problemas del socialismo, el revisionismo en la socialdemocracia*, trad. I. del Carril y A. García Ruiz, Siglo XXI, México D.F., 1982; O. Bauer, *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, trad. C. Ceretti, R. Burkart e I. de Carrillo, Siglo XXI, México D.F., 1979; K. Renner, *Estado y nación; El derecho de las naciones a la autodeterminación*, trad. J. Borja y Álvarez, Tecnos, Madrid, 2014; O. Bauer y K. Renner, *Escrits sobre nació i federalisme: selecció de textos d'autors austromarxistes*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2016 y R. Luxemburgo, *Textos sobre la cuestión nacional* (comp.), M. P. Izquierdo, Ediciones de la Torre, Madrid, 1977.

Pensamientos en la guerra

La Primera Guerra Mundial supuso una tremenda sacudida para todos los países participantes. La esperanza inicial de poder acabar con las hostilidades en menos de seis meses resultó completamente ilusoria. Ya en invierno de 1914-1915 se hizo claro que la guerra duraría mucho más tiempo de lo que nadie hubiera pensado. El conflicto llevó a los estados beligerantes hasta los límites de sus capacidades económicas y militares. Esta situación afectó también la estabilidad política y social dentro de los países, con repercusiones en prácticamente todos los sectores de la sociedad.

Para la izquierda europea, la primera gran prueba vino ya en los meses iniciales de la guerra. Tradicionalmente ligados al movimiento antimilitarista y pacifista, los partidos y las asociaciones socialistas se vieron abocados a un enorme dilema.[24] En concreto, tenían que decidir si seguir sus convicciones ideológicas oponiéndose a la contienda, o todo lo contrario apoyar a sus gobiernos nacionales frente a los enemigos de la patria. En su gran mayoría, los socialistas de los países beligerantes eligieron la segunda opción.[25] Dicho esto, también hubo varios representantes de la izquierda que se opusieron a la política de apoyo o neutralidad hacia los gobiernos que estaban llevando una sangrienta guerra. Algunos de ellos se reunieron en septiembre de 1915 en el pequeño pueblo suizo de Zimmerwald, con el objetivo de formular una posición común de la izquierda pacifista.

Entre los treinta y ocho delegados figuraban representantes de once países europeos, entre ellos también los futuros líderes bolcheviques V. I. Lenin, L. D. Trotsky (1879-1940) y G. E. Zinóviev (1883-1936). A pesar de las considerables discrepancias, los participantes de la conferencia alcanzaron un acuerdo que llegó a conocerse como el

24. Sobre el movimiento antimilitarista internacional de aquel período, véase S. E. Cooper, *Patriotic Pacifism: Waging War on War in Europe, 1815-1914*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1991, pp. 91-204.

25. Véase W. Kruse, *Krieg und nationale Integration: Eine Neuinterpretation des sozialdemokratischen Burgfriedensschlusses 1914/15*, Verlag Klartext, Essen, 1993; S. Miller, *Burgfrieden und Klassenkampf: Die deutsche Sozialdemokratie im Ersten Weltkrieg*, Verlag Droste, Düsseldorf, 1974; J.-J. Becker, «L'Union sacrée, l'exception qui confirme la règle?», *Vingtième Siècle, Revue d'histoire*, núm. 5 (enero-marzo de 1985), pp. 111-122 y A. Rosmer, *Le mouvement ouvrier pendant la Première Guerre Mondiale - De l'Union sacrée à Zimmerwald*, Les Bons Caractères, Pantin, 2018.

Manifiesto de Zimmerwald. En este breve documento, redactado por Trotsky, los delegados afirmaban el carácter imperialista de la guerra en curso y condenaban a los socialistas que la apoyaban. Más importante aún eran los llamamientos a conseguir una paz sin anexiones e indemnizaciones, así como la aseveración solemne del derecho de autodeterminación como fundamento inquebrantable de las relaciones internaciones.[26]

A pesar de suscribir el manifiesto, Lenin defendía una posición más radical. Junto con un grupo minoritario de los delegados, hablaba de la necesidad de convertir la guerra imperialista en una guerra revolucionaria, en la que los proletarios lucharían contra las clases gobernantes. Sin embargo, parece claro que varios pasajes del Decreto sobre la Paz y la Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia, que el gobierno bolchevique hizo público inmediatamente después de asumir el poder en noviembre de 1917, se inspiraban en el Manifiesto de Zimmerwald.[27] Sobre todo las reivindicaciones de una paz sin anexiones e indemnizaciones, así como la afirmación de la libre autodeterminación de los pueblos remitían claramente a los debates que los representantes de la izquierda antimilitarista habían mantenido en 1915.

Dicho giro en la postura de Lenin constituye, en muchos sentidos, una excelente prueba de su manera de obrar. Político excepcional como era, el futuro líder del estado soviético no solía tener reparos en ejecutar bruscos cambios en su postura política y estratégica si éstos servían para acercarse a su principal objetivo, esto es, realizar una revolución proletaria e iniciar la construcción de una sociedad socialista. Todo lo demás eran, desde el punto de vista de Lenin, nada más que detalles que podían interpretarse de muchas maneras en función de las circunstancias cambiantes.

26. L. Trotsky, *Manifiesto de Zimmerwald*, <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1915/septiembre/08.htm> [consultado el 5/7/2019]; para la versión alemana del texto, véase <https://www.marxists.org/deutsch/archiv/trotzki/1915/09/zimmerwald.htm> [consultado el 05-VII-2019]; para la versión rusa, *Tsimmerval'dskaia i Kintal'skaia konferencii: Ofitsial'nye dokumenty*, Leningrad & Moskva: Kniga, 1924, <http://xn--80aagr1bl7a.net/index.php?md=books&to=art&id=4259> [consultado el 5/7/2019].
27. Los textos de los primeros decretos y declaraciones de los bolcheviques pueden consultarse en *Dekrety Sovetskoi vlasti 1917-1918 gg*., Moskva, Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1957, t. I, <http://www.hist.msu.ru/ER/Etext/DEKRET/index.html> [consultado el 7/7/2019].

En este sentido, la cuestión nacional no constituía ninguna excepción. Durante mucho tiempo, Lenin consideró este complejo asunto como secundario en el gran esquema de la lucha revolucionaria y, por lo tanto, no le prestó mucha atención. Sus primeros escritos sobre la cuestión nacional, publicados en los años precedentes al estallido de la Gran Guerra, eran poco originales. Nuevos enfoques resultaban, asimismo, escasos en el panfleto *El marxismo y la cuestión nacional*, redactado por otro destacado bolchevique, I. V. Stalin (1879-1953).[28] Escrito en Viena con el expreso apoyo de Lenin, el largo artículo era antes que nada un «refrito» rápido de los planteamientos de Kautsky y Bauer, con pocas ideas propias y una línea argumentativa bastante difuminada. Sin embargo, le valió a Stalin el renombre de especialista en cuestiones nacionales entre los bolcheviques.

La situación cambió con la publicación, en abril de 1916, del artículo *La revolución socialista y el derecho de las naciones a la autodeterminación*. En este escrito programático, Lenin proponía una mirada diferenciada sobre la importancia de la cuestión nacional en las diferentes partes del mundo. Mientras que en los países desarrollados de la Europa occidental el aspecto nacional no tenía importancia para la revolución, escribía Lenin, en la Europa central y oriental —y en particular en Rusia—, la revolución socialista no podía conseguirse «sin defender el derecho de las naciones a la autodeterminación».[29] La contribución posiblemente más innovadora consistía en la inclusión en el debate de los países no occidentales semi-dependientes como China, así como las colonias europeas, para los que Lenin resaltaba la necesidad de colaboración entre los socialistas y la burguesía progresista en aras de la liberación nacional.[30]

28. Véase I. Stalin, *El marxismo y la cuestión nacional*, <https://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm> [consultado el 7/7/2019]. La versión rusa es accesible en <https://www.marxists.org/russkij/stalin/t2/marxism_nationalism.htm> [consultado el 7/7/2019]. Originalmente, el ensayo se titulaba *La cuestión nacional y la socialdemocracia*. Sin embargo, una vez fueron editadas las obras completas de Stalin en la URSS despareció toda referencia en el título a la socialdemocracia y los socialdemócratas, para retitularse *El marxismo y la cuestión nacional*.
29. V. I. Lenin, «Sotsialisticheskaia revoliutsiia i pravo natsii na samoopredelenie», en *Polnoe sobranie sochinenii*, 5.ª ed., Moskva: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1969, t. XXVII, pp. 260-261, <http://uaio.ru/vil/27.htm> [consultado el 8/8/2019].
30. *Ibid*.

Al formular su postura acerca del derecho de autodeterminación en estos términos, Lenin no solo fijaba las líneas principales de actuación para los socialistas de los diferentes países, sino que también afirmaba el carácter universalista de sus planteamientos revolucionarios. Con ello anticipaba, al menos hasta cierto punto, la creación de la Komintern en 1919, y de paso se perfilaba como un líder socialista ancho de miras en cuanto a la cuestión nacional.[31]

Mientras tanto, la guerra alcanzaba unas dimensiones cada vez más aterradoras. Desde el otro lado del Atlántico, el presidente de EE.UU., Woodrow Wilson, veía con creciente preocupación la dramática situación en el continente europeo. Desde el comienzo de su mandato presidencial en 1913, Wilson se había mostrado como partidario de una política social progresista y como un librecambista. Aunque bastante inexperto en cuestiones de las relaciones internacionales, el presidente de EE.UU. era muy consciente del potencial político, económico y militar de su país. Especialmente cuando las cosas en Europa parecían ir de mal en peor, resultaba cada vez más difícil mantener la posición de neutralidad que los Estados Unidos habían asumido al principio de la guerra.

Hijo de una familia presbiteriana, Wilson siempre había considerado las cuestiones morales como parte inalienable de las decisiones políticas. Por consiguiente, la Primera Guerra Mundial con sus innumerables víctimas le debía parecer una desgracia sin parangón que tenía que terminarse cuanto antes. Visto así, no era de extrañar que el presidente de EE.UU. mostrase su disposición a mediar en el conflicto.[32] Su discurso en el Senado, pronunciado en enero de 1917, parecía ofrecer la fórmula adecuada para un posible acuerdo entre los beligerantes. Wilson hablaba de la necesidad de conseguir «una paz sin victoria», fundada en la «igualdad de derechos» entre las naciones, así como el reconocimiento de que los gobiernos «derivan sus poderes justos del consentimiento de los gobernados».[33]

31. Véase J. Riddell, *The Communist International in Lenin's Time, vol. 3: Founding the Communist International: Proceedings and Documents of the First Congress: March 1919*, Pathfinder Press, Nueva York, 1987 y H. Adi, *Pan-Africanism and Communism: The Communist International, Africa and the Diaspora, 1919-1939*, Africa World Press, Trenton, 2013.
32. Véase D. Heater, *National Self-Determination: Woodrow Wilson and his Legacy*, Palgrave Macmillan, Londres, 1994, pp. 28-32.
33. W. Wilson, *«Peace without Victory» Speech*, Jan. 22, 1917; 64th Cong., 23rd Sess., Senate Document N.º 685: «A League for Peace», <http://web.mit.edu/21h.102/www/

Al proponer un acuerdo sobre estas bases, el presidente de EE.UU. afirmaba la vigencia de los principios liberales de autogobierno, que ya formaban parte de su ideario cuando todavía había sido un destacado profesor en la Universidad de Princeton.[34] En 1916, Wilson aprovechó la oportunidad para demostrar que se tomaba en serio dichos principios. Su apoyo resultó decisivo para que el Congreso de Estados Unidos aprobara el Acta de Autonomía de las Filipinas, que concedió al archipiélago asiático amplios derechos de autogobierno bajo la soberanía estadounidense.[35]

Desde luego, Wilson no era de ninguna manera tan idealista como le hacían parecer algunas de sus declaraciones públicas: su disposición a recurrir a la intervención militar en varios países latinoamericanos da una buena idea de que entendía bastante bien las reglas del juego de los intereses nacionales norteamericanos en el marco internacional. Dicho esto, el hecho de que el presidente de los EE.UU. intentase al menos incluir en sus consideraciones los deseos de las naciones «sin voz», constituía una señal esperanzadora para el continente europeo, sumido en una sangrienta guerra que parecía no tener fin.

Pocos meses después de su discurso sobre la «paz sin victoria», la situación internacional cambió de forma dramática. La abdicación del zar Nicolás II, a principios de marzo de 1917, abrió el camino para un gobierno republicano, pero también sembró dudas acerca de la posible salida de Rusia de la guerra. Sin embargo, por lo pronto el gobierno provisional aseveró su continuación en el conflicto, al mismo tiempo que se comprometía a realizar reformas democráticas en la nueva República.

Wilson%20Peace%20Without%20Victory.htm> [consultado el 8/7/2019]. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra…*, *op. cit.*, pp. 89-110.

34. Véase por ejemplo su apreciación del autogobierno (*self-government*) como etapa más consumada del desarrollo constitucional en W. Wilson, *Constitutional Government in the United States*, Nueva York, Columbia University Press, 1917 [1908], <https://archive.org/details/constitutionalg00wilsgoog/page/n7> [consultado el 9/7/2019].

35. Sobre la cuestión filipina como desafío para la política estadounidense, véase P. A. Kramer, *The Blood of Government: Race, Empire, the United States, & the Philippines*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006, pp. 285-432 y M. M. Kalaw, *Self-Government in the Philippines*, The Century & Co., Nueva York, 1919, <https://quod.lib.umich.edu/p/philamer/AHZ9412.0001.001?rgn=main;view=fulltext> [consultado el 9/7/2019].

Por un momento, podía parecer como si el mundo se empezara a mover hacia el dominio de la democracia tal como preconizaba Wilson. Era la situación adecuada para que los Estados Unidos tomaran partido, especialmente si se tiene en cuenta que el contexto bélico estaba brutalmente dominado por el impacto de la guerra submarina indiscriminada ejecutada por las fuerzas navales alemanas. Ante esta situación, en abril de 1917, los EE.UU. declararon la guerra a Alemania. Una intervención que fue interpretada por los coetáneos como un factor decisivo para la resolución de la guerra en el frente occidental a favor de los Aliados. Para Wilson, su país entraba en la contienda sin ninguna aspiración egoísta de ganancias territoriales o materiales, sino con el único objetivo de hacer el mundo «seguro para la democracia», según afirmó en un discurso en el Congreso.[36] Eso desde luego tenía serias implicaciones para los gobiernos considerados autocráticos como los de los Imperios alemán, austrohúngaro y otomano, que corrían el peligro de salir muy perjudicados en caso de derrota. En cambio, para Estados Unidos un mundo compuesto por democracias liberales supondría, a la larga, un entorno favorable en términos políticos y económicos.

Mientras tanto, la situación en Rusia se hizo cada vez más caótica, lo cual también llevó al creciente desorden en el ejército. Sin embargo, no fue hasta la toma del poder por los bolcheviques en noviembre de 1917 que el frente oriental empezó a desmoronarse. El nuevo gobierno liderado por Lenin no tardó en manifestar su posición radical-progresista en cuanto a las relaciones internacionales. Por un lado, exigía una paz justa y democrática sin anexiones e indemnizaciones; por el otro, proclamaba la igualdad y la soberanía de los pueblos de Rusia y les concedía el pleno derecho de autodeterminación.[37] Una de las acciones más impactantes del nuevo gobierno bolchevique consistía en la publicación de los acuerdos secretos sobre los objetivos bélicos de los Aliados. En un mundo acostumbrado a la *Realpolitik* de viejo cuño, dichos objetivos no necesariamente suponían un motivo

36. W. Wilson, *Address delivered at Joint Session of the Two Houses of Congress*, April 2, 1917; 65th Cong., 1st Sess., Senate Document No. 5, <http://wps.prenhall.com/wps/media/objects/107/110495/ch22_a2_d1.pdf> [consultado el 9/7/2019]. A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra…*, *op. cit.*, pp. 247-350.
37. Véase el «Decreto sobre la Paz» y la «Declaración de los Derechos de los Pueblos de Rusia» en *Dekrety Sovetskoi vlasti…*, t. I.

de indignación. Sin embargo, en comparación con los principios proclamados por los bolcheviques las aspiraciones de los Aliados parecían mezquinas y difícilmente podían atraer apoyo popular.

En este sentido, los Catorce Puntos de Wilson estaban llamados a ofrecer una alternativa liberal para un acuerdo de paz viable. Dada la cálida recepción que la propuesta recibió en la prensa internacional y entre los representantes de las naciones «sin voz», los Catorce Puntos en ocasiones se consideran como el escrito fundacional del derecho de autodeterminación. Sin embargo, los planteamientos de Wilson constituían tan solo una de las muchas propuestas que, a lo largo del conflicto, se barajaron y discutieron en los círculos gubernamentales de los Aliados occidentales para llegar a un acuerdo de paz.[38]

En muchos sentidos, los Catorce Puntos, presentados el 8 de enero de 1918 en un discurso ante el Congreso, suponían una continuación de las ideas que Wilson había expuesto un año antes, cuando hablaba de una «paz sin victoria». Para elaborar un programa más detallado, el presidente de EE.UU. había encargado a uno de sus colaboradores más estrechos, Edward M. House (1858-1938), que formase una comisión, la llamada *Inquiry*, compuesta por un grupo de expertos en los ámbitos de la historia, la geografía, el derecho y la economía.[39] La *Inquiry* resumió las ideas principales de su trabajo analítico en un memorándum, que Wilson y House usaron para formular el discurso de los Catorce Puntos.

El resultado final constituía un fiel reflejo de las convicciones liberales del presidente de los EE.UU., inspirado tanto por su firme creencia en el principio de autogobierno y del libre comercio como por el deseo de construir un orden mundial basado en el respeto mutuo entre las naciones, y no en el equilibrio de poder.[40] Ya al principio de su discurso, Wilson afirmaba el rechazo más completo a los acuerdos secretos, proponiendo la diplomacia abierta como nuevo fundamento

38. Véase por ejemplo D. Lloyd George, *British War Aims*, January 5, 1918, <https://wwi.lib.byu.edu/index.php/Prime_Minister_Lloyd_George_on_the_British_War_Aims> [consultado el 10/7/2019].
39. Véase L. E. Gelfand, *The Inquiry: American Preparations for Peace, 1917-1919*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1963 y George & George, *Woodrow Wilson and Colonel House*..., *op. cit.*, pp. 157-218. Godfrey Hodgson, *Woodrow Wilson's right hand. The life of Colonel Edward M. House*, Yale University Press, New Haven, 2006.
40. Heater, *National Self-Determination*..., *op. cit.*, pp. 40-46.

de las relaciones internacionales. Además, abogaba por la libertad de navegación, la supresión de barreras económicas y la reducción de armamentos.[41]

La expresión «derecho de autodeterminación» no aparecía ni una sola vez en todo el texto del discurso. Eso sí, Wilson hacía numerosas referencias a la idea de que los deseos de las diferentes naciones tenían que respetarse. Así, hablaba de la necesidad de tener en cuenta «los intereses de las poblaciones» coloniales en cuestiones de soberanía, mencionaba la concesión de máxima libertad de «desarrollo autónomo» para los pueblos de los Imperios austrohúngaro y otomano, y destacaba la importancia de la creación de un estado polaco independiente.[42] A pesar del tono reconciliador del discurso wilsoniano, estaba claro que varias de sus propuestas entrañaban un gran potencial conflictivo. Aunque moderados en comparación con los planteamientos bolcheviques, los Catorce Puntos tampoco tenían en cuenta las complejas realidades políticas y sociales en Europa, Asia y África. Pronto se vería que ninguna de las dos propuestas tenía muchas perspectivas de realización exitosa.

Prueba de realidad

El gobierno bolchevique fue el primero en darse cuenta de que gran parte de sus planteamientos políticos y sociales resultaban difícilmente realizables. Aquello que sonaba lógico en los escritos teóricos de Marx, Engels y los demás prohombres socialistas, no parecía funcionar en las circunstancias concretas de un inmenso país, con millones de ciudadanos cansados de la guerra, muchos de los cuales no querían de ninguna manera participar en los radicales cambios sociales que abordaron los bolcheviques.[43]

41. Véase los puntos I-IV en W. Wilson, *President Woodrow Wilson's Fourteen Points*, January 8, 1918, <https://avalon.law.yale.edu/20th_century/wilson14.asp> [consultado el 10/7/2019].
42. *Ibid.*, puntos V, X, XII y XIII.
43. Sobre los primeros pasos del gobierno bolchevique, véase por ejemplo el capítulo 11 en O. Figes, *La Revolución rusa (1891-1924): La tragedia de un pueblo*, trad. César Vidal, Edhasa, Barcelona, 2000.

En este sentido, las relaciones internacionales y la cuestión nacional no constituían ninguna excepción. El esperanzado mensaje del Decreto sobre la Paz resultaba sin duda muy atrayente a los soldados y los civiles desgastados por los tres años de privaciones bélicas. Sin embargo, para cualquier observador inteligente estaba claro que el cese inmediato de hostilidades y una paz sin anexiones e indemnizaciones eran prácticamente imposibles de alcanzar. El propio Lenin se daba buena cuenta de que sus propuestas solo podían funcionar si en Alemania y en los demás países beligerantes se diesen cambios políticos igual de radicales que en Rusia. Sin embargo, cuando se puso de manifiesto que la revolución mundial se haría esperar, el gobierno bolchevique se vio obligado a firmar la durísima paz de Brest-Litovsk con alemanes y austrohúngaros.[44]

Las negociaciones que empezaron a finales de diciembre de 1917, después del armisticio en el frente oriental, anunciaron con gran claridad los problemas con los que igualmente toparían los participantes de la Conferencia de Paz de París en 1919. Una de las dificultades más grandes consistía en el hecho de que la situación en los diferentes territorios con litigios nacionales era completamente caótica.[45] Ninguno de los gobiernos ni de los diferentes grupos de poder tuvo el control suficiente sobre las tierras disputadas como para hablar con toda propiedad sobre las condiciones finales. Además, la situación iba cambiando casi a diario, produciendo cambios significativos «sobre el terreno», lo cual forzaba a los negociadores a modificar continuamente sus expectativas y exigencias.[46]

A todo esto, hay que añadirle las presiones interiores a las que se vieron expuestos los gobiernos participantes, que tenían que conseguir apoyo suficiente para las condiciones de paz dentro de sus países. Sin

44. Los documentos de las negociaciones se recogen en J. L. Magnes, *Russia and Germany at Brest-Litovsk: A Documentary History of the Peace*, The Rand School of Social Science, Nueva York, 1919, <https://archive.org/details/cu31924027841240/page/n5> [consultado el 11/7/2019].

45. Véase J. Sanborn «El Imperio ruso», en R. Gerwarth & E. Manela (ed.), *Imperios en Guerra, 1911-1923*, trad. M. Veuthey, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015, pp. 147-171.

46. Sobre las circunstancias de la Conferencia de Brest-Litovsk, véase B. Chernev, *Twilight of Empire: The Brest-Litovsk Conference and the Remaking of East-Central Europe, 1917-1918*, Toronto University Press, Toronto, 2017 y G. F. Kennan, *Soviet-American Relations, 1917-1920, vol. I: Russia Leaves War*, Princeton University Press, Princeton, 1956

controlar la situación en Rusia, los bolcheviques apenas podían convencer a los representantes de los Poderes Centrales para firmar una paz sin anexiones e indemnizaciones. Su esperanza de que al postergar la firma de un tratado de paz podrían ganar el tiempo suficiente para que empezaran las revoluciones en Alemania y el Imperio austrohúngaro resultó igualmente ilusoria.

Además, los bolcheviques se vieron enfrentados a la desagradable sorpresa de que los Poderes Centrales también cerraron un tratado de paz con el gobierno de la recién fundada República Popular Ucraniana.[47] El derecho de autodeterminación sonaba bien en la teoría. Sin embargo, en la práctica acarreaba toda una serie de desafíos para Lenin y su partido. Por supuesto, al aceptar las condiciones del Tratado de Brest-Litovsk, que suponían la pérdida de inmensos territorios en el oeste del antiguo Imperio ruso, los bolcheviques no estaban cerrando un acuerdo definitivo. Por el contrario, entendían en su fuero interno que debía considerarse como un acuerdo provisional que podrían denunciar convenientemente al poco tiempo, como en efecto sucedió en noviembre de 1918.

La historiografía actual ofrece varias interpretaciones para explicar las vueltas de Lenin en todo este proceso. Sin entrar en los detalles de estas complejas discusiones, parece claro que, a lo largo de 1918, el líder del gobierno bolchevique empezaba a darse cuenta de que era imposible asegurar el avance de *su* revolución rechazando por completo los instrumentos del viejo mundo imperialista. Eso atañía sobre todo al uso de la fuerza militar. El éxito de los bolcheviques en la guerra civil rusa se explica en buena medida por su capacidad para formar el Ejército Rojo, dirigido por Trotsky.[48] La fuerza militar fue, asimismo, una de las piezas clave para derrotar a los movimientos nacionales independentistas y asegurar el poder soviético en gran parte del antiguo Imperio ruso, con las excepciones de Polonia, Finlandia y los países bálticos.

La segunda parte de la fórmula de éxito de los bolcheviques consistía en una aproximación matizada a las cuestiones de la política

47. Véase Chernev, *Twighlight of Empire*…, *op. cit*., capítulo 4.
48. Sobre la construcción del Ejército Rojo, véase L. D. Trotskii, *Kak vooruzhalas' revoliutsiia*, Vysshyi voennyi redaktsionnyi sovet, Moskva, 1923-1925, <http://elib.shpl.ru/ru/nodes/28126-trotskiy-l-d-kak-vooruzhalas-revolyutsiya-na-voennoy-rabotem-1923-1925-materialy-i-dokumenty-po-istorii-krasnoy-armii> [consultado el 11/7/2019].

nacional. Ya en noviembre de 1917 se formó el Comisariado Popular de las Nacionalidades (*Narkomnats*), dirigido por el *especialista* en el tema Iosif Stalin.[49] Entre las tareas principales del nuevo organismo estaban la organización de las fuerzas nacionales prosoviéticas, el desarrollo cultural de los pueblos, así como la institucionalización política de las nacionalidades.

Ideológicamente, el *Narkomnats* basaba sus actividades en la idea del «centralismo democrático» que Lenin había preconizado en su obra *El Estado y la Revolución*, escrita en vísperas de la revolución bolchevique.[50] Así, el objetivo principal de construir una república socialista centralizada podía compaginarse con la aspiración del autogobierno local. Dicho de otra manera, mientras el partido bolchevique controlaba la situación y determinaba la línea general, era posible —y tal vez incluso deseable— fomentar las autonomías nacionales. La disposición de los líderes bolcheviques para tomar en serio la cuestión nacional y abrir el camino a los cuadros locales resultó muy importante para ampliar su legitimidad a ojos de los diferentes pueblos del antiguo Imperio zarista. Junto con el palo que representaba la arrolladora fuerza militar, el carácter abierto de la política nacional bolchevique simbolizaba la zanahoria que podía garantizar al nuevo régimen una cierta estabilidad en las regiones periféricas.

Dadas las dificilísimas circunstancias en las que Lenin y su partido consiguieron imponerse en la guerra civil rusa, la estructura formal de las diferentes entidades nacionales, a principios de los años 1920, resultó de hecho más compleja que todos los conceptos iniciales. Ciertamente, tuvo que incluir acuerdos federativos, autonomías nacionales, así como amplias concesiones de autonomía cultural.[51] Lejos de hacer justicia al principio de autodeterminación, dicha flexibilidad inicial constituía, sin embargo, un fundamento viable para gestio-

49. Sobre el Comisariado Popular de las Nacionalidades y el papel de Stalin en él, véase F. Hirsch, «State and Evolution: Ethnographic Knowledge, Economic Expediency, and the Making of the USSR, 1917-1924», en J. Burbank, M. von Hagen, A. V. y Remnev (eds.), *Russian Empire: Space, People, Power, 1700-1930*, Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 2007, pp. 139-165 y S. Blank, *The Sorcerer as Apprentice: Stalin as Commissar of Nationalities, 1917-1924* (Contributions in Military Studies, n.º 145), Greenwood, Westport, 1994.
50. Lenin, «Gosudarstvo i revoliutsiia», en *Polnoe sobranie…*, t. XXXIII, pp. 72-74, <http://uaio.ru/vil/33.htm> [consultado el 13-VII-2019].
51. Véase Villanueva, *Lenin y las naciones…*, *op. cit.*, pp. 416-418.

nar los complejos intereses de los numerosos pueblos soviéticos una vez obtenida la paz. Eso sí, la creciente rigidez ideológica de los bolcheviques en los años siguientes a la guerra civil pronto demostraría la fragilidad de sus primeros éxitos en la cuestión nacional.

La aplicación sistemática del derecho de autodeterminación había de resultar, asimismo, poco viable en el marco de las decisiones tomadas durante la Conferencia de Paz de París. Las negociaciones en la capital de Francia, que empezaron en enero de 1919, reunieron a los representantes de una treintena de naciones, y, al igual que ya había pasado en Brest-Litovsk, se puso de manifiesto la evidente dificultad para consensuar las posiciones de todos los participantes; una dificultad que se vio aumentada por la situación caótica que representaba el *melting pot* cultural y político de la Europa central y oriental.[52]

Las esperanzas de los bolcheviques acerca de las revoluciones en otros países europeos no resultaron completamente vanas. La vuelta de los antiguos prisioneros de guerra a sus países de origen en los meses posteriores al Tratado de Brest-Litovsk contribuyó a la desestabilización del entorno político. Sobre todo en el Imperio austrohúngaro, la confluencia de las reivindicaciones sociales y nacionales creó una dramática situación en la que a lo largo del otoño de 1918 los gobiernos de Viena y Budapest iban perdiendo el control sobre la monarquía compuesta, al sumergirse ésta en un caos que, en algunos lugares, había de durar hasta mediados de 1920.[53] Mientras tanto, Alemania, que ante la situación desesperada en el frente accedió a firmar el armisticio con los Aliados, vivió en noviembre de 1918 una revolución que no solo acabó con la monarquía de los Hohenzollern, sino que también supuso el comienzo de un largo período de conflictos interiores entre las fuerzas moderadas y las radicales.[54]

52. Para análisis recientes de la conferencia, véase M. Macmillan, *Paris 1919: Six Months That Changed the World*, Random House, Nueva York, 2003 y E. Conze, *Die große Illusion: Versailles 1919 und die Neuordnung der Welt*, Siedler, München, 2018, pp. 186-222. Una valiosa revisión bibliográfica puede encontrarse en M. Gunzenhäuser *Die Pariser Friedenskonferenz 1919 und die Friedensverträge 1919-1920: Literaturbericht und Bibliographie*, Bernard & Graefe, Frankfurt am Main, 1970.
53. P. Haslinger, «Austria-Hungría», en *Imperios en Guerra, 1911-1923…*, *op. cit.*, pp. 121-145.
54. Véase E. Marhefka, *Der Waffenstillstand 1918-1919. Das Dokumentenmaterial der Waffenstillstandsverhandlungen von Compiègne, Spa, Trier und Brüssel: Notenwechsel, Verhandlungsprotokolle, Verträge, Gesamttätigkeitsbericht*, Deutsche Ver-

Evidentemente, tampoco hubo unidad acerca de los objetivos deseables entre los Aliados. El internacionalismo liberal de Wilson chocaba claramente con la perspectiva del jefe del gobierno francés Georges Clemenceau (1841-1929), con su inequívoca defensa de los intereses nacionales, y el primer ministro británico David Lloyd George (1863-1945), interesado en restablecer un equilibrio de poder en Europa. La contradicción entre los principios idealistas de Wilson y las complejidades de la situación internacional también se hizo notar en varios otros ámbitos. Declarar pomposamente que se abolían los acuerdos secretos como punto de referencia de las relaciones internacionales sonaba desde luego muy bien. Sin embargo, durante las negociaciones en París hubo que atender a las promesas dadas, sigilosamente y en secreto, a los gobiernos de Italia o Rumanía para que declarasen la guerra a los Imperios centrales, así como a varios movimientos nacionales sin estado propio.

El embrollo de los conflictos por resolver y los intereses por sintonizarlos resultó mucho más complejo de lo que Wilson nunca hubiera esperado. En agosto de 1919, cuando el presidente de EE.UU. estaba intentando convencer al Senado para que apoyase los acuerdos alcanzados en París, afirmó que, al proponer el desarrollo del principio de las autonomías como principio general del nuevo orden internacional, no sabía «que existían nacionalidades que vienen a nosotros día tras día».[55] En efecto, la cantidad de los pueblos que llegaron a considerar los planteamientos de Wilson como fundamento para sus reivindicaciones de autodeterminación resultó completamente inesperada para casi todos los participantes de la conferencia.

La sorpresa desagradable consistía, asimismo, en el hecho de que el derecho de autodeterminación que Wilson había pensado aplicar sobre todo en Europa suscitó grandes expectativas entre los habitantes de los países extraeuropeos.[56] Sin embargo, el presidente de

---

lagsgesellschaft für Politik und Geschichte, Berlin, 1928; K. Schwabe, *Deutsche Revolution und Wilson-Frieden: Die amerikanische und deutsche Friedensstrategie zwischen Ideologie und Machtpolitik 1918/19*, Droste, Düsseldorf, 1971 y H. Köhler, *Novemberrevolution und Frankreich: Die französische Deutschlandpolitik 1918-1919*, Droste, Düsseldorf, 1980.

55. Heater, *National Self-Determination…*, *op. cit.*, p. 98.

56. Véase E. Manela, *The Wilsonian Moment: Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 2009.

EE.UU. y los gobiernos europeos no estaban dispuestos a valorar seriamente estas reivindicaciones. Pese a todo su idealismo progresista y rigorismo moral puritano, Wilson era en muchos sentidos un político moderado que apreciaba el acuerdo mutuo así como la aplicación paulatina de los cambios concertados, y no la ruptura radical y la independencia inmediata para todos.[57]

Ésta fue una de las razones por las que en sus Catorce Puntos había propuesto fundar una asociación internacional que asegurase la independencia política y la integridad territorial de todos los países. La Liga de las Naciones acordada durante las negociaciones en París tenía que convertirse en la pieza clave del nuevo orden internacional. Sin embargo, Wilson no logró convencer a los senadores estadounidenses de que se trataba de un proyecto necesario. Así, la Liga de las Naciones anduvo coja desde el principio, ya que no contaba entre sus miembros a Estados Unidos, así como tampoco con la Rusia soviética, al menos hasta 1934.[58]

El fracaso para establecer un sistema de seguridad colectiva y de arbitraje internacional supuso, asimismo, un serio revés para la esperanza wilsoniana de poder garantizar el derecho de autodeterminación a todas las naciones, y no solo en aquellas que habían vivido bajo el dominio monárquico de los Poderes Centrales derrotados, según explicaba el propio presidente de EE.UU. en septiembre de 1919.[59] Todo ello tendría serias implicaciones para la estabilidad del nuevo orden internacional, que resultó ser igual de conflictivo que el antiguo sistema basado en el concierto de los grandes poderes.

57. Sobre las ideas de Wilson acerca del orden internacional, véase la tercera parte en J. M. Cooper Jr. (ed.), *Reconsidering Woodrow Wilson: Progressivism, Internationalism, War, and Peace*, Woodrow Wilson Center Press, Washington, 2008.
58. Para la historia de la Liga de las Naciones, véase S. Pedersen, *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Oxford University Press, Oxford, 2015; P. Clavin, *Securing the World Economy: The Reinvention of the League of Nations, 1920-1946*, Oxford University Press, Oxford, 2013 y W. P. Walters, *A History of the League of Nations*, Londres & Nueva York, Oxford University Press, 1952.
59. Véase Heater, *National Self-Determination…*, *op. cit.*, pp. 95-99 y J. M. Cooper Jr., *Woodrow Wilson: A Biography*, Vintage Books, Nueva York, 2009, pp. 506-534. De hecho, el principal objetivo de los franceses era que Alemania no tuviese *capacidad de dañar*: S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 169-208.

¿Modelos de fracaso?

En comparación con el concierto europeo decimonónico, marcado por la prevalencia de los estados dinásticos, el orden internacional de después de la Primera Guerra Mundial dio un giro inequívoco hacia el establecimiento de estados republicanos o hacia una concepción republicana de la cultura política internacional de los estados, que veían su fuente de legitimación en la soberanía popular y nacional. Los lentos procesos de nacionalización estatal durante el siglo XIX recibieron un fuerte impulso dinamizador a partir de los dramáticos acontecimientos bélicos. El desastre de la guerra parecía dar razones suficientes para cuestionar el orden tradicional, tanto dentro como fuera de los países involucrados. Al mismo tiempo, el desgaste de las instituciones de los estados monárquicos abría la puerta a todos aquellos que sugiriesen soluciones alternativas e imaginativas.

En esa situación, el internacionalismo proletario de Lenin y el internacionalismo liberal de Wilson se perfilaron como poderosos planteamientos para reordenar las relaciones entre los pueblos y sus gobiernos. Frente a la propuesta radical del líder bolchevique, quien vinculaba la solución de la cuestión nacional al éxito de la revolución socialista, el presidente de EE.UU. ofreció su propio proyecto de un orden global estable, en el que el consentimiento de los gobernados constituía el elemento principal para garantizar el desarrollo pacífico para todas las naciones.

En ambos casos, los resultados quedaron muy por detrás de las expectativas. Eso sí, incluso estas soluciones parciales cambiaron para siempre la manera de pensar sobre las relaciones internacionales y actuar en el escenario global. Desde luego, la autodeterminación de los pueblos, que entretanto se ha convertido en una parte fija del derecho internacional, no pudo resolver todos los conflictos que había, y en varias ocasiones incluso creó nuevos contenciosos con implicaciones muy negativas.[60] La complejidad de la situación internacional y el

60. Para una interpretación crítica de los planteamientos internacionalistas de Lenin y Wilson, véase A. Herman, *1917: Lenin, Wilson, and the Birth of the New World Disorder*, Harper Collins, Nueva York, 2017. Sobre las problemáticas consecuencias de la guerra, véase R. Gerwarth, *The Vanquished: Why the First World War Failed to End, 1917-1923*, Penguin, Londres, 2017. Una mirada crítica sobre el derecho de autodeterminación la ofrece M. Weller, «The Self-determination Trap», *Ethnopolitics*, vol. 4,

embrollo de los intereses contrapuestos en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial resultaron, en último término, demasiado grandes como para poder llevar a la práctica los elaborados conceptos intelectuales elaborados durante el conflicto y en los años inmediatamente precedentes, algunos de los cuales bordeaban la utopía.

Ello recuerda, una vez más, las limitaciones y la falibilidad de las previsiones humanas. En 1909, el prominente laborista británico Norman Angell (1872-1967) publicó un libro que se convirtió en un superventas bajo el título *La gran ilusión*.[61] Desde su punto de vista, no cabía duda de que la integración económica de su época hacía toda guerra en Europa completamente inútil y poco probable. No obstante, cinco años más tarde los europeos se estaban matando con más afán que nunca. Para Angell, tal desenlace debió haber supuesto una decepción sin parangón. Eso, sin embargo, no le impidió seguir con su ardua labor institucional, dentro y fuera del Reino Unido, a favor de un orden mundial más estable y pacífico.

En vista de la experiencia pasada con los conflictos entre las naciones, parece que es ésta una aproximación cuando menos viable: intentar crear unas instituciones funcionales y no olvidarse nunca de que, en cualquier situación histórica, la plenitud de los detalles requiere una gestión continua y una paciencia maratoniana para tener al menos una cierta probabilidad de evitar mayores desastres internacionales.

---

núm. 1 (marzo de 2005), pp. 3-28, <http://www.tamilnation.co/selfdetermination/trap.pdf> [consultado el 15-VII-2019].

61. Véase N. Angell, *The Great Illusion: A Study of the Relation of Military Power in Nations to their Economic and Social Advantage*, G. P. Putnam's & Sons, Nueva York y Londres, 1910, <https://archive.org/stream/greatillusionas03angegoog#page/n6/mode/2up> [consultado el 03-VI-2019]; M. Ceadel, *Living The Great Illusion: Sir Norman Angell, 1872-1967*, Oxford University Press, Oxford, 2009 y J. D. B. Miller, *Norman Angell and the Futility of War: Peace and the Public Mind*, Palgrave Macmillan, Londres, 1986.

3.
¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista! El orden mundial alternativo de la Rusia bolchevique y la III Internacional

Josep Puigsech Farràs
Universitat Autònoma de Barcelona

La Rusia soviética surgida de la Revolución de octubre de 1917 no dudó ni un solo instante en posicionarse contra la Conferencia de París y, especialmente, contra el Tratado de Versalles en la medida que este último se erigió como la pieza central de la reconfiguración posbélica en Europa e implicó directamente a Alemania, el estado centroeuropeo en el que Moscú confiaba que se desarrollase una nueva revolución proletaria. El Tratado de Versalles fue interpretado como una imposición imperialista de la burguesía francesa, británica y estadounidense, con el visto bueno de la burguesía alemana, sobre la nación alemana y, en particular, sobre su población obrera. Así, pues, se establecía una clara línea de continuidad entre el Tratado de Brest-Litovsk de marzo de 1918, que establecía la finalización de la Primera Guerra Mundial entre Rusia y Alemania, pero era considerado desde la óptica soviética como una imposición de la burguesía alemana, con el Tratado de Versalles de junio de 1919.[1]

Ahora bien, el camino que se recorrió desde la Rusia soviética para llegar a esta conclusión no fue resultado de una acción impulsiva. Al contrario. Respondió a una lógica clara y definida por dos factores,

1. Véase la resolución del I Congreso de la IC titulada *Tesis sobre la situación internacional y la política de la Entente*, disponible en Internacional Comunista, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, pp. 70-79. También resulta significativo en este sentido el manifiesto elaborado por el Comité Ejecutivo de la IC titulado ¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista!, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/comintern/1919/13_v.htm> [consultado el 27/9/2019].

uno pragmático y otro ideológico. Por un lado, la trayectoria interna de la Rusia soviética a partir de Octubre de 1917, noviembre según el calendario europeo occidental. Y, por otro, la apuesta inequívoca en favor de una revolución proletaria mundial que eliminase los cimientos del mundo liberal-capitalista surgido a finales del siglo XVIII. Uno y otro se condicionaron y relacionaron mutuamente para explicar la posición del mundo soviético respecto a la Conferencia de París y, en particular, en relación al Tratado de Versalles. Los dirigentes de la Rusia soviética, encabezados por los bolcheviques de Vladímir Ílich Ulianov —*Lenin*— que a partir de marzo de 1918 pasarían a autodenominarse ya como comunistas, así como el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (IC) y los cuatro primeros congresos de este mismo organismo internacional, se erigieron en las principales voces que dieron cuerpo a estas tesis.[2]

Unos cuantos condicionantes claves: Brest Litovsk, Guerra Civil Rusa e Internacional Comunista

Como es sabido, la lectura bolchevique de la Primera Guerra Mundial había sido nítida desde 1914. El inicio de la Gran Guerra generó una interpretación en clave de guerra entre potencias imperialistas que, para el caso concreto de Rusia, estaba unida a la petición de una inmediata retirada del conflicto armado. Esta lógica estuvo presente en el asalto al Palacio de Invierno en octubre de 1917, así como en uno de los cuatro primeros decretos aprobados por el Consejo de Comisarios del Pueblo, es decir, el *Sovnarkom* o Gobierno revolucionario surgido de la Revolución de Octubre. El Decreto de la Paz, elaborado el 26 de octubre de 1917, se tradujo en el inicio de las negociaciones entre las

2. No es objeto de este texto reabrir el debate sobre el grado mayor o menor de conexión y/o subordinación y/o dependencia de la IC al estado soviético en la franja comprendida entre 1919-1924, de lo que ya existe una amplia bibliografía. Ahora bien, aprovechamos para dejar constancia de los evidentes vasos comunicantes del estado soviético con la IC entre 1919-1924 pero, al mismo tiempo, no debe olvidarse que no fue hasta mediados de los años treinta, tras el VII Congreso de la IC, cuando el organismo internacionalista quedó supeditado de forma absoluta e irreversible a las directrices e intereses del estado soviético, ahora ya en forma de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS.

nuevas autoridades rusas y el Estado Mayor alemán. Y su resultado final tuvo un nombre y apellido: Tratado de Brest-Litovsk.[3]

Así pues, en marzo de 1918 la Rusia soviética se retiraba de la Primera Guerra Mundial. Pero lo hacía con un coste muy alto. No en vano, Rusia perdía el 34 % de su población, el 32 % de la superficie agrícola del país, el 54 % de su producción industrial y el 89 % de la de carbón.[4] Además, a estos costes materiales se le añadía también un importante impacto político, en la medida que incidía en la estabilidad del *Sovnarkom* y en el propio corpus dirigente comunista. Por un lado, los socialistas revolucionarios de izquierdas abandonaron el *Sovnarkom*, acusando a los bolcheviques de claudicar ante el imperialismo alemán y, con ello, traicionar el espíritu revolucionario de octubre de 1917. Y, por el otro, determinados sectores de la izquierda comunista, con Nikolai Bujarin a la cabeza, también mostraron sus discrepancias al considerarlo una claudicación frente al imperialismo alemán. El propio Lev Davidovitch Bronstein —*Trotski*— abandonó el cargo de Comisario del Pueblo para Asuntos Exteriores con el que había llevado a cabo las negociaciones con el Estado Mayor alemán al considerar draconianas las medidas que se aceptaban por parte rusa.[5] Y, por si todo ello no fuera suficiente, este doble peaje no quedaba aquí. Londres y París, sin dejar de lado a Washington, mostraron también su oposición frontal a la decisión de las nuevas autoridades rusas. Primero, porque Brest-Litovsk suponía la retirada unilateral rusa de la Entente y, con ello, el abandono de la alianza militar entre Rusia, Francia y Gran Bretaña frente a los Imperios centrales.[6] Y, segundo, y más grave aún, las nuevas autoridades rusas no dejaban de ser vistas como maximalistas, es decir, como revolucionarios radicales con unas finalidades, como mínimo, alejadas del proyecto liberal-democrático y capitalista que se defendía desde Londres, París y Washington.[7]

3. R. Service, *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 43-80.
4. F. Veiga, P. Martín y J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Alianza, Madrid, 2017, p. 440.
5. D. Christian, *Imperial and Soviet Russia. Power, Privilege and the Challenge of Modernity*, Macmillan Press, Londres, 1997, pp. 212-214.
6. A. Tooze, *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Crítica, Barcelona, 2014, pp. 172-178.
7. J. Puigsech, «Rusia, un potente foco de atracción para el viejo continente», en J.

No obstante, esta claudicación tenía una lógica por parte soviética. En primer lugar, debido a una cuestión de honestidad y convicción en su programa político. Al fin y al cabo, como hemos comentado, se trataba de uno de los cuatro primeros decretos del *Sovnarkom* y, por lo tanto, un elemento nuclear que había permitido la Revolución de Octubre de 1917. No obstante, y en segunda instancia, los dirigentes revolucionarios rusos estaban convencidos que esta paz no era excluyente con la expansión de la revolución proletaria fuera de las fronteras rusas, sino más bien todo lo contrario: la lógica pacifista aplicada por los revolucionarios rusos sería el caldo de cultivo para estimular nuevas reivindicaciones pacifistas entre los obreros de los países en guerra y, unido a ello, fomentar el estallido de revoluciones en los países en conflicto puesto que identificarían a las burguesías nacionales como responsables de la Gran Guerra. En definitiva, Brest-Litovsk cerraba una pantalla, la de una Primera Guerra Mundial que se daba por superada, para iniciar otra identificada con el fomento y desarrollo de una revolución proletaria mundial.[8]

Si Brest-Litovsk estableció un primer condicionante en la interpretación de la Rusia soviética sobre la Conferencia de París, y en particular sobre el Tratado de Versalles, el segundo se encontró en la Guerra Civil Rusa. El verano de 1918, es decir, unos pocos meses después de la firma del Tratado de Brest-Litovsk, se inició plenamente la Guerra Civil Rusa entre fuerzas rojas y blancas tras los primeros conatos de finales de 1917. Más allá de la existencia de un amplio espectro de fuerzas rusas contrarias al poder soviético,[9] así como una dinámica bélica marcada por diferentes conflictos que se solaparon y reforzaron mutuamente en la lógica revolución-contrarrevolución,[10] esta guerra presentó un amplio componente internacional que no dejaba de estar ligado a los coletazos de la Primera Guerra Mundial. Al fin y al cabo, las principales potencias de la Gran Guerra, entre otras, no dudaron en

Pich Mitjana, D. Martínez Fiol, A. Navarra Ordoño y J. Puigsech Farràs (eds.), *Viajeros en el país de los sóviets*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2019, pp. 19-30.

8. S. Pons, *La rivoluzione globale. Storia del comunismo internazionale 1917-1991*, Einaudi, Turín, 2012, pp. 16-20.

9. J. Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Crítica, Barcelona, 2017, pp. 71-73.

10. J. Rodrigo y D. Alegre, *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019, p. 131.

participar en el conflicto civil ruso al lado del Ejército Blanco. Pesaba mucho el temor al contagio del proyecto revolucionario en el seno de las potencias liberales y, más aún, tras el estallido de algunos movimientos revolucionarios que pese a su fracaso final, en mayor o menor medida, reproducían el modelo de insurrección proletaria soviética, como el vivido en Alemania con la revolución espartaquista en enero 1919, la compleja República Soviética Húngara entre marzo y agosto de 1919, la proclamación de la República Socialista de Baviera entre abril y mayo de 1919, o el caso eslovaco en junio de 1919.[11] Y más grave aún les resultaba la creación de la IC en marzo de 1919, es decir, el nacimiento del organismo internacionalista que fomentado desde la Rusia soviética tenía por objetivo fomentar la expansión de la revolución comunista a nivel mundial. La IC mostraba al mundo que aquella Revolución de Octubre de 1917, percibida inicialmente como una revolución maximalista en todos los rincones de Europa y fuera del Viejo Continente, ahora se clarificaba como una revolución comunista y su voluntad era fomentar una revolución comunista a nivel mundial.[12] El I Congreso de la IC así lo recopiló en la resolución titulada *Tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, que definía la Gran Guerra como una guerra imperialista fruto del capitalismo y consideraba legítima la dictadura del proletariado en tanto que instrumento necesario para derrocar la explotación obrera provocada por la dictadura de la burguesía en forma de modelos liberal-capitalistas.[13]

Así, pues, pese a que la Rusia soviética consideraba la Primera Guerra Mundial como una pantalla superada y, de hecho, sus dos preocupaciones principales desde el verano de 1918/primavera de 1919 se situaban en afrontar, por un lado, la Guerra Civil y, por el otro, el estallido de una revolución proletaria mundial no ignoró ni la Conferencia de París, ni en particular el Tratado de Versalles. Una y otro eran determinantes para la geopolítica europea y mundial posbélica, a

11. D. Priestland, *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*, Crítica, Barcelona, 2010, pp. 119-121.
12. S. Wolikow, «La creación de la Komintern y la onda expansiva de la revolución en Europa: interacciones y desfases», en J. Andrade y F. Hernández Sánchez (eds.), *1917. La Revolución rusa cien años después*, Akal, Madrid, 2017, pp. 183-189.
13. Internacional Comunista, *Los cuatro primeros congresos… Primera parte…*, *op. cit.*, pp. 34-44.

la vez que condicionaban las posibilidades de una extensión de la revolución proletaria. No en vano, Alemania era percibida desde Rusia como el corazón industrial de Europa y, por lo tanto, el estado en el cual se cumplían en principio, y a diferencia de Rusia, las condiciones objetivas para el triunfo de una revolución comunista gracias al alto grado de desarrollo industrial y a la concentración de población obrera. Alemania, por lo tanto, era el anhelado vaso de comunicación con la Rusia soviética y, al mismo tiempo, clave no solo para la supervivencia de la revolución comunista en Rusia, sino para la expansión de la revolución comunista que los dirigentes soviéticos habían radiografiado desde el primer momento como una revolución de carácter mundial. Además, y no debe perderse la perspectiva, la proximidad geográfica entre Alemania y Rusia facilitaba más aún esta lectura por parte de la Rusia soviética. Ahora bien, junto a este vector estratégico estaba también presente un factor ideológico. La interpretación soviética deslegitimaba todo aquello que emanase de las esferas de poder vinculadas a la Primera Guerra Mundial, en tanto que conflicto de carácter imperialista. Tanto la Gran Guerra como sus tratados de paz tenían que ser combatidos en la medida que se identificaban con un reparto descarnado y sin escrúpulos del botín de la Primera Guerra Mundial.[14]

Y, desde el otro lado, ¿rusos rojos o rusos blancos?

En un contexto de estas características, la otra cara de la moneda tampoco podía obviar a su adversario. Pese a que el Moscú rojo generaba unas amplias antipatías en los círculos de poder de Londres, París y Washington, no podía obviarse al país más extenso del Planeta, una de las potencias determinantes de la Primera Guerra Mundial y un estado clave en la geopolítica del continente europeo y, en menor medida, asiático. Por ello, los vencedores de la Primera Guerra Mundial se

14. Véase el manifiesto elaborado por el Comité Ejecutivo de la IC titulado ¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista!, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/comintern/1919/13_v.htm> [consultado el 27/9/2019]. También puede consultarse P. Broué, *Histoire de l'Internationale Communiste 1919-1943*, Fayard, París, 1997, pp. 76-91.

vieron forzados a valorar si resultaba procedente o no incluir a los representantes de la Rusia soviética en la Conferencia de París.

El lugar escogido para realizar estas deliberaciones fue la capital francesa el 16 de enero de 1919. La posición británica, con Lloyd George a la cabeza y haciendo gala del pragmatismo británico, era favorable a su presencia, ya que excluirlos de la misma implicaba dejar de lado a una potencia europea y, especialmente, a un estado con intereses en un continente asiático donde se encontraba, entre otros elementos, la Joya de la Corona del Imperio británico, la India. En cambio, la posición francesa, con Georges Clemenceau a la cabeza y muy marcada ideológicamente, era la inversa. La representación francesa se negaba a aceptar la presencia soviética porque hacerlo supondría legitimar al *Sovnarkom* y, con ello, un modelo político, social y económico antagónico al modelo defendido por Francia. En otras palabras, París situaba la legitimidad y representatividad del estado ruso en los rusos blancos y no en los rusos rojos. En todo caso, si las posturas de Lloyd George y Clemenceau eran nítidas, no puede decirse lo mismo del caso de Woodrow Wilson. El presidente de los Estados Unidos de América (EE.UU.) se movía en una posición intermedia que, en el fondo, era más pragmática que ideológica. Ni se decantaba por la representación blanca ni por la roja. Su apuesta era más bien dejar que la fruta cayese del árbol por su propio peso, o sea, que el bando que se impusiese en la Guerra Civil rusa asumiese la representación de Rusia en la conferencia de paz.[15]

El resultado final de la triada fue excluir a todos los representantes rusos de la Conferencia de París. Primero, por una cuestión formal, en la medida que Rusia había firmado su particular tratado de paz con Alemania en 1918 y, por lo tanto, no tenía sentido su presencia en dichas deliberaciones. Y, en segundo lugar, en base a un aspecto ideológico y determinante, como era que la presencia de la Rusia soviética en la Conferencia de París supondría reconocer la legitimidad y la legalidad del *Sovnarkom* y, con ello, la de una Rusia soviética que no solo era combatida ideológicamente por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, sino también militarmente con el envío de suminis-

15. A. Tooze, *El diluvio…*, *op. cit.*, pp. 329-332.

tros y algunas tropas al lado de los rusos blancos en la Guerra Civil rusa.[16]

Ahora bien, como contrapartida a esta exclusión se propuso una conferencia en la Isla de los Príncipes, en el extremo este del Mediterráneo, en la que participasen representantes de la Rusia roja y de la Rusia blanca. Se trataba de permitir que ambas delegaciones se postulasen sobre la redefinición del mapa y de la geopolítica europea, aunque fuera solo de forma testimonial. Pero el resultado fue un fracaso absoluto. Los rusos blancos se negaron a participar, argumentando que hacerlo legitimaría a la Rusia soviética. Por su parte, la respuesta de éstos fue también negativa. Los líderes soviéticos estaban convencidos que su presencia en la Isla de los Príncipes supondría no solo reeditar, sino acentuar, la esencia del Tratado de Brest-Litvosk en tanto que imposición sobre el Gobierno Revolucionario y, con ello, primero acentuaría la claudicación ante el enjambre de países imperialistas-capitalistas; y, segundo, frenaría nuevamente la expansión de la revolución proletaria fuera de las fronteras rusas, tal y como ya sucedió con la experiencia de Brest-Litovsk.[17]

En definitiva, la exclusión de la Rusia soviética de la Conferencia de París fue una evidencia, así como la ausencia de representantes soviéticos en la Conferencia de la Isla de los Príncipes. Ahora bien, una cosa era no participar en las reuniones en las que se establecían las cláusulas sobre los países derrotados en la Gran Guerra. Y otra, muy diferente, no tener opinión sobre ello y, sobretodo, aceptarlas sin cuestionarlas. Lenin, Georgui Chicherin o Grigori Zinoviev, en tanto que cabezas visibles del *Sovnarkom*, del Comisariado del Pueblo para Asuntos Extranjeros o del Comité Ejecutivo de la IC respectivamente, no dudaron en dirigir su mirada hacia la Conferencia de París y, en particular, al Tratado de Versalles. No solo se tenía que desacreditar moralmente, sino que tenía que ser combatido con palabras y hechos.

16. *Ibid.*, pp. 353-355.
17. F. Veiga, P. Martín y J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres…*, *op. cit.*, pp. 512-516. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 97-120.

Alemania, una colonia que se erige en el eslabón más débil de la nueva Europa

El Comité Ejecutivo de la IC se posicionó sobre la Conferencia de París en la que puede considerase como la respuesta más elaborada hasta el momento, desde la óptica del mundo revolucionario surgido de la Revolución de Octubre de 1917. Éstos argumentaron que la Conferencia de París era la imposición de un bando imperialista sobre otro, concretamente la imposición de medidas draconianas de la burguesía francesa, británica y norteamericana sobre los Estados imperialistas que habían perdido la Primera Guerra Mundial. No dudaron en calificar la Conferencia de París como una doble losa sobre el proletariado alemán, en la medida que este último no solo tendría que soportar la explotación de la burguesía alemana, sino que ahora se le añadía la explotación de las burguesías francesa, británica y norteamericana, ya que buena parte de las cláusulas del posterior Tratado de Versalles recaerían sobre el proletariado alemán.[18]

Este último aspecto resultó fundamental para la trayectoria de la Rusia soviética y la estrategia sobre la expansión de la revolución comunista fuera de las fronteras rusas. No en vano, ponía sobre la mesa el debate sobre el infantilismo o el pragmatismo del movimiento revolucionario europeo. Las abusivas y denigrantes cláusulas que supondría para Alemania el Tratado de Versalles, y en especial para los obreros alemanes, forzaban a reflexionar sobre la viabilidad a corto plazo de una revolución obrera en Alemania. Una cosa era el deseo soviético de un estallido inminente revolucionario en ese país. Pero otra cuestión era la tozuda realidad de los hechos. Y en este sentido el propio Lenin no dudó en afrontar hasta qué punto la prioridad del comunismo alemán debía ser derrotar a la burguesía alemana o bien pensar en clave de derrota del conjunto de la burguesía europea y mundial. En otras palabras, Lenin planteaba que si los bolcheviques habían aceptado el humillante Tratado de Brest-Litovsk, había sido en tanto que concesión temporal y necesaria para esperar a que madurasen las condiciones objetivas que permitiesen desarrollar una revolución pro-

18. Véase el manifiesto elaborado por el Comité Ejecutivo de la IC titulado ¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista!, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/comintern/1919/13_v.htm> [consultado el 27/9/2019].

letaria mundial. Por ello, el impacto del Tratado de Versalles tendría que ser analizado con la misma finura que en su momento realizaron los revolucionarios rusos con el Tratado de Brest-Litovsk. Y aquí, la conclusión no fue otra que considerar que el proletariado alemán no se encontraba ante unas condiciones objetivas que permitiesen derrocar a la burguesía de su país debido a la losa de las indemnizaciones de guerra. Lenin no dudaba que, en caso de intentarlo, el resultado sería la ocupación militar francesa del territorio alemán para así garantizar el pago de las indemnizaciones de guerra y, con ello, la decapitación absoluta de cualquier posible triunfo a corto y medio plazo de una revolución proletaria en Alemania.[19] Visto desde esta perspectiva, la ocupación del Ruhr por las tropas francesas años después en buena medida daría la razón a estas tesis leninistas.[20]

La conclusión final del Comité Ejecutivo de la IC también fue contundente. En la medida que la Conferencia de París implicaba la continuación de la dinámica imperialista iniciada en 1914 —la cual, a su vez, partía de la Conferencia de Berlín de 1884/1885—, el proletariado mundial quedaba supeditado a una burguesía que tejía una nueva configuración del espacio tanto europeo como mundial bajo sus intereses y control. El escenario que se dibujaba, por consiguiente, solo permitía una salida digna y viable para el proletariado: la dictadura del proletariado y un modelo inspirado en la lógica de los soviets.[21]

Una vez radiografiada la Conferencia de París, el paso siguiente fue afrontar específicamente el Tratado de Versalles. Y quien se encargó de ello fue el II Congreso de la IC, celebrado entre el 19 de julio y el 7 de agosto 1920.[22] Siguiendo con la lógica planteada por el Comité Ejecutivo de la IC, se consideró que el Tratado de Versalles era el resultado y la evidencia de la dependencia y del dominio colonial sobre los pueblos derrotados en la Gran Guerra, especialmente por parte de Gran Bretaña y de los EE.UU. en tanto que eran las dos grandes po-

19. E. González Calleja, *Socialismos y comunismos. Claves históricas de dos movimientos políticos*, Paraninfo, Madrid, 2017, pp. 139-147.
20. J. Fontana *El siglo de la revolución…*, *op. cit.*, pp. 105-106.
21. Véase el manifiesto elaborado por el Comité Ejecutivo de la IC titulado ¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista!, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/comintern/1919/13_v.htm> [consultado el 27/9/2019].
22. S. Wolikow, *L'Internationale Communiste (1919-1943). Le Komintern ou le rêve déchu du parti mundial de la révolution*, Les Editions de l'Atelier, París, 2010, pp. 57-59.

tencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial, y por ello no se conseguiría crear un nuevo equilibrio de fuerzas a nivel internacional. En otras palabras, si la Conferencia de Berlín había supuesto la génesis del modelo imperial que había llevado al sometimiento tanto de naciones como de pueblos de África y de Asia bajo el dominio y dependencia colonial, ahora esta lógica se ampliaba al continente europeo a través de los pueblos y de las naciones derrotadas en la Primera Guerra Mundial.[23] Los datos que se presentaban al respecto no ofrecían dudas, tal y como dejó constancia de ello el propio Lenin durante una de sus intervenciones en este congreso. Así, pues, 1.250 millones de personas quedaban sometidas a la pobreza crónica fruto de un modelo capitalista que las explotaba como colonias, lo que afectaba al 70 % de la población mundial. A ello se le unía la desproporción entre el aumento de los salarios y el aumento de los precios, generando una inflación galopante en numerosos Estados, como en el caso de EE.UU. con un aumento del 120 % de los precios de los alimentos y un 100 % de los salarios; un 170 % y un 130 % respectivamente en el caso británico; o un 300 % y un 200 % respectivamente en el francés. Lenin, además, aprovecharía todos estos datos para desacreditar la figura de Wilson, acusándolo de estar sometido a los intereses de la pequeña burguesía pero también del gran capital, aprobando unas supuestas medidas democratizadoras con sus *14 Puntos* que, en lugar de aportar una paz social, lo que hacían era acentuar el carácter imperialista del modelo capitalista, potenciar la dimensión especuladora y financiera del modelo, así como aumentar las desigualdades sociales a nivel nacional e internacional.[24]

Ahora bien, toda esta lógica revolucionaria toparía con un duro golpe de realismo. En agosto de 1920 las tropas del Ejército Rojo eran derrotadas a las puertas de Varsovia. Sin lugar a dudas fue una gran bofetada para las aspiraciones de expandir la revolución proletaria fue-

23. Véase el manifiesto elaborado por el II Congreso de la IC con el título *El mundo capitalista y la Internacional Comunista*, en Internacional Comunista, *Los cuatro primeros congresos… Primera parte*, *op. cit.*, pp. 183-213.

24. La intervención de Lenin correspondiente al 19 de julio de 1920 quedó recogida con el título *Informe sobre la situación internacional y las tareas fundamentales de la Internacional Comunista*, siendo publicado en el periódico *Pravda* el 24 de julio de 1920. Su consulta puede realizarse en <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1920s/internacional/congreso2/01.htm> [consultado el 1/10/2019].

ra de la Rusia soviética y, además, con el agravante de fracasar en una zona fronteriza con los territorios soviéticos, y más aún, en la medida que parte del territorio polaco había formado parte históricamente del Imperio ruso y, además, se trataba también de un pueblo eslavo que, no olvidemos, había aportado algunas de las figuras relevantes del proceso revolucionario ruso de octubre de 1917 como el caso de Féliks Dzerzhinski. Así, pues, esta derrota militar soviética mostró en clave internacionalista que pese al discurso incendiario en contra de la Conferencia de París en general y del tratado de Versalles en particular, la viabilidad de una extensión de la revolución comunista fuera de Rusia era una quimera. Diversos factores, entre otros, explicaban este resultado: 1) el peso de la cuestión nacional, que decantó a una parte de obreros y campesinos polacos a posicionarse contra las tropas de un Ejército Rojo que fueron percibidas no como liberadoras en clave social sino como opresoras en clave nacional, atendiendo al trato que históricamente Rusia había aplicado sobre la nación polaca; 2) las distancias ideológicas con el comunismo, ya que no todos los obreros y campesinos apostaban por un proyecto de revolución proletaria y, menos aún, si procedía de Rusia; 3) la eficacia del juego de alianzas y el marco político posbélico de 1918-1919, ya que la alianza entre las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial y los nuevos Estados-tapón surgidos del conflicto mundial, entre otros objetivos tenían la función de frenar cualquier intento de expansión de la revolución soviética. Una buena prueba de ello fue el envío de armamento francés y, en menor medida británico, a Varsovia para frenar la ofensiva soviética.[25]

El episodio polaco llevó a la IC a ser consciente que el proceso de la revolución proletaria a nivel mundial no era viable de forma inmediata y, por lo tanto, la constatación que la Conferencia de París, y el Tratado de Versalles en particular, habían diseñado un nuevo espacio geopolítico europeo y mundial que frenaba cualquier intento de expandir la revolución proletaria a nivel mundial. Ahora bien, este mismo escenario no había conseguido ahogar la revolución en la Rusia soviética. El avance y el triunfo del Ejército Rojo en la Guerra Civil Rusa en 1922 permitiría mantener el feudo del movimiento co-

25. R. Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime 1919-1924*, Fontana Press, Londres, 1995, pp. 183 y 398-399; y F. Veiga, P. Martín y J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres…*, *op. cit.*, pp. 535-539.

munista. En definitiva, la Conferencia de París y el Tratado de Versalles habían cimentado una nueva lógica en la geopolítica europea a la que, por otra parte, se le añadía el contrapeso de la revolución soviética. Ante esta nueva realidad, que no fue la expansión de la revolución proletaria mundial, pero tampoco la derrota del estado soviético, la diplomacia soviética establecería negociaciones diplomáticas que llegarían a buen puerto con los países vencedores de la Primera Guerra Mundial, pero también con los derrotados. La Conferencia de Génova de 1922 fue el mejor ejemplo de ello y especialmente el Tratado de Rapallo, que en este último caso estableció relaciones bilaterales entre Alemania y Rusia en las que ambos Estados renunciaban a reclamar cualquier tipo de indemnización de guerra, tanto por el Tratado de Brest-Litovsk como por el Tratado de Versalles respectivamente.

El fracaso absoluto del Tratado de Versalles tres años después

Ahora bien, la consolidación de esta nueva realidad no supuso que la Rusia soviética abandonase su interés y posicionamiento respecto a la Conferencia de París y, en particular, sobre el Tratado de Versalles. En noviembre de 1922, coincidiendo con el quinto aniversario de la Revolución de Octubre, se celebró el IV Congreso de la IC y con él se certificó el fracaso del Tratado de Versalles. Al menos así fue percibido desde las filas de la IC y, por extensión, desde la Rusia soviética, tal y como se constató en la *Resolución sobre el Tratado de Versalles*. Esta sentencia se justificó en base al caos que imperaba en Europa. El Viejo Continente había quedado inmerso en un auténtico estado de confusión después de tres años del establecimiento del Tratado de Versalles, debido a la permanente crisis económica —en forma de desempleo y sobreproducción— y política —crisis a nivel ministerial y en el ámbito de los partidos liberales—, unida a la constante competitividad y tensión entre las potencias que habían diseñado este tratado, además de su manifiesta incapacidad para derrotar a la Rusia soviética en la Guerra Civil rusa.[26]

26. Internacional Comunista, *Los cuatro primeros congresos…*, *op. cit.*, pp. 207-213.

El IV Congreso de la IC reconoció, como ya se había manifestado también durante el II Congreso del organismo internacionalista, la voluntad del Tratado de Versalles para estabilizar la situación política y económica mundial. Pero una cosa era la voluntad y otra la realidad. La pretendida estabilización se había enfocado desde la óptica de la imposición de las burguesías de las tres potencias vencedoras de la Gran Guerra que, sin tapujos, redefinieron el planeta como un ámbito de saqueo colonial tanto de sus recursos naturales como humanos, especialmente en el caso de los Estados derrotados en la Primera Guerra Mundial. El Tratado de Versalles no solo no había conseguido estabilizar la política y la economía mundiales, sino que había acentuado las contradicciones entre los Estados vencedores de la Gran Guerra y, con ello, creado un ambiente de caos permanente. Alemania seguía siendo el mejor ejemplo: un estado sometido al dominio absoluto de las potencias vencedoras de la Primera Guerra Mundial, especialmente en términos económicos y militares, con una burguesía nacional que ligaba sus intereses a los de las burguesías francesa y británica provocando así un aumento de la explotación del proletariado alemán y, lo que era peor aún, sin capacidad real para hacer frente a las reparaciones de guerra establecidas en el Tratado de Versalles.[27]

Francia, tres años después, era la gran derrotada entre los Estados que diseñaron el Tratado de Versalles. Pese a los aparentes éxitos ligados a su expansión territorial a costa de Alemania, las indemnizaciones de guerra recibidas desde Berlín, la hegemonía de su ejército en el ámbito europeo, sin olvidar su incidencia directa sobre los nuevos Estados-tapón surgidos tras la Gran Guerra como Polonia, Checoslovaquia o Rumanía, la realidad francesa se sintetizaba con la tesis del *quiero pero no puedo*. Francia carecía de solidez en términos económicos, comparativamente con EE.UU. y Gran Bretaña, debido a su dependencia de las indemnizaciones y de la explotación de recursos procedentes de Alemania. Por otro lado, la hegemonía naval británica frenaba cualquier posible peso cualitativo de Francia a nivel mundial en términos políticos. Este análisis llevaba a la conclusión que la única vía que le quedaba a Francia para intentar hacer frente a sus debili-

27. *Ibid.*, pp. 207 y 2.010.

dades estructurales era aumentar la presión sobre su propia población obrera, ya que la vía de la explotación de los obreros alemanes ya había sido ejecutada mediante el Tratado de Versalles.[28]

Contrastando con esta situación de estancamiento francés se encontraba la Gran Bretaña, al menos en el punto de partida. La solidez estructural británica era mucho mayor que la francesa a raíz del Tratado de Versalles. Ahora bien, Gran Bretaña caminaba hacia el estancamiento. El motivo se encontraba en la propia lógica del tratado de paz con Alemania que si bien le había permitido consolidar la solidez y unidad de su imperio colonial al mismo tiempo había provocado que ya no pudiese progresar más por falta de mercados. La Rusia soviética y Alemania serían las soluciones naturales a esta problemática. Pero ello condenaría a un choque frontal con Francia, opuesta a cualquier tipo de relación de fondo tanto con Berlín como con Moscú, y actor fundamental para mantener la influencia conjunta franco-británica sobre los Estados-tapón como Checoslovaquia y Polonia.[29]

EE.UU., a diferencia de Francia y Gran Bretaña, recibían la valoración más positiva entre los mentores del Tratado de Versalles. No por la identificación ideológica de la IC con el proyecto norteamericano, sino por su inteligencia para actuar como una potencia capitalista sin ningún ánimo de solidaridad con sus socios europeos. EE.UU., dibujada como ejemplo paradigmático del egoísmo que definía la lógica capitalista, había abandonado Europa a su suerte en términos económicos. Estados Unidos cortaba de raíz sus inversiones en Europa y, especialmente, la concesión de nuevos créditos en el caso alemán, lo que repercutía de forma directa en la economía francesa. Con ello, EE.UU. no hacía más que aplicar la lógica capitalista y ejecutar su hegemonía económica mundial, ya que había sabido explotar el endeudamiento económico de las potencias europeas durante la Primera Guerra Mundial y erigirse como la primera potencia mundial en términos políticos. En otras palabras, el Tratado de Versalles había sido una jugada redonda para los Estados Unidos: gracias a él había emergido como potencia económica y política mundial. Una hegemonía mundial que, precisamente, frenaba a la joven potencia imperialista asiática, Japón, que pese a quedar al margen del caos reinante en

28. *Ibid*., pp. 208-209.
29. *Ibid*., pp. 209-211.

Europa, se veía condenada a un enfrentamiento bélico con Washington en tanto que competían por la hegemonía imperial en Asia.[30]

En definitiva, el balance del Tratado de Versalles no podía ser más desolador a finales de 1922. Primero, por un caos en Europa que era fruto de la competencia entre potencias imperialistas, una con profundas debilidades estructurales y otra encaminada al estancamiento, que se sumaban a la hegemonía mundial de EE.UU. en términos políticos y económicos con una clara voluntad de dominio sobre el resto de las potencias imperiales y, además, con un Japón condenado potencialmente a un enfrentamiento militar con los Estados Unidos. Pero segundo, y más preocupante aún, el futuro que esperaba a Europa y el resto del mundo era negro, muy negro. El IV Congreso de la IC constataba que la Conferencia de París, y el Tratado de Versalles en particular, habían fracasado a la hora de establecer un marco de paz sólido y estable en Europa en particular y a nivel mundial en general. El motivo no era otro que la creciente dinámica de militarización que aplicaban las potencias que habían diseñado el Tratado de Versalles sobre los Estados que estaban bajo su control, influencia o sometimiento, ya que con ello querían dirimir sus diferencias por ostentar la hegemonía mundial. Aunque parezca lacónico, la IC estaba convencida que las contradicciones internas del modelo liberal-capitalista condenaban a una nueva guerra mundial entre potencias imperialistas. Así lo creían desde Moscú. Y por ello ensalzaban a los partidos comunistas, especialmente en el caso francés y alemán, a denunciar el Tratado de Versalles como el marco de la explotación del proletariado mundial a manos de unas burguesías nacionales que no dejaban de actuar como burguesías mundiales y cuyos beneficios procedían siempre de la explotación de los obreros en clave nacional e internacional. Los comunistas, por lo tanto, tenían que luchar contra el Tratado de Versalles y vincular la lucha contra la burguesía nacional a la lucha contra el modelo imperial surgido de ese tratado.[31]

30. *Ibid.*, pp. 211-212.
31. *Ibid.*, p. 212.

Una posible conclusión

Ciertamente, el paso del tiempo dio parcialmente la razón a los vaticinios del IV Congreso de la IC. Diecisiete años más tarde, en septiembre de 1939, se iniciaba la Segunda Guerra Mundial. El conflicto mundial predicho en el IV Congreso de la IC se había producido aunque no exactamente como se había intuido. Al fin y al cabo, uno de sus principales protagonistas, el fascismo,[32] había quedado totalmente inadvertido en los análisis de la IC y la Rusia soviética sobre la Conferencia de París y el Tratado de Versalles. Por otro lado, la Rusia soviética de 1919-1922 había derivado en un modelo estalinista y en la creación de un nuevo estado, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas —URSS—, que acababa de realizar un pacto secreto con la Alemania nacionalsocialista.[33] Además, la anhelada revolución proletaria en Alemania, y la capacidad de los partidos comunistas para frenar el modelo articulado a partir del Tratado de Versalles no llegó a producirse, ni en la década de los años veinte, ni tampoco en los años treinta.[34] En cambio, sí que se llevó a cabo el ascenso del fascismo en forma de nazismo, unido al incumplimiento sistemático de numerosas cláusulas del Tratado de Versalles por parte de la Alemania nacionalsocialista, no sin reprimir previamente a los comunistas alemanes, entre otros muchos opositores.[35]

Finalmente, la correlación de fuerzas en la Europa de los años treinta, con los EE.UU. mirando de reojo a sus socios de 1918-1919, vio como se recuperaba el protagonismo de Alemania y, especialmente, cómo Gran Bretaña y Francia —dos de los motores del Tratado de Versalles— sacrificaban España o Checoslovaquia en favor del expansionismo alemán ante el temor a la expansión del comunismo en el interior de sus propios Estados.[36] De hecho, parecía que en 1939 Lon-

32. R. Paxton, *The Anatomy of Fascism*, Penguin Books, Londres, 2003.
33. O. Khlevniuk, *Stalin. New Biography of a Dictator*, Yale University Press, New Haven/Londres, 2015, pp. 150-197; y M. Levin, *El siglo soviético*. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 25-163
34. J. Gotovitch *et al.*, *Komintern: L'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste*, Les Editions de l'Atelier, París, 2001, pp. 30-53.
35. J. Fontana *El siglo de la revolución…*, *op. cit.*, pp. 210-224.
36. I. Kershaw, *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2019, pp. 179-200.

dres y París aún oyesen los ecos de aquella consigna de la IC de casi dos décadas atrás que proclamaba, sin matices: *¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista!*

Segunda parte

¿LOS VENCEDORES VENCIDOS?

Segundo prefacio. El *wilsonismo* y el principio de las nacionalidades como pretexto: aspiraciones supuestamente insatisfechas o la queja como método

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS UPF

Jordi Sabater
URL y GRENS UPF*

No solo la Rusia bolchevique manifestó su rechazo al tratado de Versalles y a los diferentes acuerdos que se derivaron de éste entre 1919 y 1923, sino que el malestar por las resoluciones definitivas de la paz se extendió tanto a estados que habían participado de la victoria aliada, como entre los nuevos estados que surgieron al final del conflicto a partir de las diferentes aplicaciones *sui generis*, tanto del principio democrático como del denominado principio de las nacionalidades. Aplicaciones que eran consecuencia de las más que variopintas y, las más de las veces, contradictorias interpretaciones que se hicieron sobre el significado y el sentido de los catorce puntos de Wilson.

En cierta forma, los principios wilsonianos pretendían ser, por un lado, una reactualización definitiva de la Declaración de los Derechos del Hombre y del ciudadano que habían animado todo el ciclo revolucionario liberal-republicano que se había extendido a lo largo del siglo XIX y primera década del XX. Con la particularidad de que, en los años precedentes a la Gran Guerra, se había incrementado la sensación en Europa de que se aproximaba una nueva albada republicana con una gran capacidad regeneradora para las sociedades europeas. La paradoja residía en el hecho de considerar que la regeneración democrática podía ir acompañada de una renovación imperial. Esta idea impregnó, así,

* Este prefacio forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

los debates sobre cuál debía ser el modelo colonial que España debía aplicar en la construcción del Protectorado marroquí, hablándose de penetración pacífica y civilizadora frente a la simple ocupación y gestión militar. Las ambivalencias se concretaron en una colonización de signo militarista y antidemocrático que tensionó a la sociedad civil española hasta el punto de dar paso a un proceso revolucionario republicano frustrado en julio de 1909, con epicentro en Cataluña.[1]

En una línea similar se desarrolló la revolución portuguesa del otoño de 1910, que como la de julio de 1909 en España, tuvo su origen remoto en las fallidas aspiraciones colonialistas en África. Portugal, que aspiraba a un imperio colonial continuo desde Mozambique a Angola, tuvo que retirar, en 1890, sus tropas de los territorios de Rhodesia ante la presión del Reino Unido. La retirada se vivió como una humillación nacional que, sumada a la crisis financiera de los años finales del siglo XIX, provocó un creciente cuestionamiento de la monarquía y del cerrado sistema de partidos portugués, en el que el Partido Regenerador y el Partido Progresista usufructuaban el gobierno del estado.[2]

En consecuencia, el Partido Republicano Portugués (PRP) y el humillado Ejército luso (en concreto, la suboficialidad y algunos sectores menores de la oficialidad) se convirtieron en dos de los focos de atracción del descontento de las clases medias y populares. Así, en enero de 1891, se produjo un pronunciamiento de sargentos y militares sin plaza que tuvo como objetivo implantar la república. La sublevación fue un fracaso y puso de manifiesto la necesidad de coordinar el descontento militar con el republicanismo civil encarnado por el PRP. De esta forma, el Partido Republicano intentó concretar un proyecto político donde se daban la mano federalismo y justicia social junto a una propuesta de reforma democrática adornada por un fuerte componente anticlerical que, como en el caso del republicanismo español, se entendía como un repudio al poder de la Iglesia como parte integrante de la «oligarquía financiera».[3]

1. J. Pich Mitjana y D. Martínez Fiol, *La Revolución de julio de 1909: un intento fallido de regenerar España*, Editorial Comares, Granada, 2019.
2. A. Afonso, «A República Portuguesa e a questao colonial» en E. Ucelay Da-Cal, J. Pich y S. Benassar, *A redòs de Portugal. Jornades internacionals de commemoració del centenari de la república portuguesa*, Nova editorial, Barcelona, 2014, pp. 80-89.
3. D. L. Wheeler y C. Correia, *História Politica de Portugal de 1910 a 1926*, Publicações Europa-América, Lisboa, 1978.

La crisis del régimen monárquico se aceleró cuando la sociedad secreta carbonaria asesinó en febrero de 1908 al rey Carlos I y a su heredero. El atentado fue una respuesta al nombramiento de João Franco como presidente de un ejecutivo que pretendía cerrar el Parlamento y gobernar por decreto para impulsar una política supuestamente regeneradora.[4] Era una vía de regeneración autoritaria que marginaría al republicanismo, a las clases medias progresistas y a los oficiales del Ejército con expectativas de promoción socio-profesional. El gobierno de João Franco cesó y se nombró al joven Manuel II como rey. Pero el enfrentamiento encarnizado entre los partidos monárquicos por el control del poder provocó la autofagotización del sistema. En esta coyuntura, que duró dos años, el PRP y una creciente rebelión en el Ejército confluyeron en un proceso revolucionario en octubre de 1910 que condujo a la caída de la monarquía y a la proclamación de la República. Uno de los factores que ayudaron al triunfo republicano fue la desafección de algunos sectores monárquicos que, por supervivencia política, acabaron por abrazar la nueva causa republicana.[5]

El gobierno provisional de la República portuguesa marcó una serie de pautas a la idea de republicanización de la moderna sociedad europea de principios del XX: medidas contra la Iglesia, como la expulsión de los Jesuitas y de diversas órdenes religiosas, cierre de conventos, abolición de la enseñanza religiosa, institucionalización del divorcio y del matrimonio civil. También propuestas de corte social de cierto calado, como la protección de la infancia, reconocimiento del derecho de huelga, libertad de prensa y extinción de títulos nobiliarios. Todo ello combinado con una reestructuración del Ejército y de un nuevo cuerpo de policía al servicio de la República: la Guardia Nacional Republicana.[6] Es decir, que Portugal, cinco años antes ya había puesto en marcha su sueño de republicanización (o regeneración

4. En cierto modo, la propuesta de Franco recordaba a la del «cirujano de hierro» planteada, desde un punto de vista republicano, por Joaquín Costa en España.
5. Una narración exhaustiva del proceso revolucionario y sus causas: V. P. Valente, *O Poder e o Povo. A revoluçao de 1910,* Ediçao do centenário da República, Alethêia editores, Lisboa, 2010.
6. D. Palacios Cerezales, *A culatazos: Protesta popular y orden público en el Portugal contemporáneo*, Genueve Ediciones, Palma de Mallorca, 2011, pp. 240-269; *Ibid*, «La calle y el orden. La difícil republicanización de la policía portuguesa» en E. Ucelay Da-Cal, J. Pich y S. Benassar, *A redòs de Portugal. …, op. cit*., pp. 137-177.

democrática) de su vida pública. Solo le faltaba certificar su vocación de potencia imperial reconocida en el ámbito internacional, pero que su aliada tradicional, la Gran Bretaña, había coartado a finales del siglo XIX. Así, la profesora Ana Paula Pires de la Universidade Nova de Lisboa, analiza en el capítulo, *Las guerras de la Paz: Portugal y las secuelas de la I Guerra Mundial*, la ambivalente política exterior portuguesa, que, condicionada por sus aspiraciones imperiales, despertó la división política existente entre anglófilos, partidarios de entrar en la guerra al lado del tradicional «amigo» británico, y germanófilos, defensores de lograr las aspiraciones imperiales en África a través del apoyo de Alemania. Estas ambivalencias (a pesar de la entrada en la Guerra en el bando de la Triple Entente) y su nula participación en las Conferencias de Paz generaron un clima en la sociedad portuguesa que derivó, en 1926, en una solución republicana autoritaria (la Segunda República o República corporativa), muy lejos de la visión republicana democrática potenciada por Wilson.

Como en el caso portugués, el rédito territorial y político de Italia en las negociaciones de paz se percibió entre la opinión pública italiana como un gran fracaso, como un gran engaño de las grandes potencias aliadas, así como de los políticos y de los partidos tradicionales de la monarquía. Lo cierto es que el intervencionismo italiano de los primeros meses de la Gran Guerra (cuando Italia aún mantenía su neutralidad) tuvo en el garibaldismo su expresión más puramente republicana. La imagen clásica y tradicional del movimiento garibaldino estuvo siempre vinculada al espíritu de aventura revolucionaria. En el imaginario político europeo se identificaba a Giusseppe Garibaldi como un voluntario por la libertad, alguien dispuesto a abandonar todo lo que más apreciaba: familia, amigos, país, para defender con las armas los ideales republicanos. Durante las décadas de los años treinta y cuarenta del siglo XIX, Giusseppe Garibaldi se trasladó a América del Sur (Brasil, Argentina y Uruguay), donde conectó con exiliados políticos italianos de orientación republicana con el fin de luchar contra las denominadas dictaduras caudillistas de la posindependencia americana.[7] Posteriormente, en los años cincuenta y sesen-

7. Una teorización sobre el caudillismo en P. Cortés, «El caudillismo en América Latina, ayer y hoy», *Política y cultura*, n.º 27, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México, primavera 2007, p. 9-29.

ta, retornó a la península italiana para combatir por la independencia y la unificación de Italia. Cabe recordar que Garibaldi había ingresado en los primeros años treinta del siglo XIX en la Joven Italia vinculándose al líder nacionalista y republicano Giusseppe Mazzini.[8]

Entre el final del siglo XIX y principios del XX, los herederos de Garibaldi recogieron la llama revolucionaria intervencionista y participaron en numerosas luchas de liberación de carácter nacionalista: Giusseppe participó en la guerra de los Boers, en los movimientos revolucionarios de Venezuela contra la dictadura de Julián Castro y en México contra el *dictador* Porfirio Díaz, mientras que Ricciotti luchó, en 1912, en la Primera Guerra Balcánica, dirigiéndose a Grecia con el objetivo de crear una Legión Italiana de voluntarios para tomar parte en la lucha de liberación del yugo otomano de la simbólica ciudad Salónica. Sin embargo, la contraofensiva turca del 11-12 de diciembre de 1912 supuso la retirada de los voluntarios garibaldinos y el fin orgánico de la Legión. El final de la legión garibaldina provocó una controvertida polémica al entorno de la misma idea de la guerra. Se produjeron, sobre todo desde la izquierda socialista, numerosas críticas al intervencionismo garibaldino siendo una de las más contundentes la proferida por el entonces dirigente socialista Benito Mussolini. Éste comparó a los camisas rojas con la caballería medieval, como una especie de quijotes fuera del contexto de los modernos ejércitos. Dicho de otro modo, la existencia de la Legión Garibaldina no era más que una expresión medievalizante del concepto de la guerra, entendida ésta como un privilegio de notables al cual no tenían acceso el resto del común de la población. En la era de las masas, los héroes solitarios no tenían cabida.[9]

Sin embargo, la crítica mussoliniana a los garibaldinos y a su imagen romántica de la guerra, como revolución de los espíritus li-

8. Sobre el pensamiento nacionalista republicano de Mazzini: S. Recchia y N. Urbinati (ed.), *A Cosmopolitanism of Nations. Giusseppe Mazzini's writings on Democracy, Nations Building and International Relations*, Princeton University Press, Princeton and Oxford, 2009.

9. Sobre Mussolini y su izquierdismo revolucionario y pacifista: L. Fermi, *Mussolini*, Grijalbo, Barcelona, 1962, pp. 17-117. Ciertamente, Mussolini llevó a cabo, durante la Gran Guerra, un giro militarista que le aproximó al discurso garibaldino. En este sentido, la cultura política nacionalista italiana tejió numerosos puntos de confluencia discursivos que permitieron acercar la mística republicana a la mística militar y al fascismo. Así, por ejemplo: S. L. Sullam, *Giusseppe Mazzini and theoriginsoffascism*, Palgrave Macmillan, 2015.

bres, devino un error en el contexto de la preguerra y de la misma Gran Guerra. Con el estallido de ésta, los hijos de Ricciotti impulsaron la recreación de una nueva Legión Garibaldina para luchar con el ejército francés en defensa de la III República y contra la tiranía militarista del II Imperio alemán. El garibaldismo se transformó en el inicio de la Primera Guerra Mundial en un ejemplo de lucha voluntaria en defensa de los ideales republicanos y democráticos, así como también en una defensa de las pequeñas nacionalidades oprimidas como los reinos de Serbia o de Bélgica. Además, en clave francesa e italiana, irredentista respecto a los territorios de Alsacia y Lorena para Francia y de Fiume o Trieste para Italia.[10] Así, la entrada de Italia en la Gran Guerra, en mayo de 1915, fue publicitada por los garibaldinos y el republicanismo intervencionista como una consecuencia de su esfuerzo voluntario en los primeros meses del conflicto.

Un intervencionismo que sería también recogido, finalmente por los socialistas nacionalistas disidentes de Benito Mussolini. El intervencionismo del republicanismo y del socialismo nacionalista se nutrió de una mística militarista que conectó con el fascismo. En rigor, éste puede ser visto como una expresión violenta, autoritaria y dictatorial de la utopía republicana, completamente alejada del wilsonismo democratizante, y que recogía la teórica frustración del fallido irredentismo italiano. En este sentido, el capítulo del profesor Steven Forti, *El síndrome de la victoria mutilada. Italia, el tratado de Londres y la paz de París*, revisa y cuestiona semejante idea para plantear que la Italia de la posguerra sí que obtuvo unos réditos territoriales remarcables, que los sectores ultranacionalistas revolucionarios minimizaron con el objetivo de cuestionar el sistema liberal monárquico. La paradoja fue que la Marcha sobre Roma no supuso la caída de la monarquía, sino la incorporación en la misma en clave gubernamental del Partido Nacional Fascista. En esencia, no seria hasta 1943, con la proclamación de la República Social Italiana, conocida como la República de Saló, que el fascismo se vertebró institucionalmente en clave republicana.

Por otro lado, el capítulo del profesor Forti incide, por supuesto, en el uso y abuso que en las conferencias de paz se hizo del principio de las nacionalidades, y de cómo Italia y el nuevo reino de los Serbios,

10. G. C. Cattini, *El gran complot. Qui va trair Macià? La trama italiana*, Ara Llibres, Barcelona, 2009, pp. 51-55.

Croatas y Eslovenos compitieron por convertirse en la potencia hegemónica del Adriático y Centroeuropa, aprovechando la desintegración del Imperio austrohúngaro. La particularidad fue que los animadores de la denominada cuestión yugoeslava (de hecho, la cuestión Serbia) fueron los publicistas franceses. Así, debe destacarse que la propaganda aliada, especialmente francesa, equiparó constantemente la invasión de Serbia por parte de las tropas austro-húngaras en julio de 1914 con la ocupación de Bélgica por parte de los ejércitos alemanes en el mes de agosto. Ello incide en el tema analizado en la primera parte de este libro sobre las diferencias que existían entre Wilson y los franceses, tanto diplomáticos como políticos en la manera de entender la aplicación del principio de las nacionalidades.[11]

Así, las rivalidades territoriales y nacionales entre Italia y Serbia (ésta como motor del nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos) son analizadas por el investigador Francesco Mengo en el capítulo: *¿Quién va primero? El mes de vida del Estado trinacional, la monarquía Karađorđević y los Tratados de paz*. Ahora bien, debe resaltarse que el elemento común que a une los tres estudios presentados es su apuesta por construir un estado nacional en clave autoritaria. En este sentido, la interpretación clásica demoliberal nos indica esta apuesta dictatorial y de masas como una anomalía respecto al supuesto principio de las nacionalidades democrático de Wilson, oponiendo a los tres ejemplos mencionados el caso de la República de Checoeslovaquia y presentando a su presidente, Thomas G. Masaryk como modelo de estadista competente. Lo cierto es que la base del ejército checoeslovaco se nutrió de los efectivos bohemios y eslovacos que habían combatido con el ejército austrohúngaro, y que hechos prisioneros por los rusos se convirtieron, en 1917-1918, en la *legión checa*, una fuerza contrarrevo-

11. E. Denis, *La Gande Serbie*, Bibliotheque d'Histoire et de Politique, Librairie Delagrave, París, 1915. H. Lorin (professeur a la Faculté des Lettres de Bordeux), *L'Héroique Serbie*, «*Pages actuelles* 1914-1915», n.º 6, Conférence du Jornal des debats, Bloud et Gay, editeurs, París, 1915. S. A., *Le Programme Yougoslave (Avec une carte)*, Bibliotheque Yougoslane, n.º 1, Edition du Foyer, París, 1916. L.-L. Thomson, La Retraite de Serbie (octubre-diciembre de 1915), Mémoires et récits de guerre, Librairie Hachette, et cie., París, 1916. A. Arnautovich, *De la Serbie a la Yougoslavie*, Notes & documents, Questions Contemporaines, n.º 13, Extrait de la Revue Yugoeslave, Ligue des Universitaires Serbo-Croates-Slovenes, París, 1919. Zdenko Moravec, *L'Italie et les Yougoslaves (Avec un Exposé des Relations Italo-Yougoslaves pendant la guerre et des Documents a l'appui)*, Imprimierie Lang, Blanchong et Cie., París, 1919.

lucionaria que luchó en contra las fuerzas bolcheviques y protegida por los EE.UU. No solo eso, una vez acabada la Gran Guerra y formalizada la República checoeslovaca en 1918-1919, estos efectivos que combatieron contra los bolcheviques tuvieron una gran relevancia en el nuevo ejército checoslovaco, aportando una oficialidad visceralmente anticomunista y de profundos sentimientos antisemitas.[12]

Para finalizar este prefacio presentamos el capítulo del investigador del GRENS-UPF, Jordi Ribàs Ustrell, *Saionji Kinmochi y la cláusula por la cuestión racial en los Tratados de Paz*, en el que se explica cómo el Japón intentó imponer, apelando a los principios wilsonianos, una clausula en el tratado de paz, que estableciese como norma legal y moral universal la igualdad racial. Una clausula que pretendía evitar cualquier intervención militar futura en el Imperio nipón de las denominadas potencias occidentales, pero también participar en un plano de igualdad en el reparto de las colonias alemanas, especialmente aquellas que se hallaban relativamente próximas al Imperio nipón.[13] Todo ello, en un contexto político japonés caracterizado por el fin de la época Meiji y el inicio del período Tashio, en el que se asistió a un proceso democratizador de la vida política y al crecimiento de los partidos y los sindicatos. Paradójicamente, el espíritu nacionalista japonés se fundamentó en un fuerte sentimiento de superioridad racial respecto tanto a los diferentes pueblos asiáticos, como también a los occidentales.[14]

12. La vision clásica de una República checoslovaca democrática en V. S. Mamatey y R. Luza (ed.), *La République Tchécoslovaque 1918-1948. Une experience de démocratie*, Librairie du Regard, París, 1987. Sobre los legionaries bohemios y eslovacos: J. Kalvoda, «Czech and Slovak prisoners of war in Russia during the war and revolution», en W. Pastor, *War and Societyin East Central Europe. vol. V. Essays on World War I: Origins and Prisoners of War*, Columbia University Press, Nueva York, 1983, pp. 216-238. También, «Las legiones checoeslovacas», en <https://www.myaktivity.cz/es/1918/article/103> [consultado el 6/11/2019].

13. En los años inmediatamente previos al inicio de la Gran Guerra, las tesis eugenésicas de limpieza racial se habían instalado en los círculos ultranacionalistas alemanes como la Liga Pangermánica o, ya en 1917, el Partido de la Patria, que devinieron apoyos sólidos del gobierno Hindenburg-Ludendorff, y que señalaban al Japón y a China como peligros imperialistas y raciales. A. Andreassi Cieri «La biopolítica se instala en las trincheras. Los científicos naturales alemanes y la Gran Guerra», en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de Nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 46-48. Las reivindicaciones japonesas se basaban en ser reconocidos en su *justa medida* véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 47-51.

14. W. G. Beasley, *Historia contemporánea del Japón*, Alianza editorial, Madrid, 1995, pp. 212-259.

4.
Las guerras de la Paz: Portugal y las secuelas de la Primera Guerra Mundial

Ana Paula Pires
Faculdade de Ciências Sociais e Humanas,
Universidade Nova de Lisboa

«¿Te das cuenta de lo qué significa tener la mitad del continente hambriento y en cenizas?», preguntó el aún anónimo escritor luso-americano John Dos Passos a su amigo Ramsey Marvin el 11 de noviembre de 1918.[1] Con frecuencia la relación entre guerra y acción humanitaria ha estimulado el debate en las artes, el derecho y las ciencias políticas, pero recientemente se ha convertido en materia de investigación sistemática entre los historiadores.[2] El sufrimiento humano se sitúa en el centro de las preocupaciones de la sociedad global en la que vivimos, pero fue la I Guerra Mundial la que marcó un hito en el desarrollo profesional de la acción humanitaria;[3] en 1914 cuando estalló la guerra, el Comité Internacional de la Cruz Roja que no tenía ningún plan estratégico, reaccionó a la necesidad humanitaria de manera *ad hoc*.[4]

Hace cien años, un millón y medio de personas fueron desplazadas de sus hogares, 10.057.600 soldados perdieron la vida, otros 20.235.907 resultaron heridos y 1.500.000 civiles murieron de hambre y malnutrición, aproximadamente. Entre 1918 y 1923 Europa fue el lugar más violento del planeta, con cuatro millones de muertos a con-

1. J. M. Morris, *The Ambulance Drivers: Hemingway, Dos Passos and a Friendship made and lost in war*, Da Campo Press, Filadelfia, 2017.
2. B. Little, «An explosion of new endeavours: global humanitarian responses to industrialized warfare in the First World War era», *First World War Studies,* vol. 5 (2014), p. 1.
3. H. Jones, «International or transnational? «Humanitarian action during the First World War», *European Review of History* (2009), p. 697.
4. D. P. Forsythe, *The Humanitarians. The International Committee of the Red Cross*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005, p. 32.

secuencia de revoluciones, contrarrevoluciones y guerras civiles.[5] El fin de la I Guerra Mundial diversificó la variedad y el alcance de las víctimas, afectadas no solamente por el conflicto sino también por sus consecuencias, proporcionando a las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja un nuevo campo de intervención, empujándolas a fundar su propio camino, como se mostrará en el caso portugués.

Desde 1916 hasta el establecimiento de la dictadura militar en Portugal, en 1926, la violencia y la inestabilidad política fueron características de la vida cotidiana del país. Desde el asesinato del presidente de la Republica en 1918, hasta las confrontaciones durante las huelgas o el intento fallido de restauración monárquica, en 1919, el país entró en la posguerra en un estado permanente de agitación política y social.[6] Organizaciones humanitarias como la Cruz Roja respondieron a la «brutalización de la violencia» proporcionando ayuda —asistencia médica— a la población local víctima casi diaria de las confrontaciones, y a los soldados mutilados, lisiados o gaseados de vuelta a casa desde los campos de batalla de Angola, Mozambique o Flandes.

Portugal, a pesar de estar presente en la Conferencia de Paz de Versalles, salió de la guerra incapaz de llegar a la gran masa de la población para asegurar aliados contra una creciente reacción conservadora. Los problemas a los que se enfrentó el país fueron resumidos por el antiguo embajador de Portugal en Paris João Chagas: «Perdimos nuestro prestigio político. Desde esta perspectiva el golpe revolucionario del 5 de diciembre descabezó a la nación. El lugar cuyo derecho nos aseguramos en la conferencia de paz, no nos hará más grandes después de este asombroso desastre».[7]

El objetivo de este trabajo es el análisis de la entrada de Portugal en la posguerra, desde una perspectiva diferente, para este período y actores —a menudo analizado desde el marco del auge de los regíme-

5. R. Gerwarth, *The Vanquished. Why the First World War Failed to End, 1917-1923*, Penguin Books, UK, 2016, p. 7.
6. J. V. Serrão, *História de Portugal*, Verbo, Lisboa, 1980 y del mismo autor *A primeira república (1910-1926). História política, religiosa, militar e ultramarina*, Verbo, Lisboa, 1989. Vicente de Bragança-Cunha, *Revolutionary Portugal (1910-1936)*, James Clarke, Londres [1938?]. Antonio José Telo, *Decadência e queda da I Repùblica Portuguesa*, 2 vols., A regra do jogo, Lisboa, 1980.
7. J. Chagas, *Diário IV - 1918-1921*, Edições Rolim, Lisboa, 1986, p. 152.

nes autoritarios en Europa— abordando diferentes lenguajes y centrándose en el papel e importancia de la ayuda humanitaria en tiempos de inestabilidad política y de crisis económica.

La I Guerra Mundial y sus secuelas fueron grandes acontecimientos cuyas consecuencias impactaron en la vida diaria, afectando la vida de los hombres y mujeres portuguesas. En 2009 Richard Wilson y Richard Brown estudiaron los motivos que tenían las sociedades y los particulares para apoyar a los proyectos humanitarios, y como se movilizó la empatía para ayudar a otros,[8] el mismo sentimiento que cien años antes había motivado a Dos Passos a embarcar en Estados Unidos rumbo a Francia para ayudar a millones de necesitados.[9]

Transiciones

La experiencia de Portugal en la I Guerra Mundial es única; llegó tarde al conflicto, ya que la entrada en guerra no solo dependía de su decisión sino de la aprobación por parte de Gran Bretaña. Entre 1914 y marzo de 1916 la vida política portuguesa se enfrentó a la cada vez más apremiante cuestión de si entrar en guerra. La corriente intervencionista, a pesar de no ser muy grande, tuvo influencia política y cultural, buscando con la entrada la razón esencial para salvaguardar el imperio colonial portugués y evitar una invasión española del país.[10] Al otro lado del espectro político republicano, el Partido Unionista, se mostró reacio a ir al campo de batalla sin una invitación inequívoca de Londres.

La joven Republica portuguesa apenas tenía cuatro años de vida cuando, el 28 de junio de 1914, el heredero al trono Austro-Húngaro, Franz Ferdinand, y su esposa, la Duquesa de Hohenberg, fueron asesi-

8. R. A. Wilson, y R. D. Brown (ed.), *Humanitarianism and Suffering: the mobilization of empathy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009, p. 2.
9. J. M. Morris, *The Ambulance Drivers… op. cit.*
10. M. F. Rollo, A. P. Pires y F. R. de Meneses, Portugal, U. Daniel, P. Gatrell, O. Janz, Heather Jones, Jennifer Keen, A. Kramer y B. Nasson (eds.) *1914-1918-online International Encyclopedia of the First World War,* Berlin, Frei Universitat, 2017. H. de la Torre Gómez, *Del peligro español a la amistad peninsular: España - Portugal, 1919-1930*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1984.

nados por Gavrilo Princip en Sarajevo. Un mes más tarde, el embajador portugués en Paris, João Chagas, escribió en su diario: «Un día ansioso, la guerra es el único tema de discusión, pero los periódicos de la mañana aún siguen agarrándose a cualquier oportunidad para evitarla».[11] Las muertes de Franz Ferdinand y de su mujer Sophie fueron portada de los periódicos portugueses el 29 de junio.[12] Los textos, publicados al día siguiente de los asesinatos, analizaban la personalidad del archiduque y detallaban la tumultuosa historia de amor con Sophie, sin embargo, las consecuencias inmediatas de su muerte para los acontecimientos políticos internacionales, así como las respectivas consecuencias en el estallido de la guerra, se publicaron varios días después.[13]

No hay referencias en la prensa portuguesa en cuanto a la potencial participación de Portugal en una hipotética guerra europea hasta los primeros días de agosto. Afonso Costa, en mayo del año anterior, mientras ostentaba el puesto de Primer Ministro, advirtió sobre las crecientes tensiones en la región de los Balcanes y alertó a los diputados del Parlamento para que empezaran a preparar el país para la guerra:

> Portugal, una república de dos años y medio, no debería emprender el esfuerzo de defender tierra, mar y colonias desde una perspectiva aventurera y belicista, pero tiene la obligación de echar un vistazo al mapa de Europa, averiguar la situación y prepararse para los acontecimientos.[14]

11. J. Chagas, *Diário I - 1914*, Edições Rolim, Lisboa, 1986, p. 112-113.
12. «La tragedia de Sarajevo. Los funerales por las víctimas solo se realizarán el 9 de Julio», *A Capital,* 29/6/1914, p. 1; «El heredero al trono Austro-Húngaro y su esposa han sido asesinados a balazos. El archiduque Francisco Fernando y la duquesa Sofía caminaban por una calle de Sarajevo cuando les dispararon. Escaparon del primer intento aclamados por la multitud. Momentos más tarde, se realizó un segundo atentado y ambos sucumbieron a las lesiones recibidas», *O Século*, 29/7/1914, p. 1. y p. 5.; ver también el artículo publicado en el periódico *República*, al día siguiente: «Asesinato de los archiduques de Austria. Los funerales». *República*, 30/6/1914, p. 2.
13. «La tragedia de Sarajevo. Las repercusiones pueden influir en la política internacional y pueden causar una guerra Europea», *A Capital*, 4/7/1914, p. 1
14. Ver, además, D. Ferreira, *História Política da Primeira República Portuguesa (1910-1915)*, Part I, Livros Horizonte, Lisboa, 1973, p. 99, y J. Vincent-Smith, *As Relações políticas luso-britânicas, 1910-1916*, Livros Horizonte, Lisboa, 1975, p. 75. Destacando la forma que, meses después, Afonso Costa, al hablar sobre la organización de la defensa militar de Portugal, informó al Parlamento que la implementación del programa conllevó la presentación de una propuesta para nombrar una Comisión de Defensa Nacional, compuesta principalmente por parlamentarios propuestos por el

En noviembre de 1912, el Primer Ministro había enfatizado, en lo esencial, que era definir con urgencia la postura de Portugal en cualquier escenario de guerra, como un medio para evitar sorpresas desagradables.[15]

Cuando la guerra estalló en Europa, la población portuguesa era mayoritariamente rural y analfabeta (aproximadamente el 80 %), la Republica había sido incapaz de generar la paz social y garantizar la estabilidad política requerida para gobernar. El Ejército seguía reorganizándose según lo decretado el 26 de mayo de 1911,[16] a pesar de que los republicanos eran plenamente conscientes que la transformación sería fundamental para la supervivencia del régimen. La reforma se apoyaba en el principio de que los ejércitos permanentes eran «instituciones establecidas»,[17] por lo tanto, el mecanismo del nuevo Ejército debía estar formado por unidades dispersadas por todo el territorio, constituido por un núcleo profesional, que gradualmente perdería importancia antes de dar paso a los ejércitos de las milicias que surgirían de un sistema apropiado para su reclutamiento, instrucción y movilización. Esta reforma, que se llevó a cabo contra la voluntad y los deseos del Ejército y de una población casi analfabeta, se abolió con el estallido de la Gran Guerra.

La posición geoestratégica de los territorios portugueses en África, en conjunción con la pobreza económica y el estado financiero de la metrópoli, tras el asesinato de Franz Ferdinand fue marcadamente frágil, lo que obligó a la Republica a seguir la evolución de los acontecimientos a nivel internacional. A pesar de la secular alianza entre los dos países, Gran Bretaña tuvo, en dos ocasiones en 1898, conversaciones secretas con Alemania acerca del reparto de las colonias portuguesas en África.

Gobierno, para la redacción de un proyecto de ley para la organización de la defensa del país. *Diário da Câmara dos Deputados*, Sesión Ordinaria 86 del 3[er] período de la 1[a] Legislatura, 1 Mayo 1913 (nocturna), p. 6.

15. Destacamos D. Ferreira, *História Política…*, *op. cit*., p. 96. En términos de estrategia, es importante mencionar también que a nivel internacional, ya en 1911, días antes que Winston Churchil fuera nominado al Almirantazgo, había enfatizado en varios escritos que la adecuada preparación para la guerra implicaba la *preservación de la riqueza, de los recursos naturales y del territorio del que depende el Estado*. Ver M. Gilbert, *Winston Churchill*, Bertrand Editora, Lisboa, 2005, p. 187.

16. *Diário do Governo,* núm. 122, 26/5/1911.

17. *Ibid*.

A primeros de enero de 1914, Edward Grey escribió al embajador británico en Francia, Francis Bertie, informándole de la conversación que había mantenido con el embajador francés en Londres, Paul Cambon, y su preocupación sobre la provincia de Cabinda, asignada a Portugal en la Conferencia de Berlin.[18] Cambon temía que Alemania, basándose en un acuerdo anglo-alemán, evocara el recurso a los derechos de preferencia sobre el territorio,[19] lo que le llevó a percibir la conversación como una amenaza, aunque débil, para su colonia de Madagascar. Hasta a mediados de 1914 los esfuerzos de Alemania para penetrar comercialmente en Angola habían tenido éxito:

> Una línea alemana de barcos de vapor de mercancías y pasajeros ofrecía servicio regular a Luanda, Lobito y otros puertos y, debido y en gran parte a su asistencia, las firmas exportadoras alemanas en Hamburgo y Bremen habían desarrollado un importante nivel comercial con Angola (…) En cambio en Luanda… no había más de cinco representantes de casas exportadoras alemanas.[20]

Según la documentación depositada en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, los alemanes consideraban a Angola como «uno de los componentes más preciados de su futuro imperio colonial» en África.[21]

Cuando estalló la guerra, un grupo de ingenieros alemanes, agrónomos y doctores acompañaron a sus homólogos portugueses en una misión en Angola para estudiar sus potenciales comerciales, minerales, agrícolas e industriales.[22] La misión, que incluía a los representantes del gobierno portugués, Manuel Maria Coelho y Carlos Roma Machado de Faria y Maia, tenía como uno de sus objetivos, estudiar la conexión entre la línea férrea del África del sudoeste alemana con la futura línea ferroviaria del sur de Angola. Poco tiempo después del

18. National Archives of the United Kingdom (NAUK), FO371/2083, correspondencia del 6/1/1914 enviada por Sir Edward Grey a F. Bertie.
19. *Ibid*.
20. National Archives and Records Administration (NARA), RG84, Lisbon, vol. 152, p. 610, Boma, Report on trade of Angola, 9/9/1915.
21. Ministère des Affaires étrangères. Archives diplomatiques (La Courneuve), CPC/CP/NS/42, FML to MAE, Portugal, 30/11/913.
22. NAUK, FO371/2083, correspondencia de 6/1/1914 enviada por Sir Edward Grey a F. Bertie.

inicio de la guerra en Europa, las tropas alemanas cruzaron la frontera atacando a las guarniciones portuguesas del sur de Angola y del norte de Mozambique, causando inestabilidad y rebelión en zonas recientemente pacificadas por los portugueses. Bajo el pretexto de una neutralidad nunca declarada, Mozambique surgió como un amortiguador entre los territorios británicos y alemanes, un corredor de paso para el contrabando de materias primas, productos alimenticios y una plataforma privilegiada para la adquisición de información, a través del espionaje, de vital importancia tanto para Gran Bretaña como para Alemania durante el conflicto. Alfredo Lisboa de Lima, entonces Ministro de las Colonias, encargó al gobernador de la provincia de Niassa la supervisión de la frontera de Ruvuma, poniendo a cada barco alemán anclado en la colonia bajo estricta vigilancia.

Un telegrama enviado el 4 de agosto de 1914 al jefe de la delegación británica en Lisboa, Lancelot Carnegie, el Ministro de Asuntos Exteriores, Eyre Crowe, una vez más aconsejaba a Portugal para que no declarara la neutralidad asegurando que «en el caso de un ataque alemán contra cualquier interés portugués, el Gobierno de su Majestad se considerará obligado por las condiciones de la alianza luso-británica».[23] Sin embargo, Gran Bretaña pretendía que Portugal se mantuviera neutral aunque sin declararlo. Detrás de esta postura el Gobierno británico sabía de la importancia estratégica de los puertos tanto los atlánticos africanos y que éstos podrían ser utilizados por la *Royal Navy*, también podrían autorizar el paso de las tropas británicas a través de los territorios coloniales portugueses. Tres días más tarde, el Primer Ministro Bernardino Machado habló ante el Congreso de la Republica. En su discurso, declaró que Portugal no solo poseía «recursos suficientes (…) sino gente trabajadora, garante del honor y patriota»[24] y, al abstenerse de declarar la neutralidad, dejó claro que no había intención de una ruptura entre el gobierno portugués, Alemania o el Imperio austro-húngaro. Según la diplomacia británica, la declaración de Bernardino Machado permitió a Portugal desempeñar un papel de «aliado colaboracionista», capaz de suministrar pequeñas piezas de artillería o garantizar el derecho de paso de las tropas sin que, sin embargo, entrara en con-

23. *Portugal na Primeira Guerra Mundial (1914-1918). As negociações diplomáticas até à declaração de guerra,* t. I…, p. 17.
24. *Diário do Senado,* Sesión 7/8/1914, p. 2.

frontación directa con los Imperios centrales, una posición que era también aceptable para Alemania.[25] Entre 1914 y 1916 Portugal suministró alimentos a Gibraltar, madera para las minas y ayuda a los barcos de guerra británicos, sin ninguna interferencia por parte de Alemania.

En verano de 1914, cuando la guerra en Europa ya había estallado, el Ejército portugués estaba en medio de un proceso de reorganización más enfocado a la defensa interna que a cualquier intervención en Europa o África. Portugal, además, no poseía ninguna fábrica de armas y su «artillería y la infantería carecían de un número suficiente de efectivos para empezar cualquier campaña».[26] Freire de Andrade, en un mensaje dirigido al Gobierno y a los ministros de Portugal en Londres y Madrid, adoptó una postura muy clara en relación a las dificultades asociadas con la intervención del Ejército portugués en la guerra:

> ¿Qué ayuda podríamos realmente proporcionar a unas tropas formadas y organizadas? Considerando la gran masa de hombres involucrados en las operaciones, esta ayuda solo sería pequeña. Por lo que podemos apreciar, si buscamos movilizar al Ejército, no podremos reunir a más de 50 o 55.000 hombres, insuficientemente provistos y equipados (…) Nuestros soldados, en una guerra, se enfrentaran con la misma valentía histórica y legendaria, sin embargo, la guerra de hoy requiere de un largo nivel de preparación de las tropas en conflicto y, dado que nuestro Ejército está experimentando un período de reorganización ¿tiene ese nivel? No declararé sobre este punto, pero si acaso no está listo, una vez desplegado y luchando en territorio extranjero contra tropas de la élite del mundo en términos de disciplina y preparación para la guerra, no solo es que no se coloca al Ejército en condiciones ¿Incluso la excepcional valentía que posee, es suficiente?[27]

25. Para Ferreira Martins, que desde 1917 en adelante, desempeñó el papel de líder adjunto del Cuerpo Expedicionario Portugués, la declaración hecha por Bernardino Machado ante el Parlamento no dejó lugar a dudas: «A partir del 7 de agosto, a la luz de la declaración categórica del Parlamento de la Republica, ninguna nación del mundo puede reclamar la inacción de los propósitos firmes de la Nación portuguesa, nadie podrá cuestionar que Portugal permanezca abiertamente, en cualquier caso, junto a su antiguo aliado, proporcionando toda la ayuda requerida en nombre de dicha alianza (…)», en L. A. F. Martins (dir.), *Portugal na Grande Guerra*, Editorial Ática, Lisboa, 1934, t. I, p. 36.
26. *Portugal na Primeira Guerra Mundial (1914-1918) - As Negociações Diplomáticas…*, *op. cit*., p. 25.
27. *Ibid*., pp. 25-26.

El 10 de octubre, bajo el pretexto de un requerimiento del Gobierno francés solicitando el envío de piezas de artillería de Portugal, el Partido Demócrata impuso la condición de que las piezas fueran acompañadas por tropas portuguesas. Además, Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores británico, redactó un memorándum invitando a Portugal a abandonar su posición «ambigua» y a posicionarse activamente junto a Gran Bretaña y sus aliados.[28] Esta situación provocó nuevas dudas en relación a la postura portuguesa; el embajador británico en España, Arthur Hardinge, informó a Edward Grey que Gran Bretaña había aconsejado a Portugal que asumiera «una actitud de neutralidad benevolente», concluyendo que:

> su cooperación podría conllevar mayores responsabilidades con respecto a la protección de sus colonias, pero como ésta última probablemente se vería amenazada por una victoria de Alemania, tal vez sintió que tenía más que ganar que a perder, apoyando activamente a los aliados.[29]

En verdad, la respuesta al memorándum del Ministro portugués en Londres, Manuel Teixeira Gomes, fue preguntar a Edward Grey cómo debía actuar Portugal en relación con Alemania y la respuesta que recibió fue: «No debemos declarar la guerra hasta que embarque el primer contingente. En cuanto a la ayuda financiera para Portugal, ésta ya se definió al principio».[30]

El 23 de noviembre, el Congreso Republicano aprobó la propuesta que autorizaba al Gobierno a intervenir en la guerra en caso de considerarlo conveniente. Similar a lo sucedido el 7 de octubre cuando el Congreso, en reunión extraordinaria, otorgó al Gobierno el poder para conducir la política exterior, sin embargo, una vez más, esto no supuso una ruptura diplomática de los lazos con Alemania. En me-

28. Teixeira Gomes, en un telegrama enviado el 26/9/1914 a Freire de Andrade, declaraba que «(…) Portugal enviaría a Francia lo que la Gran Bretaña solicitara directamente, siempre que invocara la alianza para justificar su beligerancia». Cabe destacar el telegrama de 26/9/1914, enviado por el Ministro de Portugal en Londres, Manuel Teixeira Gomes, al Ministro de Asuntos Exteriores, Freire de Andrade, *Portugal na Primeira Guerra Mundial (1914-1918) - As Negociações Diplomáticas…*, *op. cit.*, p. 69.

29. Cf. Nauk, CAB 37/121, informe del 15/10/1914 enviado por A. Hardinge a Edward Grey, p. 1.

30. Gomes da Costa, *Portugal na Guerra. A Guerra nas Colónias 1914-1918…*, *op. cit.*, p. 20.

dio de todo esto, no debemos olvidar las palabras del Ministro de Portugal en Londres, Manuel Teixeira Gomes, y la forma en que señaló pragmáticamente las consecuencias inmediatas de la entrada de Portugal en la guerra: «En la situación financiera actual que enfrenta nuestro país, el resultado inmediato de prepararse para la guerra (…) implicaría una ruina inevitable».[31] Teixeira Gomes posteriormente se apresuró a declarar que cualquier intervención de este tipo sería extremadamente improbable.[32]

Los republicanos estaban divididos sobre la participación de Portugal desde que estalló la guerra: con los intervencionistas, encabezados por el líder del Partido Demócrata, Afonso Costa, defendiendo la necesidad de que Portugal interviniera junto a los aliados, mientras que los no intervencionistas entendían que las tropas portuguesas debían desplegarse exclusivamente en las colonias africanas, una posición que no experimentó ningún cambio después de marzo de 1916, cuando Alemania declaró la guerra a Portugal.[33] De hecho, incluso el mismo envío de tropas a África terminó generando algún tipo de consenso solo entre la élite política gobernante y surgieron dudas en el grueso de la población colonial y metropolitana en lo que respecta a la necesidad real y las incertidumbres que desataron los diversos debates en la prensa.

A lo largo de dos años, en varias ocasiones diferentes, Portugal proporcionó a Alemania motivos suficientes para señalar infracciones de neutralidad e impulsar la declaración de guerra, pero Alemania nunca lo había hecho temerosa de perder, no solo los buques anclados en los puertos portugueses, sino también su influencia y los intereses comerciales e industriales estratégicos que había logrado construir, tanto en Portugal continental como en sus colonias. Además, estos constituyen los años en que el concepto de indivisibilidad del territorio nacional se enraizaría entre la élite del país.[34]

31. Biblioteca Nacional de Portugal, Archivo de Cultura Portuguesa Contemporánea, Legado de Manuel Teixeira, Gomes, Esp. 46., Caja 14, Memorándum de 14/11/1914 enviado por Manuel Teixeira Gomes y Augusto Freire de Andrade, p. 2.
32. *Ibid*.
33. A. Afonso, *Grande Guerra. Angola, Moçambique e Flandres 1914-1918*, Quid-Novi, Lisboa, 2008 y F. R. de Meneses, *União Sagrada e Sidonismo. Portugal em Guerra (1916-1918)*, Edições Cosmo, Lisboa, 2000, p. 53.
34. J. Zollmann, *Naulila, 1914 World War I in Angola and International Law. A study in (post)-colonial border regimes and interstate arbitration*, NOMOS, Baden-Baden, 2016, p. 52.

La guerra representó un gran desafío planteado para los republicanos intervencionistas, ya que eran un país pobre, con un ejército mal preparado y equipado, y una población mayoritariamente analfabeta. Unirse a la guerra representaba un pequeño sacrificio a cambio de abrir una oportunidad para que Portugal se embarcara en un proceso de modernización económica y social capaz de converger con el resto de la Europa desarrollada. Este fue, de hecho, el argumento utilizado repetidamente por el Partido Demócrata de Afonso Costa para justificar la necesidad de enviar un ejército a Francia. Además, también estaba el tema de cómo, en marzo de 1916, los ejércitos aliados estaban en una posición extremadamente delicada en el frente occidental, con la necesidad de más mano de obra para compensar las crecientes bajas en el frente de batalla. Además, Portugal acababa de ceder a Gran Bretaña cuarenta y cuatro de los buques alemanes incautados, dos razones sólidas que justificaban el apoyo británico a la intervención en la guerra de un país que se enfrentaba a una situación interna compleja y con un ejército tan mal preparado como era el caso de la República portuguesa en 1916.

Total de tropas movilizadas por Portugal en los tres escenarios de guerra (1914-1918)[a]

	Tropas		
Teatro de guerra	*Europeas*	*Africanas*	*Total*
Francia	56.411		56.411
Angola	12.430	6.000	18.430
Mozambique	20.423	10.278	30.701
Total	89.264	16.278	105.542

a) Estas cifras incluyen a los contingentes del Cuerpo Expedicionario Portugués (CEP) 55 083 y Cuerpo de Artillería Pesada Independiente (CAPI), 1328 miembros.
FUENTE: Tabla elaborada a partir de los datos aportados por Aniceto Afonso, Carlos de Matos Gomes (eds.), *Portugal: Grande Guerra 1914-1918*, Quidnovi, Lisboa, 2010.

Una vez que se resolvió que el Cuerpo Expedicionario Portugués (CEP) lucharía junto a los británicos y los términos bajo los cuales lo haría, sobrevino otro contratiempo: el oficial de la Armada Machado Santos, encabezó un golpe de estado contra el Gobierno el 13 de diciembre de 1916, afirmando que había llegado el momento de restau-

rar la pureza perdida de la Republica, supuestamente manchada por la lucha partidista.[35] Como Michael Barnett ha señalado, la violencia ha sido la calzada de la benevolencia, una de las condiciones que originó y rehízo el humanitarismo,[36] y aquí, el caso portugués no constituye una excepción. Fue el alto comisionado de la Cruz Roja quien se dirigió al líder de los insurgentes y le pidió que «confiara a la Cruz Roja la custodia de prisioneros militares y civiles»,[37] solicitud que fue negada por Machado Santos. José D'Abreu luego pidió permiso «para que la Cruz Roja actúe como enlace entre los insurgentes y las fuerzas gubernamentales»,[38] petición que fue aceptada. La Cruz Roja Portuguesa actuó como aliada del estado y comenzó a idear un nuevo papel para ella misma: para ayudar y proteger a los civiles afectados por la violencia en regiones que no fueron afectadas directamente por la destrucción que provocó el conflicto, los miembros de la Cruz Roja utilizaron su reputación y sus contactos diplomáticos para responder a esta angustia civil.[39] La violencia y la inestabilidad política han actuado como puntos de inflexión en la historia de la intervención humanitaria individual, y la Cruz Roja no fue la excepción.

Las duras medidas legales adoptadas para afrontar el golpe dieron lugar a una división dentro del Partido Evolucionista, que en abril dejó el Gobierno debido a una repentina crisis parlamentaria. Desde el comienzo de la guerra, el poder político portugués dedicó gran atención a resolver los problemas causados por la escasez de suministros y alimentos esenciales. En todo el país hubo numerosas protestas contra la dramática crisis y el hambre durante la guerra. Las primeras protestas relacionadas con la escasez de alimentos surgieron en Oporto el 18 de septiembre de 1914, y culminaron con ataques contra varios comercios de alimentos. El movimiento fue espontáneo y el Gobierno no supo cómo reaccionar.

35. A. Afonso y Marília Guerreiro, «A Revolta de Tomar (13 de diciembre de 1916)», *Boletim do Arquivo Histórico Militar*, núm. 51 (1981), pp. 67-196.
36. M. Barnett, *Empire of Humanity. A History of Humanitarianism*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2011, p. 65.
37. *Cruz Vermelha Portuguesa 1865-1925*, Centro Tipográfico Colonial, Lisboa, 1926, p. 159.
38. *Ibid*.
39. B. Little, «An explosion of new endeavours…, p. 7. D. P. Forsythe, «The International Red Cross: Decentralization and its Effects», *Human Rights Quarterly,* vol. 40, múm. 1, febrero de 2018, p. 61.

En los meses de abril, mayo y junio de 1917, se celebraron conferencias de trabajadores en las ciudades de Lisboa y de Oporto. Las conferencias reunieron a ciento setenta y seis sindicatos, cuatro federaciones industriales, dos confederaciones de sindicatos, varios periódicos de trabajadores y varias cooperativas. El 13 de mayo de 1917, las panaderías de Lisboa cerraron y la muchedumbre, sospechando que podrían estar acaparando pan, las saquearon. En ausencia de pan, se utilizó todo lo que podía reemplazarlo. El precio de las patatas subió de seis céntimos el kilo a entre doce y catorce céntimos, fortaleciendo el impulso de las protestas de los trabajadores y el sentimiento de descontento y de revuelta. Seis días después se llevaron a cabo los primeros ataques contra las panaderías, y luego contra los colmados, almacenes de alimentos, tabernas y restaurantes. En un movimiento sin precedentes conocido como la «revuelta de la patata», 186 panaderías fueron saqueadas del 13 al 20 de mayo de 1917. El 20 de mayo, el presidente de la República declaró el estado de emergencia y entregó el mando de Lisboa a los militares.[40] Los efectos combinados del desempleo, la escasez de alimentos y los altos precios ganaron un impulso propio, produciendo inevitablemente perturbaciones significativas de orden público en varios distritos del país; ochenta y ocho personas resultaron heridas y doce murieron. Todas las víctimas fueron asistidas por la Cruz Roja Portuguesa.

Durante el verano de 1917 se produjeron varias huelgas en Lisboa, en una clara protesta de la población contra la escasez de bienes esenciales, el hambre, la especulación y el acaparamiento, pero, ante todo, contra lo que se consideraba una ausencia de respuestas inmediatas por parte del Gobierno. Desde el 12 hasta el 17 de julio, la Cruz Roja portuguesa brindó ayuda a veintidós heridos por explosiones en el marco de una huelga de trabajadores de la construcción, lo que condujo a una nueva ola de violencia.[41] El 27 de mayo de 1918, en una conferencia en Río de Janeiro, João Paulo Freire, jefe de los servicios de propaganda de la Cruz Roja Portuguesa, declaró que los trastornos políticos que tuvieron lugar en Portugal a partir de 1915 representaron

40. Arquivo Histórico Militar, 1/35/box 1281, anuncio de 20/5/1917.
41. Archivo de la Cruz Roja, *Boletim Oficial da Sociedade Portuguesa da Cruz Vermelha,* III Serie, vol. I, julio de 1917, p. 193.

un nuevo camino en las actividades de la Cruz Roja.[42] La organización fue puesta bajo autoridad militar, también estableció ambulancias y puestos de primeros auxilios para ayudar a los heridos. José d'Abreu observó que su acción solo estaba autorizada porque los insurgentes no pensaban en organizar o proporcionar ningún servicio de salud propio,[43] por otro lado, Abreu enfatizó que los «propósitos del personal de la Cruz Roja eran puramente humanitarios»,[44] identificando sus actividades directamente como salvavidas, que brindaron atención «neutral» a los heridos.[45]

El orden público se estaba rompiendo, se organizaron varias huelgas que culminaron en la huelga general de septiembre de 1917. La guerra terminó allanando el camino hacia el surgimiento de ideas claramente antiparlamentarias y antiliberales. Semanas después de la Revolución bolchevique, Portugal estaba viendo su esfuerzo de guerra comprometido por un violento levantamiento.[46] El 5 de diciembre de 1917, Sidónio Pais, exembajador en Berlín, derrocó al Gobierno con la ayuda de una pequeña fuerza militar. El Primer Ministro fue detenido cuando regresaba de una visita oficial a Francia, el ministro de la Guerra también fue arrestado y enviado al exilio, al que se unió el presidente de la República, que Sidónio depuso rápidamente.[47]

Una vez más, la Cruz Roja Portuguesa actuó como intermediaria entre los insubordinados y el Gobierno,[48] informando al presidente de la República sobre sus demandas. En los tres días que duró la revolución, la Cruz Roja trató, en las tres principales ciudades del país, Lisboa, Oporto y Coímbra a mil doscientos dos heridos y organizó los funerales de cincuenta y cinco muertos. Según el informe de la Cruz

42. J. Paulo Freire, *Em Serviço da Cruz Vermelha. Notas d'um Comissário*, Edición de la Sociedade Portuguesa da Cruz Vermelha, Lisboa, 1919, pp. 74-75.
43. *Cruz Vermelha Portuguesa…*, *op. cit.*, p. 153.
44. *Ibid.*
45. C. Calhoun, «The imperative to reduce suffering. Charity, progress, and emergencies in the field of humanitarian action», M. Barnett y T. G. Weiss (eds.), *Humanitarianism in Question. Politics, Power, Ethics*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2008, p. 75.
46. F. R. Meneses de, «Revolutions (Portugal)», Ute Daniel, P. Gatrell, O. Janz, Heather Jones, Jennifer Keen, A. Kramer y B. Nasson (eds.), *1914-1918-online. International Encyclopedia…*, *op. cit.*
47. A. J. Telo, *O sidonismo e o movimento operário português. Luta de classes em Portugal, 1917-1919*, Ulmeiro, Lisboa, 1977.
48. *Cruz Vermelha Portuguesa…*, *op. cit.*, p. 157.

Roja, esta fue la revolución más sangrienta que tuvo el país.[49] El golpe tuvo serias consecuencias; a falta de política, los oficiales intervencionistas estuvieron expuestos a las críticas de sus compañeros aumentándose las tensiones políticas.[50] Pais no tenía un partido político poderoso detrás de él, y en Flandes el Cuerpo Expedicionario Portugués estaba cerca de la quiebra.

Sidónio Pais fue asesinado en la estación de tren del Rossio en Lisboa el 14 de diciembre de 1918, quedando el país en una situación caótica con diferentes grupos tratando de tomar el poder, apenas un mes después de la firma del armisticio. Del 19 de enero al 13 de febrero de 1919, Paiva Couceiro, el líder monárquico, desató una insurrección en el norte de Portugal (Oporto), conocida como la «Monarquía del Norte». El movimiento llegó a Lisboa rápidamente y el consejo de ministros determinó la necesidad de la intervención de la Cruz Roja. Se construyeron cinco hospitales de campaña, se atendieron mil setenta y nueve heridos y, por primera vez, un voluntario de ambulancia de la Cruz Roja resultó herido. Fue un enfermero herido en su pierna por fragmentos de metralla.[51] Durante los enfrentamientos, cuando las posiciones monárquicas fueron asaltadas en las colinas de Monsanto en Lisboa, cuarenta y tres personas murieron. En la prensa era posible ver anuncios de seguros individuales contra los daños provocados por revoluciones y huelgas.

Hubo razones que suscitaron sentimientos contradictorios, que justificaron las preocupaciones de algunos diputados, como Brito Camacho, quien desahogó sus dudas durante la sesión de la Cámara de Diputados de junio de 1919:

> Si es verdad, como se dijo aquí, que los acuerdos preliminares de paz ya se han firmado, el Tratado de Paz final aún no se ha firmado (…) Y si la política de guerra ha determinado la formación de la Unión Sagrada, esta unión no se puede considerar terminada definitivamente mientras los términos específicos de las condiciones de paz no se conocen.[52]

49. *Ibid*., p. 159.
50. M. F. Rollo, A. P. Pires y F. R. de Meneses «Portugal», Ute Daniel, P. Gatrell, Oliver Janz, Heather Jones, Jennifer Keen, A. Kramer y B. Nasson (eds.), *1914-1918-online. International Encyclopedia…*, *op. cit.*
51. *Cruz Vermelha Portuguesa…*, *op. cit*., p. 164.
52. *Diário da Câmara dos Deputados*, sesión núm. 16, 30 de junio de 1919, p. 34.

Por lo tanto, las palabras con las que el Presidente de la Republica, António José de Almeida, desahogó sus emociones, admitiendo que el país estaba en peligro «común a todos los pueblos que no comprenden el significado de los últimos y terribles sucesos que ensangrentaron el mundo, y permanecieron inmóviles, su inercia es imbécil y criminal».[53]

A finales de 1919, se estimó que el coste de la participación portuguesa en la guerra era aproximadamente de un millón cuatrocientos mil contos (miles de réis). Mirando más allá de las cifras, vemos que las marcas dejadas por el conflicto mundial no se limitaron al déficit presupuestario y al aumento de la deuda externa. La situación financiera empeoró. Sin ningún programa o política estructurada, la Republica generó déficits presupuestarios, emitió deudas e imprimió más moneda con lo que incrementó la inflación. Un tercio del gasto militar de Portugal fue financiado por la Gran Bretaña, que aportó un total de veintidós millones de libras esterlinas.

	1914	*1917*	*1918*	*1919*
Índice del coste de vida	100	162	292	317
Índice de los precios agrícolas	100	192	300	400
Índice de los salarios industriales	100	225	270	317
Producción de trigo	1916=256	260	335	286

FUENTE: PIRES, Ana Paula, *Portugal e a I Guerra Mundial. A República e a Economia de Guerra,* Casal de Cambra, Caleidoscópio, 2011.

La idea de crear un plan de desarrollo que se ajustara y diera mayor importancia a las mejoras que se llevarían a cabo durante la posguerra, fue defendida por el profesor de derecho Fernando Emídio da Silva:

> Las inmensas viabilidades que existen están siempre disponibles al Poder; nuestro característico sentido común es tan propenso a esperar de los gobiernos; la tristeza y la enfermedad causadas por todos estos años de angustia; las cualidades de la raza y el suelo, deben traer rápidamente las primeras y exuberantes muestras de lo que puede ser la exploración metodizada de nuestra riqueza; los beneficios producidos directa-

53. *Ibid.*, p. 63.

> mente, o no, por las clases trabajadoras; ¿No constituyen, de hecho, las razones para que un gobierno adopte un plan de medidas rápidas, sinérgicas, estratégicas y evolutivas de transformación económica de Portugal?[54]

Y en esta materia poco o nada se desarrollaría; no había voluntad política para fomentar una dinámica de desarrollo autosostenido. El presidente de la República, Canto e Castro, insistió en la necesidad de que los delegados portugueses en la Conferencia de Paz definieran bien los contornos y las características de la economía nacional para evitar crisis violentas:

> No debe olvidarse que nuestra exportación se alimenta casi exclusivamente de productos metropolitanos y coloniales; que nuestras industrias, aunque modestas, garantizan las vidas de una considerable población de clase trabajadora (…) que nuestro comercio aún lucha con la educación profesional, el método de organización y expansión, la falta de capitales, etc., y que nuestra política arancelaria no solo es protectora sino sobre todo fiscal.[55]

En definitiva, que no renunicarían a mantener una política económica proteccionista.

La Guerra en casa

Las bajas de Portugal durante la guerra sumaron un total de ocho mil muertos y trece mil heridos, incluidos todos los campos de batalla (con la mayoría de las muertes ocurridas en África), cifras no lo suficientemente altas como para crear una sensación de «generación perdida» en los años de la posguerra, pero sí para dificultar la justificación por parte de la República de la participación en la guerra.[56] De

54. F. E. da Silva, *Cousas de Portugal*, França & Arménio, Coimbra, 1919, p. 4.
55. La Conferencia de Paz empezó el 18 de Enero de 1919. Las instrucciones dadas por el Presidente de la Republica, Canto e Castro, a los delegados portugueses está reproducida en José Medeiros Ferreira, *Portugal na Conferência da Paz…*, *op. cit.*, p. 20.
56. M. F. Rollo, A. P. Pires y F. R. de Meneses «Portugal» Ute Daniel, P. Gatrell, O.

estos trece mil heridos, solo mil quinientos serían considerados discapacitados de guerra. El enfrentamiento entre los intervencionistas y sus oponentes continuó durante el período de posguerra.

Bajas en los escenarios de guerra (1914-1918)

	Francia[a]	*Angola*	*Mozambique*	*Armada*	*Total*
Muertos	1.997	810	4.811	142	7.760
Heridos	5.359	683	1.600	30	7.672
Desaparecidos en combate	199	200	5.500		5.899
No aptos para el servicio	7.280	372	1.283		8.935
Prisioneros	7.000[b]	68	678		7.746
TOTAL	21.835	2.133	13.872	172	38.012

a) Incluye al CEP (7.346) y CAPI (10) tropas.
b) De los cuales 6.767 fueron devueltos por Alemania y 233 murieron en cautividad.
Fuente: Afonso, A., Gomes, C. de M. (eds.), *Portugal: Grande Guerra 1914-1918*, Lisboa, Quidnovi, 2010.

Una vez firmada la paz el 11 de noviembre de 1918, los portugueses que participaron en la Primera Guerra Mundial adquirieron una multiplicidad de nuevas identidades: veteranos, mutilados, gaseados, lisiados, las últimas víctimas más visibles del conflicto, el hombre que trajo a casa los horrores de la conflagración. Las organizaciones humanitarias, como la Cruz Roja, respondieron a esta «brutalización de la violencia» brindando ayuda a la población local, atrapada entre los enfrentamientos casi diarios, así como también a los soldados mutilados, gaseados y lisiados, que regresaron a sus hogares desde Angola, Mozambique y Flandes. Las primeras tropas llegaron a Portugal durante la primera mitad de 1919, un período marcado por la violencia y la inestabilidad política. El 8 de abril de 1920, la suscripción pública abierta cuatro años atrás por la Cruz Roja en favor de las víctimas de la guerra, recaudó un total de 1.056.562,25 dólares, proliferando y liderando actividades con varias comunidades en todo Brasil donde también se establecieron fondos.

Janz, Heather Jones, Jennifer Keen, A. Kramer y B. Nasson (eds.), *1914-1918-online. International Encyclopedia…*, *op. cit.*

Aunque el imperio africano era parte del imaginario nacional y Portugal se definía como una potencia colonial, a partir de enero de 1917 en adelante, la intervención militar portuguesa en el campo de batalla africano siempre jugó un papel secundario y se priorizó en el envío de tropas a Flandes.[57] Esta realidad fue descrita por algunos combatientes, como António de Cértima, quien expresó su descontento en una pequeña obra publicada en 1925:

> ¡Mira lo que está pasando afuera! Es el «9 de abril», la apoteosis de tu hermano que murió en Flandes, más rico y más noble que tú, cubierto de honores, medallas y citas gloriosas, sirviendo, sin duda, a una mejor patria que tú […] ¡Soldado de África! ¿Cuántas medallas fueron puestas en tu pecho?[58]

¿Cuál era la naturaleza de las obligaciones del estado para con estos hombres, las víctimas de la guerra? ¿Sería suficiente el pago de una pensión para compensar su sufrimiento? El médico Tovar de Lemos menciona en sus memorias que el primer hombre mutilado que regresó a casa vino «dispuesto a rogar». Su reintegración en la sociedad pasó por la acción filantrópica de instituciones como la Cruz Roja, la Cruzada de Mujeres Portuguesas o la Liga de Veteranos. La Cruz Roja y la Cruzada de la Mujer continuaron las actividades desarrolladas durante la guerra en una clara demostración de que «el espíritu y la práctica del voluntarismo siguieron siendo importantes mucho más tiempo de lo que se reconoce en general».[59]

La República respondió tarde a la necesidad de apoyo, asistencia e integración social de muchos de estos hombres, especialmente de aquellos que la guerra dejó incapacitados para el trabajo, aquí debemos destacar la publicación de un decreto, de marzo de 1921, que garantizaba la integración en los servicios públicos de todos los mutilados de guerra. Una comisión para el estudio de la reforma y las

57. A. P. Pires, «The First World War in Portuguese East Africa: Civilian and Military Encounters in the Indian Ocean», en *E-Journal of Portuguese History*, vol. 15, núm. 1, (junio de 2017), p. 101.
58. A. de Cértima, *Legenda Dolorosa do Soldado Desconhecido de África*, NP., Lisboa, 1925, p. xi.
59. D. Cohen, *The War Come Home. Disabled Veterans in Britain and Germany, 1914-1939*, University of California Press, Berkeley, 2001, p. 28.

pensiones fue designada por el Ministerio de la Guerra el 21 de octubre de 1919. La definición de «inválido de guerra» se estableció el 17 de septiembre de 1924, pero no fue hasta 1927, durante la dictadura militar, y nueve años después de la firma del armisticio, que se aprobó un Código de Inválido de Guerra, una verdadera guía de evaluación y tratamiento de inválidos y dependientes, el general Ferreira Martins describe los sacrificios que enfrentaron a lo largo de los años:

> han estado sangrando ofreciendo sus vidas en los campos de Flandes (…) y el resto, además de aquellos que se volvieron inútiles (…) que constituyen hoy la trágica legión de tuberculosos y locos que el Estado desconoce, que viven casi exclusivamente del escaso presupuesto de la Liga de Combatientes.[60]

El escenario de la posguerra representó un momento de transición para la Cruz Roja, aunque los Convenios de Ginebra no designaron la asistencia a los no combatientes como una responsabilidad de las Sociedades de la Cruz Roja, la Cruz Roja Portuguesa los convirtió en una prioridad. Esta perspectiva nos permitirá incorporar la solidaridad como un activo en la cadena de transmisión de memorias en períodos turbulentos, trayendo lecciones importantes para los actuales desafíos. Así, en 2017, las Naciones Unidas declararon que el mundo vivía la mayor crisis humanitaria de los últimos setenta años. Los desplazamientos de la población, el hambre y la limpieza étnica son recordatorios diarios de la necesidad que existan organizaciones filantrópicas y sociedades civiles activas.

Conclusiones

La situación incómoda en la que quedó Portugal después de la guerra fue bastante evidente; no solo en lo que se refiere a su política interna, tal vez el aspecto más visible, sino, particularmente, considerando su posición dentro del contexto internacional. Si es cierto que quedaron

60. L. A. F. Martins, *As Virtudes Militares na Tradição Histórica de Portugal*, Lisboa, 1953, p. 337.

pocas dudas de que Portugal, después de haber luchado en las trincheras de África y Flandes en el lado de los Aliados, había conquistado completamente el derecho a sentarse en la mesa de negociaciones, haciendo cumplir sus deseos y aspiraciones. No obstante, cuando se reunió la Conferencia de Paz[61] para regular la sociedad internacional de posguerra, la verdad era que, a pesar de haber ganado algunas victorias en el campo diplomático, a saber, el mantenimiento de la integridad de sus territorios coloniales en África, Portugal terminaría quedándose fuera del Consejo Ejecutivo de la Sociedad de las Naciones, donde, irónicamente, la España neutral acabaría tomando asiento. De hecho, esto fue previsto por el ministro de Portugal en París, João Chagas, quien anotó en su diario que el Gobierno portugués casi desapareció «en medio de las felicitaciones generales»,[62] una vez que la guerra ya había terminado. El caso portugués parece encajar en la «violencia continua» que caracterizó la transición de la guerra a la paz hasta bien entrada la década de 1920, como Robert Gerwarth ha analizado recientemente.[63] En 1921 se creó el Partido Comunista Portugués y se formó la Confederación General del Trabajo, fundada por trabajadores anarcosindicalistas, acompañada por una ola de huelgas que barrió el país. En el mismo año, en octubre, varios políticos conservadores fueron asesinados durante un golpe republicano radical conocido como la «Noche Sangrienta».

Durante la ola de violencia política que azotó a Portugal inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, todos los heridos civiles y militares fueron atendidos por la Cruz Roja, los diversos gobiernos en el poder nunca solicitaron la actuación de los servicios de salud del Ejército. En el informe presentado por el Alto Comisionado para la Cruz Roja Portuguesa, José d'Abreu, al presidente de la Comisión Ejecutiva de la Décima Conferencia de la Cruz Roja, Paul des Gouttes, Abreu concluye que:

61. Cabe señalar que, anteriormente, Portugal tampoco había sido invitado a participar en la reunión del comité interaliado, celebrada en París, a primeros de noviembre. NAUK, FO 371/3369, carta oficial fechada el 6/11/1918, pp. 1-2.
62. Ver especialmente las entradas de los días 13 y 16 de noviembre del diario de João Chagas. J. Chagas, *Diário IV…*, *op. cit*., pp. 91 y 98.
63. J. Horne y R. Gerwarth, «Paramilitarism in Europe after the Great War an introduction», en R. Gerwarth y J. Horne (ed.), *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012, p. 1.

> La larga experiencia obtenida en tantos desórdenes públicos (…) nos llevan a la conclusión de que es necesario detener el abuso de varios servicios voluntarios, como la salud y las brigadas de bomberos, que también brindan asistencia en los casos mencionados anteriormente, adoptando como distintivo una cruz similar a la de Convenio de Ginebra, pero de un color diferente.[64]

Los miembros de la Cruz Roja representaron, por lo tanto, un tipo distintivo de ayuda humanitaria, que operaban con un poderoso factor de motivación a la participación de los individuos en el movimiento.

64. *Cruz Vermelha Portuguesa…*, *op. cit.*, p. 166.

5.
El síndrome de la victoria mutilada. Italia, el tratado de Londres y la paz de París

Steven Forti
Instituto de História Contemporânea-Universidade Nova de Lisboa
y UniversitatAutònoma de Barcelona*

También en Italia, así como en la mayoría de las principales potencias europeas, hacia finales del siglo XIX se había ido desarrollando un incipiente imperialismo que no se limitaba solamente a los sectores más fervientemente nacionalistas de la sociedad, sino que representaba un estado de ánimo difundido entre los sectores liberales que gobernaban el país y una parte de la diplomacia del Reino de los Saboya. Paulatinamente, se fue constituyendo una opinión, cada vez menos minoritaria, que defendía, además de la conclusión de la unificación nacional con la anexión de las llamadas tierras *irredentas* —es decir, los territorios de habla italiana del Imperio austrohúngaro como Trento y Trieste—, el derecho de Italia a la expansión en el Mediterráneo y África.[1]

Es cierto que ya en las décadas anteriores el país transalpino había intentado jugar un papel de gran potencia en ámbito internacional,

* *Esta investigación ha estado financiada por los fondos nacionales portugueses a través de la FCT - Fundação para a Ciência e a Tecnologia, I.P., en el ámbito de la celebración del contrato-programa previsto en los números 4, 5 y 6 del art. 23.º del D.L. n.º 57/2016, de 29 de agosto, modificado por la Ley n.º 57/2017, de 19 de julio.*

1. Sobre el imperialismo italiano en la época liberal y el mito de la nación, véase E. Gentile, *La Grande Italia. Il mito della nazione nel XX secolo*, Laterza, Roma-Bari, 2011, pp. 5-155. El término *irredentismo* fue acuñado por Matteo Imbriani en 1877 y pronto trasladado al lenguaje corriente. Véase F. Todero (ed.), *L'irredentismo armato: gli irredentismi europei davanti alla guerra. Atti del Convegno di studi (Gorizia, 25 maggio, Trieste, 26-27 maggio 2014)*, Trieste, Istituto regionale per la storia del movimento di liberazione nel Friuli Venezia Giulia, 2015, 2 vols. Véase también la voz «Irredentismo» de la Enciclopedia Italiana Treccani escrita en una perspectiva nacionalista y hagiográfica en 1933 por Attilio Tamaro, ahora en <http://www.treccani.it/enciclopedia/irredentismo_(Enciclopedia-Italiana)/> [consultado el 1/8/2019].

pero, tras la ocupación de Eritrea y parte de Somalia, la derrota de Adua contra Etiopía en 1896 había convencido a las élites del país a decantarse por una estrategia mucho más prudente que se basaba en la búsqueda de acuerdos y un largo trabajo diplomático para la obtención de objetivos concretos. En esta lógica debe leerse la constante renovación —la última fue a finales de 1912— de la Triple Alianza con Alemania y Austria-Hungría, firmada por primera vez en 1882 por las diferencias que separaban a los Gobiernos italianos de la política exterior francesa. Aunque no faltaron las tensiones con Viena por el acuerdo austro-ruso de 1897, la anexión austriaca de Bosnia-Herzegóvina en 1908, la gestión de la crisis balcánica en 1913 y, obviamente, las reivindicaciones de Trento y Trieste que reaparecían de forma sísmica cada cierto tiempo, la Triple Alianza fue la «clave de bóveda de la política extranjera italiana» hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.[2]

En la misma línea de una diplomacia prudente debe leerse también la manera en que se gestionó la guerra contra el Imperio otomano para la conquista de Libia entre 1911 y 1912; un evento que, no se olvide, marcó el comienzo de una serie de conflictos, como las guerras balcánicas, que desembocaron en la Gran Guerra. Para entender la política exterior italiana del período anterior a 1914 debe añadirse una constante preocupación por el mar Adriático, considerado crucial para la defensa de las fronteras italianas, además de un trampolín para la posible penetración en el área danubiano-balcánica.[3] En realidad, la estrategia italiana hasta la Primera Guerra Mundial se fundaba en un gran malentendido: la esperanza y la confianza de que Viena, expandiéndose en los Balcanes, cediese Trento y Trieste a Italia, lo que era impensable para la *Doppelmonarchie*, tanto por razones estratégicas como históricas. Este malentendido será clave en las decisiones que tomará la diplomacia italiana en 1914 y la cuestión adriática marcará toda la estrategia de Roma en los años siguientes,

2. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna. vol. VIII: La prima guerra mondiale, il dopoguerra, l'avvento del fascismo (1914-1922)*, Feltrinelli, Milán, 1979, p. 124.
3. No es casualidad que el artículo 7 de los acuerdos de la Triple Alianza fuese justamente dedicado a la cuestión adriática. Véase, entre otros, G. Perticone, *La politica estera italiana dal 1861 al 1914*, ERI, Turín, 1967; E. Decleva, *Da Adua a Sarajevo: la politica estera italiana e la Francia, 1896-1914*, Laterza, Bari, 1971 y, más en concreto, M. Cataruzza, *L'Italia e il confine orientale*, Il Mulino, Bolonia, 2007.

incluidas, ça va sans *dire*, las negociaciones en la conferencia de paz de París.[4]

El tratado de Londres

El asesinato de Franz Ferdinand en Sarajevo en junio de 1914 y el siguiente estallido de la contienda mundial pusieron Italia en una situación delicada. El entonces presidente del Consejo, Antonio Salandra, y el experto ministro de Asuntos Exteriores, el marqués de San Giuliano, en el cargo desde 1910, optaron por la neutralidad. Delante de Viena y Berlín, que presionaban por la entrada en guerra de Roma, el gobierno italiano justificó su decisión tomando al pie de la letra los acuerdos de la Triple Alianza. La austrohúngara era una acción ofensiva contra Serbia —y no defensiva— y además no se había informado previamente al gobierno de Roma: Italia, pues, no tenía ninguna obligación. En realidad, las razones de fondo italianas para no entrar en guerra junto a los Imperios centrales eran otras: por un lado, la falta de preparación militar de Roma, debido también a la reciente guerra italo-turca, y la superioridad militar británica en el Mediterráneo; por otro, el riesgo de un amplio frente antigubernamental entre socialistas y nacionalistas. Los primeros habían dado prueba de que el país podía ser terreno fértil para una revolución social durante la Semana Roja del mes de junio; los segundos, que clamaban por la italianidad de Trento y de Trieste, podían estallar si se marchaba junto a Viena. En verano y otoño de 1914, pues, la diplomacia italiana trabajó entre bambalinas para vender cara su neutralidad, esperando obtener a cambio ventajas territoriales como la cesión austriaca del Trentino.[5]

Sin embargo, la muerte del marqués de San Giuliano en octubre de 1914 y su sustitución por el conservador y convencido triplicista

4. G. Merlicco, «La crisi di luglio e la neutralità italiana: l'impossibile conciliazione tra alleanza con l'Austria e interessi balcanici», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, núm. 2 (2018), pp. 13-26.
5. Sobre la Semana Roja, véase A. Luparini y L. Orlandini, *La libertà e il sacrilegio. La Settimana rossa del giugno 1914 in provincia di Ravenna*, Giorgio Pozzi Editore, Rávena, 2014. Sobre el nacionalismo italiano, véase F. Gaeta, *Il nazionalismo italiano*, Laterza, Roma-Bari, 1981.

Sidney Sonnino, además del protagonismo de un heterogéneo frente intervencionista en el país, que iba de los nacionalistas a parte de la izquierda revolucionaria, llevaron a un giro inesperado que se cerró con la entrada en guerra de Italia al lado de Francia, Gran Bretaña y Rusia en mayo de 1915. En esta decisión hubo razones idealistas —las tierras *irredentas*— y estratégicas —buscar la máxima seguridad para el país—, pero también ambiciones coloniales, consideraciones de política interior —el intento de la derecha nacionalista, representada por Salandra y Sonnino, por romper el orden instaurado por el expresidente del Consejo Giovanni Giolitti desde principios de siglo— y la obsesión de la clase dirigente para convertir Italia en una gran potencia, consiguiendo la igualdad con Viena en la Europa danubiano-balcánica y con París y Londres en el Mediterráneo oriental.[6]

Con el tratado de Londres, firmado por los gobiernos de Italia, Gran Bretaña, Francia y Rusia el 26 de abril de 1915, el país transalpino, a cambio de entrar en la guerra al lado de la Entente en contra de los Imperios centrales, obtenía una serie de territorios en los Alpes, el Adriático y el Mediterráneo: el Trentino, el Tirol meridional, la Venecia Julia, Istria hasta el golfo del Carnaro, una parte de Dalmacia (incluidas las ciudades de Zadar y Šibenik, además de diversas islas), la ciudad de Valona (actual Vlorë) y la isla de Saseno (actual Sazan) en Albania, más allá del reconocimiento de la soberanía en Libia y el Dodecaneso, que Italia había conquistado en la guerra contra el Imperio otomano de 1911-1912. Debido a la oposición de los rusos, Roma no consiguió en cambio ni la totalidad de Dalmacia ni la ciudad de Fiume (la actual Rijeka), reivindicaciones inexistentes, dicho sea de paso, en la opinión pública italiana hasta la finalización de la guerra. Además, en el tratado se añadían unas inconcretas referencias acerca de una zona de influencia italiana en el Imperio otomano —a Roma le tocaría «una parte justa» del territorio anatólico en caso de su repartición— y algún territorio en África. El siguiente 23 de mayo Italia entraba en la contienda, declarando la guerra, en un primer momento, solo al Imperio de los Habsburgo y, posteriormente, el

6. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra alla marcia su Roma*, Bolonia, Il Mulino, 1991, vol. I, pp. 151-162. Véase también G. E. Rusconi, *L'azzardo del 1915. Come l'Italia decide la sua guerra*, Il Mulino, Bolonia, 2005 e R. Pupo, *Fiume città di passione*, Laterza, Bari-Roma, 2018, pp. 52-53.

21 de agosto de 1915 al Imperio otomano y el 27 de agosto de 1916 a Alemania.[7]

Como apuntó Roberto Vivarelli, el tratado de Londres se movía aún en la lógica del «tradicional axioma del equilibrio de fuerzas»: las concesiones territoriales a Italia servían para, en caso de victoria, bloquear el predominio austrohúngaro, tanto en los Balcanes como en el Adriático y limitar la influencia que Rusia habría tenido sobre Dalmacia a través de Serbia. Por otro lado, nadie en las cancillerías europeas, al menos hasta 1916, contemplaba como una opción el desmembramiento del Imperio de los Habsburgo, considerado un factor de equilibrio entre las potencias y, especialmente, una barrera para una temida expansión rusa hasta el Adriático. Muy pocos, además, tomaron en consideración la posibilidad de crear un estado yugoslavo.[8]

Entre Caporetto y Vittorio Veneto

Sin embargo, en el *totum revolutum* de la Gran Guerra las cosas fueron cambiando más rápidamente de lo que muchos esperaban. En Italia las diferentes almas del intervencionismo mostraron sus divergencias. Por un lado, los nacionalistas de Enrico Corradini defendían un «imperialismo retórico» que pedía para Italia el control de buena parte del litoral adriático con la voluntad de sustituir Austria-Hungría en el papel de «opresor de las nacionalidades eslavas».[9] Por otro lado, los intervencionistas democráticos, representados sobre todo por figuras de la talla intelectual de Gaetano Salvemini y del exsocialista Leonida

7. Sobre Italia en la Primera Guerra Mundial véase, entre otros, A. Gibelli, *La grande guerra degli italiani, 1915-1918*, Sansoni, Milán, 1998 y M. Isnenghi, *Convertirsi alla guerra. Liquidazioni, mobilitazioni e abiure nell'Italia tra il 1914 e il 1918*, Donzelli, Roma, 2015.

8. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo…*, *op. cit.*, vol. I, p. 158. Esto no quita que ya en otoño de 1914 el activísimo Frano Supilo iniciase una operación diplomática reivindicando en París y Londres la unión de todos los eslavos del sur y que en abril de 1915 se constituyese un Comité Yugoslavo presidido por Ante Trumbić. Además, en octubre de 1916 se fundó en Londres, gracias al apoyo de H. W. Steed y R. W. Seton-Watson, la revista *New Europe* cuyo objetivo era la reconstrucción europea sobre la base de las nacionalidades y los derechos de las minorías. Véase L. Valiani, *La dissoluzione dell'Austria-Ungheria*, Il Saggiatore, Milán, 1966.

9. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo…*, *op. cit.*, vol. I, p. 176.

Bissolati, eran contrarios a una política imperialista italiana en los Balcanes, tanto por una visión más racional de la *realpolitik* como por el concepto que defendían de nación, fundada en las ideas de voluntad y de libertad. Además, a partir de otoño de 1916 estos sectores democráticos reforzaron la idea de la necesidad para Italia de la amistad con los pueblos eslavos junto a la convicción de la imprescindible disolución del Imperio austrohúngaro.[10]

Lo que cambió radicalmente la situación fueron los acontecimientos bélicos y políticos internacionales ocurridos en 1917. El 10 de enero el presidente norteamericano Woodrow Wilson anunciaba los principios del respeto de las nacionalidades y del derecho a la libertad de los pequeños estados, abonando así el terreno para la declaración de guerra a Alemania y el ingreso de Estados Unidos en la contienda el siguiente 2 de abril. Mientras tanto, en Rusia caían los Romanov y la situación política de la nueva República era muy inestable. Asimismo, el 20 de julio el Comité Yugoslavo de Trumbić llegaba a un acuerdo en Corfú con el gobierno serbio en el exilio de Nikola Pašić para la futura constitución de un estado de los eslavos del sur. Además, en Italia la derrota del ejército en Caporetto el 24 de octubre y la llegada de las tropas austro-húngaras a las puertas de Venecia convirtieron la guerra «en un hecho nacional» y favorecieron un «endurecimiento patriótico del país» con la creación del *Fascio Parlamentare di Difesa Nazionale* y el paulatino control del intervencionismo por parte de la derecha nacionalista.[11]

A todo ésto cabe añadir la conquista del poder por parte de los bolcheviques a principios de noviembre y la siguiente salida de Rusia de la Gran Guerra, sellada con la paz de Brest Litovsk en marzo de 1918. Desaparecía así el riesgo de una expansión rusa en los Balcanes y Austria-Hungría perdía su papel de baluarte para la estabilidad en la Europa Central: se trataba, ni más ni menos, que de los principios so-

10. Ejemplares en este sentido fueron el discurso de Bissolati en Cremona el 29 de octubre de 1916 y las conferencias de Salvemini de finales de 1916 y principios de 1917, publicadas luego en opúsculo con el título *Delenda Austria*, cuya traducción, en 1918 en francés, era todavía más explícita: *Il faut détruire l'Austriche*. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 210-213.

11. R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, 1883-1920, Einaudi, Turín, 1965, pp. 364-372.

bre los que se fundó la estrategia diplomática italiana y se basó el mismo tratado de Londres. Además, la publicación por parte de los bolcheviques de los acuerdos secretos de la diplomacia zarista, entre los cuales se encontraba el tratado de Londres, pusieron en un aprieto al gobierno italiano y crearon tensiones con la administración estadounidense que no reconocía los acuerdos firmados antes de su entrada en guerra y que, con Wilson a la cabeza, se oponía a la diplomacia secreta. Finalmente, en diciembre los Estados Unidos declaraban la guerra también a Austria-Hungría y en enero de 1918 Wilson proclamaba los Catorce puntos, entre los cuales destacaban la voluntad de establecer las fronteras según el principio de nacionalidad y la explícita referencia a la autonomía de los pueblos del Imperio austrohúngaro.[12]

En esta situación, y mientras el nuevo escenario en el frente oriental abría la posibilidad para una paz separada entre Francia e Inglaterra y el Imperio de los Habsburgo con el objetivo de limitar la esperada ofensiva alemana en el frente occidental, el gobierno italiano, presidido tras Caporetto por Vittorio Emanuele Orlando, intentó moverse con antelación para no quedar superado por los eventos. En esta lógica debe leerse el acuerdo entre Andrea Torre y Ante Trumbić del 7 de marzo de 1918 y el Congreso de los pueblos oprimidos por Austria-Hungría organizado en Roma a principio del mes de abril, al cual, de todos modos, el ejecutivo italiano no participó oficialmente. El congreso reivindicó una nueva política exterior para Italia, basada en la disolución de Austria-Hungría, la formación de estados nacionales en el espacio ocupado por la monarquía de los Habsburgo y la colaboración y futura amistad entre Italia y los pueblos eslavos.[13]

Sin embargo, la hostilidad de Sonnino, encadenado psicológicamente al tratado de Londres, hacia un movimiento yugoslavo y su desconfianza hacia los otros movimientos nacionales de los pueblos del Imperio austrohúngaro anularon las posibilidades que el congreso ha-

12. Sobre los acontecimientos del año 1917, véase D'A. Orsi, *1917. L'anno della rivoluzione*, Laterza, Roma-Bari, 2016.

13. F. Leoncini, *Il «Congresso dei popoli soggetti all'Austria-Ungheria» (Roma, 8-10 aprile 1918). L'Italia e la costruzione della nuova Europa: un'occasione mancata* en F. Leoncini y S. Şipoş (eds.), *Nazionalità e autodeterminazione in Europa Centrale: il caso romeno*, Quaderni della Casa Romena di Venezia, IX, 2012, pp. 11-30. También, L. Valiani, *La dissoluzione…*, *op. cit.*, pp. 392-397.

bía abierto. La intransigencia de Sonnino se debía también a razones de política interior: ¿cómo podía justificar el ministro de Asuntos Exteriores delante de la opinión pública tres años de guerra para obtener al final poco más de lo que se había podido conseguir posiblemente con un acuerdo con Viena a cambio de la neutralidad de Roma? En esto ayudaron también los sectores nacionalistas que, asustados por las posibles reivindicaciones territoriales yugoslavas en el Adriático, apoyaron hasta el final a Sonnino —atacado por una campaña de prensa librada por el intervencionismo democrático—, pidiendo el cumplimiento del tratado de Londres en su totalidad y añadiendo territorios que no estaban incluidos, como la ciudad de Fiume y gran parte de Dalmacia.

Los intervencionistas democráticos, en franca minoría en la opinión pública italiana, fueron tildados de *rinunciatari* (renunciatarios) por ser favorables a un acuerdo italo-yugoslavo y al no reivindicar para Italia territorios, como Dalmacia, en que los italianos eran la minoría de la población.[14] Una postura que acabó siendo mayoritaria, o al menos la más visible, al final de la guerra, cuando el ejército italiano consiguió la victoria de Vittorio Veneto, tras romper las defensas austriacas en el Piave. Se decretaba así la derrota sin apelativos del intervencionismo democrático, representada por las dimisiones el 28 de diciembre de 1918 de Bissolati, que en el último año de guerra había ocupado el cargo de ministro de la Asistencia Militar y las Pensiones de Guerra. Como apuntó Francesco Leoncini, en tan solo unos meses «la herencia del Congreso de Roma se había abandonado por completo».[15] Mientras tanto, además, empezaba a conformarse en la opinión pública y parte de la clase política ese síndrome de la «victoria mutilada» que tanto pesó en cómo la delegación italiana actuó en la conferencia de paz de París.[16]

14. Véase, L. Monzali, *Gli italiani in Dalmazia e le relazioni italo-yugoslave nel Novecento*, Marsilio, Venecia, 2015. Para las posiciones de los intervencionistas democráticos fue clave el libro de C. Maranelli, G. Salvemini, *La questione dell'Adriatico*, Libreria della Voce, Florencia, 1918. Según Maranelli y Salvemini, a Italia le tocaba Venecia Julia con Pula, Gorizia y algunas islas adriáticas para proteger el litoral italiano, mientras que a Yugoslavia le tocaba toda Dalmacia —cuyo litoral debería ser desmilitarizado— excluidas Fiume y Zadar que se convertirían en ciudades libres.
15. F. Leoncini, *Il «Congresso dei popoli soggetti…*, *op. cit*., p. 24.
16. La expresión se debe al poeta Gabriele D'Annunzio, el cual, en un artículo publicado en el *Corriere della Sera,* el 24 de octubre de 1918, escribió «Vittoria nostra, non sarai mutilata!» (Victoria nuestra, ¡no serás mutilada!).

Italia en la conferencia de París

Tras el armisticio con los austro-húngaros de Villa Giusti del 3 de noviembre de 1918, el ejército italiano ocupó los territorios que se les habían asignado con el tratado de Londres.[17] A la espera de la conferencia de paz, las tensiones en el gobierno de Roma habían ido en aumento y se había impuesto la fórmula «tratado de Londres más Fiume» que juntaba, por un lado, la defensa sonniniana de la intangibilidad del tratado de Londres y, por otro, añadía la cuestión de Fiume, reivindicada por los nacionalistas y utilizada por el presidente del Consejo Orlando con el objetivo de presionar a los aliados.[18] Se trataba de una «posición anacronística y totalmente infructífera» donde Orlando mostraba un «ilusionismo político para uso interno».[19] Además, la estrategia con que la delegación italiana se presentaba en París se basaba en «elementos de evidente contradicción» entre el principio de potencia (la defensa de lo acordado en Londres, como la frontera en el Brennero que comportaba la integración en Italia de un amplio territorio de población alemana, el Tirol del sur) y el principio de nacionalidad (la reivindicación de Fiume debido a que la mayoría de la población era italiana). Como apunta Raoul Pupo, fue una «base negocial absolutamente irrealística, empeorada además por la falta de preparación diplomática» que llevaba directamente hacia el desastre.[20]

En diciembre de 1918 los italianos participaron en las reuniones previas a la conferencia de paz que se celebraron en Londres y París junto a los representantes de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos. Además, el presidente Wilson viajó en los primeros días de enero a Italia y fue acogido como un héroe, dando pie al malentendido sobre su posición, facilitado por la doble lectura que hacía Orlando. Tras la apertura de la conferencia de paz el 18 de enero, la delegación italiana, formada por Orlando, Sonnino, el expresidente del Consejo Salandra, el diputado triestino e irredentista Salvatore Barzilai y el embajador en París Salvago Raggi, presentó el 7 de febrero una memoria con sus

17. Véase, R. Pupo (ed.), *La vittoria senza pace. Le occupazioni militari italiane alla fine della Grande Guerra*, Laterza, Roma-Bari, 2014.
18. Sobre el fracaso de las grandes ambiciones de Orlando en la conferencia véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 97-100.
19. R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo…*, *op. cit.*, vol. I, pp. 382, 385.
20. R. Pupo, *Fiume città di passione…*, *op. cit.*, p. 56.

reivindicaciones: invocando la historia del Imperio romano y de las repúblicas marineras, *in primis* la de Venecia, además del Trentino y el Tirol del sur hasta el Brennero, el gobierno italiano pedía Trieste y toda Venecia Julia, Fiume, gran parte de Dalmacia incluida Split y muchas islas del litoral oriental del Adriático. Es decir, se mantenía en su totalidad la fórmula «tratado de Londres más Fiume».[21]

El aislamiento diplomático de Roma fue absoluto: en primer lugar, los delegados italianos se concentraron tan solo sobre lo que les concernía directamente, mostrando un total desinterés para todo lo demás, sin contar el desconocimiento de la lengua inglesa por parte de Orlando que pesó sobre todo en las reuniones del Consejo de los Cuatro, en el que no participaba Sonnino. En segundo lugar, la distancia con Clemenceau y Lloyd George fue notable: los franceses tenían intereses en el área danubiano-balcánica, mientras los ingleses no querían oponerse a Wilson, además de tener una opinión pública que simpatizaba por los yugoslavos gracias a la obra realizada por Steed y Seton-Watson en los años anteriores. En tercer lugar, la torpeza y la intransigencia italianas dañaron las relaciones con Washington y facilitaron el acercamiento entre Belgrado y Atenas. Finalmente, el presidente de Estados Unidos rechazó tajantemente el tratado de Londres y, aunque en algunas declaraciones fue ambiguo al respecto, consideró desde el primer momento excesivas y egoístas las reivindicaciones italianas.[22]

Para intentar desatascar el bloqueo que se creó entre febrero y mediados de abril, Washington, que reconoció el mismo 7 de febrero al

21. Sobre la delegación italiana en París, véase M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2005, pp. 346-392; S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 270-300; R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo…*, *op. cit.*, vol. I, pp. 382-419; G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna…*, *op. cit.*, vol. VIII, pp. 241-257; M. Cataruzza, *L'Italia e il confine orientale…*, *op. cit.*, pp. 113-128; H. J. Burgwyn, *The Legend of the Mutilated Victory: Italy, the Great War, and the Paris Peace Conference, 1915-1919*, Greenwood Press, Westport, 1993.

22. Al respecto, véase también M. Cataruzza, *L'Italia e la questione adriatica. Dibattiti parlamentari e panorama internazionale (1918-1920)*, Il Mulino, Bolonia, 2014 y F. Le Moal, *La France et l'Italie dans les Balkans, 1914-1919. Le contentieux adriatique*, L'Harmattan, París, 2006. Sobre los planes británicos, véase G. Bajc, «I desiderata e le realtà dei problemi futuri. Il dietro le quinte dei progetti britannici per risolvere la questione giuliano-fiumano-dalmata durante la Grande guerra», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, núm. 2 (2018), pp. 73-93. Sobre las relaciones entre Italia y la Entente durante la Gran Guerra, véase S. Marcuzzi, «A Machiavellan Ally? Italy in the Entente (1914-1918)», en V. Wilcox (ed.), *Italy in the Era of the Great War*, Brill, Leiden-Boston, 2018, pp. 99-121.

nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, presentó un memorándum el 14 de abril que, si bien no ponía ningún problema a la reivindicación italiana sobre el Tirol del sur —lo que contradecía el principio de las nacionalidades—, establecía una línea en la zona adriática —conocida luego como línea Wilson— según la cual todo el litoral y las islas de Dalmacia pasaban a control yugoslavo. A Italia le habría tocado solo la isla de Lissa (actual Vis) y la ciudad albanesa de Valona, mientras que Fiume habría sido o bien yugoslava o una ciudad libre.

En vez de desatascar la situación, el memorándum de Wilson produjo un enquistamiento del bloqueo con la delegación italiana que se encerró en el Hotel Edouard VII y decidió no participar en las reuniones del Consejo de los Cuatro del 21 y 22 de abril. El día siguiente el presidente estadounidense publicó un mensaje a los italianos en que exponía su propuesta, lo que comportó el abandono de la Conferencia de la delegación italiana. Ofendido, pero también aliviado por el error diplomático de Wilson, Orlando volvió a Roma e impulsó, sin tener mínimamente en cuenta la real situación diplomática italiana, una reacción patriótica para obtener, el 29 de abril, la confianza del Parlamento. Una vez más se había subordinado la política exterior italiana a la política interior donde el gobierno, muy debilitado por la crisis económica, el problema de la desmovilización de las tropas, los riesgos de posibles pronunciamientos militares y el protagonismo del movimiento obrero, se apoyaba en una estrecha y heterogénea mayoría parlamentaria. La de Orlando y Sonnino fue una victoria pírrica, una flor de un día.

De hecho, durante la ausencia italiana, que se prolongó hasta el 7 de mayo, Wilson, Lloyd George y Clemenceau tomaron las decisiones más importantes, como la repartición de las excolonias alemanas y los territorios otomanos en Oriente Medio, además de las reparaciones de guerra alemanas. Tras una especie de últimatum de lo que se había convertido en el Consejo de los Tres, Orlando y Sonnino (Salandra y Salvago Raggi dimitieron y fueron sustituidos por el ministro Crespi y el embajador Imperiali) volvieron rápidamente a París para que no se considerara decaído el tratado de Londres. Se trató de lo que el intervencionista y futuro líder socialista Pietro Nenni bautizó como la «humillación de la victoria».[23] Sin poder decidir prácticamente nada, los

23. P. Nenni, *Storia di quattro anni (1919-1922)*, Einaudi, Turín, 1946, pp. 24-25.

italianos tuvieron que aceptar las concesiones de los aliados (Sonnino firmó el tratado de Versalles con Alemania el 28 de junio), mientras en el país se difundía la leyenda de la «victoria mutilada» y Orlando, atacado por una durísima campaña de prensa nacionalista, tuvo que regresar a Roma, donde el 19 de junio dimitió, tras haber perdido una votación en el Parlamento.

La llegada al gobierno de Francesco Saverio Nitti, mucho más realista, modificó parcialmente la situación. El trabajo que durante el verano llevó a cabo el nuevo ministro de Asuntos Exteriores Tittoni consiguió paulatinamente rebajar la hostilidad franco-británica, aprovechando también las tensiones que se estaban dando en Fiume entre la población y las tropas de ocupación italianas y francesas.[24] Esto explica también que el 10 de septiembre de 1919, cuando se firmó el Tratado de Saint Germain con Austria, Italia consiguió obtener gran parte de los territorios que había reivindicado de modo tan torpe en los meses anteriores: el Trentino y el Tirol del sur, Trieste y Gorizia, Istria, Zadar y buena parte de las islas del alto Adriático.

Fiume, la madre de todas las batallas

Fiume se convirtió inesperadamente en el nudo gordiano de todo. O casi. Por un lado, fue el elemento más problemático de la estrategia de Roma en la conferencia de paz de París y la razón principal del abandono de la delegación italiana con las consecuencias antes mencionadas; por el otro, fue una de las cuestiones de más tensión en el país transalpino entre 1919 y 1920, llegando a influir notablemente en las dinámicas internas italianas. Como escribió en referencia a los italianos el colaborador de Wilson en París, Edward House, «por qué desean ardientemente una pequeña ciudad de 50.000 habitantes, entre que los italianos son poco más de la mitad, es un misterio para mí».[25]

La situación de Fiume era, sin duda alguna, peculiar, aunque no era una anomalía tan grande en los territorios del Imperio austrohúngaro. La ciudad, de mayoría italiana, era desde finales del siglo XVIII

24. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 373-375 y 550.
25. Citado por *ibid.*, p. 364.

un *corpus separatum* del Reino de Hungría, es decir un territorio con una amplia autonomía administrativa. Sin embargo, en las zonas periféricas de Fiume, como la pequeña ciudad de Sušak o el interior rural, la mayoría de la población era mayoritariamente croata y eslovena.[26] La relación entre el ayuntamiento, las autoridades magiares y los Habsburgo fueron fluidas hasta principios del siglo XX, un período en que la ciudad, sobre todo tras 1870, gracias a la construcción de infraestructuras, se desarrolló económica e industrialmente, convirtiéndose en la segunda ciudad del Reino de Hungría y en su puerto más importante. Las tensiones aumentaron a partir de 1896 cuando se fundó el Partido Autonomista, liderado por Riccardo Zanella, y los irredentistas italianos se hicieron más fuertes, tanto que Budapest clausuró la asociación nacionalista italiana *Giovine Fiume* y, en 1913 y 1914, los irredentistas llegaron a poner dos bombas.[27]

La proclamación de la independencia de todos los eslovenos, croatas y serbios de Austria-Hungría por parte del Consejo Nacional de Zagreb el 29 de octubre de 1918 provocó que al día siguiente el autoconstituido Consejo Nacional italiano de Fiume declarase la anexión de la ciudad a Italia en base al principio de autodeterminación de los pueblos y se pusiese bajo la protección de Washington. Siguieron unos días de absoluta incertidumbre: el 4 de noviembre el destructor italiano Stocco atracó en Fiume, pero los marineros no bajaron a tierra; el 15 de noviembre las tropas serbias entraron en la ciudad; el 17 de noviembre entraron como respuesta las tropas italianas, que en los dos meses anteriores habían ido ocupando los territorios que Roma había obtenido con el tratado de Londres; en los días siguientes, finalmente, se decidió que la ciudad tuviese una ocupación interaliada, prevalentemente italiana y francesa —aunque los italianos eran franca mayoría—, a la espera de la resolución de la cuestión en la conferencia de paz de París.[28]

La «humillación» de Orlando y Sonnino en París, además de la decisión de Nitti de desmovilizar al ejército, provocaron un aumento

26. En esas décadas también aumentó rápidamente la población de la ciudad: de 18.000 habitantes en 1869 a 48.000 en 1910. Los italiano-hablantes pasaron de 9.000 en 1880 a 17.492 en 1910, mientras que los croatas y eslovenos de 8.000 a 15.262 y los húngaros de 400 a 6.493. Véase, R. Pupo, *Fiume città di passione*…, *op. cit.*, p. 21.
27. *Ibid.*, pp. 3-37.
28. *Ibid.*, pp. 44-48.

de las tensiones en Fiume. El 6 de julio de 1919 un choque entre militares italianos y franceses se saldó con seis muertos entre los galos: la Comisión interaliada que se creó para esclarecer el suceso decidió acabar con la prevalencia italiana en la ciudad del Carnaro. Nitti intentó aprovecharse de la situación para quitarle importancia a Fiume en el debate político italiano, pero los irredentistas fiumanos se negaron y buscaron el apoyo de D'Annunzio. Además de haber acuñado la expresión de «victoria mutilada» y haber sido un héroe de guerra, el excéntrico y carismático poeta había escrito el anterior mes de enero la Carta a los dálmatas en que clamaba contra Wilson y pedía la italianidad de todas las tierras del litoral croata, incluida Fiume. De ahí surgió la llamada marcha de Ronchi, un pueblo en las afueras de Trieste, desde donde en la noche del 11 al 12 de septiembre D'Annunzio marchó hacia Fiume junto a un par de centenares de legionarios, a los cuales se fueron sumando en el camino otros hasta llegar a la cifra estimada de casi 6.000 hombres. La ciudad fue abandonada por las tropas italianas y francesas para evitar un posible baño de sangre y, en el caso italiano, una sedición dentro del ejército que pudiese convertirse en un pronunciamento contra el gobierno de Roma: así, sin disparar un solo tiro, Fiume fue «tomada» por los legionarios. La *impresa di Fiume*, como se bautizó en los ambientes nacionalistas, remachó con fuerza el control italiano de la ciudad: superados los primeros días de preocupación y viendo que el motín no iba a más, el gobierno de Roma intentó congelar la crisis y jugó con la ambigüedad para rentabilizar la situación a nivel diplomático con los exaliados.[29]

Durante dieciseis meses la ciudad dálmata se convirtió en un microcosmos *sui generis*: una verdadera «esperiencia mística» con altísima movilización política, proyectos aparentemente descabellados —como la Liga de Fiume, una especie de nonata anti-Sociedad de Naciones, lanzada por Leone Kochnitzky— y una relación peculiar y novedosa entre el jefe carismático D'Annunzio y el pueblo, que Mussolini estudiará con atención y utilizará en las décadas siguientes. Fiume, considerada por los que estuvieron ahí como *città di vita* (ciudad de vida), fue el punto de encuentro de nacionalistas y excombatientes, pero también de sindicalistas revolucionarios (como Alceste De Am-

29. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna. vol. VIII…*, *op. cit.*, pp. 284-297; F. Gerra, *L'impresa di Fiume*, Longanesi, Milán, 1974-1975, vol. I.

bris, jefe de gabinete de D'Annunzio desde enero de 1920, que elaboró la Carta del Carnaro, una constitución muy avanzada socialmente promulgada el siguiente mes de septiembre), anarquistas y vanguardias artísticas. Fiume fue también una especie de fiesta, en todos los sentidos, tras los cuatro años de guerra, con figuras inclasificlables como Guido Keller, prácticas como la del naturismo, la piratería —que abasteció a la ciudad junto a la asistencia dosificada enviada por el gobierno italiano— y la utilización de drogas o experiencias como la del grupo Yoga, la Unión de Espíritus Libres Cercanos a la Perfección.[30]

Sin embargo, más allá de la rebeldía de la experiencia dannunziana, la llama de Fiume, cada vez más aislada, se fue apagando poco a poco, aunque dejó un poso importantísimo para entender el movimiento fascista y las estrategias de comunicación de Mussolini.[31] A partir de mediados de 1920, la evolución del cuadro internacional facilitó que se encontrase una solución para la ciudad del Carnaro. Por un lado, Washington, tras la enfermedad de Wilson y la hostilidad del Congreso hacia su proyecto de la Sociedad de Naciones, apostó por un marcado aislacionismo en política internacional, de manera que los yugoslavos, que además tenían problemas internos de mayor enjundia que el de Fiume, perdieron su principal apoyo. Por otro, la caótica situación europea, marcada por las revoluciones comunistas en Alemania y Hungría, los problemas fronterizos en otras latitudes de la Europa central y oriental, así como la crisis económica y financiera, otorgaron a Italia, por primera vez en la posguerra, una posición de fuerza: ante Londres y París (con quien había limado asperezas en la Conferencia interaliada de Spa y los encuentros de Lucerna y Aix-les-Bains entre agosto y septiembre de 1920) Roma podía presentarse como una potencia que facilitara la estabilización en los Balcanes. Por último, aunque la propaganda nacionalista continuase queriendo dar la batalla por Fiume con un Mussolini mucho más perfilado sobre esta cuestión, el gobierno italiano

30. Sobre la experiencia de Fiume, véase F. Gerra, *L'impresa di Fiume*, Longanesi, Milán, 1974-1975, 2 vols.; R. de Felice, *D'Annunzio politico, 1918-1938*, Laterza, Roma-Bari, 1978, pp. 3-140; M. A. Ledeen, *The First Duce. D'Annunzio at Fiume*, Transaction Publishers, Piscataway, 2002; C. Salaris, *Alla festa della rivoluzione*, Il Mulino, Bolonia, 2002; R. Pupo, *Fiume città di passione…*, *op. cit.*, pp. 98-138. Sobre Kochnitzky, véase sus memorias fiumanas L. Kochnitzky, *La quinta Stagione o i centauri di Fiume*, Zanichelli, Bolonia, 1922.
31. Véase, entre otros, F. Cordova, *Arditi e legionari d'annunziani*, Marsilio, Padua, 1969 y F. Perfetti, *Fiumanesimo, sindacalismo e fascismo*, Bonacci, Roma, 1988.

había conseguido controlar la situación. Además, el retorno de Giovanni Giolitti a la presidencia del Consejo en junio de 1920, junto a la presencia del experto Carlo Sforza en el ministerio de Asuntos Exteriores, permitió adoptar un enfoque aún más pragmático en política exterior que en los tiempos de Nitti. El anciano estadista piamontés envió un mensaje conciliador a Belgrado, rompiendo con la visión de una Yugoslavia enemiga de Roma y, como veremos, abandonó cualquier pretensión sobre Albania. Esto llevó el 12 de noviembre de 1920 a la firma por parte de los gobiernos italiano y yugoslavo del tratado de Rapallo según el cual Roma reconocía el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, al mismo tiempo que garantizaba sus fronteras ante posibles pretensiones revanchistas austro-húngaras, mientras Belgrado aceptaba las fronteras establecidas en el tratado de Londres (poniendo fin así a las reivindicaciones eslovenas y croatas sobre Venecia Julia) y obtenía toda Dalmacia, excluida Zadar y un par de islas, a cambio de conceder a los italianos de la región la facultad de optar por la ciudadanía italiana. Para Fiume se acordó crear un estado libre de pequeñas dimensiones (para que la población italiana pudiese ser mayoría) conectado a Italia por una estrecha franja de tierra en el litoral. Además, en una carta secreta, Roma se comprometía para el futuro a ceder a Belgrado Sušak (es decir el puerto de Porto Barros) y crear un consorcio entre ambos países para administrar el puerto de Fiume.

El gobierno italiano conseguía así una frontera estratégicamente segura en el Adriático (pero con casi medio millón de eslavos bajo la administración de Roma, mientras que en territorio yugoslavo quedaron tan solo unos 15.000 italianos) y aseguraba la independencia de Fiume, bajo influencia italiana, de Yugoslavia. Pese a los ataques de los nacionalistas, el tratado de Rapallo fue juzgado satisfactoriamente por la mayoría de la opinión pública (incluso el mismo Mussolini, mucho más pragmático que D'Annunzio) y Giolitti pudo enviar el ejército a Fiume en lo que se conoció como la «Navidad de sangre» (24-31 de diciembre de 1920). La resistencia de los legionarios dannunzianos causó un conflicto que se saldó con unos sesenta muertos. Finalmente, tras los acuerdos de Abbazia (actual Opatija), D'Annunzio aceptó abandonar la ciudad a principios de enero de 1921.[32]

32. Véase, R. Vivarelli, *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra alla marcia su Roma*, Il Mulino, Bolonia, 2012, vol. III, pp. 111-123; R. de Felice,

No obstante, el nuevo estado fiumano tuvo una vida breve. La experiencia del gobierno de los autonomistas de Zanella, que en otoño de 1921 se convirtió democráticamente en el primer y único presidente del Estado libre, fue abortada ya en marzo del año siguiente por un golpe de estado de los sectores favorables a la anexión a Italia, apoyados por los soldados italianos presentes en la ciudad. La crisis política que se estaba viviendo debajo de los Alpes, con las violencias de las escuadras fascistas que ponían patas arriba al país y la debilidad de un estado liberal sobrepasado por los acontecimientos, facilitaron el golpe de mano en Fiume, junto al desinterés que la opinión pública demostró tras la «Navidad de sangre» por la ciudad del Carnaro. Otra vez en un limbo, la situación de Fiume encontró una solución definitiva, al menos hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, con Mussolini ya sólidamente en el poder tras la marcha sobre Roma. El 27 de enero de 1924 se firmaba el pacto de Roma, un nuevo acuerdo entre los gobiernos italiano y yugoslavo según el cual se establecía un tratado de amistad de duración quinquenal entre los dos países, la anexión italiana de Fiume y la soberanía yugoslava sobre Porto Barros, además de la cesión en alquiler a Belgrado por cincuenta años de un sector del puerto de Fiume. Entre 1924 y 1925, el gobierno de Mussolini firmó otros tratados sobre diferentes cuestiones con el estado yugoslavo, aunque el parlamento de Belgrado no los ratificó por las presiones del partido croata de Radić sobre el ejecutivo de Pašic y los intereses italianos en Albania. En los años siguientes, la política fascista oscilará continuamente entre la amistad con Belgrado y el apoyo al revisionismo húngaro, además de la financiación a los movimientos separatistas croatas, como los Ustacha.[33]

Mussolini il rivoluzionario…, *op. cit.*, pp. 635-655; G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna, vol. VIII…*, *op. cit.*, pp. 336-342.

33. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna. vol. IX: Il fascismo e le sue guerre (1922-1939)*, Feltrinelli, Milán, 1981, pp. 158-168; R. Pupo, *Fiume città di passione…*, *op. cit.*, pp. 147-156. Sobre las violencias fascistas y la crisis del estado liberal, véase F. Fabbri, *Le origini della Guerra civile. L'Italia dalla Grande guerra al fascismo (1918-1921)*, UTET, Turín, 2009.

Más allá de Fiume: Albania, el Egeo, Anatolia y África

La cuestión de Fiume, y más en general la del norte del Adriático, estuvo conectada estrechamente con la albanesa por los intereses geopolíticos de Roma y de Belgrado en ese territorio. Tras las guerras balcánicas de 1912-1913, Albania accedió a la independencia gracias al apoyo de Roma y de Viena: los italianos querrían tener una influencia económica sobre el pequeño reino gobernado por Guillermo de Wied y evitar una ocupación griega, mientras que los austrohúngaros querrían impedir la salida al mar de Serbia. Como hemos visto, en el tratado de Londres la Entente concedía la soberanía italiana sobre la ciudad de Valona y la isla de Saseno: además se repartía el territorio del pequeño reino entre Serbia, Montenegro y Grecia, dejando en el centro un pequeño estado musulmán semiindependiente del cual la representación en el exterior se otorgaba a Italia. Sin embargo, durante la guerra el reino albanés sufrió las consecuencias del conflicto con los intentos de invasión austrohúngara, el paso por su territorio del ejército serbio que se refugió en Corfú y el desembarco del contingente militar italiano —enviado con el *imprimatur* de Londres y París— que en 1916 llegó a sumar unos 100.000 hombres. En este contexto, se dio, en junio de 1917, la proclama de Argirocastro (en albanés Gjirokastra) en que el general italiano Ferrero, de acuerdo con Sonnino, aseguraba la futura independencia de Albania bajo protección italiana. Al final de la contienda, las tropas transalpinas ocuparon casi todo el pequeño estado, pero Albania fue el único territorio que Sonnino no incluyó en el memorandum italiano en París, aunque Francia y Gran Bretaña se opusieron a las reivindicaciones de la delegación albanesa.

Una primera solución se encontró con el acuerdo entre el presidente griego Venizelos y el ministro de Asuntos Exteriores italiano Tittoni a finales de julio de 1919 que se enmarcaba en la política más pragmática del ejecutivo de Nitti tras la «humillación» de Orlando y Sonnino: Italia apoyaba las reivindicaciones griegas sobre Argirocastro y aceptaba ceder a Atenas el Dodecaneso, excepto la isla de Rodas, además de reconocer el control helénico sobre Esmirna, mientras que Grecia apoyaba el mandato italiano en Albania central y reconocía la soberanía italiana en la parte sur-occidental de Anatolia. Sin embargo, este acuerdo se quedó en papel mojado. El problema fue que, en un primer momento, aumentaron las tensiones entre las tropas italianas y

los albaneses que, tras haber constituido un gobierno unitario en Tirana, acorralaron a los italianos en la ciudad de Valona y, en un segundo momento, cuando el gobierno de Nitti decidió enviar más soldados a Albania, las tropas, acuarteladas en Ancona, se amotinaron. Recién llegado al gobierno, el 2 de agosto de 1920, Giolitti, que estaba trabajando para encontrar una salida al bloqueo en Fiume y quería cerrar otras carpetas abiertas como la albanesa, firmó un acuerdo en Tirana según el cual Italia retiraba las tropas de Albania excepto en la isla de Saseno que mantenía bajo su control. Hasta la penetración fascista de los años siguientes, completada con la ocupación militar de 1939, Italia se desentendía, al menos parcialmente, de Albania.[34]

Como se vio en el acuerdo Tittoni-Venizelos, la cuestión albanesa se entrelazaba también con la del Egeo oriental y entraba de lleno en las relaciones entre Roma y Atenas. Como se recordaba más arriba, en el tratado de Londres a Italia se le concedió una «parte justa» de Anatolia en caso de repartirse Turquía al final de la guerra. Durante el conflicto, Sonnino intentó conseguir un acuerdo escrito que garantizase a Italia el control de un amplio territorio en Asia Menor, también para recuperar el terreno perdido por los acuerdos secretos entre Londres, París y Petrogrado de 1914, en los que Rusia obtendría Estambul y los Dardanelos, y 1916 con el acuerdo Sykes-Picot. Aprovechando la debilidad rusa tras la revolución de febrero, en la reunión celebrada el 19 de abril de 1917 en Saint-Jean de Maurienne, franceses y británicos aceptabaron que Esmirna fuese ocupada por los italianos y que Roma obtuviese una amplia zona de influencia tanto en el litoral anatólico como en el interior, entre las actuales ciudades de Edremit y Mersin. Sin embargo, los acuerdos dependían de la conformidad de los rusos: así que, debido a los acontecimientos de los meses siguientes con la salida de los bolcheviques de la guerra y la condena wilsoniana de la diplomacia secreta, todo se quedó en aguas de borrajas.

Dando prueba de una total falta de realismo político, en la primavera de 1919, Roma reivindicó la validez de los acuerdos de Saint-Jean de Maurienne y envió sus tropas a Antalya y Marmaris. Pero, debido a

34. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna. vol. VIII…*, *op. cit.*, pp. 24-35; 314-325; A. Beccherelli, «L'Albania nella politica estera italiana (1913-1920)», en A. Beccherelli y A. Carteny (eds.), *L'Albania indipendente e le relazioni italo-albanesi (1912-2012). Atti del Convegno in occasione del centenario dell'indipendenza albanese (Roma, 22 novembre 2012)*, Edizioni Nuova Cultura, Roma, 2013, pp. 45-65.

la hostilidad que la delegación italiana había encontrado en París y a la nula participación italiana en las batallas de Gallipoli y en la ofensiva en Macedonia, a principios de mayo, con Orlando y Sonnino en Roma, Wilson, Lloyd George y Clemenceau apoyaron la reivindicación griega sobre Asia Menor y las tropas griegas desembarcaron en Esmirna. Todo quedaba otra vez en entredicho. Además, en los meses siguientes, el gobierno italiano tuvo que centrarse en otras problemáticas, a partir de la de Fiume. Anatolia quedaba, pues, muy lejos.

La resolución definitiva se concretó en la conferencia de Lausana de 1923 que modificó por completo el tratado de Sèvres de agosto de 1920: tras la salida italiana de Albania y el cierre parcial de la cuestión de Fiume, en un contexto completamente distinto —tanto por la llegada al gobierno de Mussolini en Italia como, sobre todo, por la derrota griega ante el ejército de Kemal Atatürk— Roma obtuvo finalmente el reconocimiento de las islas del Dodecaneso, que Italia mantuvo hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, pero perdió, así como Londres y París, la zona de influencia en Anatolia que se había acordado en Sèvres. Las tensiones no acabaron de todos modos en Lausana: un mes más tarde, a finales de agosto de 1923, estallaba otra vez la tensión entre Roma y Atenas a raíz del asesinato en la zona de Ioánina del general Tellini, responsable de la misión militar italiana encargada por la Sociedad de Naciones de fijar la frontera griego-albanesa. Tras haber enviado un últimatum inaceptable por Atenas, Mussolini bombardeó y ocupó militarmente la isla de Corfú que abandonó un mes después gracias al acuerdo internacional que desbloqueó el conflicto.[35] Lo que siguió es otra historia que va mucho más allá de la conferencia de paz de París y sus más directas consecuencias.

Cabe, sin embargo, añadir un último elemento: el africano. Al final de la Gran Guerra, Italia mantuvo las colonias que había obtenido en las décadas anteriores, es decir Eritrea, una parte de Somalia y Libia. En la conferencia de paz de París, preocupada principalmente por la cuestión adriática, Italia no reivindicó casi nada en África, aunque

35. M. Macmillan, *París 1919...*, *op. cit.*, pp. 533-539; F. Imperiali, «Il miraggio dell'Oriente. L'Italia e gli accordi di San Giovanni di Moriana», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, núm. 2 (2018), pp. 53-71; G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna, vol. IX...*, *op. cit.*, pp. 158-168. Sobre la política exterior fascista, véase E. Collotti, con la colaboración de N. Labanca y T. Sala, *Fascismo e politica di potenza: politica estera, 1922-1939*, La Nuova Italia, Florencia, 2000.

en los años anteriores el ministerio de las Colonias había llegado a pedir las Somalias francesa y británica, Etiopía, el nordeste de Kenia, una parte de Egipto y hasta Angola. Además, en el momento en que Lloyd George y Clemenceau se repartieron las colonias alemanas, Orlando y Sonnino habían abandonado la conferencia. Hubo solo una excepción: Jubalandia, bajo control británico desde la última década del siglo XIX. En el tratado de Londres de 1915, Gran Bretaña se comprometió a ceder a Roma esta franja de territorio fronteriza con la Somalia italiana. En la conferencia de paz de París se confirmó el compromiso y con el acuerdo colonial italo-británico firmado el 15 de julio de 1924, el gobierno de Mussolini conseguía el control de Jubalandia (en italiano Oltregiuba), que Italia mantuvo, como las otras colonias de África Oriental, hasta 1941, cuando fueron ocupadas por los británicos.[36]

La paz de París: ¿una derrota o un éxito?

La conferencia de paz de París pasó a la historia como una derrota diplomática italiana. Mejor dicho, como una humillación sin paliativos. Italia, un país victorioso, vivió la posguerra psicológicamente como un país derrotado, un caso sin duda único. El mito de la «victoria mutilada» se impuso en la opinión pública e influenció notablemente las decisiones políticas de las élites liberales en el poder, además de ser gasolina para el incipiente movimiento fascista que llegaría al poder también por esta razón en octubre de 1922. La percepción fue que el más de medio millón de hombres que murieron en las montañas del Carso y del Trentino fueron inútiles y que las grandes potencias no respetaron al Reino de Víctor Manuel III. De ahí la política exterior que defendió Mussolini en los años siguientes: el objetivo era el de hacer pedazos el orden de Versalles, buscando alianzas en una lógica revisionista, como con la Hungría de Horthy y luego con la Alemania hitleriana, para vengarse del *diktat* de Versalles.

36. G. Candeloro, *Storia dell'Italia moderna. vol. IX...*, *op. cit.*, pp. 158-168; M. Macmillan, *París 1919...*, *op. cit.*, pp. 346-392. Véase también C. Mammarella y P. Cacace, *La politica estera dell'Italia. Dallo Stato unitario ai giorni nostri*, Laterza, Roma-Bari, 2006.

Sin embargo, si se levanta el velo de la propaganda y la retórica, en realidad Italia podía considerarse más que satisfecha de lo obtenido en París y en los cinco años posteriores, cuando se cerraron las diferentes carpetas aún abiertas. Aún más teniendo en cuenta la torpe gestión que hizo la delegación italiana en la primera mitad de 1919. Como hemos visto, por un lado, el gobierno de Roma consiguió prácticamente casi todas las reivindicaciones planteadas en el tratado de Londres, excluidas la ciudad de Valona y el área de influencia en Anatolia por los acontecimientos ocurridos después de la firma de los tratados de Saint Germain y de Sèvres. Por otro lado, obtenía también la ciudad de Fiume y veía reconocida la soberanía en los territorios ocupados tras la guerra italo-turca de 1911-1912. En pocas palabras, Italia salió de la guerra fortaleciendo y asegurando sus fronteras en los Alpes y el Adriático, además de poder tener una clara zona de influencia y de penetración en los Balcanes, el Egeo oriental y en buena parte del Mediterráneo. No era poco para un país que había «nacido» poco más de medio siglo antes.

6. ¿Quién va primero? El mes de vida del Estado trinacional, la monarquía Karadordevic y los Tratados de paz

Francesco Maria Mengo
GRENS-UPF*

El 29 de octubre de 1918, tras el final de la Primera Guerra Mundial, los territorios aproximadamente correspondientes a las posteriores Repúblicas yugoslavas de Eslovenia, Croacia y Bosnia-Herzegovina se declararon independientes de Austria-Hungría, bajo la presidencia del secretario del SLS (*Slovenska Ljudska Stranka*, Partido Popular Esloveno) Anton Korošec, asumiendo el nombre provisional de Estado de los Eslovenos, Croatas y Serbios (*Država Slovenaca, Hrvata i Srba*). Posteriormente, el 1 de diciembre siguiente, se unió a esta federación el Reino de Serbia, substituyendo el Estado de los Eslovenos, Croatas y Serbios por el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos (*Kraljevina Srba, Hrvata i Slovenaca*).

Si nos fijamos en la nueva denominación del recién nacido estado de los eslavos del sur, se pueden apreciar dos aspectos significativos. El primero se refiere a la nueva denominación, la cual impone un ordenamiento conceptual y jerárquico diferente de las nacionalidades o pueblos que lo van a integrar. Así, lo serbio pasa a una primera posición, desplazando a los eslovenos al tercer lugar, manteniéndose, eso sí, Croacia en segundo puesto. Este cambio no es baladí, sino que apuntaba cuál iba a ser el papel de cada uno de los pueblos sudeslavos que formaban el nuevo reino. Es decir, la preponderancia de Serbia en

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

la gestión del *nacimiento doloroso* del nuevo reino. Y el segundo factor es el cambio del término estado (de resonancias conceptuales republicanas en clara mímesis con el de los Estados Unidos de América o los Estados Unidos de México) por el de reino, evidenciando el giro monárquico del nuevo país.[1]

Para comenzar, sería útil acercarnos a la cuestión observando la disposición territorial existente antes de la guerra y de cómo ésta se transformó en los cuatro años que transcurrieron hasta el final del conflicto bélico en el primer estado de las poblaciones eslavas del Sur. En el año 1914, las actuales Repúblicas de Eslovenia y de Croacia, así como la Vojvodina —actualmente región del norte de Serbia— se encontraban bajo el dominio de la *Doppelmonarchie*. La región donde vivía la mayoría de la población eslovena era conocida como el Ducado de Carniola, el cual abarcaba la mayoría del territorio de la actual Eslovenia incluyendo su capital Ljubljana. Por otra parte, varios territorios de la República que nacerá en el año 1991 estaban situados entre el Ducado de Carintia, el Ducado de Estiria y la región bajo administración imperial directa del litoral austro-ilírico, que incluía la península de Istria así como la ciudad de Trieste y la Gorizia. Todas estas subdivisiones administrativas quedaban bajo la administración austríaca, excepción hecha del litoral: esta región había sido puesta bajo control imperial directo en el año 1849 tras los motines insurreccionales que durante el año anterior habían sacudido tanto al Imperio Habsburgo como a diversos territorios de Europa en el ciclo revolucionario nacionalista y republicano de 1848. Después del final de las revueltas de venecianos, croatas y húngaros, el nuevo emperador Franz-Joseph I había decidido asumir el control político directo de la región en torno al que ya era el principal puerto marítimo comercial del Imperio Habsbúrgico: Trieste.

Asimismo, el litoral austro-ilírico incluía la península de Istria, que actualmente forma parte en su mayoría de la República de Croacia nacida en 1991; a su lado, la Ciudad Libre de Fiume-Rijeka, con su condición de *corpus separatum* que le permitía mantener una franquicia portuaria y una administración municipal independiente propia, bajo el control de gobernadores nombrados por la corona húngara, que

1. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 221-223.

administraban la ciudad en el ámbito de las subdivisiones administrativas de la *Doppelmonarchie*. El resto del actual estado croata se dividía entre el Reino de Dalmacia, bajo administración austríaca, mientras que el Reino de Croacia y Eslovenia se hallaba bajo la administración de la corona de Hungría, donde también se encontraba la actual capital Zagreb. Finalmente, la Transleitania, nombre como eran conocidos los territorios existentes en el Imperio Habsburgo bajo dominio húngaro, incluía también la Vojvodina que no gozaba de estatuto administrativo autónomo dentro de los Territorios de la Corona de San Esteban.

El actual territorio de Bosnia-Herzegovina ya era el mismo después del Congreso de Berlín de 1878, que certificó su administración por el Imperio austrohúngaro a raíz de la derrota otomana en la Guerra ruso-turca de 1877-1878. El denominado Condominio de Bosnia-Herzegovina era administrado por el imperial-regio ministerio de las Finanzas, a pesar de permanecer nominalmente bajo dominio otomano; justo después de la primera revolución de los Jóvenes Turcos en el Imperio otomano y de la independencia de Bulgaria, Austria-Hungría anexionó oficialmente aquel territorio que tomó entonces el nombre de Provincia Imperial de Bosnia y Herzegovina.

La Guerra ruso-otomana y la anexión austríaca de Bosnia, así como, aún en mayor medida, las dos guerras balcánicas de 1912 y de 1913, también son momentos fundamentales para observar la trayectoria histórica del Reino de Serbia en la región. Serbia había pasado gran parte del siglo anterior luchando por su independencia en etapas progresivas. Recordemos brevemente las más importantes: siete años depués de la primera revuelta de Karadorde Petrovic en el año 1808, Miloš Obrenovic ganó la primera forma de autonomía para el territorio, configurándose, a raíz de una segunda rebelión, como un Principado dentro del Imperio otomano. En el año 1867, mientras la dinastía Obrenovic ganaba paulatinamente el control de cada vez más territorios, las últimas tropas otomanas dejaron el Principado, cuya independencia fue finalmente reconocida por el mismo Congreso de Berlín de 1878, y en el año 1882 se transformó en Reino. A Berlín, Serbia llegó como ganadora de la guerra ruso-otomana, en la cual había combatido como aliada de Rusia. Para el nuevo estado eslavo recién nacido esta guerra supuso su primera participación en un conflicto de alcance internacional. Sin embargo, la anexión *de facto* de Bosnia-Herzegovina por parte de la *Doppelmonarchie* provocó la irritación de la dinastía

de los Obrenovic. La irritación fue aún mayor para la Serbia de los Karadordevic cuando, en 1909, la definitiva anexión de Bosnia puso sobre la mesa el peligro de una directa invasión austriaca. Bosnia era vista por los serbios como un territorio habitado difusamente por pueblos que compartían la misma identificación cultural religiosa ortodoxa normativizada como estatal en el Principado de Serbia.[2]

Además, todo esto llegaba después de la independencia de Bulgaria, una operación apoyada por Austria-Hungría para que actuase de contrapoder y rival de Serbia en los procesos de expansión territorial de la región. Sin embargo, en la Primera Guerra Balcánica, Serbia y Bulgaria llegaron a ser aliadas, junto a Montenegro y Grecia, dentro de la denominada Liga Balcánica, cuyo objetivo era arrebatar Macedonia y Tracia del dominio otomano. Ahora bien, en la Segunda Guerra Balcánica, el *idilio* entre Bulgaria y Serbia se deshizo. Serbia (a partir de un más que notable esfuerzo militar) se coaligó con Montenegro y Grecia para derrotar a Bulgaria y sustraerle Tracia y Macedonia, que acabarían siendo repartidas entre los vencedores de esta Segunda Guerra Balcánica, al mismo tiempo que Albania obtendría su independencia *de facto*. Así pues, en los instantes previos a su entrada en la Primera Guerra Mundial, el Reino de Serbia había conseguido extenderse sobre los actuales territorios de Serbia Central, Kosovo y Macedonia. Completaba el panorama el Reino de Montenegro, entonces independiente, y que, justamente, habría de ser la primera anexión de Serbia ya en plena Gran Guerra. El 20 de julio de 1917, con la Declaración de Corfú, el rey Nikola I de Montenegro ratificó la entrada de su estado en el Reino de Serbia, con el objetivo de recibir el apoyo serbio para combatir la ocupación austriaca. Ésta, no solo supuso graves problemas de seguridad colectiva, sino que debilitó el tejido económico del pequeño estado de la costa adriática.[3]

En octubre de 1918, al término de la guerra, nacía en Zagreb el *Narodno Vijece* (Consejo Popular/Nacional), formado por el Partido

2. Tal y como indica Mark Mazower, en la Europa sudoriental de entonces, en ausencia de procesos de *nation-building* sistemáticos como también de herramientas de socialización de masa para promoverlos, la identificación religiosa se consideraba el aspecto más importante que individuos y comunidades pudiesen tener para definirse. M. Mazower, *The Balkans*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2000.
3. A. Sbutega, *Storia del Montenegro: Dalle origini ai giorni nostri*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2006, p. 45.

Popular Esloveno y representantes de los partidos croatas como la Coalición Croato-Serbia en el gobierno en los dos reinos de Dalmacia y Croacia-Eslavonia, el partido nacionalista *Hrvatska Stranka Prava* y las entidades agraristas. El Consejo, formado por 95 miembros, reivindicaba desde su fundación ser el «representante de los Eslovenos, Croatas y Serbios que viven en Croacia-Eslavonia con Rijeka, Dalmacia, Bosnia-Herzegovina, Istria, Trieste, Carniola, Goricia, Estiria, Carincia, Backa, Banat, Baranja, Medimurje y de otros lugares de la Hungría sur-occidental».[4] A partir de este listado de territorios donde vivía población identificable como perteneciente a las tres nacionalidades, se puede observar un esbozo de reivindicación sobre territorios que todavía tenían que entrar en la deseada primera entidad política bajo una forma estatal unitaria para las poblaciones eslavas del Sur, con afinidades lingüísticas e imaginarios culturales compartidos de referencia a supuestas continuidades históricas con las poblaciones eslavas que llegaron a los Balcanes en la Alta Edad Media. Territorios como Istria, Trieste, Rijeka o Gorícia (Gorizia), o también Carincia (Carintia) y Estiria eran multiculturales, estando habitados tanto por poblaciones eslavas como por otras con identidades nacionales diferentes. Debe resaltarse que el *Narodno Vijece* apostaba por defender y reivindicar los intereses de las poblaciones eslavas que vivían en esos territorios no netamente «sudeslavos», pero que podrían ser susceptibles de incorporarse en el nuevo estado que se estaba construyendo. Esto se concretó aún más explícitamente con la declaración promulgada por el Consejo el día 19 de octubre, en la que se declaró al *Narodno Vijece* como el organismo representativo supremo de todas las poblaciones eslavas del Sur dentro de la *Doppelmonarchie*.[5]

El 14 de octubre Austria-Hungría pedía un armisticio reconociendo validez a los catorce puntos wilsonianos, el décimo de los cuales establecía la necesidad de un «desarrollo autónomo» a nivel político para las poblaciones de la monarquía dual, y el día 28, mientras manifestantes partidarios de la creación de un estado yugoslavo recorrían Zagreb, el gobernador de Croacia Antun Mihalovic recibía del

4. L. Boban, «Kada je i kako nastala Država Slovenaca, Hrvata i Srba», *Radovi Zavoda za Hrvatsku Povijest*, 26, 1 (1993), pp. 188-189.
5. *Ibid*., p. 189.

emperador Karl I la aprobación para la creación del nuevo estado.[6] Al día siguiente se proclamaba oficialmente el nacimiento del Estado de los Eslovenos, Croatas y Serbios; el presidente, Korošec, era esloveno, mientras que sus dos vicepresidentes eran Ante Pavelic el viejo (croata, del HSP) y Svetozar Pribicevic (serbio de Bosnia y líder de la Coalición Croata-Serbia).

Pavelic, ya desde el día 13 de octubre, previendo la rendición austrohúngara, fue el encargado de impulsar las primeras negociaciones que permitieron concretar el ámbito territorial del nuevo estado. Junto a Pavelic, encontramos a Dusan Simovic. general serbio que fue el último primer ministro de la monarquía serbia antes de la invasión nazi del 6 de abril de 1941. Simovic fue enviado a las negociaciones fundaciones del estado sudeslavo por el Reino de los Karadordevic con el fin de que Serbia no fuese relagada en en la construcción del nuevo país. Con este objetivo, Simovic reclamó una anexión sin matices al Reino de Serbia del territorio habitado por poblaciones yugoslavas liberadas de la dominación austrohúngara, en virtud de la victoria militar y de la rendición húngara que daba al Reino el derecho de anexionar territorios con mayoría de población serbia. A su vez, el Consejo representado por Pavelic, aunque se mostraba favorable a integrarse en la monarquía Karadordevic de los territorios sur eslavos que habían formado parte de Austria-Hungría, pedía también que la monarquía asumiera una reformulación administrativa en un sentido federal, cuyo plan previese, incluso, que hubieran desplazamientos de población para que los partidos serbios no fueran mayoría en demasiados territorios, cada uno de los cuales habría designado representantes para una especie de reedición ampliada del *Narodno Vijece*. No se llegó nunca a un acuerdo, y el día 24 de noviembre la región de Sirmia, hoy día correspondiente a la parte sudoccidental de Vojvódina, decidió pasar a formar parte del Reino de Serbia. Al día siguiente ocurriría lo mismo con las otras provincias voivodanas de Backa, Banat y Baranja que, contrariamente a Sirmia, se habían quedado fuera del Estado trinacional para formar su propio Consejo Nacional Serbio

6. Z. Matijevic, «Narodno Vijece Slovenaca, Hrvata i Srba u Zagrebu: Osnutak, djelovanje i nestanak (1918/1919)», Fontes: Izvori za Hrvatsku Povijest, 14, 1 (2008), pp. 36-37; B. Krizman, «Posljednje pismo Bana Mihalovicha caru Karlu 1918. Godine», *Historijski Pregled*, 9, 4 (1963), pp. 282-286.

(*Srpski Narodni Odbor*) el mismo 29 de octubre de la proclamación del *Narodno Vijece*; el 25 de noviembre, éste votó su incorporación al Reino de los Karadordevic. El mismo día, el Consejo de Zagreb, que todavía no había obtenido ningún reconocimiento internacional por el Estado trinacional ni por su gobierno y los representantes políticos del cual, en cambio, auspiciaron desde el primer momento una fusión con la monarquía serbia, también votó su confluencia en el Reino,[7] con la notable excepción del HSS (*Hrvatska Seljacka Stranka*, Partido Campesino Croata) de Stjepan Radic; el día 1 de diciembre, el entonces regente Aleksandar I Karadordevic —monarca a partir del año 1921— declaró la entrada del Estado trinacional al Reino de Serbia, que así asumió el nombre de Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos.

La nueva forma estatal monárquica nacía según los que habían sido los objetivos políticos serbios desde la negociación entre Simovic y Pavelic; y desde negociaciones anteriores, también. Antes hicimos referencia al cambio de nombre, con la nacionalidad serbia puesta por la monarquía Karadordevic en la primera posición entre aquellas nombradas en la denominación oficial. Esto fue una señal de las políticas que el nuevo estado yugoslavo unitario habría asumido con respecto a las relaciones entre sus nacionalidades. De hecho, por parte de los organismos culturales y de los medios de comunicación políticamente afines a la dinastía Karadordevic no se llevaron a cabo esfuerzos reales de *nation-building*, es decir, de creación y promoción de una identificación colectiva de los habitantes del Reino como ciudadanos de una entidad estatal plurinacional en la que viviesen los pueblos eslavos del sur. Tal y como nos muestra el historiador danés Christian Axboe Nielsen en su *Making Yugoslavs*,[8] obra que es un verdadero análisis de las políticas de formación de una identificación yugoslava en el Reino de Aleksandar I Karadordevic. Desde el principio faltó, por parte de los organismos de propaganda estatales, una inversión real en la producción de imaginario y de modelos cognitivos funcionales para una identificación efectiva de la ciudadanía yugoslava. Contra las posibilidades de apoyo institucional a una identificación

7. Z. Matijevic, «Narodno Vijece Slovenaca, Hrvata i Srba u Zagrebu», *art. cit.*, pp. 63-65.
8. Ch. A. Nielsen, *Making Yugoslavs. Identity in King Aleksandar's Yugoslavia*, University of Toronto Press, Toronto, Buffalo, Londres, 2014.

yugoslava, también jugó un papel el manifiesto serbocentrismo de la casa real serbia.[9] El Reino siguió siendo concebido como se había formado: simplemente una extensión territorial del Reino de Serbia anterior, guiado por una familia real serbia con procedimientos serbocéntricos en lo referente a administración, fuerzas militares, así como inversiones e incentivos para el desarrollo de las economías locales. Ni mejoraron las posibilidades de construcción y normalización de una identificación yugoslava por la formación constante de gobiernos controlados por una clase política de procedencia serbia, sobretodo los numerosos gabinetes de Nikola Pašic y Ljubomir Davidovic.[10] Por otra parte, los serbios componían la mayoría relativa de la población del Reino y, siendo el componente de grupo más importante demográficamente, resulta fácil comprender cómo su partido nacionalista (*Srpska Radikalna Stranka*, SRS, Partido Radical Serbio) fue elegido más veces en las elecciones por sufragio universal masculino, imponiéndose a sus equivalentes que representaban a las de otras nacionalidades, como el SLS ya nombrado o el Partido Campesino Croata. De todos modos, el Partido Popular Esloveno se coaligó con el Partido Demócrata (*Demokratska Stranka*, DS) de Davidovic en 1919 y 1924, otorgándole la mayoría parlamentaria en ambas ocasiones.

Pašic ya era primer ministro serbio en el momento de la anexión del Estado de los Eslovenos, Croatas y Serbios y, como recuerda Marina Cattaruzza, ya el 28 de octubre de 1919 —día previo a la declaración de nacimiento del Estado que más adelante sería absorbido por el Reino de Serbia— declaró programáticamente en una entrevista en la agencia de prensa Reuters que «Serbia considera[ría] deber suyo liberar a los serbios, croatas y eslovenos».[11] Como expone Jože Pirjevec, las tendencias de las monarquías serbias para buscar la anexión del resto de las entidades territoriales pobladas mayoritariamente por eslavos del Sur se hicieron evidentes en la mitad del siglo XIX, con el ministro de Interior Ilija Garašanin, quien produjo para el entonces Principado de Serbia reivindicaciones territoriales con base nacionalista que comprendían casi en su totalidad el futuro estado yugoslavo,

9. *Ibid.*, pp. 41-46 y ss.
10. Sobre Pašic véase M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp. 154-160 y 165.
11. M. Cattaruzza, *L'Italia e il confine orientale. 1866-2006*, Società Editrice Il Mulino, Bologna, 2007, p. 115.

teorizando abiertamente que las fronteras serbias debían ampliarse a toda la ecúmene yugoslava y justificando estas teorías con reivindicaciones demográficas (para Bosnia y Herzegovina, en cuyos territorios era numéricamente relevante la población serbia, pero también la musulmana y, en menor medida tanto a nivel numérico como de dispersión geográfica, la croata), históricas (para Kosovo y Macedonia) o abiertamente estratégicas, como las aplicadas a Dalmacia y Eslovenia.[12]

Desde que la monarquía serbia ganó algún tipo de control sobre el territorio, los reinos serbios quisieron unificar las poblaciones yugoslavas en un estado serbio: como también afirma Mark Mazower, ya desde el siglo XIX: «The Serbs saw themselves as a Balkan Piedmont with a misión to free there maining South Slavs from captivity».[13] Las medidas del Reino de Aleksandar, desde la Constitución de 1921 hasta su suspensión con la dictadura del 6 de enero de 1929, no se preocuparían jamás de desmentir las tendencias centrípetas de los serbios respecto al resto de poblaciones yugoslavas.[14]

El escenario de actividad diplomática central para el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos en el contexto de los acuerdos de paz fue, tanto a nivel de duración y esfuerzo para lograr un acuerdo como por la cantidad de reivindicaciones que los dos sujetos involucrados pusieron sobre la mesa, la batalla con Italia por la definición de la frontera entre los dos países.[15] Una batalla no solo diplomática, sino también repleta de repercusiones violentas, cuya causa desencadenante estaba relacionada con la dureza de las reivindicaciones territoriales italianas en particular, tanto a nivel diplomático como fuera de los consensos de París.

Marina Cattaruzza afirma que, en realidad, el punto cuya resolución suponía el mayor interés político para el entonces presidente del Gobierno yugoslavo Nikola Pašic no era tanto la cuestión adriática, sino más bien la búsqueda de una solución definitiva de la cuestión de Macedonia con Bulgaria: aquella era la cuestión nacional más sentida

12. J. Pirjevec, *Le guerre jugoslave. 1991-1999*, Einaudi, Torino, 2001, pp. 9-10; cfr. S. Bianchini, *La questione jugoslava*, Giunti, Firenze, 2003, p. 22.
13. M. Mazower, *The Balkans*, *op. cit.*, p. 96.
14. S. Bianchini, *La questione jugoslava*, *op. cit.*, pp. 38-40; Ch. A. Nielsen, *Making Yugoslavs…*, *op. cit.*, pp. 110-118.
15. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 153-170.

por su electorado de referencia, el serbio.[16] Lo confirma el historiador serbio Dejan Đokic, quien sin embargo evidencia que la cuestión adriática finalizó en primer plano no solo por la mayor atención que dedicaron las potencias aliadas a la definición de las fronteras de un país relevante como Italia, sino también por la labor del entonces Ministro de Exteriores yugoslavo Ante Trumbic, quien —como dálmata y representante político de la costa croata— percibía la cuestión adriática como su real cuestión nacional primaria, apoyado en esto por un político serbio, Milenko Vesnic, también miembro de la delegación yugoslava y sucesor —en el año 1920— tanto de Pašic como presidente de Gobierno previamente, como de Trumbic como ministro de Exteriores posteriormente, que reconocía que la centralidad de la atención internacional proporcionada a la cuestión de la frontera con Italia podría constituir un buen escenario donde el nuevo Reino se tuviera que estrenar como sujeto diplomático.[17] Además, en la delegación estaban presentes representantes políticos de las poblaciones eslovena y croata de los territorios en contienda que más tarde habrían sufrido experiencias de conflicto con las instituciones italianas, como por ejemplo el director de la Comisión Etnográfica de la delegación Ivan Marija Cok, quien habría sido investigado por el *Tribunale Speciale* fascista por la reconstrucción de la organización eslovena de Trieste *Edinost*, de la que había sido presidente antes de que el régimen forzara su disolución.[18] De todos modos, Alan Sharp evidencia también otra causa que propició la centralidad de la cuestión de la frontera italo-yugoslava: el desinterés de las diplomacias noroccidentales por la Europa sur-oriental.[19] Las diplomacias estadounidense, británica y francesa conocían poco el contexto del este de Trieste debido a un orientalismo interiorizado y difuso, tendencia ya señalada por Marga-

16. M. Cataruzza, *L'Italia e il confine orientale…*, *op. cit.*, p. 119.
17. D. Dokic, *Pašic & Trumbic: The Kingdom of Serbs, Croats and Slovenes*, Haus Publishing, Londres, 2010, pp. 13-36, 81-98; *id.*, «The París peace conference of 1919-1920: A Yugoslav perspective», *Pešcanik*, 12/04/2010, <https://pescanik.net/the-paris-peace-conference-of-1919-1920-a-yugoslav-perspective/> [consultado el 20/03/2019].
18. Archivio Centrale dello Stato, Tribunale Speciale per la Difesa dello Stato, Fascicoli processuali, 248/1854 (Bradamante *et al.*), ff. 21-22, p. 106; A. Sfiligoj, «Dalla Prima Guerra al Fascismo», a VV. AA., *I cattolici isontini nel XX secolo*, vol. 2, Istituto di Storia sociale e religiosa, Gorizia, 1982, p. 285.
19. A. Sharp, *The Versailles Settlement. Peacemaking after the First World War, 1919-1923*, Palgrave-Macmillan, Londres, 2018.

ret Macmillan,[20] y también por el menor interés económico del territorio, y no veían la necesidad estratégica de mantener controlada su sistematización territorial.

El mismo Wilson, según Sharp nos reporta de su colaborador Edward House, a día 24 de septiembre todavía «had no idea of what should be done with Austria, or how the Empires hould be broken up, if indeed, it is to be broken up at all», y lo mismo escribía el presidente de la República francesa Raymond Poincaré de su primer ministro Georges Clemenceu, o sea que no tenía ningún plan de verdad para la sistematización de las fronteras de Europa Central.[21] Asimismo, Marina Cattaruzza afirma que las poblaciones de los territorios de frontera afectados por la disputa diplomática percibían como un «mal menor» una eventual anexión a la monarquía yugoslava antes que al Reino de Italia, aunque eran conscientes del serbocentrismo que, como croatas y eslovenos, habrían sufrido. Posiblemente, pensaban en la perspectiva de que el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos podría descentralizarse y federalizarse progresivamente.[22]

Italia reivindicaba las tierras que le habían sido prometidas con el pacto de Londres: con este acuerdo del 26 de abril de 1915 entre el entonces presidente de Gobierno italiano Antonio Salandra, el Ministro de exteriores Sidney Sonnino y los representantes de las potencias de la Triple Entente, a Italia se le prometió la asignación de Istria y Dalmacia septentrional a cambio de la entrada en guerra contra sus antiguos aliados de la tripe alianza. El territorio que hubiera pasado a Italia no comprendía la ciudad de Rijeka (Fiume para los italianos), que en los planes de la Entente habría gozado de un estatus de ciudad libre independiente, pero en Dalmacia se extendía de Crikvenica a Karlobag y comprendía la ciudad de Zadar, más al sur.[23]

Sin embargo, el grupo *Inquiry*, formado por profesionales de las ciencias económico-políticas, estadísticas, históricas y geográficas

20. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, p. 111.
21. A. Sharp, Sharp, *The Versailles Settlement…*, *op. cit.*, pp. 131-135.
22. M. Cattaruzza, *L'Italia e il confine orientale…*, *op. cit.*, p. 114.
23. Los artículos que regulaban la asignación de las fronteras previstas a este para Italia eran específicamente el 4 y el 5. El documento está disponible integralmente en el repositorio telemático de documentación histórica sin copyright Wikisource. «Trattato di Londra», en <https://it.wikisource.org/wiki/Trattato_di_Londra> [consultado el 16/3/2019].

que se formó en Estados Unidos en el verano de 1917 (por voluntad del mismo Woodrow Wilson) con el objetivo de evaluar las posibles sistematizaciones territoriales, ya en diciembre de 1917 expresó en una relación cómo la eventual expansión italiana en el Adriático oriental habría podido dañar a las poblaciones eslavas de la zona, y en una relación del 21 de enero de 1919, el grupo *Inquiry* afirmó que el nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos tendría que hacer de dique contra las voluntades expansionistas italianas y garantizar la seguridad de las poblaciones eslavas de los territorios disputados. Según la relación en cuestión, a la Kraljevina habrían tenido que ser asignadas toda la Istria oriental, Rijeka, Dalmacia y las islas próximas, mientras que a Italia se le habrían asignado las zonas con mayoría eslovena del Kras, situado al norte de Trieste, según consideraciones basadas no solo en la demografía (ya que tratándose de una sociedad multicultural con una fuerte interculturalidad habría sido prácticamente imposible basar la asignación territorial exclusivamente en la nacionalidad de las poblaciones), sino también en las dinámicas de los tejidos socioeconómicos existentes, dado el contacto comercial y cultural constante de la región del Kras con la ciudad de Trieste.[24]

Por el contrario, las reivindicaciones italianas en lo respectivo a los territorios en contienda con la monarquía yugoslava en el ámbito diplomático comprendían también Rijeka (Fiume), a parte de los otros territorios prometidos por el pacto de Londres, debido también a que el 29 de octubre de 1918 —el mismo día de la declaración de nacimiento del Estado trinacional— en la ciudad existía el *Consiglio Nazionale Italiano* formado por miembros de nacionalidad italiana de la asamblea municipal que ya desde la época austrohúngara tenían poder legislativo sobre la ciudad y estaba liderado por el presidente de esta asamblea Antonio Vio. Éstos reclamaron la anexión de la ciudad libre a Italia como entidad autónoma.[25] Por su parte, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos presentó en sede diplomática tres documentos diferentes que sumaban sus diversas reivindicaciones territoriales: un estudio demográfico general sobre los territorios en contienda (ti-

24. I. J. Lederer, *La Jugoslavia dalla Conferenza della Pace al Trattato di Rapallo. 1919-1920*, Il Saggiatore, Milán, 1966, pp. 158-160; Marina Cattaruzza, *L'Italia e il confine orientale…*, *op. cit.*, pp. 118-119.
25. M. A. Ledeen, *D'Annunzio a Fiume*, Laterza, Bari, 1975, pp. 31-35.

tulado *The National Claims of the Serbians, Croatians and Slovenes*),[26] un memorándum oficial con las reivindicaciones[27] y un añadido de Josip Smodlaka, ya alcalde de Split en la época austrohúngara y en ese momento miembro de la delegación yugoslava en París.[28] Los tres documentos aportaban la reivindicación directa, sobre bases demográficas y de carácter social, económico y cultural de Dalmacia, Rijeka, Istria, Trieste y, más hacia el norte de las ciudades de Gorizia y Gradisca, en lo concerniente a los territorios fronterizos con el mundo cultural italiano.

Las reivindicaciones yugoslavas encontraban su apoyo primordial en la delegación francesa,[29] mientras Estados Unidos, que no estaban vinculados al pacto de Londres, se los mantenían en las posiciones del grupo *Inquiry* citado anteriormente. En París, la delegación italiana estaba dividida entre las posiciones del presidente del Gobierno Vittorio Emanuele Orlando, más proclive a buscar un acuerdo con las posiciones de las fuerzas aliadas, y el Ministro de Exteriores Sidney Sonnino, quien reclamaba la aplicación integral del pacto de Londres que él mismo había firmado. Al mismo tiempo, en Italia el poeta Gabriele D'Annunzio lideró la movilización popular para la anexión del Adriático septentrional en su totalidad. Orlando llegó, incluso, a retirar la delegación italiana el 24 de abril de 1919 para después reivindicarlo como un gesto político hacia una opinión pública italiana favorable a sus reivindicaciones, aunque su utilidad diplomática internacional era del todo dudosa.[30] Volvieron a París el día 6 de mayo; el 10 de septiembre la delegación italiana del nuevo gobierno Nitti firmó su propio Tratado de Saint-Germain, que redefinía las fronteras septentrionales con los territorios ya austríacos, pero no las orientales. Y el día 12, D'Annunzio y los legionarios ocuparon Fiume/Rijeka.[31]

26. S. A., *The National Claims of the Serbians, Croatians and Slovenes presented to the Brothers of the Allied Countries by the Serbian Brothers*, L'Émancipatrice, París, 1919.
27. S. A., *Memorandum presented to the Peace Conference, in Paris, concerning the claims of the Kingdom of the Serbians, Croatian and Slovenes*, n/d, París, 1919.
28. J. Smodlaka, *Yugoslav territorial claims*, Lang-Blanchong, París, 1919.
29. I. J. Lederer, *La Jugoslavia dalla Conferenza della Pace*..., *op. cit*., pp. 86-90.
30. D. M. Smith, *I Savoia Re d'Italia*, Biblioteca Universitaria Rizzoli, Milán, 1992, pp. 304-308.
31. Sobre la ocupación italiana de Rijeka i sus implicaciones en la historia política italiana de los años inmediatamente siguientes, M. Cattaruzza, *L'Italia e il confine*

En junio de 1920 en el Reino de Italia se formó el nuevo gobierno Giolitti, que desde el principio se comprometió a establecer un acuerdo con el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos renunciando a la ciudad de Fiume/Rijeka. El 12 de noviembre de 1920 se firmó el Tratado de Rapallo, con el que se asignaba a Italia toda la península de Istria y la ciudad dálmata de Zadar, mientras que Fiume/Rijeka era declarada estado independiente. La ocupación de los legionarios *dannunziani* perduró hasta el 30 de diciembre de 1920, cuando fueron expulsados por las tropas italianas que habían recibido en la Conferencia de paz el mandato para garantizar militarmente la instauración de la nueva ciudad/estado.[32]

La independencia de Fiume/Rijeka fue breve: el 3 de marzo de 1922 el *Comitato di Difesa Nazionale*, bloque militarizado de veteranos istrianos de la ocupación de D'Annunzio ya abiertamente fascistizado, asaltó el palacio del Gobierno, forzando a dimitir al presidente Riccardo Zanella y ocupando las instituciones. Tras el golpe de estado fascista en Italia en octubre del mismo año, el nuevo régimen apoyó militar y logísticamente a los golpistas de Fiume/Rijeka, con el general del *Regio esercito Gaetano Giardino*, quien el día 16 de septiembre de 1923 fue nombrado gobernador de transición a la espera de la cesión de la ciudad a Italia, que tomó forma legal con el último tratado de paz entre el Reino de Italia y la *Kraljevina*: el Tratado de Roma del 27 de enero de 1924.[33]

Otro escenario caliente en el que se vivieron hechos sangrientos ya desde el tiempo del estado trinacional fue la frontera con Austria. En este caso, el objeto de la contienda fueron Estiria y Carintia, ya reivindicadas —como hemos visto— por el *NarodnoVijece* del estado de los Eslovenos, Croatas y Serbios en función de la presencia de población eslovena. En este caso, la situación entró en ebullición comenzando por la ciudad de Maribor, cuya sistematización territorial toda-

---

orientale…, *op. cit.*, pp. 113-168. Para las referencias ideales que de la ocupación de Fiume se trasladarían a los imaginarios del fascismo, S. Falasca Zamponi, *Lo Spettacolo del Fascismo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003, pp. 18, 120, 138, 160n, 171.

32. M. A. Ledeen, *D'Annunzio a…*, *op. cit.*, pp. 73-102, 157-181, 211-254; sobre el caso específico de Zadar, A. Bralic, «Zadar od Londresa do Rapalla (1915-1920)», *Zadarska Smotra*, n. 4 (2015), pp. 7-21.

33. E. Gentile, *E fu subito regime. Il fascismo e la marcia su Roma*, Laterza, Bari, 2014, p. 52; H. J. Burgwin, *Italian Foreign Policy in the Interwar Period. 1918-1940*, Praeger, Westport, 1997, pp. 24-25.

vía estaba indefinida, aunque el estado trinacional la puso bajo control militar propio, el consejo municipal local declaró, el 30 de octubre de 1918, que la ciudad se habría anexionado a cualquier estructura estatal que hubiera nacido sobre una base nacional austríaca. En respuesta, las tropas eslovenas bajo el mando del general Rudolf Majster se movilizaron el día 9 de noviembre y comenzaron a ganar terreno y a controlar diversos territorios en las dos partes de la actual frontera entre las Repúblicas de Austria y Eslovenia hasta que, el 27 de noviembre, las tropas austríacas (dirigidas por el general Rudolf Passy) no aceptaron la permanencia bajo control yugoslavo de las ciudades con mayoría demográfica eslovena. Sin embargo, la tranquilidad terminó pronto: a las tropas eslovenas se habían sumado al inicio del invierno las tropas serbias que volvían del frente oriental, y éstas tuvieron un rol fundamental en la *batalla* de Maribor del 27 de enero de 1919, cuando las tropas de Majster mataron pasando por la bayoneta entre nueve y trece e hirieron a más de sesenta manifestantes filoalemanes que reclamaban el fin de la administración militar eslovena en la ciudad y formar parte de la nueva Austria.[34]

A raíz de la matanza de Maribor llegó a la región una comisión estadounidense de evaluación de fronteras, liderada por el teniente coronel Sherman Miles, que el día 9 de febrero hizo acordar entre Austria y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos un nuevo alto el fuego y dividió la región en una Zona A con mayor mezcla demográfica y una Zona B, más pequeña, con una abrumadora mayoría austríaca. El 29 de abril las tropas yugoslavas violaron de nuevo el alto al fuego y, a raíz de la defensa y subsecuente contraofensiva de las fuerzas austríacas, emprendieron una escalada militar con una fuerte utilización de efectivos de todo el Reino que duraría hasta el 31 de julio, momento en que la Conferencia de París ordenó a las tropas del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos que se retirasen. La subdivisión en zonas se mantuvo con el Tratado de Saint-Germain del 10 de septiembre de 1919 firmado entre Austria y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. Éste preveía un plebiscito en la Zona A para decidir la asignación

34. L. Ude, «Boj za Maribor in štajersko Podravlje leta 1918/19», *Zgodovinski Casopis*, 15 (1961), pp. 65-152, esp. 78-84, 138. Sobre la nueva Repúblic austriaca véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 213-216.

territorial entre los dos países y subordinaba un eventual referéndum en la Zona B a los resultados del primero. El referéndum en la Zona A tuvo lugar un año y un mes después del Tratado, el 10 de octubre de 1920, y supuso una victoria con el 59 % de las preferencias por la opción austríaca. La Zona B pasó así a Austria sin ningún tipo de consulta, así como la mitad meridional de la Zona A, con mayoría demográfica eslovena y donde ganó la opción de formar parte de la *Kraljevina*,[35] que también será parte de las reivindicaciones yugoslavas después del triunfo partisano durante la Segunda Guerra Mundial.[36]

Sin embargo, como Alan Sharp nos recuerda, de los siete países con los que la nueva *Kraljevina* compartía fronteras, el único con el que no hubo contiendas por asignaciones territoriales fue Grecia; y, a parte de la violencia de los conflictos territoriales con Italia y Austria, el Reino de los Karadordevic tuvo contiendas diplomáticas también con Bulgaria, Rumanía, Albania y Hungría, que de hecho fue el único país que no contrapuso ningún tipo de resistencia a las reivindicaciones territoriales yugoslavas.[37]

Otra cuestión territorial muy relevante que tenía que resolverse en París —la más importante, como hemos visto, para Pašic— fue justamente la que los enfrentaba con Bulgaria, que comprendía también el asunto de Macedonia. Como hemos visto, Bulgaria y Serbia ya se habían enfrentado por la anexión de Macedonia en la Segunda Guerra Balcánica, en el verano de 1913, y el único aliado de los Imperios centrales en los Balcanes había salido de la guerra como perdedor y con un ejército diezmado, en el que solo quedaban 33.000 efectivos; para la delegación yugoslava, la Conferencia de paz habría sido una ocasión única para sistematizar en un conseso mundial sobre la anexión de Macedonia y, asimismo, arrebatar a Bulgaria los territorios que en consecuencia habrían pasado a constituir la frontera sur-oriental del

35. *Ibid*., pp. 85-87, 105-153; J. Pleterski, *Koroški plebiscit 1920. Poskus enciklopedicne razlage gesla o koroškem plebiscitu*, Zveza zgodovinskih društev Slovenije, Ljubljana, 2003, pp. 5-23.

36. F. M. Mengo, *La minoranza italiana in Istria: Localismo, nazionalità e costruzione di un'identificazione jugoslava (1943-1954)*, tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, a.a. 2016/17, pp. 202-228.

37. A. Sharp, *The Versailles Settlement…*, *op. cit*., p. 137. Sobre las relaciones griego-yugoslavas en París, A. Loupas, «From París to Lausanne: Aspects of Greek-Yugoslav Relations during the First Interwar Years (1919-1923)», *Balcanica*, 47 (2016), pp. 263-284.

Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, como las ciudades de Pirot y Caríbrod (Dimitrovgrad hoy en día), territorios también multiculturales en los que la población búlgara todavía mantenía entonces una ligera mayoría demográfica. No obstante, Alan Sharp también nos indica que Bulgaria —caso único entre los países perdedores— había llegado a la Conferencia convencida de poder defender todos sus territorios (en primer lugar la región de Dobruja, en la frontera con Rumanía) y de poder volver a tener aspiraciones sobre Macedonia, confiando en el apoyo italiano contra las reivindicaciones yugoslavas, así como en las consideraciones demográficas del grupo *Inquiry* previamente citado. Por tanto, Bulgaria estaba preparada para dar guerra, tal y como el historiador norirlandés afirma que hizo durante la Conferencia de paz.[38] Además, sobre la cuestión de Macedonia, un sujeto a tener presente era el propio nacionalismo de los macedonios: en el contexto del cual habría surgido, por ejemplo, Vlado Cernozemski, quien, el 9 de octubre de 1934, asesinó en Marsella al rey de Yugoslavia Aleksandar I. En este contexto, que reconocía Macedonia como históricamente parte de Bulgaria, la opinión dominante era que la región debería ser anexionada a Bulgaria, con una amplia autonomía política.[39] A pesar de la insistencia de las reivindicaciones búlgaras, el Reino de los Karadordevic ganó la contienda diplomática con el Tratado de Neuilly-sur-Seine, firmado el 27 de noviembre de 1919.[40]

El Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos tenía también una contienda territorial con Rumanía, que en este caso se resolvió sin que se derramara sangre, al contrario de lo sucedido con Italia y Austria, ni que hubiera amenaza de ello, como en el caso de Bulgaria. El estado de los Balcanes orientales, tal y como había pasado anteriormente con Italia, había entrado en guerra en agosto de 1916 en el bando de la Entente con el Tratado de Bucarest, a cambio de promesas sobre la asignación de territorios entonces bajo dominación húngara: concretamente Transilvania, Bucóvina y toda la región del Banato, comprendiendo también la parte del Banato con mayoría serbia que ya había votado su anexión al Reino de Serbia, llegando hasta Novi Becej, Zrenjanin y Pancevo, que actualmente forman parte de la región ser-

38. *Ibid.*, pp. 142-146; M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, pp. 136-139.
39. D. Hadzidimov, *Nazad' k'm' avtonomijata*, s/t, Sofia, 1919, especialmente pp. 21-26.
40. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 184-191.

bia de Vojvodina.[41] En cambio, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos reivindicaba la mayoría del territorio de la antigua región húngara del Banato donde la población rumana era mayoritaria, comprendiendo también la ciudad de Timisoara. La cuestión se resolvió siguiendo una partición demográfica que corresponde a la frontera actual entre las Repúblicas de Serbia y Rumanía y que dejó unas setenta y cinco mil personas identificadas con nacionalidad rumana en la *Kraljevina* y alrededor de sesenta y cinco mil con identificación serbia en Rumanía, en 1919, con modificaciones fronterizas sucesivas en 1924.[42]

La contienda territorial con Albania, al margen de ser complicada por las reivindicaciones griegas sobre Gjirokaster y el resto del sur del estado nacido (aunque con un gobierno y una administración embrionarias) en 1913 y el apoyo de la delegación yugoslava a las posiciones de Grecia. Esta no tenía nada que ver con Kosovo, como en principio se podría pensar: la región, de hecho, había quedado dentro del Reino de Serbia desde el final de la Primera Guerra Balcánica, y era impensable arrebatarla a un estado vencedor en París. Más bien, desde la confrontación diplomática que habría traído el Tratado de Londres del 30 de mayo de 1913, en el que negociaron durante un mes la cuestión de la sistematización territorial de las zonas que el Imperio otomano había perdido con la Primera Guerra Balcánica, el por aquel entonces Reino de Serbia había estado reivindicando toda la parte más septentrional de la Albania actual, pasando por las ciudades de Shkodër y Lezhë y por la zona marítima de Shengjin. En la Conferencia de paz de París, en apoyo de la salvaguarda de las fronteras de la Albania surgida del Tratado de Londres de 1913, intervino nuevamente Italia, que ya trataba de convertir el descentralizado y poco eficaz estado albanés en un dominio político suyo en el Adriático. Asimismo, las pretensiones expansionistas yugoslavas y griegas en territorios albaneses se detuvieron con la intervención de la delegación estadounidense sobre bases, nuevamente, demográficas.[43]

41. *Ibid*., pp. 127-128; G. E. Torrey, «Romania in the First World War: The Years of Engagement, 1916-1918», *The International History Review*, 14, 3 (1992), pp. 462-479.
42. A. Sharp, *The Versailles Settlement…*, *op. cit*., pp. 138-139.
43. L. Ahmetaj y A. Sinani, «Wilson and European Policy in Albania (1918-1920)», *South-East European University Review*, 10, 1 (2014), pp. 119-133; D. Bakic, «The Italo-Yugoslav Conflict Over Albania: A View From Belgrade», *Diplomacy and Statecraft*, 25, 4 (2014), pp. 592-612.

Finalmente, la nueva República de Hungría gobernada por Mihály Károly era un estado débil con un ejecutivo inestable, un ejército desbandado y, sobretodo, una sociedad dividida y enojada, de la que surgió, en marzo de 1919, el primer gobierno comunista de la historia de Europa Central, el de Bela Kún, y en la que, por otro lado, también se habría apoyado el gobierno golpista de extrema derecha del almirante Horthy, que lo derrocó en agosto del mismo año. Con este escenario, no solo estaba asegurado que Hungría perdería gran parte de sus posesiones territoriales previas a la guerra, sino que además era notablemente difícil que pudiera preservar tan siquiera todos los territorios donde la población húngara tuviera una mayoría. En el caso específico de la contienda territorial con el Reino yugoslavo, a parte de los territorios que tras la rendición ya se habían constituido en el Estado de los Eslovenos, Croatas y Serbios, de Backa, Banat y Baranja, así como de los que eran objeto de la contienda territorial yugoslava con Rumanía, en el conjunto diplomático la *Kraljevina* ganó también los territorios de la actual frontera septentrional de Serbia: la ciudad de Subotica y los lagos de Palic, Horgoš y Kelebija.[44]

Uno de los principios fundamentales de los catorce puntos de Wilson, aunque no fuese nombrada con esta definición, era la autodeterminación de los pueblos, cuya aplicación más directa habría sido, en los planes de la Entente, la sistematización de las fronteras en base a una partición demográfica. Sin embargo, a parte de la poca fiabilidad de los censos austrohúngaros, que hasta 1910 no se basaron ni siquiera en informaciones directas, sino en estimaciones, así como también de la falta de conocimiento de los mismos aliados noroccidentales sobre la región, chocaba con una realidad de mundos de frontera amplios, multiculturales e interculturales, con relaciones complejas y estratificadas históricamente entre los diversos grupos de población que compartían un mismo espacio. Y muchas de las cuestiones de demarcación territorial que hemos visto aquí tuvieron lugar en trasfondos geográficos y sociales de interculturalidad, en zonas como la Europa Suroriental, que durante años tuvo fronteras más permeables y móviles que aquellas a las que podían estar acostumbradas las diplomacias de las potencias vencedoras.

44. A. Sharp, *The Versailles Settlement…*, *op cit*., pp. 149-150.

De hecho, en las situaciones de indeterminación fronteriza del Reino que acababa de nacer, donde se produjo algún derramamiento de sangre fue en las contiendas en las que más se involucraron las potencias noroccidentales, es decir, en los conflictos con Italia y Austria. En cambio, la diplomacia yugoslava pudo resolver sola, mediante acuerdos con el resto de estados limítrofes, en su primer escenario internacional, cuestiones de frontera que, en otros contextos podrían haber acabado en conflictos bélicos como los problemas del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos con Bulgaria se solucionaron pacíficamente, enseñando al mundo la capacidad de convertirse en sujeto político de un nuevo estado en una región permanentemente descrita como inestable.

7.

Saionji Kinmochi y la cláusula por la cuestión racial en los Tratados de Paz

Jordi Ribàs Ustrell
GRENS UPF*

El príncipe japonés Saionji Kinmochi (西園寺公望),[1] quién lideró el grupo de sesenta personas que configuraron la delegación japonesa en los Tratados de Paz de París,[2] es uno de esos individuos del mundo oriental que gozan de cierto polo magnético que atrae los estudios históricos occidentales y, concretamente, los estudios de Japonismo, que precisamente surgieron a partir de la década de los veinte del siglo XX. Muchos son los relatos construidos alrededor de su persona. Ya en el 1949, en el *Journal of Modern History*, se hablaba de Saionji como una figura que obsesionaba a los estudiantes occidentales de filosofía política, ya que se le consideraba un «símbolo sugestivo de las fuerzas liberales y representativas, cuando no democráticas, de la vida política de Japón».[3]

Pero este tipo de relato construido a partir del personaje de Saionji no apareció por generación espontánea en Occidente, sino que nace, en parte, de la propia narrativa nacional japonesa. La primera

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. En este capítulo, se ha mantenido, en cada uno de los estudios, artículos o libros referenciados de autores japoneses, el orden oriental tradicional de sus nombres.

2. M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona: Tusquets, 2011, pp. 393-399, 406, 419, 430 y 436.

3. P. H. Clyde, «The Journal of Modern History», vol. 21, n.º 4 (diciembre de 1949), p. 341.

piedra la puso uno de sus asesores, el barón Kumao Harada, quien escribió una autobiografía compartida de Saionji y él mismo en la que se narra el papel político del príncipe y se le presenta como el principal opositor del militarismo japonés en los años de entreguerras, hasta su muerte en 1940. Pronto aparecieron biografías de Saionji mucho menos rigurosas y mucho más mitificadas.[4] No fue hasta 1987 que llegó un intento riguroso de plasmar su biografía en un libro: *The Emperor's Adviser: Saionji Kinmochi and Pre-War Japanese Politics* de Lesley Connors. Sin embargo, es *Prince Saionji: Japan*, la obra de 2008 de Jonathan Clements enmarcada en la serie «Makers of the Modern World», la que mejor contextualiza cada una de las etapas de la vida de Saionji, incluida su participación en los Tratados de Versalles.[5]

En cualquier caso, de la vida de Saionji cabe destacar que aprendió francés desde muy pequeño, que vivió y estudió en Francia y que viajó mucho a lo largo de su vida. Estas experiencias explican cómo cultivó una visión cosmopolita, pacifista e internacionalista que trató de llevar a la práctica en la política exterior japonesa. Hay dos episodios clave en sus viajes por Europa que sirven para entender hasta qué punto fueron influyentes para él. El primero lo encontramos en su llegada a Londres, en 1871; una ciudad que le dejó muy impresionado y que describió como un «sign of civilisation» que le hacía sentir a sí mismo como «no better than an animal».[6]

Para la segunda instancia, debemos tener en cuenta que Saionji, aún joven, llegó por primera vez a la capital francesa, durante la Comuna de París. En una ocasión, mientras paseaba, por el centro de la ciudad, se vio atrapado en medio de un tiroteo que acabó con la vida de su guía y traductor. El *shock* fue especialmente fuerte, ya que, cuando Saionji partió de Japón, su idea de Francia era la de un gran y antiguo imperio monárquico en el que el Imperio japonés debía reflejarse. Así pues, Saionji no se empapó de los ideales de la Comuna, sino más bien al contrario; de sus compatriotas que, por su paso por Francia, se sintieron atraídos por las ideas de la revolución, Saionji llegó a escribir que: «Anyone returning to Japan and advocating repu-

4. Como es el caso de la obra de B. Omura, *The last genro: Prince Saionji, the man who westernized Japan*, J.B. Lippincott Co., Filadelfia, 1938.
5. J. Clements, *Prince Saionji: Japan (Makers of the Modern World)*, Haus Publishing, 2008.
6. T. Iwai, *Saionji Kinmochi: Saigo no Genro*, Iwanami Shoten, Tokyo, 2003, p. 143.

blicanism should be decapitated immediately as a warning to the others».[7]

Para conocer un poco más la vertiente política de Saionji Kinmochi, hay que prestar atención a dos de los epítetos por los que era reconocido: «el último *genrou*» y «kingmaker». *Genrou* (元老),[8] que literalmente se traduciría por «viejo(s) hombre(s) de estado», era un alto cargo del gobierno japonés, de carácter vitalicio, propio de la era Meiji (1868-1912) que, gracias a la longevidad de Saionji, pudo seguir ostentando hasta su muerte en 1940. Por su cargo y por sus estrechos vínculos con más de un emperador, Saionji gozó de mucha influencia política y se ganó el respeto de la mayoría de la población, hasta tal punto que, durante el Gekokujo —significa derrocar o superar a los superiores— y la insurrección militar de los años 30, el oficial encargado de asesinarle se negó a matar a «el último *genrou*».[9] Saionji, después de ser primer ministro (1906-1908), tuvo, como *genrou*, la responsabilidad de nombrar a otros candidatos a primer ministro, siendo considerado un auténtico *kingmaker*.[10] Pero, antes de todo esto, y antes también de ser derrotado por las posiciones más militaristas del gobierno japonés, la narrativa nacional japonesa le atribuyó a Saionji muchos éxitos diplomáticos en los asuntos exteriores del país. Sin embargo, su papel en los Tratados de París no fue considerado uno de ellos.

Si nos centramos, pues, en las negociaciones que tuvieron lugar en Versalles, es importante entender que, aunque Tokyo subestimó la importancia de la Conferencia de Paz, no fue ese el motivo por el que Saionji fue el escogido para liderar a los diplomáticos japoneses. Más bien fue al contrario. En 1919, el gobierno japonés de Hara Takashi se encontraba en una situación delicada. Tras tomar el control de un país con una profunda desigualdad social que había provocado grandes tumultos y motines del arroz (*komesoudo*), el gobierno trataba de man-

7. *Ibid*. p. 25.
8. En la *Història del Japó* se define a los *genrou* como «los principales cargos de la administración y del gobierno» que quedaban en manos «de una reducida oligarquía», integrada «por los hombres que habían impulsado la Restauración Meiji». O. Junqueras *et al*., *Història del Japó*, UOC, Barcelona, 2011, pp. 317-378.
9. J. Toland, *The Rising Sun. The decline and fall of the Japanese Empire 1936-1945*, Random House, 2003 [1970].
10. J. Clements, *Prince Saionji…*, *op. cit*.

tener la paz social mediante el incremento de la represión y de la censura, e incluso movilizando el ejército. Así pues, Hara Takashi no podía permitirse el lujo de dejar el país e irse tan lejos y durante tanto tiempo. Por ello optó por delegar su responsabilidad a un alto cargo, influyente y popular. De este modo, si las negociaciones no eran fructíferas, la responsabilidad se la llevaría el propio Saionji, y el gabinete japonés de Hara saldría menos perjudicado.[11]

Cuando Saionji llegó finalmente a la Conferencia (lo hizo en marzo, dos meses después de su inicio), tenía ya setenta años. Aún así, la noción de un Saionji que se limitó a disfrutar de unas largas vacaciones en París y que casi no participó en las negociaciones no son más que rumores originados por la prensa del momento. Una prensa que llenó muchas páginas hablando de Ohana, la pareja sentimental de Saionji, de veinte años de edad, especialmente cuando Woodrow Wilson decidió regalarle un collar.[12]

El «último *genrou*» que llegó a París en 1919 era un «viejo hombre de estado» relevante e influyente. También un hombre que, gracias a su vertiente internacionalista, tenía fe en la capacidad que tenía la diplomacia para mantener la paz. Así pues, sus objetivos no tenían por qué coincidir perfectamente con los del gobierno japonés y, de hecho, presentaban notables diferencias entre sí. La prioridad de Saionji era evitar que Japón entrara en ninguna guerra y, para lograrlo, creía necesaria la entrada del país en la comunidad internacional. Ante este objetivo, se le presentaron dos grandes obstáculos. Por un lado, el racismo y el trato desigual recibido por parte de los delegados occidentales. Y, por el otro, las discrepancias internas japonesas, más concretamente, las de la creciente influencia del imperialismo beligerante japonés de la única potencia asiática en el mundo que surgía de las negociaciones de paz de Paris.[13]

Sobre el trato desigual por motivos de raza que recibieron los diplomáticos japoneses y que, sin duda, les dificultó su labor y su habilidad negociadora, se encuentran múltiples ejemplos bien detallados en las narraciones de varios de los testimonios de la Conferencia de la

11. Sobre las reivindicaciones japonesas y sus representantes en la conferencia de paz véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 47-51, 100-105 y 291-315.
12. B. Omura, *The last genro…*, *op. cit.*, p. 351.
13. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 393-411.

Paz de París. Por ejemplo, Georges Clemenceau, tras una intervención del barón japonés (y mano derecha de Saionji) Makino Nobuaki, preguntó en voz alta «what had the Little man said», y en otra ocasión exclamó que consideraba irónico estar atrapado en la misma habitación con un «feo» japonés cuando se encontraban en una ciudad llena de mujeres rubias.[14] En definitiva, fueron muchos los delegados que no se tomaron seriamente a los japoneses por cuestiones raciales. Pero también hay que tener en cuenta que muchos diplomáticos de la comitiva japonesa tenían serias dificultades para expresarse en inglés o en francés y que, además, Japón optó por mantenerse al margen de la mayoría de los debates que tuvieron lugar en Versalles.

Por lo que al creciente nacionalismo y expansionismo imperialista japonés se refiere, es importante centrarse un momento en la figura de Konoe Fumimaro, uno de los delegados de la expedición y futuro primer ministro de Japón. Konoe había escrito, incluso antes de llegar a París, que, tras los buenos modales de la diplomacia occidental se escondía el egoísmo de los angloamericanos y de la raza blanca, a la vez, advertía que el imperialismo de Occidente no era solo militar sino también económico.[15] Según Konoe, los Tratados de Paz solo servirían para preservar el dominio occidental sobre los recursos de las «áreas coloniales» y, por esta razón, Japón tan solo debía firmarlos bajo la estricta condición de incluir una cláusula que terminase con el trato discriminatorio hacia las personas y las naciones asiáticas.[16]

Así pues, ¿cuáles fueron, exactamente, los objetivos del gobierno japonés para con las negociaciones? Las instrucciones iniciales que recibió la delegación de Saionji fueron las de retrasar y dinamitar en la medida de lo posible la creación de la Liga de las Naciones. Solo en el caso que su total obstrucción resultase imposible, y tal y como escribió Konoe, tenían que forzar la inclusión de una cláusula de igualdad racial en sus estatutos.[17] Saionji, por el contrario, sí apostaba por la creación de un nuevo orden internacional y por la adhesión a éste del

14. G. Clemenceau, *Grandeur and Misery of Victory*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1930, p. 140.
15. K. Fumimaro, «Reject the Anglo-American-centered Peace», reproducido en Oka Yoshitake, *Konoe Fumimaro: A political biography*, News Ed., Madison Books, 1992, pp. 10-11.
16. *Ibid*. pp. 11-13.
17. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit*., pp. 126-131, 292-297 y 301-305.

país nipón. Por esta razón ignoró la primera parte de las directrices de Tokyo y directamente centró sus esfuerzos en lograr redactar e incluir la cláusula de igualdad racial.

Pero ¿por qué era tan importante para Japón, esta cláusula? En parte, por miedo al aislamiento; temían que, a partir de los Tratados, se crease un nuevo orden internacional en el que todas las grandes potencias occidentales se configuraran como aliados, y que, en cambio, dejase al margen y como oponente a los japoneses, la única gran potencia de Oriente. Además, el gobierno japonés se vio obligado a defender esta posición hasta el final para evitar verse superado por la que se convirtió en una creciente demanda popular. La opinión pública japonesa se organizó y movilizó en grupos de presión, como la Liga por la Abolición de la Discriminación Racial, formada por oficiales y militares. La cláusula de igualdad racial dominó las editoriales y los artículos de opinión de los principales diarios japoneses.[18] También se organizaron concentraciones masivas como las que tuvieron lugar en Tokyo entre febrero y marzo de 1919, y en las que se acordó rechazar la Liga de Naciones si esta no incluía dicha cláusula.[19] El periodista Kiyoshi Kawakami lo resumió explicando que la cuestión de la igualdad racial fue impuesta al gobierno por parte de las masas, y que era una propuesta de los «sixty million souls of the Mikado's Empire».[20] Hasta tal punto creció la presión popular que el delegado japonés Makino llegó a decir, mientras negociaba con los diplomáticos australianos, que «my countrymen feel so strongly about this clause that if I go back and tell them it has been rejected, they may kill me».[21]

Por lo tanto, se trataba de una demanda sensible en la población y que iba más allá de un simple cálculo de beneficios económicos o geopolíticos. Según Kaiichi Toda, profesor de Derecho en la Universidad Imperial de Kyoto en 1919, «[b]efore militarism can be fundamentally destroyed, economic imperialism must also be destroyed [...]. If

18. N. Shimazu, *Japan, Race, and Equality*, Routledge Japanese Studies, 2009, pp. 51-54.
19. I. H. Nish, *Alliance in Decline: A Study in Anglo-Japanese Relations, 1908-1923*, Athlone Press, Londres, 1972, p. 269.
20. K. K. Kawakami, *Japan and World Peace*, Kessinger Publishing, 2010, p. 46.
21. W. M. Hughues, *Policies and Potentates*, Angus and Robertson, Sydney, 1950, p. 247.

racial discrimination is not done away with, a League of Nations would simply degenerate into a means of oppression of the coloured races by the white».[22] De forma similar pensaba el embajador de los Estados Unidos en Japón, quien escribió que la Liga de las Naciones tenía que ofrecer una «opportunity to assert the equality of the yellow race».[23] Aun así, según Naoko Shimazu, no se trataría de una demanda altruista que luchó por la igualdad racial universal, sino que más bien fue una demanda en clave nacionalista que tenía la intención de procurar la igualdad racial solo para los japoneses.[24] Así fue, pues, que Makino Nobuaki y Chinda Sutemi, los dos brazos ejecutores de la delegación japonesa capitaneada por Saionji, no participaron en la mayoría de debates de los Tratados de Paz, y concentraron sus esfuerzos en tan solo dos cuestiones: la cláusula de igualdad racial y la posesión japonesa de los territorios coloniales alemanes en Asia Oriental.

La primera propuesta de la cláusula que presentaron decía lo siguiente:

> The equality of nations being a basic principle of the League of Nations, the High Contracting Parties agree that concerning the treatment of aliens in their territories, they will accord them, as far as it lies in their legitimate powers, equal treatment and rights, in law and in fact, without making any distinction on account of their race or nationality.[25]

Esta propuesta, que hacía hincapié en el trato de los individuos por su raza o nacionalidad, fue rápidamente rechazada. El siguiente paso de los japoneses fue el de intentar incluir la cuestión racial en el artículo 21, que hacía referencia a la libertad religiosa. Tampoco prosperó, e incluso se optó por descartar el artículo entero para evitar más discusiones. Finalmente, el 11 de abril Makino propuso añadir un preámbulo que, en vez de hablar de «razas», se refería tan solo a «naciones»: «the principle of equality of nations and just treatment of their natio-

22. «Prejudice Against the Immigration of the Coloured Races, by Dr. Kaiichi Toda,» carta enviada por el embajador William Conyngham Greene a Londres, 10/1/1919, BA: FO 608/211, reproducida en X. Guoqi *Asia and the Great War: A Shared History*, Oxford Scholarship Online, 2016.
23. R. H. Fifield, *Woodrow Wilson and the Far East: The diplomacy of the Shantung Question*, Thomas Y Crowell, Nueva York, 1952, p. 119.
24. N. Shimazu, *Japan…*, *op. cit.*, p. 166.
25. S. Imamoto, *Rejection of Racial Equality Bill*, Notion Press, 2018.

nals». De esta forma, argumentando que todas las naciones debían tratarse como iguales entre ellas, la propuesta se acercaba tanto a los pilares fundamentales de la Liga de las Naciones que no podía ser rechazada, o al menos eso pensaron los japoneses.[26]

El principal obstáculo que la cláusula de igualdad racial tenía que sortear eran las políticas de migración internas de cada uno de los estados. Y es que, a pesar de que la propuesta despertó muchas simpatías entre los asistentes e incluso en uno de los mayores rivales de los japoneses, el delegado chino Wellington Koo,[27] la propuesta final también despertó fuertes oposiciones entre alguna de las delegaciones occidentales más destacadas, entre las que se encontraba la del premier australiano, firme defensor de las políticas de la «White Australia», Billy Hugues. Éste no quiso poner en peligro los votos de una gran parte de la población australiana que estaba de acuerdo en prohibir la entrada al país de cualquier individuo que no fuese «blanco». Por lo que se refiere a Woodrow Wilson y a David Lloyd George, la petición japonesa les situaba en una posición muy incómoda. Mientras que Wilson se arriesgaba a perder los votos de la Costa Oeste de los Estados Unidos, donde ya se habían aplicado leyes para limitar la entrada de migrantes japoneses, Lloyd se jugaba la estabilidad de todo un Imperio británico construido a base de aplicar fuertes desigualdades raciales, por ejemplo, en la India. Hasta tal punto fue una decisión incómoda para Wilson que finalmente se decantó por apoyar, indirectamente, el no: por primera y única instancia de las negociaciones de Versalles, Wilson exigió que el voto para hacer prosperar esta cláusula debía de ser un sí unánime, cosa que no pasó. Al final, o por lo menos en esta cuestión, el delegado japonés Konoe Fumimaro resultó tener parte de razón: la paz que traía el «new order» era una paz aplicada desde el punto de vista del mundo angloamericano.[28]

Para entender el voto negativo de esta decisión, así como el orientalismo y el racismo palpables en la conferencia de París podríamos recurrir al concepto de «el Otro» o «el Este» formulado por Edward Said.[29] Pero el caso japonés presenta ciertas particularidades con

26. A. Link (ed.), *The Papers of Woodrow Wilson*, vol. 57…, *op. cit.*, pp. 259-261.
27. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 409, 423-429, 432-437.
28. J. Clements, *Prince Saionji…*, *op. cit.*
29. E. W. Said, *Orientalism*, Pantheon Books, Nueva York, 1978.

respecto al resto del «Este». Y es que los japoneses no solo se encuentran representados como el «otro» distinto, sino que, en otras instancias, son considerados como iguales. Esta peculiaridad la explica y resume perfectamente Andrew McKevitt en su libro, publicado el 2018, *Consuming Japan*, que describe cómo el orientalismo que recibe Japón se articula a través de la cultura.[30] O, en términos más próximos al contexto de los Tratados de Paz, Japón era considerado: «the first asiatic race to be undergoing a long-term evolutionary process in which it was taking on not just the material trappings of the West but, more important, the intellectual and moral traditions of Western civilization», y, por lo tanto, «in Japan, and as yet in Japan alone, do we find the Asiatic welcoming European culture».[31] Y, complicando la cuestión aún más, hay que tener en cuenta que Japón tenía su propio imperio basado en la desigualdad racial y en la explotación tanto de la población como de los recursos de otras culturas —principalmente, de coreanos y chinos—. Una concepción imperialista y marcadamente racial que quedó perfectamente reflejada en las palabras de los delegados japoneses describiendo sus intenciones en Asia Oriental, recogidas y parafraseadas por el periodista E. J. Dillon:

> What we seek to obtain in the Far East is what the Western Powers have secured throughout the remainder of the globe: the right to contribute to the moral and intellectual progress of our backward neighbors, and to profit by our exertions. China needs the help which we are admittedly able to bestow.[32]

Ciertamente, el control de Corea por parte de Japón se dio por sentado y ni tan siquiera se llegó a debatir. Tampoco generó polémica la asignación del mandato de la SdN sobre las islas alemanas en el Pacífico al norte del ecuador.[33] Más problemático fue el delicado tema de la región china de Shandong que había estado bajo el dominio de los alemanes. De hecho, la concesión de Shandong fue uno de los puntos

30. A. McKewitt, *Consuming Japan*, University of North Carolina Press, 2017.
31. A. Mahan Th., *The Problem of Asia: Its Effect upon International Politics*, Brown, Little, 1900, pp. 150-151.
32. E. J. Dillon, *The Inside Story of the Peace Conference: An Eyewitness Account of the Treaty of Versailles*, Harper & Brothers, 1920, p. 332.
33. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 298-301.

más problemáticos y que más hicieron dudar a Wilson. A un lado de la mesa de negociación se encontraba el jefe de la delegación china Wellington Koo, quién se educó en los Estados Unidos, dominaba el inglés a la perfección y gozaba de una buena relación con el presidente norteamericano. En el otro, el *genrou* Saionji, que a su favor tenía numerosas relaciones personales, incluido Clemenceau (a quien conoció en la universidad francesa), así como la ventaja legal y burocrática, ya que el gobierno chino había firmado la cesión de Shandong en favor del Imperio japonés durante la Gran Guerra.[34]

Saionji, desmarcándose de los intereses del gobierno japonés y anteponiendo su faceta más internacionalista, estaba dispuesto a sacrificar el control de Shandong a cambio de firmar los tratados, y es por eso que decidió encargarse él personalmente de esta negociación.[35] Saionji supo jugar bien sus cartas y logró convencer a Clemenceau en privado de que, si la cesión de Shandong debía de ser temporal, no hacía falta especificarlo por escrito, ya que, argumentó, una promesa verbal pronunciada por un orgulloso japonés era más que suficiente. Por si fuera poco, Saionji se aseguró de enseñar su otro as en la manga en toda ocasión que se le presentó: la amenazar de volver a discutir la cláusula de la igualdad racial. De este modo, Wilson temía que la cuestión volviera a debatirse a finales de abril. De ser así, y si se mantenía la negativa, los delegados japoneses se hubiesen negado a firmar un tratado que no incluyese su cláusula y que, además, les hiciera perder Shandong. Y, para Wilson, la creación de la Liga de las Naciones no era posible sin Japón.[36]

Así pues, Shandong quedó en manos de Japón. Una decisión que no gustó a ninguno de los implicados. Evidentemente, fue una muy mala noticia para los chinos, pero tampoco convenció a la población japonesa, que seguía reclamando la abolición de la discriminación racial. En los Estados Unidos, Wilson vio muy afectada su reputación porque había tomado una decisión incoherente con sus ideales con respecto a los derechos de las naciones. Si hubo un ganador en esta negociación en concreto fue, sin duda, Saionji. Con esta última nego-

34. *Ibid.*, pp. 306-309, M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 412-439.
35. L. Connors, *The Emperor's Adviser: Saionji Kinmochi and Pre-War Japanese Politics*, Routledge Japanese Studies, 1987, p. 234.
36. W. Jin, *Woodrow Wilson, Wellington Koo and the China Question at the Paris Peace Conference*, A. W. Sythoff, 1959, pp. 21-22.

ciación, había logrado llevar a su país hasta el corazón de la Liga de los Naciones (los «Big Five»), de modo que lograba incrementar la cooperación de Japón con el resto de grandes potencias y, consecuentemente, Japón contaba con un fuerte mecanismo diplomático para evitar una dura guerra contra Occidente durante muchos años.[37] O al menos eso creía Saionji.

Consecuencias relevantes de la no inclusión de la clausula de igualdad

Una vez analizado el debate que se generó alrededor de la cláusula de la igualdad racial y el papel que jugó Japón en las negociaciones del Tratado de Versalles, podemos extraer algunas conclusiones que apuntan a la importancia que estos dos factores tuvieron en la construcción del «nuevo orden» mundial, un orden que, más adelante, sería incapaz de poner freno a la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, es evidente que la propuesta de una cláusula de igualdad racial no nació fruto del tacticismo del gobierno japonés, sino más bien de la presión que ejerció una demanda nacional bien organizada y muy extendida entre la mayoría de la población japonesa. Aun así, los delegados japoneses no supieron prever que esta cuestión iba a generar tantos problemas y tanta oposición, aunque finalmente Saionji sí supo utilizar esta polémica a su favor. Porque la cláusula de la igualdad racial o, mejor dicho, el hecho de haber descartado la inclusión de la cláusula de la igualdad racial en la Sociedad de Naciones fue argumento suficiente para que Wilson viese con preocupación el «farol» de Saionji y de la delegación japonesa, que amenazaban con no firmar el Tratado si no se les concedía el territorio de Shandong. Solo así se explica una de las decisiones más incoherentes y costosas que tomó Wilson en Versalles.

Otra cuestión relevante, y que debería ser investigada con precisión, es hasta qué punto pudo afectar a los japoneses la negativa a la inclusión de la cláusula de la igualdad racial, y hasta qué punto fue

37. L. Connors, *The Emperor's Adviser…*, *op. cit.*, pp. 69-70. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 312-315.

una de las razones principales que motivó las políticas nacionalistas y beligerantes con Occidente y que los sectores imperialistas más belicosos se hicieran con el control del gobierno. Sin duda, y como apunta Naoko Shimazu, esta cuestión dejó una marca importante en los asuntos exteriores del país.[38] Otros, como Kenneth Pyle, incluso aseguran que fue una de las «raíces» de la Segunda Guerra Mundial.[39] Como argumento paralelo, y en este mismo sentido, también debe considerarse el papel que jugaron los debates sobre la igualdad racial y Shandong en el descrédito de Wilson y en la inestabilidad de la Sociedad de Naciones, y, por lo tanto, en la fragilidad que presentó el «nuevo orden». Aunque quizá, la relevancia histórica más importante de la propuesta de la cláusula sobre la igualdad racial del Tratado de Versalles sea que, pese a ser planteada en términos nacionalistas y no altruistas, fue la precursora de la abolición de la discriminación racial en términos universales que apareció definitivamente con los Derechos Humanos y con la constitución de la Organizació de Naciones Unidas, al final de la Segunda Guerra Mundial.

38. N. Shimazu, *Japan…*, *op. cit.*, pp. 179-181.
39. K. Pyle, *Japan Rising: The Resurgence of Japanese Power and Purpose*, Public Affairs, Nueva York, 2007, p. 158.

Tercera parte

LOS DERROTADOS HUMILLADOS

Tercer Prefacio. La republicanización de los Imperios centrales y sus derivas etnicistas

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS-UPF

Jordi Sabater
URL y GRENS UPF*

Los capítulos precedentes de los profesores Steven Forti y Francesco Mengo han puesto de manifiesto cómo la construcción del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, así como su posterior reconversión en el Reino de Yugoeslavia, no se habría concretado en la forma en que se produjo sin la intervención y el patrocinio tanto político como militar de las potencias vencedoras, y muy especialmente de Francia. Para semejante operación político-militar, los vencedores de la Gran Guerra se acogieron al principio wilsoniano del derecho de la autodeterminación de los pueblos y de las naciones o nacionalidades. Eso sí, a partir de una interpretación torticera del mismo principio, ya que el objetivo final no fue, en un primer momento, dar carta de naturaleza a las aspiraciones nacionales y nacionalistas de los denominados pueblos oprimidos del Imperio austrohúngaro, sino plasmar los intereses geoestratégicos de los gobiernos francés e inglés en los Balcanes. En rigor, este método de trabajo en las Conferencias de paz acabó generando una perversión del mismo principio de autodeterminación, tal y como Wilson creía que debía aplicarse: las construcciones de los nuevos estados-nación de los Balcanes fueron posibles en la medida que sus soberanías nacionales estaban supeditadas a los intereses de Francia, Reino Unido y, en menor medida, de Italia.

* Este prefacio forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

Lo más desestabilizador, para el objetivo de una teórica paz duradera, fue que la descomposición de los Imperios centrales como estados imperiales implicó abrir completamente la caja de pandora del conjunto de sentimientos étnicos, religiosos, nacionales y políticos, los cuales, hasta aproximadamente 1914, habían sido dominados, a través de una difícil política de sometimiento/convivencia que simultaneaba la mano de hierro con la negociación; estrategia que había permitido a Berlín, Viena, Budapest y Estambul, si no someter, al menos atemperar esta multiplicidad de sensibilidades existentes en el interior de sus fronteras. Su caída implicó una *primavera de los pueblos* que modificó sustancialmente los mapas políticos de Europa, así como del Próximo y Medio Oriente.[1]

Sin embargo, los acuerdos de Versalles, Sèvres y Trianon rompieron los equilibrios multiétnicos y religiosos de los Imperios centrales, a pesar de que, en la Europa, así como el Próximo y Medio Oriente imaginado por Wilson no se habría planteado el derrumbe de las Águilas de los Imperios centrales y de la Media Luna otomana. A lo sumo, Wilson había destacado en sus catorce puntos la resolución del caso polaco, la democratización, a través de la republicanización (entendida como democratización) coronada, del sistema parlamentario de la Doble Corona, así como la rigurosa federalización con sólidas autonomías del Imperio austro-húngaro. Más allá de las realidades imperiales preexistentes se abría una *terra ignota* con una multiplicidad de situaciones imprevistas por los vencedores, que, como la sucesión de revoluciones sociales y nacionales, consiguieron embarullar aún más el tablero de fronteras del centro y este de Europa y del Oriente próximo; todo ello adobado con un pormenorizado catálogo de retóricas raciales-nacionales que encontraron un notable predicamento en los claustros de profesores de las universidades y que, dentro de los esquemas de valores propios de aquel convulso período, fueron elevadas con enorme éxito a la categoría de *ciencia*.[2]

1. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 210-251.
2. E. Traverso, «La fábrica del odio. Xenofobia y racismo en Europa», *Constelaciones. Revista de Teoría crítica*, n.º 4 (diciembre de 2012), pp. 411-417. J. M. Sánchez Arteaga, Cl. Sepúlveda y Ch. N. El-Hani, «Racismo científico, procesos de alterización y enseñanza de ciencias», *Magis, Revista Internacional de Investigación en Educación*, 6 (12), Edición especial Enseñanza de las ciencias y diversidad cultural, pp. 55-67. J. M. Sánchez Arteaga, «La biología humana como ideología: el racismo

Ni Lloyd George, ni Clemenceau, ni el propio Wilson fueron capaces de asimilar y dar un sentido coherente en su totalidad al conjunto de cambios estructurales que se estaban produciendo en el seno de los pueblos que formaban parte de los Imperios centrales, así como también en los territorios que formaban parte del Imperio otomano. Cambios que no tan solo afectaban al desarrollo de fuerzas centrífugas que cuestionaban sus respectivas autoridades centrales, sino también a la propia esencia de aquellos imperios seculares. Así se entiende, por ejemplo, que, en 1918-1920, la Corona de San Esteban, no solo sufriese un proceso de desmembración territorial, sino toda una revolución republicana en dos fases en claro paralelismo a la del modelo ruso de 1917-1918. Así, Hungría devino primero, a raíz del armisticio, una República parlamentaria bajo la batuta del príncipe Karoly, que, como la del príncipe Lvov y Alexander Kerensky en la Rusia de 1917, se vio superada, en una segunda fase, por una revolución comunista y la construcción de un estado-nacional obrero y campesino de la mano de Bela Kun. Y como en Rusia, la situación derivó en una Guerra Civil en la que, en el caso de Hungria, triunfaron los *blancos* dirigidos por el Almirante (último jefe de la flota austro-húngara) Horthy, a diferencia de lo que pasó en Rusia donde vencieron los bolcheviques.

De esta manera, Hungría no tuvo su Brest Litovsk, pero sí que tuvo su Trianon; aunque cabe decir que, tanto la opción *belakunista* como la alternativa monárquica de Horthy (en realidad, una regencia dictatorial *sine die*) eran apuestas nacionalistas sustentadas en aliados exteriores de diversa relevancia. La Hungría socialista y nacionalista de Bela Kun esperaba el imposible apoyo de una Rusia bolchevique enfrascada en una Guerra Civil en la que se jugaba su supervivencia como estado revolucionario y socialista. En cambio, Horthy pudo *aprovecharse* de la invasión rumana, contraria a la consolidación de un estado soviético al lado de sus fronteras, y contar con el aval tanto de Francia como del Reino Unido y sumar Hungría a la pléyade de monarquías contrarrevolucionarias y antibolcheviques de los Balcanes.[3]

---

biológico y las estructuras simbólicas de dominación racial a fines del siglo XIX», *THEORIA*, 61 (2008), pp. 107-124.

3. Ver las obras de F. Veiga, *Els Balcans. La desfeta d'un somni*, Eumo editorial, Vic, 1993; y *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1995.

Con todo, la experiencia ultranacionalista de Horthy se vio limitada por lo que el estudio de Zsigmond Kovácks ha definido como *Hungría y el síndrome de Trianon*. En este capítulo se pone de manifiesto como la nueva República de Hungría (1918-1919) y la posterior restauración monárquica/dictatorial de 1920 fueron incapaces de reconstruir territorialmente la *Hungría histórica*. De esta forma, Trianon no tan solo no resolvería el eterno debate República-Monarquía en el seno del estado magiar, sino que, en el terreno de las tensiones nacionales, étnicas y religiosas, abrió notables heridas entre húngaros, rumanos, checoeslovacos y yugoeslavos, las cuales se dirimirían parcialmente durante la Segunda Guerra Mundial.

Como en el caso húngaro, el debate República-Monarquía (sultanato) y las aspiraciones nacionalistas y de independencia étnico-religiosa también dominaron la destrucción del Imperio otomano. La complejidad de éste era aún mayor que la de sus aliados en la Gran Guerra, como consecuencia de su extensión: había llegado a abarcar territorios europeos, del Norte de África, así como del Próximo y Medio Oriente, y en el momento de su constitución había supuesto y, de hecho, aún siguió suponiendo una alternativa no árabe de proyección del Islam sunita. La capital otomana, Estambul (la antigua Constatinopla medio europea y medio asiática) tenía bajo su dominio tanto a la ciudad de Jerusalen, como a las principales capitales árabes destacando Bagdad, Damasco, Medina y La Meca.[4] También era un contrapoder frente a Viena y Budapest, aunque éstas acabaron siendo urbes aliadas durante la Gran Guerra, y a buena parte de los pequeños estados balcánicos. Además, los italianos, en la guerra italo-otomana de 1911-1912, les habían arrebatado su último territorio norteafricano, la Tripolitania que pasó a llamarse Libia por los conquistadores italianos. Por esta razón, entre otras, la deconstrucción del Imperio otomano ideada por franco-británicos pasó por alentar los sueños arabistas y panarabistas de las comunidades musulmanas de Arabia y del Próximo Oriente, a pesar de sus profundas divisiones entre chiíes, sunníes y las múltiples religiones y sectas minoritarias existentes en la zona.[5]

4. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit*., pp. 241-251.
5. M. Molnár et Reszler (dir.), *Vienne, Budapest, Prague…, Les hautes-lieux de la culture moderne de l'Europe centrale au tournant du siècle*, PUF, París, 1988. M. Halbwachs, «La población de Estambul (Constantinopla) desde hace un siglo», *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, n.º 33 (enero-abril de 2016), pp. 185-207.

En este sentido, franceses y británicos, con sus intelectuales universitarios de los respectivos servicios de información construyeron los discursos que reclamaban la autodeterminación de aquellos sectores árabes, vinculados a jeques tribales con peso específico, a los cuales quisieron potenciar como nuevos líderes nacionales del *mundo árabe*, la mayor parte de las veces sin tener en cuenta la existencia de grupos de clases medias urbanas, asentadas en las principales ciudades del antiguo Imperio otomano, y con el respaldo de sólidas organizaciones políticas. Todo ello condujo a la creación de reinos artificiales y mandatos de la nueva Sociedad de Naciones (*de facto* eran lo mismo que los protectorados del período anterior a la Gran Guerra), y que dio como resultado un mapa artificial del Próximo y Medio Oriente de difícil gestión y que continúa siendo un perverso legado de los Tratados de paz.

De una parte, Francia se hizo cargo del mandato de Siria, del cual se desgajaría el Líbano en 1923, como una autonomía bajo el nombre de Estado sirio federado del Gran Líbano. En el mandato de Palestina, los británicos tuvieron que lidiar hasta 1948 con las promesas dadas a árabes y a judíos de construcción paralela de un estado árabe y de un «hogar nacional» judío. Por su parte, Transjordania y sobre todo Irak fueron proyectos de Estados-nación bajo batuta británica, cuya inestabilidad se fundamentó, como en el caso de Siria y del Líbano, en que sus impulsores en el París de los Tratados no tuvieron en cuenta la mezcolanza de etnias y de agrupaciones religiosas que los iban a integrar. Solo así se puede entender, a modo de ejemplo, la rebelión chiita de 1920 contra la minoría sunní a la cual pertenecía el monarca del nuevo país, Faysal I, protegido del Reino Unido, en Irak. De hecho, fueron las tropas británicas las que acabaron sometiendo a la mayoría rebelde chií.[6]

No menos diferente en su intencionalidad fue el intervencionismo francés en la zona. De hecho, la República francesa hizo uso, no solo de los árabes, sino también de los griegos. Desde el mismo inicio de la Gran Guerra, Francia apoyó al líder liberal y nacionalista Eleftherios Venizelos como punta de lanza política contra la monarquía (considerada filoalemana) de Constantino I. Una revolución iniciada

6. G. Martín Muñoz, *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Tusquets editores, Barcelona, 2003, pp. 9-31.

por Venizelos en 1917 desde Salónica (ciudad que había sido también sede originaria de la rebelión de los Jóvenes Turcos en 1908), supuso la caída del Rey Constantino en beneficio de su hijo Alejandro y posibilitó el abandono de la neutralidad de Grecia en beneficio de la Entente, durante la Gran Guerra. A partir de este momento, la Grecia *venizelista* puso sobre la mesa su aspiración de control sobre los Balcanes, pero también sobre toda la Asia Menor griega en territorio otomano, lo que se dio en llamar en su día como la *Megali Idea*, el sueño panhelénico de todos los sectores nacionalistas griegos, fuesen tanto de izquierdas/ultraizquierda como de derechas/ultraderecha.[7]

La paradoja fue que la recompensa griega en el Tratado de Sèvres impulsó al ultranacionalismo turco, como fuente de regeneración y de revolución política frente al decadente, derrotado y en vías de extinción Imperio otomano. Canalizado por el carísmático jefe militar Mustafa Kemäl, antiguo miembro de los Jóvenes Turcos, el nacionalismo que representó fue de corte republicano y laico; toda una ruptura respecto al sultanato y el predominio del Islam, como fuentes del poder y de la estructura tanto estatal como religiosa del imperio. En rigor, el kemalismo se convirtió en la fuente de inspiración de la nueva Turquía comtemporánea: su constitución resulta un ejemplo paradigmático de *realpolitik*, que adoptaría la forma de estado republicano, de inspiración occidental, y que, actuando de modelo de Estado-nación étnico y racial como los que se estaban poniendo de moda en Europa, construyó una República turca que puso tierra de por medio a griegos, armenios, kurdos y árabes, con uno de los procesos de limpieza étnica más importantes del período contemporáneo.

La Turquía de Atatürk mostró el camino a los europeos ultranacionalistas sobre cómo debía construirse un auténtico estado-nacional. Y es a partir de estas premisas que el investigador Diego Mora analiza en el capítulo *El Tratado de Sèvres y la mutilación del enfermo de Europa* la crisis del Imperio otomano, la construcción del nuevo Próximo y Medio Oriente, así como la implantación de la revolucionaria, laica y centralista República de Turquía. Ciertamente, el modelo de estado nacional republicano de Ataturk fue importante a nivel mun-

7. V. B. Sotirovic, «"Megali Idea" and Greek Irredentism In The Wars For A Greater Greece, 1912-1923. The origins of Megali Idea» (diciembre de 2018) en <https://www.researchgate.net/publication/329483915> [consultado el 17/11/2019].

dial en el panorama de los años veinte y treinta como ejemplo de estado laico: inspiró la política de persecución católica del presidente Plutarco Elías Calles en la República de México (1924-1928) y la política anticlerical del primer gobierno republicano-socialista (1931-1933) de la Segunda República española. En ambos contextos, la respuesta del mundo católico se tradujo en una apuesta por la rebelión: en México, en la denominada guerra cristera (1926-1929); en España, la rebelión antirrepublicana de julio de 1936 y que triunfó en abril de 1939, fue vivida por sus partiarios como una Cruzada nacional-católica.[8] La propia Alemania hitleriana limitó las prácticas públicas de culto religioso de las diferentes congregaciones cristianas.[9]

Josep Vicenç Mestre nos ofrece en su capítulo, *Del British War Aims* (1918) de David Lloyd George a *The Bulgarian peace Treatry (1920) de James David Bouchier. Los objetivos de guerra idealistas británicos y el Tratado de Neully*, un análisis basado en los discursos políticos de Lloyd George sobre los objetivos británicos de guerra y de miembros del Parlamento británico sobre el citado Tratado que estableció la paz entre la alianza victoriosa y Bulgaria.

Los estados e imperios derrotados en la Gran Guerra se tuvieron que enfrentar al discurso de la modernidad que el Imperio zarista ya había experimentado en 1917: adoptar el impulso republicano frente al monárquico-imperial. Así pues, tanto Alemania como Austria, transformada en un enano económico,[10] se convirtieron en Repúblicas previo paso por un proceso revolucionario, en el que Alemania, como Rusia o Hungría, adoptó primero una República de signo parlamentario para dar paso posteriormente a una revolución comunista con polos dispersos en Berlín y Munich, que, en este caso, la abocaron al

8. Véanse las obras de J. Meyer, E. Krauze y C. Reyes, *Historia de la revolución mexicana. Período 1924-1928. Estado y sociedad con Calles*, El Colegio de México, 1977; y *La Cruzada por México. Los católicos de Estados Unidos y la cuestión religiosa en México*, México, Tusquets/Océano, 2008. Para la Cruzada nacionalista franquista el clásico de Herbert R. Southworth, *El mito de la Cruzada de Franco*, Debolsillo, Barcelona, 2008 [París, Ruedo Ibérico, 1963]; y Alberto Reig Tapia, *La Cruzada de 1936. Mito y memoria*, Alianza Editorial, Madrid, 2006.

9. Cl. Reyes Llanos, «El estado del bienestar racial y sus enemigos políticos y de fe. Notas de investigación de los archivos de la Gestapo en el inicio de la dictadura nacionalsocialista (1933-1937)», *Revista Co-herencia*, vol. 11, 21 (julio-diciembre de 2014), pp. 231-252.

10. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 213-216.

fracaso. A diferencia de Hungria y de Rusia, en Alemania no hubo deriva monárquica ni comunista, sino que la República constitucional de Weimar, con gobierno socialdemócrata, salvó la nueva República demoliberal con un pacto con los contrarrevolucionarios de los «Freikorps», tal y como durante los años veinte y treinta le recordarían sin cesar a los socialdemócratas alemanes (SPD) los comunistas alemanes del KPD.

Es este el contexto en el que Josep Contreras analiza en su capítulo: *La posguerra alemana (1918-1923) a través de las revistas satíricas Kladderadatsch* y *Simplicissimus*. Contreras realiza una narración exhaustiva de la dinámica revolucionaria de 1918-1920 en Alemania, y cómo la crisis de la posguerra y los acuerdos de la Conferencia de París se encuentran en la génesis del mito de «la puñalada en la espalda» que nutrió la reconstrucción histórica de Alemania, desde el punto de vista de los diferentes sectores tanto del nacionalismo como del ultranacionalismo alemán y, en concreto del nacionalsocialismo. Tema que tiene continuidad en el capítulo de Víctor López Mirabet, *La visión de la colonia alemana en la España del final de la Primera Guerra Mundial y la Paz de Versalles a través del semanario Die Deutsche Warte/Atalaya Alemana*, en el que también se muestra y desarrolla cómo fue percibido y vivido, desde la colonia alemana en España, el debate entre continuidad monárquica y revolución republicana que se produjo en la Alemania de la inmediata posguerra. Un debate que no fue ajeno al tipo de Alemania que se quería confeccionar: ¿una «República gigantesca»? por la que nos dice López Mirabet que apostaba una parte significativa de la colonia alemana en España o una «pequeña república», que recogía el debate ya existente en el proceso unificador alemán del siglo XIX entre: ¿Pequeña o Gran Alemania? Un debate que los acuerdos de París cortaron de raíz con el establecimiento de dos *pequeñas* republicas alemanas: la República de Weimar y la República germánica de Austria y con el problema de los sudetes en el nuevo estado de Checoslovaquia.

En definitiva, el tratado de Versalles ha sido y es considerado como el corazón de las negociaciones que se desarrollaron en la conferencia de paz. Éste inspiró igualmente a los diplomáticos que establecieron la *suerte* del resto de los países vencidos en la Gran Guerra: la nueva Austria, en el Tratado de Saint-Germain-en Laye, la nueva Hungria, en el Tratado de Trianon, una Turquía reducida a su mínima

expresión, en el Tratado de Sèvres, y a Bulgaria en el Tratado de Neuilly-sur-Seine. Estos tratados se basaron en muchos casos en *faits accomplis*, que respondían a la *realpolitik* del período, como la disolución del Imperio austrohúngaro o el desmantelamiento del Imperio otomano. Pero el menos conocido de todos los tratados que finalizaron la Gran Guerra es el de Neully.[11]

De esta forma, los cinco capítulos que conforman esta tercera parte ponen de manifiesto cómo los diferentes acuerdos de paz, no solo no solucionaron el denominado «problema de las nacionalidades», sino que, por el contrario, pusieron de moda el estado-nacional étnicamente puro, como alternativa a los grandes estados decimonónicos y de inspiración monárquica con la salvedad de la III República francesa, buena parte de ellos imperios. La paradoja residió en que los nuevos estados-nacionales se concibieron a sí mismos como repúblicas siguiendo el discurso wilsoniano; sin embargo, adoptaron progresivamente los ingredientes propios del sueño imperial, aceptando más pronto o más tarde la forma monárquica de estado, de forma explícita en Yugoeslavia, o en la Rumanía que duplicó su territorio, o de forma ambivalente en Hungría y claramente en Bulgaria. En cambio, mantuvieron su organización republicana: Finlandia, los Estados bálticos, Polonia y Checoslovaquia. No obstante, el balance final relativiza claramente lo que se presentó ante la opinión pública mundial como el *triunfo de la democracia*, cuando, ya bien entrada la década de los treinta, el sueño de la civilización republicana democrática había dado paso, en la mayor parte de los países surgidos de las negociaciones de paz de París, a un nuevo orden de régimenes dictatoriales, ya fuese en forma de monarquía o de república.

11. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 209-210. De hecho, el libro que en Francia se ha publicitado como el del centenario del Tratado de Versalles no dice prácticamente nada del Tratado de Neuilly. En cambio, M. Macmillan redimensiona generosamente la importancia del mismo: *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp. 184-191.

8.
Hungría y el síndrome de Trianon

Zsigmond Kovács
UPF

El día 4 de junio de 1920, la delegación del gobierno húngaro firmó el tratado de paz en el palacio del Grand Trianon de Versalles, que cerró, para el país, la Primera Guerra Mundial y significó la desaparición de la *Hungría histórica*. A partir de ese mismo día, la superficie de Hungría se redujo de 283.000 km^2 a 93.000 km^2, es decir, a un tercio y su población de 18,2 millones a 7,6 millones de habitantes, casi un 60 %. Además, cerca de tres millones de húngaros, aproximadamente una tercera parte de todos los que vivían en el país, quedaron fuera de las nuevas fronteras. La firma del tratado fue recibida por la sociedad húngara como una injusticia flagrante y una auténtica tragedia nacional.

¿Qué sucedió, cómo y por qué? ¿Cuáles fueron las causas de un cambio tan drástico y de tal envergadura? ¿Qué «culpas» podían conducir a un «castigo» tan grande? ¿Qué consecuencias tenía este cambio para la nación húngara? ¿Y qué significa la palabra síndrome en el título? Intentaremos responder a estas preguntas, centrándonos en la problemática del principio de autodeterminación por el que había de regir la formación de la nueva Europa en base a los célebres catorce puntos del presidente estadounidense Wilson y en la cuestión de por qué su aplicación se tergiversó tanto en el caso de Hungría. Además, relataremos, de forma resumida, las circunstancias históricas y políticas de los diecinueve meses convulsos y caóticos que vivió Hungría desde el cese de acciones bélicas hasta la firma del tratado.[1]

1. M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp. 320-338.

La *Hungría histórica* y sus vicisitudes

En nuestra introducción, así como en todos los escritos sobre el Tratado de Trianon aparece el concepto de la *Hungría histórica*, aquella Hungría que con Trianon se perdió para siempre. Entendemos que un breve repaso de las «vicisitudes» de esta *Hungría histórica* nos aproximará a las causas del cataclismo y de la patología nacional llamada síndrome Trianon.[2]

La *Hungría histórica* tiene un inicio bien definido: el establecimiento de los húngaros, un pueblo finoúgrio procedente del período conocido en Hungría como las grandes migraciones, en la cuenca media del Danubio, la denominada cuenca de los Cárpatos, en la última década del siglo IX (la fecha oficial es de 896), mediante el acto llamado «conquista de la patria». Después de ser el terror de Europa durante un siglo, el pueblo húngaro se convierte al cristianismo y en el año 1000 San Esteban habría fundado el reino de Hungría. Habiéndose integrado los reinos de Croacia y Eslavonia bajo la forma de unión personal a finales del siglo XI (la relación dura hasta el Tratado Trianon), el reino de Hungría se convierte en una especie de imperio europeo durante la mayor parte de la Edad Media hasta que en 1526, en la batalla de Mohács, sucumbe al Imperio otomano.[3] Éste mantiene ocupada la parte central del país durante unos ciento cincuenta años, de 1541 a 1699, dando lugar al llamado «país dividido en tres partes».[4] Una campaña militar paneuropea liderada por la casa de los Habsburgo, reyes de Hungría desde principios del siglo XVI, liberó al país de la ocupación otomana en 1699 y lo convirtió en uno de los dominios de dicha casa.[5] Después de dos guerras de liberación contra este dominio, la del príncipe Rákóczi (1703-1711) y la de 1848-1849, llegó el Com-

2. H. Fukuda, «Is Trianon Still Alive? Border Issues between Slovakia and Hungary after WWI», Panel III-4: Concept of Region and Demarcation Process in Central and Eastern Europe after World War I, 5th East Asian Conference on Slavian Eurasic Studies, 2013, August 9, 3:30-5:15, en <http://src-h.slav.hokudai.ac.jp/jcrees/2013Osaka/34HiroshiFukuda.pdf> [consultado el 9/11/2019].

3. Véase mapa en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Louis_the_Great.jpg> [consultado el 1/5/2019].

4. Véase mapa en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Magyar-_%C3%A9s_Erd%C3%A9lyorsz%C3%A1g_1629-ben_(Pallas).jpg> [consultado el 1/5/2019].

5. Véase mapa en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Growth_of_Habsburg_territories.jpg> [consultado el 25/3/2019].

promiso austrohúngaro de 1867 creando la Monarquía Austrohúngara.[6] Con ello, aunque de manera parcial, en forma de la confederación kaiserlich und königlich (K. u K.),[7] la *Hungría histórica* del pasado, la Hungría de la Santa Corona de San Esteban volvió a ser, en el imaginario nacionalista húngaro, una realidad.[8]

Esta *Hungría histórica* resucitada tenía, sin embargo, un problema fundamental: era un ejemplo paradigmático de país multiétnico, ya que, de sus aproximadamente veinte millones de habitantes, los húngaros representaban solo la mitad de la población. Después venían los rumanos, con unos tres millones, los croatas, con unos dos millones y medio, los eslovacos, con unos dos millones, los alemanes, con dos millones, y finalmente los serbios y los rutenos con medio millón, respectivamente.[9]

La legislación húngara declaraba la igualdad de todos los habitantes del reino y garantizaba a las nacionalidades diversos derechos especiales en el campo de la cultura, pero no su derecho colectivo a la autonomía administrativa y territorial, a excepción de la Croacia-Eslavonia que, en base a sus derechos históricos, formaba un territorio autónomo con su propia administración. En el resto del territorio, la única nación política era la húngara, con el húngaro como única lengua oficial. Las élites de las nacionalidades, incluyendo también las croatas que deseaban un compromiso directo con la corona de Viena, no lo aceptaban, ya que entendían que un país donde las nacionalidades constituían la mitad de la población no podía comportarse como un estado-nación.[10]

6. Véase mapa en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Austria-Hungary1899.jpg> [consultado el 1/5/2019].
7. K. u. K. es el acrónimo de *Kaiserlich und Königlich*, es decir, imperial para Austria y real para Hungría.
8. La Monarquía dual como un modelo de estado plurinacional en X. Arzoz Santisteban, «El principio constitucional de igualdad de las nacionalidades de Austria-Hungría», *Revista Española de Derecho Constitucional*, n.º 81, septiembre-diciembre de 2007, pp. 349-381; y Carmen Moreno Mínguez, *Breve Historia del Imperio austrohúngaro*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2015, pp. 13-38.
9. Véase mapa etnográfico de «los países de la Santa Corona húngara» en <https://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/7/70/Carte_ethnographique_des_pays_de_la_couronne_hongroise%2C_d%27apr%C3%A8s_les_r%C3%A9sultats_du_d%C3%A9nombrement_de_la_population_en_1880_par_Fran%C3%A7ois_Rethey.jpg?uselang=fr> [consultado el 11/11/2019].
10. I. Romsics, «La Hongrie et la question nationale en 1918-1919 (Hungría y la cuestión nacional en 1918-1919)», *Les cahiers Irice*, 2015/1:13, pp. 91-92, en <https://www.cairn.info/revue-les-cahiers-irice-2015-1-page-91.htm> [consultado el 22/12/2018].

En cambio, las élites políticas húngaras, formadas principalmente por la aristocracia y la mediana nobleza, ensimismadas con su reino milenario recuperado, hicieron oídos sordos a estas reclamaciones ya que entendían que la nación húngara era la única que tenía derechos históricos para el territorio de la «cuenca de los Cárpatos» y que, por tanto, era la única destinada a gobernar el país. Con este antagonismo y estas tensiones afrontó, no sin ciertas reticencias, valga decir, la élite gobernante húngara la Primera Guerra Mundial y poco podía pensar que dicha guerra no solamente traería una destrucción y un sufrimiento jamás vistos hasta entonces, sino que su desenlace final representaría el hundimiento del país y el fin de la *Hungría histórica* milenaria.[11]

De Padua a Trianon, o como se dibujaron las fronteras de Hungría

El 3 de noviembre de 1918, en la Villa Giusti, próxima a Padua, el General Viktor Weber firmó el armisticio en nombre de la monarquía Austro-Húngara con el comandante de las tropas italianas, el general Armando Diaz, y, con este hecho, la Primera Guerra Mundial terminó para la monarquía, es decir, tanto para Austria como para Hungría. El 13 de noviembre, el representante del nuevo gobierno de Hungría surgido de las movilizaciones en contra de la monarquía, el ministro de defensa Béla Linder firmó en Belgrado, con el comandante de las fuerzas de la Entente de los Balcanes, el general Franchet d'Espérey, una convención militar que validó las prescripciones del armisticio para su país.[12]

Aunque éstos eran unos actos «puramente militares»,[13] la desintegración de la monarquía ya se inició incluso unos días antes en los

11. M. Cseszneky, «El lenguaje de la identidad. Hungría en la Historia de la civilización europea», *Historia Digital*, XVIII, 31 (2018), pp. 6-45.
12. M. Ormos, *Padovától Trianonig, 1918-1920 (De Padua a Trianon, 1918-1920)*, Kossuth Könyvkiadó Budapest, 1983, p. 13.
13. H. Temperley (1928), «How the Hungarian Frontiers Were Drawn», *Foreign Affairs*, 6, pp. 432-447, <https://www.foreignaffairs.com/articles/hungary/1928-04-01/how-hungarian-frontiers-were-drawn> [consultado el 20/1/2019]. Los acuerdos del armisticio firmado por Bela Linder en noviembre de 1918 se reproducen en «Military arrengements with Hungary», <https://www.loc.gov/law/help/us-treaties/bevans/m-ust000002-0020.pdf> [consultado el 8/11/2019].

distintos puntos de su territorio. Así, el último gobierno húngaro de la monarquía, de Sándor Wekerle, dimitió el 23 de octubre y durante la noche del 23 al 24 de octubre se formó el denominado Consejo Nacional Húngaro. Unos días más tarde, entre el 28 y el 31 de octubre se produjo una revuelta de soldados y civiles en Budapest y en otras ciudades grandes de Hungría que, por los crisantemos con que los soldados sustituyeron los botones de su gorra, recibió el nombre de Revolución de los Crisantemos.[14] Como consecuencia de estas movilizaciones, el conde Mihály Károlyi, aristócrata y uno de los grandes terratenientes del país pero opositor al régimen monárquico y presidente del Consejo Nacional, el denominado «Kerenski húngaro»,[15] se convirtió en primer ministro el 31 de octubre, proclamándose el 16 de noviembre la República de Hungría con él como presidente.[16]

Al mismo tiempo, se aceleraron los movimientos reivindicativos de las nacionalidades de Hungría (y también de Austria). En otoño de 1918 prácticamente todas ellas proclamaron su voluntad de secesión de la monarquía dual. El 28 de octubre, en Praga, se proclamó el estado checoslovaco independiente y el Consejo Nacional Eslovaco, creado en septiembre en Budapest, afirmó que el pueblo eslovaco formaba parte de la «nación» checoslovaca que se pronunció por su autodeterminación e independencia.[17] El ejemplo de Praga fue seguido por las otras nacionalidades: el día siguiente, el 29 de octubre, el *sabor* (asamblea) de Zagreb proclamó la ruptura de las relaciones de Croacia con Hungría y Austria, así como la voluntad de los croatas de unirse al futuro estado común de los eslovenos, croatas y serbios. Al día siguiente, el 30 de octubre, los líderes del partido nacional rumano de Hungría formaron un Consejo Nacional de los Rumanos de Hungría y

14. Véase fotografía en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:800px-Oszirozsas_forradalmarok.jpg> [consultado el 22/4/2019].

15. Véase fotografía en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:K%C3%A1rolyi_Mih%C3%A1ly.jpg> [consultado el 22/4/2019]. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 321-323, 325-326, 329 y 334.

16. A. Woods, «The Hungarian Soviet Republic of 1919 - The Forgotten Revolution», *In Defense of Marxism*, <https://www.marxist.com/hungarian-soviet-republic-1919.htm> [consultado el 8/11/2019]. Véase fotografía en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Declaration_of_the_Republic_of_Hungary_K%C3%A1rolyi_and_Hock.jpg> [consultado el 22/4/2019].

17. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 291-306.

de Transilvania, reclamando la autodeterminación del pueblo rumano de Transilvania.[18]

La mencionada convención militar de Belgrado del 13 de noviembre obligó a los húngaros a evacuar los territorios situados detrás de unas líneas de demarcación trazadas por Franchet d'Espérey: la Transilvania y el Banato en el este y la Bácska/Bačka (actual Voivodina) y la Baranya/Baranja en el sur.[19] Esto permitió a las tropas rumanas y serbias ocupar las zonas sur y sureste del país, no haciéndose esperar tampoco la reacción política de los serbios de Hungría: los consejos locales de los condados situados al sur de la línea de demarcación, reunidos en Újvidék/Novi Sad el 25 de noviembre, proclamaron su voluntad de separación de Hungría.

Aunque la convención no afectaba a las fronteras del norte de Hungría (Franchet d'Espérey comandaba solamente las fuerzas aliadas de los Balcanes), legiones checas penetraron en la Hungría septentrional y la ocuparon hasta una línea que, en su mayor parte, correspondía a la línea de separación de las etnias eslovaca y húngara, así como a las reivindicaciones efectuadas por aquel entonces por el gobierno checoslovaco. Finalmente, llegaron a un acuerdo entre Bartha, el nuevo ministro de defensa húngaro, y Hodža, un representante eslovaco, el 6 de diciembre de 1918.[20] Con ello, el desmembramiento de facto de la *Hungría histórica* era ya casi completo y se encontraba en una situación caótica.[21]

Estas líneas de demarcación no se improvisaron en aquel momento, sino que se basaban en unos compromisos previamente adquiridos. Como dice Ormos, «la Entente excavó la tumba de la monarquía Austro-Húngara con dos palas: por un lado, con tratados secretos y acuerdos entre los aliados y, por otro, con promesas y declaraciones oficiales y semioficiales hechas a los líderes de los movimientos nacionalistas. Para que se pueda realmente poner la Monarquía en su tumba ya "solo" hacía falta que se cumpliera la condición más importante: la derrota bélica».[22]

18. I. Romsics, «La Hongrie et la question nationale…», *art. cit.*, pp. 92-93.
19. Véase mapa en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:ArmisticioDeBelgradoYHungr%C3%ADa19181919.svg> [consultado el 22/4/2019].
20. *Ibid.*
21. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 217-218.
22. M. Ormos, *Padovától Trianonig, 1918-1920…*, *op. cit.*, p. 14.

En concreto, el tratado secreto de Bucarest del 17 de agosto de 1916, firmado por los embajadores de Gran Bretaña, Francia, Italia y Rusia y el primer ministro rumano Ion Brătianu, estableció que Rumanía se comprometería a entrar en la guerra al lado de la Entente y, como contrapartida, los aliados otorgarían a Rumanía la Transilvania, el Partium, la parte oriental de la Llanura Húngara, el Banato y la Bucovina.[23] Aunque fue un antecedente importante, los aliados y principalmente los franceses no lo consideraron legalmente vinculante en su totalidad debido a que Rumanía firmó un tratado de paz separado con Alemania el 5 de marzo de 1918.[24]

A partir de aquí empieza una verdadera «carrera» para «redibujar» las fronteras de Hungría mediante reclamaciones territoriales por parte de los nuevos aliados de la denominada Pequeña Entente convertidos en unos auténticos «miniimperialistas»: Rumanía, Checoslovaquia y Serbia (en nombre del futuro Reino de Serbios, Croatas y Eslovenos).[25] Se trataba de quedarse el trozo más grande posible de esta Hungría en descomposición y cada vez más indefensa. Rumanía reivindicaba un territorio que iba hasta el río Tisza, incluso más allá del límite otorgado en el Tratado de Bucarest, Serbia reclamaba la ciudad de Pécs y las minas de carbón de sus alrededores y Checoslovaquia, más allá de la futura frontera «natural» de los ríos Danubio e Ipoly, exigía la cuenca carbonífera de Salgótarján y la zona industrial de Miskolc, zonas de población húngara. La reivindicación más estrambótica fue la de un «corredor eslavo» entre Pozsony/Bratislava y

23. Véase mapa de las concesiones territoriales del tratado secreto de Bucarest en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Greater_Rumanía,_New_York_Times,_1919.jpg> [consultado el 22/4/2019]. Hace referencia a aquellas partes del Reino de Hungría administrados por el Principado de Transilvania durante la mayor parte de la división de Hungría en tres partes (1541-1699). Véase para la beligerancia rumano-alemana: G. Hetzer, «On the Romanian Campaign of the Central Powers 1916/17», en <https://www.mwme.eu/essays/german-balkans/_Hetzer_Romanian_/index.html> y en formato pdf <https://www.mwme.eu/Essays-Files/Hetzer_Rumanien.pdf> [consultados el 9/11/2019].

24. Las disputas territoriales entre rumanos y húngaros tras el final del conflicto en B. Trencsényi, D. Petrescu, Cristina Petrescu, C. Iordachi y Z. Kántor (eds.), *Nation-building and contested identities. Romanian and Hungarian Case Studies*, Regio Books & Iasi, Editura Polirom, Budapest, 2001, pp. 121-206. También, M. Vahl y M. Emerson, «Moldova and the Transnistrian Conflict», en <https://www.ssoar.info/ssoar/bitstream/handle/document/6196/ssoar-jemie-2004-iss_1-vahl_et_al-moldova_and_the_transnistrian_conflict.pdf?sequence=1>, pp. 1-3 [consultado el 9/11/2019].

25. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 219-227.

Zagreb justificada por razones de «seguridad».[26] Estas reivindicaciones que habrían dejado una Hungría reducida a un territorio minúsculo.[27]

¿Cómo se entienden estas reivindicaciones en un contexto en el que el principio de autodeterminación de los pueblos explicitado en los célebres catorce puntos de Wilson había de regir la formación de los nuevos estados de la Europa central y oriental? Como recuerda Ormos, tanto los británicos como los franceses, comprometidos, como hemos visto antes, con los nuevos y futuros estados, hacían todo lo que podían para «nadar y guardar la ropa» con respecto a sus aliados norteamericanos: aceptar formalmente los principios wilsonianos, pero mantener su libertad de maniobra. Clemenceau, el primer ministro francés y uno de los principales artífices de la política aliada de la posguerra, expuso en una nota a los aliados que las propuestas de Wilson se referían a la paz y no al armisticio y, por tanto, las líneas de demarcación habían de establecerse bajo otros criterios, principalmente estratégicos y de seguridad. Finalmente, el 30 de octubre, los aliados europeos llegaron a un compromiso con los norteamericanos que Ormos califica de «obra maestra política», ya que los principios básicos de Wilson fueron aceptados de manera que los aliados no se obligaban a aplicar nada de ellos en concreto. De esta manera, Wilson (que estaba principalmente interesado en crear la Liga de las Naciones y bastante lejos de estos problemas europeos «locales») quedó apartado de las maniobras de sus aliados europeos antes incluso del primer encuentro de los líderes de la Entente.[28]

Y el gobierno húngaro, ¿cómo reaccionó a todas estas acciones? El imperio dual y, con ello, la Hungría monárquica se hundió irremediablemente y, según dice Ormos, «la situación objetiva de Hungría en el otoño de 1918 fue mucho peor que lo que percibieron los coetáneos y peor de lo que creyó el propio Károlyi» quien, con su activismo político independentista húngaro y antialemán durante la guerra y

26. Véase mapa en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Entente_territorial_claims_on_Hungary.png> [consultado el 22/4/2018].

27. Objetivos de la Pequeña Entente que contrastaban con los objetivos que se había asignado Hungría durante el conflicto: A. Piahanau, «Hungarian War Aims During WWI: Between Expansionism and Separatism», *Central European Papers*, 2014/2/2, pp. 95-107, en <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01261461/document> [consultado el 8/11/2019].

28. M. Ormos, *Padovától Trianonig, 1918-1920…*, *op. cit.*, pp. 44-45.

su simpatía pro-Entente, se hizo demasiadas ilusiones sobre un tratamiento ecuánime por parte de los aliados y en lo que implicaban realmente los catorce puntos de Wilson. En consecuencia, el gobierno de Károlyi, prácticamente desprovisto de ejército como consecuencia de la derrota y la revolución de los Crisantemos, pensó que los aliados no verían con buenos ojos un rearme de Hungría y, muy probablemente, perdió la oportunidad de proteger por lo menos las fronteras etnográficas húngaras mediante unos *faits accomplis* militares. Otra circunstancia que dificultó una solución de este tipo fue que las élites políticas húngaras, incluyendo Károlyi y su gobierno formado en gran parte por socialistas y radicales, no podían desprenderse de la idea de mantener la integridad de la Gran Hungría, a excepción de Croacia-Eslavonia. En cualquier caso, la situación del país era desesperante y cabía albergar serias dudas sobre si una Hungría desmoralizada y en quiebra económica podía resistir militarmente un enfrentamiento bélico en tres frentes, con los nuevos estados que se estaban formando y reivindicaban territorios húngaros, sin hablar de la presencia del ejército francés en la región.[29]

Cabe mencionar, precisamente, el papel de Francia y de su ejército en la reordenación de Europa central y de los Balcanes, siendo la única potencia con presencia militar en la región. La estrategia de la política francesa en en esta conflictiva zona europea en la posguerra tenía objetivos múltiples: ocupar el vacío producido en Centroeuropa con la derrota de Alemania y de Austria-Hungría, evitar la reconstrucción de un eje europeo alemán y austrohúngaro que podía ir del Mar del Norte al Mar Negro, así como también la radicalización de Hungría ante la pérdida de los territorios, y, casi como una obsesión, organizar una ofensiva antisoviética y derrotar a la Rusia soviética para evitar la propagación del bolchevismo en el resto de Europa. Estos objetivos, sin embargo, sobrepasaban con creces las capacidades de las fuerzas francesas presentes, tanto en el Centro y Este de Europa como en los Balcanes y también sus posibilidades de movilizar nuevos efectivos. El resultado fue un «quiero y no puedo» a menudo penoso que hizo que el gobierno francés recurriese cada vez más a Rumanía y al ejército rumano, dispuestos a cualquier colaboración con el

29. *Ibid.*, p. 61. A. Siklós, *Revolution in Hungary and the Dissolution of the Multinational State 1918*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1988, pp. 13-64.

objetivo de obtener hechos consumados territoriales en Transilvania que incrementasen su territorio.[30]

La Conferencia de Paz de París y la República de los Consejos: Hungría entre Wilson y Lenin

La Conferencia de Paz se reunió por primera vez el 12 de enero de 1919 para una «sesión de trabajo». El retraso de prácticamente dos meses desde los dos armisticios (el 3 de noviembre de Padua de Austria-Hungría y el de 11 de noviembre de Compiègne de Alemania) se debió básicamente a la controversia antes mencionada entre los Estados europeos vencedores, principalmente británicos y franceses, y norteamericanos. Después de unos debates, Wilson aceptó que sus catorce puntos fuesen descartados en el momento de los armisticios, pero insistía en que se considerasen en los procesos de paz. Wilson tenía además la idea de ejercer el papel de árbitro, pero los políticos británicos y franceses hacían todo para evitarlo. Finalmente se impuso el criterio de las potencias europeas, iniciándose el congreso de paz bajo el nombre de conferencia y con sede en París. Los estados vencidos no fueron invitados por lo que Wilson, en vez de árbitro, se convirtió en un mero socio de unos debates entre iguales.[31] En este período, las decisiones de París estuvieron directamente vinculadas a que estallase la revolución en Hungría y que ésta estuviese entre Wilson y Lenin.[32]

30. Los estudios de T. Sandu, «La présence française en Europe centrale dans l'entre-deux-guerres», *Revue d'Europe centrale*, 1995, tome III (2), pp. 147-160, en <https://hal.archives-ouvertes.fr/file/index/docid/681414/filename/Relations_entre_la_France_et_l_Europe_centrale_entre_les_deux_guerres.pdf> [consultado el 9/11/2019]; y «La longue marche vers le traité franco-roumain de 1926: Alliance d'un système de revers, réassurance à Locarno ou texte de circonstance?», en *Images et intérêts, la France et l'Europe médiane au XXe siècle*, n° spécial du *Valahian Journal of Historical Studies*, Turku, Finlande, 2005, 15 p. reproducido en <http://www1.ens.fr/europecentrale/XfichesSTOCK/Traian%20SANDUtrait%E91926.pdf> [consultado el 9/11/2019].

31. T. A. Bailey, «Woodrow Wilson Wouldn't Yield» en S. B. Oates (ed.), Portratit of America. Volume II: From 1865, Houghton Mifflin, Boston, 1999, pp. 167-173, reproducido en <https://www.chisd.net/cms/lib5/TX01917715/Centricity/Domain/868/Woodrow%20Wilson%20and%20the%20Treaty%20of%20Versailles.pdf> y <http://wikibenn.pbworks.com/w/file/fetch/68337899/Bailey%20-%20Woodrow%20Wilson%20Wouldnt%20Yield.pdf> [consultados el 9/11/2019].

32. P. Pastor, *Hungary between Wilson and Lenin: The Hungarian Revolution of*

El resultado del largo período de armisticios hizo también que la situación en la que se encontraba Europa Central con nuevos Estados en constitución y fronteras establecidas por medios militares apareciese como un hecho consumado. A pesar de ello, la conferencia intentaba, hasta cierto punto, poner coto a las aspiraciones expansivas desmesuradas de los nacionalismos de la Pequeña Entente. Para resolver las cuestiones políticas y territoriales la conferencia no se ocupó de las cuestiones alemanas, austriacas, húngaras, otomanas y búlgaras –que la conferencia ni siquiera conoció oficialmente– sino de las reivindicaciones checoslovacas, polacas, rumanas y yugoslavas. El análisis y negociación de estos temas recayó en el Consejo de los Diez, formado por los jefes de gobierno y ministros de asuntos exteriores de los cinco principales vencedores: el Reino Unido, Francia, los Estados Unidos, Italia y Japón, aunque más adelante la toma de decisión estaba en manos de los mandatarios de los «cuatro grandes», Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos e Italia.[33] Para el análisis de los temas más complejos, el consejo creó unas comisiones permanentes, la checoslovaca, polaca y *yugoslava*-rumana, por el contencioso entre estos dos países por el «reparto» del Banato húngaro. Ahora bien, no había ninguna comisión que se ocupara de las cuestiones territoriales de Hungría; se ocuparon de ellas las comisiones antes mencionadas, pero, lógicamente, desde el ángulo de Checoslovaquia, Rumanía y del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos.[34]

Mientras, la intervención bélica rumana en Hungría seguía avanzando, sin que el gobierno húngaro pudiese pararla. El 19 de febrero de 1919 empezó en la conferencia de paz la disputa sobre la cuestión transilvana, en la que se confrontaron básicamente dos opciones: la norteamericana que proponía mantener la franja húngara situada al

---

1918-1919 and the Big Three, East European Monographs, n.º 20. Boulder, Colo, East European Quarterly, 1976 (distribuido por Columbia University Press, Nueva York).

33. Véase la fotografía de los «Cuatro Grandes», de izquierda a derecha: David Lloyd George, Vittorio Orlandi, Georges Clemenceau y Woodrow Wilson en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Big_Four_29038u_original.jpg> [consultado el 22/4/2019].

34. M. Ormos, *Padovától Trianonig, 1918-1920…*, *op. cit.*, pp. 135-137. Utilizamos el término Yugoeslavia para referirnos al Reino Serbios, croatas y eslovenos. No sería hasta 1929 que adoptaría oficialmente el nombre de Yugoeslavia. Para la construcción del yugoeslavismo, Sonja Biserko (ed.), *Yugoslavia from a Historical Perspective*, Helsinki Committee for Human Rights in Serbia, Belgrado, 2017.

este de la frontera actual, mientras que la franco-británica quería otorgar la línea Szatmárnémeti/Satu Mare-Nagykároly/Carei-Nagyvárad/Oradea-Arad, conectada por una línea de ferrocarril juzgada estratégica. Finalmente, fue la segunda opción la que se impuso ya que sus promotores entendían que tenían que considerar los intereses estratégicos y económicos de sus aliados. Es un ejemplo de lo que podría llamarse «autodeterminación ferroviaria».[35]

Un enfoque similar fue aplicado para la definición de la frontera húngaro-checoslovaca en las discusiones a finales de febrero y principios de marzo de 1919 en las que se rechazaron las propuestas norteamericanas, inglesas e italianas para mantener las comunidades húngaras compactas ubicadas en la margen izquierda del Danubio en la llanura llamada Csallóköz y finalmente se adoptó el Danubio y un afluente suyo, el río Ipoly como fronteras «naturales», dejando una comunidad húngara de casi un millón de personas fuera del país incluyendo la Rutenia que finalmente fue anexionada también a Checoslovaquia. Es un ejemplo de lo que se podría llamar «autodeterminación hidrográfica», aplicada también en el caso del Tirol del Sur, situado en la cuenca alta del río Adige en Italia.[36]

La situación en Hungría se hizo cada vez más desesperada, por un lado, por la situación económica insostenible y la debilidad del régimen republicano y, por otro, por los avances de las tropas de los tres países de la Pequeña Entente creando situaciones de *realpolitik*. En esta situación, la conferencia de paz reunida en París, con la idea de detener el avance de las tropas rumanas, pero también autorizar su avance a la futura frontera rumano-húngara, decidió implantar una zona neutral comprendiendo a ciudades húngaras como Debrecen, Békéscsaba, Hódmezővásárhely y Szeged. La decisión fue transmitida al gobierno

35. M.-O. Groza, «Transilvania and Banat in the Autumn and Winter of 1918, "The Revolutionary Violence" as Reflected in Memoirs», en I. Bolovan, R. Gräf, H. Heppner y Oana-Mihaela Tamas, *World War I. The Other Face of the War*, Cluj University Press, Cluj, 2016, pp. 151-161. Véase el mapa de la línea de ferrocarril Szatmárnémeti/Satu Mare-Nagykároly/Carei-Nagyvárad/Oradea-Arad y la frontera Hungría-Rumanía en el mapa que se encuentra en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Hungary-Romania_Boundery.jpg> [consultado el 7/4/2019].

36. La importancia de la geografía en los tratados de paz de la Europa central en N. Ginsburger, «L'expertise territoriale et cartographique des vaincus austro-hongrois. Robert Sieger, Pál Teleki et les traités de Saint-Germain et de Trianon», *CFC*, n.º 228, junio de 2016, pp. 115-132.

de Károlyi el día 20 de marzo por el jefe de la misión de la Entente en Budapest, el teniente coronel de Estado Mayor Fernand Vix, una persona que, por otra parte, hizo todo lo que estuvo en sus manos para apoyar al gobierno de Károlyi y suavizar la hostilidad de determinados círculos políticos y militares franceses hacia Hungría.[37] Por una de esas contradicciones de la historia, fue la nota que lleva su nombre, la célebre «nota de Vix», en la que se establecía la zona neutral mencionada anteriormente,[38] que hizo tambalear y finalmente caer al gobierno Károlyi, ya que los socialdemócratas de izquierdas que participaron en el gobierno se pusieron de acuerdo con los comunistas para tomar el poder.[39]

En realidad, fue una especie de golpe de estado que, de esta manera, acabó con la experiencia democrática liberal de Károlyi. El día siguiente, el 21 de marzo de 1919, se proclamó la República de los Consejos de Hungría, liderada por el comunista Béla Kun, un periodista de origen judío, con gran capacidad de oratoria y en contacto directo con Lenin.[40] La República soviética de Hungría duró únicamente ciento treinta y tres días, pero fue un verdadero intento de implantar la dictadura del proletariado en Hungría, a imagen y semejanza de la revolución bolchevique de 1917 en Rusia. Fue un momento especialmente convulso en la historia del país que causó una tremenda sacudida en toda la sociedad húngara.[41]

La victoria de la dictadura del proletariado sorprendió e inquietó a los países limítrofes y a la conferencia de paz ya que se temió que la revolución continuaría propagándose hacia Occidente. Como respuesta y con el beneplácito de la conferencia, el ejército rumano inició una

37. Véase fotografía del coronel Vix en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:LCL_Fernand_Vix.jpg> [consultado el 23/4/2019], y M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 324-326.
38. Véase mapa de la zona neutral en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Vix_Note_HU.JPG> [consultado el 23/4/2019].
39. A. Siklós, *Revolution in Hungary…*, *op. cit.*, pp. 72-75.
40. I. Romsics, *Magyarország története a XX. században (Historia de Hungría en el siglo XX)*, Osiris Kiadó, Budapest, 2010, p. 101. Véase también <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/2011_0001_520_magyarorszag_tortenete%20(1).pdf> [consultado el 1/4/2019] y fotografía de Bela Kun en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Bela.Kun.Revolution.1919.jpg> [consultado el 23/4/2019]. Más referencias sobre el revolucionario húngaro en M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 116, 320-321, 326-333 y 362.
41. T. Hirai, «Georg Lucáks and the Hungarian revolution of 1918-19», *The Kyoto University Economic Rewiew, vol. XLI*, n.º 2, octubre de 1971, pp. 24-25.

ofensiva bélica en contra de la Hungría soviética, el 16 de abril que, debido a la debilidad del ejército húngaro, en unos días ocupó toda la parte oriental de Hungría hasta el río Tisza. Viendo el fracaso militar húngaro, el 26 de abril unas formaciones militares checas cruzaron la línea de demarcación y ocuparon zonas del noreste del país, incluyendo partes de la importante región industrial de Miskolc. Asimismo, tropas serbias y francesas penetraron en el sur del país hasta Hódmezővásárhely.[42]

Para evitar la derrota total, los dirigentes comunistas llamaron a los obreros de Budapest y a los campesinos pobres de provincias para que salvasen la revolución, con lo que consiguieron doblar los efectivos del Ejército Rojo húngaro en cuestión de semanas.[43] Paradójicamente, el régimen bolchevique se convirtió en el símbolo de la resistencia nacional. Como apunta Ormos, el mismo Béla Kun no acababa de creer que su pueblo natal Lele, ahora Lelei, en el condado de Szilágy/Sălaj, o la ciudad donde ejerció de periodista, Nagyvárad, hoy Oradea, podían pertenecer a Rumanía.[44]

El Ejército Rojo reorganizado contraatacó el 20 de mayo en el frente norte, con la idea de separar los ejércitos rumano y checo e intentar conectar con el Ejército Rojo bolchevique. Gracias a la frescura y entusiasmo de los soldados y el profesionalismo del mando heredado del ejército de la monarquía la campaña tuvo un éxito inesperado: en solo tres semanas reconquistaron gran parte de lo que hoy es Eslovaquia.[45]

En respuesta a los éxitos militares húngaros, la conferencia de paz hizo llegar a Hungría su acuerdo para establecer las fronteras de-

42. A. Piahanau, «Czechoslovak-Hungarian Border Conflict, 1918-1920», *Robert Gerwarth. 1914-1918 online. International Encyclopedia of the First World War*, 2018, ff10.15463/ie1418.11274ff. ffhal01908114f en <https://hal-univ-tlse2.archives-ouvertes.fr/hal-01908114/document> [consultado el 10/11/2019].

43. Véase fotografía con carteles en los que dice en húngaro: «¡A las armas!» Se trata de carteles de reclutamiento del Ejército Rojo húngaro en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Carteles-reclutamiento-ej%C3%A9rcito-rojo-hungr%C3%ADa--outlawsdiary02tormuoft.png> [consultado el 23/4/2019].

44. «A Trianon-szindróma» (2010). *Hitel* 23:6, pp. 3-27, <http://epa.oszk.hu/01300/01343/00101/pdf/hitel_EPA01343_2010_06_20100630-27108.pdf> [consultado el 1/1/2019].

45. Véase la situación militar de Hungría durante la República de los Consejos en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Nepkoztarsasag.png> [consultado el 23/4/2019].

finitivas con Rumanía y Checoslovaquia, y a su vez ordenó a las tropas húngaras que se retirarsen de los territorios ocupados del norte prometiendo una retirada de las tropas rumanas más allá del Tisza. Después de un largo debate, los bolcheviques húngaros aceptaron el mandato y el 30 de junio empezaron a evacuar la Hungría septentrional. A pesar de las promesas, el ejército rumano no se retiró por lo que el ejército húngaro los atacó a la desesperada, el 20 de julio; una ofensiva que fracasó en cuestión de días. La derrota abrió el camino a los rumanos hacia Budapest y, al ver la situación desesperada, el gobierno bolchevique dimitió el 1 de agosto y sus miembros dejaron el país, en dirección a Viena, en un tren blindado.[46]

Les sustituyó un gobierno socialdemócrata que únicamente duró cinco días, lo que abrió el camino a la derecha contrarrevolucionaria dispuesta a hacerse con el poder en un país devastado y ocupado. Ésta se organizaba en dos puntos: en la ciudad de Szeged bajo los auspicios de los franceses y el liderazgo del exalmirante de la armada austrohúngara Horthy,[47] futuro gobernador general del país, que reunía una pequeña fuerza militar llamada Ejército Nacional, y en Viena, liderada por el conde István Bethlen, futuro primer ministro y político muy influyente.[48]

El 3 de agosto de 1919 las tropas rumanas entraron en Budapest y los checoslovacos y yugoslavos también se afianzaron en sus posiciones en territorio húngaro. Las protestas de los aliados no sirvieron para nada. Ni los gobiernos que siguieron a la caída de la República de los Consejos, ni las fuerzas de Horthy, todavía insuficientes, podían, sin embargo, hacer nada en contra de los ejércitos de estos tres países y la Entente tampoco disponía de fuerza alguna para imponer su voluntad y un mínimo de orden en el país. Los rumanos, que ahora ocupaban ya gran parte del Transdanubio, o sea la mayor parte de Hungría, saqueaban lo que podían: «teléfonos, sementales de gran valor, coches de bomberos, zapatos, automóviles, cereales, ganado y hasta vagones y locomotoras desparecían hacia el este».[49]

46. Sobre las fronteras de Hungría con Checoeslovaquia: F. Eiler, D. Hájková *et al.*, *Czech and Hungarian minority police in Central Europe 1918-1938*, Cover design Ondrej Hules, Praga-Budapest, 2009.
47. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 329, 332 y 335.
48. I. Romsics, *Magyarország története a XX…*, *op. cit.*, p. 103.
49. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 332-337.

En noviembre, los aliados, principalmente Gran Bretaña y Francia, ya estaban hartos de la situación y ordenaron a las tropas checoslovacas, rumanas y yugoslavas que se retiraran de los territorios designados como húngaros según los términos de paz previamente acordados con ellos. Ávidos de contar con un gobierno húngaro con capacidad de negociar, los aliados apostaron por el almirante Miklós Horthy, quien el 16 de noviembre de 1919, entró a Budapest al frente de su Ejército Nacional montado en un caballo blanco en una escena que se hizo célebre.[50]

El acto final: el Tratado de Trianon

Finalmente, con un gobierno que parecía un poco más estable, los húngaros fueron invitados a París el 1 de diciembre de 1919. La delegación, liderada por el conde Albert Apponyi, un viejo aristócrata de rancio abolengo y extremadamente culto, llegó a París a mediados de enero de 1920.[51] Al cabo de unos días les remitieron los términos del tratado de paz, una amplia documentación de catorce capítulos que confirmó las expectativas más pesimistas, con las fronteras previamente fijadas y acordadas con los países limítrofes. Así, el tratado otorgó a Rumanía toda la Transilvania, la franja oriental de la Llanura Húngara (el Partium) y la parte oriental del Banato. El nuevo estado yugoslavo recibió, aparte de Croacia y Eslovenia, la parte occidental del Banato, la mayor parte de la Bácska/Bačka y el Muravidék/Prekmurje, mientras que Checoslovaquia se anexionó toda la Hungría septentrional al norte del Danubio y del río Ipoly y la Rutenia subcarpática e incluso Austria recibió la franja occidental de población germanoparlante, el actual Burgenland.[52] Más que un acuerdo de paz se trataba

50. Véase fotografía de la entrada del almirante Miklós Horthy en Budapest en su famoso caballo blanco en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:HorthyReceived.jpg> [consultado el 23/4/2019].

51. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 333-334. Véase la fotografía del conde Apponyi delante del Palacio Orsay de París el 15 de enero de 1920 en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Le_comte_Apponyi,_chef_de_la_d%C3%A9l%C3%A9gation_hongroise,_arrive_au_quai_d%27Orsay_pour_la_remise_du_trait%C3%A9_de_paix.jpg> [consultado el 23/4/2019].

52. Véase mapa de las consecuencias territoriales y demográficas del Tratado de

de un *dictado*, es decir, una imposición en toda regla. Además, Hungría no tenía prácticamente nada con lo que negociar.

Apponyi fue informado por el mismo Clemenceau que el día siguiente podía hacer una declaración, pero que no habría negociaciones verbales, solo escritas. Su declaración, en la que resumió la postura húngara fue, según todos los presentes, una auténtica proeza: empezó en un perfecto francés, cambió a un impecable inglés y acabó en un no menos intachable italiano. Expuso que Hungría sería castigada más severamente que cualquier otro país vencido y reclamó una aplicación correcta y justa del principio de autodeterminación y la celebración de plebiscitos en los territorios separados de Hungría. Cometió, no obstante, un desliz importante, quejándose de que los húngaros estarían condenados a vivir bajo «civilizaciones inferiores».[53]

La delegación húngara elaboró numerosas notas de respuesta con amplios apéndices estadísticos y cartográficos bajo la dirección del profesor de geografía (y futuro primer ministro), el conde Pál Teleki, que aportaron numerosos argumentos contra las propuestas de las nuevas fronteras, entre ellas un mapa étnico, el célebre «mapa rojo de Teleki» que mostraba los amplios territorios de población mayoritariamente húngara separados de Hungría por el tratado.[54]

El discurso de Apponyi y las notas húngaras no quedaron totalmente sin efecto. Los primeros ministros de Gran Bretaña y de Italia, Lloyd George y Nitti propusieron una reconsideración de las fronteras húngaras sin partidismos, en base a la información disponible. Según cita Ormos en base a una acta británica,[55] Lloyd George se dirigió al diplomático Philippe Berthelot, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores francés: «¿Realmente piensa el Sr. Berthelot que

Trianon en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Magyarorszag_1920.png> [consultado el 23/4/2019].

53. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, p. 269. G. Hamza, «Traité de Paix de Trianon et la protection des minorités en Hongrie», *AFDUDC*, 11, 2007, pp. 349-357.

54. Sobre la controvertida figura de Pal Teleki: B. Ablonczy, *Pal Teleki 1879-1941. The life of a controversial hungarian politician*, Wayne, New Jersey, Center For Hungarian Studies and Publications, Inc., 2006. Véase el «mapa rojo» del conde Teleki, el mapa etnográfico de la Hungría histórica en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Ethnographic_map_of_hungary_1910_by_teleki_carte_rouge.jpg> [consultado el 7/3/2019].

55. M. Ormos, *Padovától Trianonig…*, *op. cit.*, p. 381.

habría paz en Europa Central si se averiguara que las quejas de los húngaros eran fundadas y que entregaron comunidades húngaras enteras a Checoslovaquia y a Transilvania como si fueran ganado simplemente porque la conferencia rechazaba el examen del caso húngaro?».[56]

Todo ello generó cierta discusión, pero sin resultado palpable alguno. Se convino, finalmente, bajo la presión de los franceses, que las fronteras de Hungría ya habían estado formalizadas definitivamente y que no había lugar a ningún tipo de reconsideración. Por presión británica, se llegó a un compromiso simbólico sobre la posibilidad de celebrar plebiscitos que no se incluyó en el texto del tratado, sino en una carta de acompañamiento (*lettre d'envoi*) firmada por el primer ministro Millerand, que sustituyó a Clemenceau como presidente de la Conferencia de Paz, ya que, tal y como le espetó un diplomático británico a Károlyi en 1919: «Los gobiernos de la Entente tenían asuntos mucho más importantes de que preocuparse que el destino de diez millones de húngaros».[57]

Después de recibir el texto definitivo del tratado de paz, la delegación húngara volvió a Budapest y dimitió el 19 de mayo de 1920. A pesar de considerarlo profundamente injusto, recomendaron su firma por la debilidad y aislamiento internacional de Hungría. El acto de la firma tuvo lugar el día 4 de junio de 1920 en el palacio de Grand Trianon. Los firmantes eran dos políticos de segunda fila que no querían seguir en la vida pública: el ministro de bienestar público Ágoston Benárd y el embajador Alfréd Drasche-Lázár.[58]

56. I. Romsics, *Magyarország története a xx…*, *op. cit.*, p. 92.
57. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, p. 269.
58. V. L. Tamas, «A Trianoni Diktátum Aláírója: a Miniszter Bérnard Ágoston», en <http://acta.bibl.u-szeged.hu/29810/1/kek_010_067-079.pdf>, pp. 67-79 [consultado el 10/11/2019]. Véase la fotografía de la llegada de la delegación húngara para la firma del Tratado de Trianon en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Signature_de_la_Paix_avec_la_Hongrie,_en_t%C3%AAte_Ben%C3%A1rd_%C3%81gost_hongrois(passant_devant_un_piquet_d%27honneur_%C3%A0_Versailles).jpg> [consultado el 2/6/2019].

Los traumas de Trianon: la *patología nacional*, los irredentismos del sur y del este, la voluntad impuesta de los vencedores y la incompetencia de los gobiernos revolucionarios húngaros

Como hemos dicho en la introducción, el Tratado de Trianon representó un auténtico trauma nacional para los húngaros, principalmente por la separación forzada de unos tres millones de compatriotas de la nueva Hungría, gran parte ellos al otro lado mismo de las fronteras. Este choque emocional, que causó una verdadera «patología» nacional, hizo proliferar todo tipo de explicaciones a menudo rimbombantes y expiatorias de culpas, muchas de ellas aún presentes en la opinión pública húngara. Al mismo tiempo, la historiografía húngara ha desarrollado un esquema explicativo racional que tiene hoy en día crédito no solamente en Hungría sino también en el mundo académico internacional. Según este esquema, Trianon y la desintegración de la *Hungría histórica* se debía a la confluencia de cuatro factores principales.[59]

El primero de estos factores, y quizás el más importante, fue el carácter plurinacional de la monarquía Austro-Húngara y dentro de ella, de la propia Hungría. Ya en las últimas décadas del siglo XIX quedaba cada vez más claro que la construcción dualista de Austria-Hungría como dos naciones-estado no era la más adecuada para el funcionamiento de un estado plurinacional y plurirreligioso en la época de los nacionalismos modernos. Mientras que la parte austríaca dejaba cierto espacio al particularismo provincial, la élite política de Hungría se aferraba a un estado unitario después de su restitución por el Compromiso de 1867. Las reivindicaciones de autonomía territorial de las nacionalidades fueron rechazadas por el régimen húngaro de forma categórica. Éste, además, mantuvo el húngaro como la lengua exclusiva no solamente de la legislación y del gobierno, sino también de la administración. Por ello, todas estas nacionalidades optaron por su emancipación y separación de Hungría cuando ésta resultó ser perdedora de la Primera Guerra Mundial.

59. I. Romsics, «Trianon», *BBC History*, junio de 2013, pp. 138-143, 138-140. <http://egyetemi.hu/fajlok/tortenelem/BBC_Trianon.pdf> [consultado el 11/11/2018]. S. Bottoni, «The debate over Hungarian national unity from Trianon to the «Status Law» (1920-2001)», en <http://users.ox.ac.uk/~oaces/conference/papers/Stefano_Bottoni.pdf> [consultado el 10/11/2019].

En definitiva, las élites húngaras no se dieron cuenta del cambio de los tiempos, la aparición del principio de autodeterminación de los pueblos como nuevo principio para la formación de estados. Por consiguiente, el principio monárquico de la «santa corona» (de la que dichas élites se sentían los únicos representantes) perdió toda su legitimidad al final de la Primera Guerra Mundial. Ahora bien, valga decir que los nuevos estados creados por el Tratado de Trianon iban a tener el mismo carácter plurinacional que la *Hungría histórica* en los cuales, siendo gobernados por unas nuevas élites ultranacionalistas, los derechos de las minorías a menudo serían también bastante menos respetados que en la Hungría de la monarquía dual.

Como segundo factor, se suele considerar la política irredentista de los estados formados en la segunda mitad del siglo XIX en las fronteras sur y este de la monarquía, Italia, Serbia y Rumanía. Estos países tenían claras reivindicaciones territoriales con respecto a la monarquía austrohúngara para conseguir los territorios donde vivían poblaciones pertenecientes a sus naciones. Estos anhelos irredentistas tuvieron buena acogida por parte de la Entente durante la Gran Guerra. Serbia ya contaba con el apoyo de los aliados desde el primer día de la guerra y ya en 1914 manifestó su deseo de transformar Serbia en un gran estado para todos los eslavos del sur, o sea, serbios, croatas y eslovenos. Fue también el irredentismo el que hizo cambiar a Italia de bando y que Rumanía se aliase con la Entente, mediante los tratados secretos ya citados de Londres, de 1915, y de Bucarest, de 1916, respectivamente. Estos compromisos previamente adquiridos por parte de la Entente decantaron la balanza a favor de estos aliados en el momento de dibujar las fronteras de Hungría (y de Austria) aunque, como se ha comentado, los aliados no cumplieron estrictamente lo acordado en todos los casos, por ejemplo, en el caso de Rumanía, alegando que ésta rompió el tratado acordando una paz separada con Alemania.

El tercer factor que tuvo mucho peso en la configuración de la Europa posterior a la guerra fue la voluntad de las potencias vencedoras. En la primera mitad de la guerra, tanto Londres como París y Washington aún dudaban sobre cuál sería la mejor solución para el futuro de la monarquía dual: conservarla en forma de una federación moderna o transformarla en un conjunto de pequeños estados-nación. Al salir Rusia de la Entente mediante su paz separada con Alemania el 3 de marzo de 1918 y al constatar la creciente cooperación entre Ale-

mania y Austria-Hungría, la cual amenazaba con convertirse en un potente eje Berlín-Viena-Budapest y una influencia que abarcaría toda Europa desde el Mar del Norte hasta el mar Negro, los vencedores se decantaron por la creación de unos estados-nación que esperaban que fuesen aliados y que, según sus expectativas, evitasen tanto la expansión bolchevique hacia el oeste como la alemana hacia el este. A partir de este momento, por tanto, la cuestión que quedaba por decidir era cómo establecer las fronteras de los nuevos estados.

Finalmente, se suele mencionar como cuarta causa de Trianon la incompetencia de los gobiernos revolucionarios húngaros. Esto quiere decir que el gobierno Károlyi confió en la ecuanimidad de la Entente y renunció a la aplicación de la fuerza contra los eslovacos, serbios y rumanos. Por esta aparente debilidad, Károlyi se convirtió en el principal chivo expiatorio de Trianon, principalmente en el período de entreguerras y, en cierta medida, aún hoy. Sin embargo, es difícil discernir hoy si una política de rearme para, por lo menos, defender los territorios de población húngara hubiera cambiado la decisión de la Conferencia de Paz de París.

El ejemplo de Turquía contra el dictamen del Tratado de Sèvres muestra que el empleo de la fuerza podía dar resultados. Sin embargo, las diferencias geográficas, demográficas y geopolíticas entre los dos países (Hungría estaba enormemente debilitada y habría tenido que luchar en tres frentes simultáneos) plantea serias dudas sobre esta comparación. En cualquier caso, es un hecho que la República soviética, tampoco consiguió ningún resultado con el empleo de la fuerza militar: aunque tuviera éxitos considerables contra los checos, sucumbió cuando lucho contra los rumanos. A menudo se baraja también la hipótesis de que la toma de poder de los bolcheviques húngaros y la proclamación de la República soviética influyera decisivamente en la definición de las fronteras de Hungría.[60] Sin embargo, como demuestran los estudios más recientes, basados en el análisis de los archivos políticos y militares, principalmente franceses, la decisión ya estaba tomada a principios de marzo de 1919 y acordada con los países de la Pequeña Entente.[61]

60. H. Temperley, «How the Hungarian Frontiers Were Drawn», *Foreign Affairs*, 6 (1928), p. 2.
61. *Ibid*. M. Ormos, *Padovától Trianonig…*, *op. cit*.

Las secuelas del síndrome Trianon: del irredentismo de entreguerras a la ópera rock *Trianon*

Como se ha dicho anteriormente, la consecuencia más dolorosa del Tratado de Trianon para la sociedad húngara fue que más de tres millones de húngaros, la tercera parte de todos los que vivían en la Hungría de la monarquía dual,[62] habían de cambiar forzosamente de país y convertirse en ciudadanos de nuevos estados donde, además, se encontraron con la hostilidad de unos nacionalismos implacables.

TABLA 1. Reparto de territorios y poblaciones de la Hungría histórica entre los estados sucesores

	Superficie		*Población (1910)*			
Nuevos estados	*km²*	*%*	*total*	*%*	*Húngaros*	*%*
Rumanía	102.813	31,6	5.238.000	25,1	1.654.000	31,6
Estado de Eslovenos, Croatas y Serbios	63.370	19,5	4.150.000	19,9	466.000	11,2
Checoslovaquia	61.646	18,9	3.517.000	16,8	1.068.000	30,4
Austria	4.020	1,2	293.000	1,4	26.000	8,9
Polonia	589	0,2	25.000	0,1	–	–
Fiume (después de 1924, Italia)	21	0,0	50.000	0,2	7.000	13,0
Total estados sucesores	232.459	71,4	13.271.000	63,5	3.221.000	24,3
Hungría «truncada»	92.952	28,6	7.615.000	36,5	6.732.000	88,4
Total Hungría histórica	325.411	100,0	20.886.000	100,0	9.953.000	47,7

Elaboración propia a base de Hajdú Z., «Történeti és földrajzi folyamatok (Procesos históricos y geográficos)», en: Kocsis, K. y Schweitzer, F. (eds.), Magyarország térképekben (Hungría en mapas). Budapest: Magyar Tudományos Akadémia, Földrajztudományi Kutatóintézet (Academia de Ciencias Húngara, Instituto de Investigación de Ciencias Geográficas), 2011, p. 27. <http://www.mtafki.hu/konyvtar/Magyarorszag/Magyarorszag_terkepekben_Torteneti_foldrajzi_folyamatok.pdf> [consultado el 7/4/2019].

Tal y como apunta Bibó en su gran ensayo teórico sobre autodeterminación:

62. Véase mapa de las consecuencias territoriales y demográficas del Tratado de Trianon en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Magyarorszag_1920.png> (consultado el 23/4/2019). Véase la tabla 1.

> si Wilson hubiese tenido más interés y energía para llevar a buen término [...] la aplicación consecuente del principio de autodeterminación, [...] se habría podido evitar o suavizar la gran histeria alemana, la pequeña histeria húngara y las otras megalomanías nacionales grandes y pequeñas, y casi seguramente no se habría producido el fascismo de dimensiones europeas y la segunda guerra mundial.[63]

Pero no pudo ser y la «pequeña histeria húngara» marcó el camino de Hungría hacia las alianzas fatales de la Segunda Guerra Mundial, a una nueva tragedia y al enquistamiento definitivo del problema de Trianon.

La élite húngara de los años 1930, la denominada era Horthy, percibió Trianon como una equivocación histórica y una injusticia total, y su respuesta era un rechazo rotundo. Sin embargo, en vez de reclamar la revisión de las fronteras para permitir la reunificación de las comunidades húngaras separadas, de acuerdo con los principios de autodeterminación, el objetivo único del régimen fue la restauración de la *Hungría histórica*. Para justificarla, los historiadores del régimen elaboraron todo un entramado de teorías que se basaban en la primacía de los húngaros en la cuenca de los Cárpatos y, por consiguiente, en el «derecho histórico» exclusivo sobre el territorio de la Gran Hungría. Se resaltaba la «superioridad cultural» de los húngaros sobre los demás pueblos de la región basada en su «excepcional capacidad organizativa». Otro de los principales argumentos para justificar la restauración fue el llamado «ideal de estado de San Esteban» que permitiría la convivencia pacífica de todas las nacionalidades por la que abogaba el santo rey en sus admoniciones a su hijo, San Emerico.[64]

Todo ello hizo que el régimen se deslizara hacia planteamientos cada vez más radicales y alejados de los principios democráticos y que el país poco a poco se acercara a la otra gran potencia revisionista, la Alemania de Hitler. Después de que el acuerdo de Múnich dejó

63. I. Bibó, «*A nemzetközi államszövetség* bénultsága és annak orvosságai: önrendelkezés, nagyhatalmi egyetértés, politikai döntőbíráskodás», en I. Bibó, *István összegyűjtött munkái*. István Kemény y Mátyás Sárközi (eds.), 4 tomos, Európai Magyar Protestáns Szabadegyetem kiadása, Bern, 1981, p. 996.
64. I. Romsics, «Trianon és a magyar politikai gondolkodás, en *Magyarország felbomlása és a trianoni békeszerződés a magyar és szlovák kollektív emlékezetben, 1918-2010*, Limes, Tatabánya, 2010, 4, pp. 7-16.

Checoslovaquia sola y expuesta a Hitler, Hungría reclamó el territorio de Eslovaquia poblada por húngaros y toda la Rutenia. Esto fue el Primer Arbitraje de Viena en el mismo año 1938. En 1940, mediante el Segundo Arbitraje de Viena, Hungría recuperó dos quintas partes de Transilvania y parte del Banato, y en 1941, con ocasión de la ocupación alemana de Yugoslavia, se anexionó la Voivodina (Bácska/Bačka y la parte yugoslava del Banato). Todo ello no tenía nada que ver con la restauración de la *Hungría histórica* sino más bien con los territorios de población húngara, es decir, bastante acordes con el principio de autodeterminación, eso sí, con algunos «añadidos».[65] Aun así, teniendo en cuenta que fue Hitler quien orquestó estos arbitrajes, estos territorios recuperados fueron otra vez perdidos, ya que los aliados restauraron las fronteras de Trianon y las ratificaron en la Conferencia de Paz de París de 1947.

En los años oscuros del estalinismo, de 1948 a 1956, el tema de Trianon simplemente no existía en el vocabulario de la política húngara, ya que toda la cuestión nacional fue interpretada como un caso particular de la explotación capitalista-burguesa. Después de la revolución de 1956, el régimen de János Kádár empezó su andadura en un aislamiento internacional considerable por lo que su objetivo principal era conseguir la confianza de los países socialistas incluso al precio de abandonar a las comunidades húngaras de los países vecinos a su suerte, ya que la política oficial consideró el tema de las minorías un asunto interno de los países «amigos».

La situación empezó a cambiar a finales de los años sesenta del siglo XX, en relación con la situación de los húngaros de Transilvania debido a que el régimen de Ceauşescu desarrollaba una política exterior independiente de Moscú. Kádár expresaba ciertas críticas al respecto, pero no extendía esta crítica a los húngaros de Checosovaquia, Yugoslavia y la Unión Soviética (Ucrania), aunque en estos países tampoco había muchos motivos para ser optimista. En 1975, con ocasión de la Conferencia de Helsinki, Kádár explicitó, por primera vez, la problemática de Trianon y de las comunidades húngaras más allá de las fronteras. El documento final de la Conferencia de Helsinki estableciendo la inviolabilidad de las fronteras satisfizo finalmente a todo

65. M. Macmillan, *Paris 1919: Six Months…*, *op. cit.*, p. 270.

el mundo. Al mismo tiempo, Hungría puso en marcha una política favorable al reconocimiento de los derechos culturales de las minorías de Hungría que, salvo Yugoslavia, no tuvo ninguna respuesta de los demás países vecinos. Como fruto de estos procesos, en los años ochenta del siglo XX, se planteó por primera vez, por húngaros transilvanos, la reivindicación del autogobierno de territorios de mayoría húngara, principalmente la Tierra Sícula o Székelyföld, adoptado del término latín *Terra Siculorum*; y de aquí, sículos e incluso Siculia.

Como signo de los nuevos tiempos, los gobiernos posteriores al cambio político de 1989, con la caída del bloque soviético, abandonaron completamente el irredentismo del período de entreguerras, pero mantenían el apoyo a las comunidades húngaras de los países vecinos incluyendo, en su caso, sus reclamaciones de derechos de autogobierno. Había evidentemente una resurrección de la idea de la *Hungría histórica* de San Esteban por parte de ciertos partidos y grupos de derecha radical, pero esta ideología no fue adoptada oficialmente por ningún gobierno posterior al cambio de régimen, ni siquiera por el del populista Viktor Orbán, quien ha desarrollado una política de apoyo explícito a ciertas comunidades, sobre todo la de los sículos (székelyek), una comunidad de más de seiscientas mil personas que vive en una zona étnicamente compacta en el sureste de Transilvania, siendo, de hecho, la única minoría de toda Europa oriental que ha puesto en marcha un proceso de autodeterminación para reclamar la autonomía política y territorial dentro de Rumanía. Como manifestación de este apoyo (y de su confrontación con Bruselas), la bandera sícula ondea, desde hace unos años, en la fachada del Parlamento de Budapest, sustituyendo incluso a la bandera europea.[66]

A pesar de las posturas gubernamentales de la Hungría actual, encuestas sociológicas señalan que una parte importante de los húngaros no ha podido asimilar la desintegración del país y la separación de las comunidades nacionales (lingüísticas) húngaras, ni siquiera cien años después de Trianon. Aunque, teóricamente, la integración europea podría ayudar, es difícil que se produzca una solución genero-

66. S. Fernández Riquelme y M. Csesznecky, «Hungría y la construcción histórica de la identidad. Del lenguaje al discurso», *La Razón Histórica*, n.º 36, 2017, pp. 1-32. Véase fotografía de la bandera sícula en la fachada del Parlamento húngaro en Budapest en <https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Sz%C3%A9kely_flag_(1).JPG> [consultado el 23/4/2019].

sa, es decir, mutuamente aceptable del problema. Una expresión de la supervivencia del síndrome Trianon es la celebración de una ópera rock titulada, ni más, ni menos, *Trianon*, en la Plaza de los Héroes de Budapest, un monumento a la grandeza de la *Hungría histórica*, los días 22 y 23 de junio de 2018.[67]

Conclusiones

Es más que obvio que, entre los tratados de paz que cerraron la Primera Guerra Mundial, el más injusto fue el de Trianon desde el punto de vista territorial. Ahora bien, ¿qué se podía esperar? Se trataba de un país derrotado, un país sin ejército, un país en descomposición, debilitado, sumido en una crisis política, económica y social sin precedentes, pero también un país equivocado sobre el momento histórico y sobre las reglas del juego que ya no se basaban en la integridad territorial de estados históricos, por mucho que les hubiese costado conseguirla, sino de autodeterminación de pueblos.

Se podría decir que la Conferencia de Paz desatendió el principio de autodeterminación de los pueblos en el caso de Hungría, separando más de tres millones de húngaros, una tercera parte de todos ellos, del futuro estado-nacional. Aun así, viendo los acontecimientos de 1919 y la voracidad de los vecinos convertidos en «miniimperialistas», la solución habría podido ser peor: la desaparición de Hungría como estado, a semejanza de los kurdos de Oriente Medio, y está claro que fue la Conferencia de Paz la que evitó esta posibilidad.

También es cierto que la tergiversación del principio de autodeterminación en el establecimiento de las nuevas fronteras contribuyó al síndrome Trianon y alimentó a la «pequeña histeria húngara», que hizo que Hungría se alineara con el nazismo de una manera clara e

67. S. A., «"Rocking the nation": the popular culture of neo-nationalism», en <http://real.mtak.hu/47634/1/Music_Neo_nationalism_2Revised_NatNat_MF_u.pdf> [consultado el 10/11/2019]. Véase el anuncio de la ópera rock Trianon extraído en <https://magyarteatrum.hu/trianon-rockopera-penteken-es-szombaton-hosok-teren/>; y la fotografía de la opera rock realizada en la Plaza de los Héroes de Budapest en <https://24.hu/kultura/2018/06/23/nemzeti-szinu-lsd-re-ittunk-szatmari-szilvat-a-hosok-teren/> [consultados el 2/6/2019].

inequívoca convirtiéndose en el «último satélite de Hitler». Habida cuenta de que, persiguiendo los sueños del «imperio perdido», Hungría se situó en el lado equivocado por segunda vez, el Tratado de París confirmó las fronteras de Hungría que, por muy injustas que hubiesen sido, ahora, cien años después de Trianon, resultan ser inalterables.

Por ello, lo único que le queda a Hungría es lo que ya dijo el gran pensador político, István Bibó, en un ensayo escrito en 1946, justo antes del Tratado de París:

> todo nuestro esfuerzo debe estar concentrado en que una futura Hungría pueda dar un ejemplo de lealtad y moderación entre los pueblos pequeños. Si no queremos ser cogidos en el vórtice del odio mutuo e interminable, esto ha de ser comenzado por aquél que tiene la posibilidad de hacerlo. [...] Nuestra tarea es prepararnos tanto mental como físicamente para el tratado de paz sin reservas. Tenemos, sin embargo, una única reserva: no podemos quedarnos indiferentes por el destino de los húngaros del otro lado de la frontera.[68]

A pesar de todo su populismo, este consejo lo ha seguido incluso un político tan radical y singular como Viktor Orbán, aunque, bien es cierto, que su apoyo a las comunidades húngaras de más allá de las fronteras no provoca ningún entusiasmo a los gobernantes de Rumanía y de Eslovaquia.

68. I. Bibó, «*A nemzetközi államszövetség…*», *op. cit.*, p. 199; I. Bibó, «The Peace and Hungarian Democracy», en I. Z. Dénes, *The Art of Peacemaking: Political Essays by István Bibó*, Yale University Press, New Haven-Londres, pp. 181-198.

9.
El Tratado de Sèvres y la mutilación del Enfermo de Europa

Diego Mora
GRENS UPF*

El presente capítulo tiene como objetivo explicar la Segunda y la Tercera parte (secciones I a VIII) del Tratado de Sèvres que tratan, tras su derrota en la Gran Guerra, sobre las cuestiones políticas y territoriales que los Aliados y el Imperio otomano negociaron para el establecimiento de la paz, así como la manera en que se llegaron a la redacción de dichos artículos. El acuerdo de Sèvres nunca se aplicó completamente debido a los motivos que serán expuestos a lo largo de estas páginas. Sin embargo, Sèvres certificó el inicio de un nuevo orden territorial en Próximo y Medio Oriente fruto del desmembramiento del extinto Imperio otomano.[1]

Para entender los puntos acordados y firmados por las partes implicadas en Sèvres hay que comprender la situación en qué se encontraban los beligerantes de la Gran Guerra cuando llegaron a la Conferencia de Paz. El 30 de octubre de 1918, el Imperio otomano firmó el armisticio de Mudros con los británicos, finalizando de esta manera su participación en la Primera Guerra Mundial; un Imperio otomano que no había tenido descanso desde 1911, con el inicio de la

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp. 463-479. Véase también S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d’ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 229-251.

guerra italo-otomana por Tripolitania.[2] Dos días después de haber firmado el armisticio, Mehmet Taalat, Ismail Enver y Ahmet Cemal, los principales dirigentes del gobierno del Comité de Unión y Progreso (CUP), el partido político gobernante en los años previos y durante la guerra, huyeron a Berlín,[3] El 21 de diciembre de 1918 el Sultán disolvió el Parlamento y permitió al nuevo ejecutivo gobernar mediante decreto. Los aliados de la Entente permitieron no solo la continuidad del nuevo gobierno presidido por Tevfik Paşa, sino también la del Sultán-Califa, al que la oposición le llamaría el sultán de los ingleses.[4] Con el cierre del Parlamento se acabó una etapa de medidas progresistas, volviendo las fuerzas conservadoras a tomar el control y así restaurar el poder del *ulema*. En consecuencia, los religiosos recuperaron el control de las escuelas, las cortes y el Şeyhülislam. Éste era un cargo de prestigio con capacidad de gobierno sobre el ámbito religioso.[5]

En el armisticio de Mudros los británicos prometieron que Estambul no sería ocupada y que ni italianos ni griegos desembarcarían en la capital.[6] Entre el 12 y el 13 de noviembre de 1918, la flota aliada de la Entente había limpiado las minas del estrecho de los Dardanelos y el almirante británico Calthorpe tomó posesión del mandato de las potencias victoriosas de Constantinopla.[7] Los franceses desembarcaron en la orilla norte de los estrechos el 15 de noviembre de 1918, sustituyendo a los británicos.[8] De manera no oficial, los vencedores dividieron en esferas de influencia la capital otomana; una ciudad sumida en el caos, se deshicieron de la policía remplazándola por sus

2. R. Gerwarth, *The Vanquished. Why the First World War Failed to End, 1917-1923*, Penguin Books, 2016, p. 55. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 238-241.
3. Para los años previos del gobierno del CUP: F. Ahmad, *The Young Turks. The Committe of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914*, Clarendon Press, Oxford, 1969. E. J. Zürcher, *The Young Turk legacy and nation building. From the Ottoman Empire to Atatürk's Turkey*, I.B.Tauris & Co Ltd., Londres-Nueva York, 2010.
4. F. Veiga, *El Turco. Diez Siglos a Las Puertas de Europa*, Debate, Barcelona, 2006, pp. 439-441.
5. S. J. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey, vol. II: Reform, Revolution and Republic: The Rise of Modern Turkey, 1808-1975*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997, p. 333.
6. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame*, Penguin Random House, 2015, p. 408.
7. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit.*, p. 385.
8. F. Veiga, *El Turco…*, *op. cit.*, pp. 436.

propios hombres, controlaron las comunicaciones y censuraron, tanto las noticias como la información.[9] Los británicos habían alargado las negociaciones del armisticio para que sus fuerzas pudieran tomar Mosul y Alepo.[10] Inmediatamente después de la firma del armisticio, en cumplimiento con el Tratado de Sykes-Picot, por el cual franceses y británicos se dividían en áreas de influencia los territorios otomanos en Oriente Medio,[11] los franceses ocuparon Cilicia y Adana el 21 de diciembre[12] y los Túneles de Taurus.[13]

El 19 de mayo de 1919, Mustafa Kemal alcanzó Samsun.[14] Kemal era el antiguo ayudante de campo del Sultán Mehmet VI Vahdettin,[15] y ostentaba en aquel momento el cargo de inspector del 9.º Ejército otomano, el cual agrupaba los cuerpos 15.º de Karabekir y el 3.º, computando unos diecisiete mil doscientos hombres en total. Con tales poderes se podía suponer la gran confianza que tenían en él tanto el Sultán como el Gran Visir.[16] Por esta razón, la historiografía ha debatido y debate sobre el doble papel que pudo haber jugado el sultán ante los aliados de la Entente: especialmente porque comandantes como Kemal y sus unidades de destino, fueron clave durante la guerra de la independencia turca contra la ocupación de los vencedores de la Gran Guerra.[17] Ciertamente, los primeros movimientos de Mustafa Kemal estuvieron dirigidos a reunir a las fuerzas locales de resistencia contra la ocupación extranjera. El 19 de junio de 1919, Kemal se reunió con distintos líderes para unirse a la lucha por la independencia, establecieron el Protocolo de Amasya, en la ciudad homónima, donde acordaron una estrategia común de resistencia turca contra la ocupación extranjera, además de defender la unidad nacional y el establecimien-

9. M. Macmillan, *Paris 1919. Six Months That Changed the World*, Random House, Nueva York, 2003, p. 372 y N. B. Criss, *Istanbul under Allied Occupation, 1918-1923*, Brill, Leiden, Boston, Köln, 1999.
10. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit*., p. 328.
11. J. Barr, *A Line in the Sand. Britain, France and the Struggle That Shaped the Middle East*, Simon & Sh., Londres, 2011. Véase también el *duelo franco británico* en el Oriente Próximo, S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit*., pp. 235-238.
12. A. Mango, *Atatürk*, John Murray, Londres, 1999, p. 193.
13. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit*., p. 328.
14. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit*., pp. 466-470, 533, 540-542, 546, 550-551, 553, 556-565.
15. N. Pope y P. Hugh, *Turkey Unveiled*, Overlook D., Londres, 2011, p. 53.
16. F. Veiga, *El Turco…*, *op. cit*., pp. 441-445.
17. N. Pope y P. Hugh, *Turkey Unveiled…*, *op. cit*., p. 53.

to de un Congreso para dirigir la política que debían llevar a cabo los nacionalistas.[18]

Paradójicamente, habían sido los británicos los que presionaron al Sultán para que enviara a alguien a disolver las fuerzas turcas movilizadas después del armisticio y fueron ellos mismos quienes también, después de que Mustafa Kemal llegase al interior de Anatolia, los que, el 23 de junio de 1919, le exigieron al Sultán su destitución. La resistencia turca liderada por Kemal convocó dos congresos, uno en Erzurum entre el 23 de julio y el 7 de agosto de 1919, y otro en Sivas,[19] entre el 4 y el 11 de septiembre. En ellos se reunieron tres representantes de cada una de las provincias de Turquía y formalizaron el nuevo poder nacionalista turco.[20] Mustafa Kemal fue elegido como presidente de los congresos y coordinador de la lucha nacional.[21] Con la celebración de ambos congresos se evidenciaba el hecho de que en Turquía existía un doble poder, uno en Estambul, liderado por el Sultán y otro en el interior de Anatolia liderado por Kemal y los nacionalistas turcos.

Los congresos tuvieron un gran impacto en Estambul. El nuevo Gran Visir, Damat Ferit Paşa, dimitió y fue sustituido por Ali Rıza Paşa, más abierto a entablar relaciones con los nacionalistas, que envió en octubre al ministro de Marina, Salıh Paşa, para negociar con Kemal. Las negociaciones se efectuaron en Amasya entre el 20 y el 22 de octubre de 1919, llegándose a un pacto cuyos acuerdos fueron conocidos como el Segundo Protocolo de Amasya.[22]

El gobierno de Estambul no ratificó los acuerdos de Erzurum ni los de Sivas y convocó nuevas elecciones para diciembre de 1919.[23] Para desgracia del gobierno, los nacionalistas obtuvieron la mayoría en las elecciones y se hacía más palpable aún la dualidad de poderes existentes.

18. S. J. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 344. S. Rivisi, *La constitución turca republicana*, fragmento de libro extraído de <https://dialnet.unirioja.es › articulo › 2129286>, pp. 127-130 [consultado el 12/11/2019].
19. Véanse las obras de M. Gologlu, *Erzurum Kongresi*, Ankara, Nüve Matbaası, 1968 y *Sivas Kongresi*, Basnur Matbaasi, Ankara, 1969.
20. F. Veiga, *El Turco…*, *op. cit.*, p. 446.
21. F. Ahmad, *The Making of Modern Turkey*, Routledge, Londres y Nueva York, 1993, p. 49.
22. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 346.
23. F. Veiga, *El Turco…*, *op. cit.*, p. 446.

El 12 de enero de 1920 se reunió en Estambul el nuevo Parlamento y el 28 de ese mismo mes ratificó los acuerdos tomados en Sivas transformándolo en el Pacto Nacional. El Gran Visir Ali Rıza Paşa fue obligado por las fuerzas de ocupación a condenar el movimiento nacionalista y, posteriormente, forzado a dimitir, el 3 de marzo. En su lugar fue puesto el mucho más maleable para los intereses de la Entente, principalmente británicos, Sâlih Hulûsi Paşa. Ante los acontecimientos que se iban sucediendo en la parte interior de Anatolia, el 15 de marzo de 1920, ciento cincuenta oficiales y funcionarios fueron detenidos por las fuerzas de ocupación y el 16 se declaró la ley marcial en Estambul. El Parlamento fue ocupado y clausurado por tropas británicas. El Şeyhülislam, Dürrizade Abdullah Efendi, declaró infieles a Mustafa Kemal y a sus seguidores, pensando que la población conservadora se rebelaría contra los seguidores de Kemal, y el gobierno sentenció a muerte a Mustafa Kemal *in absentia*. La ocupación oficial de Estambul fue hecha pública el 20 de marzo de 1920.[24]

El 17 de marzo de 1920, Kemal anunció las elecciones para la Gran Asamblea Nacional de Ankara, el órgano legislativo y ejecutivo encargado de gobernar las zonas controladas por los nacionalistas, y el 23 de abril de 1920 iniciaron la primera sesión. En el sudeste, en Cilicia, Francia con algunas bandas armenias se enfrentaba a los nacionalistas turcos, pero el 21 de enero de 1920 los turcos forzaron la rendición de una fuerza franco-armenia en Maras[25] y el 8 de febrero las tropas francesas fueron derrotadas de nuevo en Urfa.[26] El coste de mantener las tropas en Siria y Cilicia era prohibitivo para los franceses y después de los sucesos de enero éstos decidieron iniciar conversaciones con Mustafa Kemal, en Ankara, en un manifiesto incumplimiento del acuerdo de la Entente para la ocupación de Turquía.[27] Con esta atmosfera, el 17 de junio llegó la delegación otomana a la ciudad francesa de Sèvres para iniciar la ronda de negociaciones. La comi-

24. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, pp. 347-348. N. Pope y P. Hugh *Turkey Unveiled…*, *op. cit.*, pp. 55-56. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, p. 372 y F. Ahmad, *The Making of Modern Turkey…*, *op. cit.*, p. 48.
25. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame…*, *op. cit.*, pp. 433-441; D. Fromkin, *A Peace to End All Peace. The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*, Holt Paper, Nueva York, 2009, p. 407.
26. A. Mango, *Atatürk…*, *op. cit.*, p. 268.
27. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame…*, *op. cit.*, pp. 433-434.

sión estaba compuesta por Haadi Paşa, Riza Tevfik Bey y Rechad Haliss Bey.[28]

Los temas fundamentales que se pretendieron resolver en las conversaciones de Sèvres hacían referencia al papel de la capitalidad de Estambul, al control de los estrechos por parte de los vencedores, así como a la desintegración y redistribución territorial del Imperio otomano, en una aplicación sumamente contradictoria del principio de las nacionalidades. Puesto que mientras se debatía sobre el futuro de kurdos, armenios, árabes y judíos, entre otros, lo cierto es que se aplicaba a la Turquía anatólica una somera invasión política y comercial de su soberanía nacional.

El *derecho de usufructo* de la Entente sobre Constantinopla y los estrechos

La repartición de los territorios del Imperio otomano se acordó en la segunda parte del Tratado de Sèvres. Las fronteras de la futura Turquía se estipularon en el artículo 27. En éste se establecían las fronteras con Grecia y los mares circundantes (el Mar Negro y el Mar de Mármara), además de las fronteras con Siria, Mesopotamia y Persia. A partir de la III parte del Tratado se empiezan a dirimir las cuestiones vinculadas no solo con el reparto de los territorios del casi extinto Imperio otomano, sino también con las cuestiones referentes a la soberanía completa de aquellos territorios que formarían parte del nuevo estado de Turquía. En el artículo 36, se estableció que Estambul estaría bajo el gobierno turco y seguiría siendo la capital del nuevo estado, sin embargo, las «Potencias Vencedoras» se reservaban la potestad de intervenir en el caso de que los derechos raciales, religiosos o lingüísticos de las minorías fueran amenazados.[29]

Los derechos sobre el control de Estambul ya habían sido discutidos por la Entente durante la guerra. Los rusos pidieron la internacionalización de la ciudad y los estrechos, pero el fracaso de la cam-

28. L. Martin, *The Treaties of Peace 1919-1923*, vol. II, Carnege En., Nueva York, 1924, p. 792.
29. *Ibid.*, pp. 792-799.

paña de Galípoli debilitó la posición británica y francesa para oponerse a la ambición rusa. El 4 de marzo de 1916 se firmó el Acuerdo de Constantinopla por el que los rusos hubieran conseguido su antiguo sueño de controlar tanto Estambul —reconvertida en la antigua Constantinopla— como los estrechos en el caso de ganar la guerra.[30]

No obstante, este acuerdo fue anulado cuando la Rusia zarista se hundió tras las dos revoluciones republicanas de 1917, la de febrero y la de octubre, quedando, por lo tanto, anulado, circunstancia que propició un cambio en las aspiraciones británica y francesa respecto de Oriente Medio.

Otro punto caliente del Tratado de Sévres fue el de los estrechos. En la segunda sección del Tratado, a partir del artículo 37, se establecían las cuestiones que afectaban a los estrechos. En este artículo se estipula que los Dardanelos, el Mar de Mármara y el Bósforo permanecerían abiertos en caso de guerra o de paz sin distinción de bandera y las aguas no podrían estar sujetas a bloqueo. Con el objetivo de mantener la libertad de circulación en los estrechos, tanto el gobierno turco como el griego asumieron delegar la autoridad sobre los mismos a una denominada Comisión de los Estrechos, que, según el artículo 39, asumiría la autoridad sobre los Estrechos y los dos mares.[31] La composición de la Comisión de los Estrechos se definió en el artículo 40, y estaría formada por un representante de Estados Unidos (en el caso de que tuviera la voluntad de participar), del Imperio británico, Francia, Italia, Japón, Rusia (cuando formara parte de la Liga de las Naciones), Grecia, Rumanía, Bulgaria y Turquía. Los representantes de los primeros seis países mencionados tendrían dos votos, mientras que el resto tendría solo uno y el presidente de la Comisión sería rotatorio entre los miembros con dos votos. En el caso de que la Comisión encontrase que la libertad de circulación por los Estrechos se viera interferida enviarían tropas para garantizarla tal y como se establecía en el artículo 44 y en el 178 del Tratado.[32]

30. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans. The Great War in the Middle East*, Penguin Bo., 2016, p. 133.
31. L. Martin, *The Treaties of Peace…*, *op. cit.*, pp. 799-800. I. Kilic, *Britain's Kurdish Policy and Kurdistan 1918-1923*, A thesis submitted in fulfilment of the requirements of Degree of Master of Philosophy (MPhil) at the School of History of the University of East Anglia, 2018.
32. L. Martin, *The Treaties of Peace…*, *op. cit.*, pp. 800-806.

La desintegración territorial del Imperio otomano: kurdos y ortodoxos como arietes antiotomanos

Ciertamente, el otro gran tema que pretendía solucionar el Tratado de Sèvres fue el de la cuestión territorial y étnico-religiosa. Así, la Sección Tercera del Tratado intentó resolver la cuestión del Kurdistán. Una comisión formada por británicos, franceses e italianos, y «si hiciera falta con representantes kurdos y persas, se encargaría de examinar la zona para la creación de una región con gran autonomía llamada Kurdistán», tal y como se estipula entre los artículos 62 y 64.[33] Los máximos interesados en formar esta zona con gran autonomía eran los británicos para establecer un glacis de seguridad entre Turquía y las posesiones del Reino Unido en Mesopotamia en la que constituyeron Irak.[34]

Por otro lado, el Reino Unido utilizó a las comunidades griega y armenia (que tenían en común su filiación religiosa ortodoxa) frente a la otomano-musulmana con el objetivo de consolidar su fuerza en Turquía. Así, aprovechando esta circunstancia favorable, cuando se firmó el armisticio los griegos otomanos estaban exultantes por la restauración helénica. El patriarcado griego de Constantinopla envió una serie de reclamaciones a París para que Estambul volviese a manos griegas y volviese a ser Constantinopla.[35] Algunos griegos establecieron un semi-estado en la región del Ponto en los distritos de Samsun, Amasya y Sivas, con el beneplácito de los británicos que desembarcaron el 9 de marzo en Samsun con dirección a Merzifon.[36]

En abril de 1919, las tropas italianas desembarcaron en el puerto de Antalya y Marmaris penetrando hacia Burdun, tal y como se había establecido en el Tratado de St. Jean de Maurienne, de abril de 1917, por el que la ciudad de Izmir y su región circundante pasarían a manos italianas, ya que en la fecha del tratado los griegos aún no habían entrado en la guerra.[37]

Los meses previos al Tratado de Sèvres los italianos, sin embargo, habían perdido el favor de los británicos cuyo Primer Ministro,

33. *Ibid.*, p. 807.
34. F. Ahmad, *The Making of Modern Turkey…*, *op. cit.*, p. 46.
35. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, p. 372.
36. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 329.
37. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame…*, *op. cit.*, p. 424.

Lloyd George, prefería la opción griega para las zonas asignadas a los italianos. Cuando los británicos ocuparon las posiciones que entraban dentro de la zona de influencia italiana, en los meses posteriores al armisticio, éstos últimos se dirigieron hacia Izmir, lo que alarmó tanto a británicos como a griegos.[38]

El representante griego en las Conferencias de paz, el Primer Ministro Venizelos, veía en las citadas Conferencias la oportunidad histórica para materializar sus sueños nacionalistas.[39] La principal idea era la consolidación de la *Megali Idea*, es decir, la posesión del antiguo vilayet otomano de Aydin (Izmir y su región circundante), además de la totalidad de Tracia hasta lindar con Estambul. Para los griegos Izmir era la columna vertebral de sus reclamaciones, pues en esta metrópolis otomana vivían más griegos que en Atenas.

Para mostrar una imagen de líder conciliador, Venizelos estaba dispuesto a ceder el control del Dodecaneso controlado por Italia desde 1915 y a ratificar la pérdida del Epiro Norte. Fue durante la conferencia de París cuando se autorizó a los griegos para adquirir no solo la ciudad de Izmir y su zona circundante, sino también la mayor parte de la Tracia Oriental y la ciudad de Edirne, mientras que los ingleses tomaron la ciudad de Bursa. Los italianos, enfurecidos, desembarcaron en los puertos de Antalya, en Marmaris y en la isla de Rodas, para demostrar que no habían olvidado las promesas hechas por británicos y franceses en los años anteriores.

El 6 de mayo ante las acciones italianas se reunieron Lloyd George y Clemenceau en París para discutir sobre el avance italiano. Con el apoyo, de última hora, de Wilson el plan para parar a los italianos continuó adelante y el 14 de mayo de 1919 una armada británica, francesa y estadounidense llegó al puerto de Izmir. Al día siguiente las tropas griegas desembarcaron bajo el pretexto del artículo 7 del armisticio de Mudros, que permitía a los aliados intervenir en aquellas regiones donde su seguridad se viera amenazada. Lloyd George le preguntó al Primer Ministro griego en Londres, el 14 de junio de 1920, si las tropas griegas podrían hacer el trabajo por los ingleses.[40] Con la

38. F. Veiga, *El Turco…*, *op. cit.*, p. 437.
39. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 441-462.
40. R. Gerwarth, *The Vanquished…*, *op. cit.*, pp. 227-229. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 342. F. Veiga, *El Turco…*, *op. cit.*, p. 437, 442 y 449. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame…*, *op. cit.*, p. 447.

ofensiva del sudoeste conquistaron las ciudades de Alasehir, Balikesir, Bandirma y Bursa y en el norte la Tracia Oriental. La ofensiva concluyó el 27 de julio y únicamente la presión aliada evitó que los griegos tomaran Estambul. El 4 de agosto los griegos también capturaron Gallipoli.

Con el aislamiento italiano y la posición griega favorecida en Sèvres en la cuarta sección, se definió el futuro de Izmir y su territorio adyacente. Se obligaba a transferir este territorio al gobierno griego, que se encargaría de la administración del vilayet, pero bajo la soberanía de Turquía. Se crearía un Parlamento con una representación proporcional de la población por etnia, lengua y religión, tal como se determinó entre los artículos 65 y 82. También establecieron que en un período de cinco años se tendría que hacer un plebiscito en el que se decidiría la incorporación definitiva al reino de Grecia o su permanencia bajo soberanía turca. También Turquía renunciaba en los artículos del 84 al 87 a sus territorios en Europa a favor de Grecia.[41]

El otro actor cristiano ortodoxo fue el pueblo armenio. Durante las negociaciones para el armisticio de Mudros, los armenios fueron citados en dos ocasiones. La primera para realizar un juicio que depurase la responsabilidad por los crímenes que se produjeron contra la población armenia durante la guerra. La segunda, otorgaba a las potencias de la Entente el derecho a ocupar cualquiera de las seis provincias armenias en caso de desorden, estipulado en la cláusula 24 del Armisticio. El plan británico en lo referente a Armenia se empezó a diseñar en 1915 para crear los estados tapón tanto de Armenia como de Turquía como salvaguardas de la amenaza rusa. Aunque en 1920, cuando se firmó el Tratado, la Rusia zarista había desaparecido, afianzándose en la zona la amenaza del nuevo régimen bolchevique.[42]

Los armenios por su parte reivindicaron su completa independencia. El apoyo principal de éstos residía en el Reino Unido. Los franceses les habían apoyado inicialmente, pero se enfrentaron por la

41. L. Martin, *The Treaties of Peace…*, *op. cit.*, pp. 808-814.
42. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit.*, p. 382. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 327. A. A. Papian, «The arbitral award on Turkish-Armenian boundary by President of the USA Woodrow Wilson (Nov. 22, 1920) [Historical Background, Legal Aspects and International Dimensions]», *Fundamental Armenology*, n.º 1, 2015 <http://www.fundamentalarmenology.am/datas/pdfs/69.pdf> [consultado el 13/11/2019].

disputa por algunas zonas de Cilicia. En 1920 la recién nacida República de Armenia, con las fronteras establecidas en 1919 y el beneplácito británico, se dirigió a la conquista del este de Anatolia. Así en la sección sexta del Tratado de Sèvres, en su artículo 88, se obligaba a Turquía a reconocer a Armenia como un estado libre e independiente y se obligaba al Imperio otomano a transferir a los armenios la mayor parte de los vilayets de Erzurum, Trebizond, Van y Bitlis. La distribución se debía realizar mediante el arbitraje estadounidense, tal y como se explicaba entre los artículos 89 y 93.[43]

La desintegración territorial del Imperio otomano: los árabes de Mesopotamia, Siria y Palestina y el factor judío

Las posesiones árabes del Imperio otomano fueron un tema recurrente de las discusiones entre las potencias vencedoras durante la guerra y posteriormente. En 1915 Faysal, el hijo del Emir de la Meca, para obtener el apoyo de las sociedades árabes en el levantamiento contra los turcos, viajó a Siria dónde se entrevistó con diferentes sociedades.[44] Éstas, mediante el Protocolo de Damasco, definieron las fronteras naturales de la Gran Siria, un documento que Faysal llevó a su padre el Emir, el 23 de mayo de 1915, antes del inicio de la revuelta árabe y que era incompatible con las intenciones francesas acordadas secretamente con los británicos. El mes de marzo anterior, el gobierno francés había hecho público su interés por controlar Siria, el Golfo de Alexandretta y Cilicia. Este interés se concretó, en diciembre de 1915, en el acuerdo de Sykes-Picot.[45]

El acuerdo Sykes-Picot dividía Oriente Medio en áreas de influencia entre Francia y el Imperio británico. La parte francesa englo-

43. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame…*, *op. cit.*, p. 427. L. Martin, *The Treaties of Peace…*, *op. cit.*, pp. 814-816.
44. D. Fromkin, *A Peace to End All Peace…*, *op. cit.*, p. 175.
45. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit.*, pp. 280-283. K. Sorby Jr., «Arab nationalism afterthe Young Turk revolution (1908-1914)», *Asian and African Studies*, 14, 2005, 1, pp. 4-21. D. Fromkin, *A Peace to End All Peace…*, *op. cit.*, p. 175. Sobre el nacionalismo árabe véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 241-244.

baba las ciudades sirias de Alepo, Homs, Hama y Damasco, además de la ciudad mesopotámica de Mosul. Los británicos controlarían desde el Sinaí y las tierras del norte de la Península Arábiga hasta Mesopotamia. En Palestina se acordó un control internacional de la región, un «Condominio Internacional», debido al crecimiento de la inmigración de judíos a la zona que experimentó un auge significativo desde 1905 influido por el sionismo. El 2 de noviembre de 1917 el Secretario de Exteriores Británico hizo pública la declaración que llevaría su nombre por la cual el gobierno británico era partidario del establecimiento de un «hogar nacional» para el pueblo judío. Fue la conocida como Declaración Balfour, fruto de muchos años de actuación de los sionistas como grupo de presión, principalmente por parte de Chaim Weizmann, el futuro presidente del Estado de Israel.[46]

Los acuerdos secretos franco británicos sobre el Próximo y el Medio Oriente nada tenían que ver con lo que pretendían los dirigentes árabes. Faysal reclamó la independencia total de la Gran Siria, compuesta por los actuales Estados de Siria, Líbano, Jordania, además del Hedjaz bajo el reinado de su padre y, a cambio, aceptaba la mediación internacional en Palestina para resolver el conflicto entre los árabes y las aspiraciones sionistas.[47] Para ganarse el favor británico, el 3 de enero de 1919 firmó un acuerdo con los sionistas por el cual les daba la bienvenida a Palestina.[48] Faysal no contaba con el apoyo británico, pues estos dependían de la aprobación francesa para no poner en riesgo sus intereses tanto en Mesopotamia como en Palestina y éste tuvo que negociar con los franceses.[49]

A pesar de la animadversión entre ambos, los franceses aceptaron a Faysal como gobernador de Damasco, mientras pudiese mantener el orden. Los franceses detestaban al nacionalismo árabe, pero lo

46. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit.*, pp. 286 y 349. R. Gerwarth, *The Vanquished…*, *op. cit.*, p. 183. Para Chaim Weizmann y la Declaración Balfour: J. B. Culla, *Breve historia del sionismo*, Madrid, 2009, pp. 108-130. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 490, 514-517, 520-527 y 529-532. Sobre los orígenes de Israel véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 241-246.
47. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit.*, p. 399. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit.*, pp. 292, 487-496, 500-501, 503-504, 508-513, 527-528, 530 y 564.
48. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 330.
49. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit.*, p. 400. Una aproximación sintética a los objetivos de Faysal: Rebecca Stetoff, *Faisal*, Tiempo Cultural, Buenos Aires, 1991, pp. 38-45.

necesitaban para establecerse en Siria y tener una base segura ante los ataques de los nacionalistas turcos en Cilicia. A principios de enero de 1920 Clemenceau y Faysal llegaron a un acuerdo para permitir la creación de un estado árabe, pero únicamente con consejeros franceses. La zona estuvo bajo una constante inestabilidad durante los meses previos a la paz de Sèvres, los nacionalistas árabes presionaron a Faysal para que declarase la independencia y el 7 de marzo de 1920 el Congreso de Siria, el órgano de gobierno, lo proclamó Rey de la Gran Siria del Líbano al Eufrates incluyendo Palestina. Un alto el fuego del líder turco Mustafa Kemal facilitó al general francés Gouraud la conquista de Damasco, que estaba bajo el control de los rebeldes árabes, y derrotar de manera definitiva a los seguidores de Faysal el 24 de julio de 1920. El 28 de julio Faysal huiría hacia el exilio.[50]

Durante la conferencia en la ciudad italiana de San Remo, en las semanas previas a la Conferencia de Sèvres, franceses y británicos acordaron incorporar la Declaración Balfour sobre el territorio de Palestina y compartir con Francia el petróleo de Mosul. Los árabes palestinos no estuvieron representados en la conferencia. Con la caída de la Siria de Faysal, los palestinos se tuvieron que enfrentar tanto a la ocupación británica como a la Declaración Balfour y ésta implicó que, entre 1919 y 1921, llegasen a Palestina más de dieciocho mil judíos.[51]

Posteriormente, en Sèvres, se formalizaron los acuerdos pactados. Se añadió la Declaración Balfour y los dominios árabes de Siria, Mesopotamia y Palestina del antiguo Imperio otomano eran reconocidos como Estados independientes, pero bajo tutela británica y francesa en la forma de mandatos de la Sociedad de Naciones hasta que «fueran capaces de mantenerse por sí mismos». Todo detalladamente explicado entre los artículos que van del 94 al 97.[52]

Finalmente, en los artículos del 98 al 100 se oficializaba la creación del Reino del Hedjaz, que sería reconocido por la Entente y por Turquía como un reino independiente. Sin embargo, las Ciudades Sagradas de la Meca y de Medina deberían de ser de libre acceso para

50. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, p. 406. D. Fromkin, *A Peace to End All Peace…*, *op. cit.*, pp. 410-439. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame…*, *op. cit.*, p. 451.
51. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 332. R. Gerwarth, *The Vanquished…*, *op. cit.*, p. 186. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit.*, p. 401.
52. L. Martin, *The Treaties of Peace…*, *op. cit.*, pp. 816-817.

todos los musulmanes de cualquier país de acuerdo con los preceptos del Corán. La creación de este reino tuvo su primer estímulo cuando los Jóvenes Turcos llegaron al poder en 1909. Después de la Revolución de los Jóvenes Turcos el Sultán designó al Emir Husayn, el padre de Faysal, como Emir de la ciudad sagrada de la Meca, para evitar que esta decisión estratégica en la política otomana, por la importancia simbólica de las Ciudades Sagradas, cayese en manos del CUP. A partir de 1913 la ambición personal del Emir y las políticas centralizadoras y modernizadoras de los revolucionarios chocaron.[53]

El cónsul británico en Egipto, Sir Henry McMahon, intercambió correspondencia con el Emir dónde prometió que si los árabes se rebelaban contra los turcos obtendrían ayuda y asistencia británica para conseguir la independencia.[54] Para los británicos, la creación de una Arabia independiente, que incluyese la Meca y Medina, era esencial que estuviera bajo su control. El gobierno de Asquith formó el Comité de Bunsen el 8 de abril de 1915 para solventar las cuestiones sobre el Oriente Medio. El resultado de dicha reunión fue el informe presentado el 30 de junio de 1915 cuya principal conclusión coincidía con la visión del general Kitchener. Éste defendía que tenían que desplazar el califato hacia el sur, fuera del alcance ruso.[55] En 1916 bajo las promesas expuestas se inició la Revuelta Árabe. Después de conquistar la Meca y Taif, el Emir se autoproclamó «rey de los árabes», aunque la diplomacia británica solo lo reconoció como rey de la Hedjaz en un primer momento, y lo confirmaron en Sèvres.[56]

53. *Ibid*., pp. 817-818. D. Fromkin, *A Peace to End All Peace…*, *op. cit*., p. 113.
54. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit*., p. 277.
55. D. Fromkin, *A Peace to End All Peace…*, *op. cit*., pp. 140-149. R. Johnson, «The de Bunsen Committee and a revision of the "conspiracy" of Sykes-Picot», *Middle Eastern Studies*, 54:4, 2018, pp. 611-637.
56. E. Rogan, *The Fall of the Ottomans…*, *op. cit*., p. 299. Paloma García, «La configuración de Oriente Próximo tras la Primera Guerra Mundial», *Revista UNISCI / UNISCI Journal*, n.º 37 (Enero/January 2015), pp. 49-72, en <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-72478/UNISCIDP37-3GARCIA.pdf> [consultado el 12/11/2019]. Para la revuelta árabe desde la perspectiva del coronel Lawrence: T. E. Lawrence, *Los siete pilares de la sabiduría*, Madrid, Jucar, 1989; R. Graves, *Lawrence y los árabes*, Seix y Barral, Barcelona, 1991; J. E. Mack, *A prince of our disorder. The life of T. E. Lawrence*, Little, Brown, and Company,, Boston, Toronto, Londres 1976; o C. Simpson y Ph. Knightley, *La vida secreta de Lawrence de Arabia*, Bruguera, Barcelona, 1975. Fuerzas regulares árabes y también de prisioneros turcos reclutadas para dar apoyo a Faysal: J. Monange, *La Légion Arabe de 1917 dans le Hejaz en guerre*, CNRS Éditions, París, 2019.

El surgimiento de la República de Turquía

El Tratado de Sèvres limitaba a una tercera parte de Anatolia el territorio controlado por el gobierno de Estambul. El 10 de agosto de 1920, la delegación enviada por el sultán Mehmed VI firmó el acuerdo, aunque nunca fue ratificado pues los seguidores de Mustafa Kemal, con su base en la ciudad del interior de Anatolia, Ankara, declararon al Gran Visir y a su gobierno como traidores de la nación.[57]

La respuesta de Mustafa Kemal y los nacionalistas no se hizo esperar. En septiembre, solo un mes después de la firma del Tratado de Sèvres, atacaron Armenia. El 17 de noviembre el gobierno armenio firmó un armisticio con los turcos y en diciembre se convirtió en una república soviética tras ser invadida por los rusos. Después de Sèvres los griegos estaban ansiosos de incorporar los territorios que obtenidos a través del Tratado iniciaron en octubre una ofensiva que duró hasta el 10 de enero de 1921, cuando fueron parados en la batalla del rio Inönü, la primera victoria turca de relevancia.[58]

En Londres se convocó una conferencia entre el 21 de febrero y el 2 de marzo de 1921 para intentar salvar el Tratado de Sèvres. La Entente, específicamente Francia e Italia, estaba preparada para modificar las cláusulas del tratado, pero estas negociaciones también fracasaron. Tras el fiasco griego y del descalabro de las negociaciones en Londres, franceses e italianos se descolgaron definitivamente de la aventura en Anatolia y empezaron a negociar con el gobierno nacionalista de Ankara dirigido por Mustafa Kemal. El 9 de marzo de 1921 los franceses firmaron un alto al fuego con los nacionalistas turcos y prometieron la evacuación de las tropas francesas en Cilicia a cambio de concesiones económicas.[59]

Los italianos ante la posibilidad de ser derrotados por las fuerzas kemalistas en Anatolia, firmaron también un acuerdo por el que apoyarían las reclamaciones turcas en Izmir a cambio de concesiones económicas y del reconocimiento turco del control italiano del Dodecane-

57. R. Gerwarth, *The Vanquished…*, *op. cit.*, pp. 212-213. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 356.
58. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, p. 449. J. S. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire…*, *op. cit.*, p. 358.
59. F. Veiga, *El Turco…*, *op. cit.*, p. 455. M. Macmillan, *Paris 1919…*, *op. cit.*, pp. 449-450.

so y de Rodas. Con la retirada de Francia e Italia, los británicos se quedaron solos en su apoyo a la campaña militar griega en Anatolia. La Guerra de la Independencia, llamada así en Turquía, duró hasta el armisticio en Mundaya, el 11 de octubre de 1922, que implicó la expulsión total de los griegos de Anatolia y de la Tracia Oriental.[60] El Sultán abandonó Turquía, muriendo en el exilio. Finalmente, con la firma del Tratado de Lausanne nació la actual República Turca.

Conclusiones

Desde la firma del armisticio de Mudros hasta la del Tratado de Sèvres los aliados concedieron mucho tiempo a los turcos para reorganizarse. Es normal que todas las negociaciones tocantes a los territorios del Imperio otomano se alargaran debido a la cantidad de pactos, promesas y tratados, muchos de ellos contradictorios entre sí, que se habían hecho durante la guerra y posteriormente a ella. Pero el valioso tiempo que dejaron a los turcos fue fatal para los designios de los vencedores de la Gran Guerra. Aunque muchas de las cláusulas y artículos territoriales y políticos dieron origen a la mayoría de los Estados que hoy forman Oriente Próximo y Medio: Arabia Saudita, Israel (incluyendo la limitada autonomía Palestina), Jordania, Siria, Líbano o Irak. No obstante, mucho de lo acordado en aquel tratado quedó sin ningún valor, como en el caso de Armenia, la *Megali Idea* de Venizelos y un caso más actual como el del Kurdistán.

En realidad, lo que realmente centraba el interés de las grandes potencias europeas vencedoras era resolver el tema alemán y los conflictos regionales de Europa, más comprensibles, aparentemente, a su sensibilidad que no los de Próximo y Medio Oriente. Por su parte, los nacionalistas turcos mantuvieron siempre un perfil bajo para no deslegitimar el poder del Sultán, pero los errores cometidos por los Aliados, como la ocupación de Estambul, brindó a los seguidores de Mustafa Kemal la posibilidad de justificar y publicitar su lucha contra las

60. D. Fromkin, *A Peace to End All Peace…*, *op. cit.*, p. 532. S. McMeekin, *The Ottoman Endgame…*, *op. cit.*, p. 452. F. Ahmad, *The Making of Modern Turkey…*, *op. cit.*, p. 50.

potencias aliadas de ocupación como una guerra de salvación nacional.[61]

Desde el punto de vista de las potencias integrantes de la Entente, los problemas principales que afectaron su consolidación en la zona e hicieron parcialmente inaplicable el Tratado de Sèvres fueron: infravalorar a su rival otomano y al emergente nacionalismo turco, ya explicitado durante la revolución de los Jóvenes Turcos de 1908-1909; no aplicar de manera efectiva y sin medias tintas el Tratado con todas sus consecuencias, manteniendo una política de ocupación militar explícita. En último término, la vieja política imperialista no pudo evitar el nacimiento de la Turquía contemporánea a partir de una política de *hechos consumados* impulsados por Mustafa Kemal, que pasó a llamarse Atatürk, hasta el punto de que el Tratado de Sèvres devino papel mojado.[62]

61. M. Türköz, «Fathering the Nation. From Mustafa Kemal to Atatürk», *Traditiones*, 43 (1), 2014, pp. 53-64.

62. H. Hadak, «National Myths and Self-Na(rra)tions: Mustafa Kemal's *Nutuk* and Halide Edib's. Memoirs and The Turkish Ordeal», *The South Atlantic Quarterly*, 102: 2/3, Spring/Summer 2003, pp. 509-527. J. Castro Arcos, «El Kemalismo: Un caso de centralismo práctico-radical en la disyuntiva identitaria turca. Mustafá Kemal Atatürk (1881-1938)», *Universum*, n.º 26, vol. 2, 2011, pp. 83-99.

10.
Del *British War Aims* (1918) de David Lloyd George a *The Bulgarian peace Treatry* (1920) de James David Bouchier. Los objetivos de guerra idealistas británicos y el Tratado de Neully

Josep Vicenç Mestre Nogué
GRENS-UPF*

El presente capítulo analiza, a partir de los puntos de vista del premier británico, el liberal David Lloyd George, y del periodista irlandés, James David Bourchier, cómo el gobierno, la diplomacia y el mundo político oficial británicos, entendían que se debía poner fin a la Gran Guerra, y, más concretamente, sobre cómo debía llevarse a la práctica en el caso concreto del Reino de Bulgaria. En primer lugar, se aborda el discurso que David Lloyd George realizó ante simpatizantes y militantes de las *Trade Unions* en Londres el 5 de enero de 1918 y que se dio a conocer el 6 de enero en las páginas del *New York Times* con el título de «British War Aims».[1] Finalmente, se contrastan las palabras del primer ministro británico con los comentarios y análisis que, sobre las sesiones y debates de la *Houses of Parliament* de Westminster versadas al entorno del Tratado de Neully, cubrió el periodista irlandés James David Bourchier. Estos artículos los publicó en el breve libro de treinta y dos páginas, *The Bulgarian peace treatry* en 1920.[2]

Ambas fuentes tienen un interés muy especial y, muy en concreto, en cuanto al discurso de David Lloyd George, éste se dio a conocer

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. xvi-xxi)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. D. Lloyd George, «British War Aims», *New York Times*, 6/1/1918, reproducido como «*Address of the British Prime Minister (Lloyd George) before the Trade Union Conference at London, January 5, 1918*», en <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1918Supp01v01/d4> [consultado el 30/12/2019].
2. J. D. Bourchier, *The Bulgarian peace treaty*, C.F. Roworth, Londres, 1920.

en un contexto marcado por el manifiesto de catorce puntos elaborado y presentado por el presidente de los EE.UU., Woodrow Wilson pocos días después, en concreto el 8 de enero. Factor que permite contrastar las propuestas británica y estadounidense de reconstrucción política y militar mundial al final de la Gran Guerra. Ambas coincidían en la aspiración a un nuevo orden mundial más democrático, que diese solución en clave reformista al problema obrero o a los pleitos nacionales; unas propuestas que, en el ámbito interno inglés, ya habían intentado llevar a la práctica los diferentes gobiernos liberales de la primera década del siglo XX y que encontraron una sistemática oposición en el Partido Conservador y la Cámara de los Lores.

El 1898 británico. Del *espléndido aislamiento* a la regeneración armamentística

Para entender la transición de la guerra a la paz de los británicos, primero debemos entender los motivos por los que Gran Bretaña decidió pasar de la paz a la guerra en 1914. En 1888, el conde de Salisbury afirmó que «si queremos llevarnos bien con quienes convivimos, no hemos de andar constantemente a la caza de la oportunidad de obtener pequeñas ventajas sobre ellos, sino que debemos contemplar nuestros derechos y los de los otros con espíritu de justicia y buena vecindad». Las palabras del conde de Salisbury se corresponden a la estrategia que adoptó el Reino Unido, a finales del siglo XIX, en el ámbito de la política internacional y que fue conocida como el *espléndido aislamiento*. Éste consistía en evitar alianzas permanentes con cualquier estado, país o nación existente con el objetivo de defender los intereses particulares británicos. De lo contrario, cualquier enfrentamiento directo de un supuesto aliado del Reino Unido contra un tercer país en disputa, obligaría a la Gran Bretaña a dar apoyo al país amigo y a intervenir militarmente en el conflicto. Una circunstancia que los británicos no se podían permitir en la última década del siglo XIX, ya que contaban con el ejército menos numeroso del conjunto de las grandes potencias y que, por esta razón, resultaba insuficiente para defender el imperio más extenso de aquel período. Un imperio que necesitaba estabilidad para mantener su extenso tejido tanto industrial como co-

mercial, ya que era sumamente dependiente de las importaciones de materias primeras. Así se entiende uno de los últimos acuerdos del *expléndido aislamiento*. En 1898, Gran Bretaña firmó un tratado con Alemania por el cual acordaban repartirse las colonias portuguesas de Mozambique, Angola y Timor. Un acuerdo que perjudicaba directamente a Portugal, tradicional aliado de Gran Bretaña desde el siglo XVII. Un acuerdo que ponía de manifiesto que el Imperio británico no se *casaba* con nadie para siempre.[3]

Sin embargo, fue justamente, en 1898, el momento en que los británicos empezaron a cuestionarse decididamente la idea del *espléndido aislamiento*. Aquel año el Reino Unido inicio una escalada de problemas internos en sus colonias: el incidente de Fashoda con los franceses (1898), la Segunda Guerra de los Boers en Sudáfrica (1899-1902) o el asedio de las embajadas en Pekín por parte de los ultranacionalistas boxers (1899-1901). A ello se sumó el inicio, en el mismo 1898, de la política naval alemana emprendida por el almirante Von Tirpitz, y que podía poner en cuestión el dominio que los británicos habían ejercido en los mares, y que sumó a la Gran Bretaña a una carrera armamentística que puso especial hincapié en el crecimiento de su armada. El paso definitivo tuvo lugar en 1904, cuando los británicos se decidieron a constituir la Entente Cordiale. Toda una serie de factores que certificaron el fin de la época victoriana, a pesar de que, desde 1901, ya reinaba Eduardo VII. Sin embargo, puede plantearse de otro modo: el inicio de la era eduardiana como una apuesta de regeneración de la vida política y pública británica, llegándose a hablar de una cierta «edad dorada», en la que el monarca apoyó decididamente la reforma del ejército con un nuevo diseño de la línea de mando, y creando al mismo tiempo una fuerza expedicionaria capaz de sostener y reforzar militarmente a Francia en caso de estallar una guerra contra el II Imperio alemán.[4]

3. M. Macmillan, *1914: De la paz a la guerra*, Turner Publicaciones, Madrid, 2013, pp. 51, 77 y 94-95.

4. Para los valores de la «edad de oro» eduardiana: O'A. Day (ed.), *The Edwardian Age: Conflict and Stability 1900-1914*, The MacMillan Press Ltd., Londres y Basingstok, 1979. D. P. Farr, «The Edwardian Golden Age and Nostalgic Truth», en <https://dalspace.library.dal.ca/bitstream/handle/10222/64337/dalrev_vol50_iss3_pp378_393.pdf?sequence=1> [consultado el 1/1/2020]. La contextualización de la «edad de oro» como la versión inglesa de la *Belle Époque* en J. Pich Mitjana, *«Les Llums s'apaguen a tot Europa»: la fi de la Belle Époque*, Nova Editorial, Barcelona, 2014. E. Ucelay-Da

Los límites del regeneracionismo liberal: mejor una guerra mundial que una guerra civil

Sin embargo, la «edad dorada» eduardiana era un reflejo autocomplaciente entre las clases altas y medias conservadoras inglesas. La realidad política y social era mucho más compleja. Ciertamente, las glorias imperiales y el dominio de los mares, así como la reformulación intervencionista en los asuntos internacionales, no podían ocultar toda una serie de conflictos internos de compleja resolución y que apuntaban los profundos cambios estructurales que se estaban operando en el conjunto de sociedades que conformaban el Reino Unido.

Por un lado, la existencia de una cada vez mayor y empobrecida clase obrera urbana e industrial, extendida en las principales ciudades y zonas mineras británicas, propició el marco para la vertebración de nuevas formas de lucha sindical que se aproximaban cada vez más a las fórmulas propias del sindicalismo revolucionario en forma de huelgas generales. Así, a las cuatrocientas huelgas de 1908 que movilizaron a doscientos veinticuatro mil trabajadores, cabe resaltar el incremento a ochocientas cincuenta y siete huelgas, incluida la huelga nacional del carbón de 1912 con la participación de un millón de trabajadores, hasta llegar a las mil cuatrocientas noventa y siete huelgas de 1913. Esta enorme movilización huelguística expresaba también el enorme incremento de la afiliación sindical, la cual pasó de dos millones y medio de trabajadores sindicados en 1910, a los cuatro millones de 1914.[5]

El segundo foco de tensión lo protagonizó el movimiento sufragista, que cuestionó, a veces por medios violentos el concepto de familia tradicional y de participación en la vida política británica. De hecho, provocó la animadversión de todas las fuerzas políticas del momento, incluso de las más izquierdistas, hasta el punto de ser considerado un fenómeno de desestabilización social y política más peli-

---

Cal y J. Pich Mitjana (eds.), *La Fi de la Belle Époque i la Gran Guerra*, Nova Editorial, Barcelona, 2016.

5. E. J. Hobsbawm, *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979, pp. 184-243. H. Pelling, *Histoire du syndicalisme britannique*, Editions du Seuil, 1967, pp. 136-164.

groso que el problema obrero o el nacionalismo irlandés, que era el tercer tema que más angustiaba a la Inglaterra eduardiana.[6]

La suma de los tres problemas expresaban, simple y llanamente, la exigencia, por parte de segmentos destacados de la sociedad, de una decidida democratización de la vida pública británica que se debía traducir en una bateria de mejoras sociales de gran alcance, la ampliación del derecho al voto a las mujeres y un *Home Rule* para Irlanda que supusiese la igualación de derechos entre católicos y protestantes. Un conjunto de problemas, que, con enormes contradicciones, intentó abordar el Partido Liberal a lo largo del reinado de Eduardo VII y los primeros cuatro años del reinado de Jorge V.

En las elecciones de 1906 el Partido Liberal consiguió una representación parlamentaria de, nada más y nada menos, dos tercios de la Cámara de los Comunes. Una mayoría lo suficientemente holgada para llevar adelante un atrevido programa de reformas sociales en el que destacó el denominado Presupuesto del Pueblo de 1909. Presentado ante la Cámara de los Comunes por el primer ministro Herbert Henry Asquith, el presupuesto era obra del Ministro de Hacienda, David Lloyd George, y se fundamentaba en un más que notorio aumento de los impuestos a los sectores sociales con las rentas más altas. Sobre el citado presupuesto, Lloyd George cargó las tintas utilizando una cierta retórica izquierdista al señalar que:

> se trata de un presupuesto de guerra. Se hace para recaudar dinero en una guerra implacable contra la pobreza y la miseria. No puedo evitar desear y creer que antes de que esta generación haya desaparecido, habremos avanzado un gran paso hacia tiempos mejores, en los que la pobreza, la miseria y la degradación humana, que siempre han perma-

6. S. Holton, *Feminism and Democracy: The Women'suffrage movement in Britain, with particular reference to the National Union of Women' Suffrage Societies 1897-1918*, Thesis submitted for the Degree of Doctor of Philosophy, University of Stirling, 1980. J. M. Balshaw, *Suffrage, solidarity and strife: political partnerships and the women's movement 1880-1930*, Thesis submitted for the Degree of Doctor of Philosophy, University of Greenwich, 1988. M.ª J. González, «El sufragismo británico: narraciones, memoria e historiografía o el caleidoscopio de la historia», *Ayer*, 68 (2007), pp. 273-306. M.ª Jesús González Hernández, «Las sufragistas británicas y la conquista del espacio público: integración, recreación y subversión», *Arenal*, 16-1 (enero-junio de 2009), pp. 53-84. J. Ll. Martín Berbois y S. Tavera (eds.), *Sufragisme i sufragistes: reivindicant la ciutadania política de les dones*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2019.

> necido a nuestro lado, serán tan remotas para la gente de este país como los lobos que una vez infestaron sus bosques.[7]

Sin embargo, a pesar de la intervención de Eduardo VII para evitar un enfrentamiento entre las dos cámaras legislativas, la ley presupuestaria del pueblo no prosperó ante el veto, el 30 de noviembre de 1909, de la Cámara de los Lores, dominada por el Partido Conservador. El bloqueo institucional condujo a dos nuevas elecciones a lo largo de 1910, en las que el Partido Liberal, aunque perdió la mayoría absoluta, pudo conformar una mayoría holgada con el apoyo de los *homerulers* irlandeses y los laboristas, disponiéndose a aprobar el Presupuesto del Pueblo. Las persistentes interferencias de los Lores conservadores, condujeron a Asquith a plantearle a Jorge V (Eduardo VII había muerto en mayo de 1910) el nombramiento de Lores liberales para contrarrestar el dominio conservador de la Cámara Alta. Finalmente, los conservadores cedieron, aprobándose las leyes presupuestarias de Lloyd George, y también, en 1911, la Ley del Parlamento, que limitaba el poder de veto de la Cámara de los Lores.[8]

Se había producido una, en apariencia, auténtica reforma democrática, que, sin embargo, dejó de lado las reivindicaciones de las sufragistas, que, radicalizaron sus formas de actuación y reivindicación, acabando muchas de sus líderes en prisión. Sin embargo, sería el tema irlandés el que desencadenaría la más grave crisis política de la preguerra mundial. La compensación por el apoyo nacionalista irlandés a las reformas liberales fue la aprobación de la Ley del *Home Rule* en abril de 1912. La reacción de los sectores protestantes y partidarios del mantenimiento de la unión con Gran Bretaña se concretó en la formación de la *Ulster Volunteer Force*/Fuerza de Voluntarios del Ulster (UVF), una milicia de orientación protestante fundada para bloquear ese intento de autogobierno de Irlanda. Por su parte, el 25 de noviembre de 1913 los católicos respondieron con la creación de la *Irish National Volunteer*/Voluntarios Nacionales Irlandeses (INV) cuyo objetivo era proteger la recién estrenada autonomía de Irlanda. La amenaza de una Gue-

7. Palabras de Lloyd George reproducidas en S. Álvarez Fomperosa, *La Inglaterra eduardiana: sociedad, política y cultura*, Trabajo de Grado en Historia, Universidad de Cantabria, 2016-2017, p. 20.
8. G. Dangerfield, *The Strange Death of Liberal England*, Granada Publishing, Frogmore, 1965 [1935].

rra Civil en Irlanda planeó por el conjunto del Reino Unido.[9] Como señala George Dangerfield, el inicio de la Gran Guerra dinamitó el peligro de la Guerra Civil, cortocircuitó el movimiento sufragista al sumarse las mujeres al esfuerzo nacional de guerra y ralentizó momentáneamente los impulsos *revolucionarios* de un movimiento obrero cada vez más radicalizado y más próximo a un Partido Laborista en ascensión: había pasado de 62.698 votos y dos diputados en las generales de 1900 a 505.675 votos y cuarenta diputados en las generales de 1910.[10]

Ciertamente, la Gran Guerra frenó el peligro de la Guerra Civil, pero cuando David Lloyd George accedió a la jefatura del gobierno de coalición con los conservadores en 1916, éste seguía siendo consciente de la necesidad de profundizar en la política de reformas sociales y políticas emprendidas en la década anterior. También consideró que la Gran Guerra era el marco político que iba a propiciar un cambio en sentido democrático del mundo y que, por esa razón, se hacía más que plausible la participación de todos los británicos en el conflicto. Incluyendo a los irlandeses ya que se alistaron voluntariamente en el ejército británico la mayor parte de los miembros de la INV. Es más, Lloyd George, una vez convertido en primer ministro en diciembre de 1916, tenía una cierta idea de cómo resolver el problema irlandés. El primer ministro británico era partidario de la autonomía para Irlanda que mantuviese al margen los seis condados protestantes del Norte, es decir, el Ulster. En clave de lo que sería el wilsonismo más explícito, Lloyd George reconoció a los protestantes del norte como una *minoría nacional* a proteger.[11] Es más, los sucesos revolucionarios de Rusia de

9. J. Smith, *The Tories and Ireland. Andrew Bonar Law and the conservative strategy Towards the third Home Rule Bill 1911-1914*, Ph. D., Londres School of Economics, 1994. C. Mulvagh, «Ulster Exclusion and Irish Nationalism: Consenting to the Principle of Partition, 1912-1916», *Revue Française de Civilisation Britannique*, XXIV-2 (2019), 22 pp. L. Blaxill, «Opposition to Irish Home Rule, 1885-1922», en <https://friendsoftheearth.uk/sites/default/files/downloads/campaigning-change-lessons-from-history-irish-home-rule-101817.pdf>, pp. pp. 97-113 [consultado el 1/1/2020]. Erica S. Doherty, «Ulster "will not fight": T. P. O'Connor and the third Home Rule bill crisis, 1912-1914», en <https://www.mercierpress.ie/contentFiles/productExtracts/HomeRuleExtractC6.pdf>, pp. 102-117 [consultado el 1/1/2020].

10. La idea de una crisis global del sistema británico y al borde de una guerra civil en G. Dangerfield, *The Strange Death…*, *op. cit.*, para el laborismo: J. C. Pereira Castañares, «El Partido Laborista Británico», en *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, n.º 1 (1980), pp. 171-186.

11. B. Feeney, *Sinn Féin. Un siglo de historia irlandesa*, Edhasa, Barcelona, 2005, pp. 93-117.

1917, en concreto los de octubre, le aleccionaron a no descuidar el problema obrero. Pero, a diferencia de Suecia (en el que se constituyó un gobierno de coalición de socialdemócratas y liberales con predominio de los primeros), Lloyd George apostó en el seno del Partido Liberal por la coalición gubernamental con los conservadores, a diferencia de Asquith que era más propenso a un acercamiento a los laboristas. Y es en este contexto de equilibrios entre la cuestión nacional irlandesa, las temibles consecuencias de la revolución de octubre entre la clase obrera británica y la amenaza de un Partido Laborista en expansión, en el que debe circunscribirse el discurso que Lloyd George realizó, ante los miembros y simpatizantes de las *Trade Unions*, el 5 de enero de 1918 y que es conocido como los *British War Aims*.

Los propósitos británicos en la Guerra, discurso de Lloyd George del 5 de enero de 1918

Enero de 1918 resulto un mes políticamente capital en el devenir de la Gran Guerra. No solo David Lloyd George proclamó sus *British War Aims*, sino que Wilson dio a conocer sus catorce puntos, y la Asamblea Nacional rusa votó contra la paz separada con Alemania que proponía Lenin. Poco después ésta sería disuelta y se entablarían las negociaciones de Brest-Litovsk. Por este cúmulo de razones coyunturales, el discurso de Lloyd George resulta importante para entender cuál era el precio de la paz que estaba dispuesto a pagar o a cobrar el Reino Unido, siempre eso sí, tratando de mantener la hegemonía mundial de Gran Bretaña y evitando que ninguna potencia pudiera hacerle sombra en el viejo continente.

Lloyd George tenía principios, pero también era muy pragmático. Al ser galés era respetuoso hacia los derechos de las minorías y también era un gran orador «no comprendía los asuntos exteriores tan bien como su predecesor Lord Salisbury, o su sucesor, Churchill»,[12] pero se rodeaba de buenos asesores y el resultado se concretaba en excelentes discursos como el que pronunció en la Unión de Trabaja-

12. D. Lloyd George, *War memoirs of David Lloyd George*, 2 vols., Ivor Nicholson & Watson, Londres [19--?].

dores Ingleses sobre los *propósitos británicos en la guerra*. Cómo buen político que era tenía que justificar la entrada en la guerra del Imperio británico y presentar a la Entente como la coalición agredida por los Imperios centrales.

En 1916 los británicos se habían visto oblicados a cambiar el reclutamiento voluntario por el obligatorio. Por este motivo el primer ministro inglés explicaba a los sindicalistas que quién se sacrificaba por el Reino Unido tenía el derecho de saber por qué se sacrificaba. Debía saber cuáles eran los principios que defendían y su aplicación tendría que estar bien definida, ya que cuando el Gobierno:

> invite organized labor in this country to assist them to maintain the might of their armies in the field, its representatives are entitled to ask that any misgivings and doubts which any of them may have about the purpose to which this precious strength is to be applied should be definitely cleared. And what is true of organized labor is equally true of all citizens in this country, without regard to grade or avocation.

Es por este motivo que justificaba, en pro de la defensa de la paz, la necesidad de que se movilizasen todos los hombres posibles y explicitaba los propóstios británicos para la guerra para «can sustain the effort which is necessary to achieve a righteous end to this war».[13]

El discurso pone de manifiesto que Lloyd George era un buen orador, que conocía cómo hacer un buen discuro. Lo inicia con la captación de benevolencia respecto al público que le escucha y se presenta a los sindicalistas como líder y gran conocedor del Reino Unido. Les explica que ha hablado con obreros, nobles y con los dirigentes de los dominios de ultramar. Con todo el mundo excepto con los nacionalistas de Gales, Escocia e Irlanda, ya que éstos estarían demasiado implicados en su defensa del *Self-government*:

> I have also had opportunity of discussing this same momentous question with Mr. Asquith and Viscount Grey. Had it not been that the Nationalist leaders are in Ireland engaged in endeavoring to solve the tangled problem of Irish self-government, I should have been happy to exchange views with them, but Mr. Redmond, speaking on their behalf,

13. D. Lloyd George, «British War Aims», *New York Times*, 6/1/1918…, *op. cit*.

> has, with his usual lucidity and force, in many of his speeches made clear what his ideas are as to the object and purpose of the war. I have also had an opportunity of consulting certain representatives of the great dominions overseas.[14]

Justifica la conveniencia de explicar los objetivos de guerra británicos, porque como gobernante sabía que tenía la resposabilidad de rendir cuentas a los ciudadanos, por lo que quería promover un acuerdo nacional que se basase en los principios que le transmitían los colectivos con los que ha hablado: «Last week I had the privilege not merely of perusing the declared war aims of the Labor Party, but also of discussing in detail with labor leaders the meaning and intention of that declaration».[15]

Una vez justificada su posición como orador y líder del país, Lloyd George centra el interés del discurso claramente en la afirmación que los británicos *no tenían propósitos agresivos*. Afirmó que la justificación de la lucha sería únicamente en defensa propia, con la voluntad de reimplantar el derecho europeo que Alemania habría obviado. Aseguró que no querían eliminar a nadie, ni a las grandes ni a las pequeñas naciones, ni a las regiones, ni a ningún gran Estado, pero sí que querían evitar la construcción de un gran imperio autocrático y militar germánico que dominase Europa:

> We are not fighting a war of aggression against the German people. Their leaders have persuaded them that they are fighting a war of self-defense against a league of rival nations, bent on the destruction of Germany. That is not so. The destruction or disruption of Germany or the German people has never been a war aim with us from the first day of this war to this day».[16]

Por ese motivo sus principios serían concordantes con los expuestos por el manifiesto del presidente Wilson, concretado en catorce puntos:

> Similarly, though we agree with President Wilson that a break-up of Austria-Hungary is no part of our war aims, we feel that unless genuine

14. *Ibid*.
15. *Ibid*.
16. *Ibid*.

> self-government on true democratic principles is granted to those Austro-Hungarian nationalities who have long desired it, it is impossible to hope for a removal of those causes of unrest in that part of Europe which have so long threatened the general peace.[17]

En su discurso, Lloyd George quería explicar a los obreros, la principal fuente de soldados del ejército británico, los motivos por los que debían luchar en la guerra. Les explica la guerra como un proceso para democratizar las decisiones, haciendo partícipes a los obreros, ya que:

> The days of the treaty of Vienna are long past. We can no longer submit the future of European civilization to the arbitrary decisions of a few negotiators trying to secure by chicanery or persuasion the interests of this or that dynasty or nation.[18]

Por eso asegura que los principios de las negociaciones de paz han de ser la reorganización de la nueva Europa, que:

> must be based on such grounds of reason and justice as will give some promise of stability. Therefore, it is that we feel that government with the consent of the governed must be the basis of any territorial settlement in this war. For that reason, also, unless treaties be upheld, unless every nation is prepared, at whatever sacrifices, to honor the national signature, it is obvious that no treaty of peace can be worth the paper on which it is written.[19]

Por eso, la paz tendría que basarse en los principios de restauración y de reparación. También afirmó que tendrían que garantizar la independencia de Bélgica y procurarle una indemnización. Así como, expulsar a los Imperios centrales de los territorios que habían conquistado y limitar tanto el número de tropas como la capacidad armamentística de los ejércitos germánicos para garantizar la paz permanente, porque:

> No one who knows Prussia and her designs upon Russia can for a moment doubt her ultimate intention. Whatever phrases she may use to delude Russia, she does not mean to surrender one of the fair provinces

17. *Ibid*.
18. *Ibid*.
19. *Ibid*.

> or cities of Russia now occupied by her forces. Under one name or another (and the name hardly matters) those Russian provinces will henceforth be in reality a part of the dominions of Prussia. They will be ruled by the Prussian sword in the interests of the Prussian autocracy, and the rest of the people of Russia will be partly enticed by specious phrases and partly bullied by the threat of continued war against an important army into a condition of complete economic and ultimate political enslavement to Germany.[20]

También querían retornar a Francia las regiones de Alsacia y Lorena. Es por esa razón que tenían que luchar contra el gobierno autocrático de Prusia, ya que éste pretendería esclavizar sus colonias y militarizar, todavía más, su gobierno:

> We mean to stand by the French democracy to the death in the demand it makes for a reconsideration of the great wrong of 1871, when, without any regard to the wishes of the population, two French provinces were torn from the side of France and incorporated in the German Empire. This sore has poisoned the peace of Europe for half a century, and, until it is cured, healthful conditions will not have been restored. There can be no better illustration of the folly and wickedness of using a transient military success to violate national right.[21]

Durante el discurso, defendió los derechos de las minorías, pero también entendía que tendrían que garantizar los derechos de las grandes naciones como Austria-Hungría. De un lado, no quería romper ese estado multinacional, pero del otro, si la corona dual no concedía capacidad de autogobierno a las nacionalidades que componían el imperio, tampoco habría paz. Así pues, la solución de la autonomía era lo que los propios liberales habían acordado, como razonable mal menor, para no provocar la separación de Irlanda del Imperio británico. En su discurso también hizo un alegato en defensa de las naciones oprimidas y de los derechos de las minorías:

> It is obvious that almost any scheme of conquest and annexation could be perpetrated within the literal interpretation of such a pledge. Does it

20. *Ibid*.
21. *Ibid*.

> mean that Belgium, Serbia, Montenegro, and Rumania will be as independent and as free to direct their own destinies as Germany or any other nation? Or does it mean that all manner of interferences and restrictions, political and economical, incompatible with the status and dignity of free and self-respecting people, are to be imposed? If this is the intention, then there will be one kind of independence for the great nation and an inferior kind of independence for the small nation.[22]

También propone medios para evitar futuras guerras, a través de mecanismos de autodetermnación nacional y condiciones que sean aceptadas por los habitantes de las nacionalidades oprimidas. Sin embargo, es consciente que:

> So long as the possibility of a dispute between nations continues —that is to say, so long as men and women are dominated by impassioned ambition and war is the only means of settling a dispute— all nations must live under a burden, not only of having from time to time to engage in it, but of being compelled to prepare for its possible outbreak.[23]

Por tanto, recordó el aforismo latino de *si bis pacem, para bellum,* si quieres paz, prepárate para la guerra. De esta forma, para que la Gran Guerra fuese la última guerra era partidario de constituir la Liga de las Naciones para que garantizase una paz justa y duradera. Ésta tendría que restablecer los tratados anteriores a la guerra, mantener un equilibrio territorial basado en el derecho a la autodeterminación y limitar el armamento de las naciones. Concluía su discurso asegurando que:

> First, the sanctity of treaties must be re-established; secondly, a territorial settlement must be secured, based on the right of self-determination or the consent of the governed, and, lastly, we must seek, by the creation of some international organization, to limit the burden of armaments and diminish the probability of war. On these conditions its peoples are prepared to make even greater sacrifices than those they have yet endured.[24]

22. *Ibid*.
23. *Ibid*.
24. *Ibid*.

El discurso de Lloyd George, sobre los objetivos británicos para firmar la paz, era obviamente de carácter puramente propagandístico y tuvieron una aplicación sesgada, especialmente aquellos que hacían referencia a la interpretación y a la aplicación del derecho de *self-determination*. Éste fue un derecho aplicado en función de las conveniencias de la *Realpolitik*. En este sentido, el Tratado de Neully fue un ejemplo de cómo resultaba imposible respetar al mismo tiempo la *self-determination* con los intereses de la *Realpolitik*.

Los búlgaros y el Tratado de Neuilly

Los búlgaros acabaron luchando en alianza con los Imperios centrales por el resultado de la Segunda Guerra Balcánica en la que perdieron los territorios que disputaban a los otomanos, a manos de la alianza formada por serbios, griegos y rumanos.[25] Los vencedores no tenían demasiado claro cuáles eran los territorios habitados mayoritariamente por búlgaros, ya que surgió como estado con la secesión de una región otomana. Un ejemplo de la complejidad para aplicar el derecho de autodeterminación de los pueblos en los Balcanes, un territorio plurinacional y multicultural, se concretaba en poblaciones como Salónica. La ciudad en la que se constituyó el movimiento nacionalista turco de los *jóvenes turcos*, pero que tanto griegos como búlgaros consideraban como una de sus principales ciudades.[26]

Los dirigentes búlgaros estaban convencidos que si les aplicaban el derecho de autodeterminación de los pueblos recuperarían los territorios que habían perdido en la Segunda Guerra Balcánica y que los motivaron a aliarse con los Imperios centrales. Así pues, «recuperar lo perdido se convirtió en parte del sueño nacional búlgaro». Bulgaria como todas las potencias derrotadas:

25. D. Geppert, W. Mulligan y A. Rose (eds.), *The wars before the Great War. Conflict and international politics before the outbreak of the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016. X. Deulonder, *Història dels Balcans*, Llibres de l'Índex, Barcelona, mayo de 2019.
26. M. Mazower, *La Ciudad de los espíritus. Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi*, Crítica, Barcelona, 2009

> no estaba representada en la Conferencia de Paz. A pesar de ello, estuvo sorprendentemente cerca de ganar territorio en lugar de perderlo. Tenía algunos amigos, en particular en Estados Unidos, y ni siquiera sus enemigos eran acérrimos. Además, el principio de la autodeterminación la favorecía.[27]

Los vencedores de la guerra temían que Bulgaria se volviera comunista o que se negaran a firmar el tratado de paz, porqué ya no disponían de tropas para reprimir un posible levantamiento nacional búlgaro. Las pretensiones búlgaras dependían «esencialmente de la figura de Aleksandar Stambolijski que, en opinión de un observador británico, era *como un bandolero atravesando un zarzal*». La delegación búlgara, que incluía a Stambolijski, su primer ministro, fue llamada a París en julio de 1919, aunque los vencedores no habían terminado la *propuesta* de tratado que les presentarían. Durante dos aburridos meses y medio, la delegación permaneció aposentada en su hotel, un antiguo castillo en Neuilly». Aislaron a la delegación y los Cuatro Grandes deciden cuáles serían las condiciones del pacto que impusieron a los búlgaros. Éstos fueron muy ingenuos, aunque los vencedores «tenían contraída con Bulgaria una deuda de gratitud por haber pedido un armisticio y empezado el fin del proceso de la contienda».[28]

No obstante, el Tratado de Neuilly obligó a Bulgaria a ceder a Grecia la Tracia Oriental, al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos territorios al oeste del país y a Rumania, la zona de la Dobrudja. Este tratado fue visto por los búlgaros, como una segunda catástrofe nacional, después de la derrota en la Segunda Guerra Balcánica. Tambien limitaron sus fuerzas militares y les impusieron el pago de indemnizaciones. A pesar de que fue el único estado perdedor que mantuvo la monarquia, el gobierno consiguió implantar la idea que el tratado fue una imposición para generar el caldo de cultivo necesario que acabó en la Segunda Guerra Mundial.

El 27 de noviembre de 1919, el Tratado fue firmado en la población de Neuilly-sur-Seine, concretamente en el edificio del antigo ayuntamiento. Las expectativas y la ceremonia de la firma del Tratado tuvieron poco que ver con el de Versalles, ya que guardias «con la

27. M. Macmillan, *1919: Seis meses…*, *op. cit.*, pp. 184-185.
28. *Ibid.*, pp. 186-189.

bayoneta calada», se encontraban en el antiguo ayuntamiento, «apostados en la escalinata y una multitud de curiosos esperaba la aparición de los búlgaros. Stambolijski [el primer ministro búlgaro], pálido y aprensivo, entró solo». El Tratado implicó que perdiesen el diez por ciento de su territorio, que les desarmasen y que tuviesen que pagar unas indemnizaciones muy considerables para la precaria economía búlgara.[29]

Discursos de parlamentarios británicos valorando el Tratado de Neuilly

El periodista irlandés de *The Times*, James David Bourchier, afirmó en *The Bulgarian peace treaty*, que la firma de Neuilly no fue justa: «Bulgaria has been reduced by the Treaty». El que fuera corresponsal en los balcanes durante la Primera Guerra Mundial, consideraba que la Paz de Versalles tenia un «punitive character for that nationalities». Es por eso que recopiló las opiniones de varios miembros de la *Houses of Parliament* de Westminster en sus discursos. Pretendía observar, desde la perspectiva periodística, los discursos más relevantes que se hicieron en la *House of Commons* y la *House of Lords* sobre el Tratado de Neuilly.[30] No deja de ser singular que un periodista irlandés considerase injusto el trato que recibieron los búlgaros, el estado más débil de los que lucharon con los Imperios centrales.

Los discursos que recopiló eran de políticos relevantes en aquel período, pero actualmente poco recordados, como los miembros de la cámara de los lores primer Vizconde Byrce (1938-1922), estudioso de la política norteamericana,[31] el Baron de Weardale (1847-1923) destacado miembro de los liberales,[32] o el primer vizconde de Buckmaster

29. Las condiciones del Tratado de Neuilly se pueden consultar en Genov, G. P., *Bulgaria and the Treaty of Neuilly*, Sofia, 1935. Véase también M. Macmillan, *1919: Seis meses…*, *op. cit*., pp. 188-190.
30. J. D. Bourchier, *The Bulgarian peace…*, *op. cit*., pp. 1-2.
31. <https://www.britannica.com/biography/James-Bryce-Viscount-Bryce> [consultado el 2/7/2019].
32. <https://en.wikipedia.org/wiki/Philip_Stanhope,_1st_Baron_Weardale> [consultado el 2/7/2019].

(1861-1934).[33] En cuanto a la Cámara de los comunes seleccionó los discursos de los coroneles Malone (1890-1965), el primer miembro comunista del Parlamento británico,[34] Wedgwood (1872-1943),[35] así como el diputado liberal y oficial Kenworthy (1886-1953), muy crítico con la gestión gubernamental del también liberal Lloyd George.[36]

La intención del periodista James David Bourchier era evaluar cómo recibió el pueblo británico la firma del Tratado de Neuilly a través de los discursos de sus políticos en el Parlamento, tanto en la cámara de los Comunes como en la de los Lores. Las opiniones de los representantes políticos, todos ellos en principio próximos a los liberales, fueron de una acérrima oposición a la política impulsada por el primer ministro liberal Lloyd George respecto a los búlgaros.

Así pues, el 23 de abril de 1920, Lord Byrce afirmó en la Cámara de los Lores que tenía la esperanza que la Liga de las Naciones podría eliminar las causas para una futura guerra, por lo que el gobierno británico debía implicarse plenamente en esta ardua tarea, para intentar paliar los males derivados de estos tratados: «Id would be foolish to ignore the dangers which the Treaties have created. This is not the peace which the British people expected, and this is not the peace for which a disctracted world is longing».[37] Por lo tanto, aquello que había prometido Lloyd George no sería cierto y, por ello, Lord Byrce se quejaba en la Cámara de los Lores.

Por su parte, Lord Weardale afirmava que: «The liberation of the populations submerged by these treaties must be the work of the future. (…) They should have been inpired by the desire for general pacification». Por consiguiente, continuaban existiendo las naciones *sumergidas*, es decir, oprimidas, a pesar de la *primavera de los pueblos* que siguió a la firma de los Tratados de paz. Además, Lord Weardale añadía que no se deberían negociar con el principio de autodeterminación de los pueblos, aunque el Imperio británico tuviese intereses en

33. <https://en.wikipedia.org/wiki/Stanley_Buckmaster,_1st_Viscount_Buckmaster> [consultado el 2/7/2019].
34. <https://en.wikipedia.org/wiki/Cecil_Malone#Early_political_career> [consultado el 2/7/2019].
35. <https://en.wikipedia.org/wiki/Josiah_Wedgwood,_1st_Baron_Wedgwood> [consultado el 2/7/2019].
36. <https://en.wikipedia.org/wiki/Joseph_Kenworthy,_10th_Baron_Strabolgi> [consultado el 2/7/2019].
37. J. D. Bourchier, *The Bulgarian peace…*, *op. cit.*, p. 8.

esas regiones. Un idealismo que también se manifiesta en Lord Buckmaster, que cita en diversas ocasiones al presidente Wilson y sus catorce puntos:

> The principle of self-determination, now trampled under foot in the Balkans (…) is not a mere phrase. It is an imperative principle of action which statesmen will henceforth ignore at their peril. Every territorial settlement involved in this war must be made in the interest and for the benefit of the populations concerned, and not as part of any mere adjustment or compromise or claims amongst rival States.[38]

Concretaban estas críticas en Bulgaria, ya que en el Tratado de Neuilly no se habría seguido el principio de autodeterminación de los pueblos. Lord Buckmaster afirmaba que algun dia se hará efectivo, aunque no decía ni cuando, ni cómo, ni de qué manera. Defendían el principio de autodeterminación de los pueblos en general el de los búlgaros en particular por convicción, como afirmaba también Lord Byrce en sus discursos. Una perspectiva que por motivos obvios debía compartir un periodista irlandés cuando Irlanda estaba luchando por conseguir su derecho a la autodeterminación, independizándose del Reino Unido.

En la cámara de los Comunes, el 14 de abril de 1920, el coronel Malone rehusaba los acuerdos de Paz de Versalles y Neuilly porqué «violates the principle of self-determination and contains the seeds of future wars». Afirmaba que no se trataba de una paz duradera ni equilibrada, sino de una imposición forzada por los vencederos de la guerra para obtener beneficios de los derrotados. Por tanto, los tratados habrían obviado los principios de autodeterminación de los pueblos y la protección de las minorías, por lo que la Cambra de los Comunes —afirma Malone—, no tendría que aceptar estos tratados. El mismo día, el Coronel Wedgwood defendía que: «[The Peace Treaties] give the lie to the Fourteen Points of President Wilson. They have no connection with self-determination of peoples». Sin embargo, tenía confianza en la Sociedad de Naciones, institución que consideraba clave para reconstruir la civilización europea que, desde su perspectiva, se habría encaminado hacia la ruina con los Tratados de paz.[39]

38. *Ibid.*, p. 8.
39. *Ibid.*, pp 18 y 25.

Cinco días más tarde, el también oficial Kenworthy también explecitó en la Cámara de los Comunes su ferviente oposición a la política seguida por la delegación británica encabezada por Lloyd George en las conferencias de paz, asegurando que los búlgaros se habían visto implicados en la alianza germana por culpa de su rey, no por su deseo. Y que, desde esta perspectiva, «in the settlement of Europe we [the british] should have been absolutely just» y no lo habrían sido. Negando lo que el primer ministro británico liberal, Lloyd George defendía en discursos como el que pronunció el 8 de enero de 1918 y que hemos visto anteriormente. Los políticos británicos críticos con los tratados que finalizaban la guerra en general y con el de Neuilly en particular consideraban que los principios idealistas defendidos por el presidente Wilson, pero también por Lloyd George «were transcressed and the promises made in the Fourteen Points were broken».[40]

A modo de conclusión

David Lloyd George afirmaba que en el período de entreguerras: «Las naciones resbalaron hasta el caldero hirviendo de la guerra sin ninguna aprensión ni de consternación».[41] En consecuencia, la Gran Guerra, o bien no fue culpa de nadie, o bien de todos. Los principios idealistas, impulsados inicialmente por Wilson y el propio Lloyd George se vieron truncados por los *faits accomplis*, que respondían a los criterios de la *realpolitik*. De la teoría a la práctica hay un enorme trecho. De las palabras a los hechos, la distancia es aún mayor. En el Tratado de Neuilly no consiguieron garantizar los principios idealistas que había prometido el mismo primer ministro británico Lloyd George, ni en el fondo ni en la forma de los tratados en general y el de Neuilly en particular. No era la paz esperada por el pueblo británico partidario del idealismo que personificaban en Wilson, pero que también defendía Lloyd George.

La teoría que lucharon para acabar con todas las guerras, para instaurar un mundo mejor, basado en la democracia en el que el prin-

40. *Ibid.*, pp 7 y 31.
41. D. Lloyd George, *War Memoirs*, Odhams Press Ltd, Londres, 1938, vol. I, p. 52.

cipio de la autodeterminación de los pueblos liberaría a las nacionalidades oprimidas quedaba en *buenos deseos* que, en el mejor de los casos, podría llevar a cabo la entonces proyectada Sociedad de Naciones. En cambio, para los lores y los parlamentarios británicos vinculados al idealismo progresista el derecho de autodeterminación de los pueblos no tendría que ser negociable, sino que tendrían que haberlo aplicado en los tratados por convicción. No lo hicieron, porque una cosa son las palabras y otra los hechos. Además, la Gran Guerra fue extremadamente costosa para todos los que se vieron involucrados en aquel conflicto bélico y era difícil de defender que una monarquía derrotada, como la búlgara, por aplicación de principios idealistas, en las negociaciones de paz viése incrementados sus territorios.

Para los progresistas idealistas británicos el Tratado de Neuilly era una prueba que los tratados de paz no acabarían con las guerras, ya que volvía a imponerse la *realpolitik*. Por eso, al firmarse los tratados de paz que finalizaron la Primera Guerra Mundial, junto a la alegría por la finalización de lo que había sido una gran carnicería, también se oían «voces de preocupación, dudas sobre si el nuevo orden mundial sería mejor que el antiguo».[42]

El Tratado de Neuilly, *de iure*, parecía haberse fundamentado en el respeto al derecho a la autodeterminación de las nacionalides, pero *de facto* más que las nacionalidades mayoritarias en cada localidad lo que primó fue beneficiar a los estados balcánicos que lucharon de la alianza victoriosa. Stambolijski, que era realista, se vió obligado a firmar la paz. Bulgaria aceptó sus nuevas fronteras y renunció a su expansionismo de antaño e impulsaron una «Internacional Verde de partidos campesinos para contrarestar la Internacional Comunista de los rusos soviéticos».[43]

Lo que no había cambiado con los tratados de paz en general y concretamente con el de Neuilly era que los políticos seguían sin cumplir sus promesas y desoían a los idealistas que querían una paz *justa* que *acabase con todas las guerras*. Quizá los tratados, que finalizaron la Primera Guerra Mundial de los que el de Neuilly es el menos conocido, no fueron realmente el final de la Primera Guerra Mundial, sino el principio de la Segunda Guerra Mundial, el peor conflicto bélico

42. M. Macmillan, *1919: Seis meses…*, *op. cit.*, p. 21.
43. *Ibid.*, pp. 190-191.

que ha visto el ser humano y que acabaría por arrasar el continente europeo. En cuanto a Bulgaria se convirtió en miembro entusiasta de la Sociedad de Naciones y empezó a tener relevancia internacional. No obstante, los búlgaros consideraban el Tratado de Neuilly una imposición, un *Diktat*, y no renunciban a recuperar los territorios que pensaban que habían perdido injustamente lo que ayuda a comprender porqué se aliaron con las potencias fascistas durante la Segunda Guerra Mundial.

11.
La posguerra alemana (1918-1923) a través de las revistas satíricas *Kladderadatsch* y *Simplicissimus*

Josep Contreras
GRENS-UPF*

Las páginas de este capítulo pretenden reproducir y analizar la visión que, de la inmediata posguerra alemana, en concreto, del período que se extiende entre los años 1918 y 1923, dieron dos destacadas revistas satíricas, *Kladderadatsch* y *Simplicissimus*. En discrepancia con la interpretación tradicional que considera irrelevantes este tipo de publicaciones, estas revistas satíricas ofrecen un punto de vista documental diferente al habitual, pues permiten seguir con detalle los diferentes sucesos históricos acaecidos desde una visión mordazmente crítica. En este caso se trata de dos revistas que fueron muy populares en su época, aunque ubicadas en contrastados planos ideológicos; hecho que permite llevar a cabo una confrontación de dos visiones divergentes de unos mismos hechos históricos.

Kladderadatsch y *Simplicissimus*, dos semanarios satíricos confrontados

De las dos revistas, *Kladderadatsch* es la más antigua, pues su primer número apareció en 1848, y se prolongó hasta el final de la Segunda

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

Guerra Mundial, en 1944. Su fundador fue David Kalisch (1820-1872), un periodista y escritor liberal que encontró en la publicación satírica el medio para contribuir al ambiente intelectual alemán de mediados del siglo XIX. La revista se editaba en Berlín y difundía un humor fino y algo seco, sin exageraciones satíricas. Su ideología era conservadora y contraria al socialismo y fue muy popular entre las clases medias alemanas. Hasta el cambio de siglo priorizó el texto sobre la imagen y se mostró partidaria de las políticas del primer canciller de Alemania, Otto von Bismarck, a pesar de que, debido a su catolicismo, fue crítica con la política de la *Kulturkampf*, que buscaba la neutralidad del nuevo estado frente a los estamentos católicos.[1]

A comienzos del siglo XX la revista comenzó a perder popularidad entre sus lectores, siendo incapaz de aguantar la competencia de nuevas publicaciones más modernas, como la socialdemócrata *Der Wahre Jakob* o la propia *Simplicissimus*. En este período, realizó un giro hacia un mayor conservadurismo y, después de la Primera Guerra Mundial, se hizo antisemita, apoyando finalmente el nazismo.[2]

Por su parte, *Simplicissimus*, que tomó el nombre de la novela picaresca *Simplicius Simplicissimus*, escrita a finales del siglo XVII por Hans Jakob von Grimmelshausen, lanzó su primer número en 1896. Si bien comenzó como revista literaria, pronto se transformó en una revista satírica de toque liberal y un tono muy desenfadado. A partir de la primera década del siglo XX, se convirtió en la renovadora de las revistas satíricas alemanas por su modernidad y la gran calidad del dibujo de sus colaboradores, entre los que cabe destacar a Thomas Theodor Heine, Olaf Gulbransson, Edward Thöny o Karl Arnold, por citar solo algunos nombres.

Simplicissimus no consiguió alcanzar la gran popularidad de *Der Wahre Jakob*, pero, a diferencia de *Kladderadatsch* (que prefería quedarse en la crítica gubernamental), ofreció una crítica de la política alemana en general y sin descuidar el trasfondo social. Asimismo, dio

1. A. T. Allen, *Satire and society in Wilh elmine Germany. Kladderadatsch and Simplicissimus (1890-1914)*, The University Press of Kentucky, 1984, Kentucky, pp. 23-24.
2. El caricaturismo liberal y de izquierdas en V. Rouquier, *La caricature antihitlérienne dans la presse satirique allemande de 1923 à 1933*, Thèse de doctorat en Études germaniques, sous la direction de Madame F. Knopper, Université Toulouse 2 Le Mirail (UT2 Le Mirail), 2012, 2 vols.

prioridad a las imágenes por encima del texto, pues era consciente del poco tiempo que tenían las inquietas clases medias urbanas para hojear una revista satírica.[3]

El blanco preferido de las críticas de *Simplicissimus* fueron la Iglesia, el Kaiser, los militares y los funcionarios. Asimismo, durante el período de la República de Weimar la revista fue crítica con el conjunto de las izquierdas, pero también con las derechas más conservadoras, manteniéndose en un centrismo liberal próximo al Partido Democrático Alemán (DDP). Durante el nazismo, la redacción de la revista sufrió el ataque de las SA, el grupo paramilitar nazi, en 1934. La revista desapareció en 1944, pero volvió a resurgir entre 1954 y 1967, aunque no tuvo el éxito esperado y no cuajó finalmente.

La inmediata posguerra

El agotamiento militar y la presión de los países aliados, liderados por Estados Unidos, llevaron al general Erich Ludendorff, máxima autoridad en el frente occidental, a pedir el armisticio a finales de septiembre de 1918.[4] El armisticio, aceptado por las autoridades alemanas el 4 de octubre, incluía una serie de condiciones que, impulsadas por el presidente norteamericano Woodrow Wilson, demandaban, entre otras, la instauración de la democracia en Alemania y la retirada de las tropas alemanas de todos los territorios ocupados. Max von Baden, primo del káiser Guillermo II, fue nombrado canciller, quien incluyó en el gobierno a varios miembros moderados del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Sin embargo, la formación de este gobierno no fue suficiente y Wilson pidió la abdicación del emperador, hecho que se convirtió en motivo de fricción durante las negociaciones de paz.[5]

3. A. T. Allen, *Satire and society…*, *op. cit.*, p. 37.
4. M. Macmillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011, pp. 207-208 y 216. S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 54-61.
5. J. M. Aranda Sarvisé, «El hundimiento del II Reich. La revolución alemana 1918-1919», en <https://www.researchgate.net/publication/328876335_LA_CAIDA_DEL_II_REICH_ALEMAN_LA_REVOLUCION_ALEMANA_1918-1919> [consultado el 13/11/2019]. Véase también A. J. Tooze, *El Diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Crítica, Barcelona, 2016, pp. 307-325.

El acuerdo de armisticio provocó un gran desengaño y frustración en buena parte de la sociedad alemana, en especial entre las clases medias, que vieron la paz como una serie de condiciones impuestas por los aliados. La derrota fragmentó a la sociedad entre unas izquierdas y derechas irreconciliables, que en la lucha por el poder y en sus vertientes más radicales miraron hacia Moscú, en el primer caso, en un intento continuo de reproducir la revolución comunista en suelo alemán, y en el segundo caso, el de las derechas más nacionalistas que, en consonancia con grupos militares radicales anticomunistas, boicotearon cualquier tipo de estabilidad política que la derecha liberal y la izquierda más moderada intentaron impulsar.[6]

Tras el final de la guerra, Alemania entró en un período de gran inestabilidad política que fue a remolque de los violentos sucesos que se fueron reproduciendo a un ritmo vertiginoso. A comienzos de noviembre de 1918 tuvo lugar el levantamiento de los marinos en la estratégica base naval de Kiel, a raíz de la negativa de emprender un ataque militar por mar, en contra de la flota británica que derivó en una sublevación de tintes anarquistas y comunistas. También implicó la formación de consejos obreros al estilo de los creados en la Rusia bolchevique. Por su parte, Kurt Eisner, miembro del Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), se sublevó declarando el «Estado libre» de Baviera, hecho que provocó el fin de la dinastía Wittelsbach y la huída del último monarca, Luis III, a Austria. Este hecho forzó la presión de los aliados sobre el káiser (que aún consideraba la opción de conservar, al menos, el reinado de Prusia), quien abdicó finalmente el 9 de noviembre de 1918 y marchó al exilio, hacia Holanda, al día siguiente.[7]

En este contexto, el canciller Baden, sin el apoyo ya del káiser, se sintió desprotegido y cedió el cargo al socialdemócrata Friedrich Ebert. A partir de entonces, durante los meses de noviembre y diciembre, se sucedieron dos gobiernos paralelos, que reflejaron la profunda división existente entre la izquierda. Por un lado, el gobierno constitucional de Ebert, que no dudó en pactar con los militares (encabezados por el general Wilhelm Groener, sucesor de Ludendorff) a cambio de oponerse a cualquier levantamiento revolucionario; por el otro, el de

6. Para una visión de conjunto del período de Weimar (1918-1933) ver E. D. Weitz, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Turner, Madrid, 2009.
7. W. L. Shirer, *Auge y caída del Tercer Reich*, vol. I, Planeta, Barcelona, 2013, p. 89.

los miles de consejos de obreros y soldados que se fueron extendiendo por todo el territorio y que, a pesar de estar encabezados por el SPD, también integraban seguidores del USPD y de los más radicales *Spartakusbund*, la Liga Espartaquista de signo comunista encabezada por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo.[8]

Finalmente, el 11 de noviembre se firmó el armisticio que puso fin a la Gran Guerra. Como representantes del nuevo gobierno alemán acudieron a Compiègne el católico centrista Matthias Erzberger y el conde Alfred von Oberndorff, representante del ministerio de asuntos exteriores, quienes rápidamente pasaron a ser a ojos de los nacionalistas más radicales los «culpables» de haber aceptado las duras condiciones de paz, luego ratificadas en el Tratado de Versalles. En realidad, habían sido los altos mandos militares, encabezados por Ludendorff y Hindenburg, quienes habían arrojado la toalla y traspasado a los políticos la gestión de las condiciones de la posguerra.[9]

A partir de entonces surgió la llamada *Dolchstoßlegende* o «puñalada por la espalda» que sostenía que los grupos de izquierdas se habían rendido a nivel político ante los aliados y habían reconocido (algo a lo que se negaban a aceptar muchos alemanes) que habían sido vencidos militarmente.[10] Parece que el origen de la expresión procedía de una conversación mantenida entre Ludendorff y sir Neil Malcolm, un oficial británico, que comentó a raíz de la demanda de un armisticio que «esto suena como si les hubiesen dado una puñalada por la espalda». Así lo ilustraba, por ejemplo, *Kladderadatsch*, que representaba al propio Ludendorff destapando un telón oculto que dejaba ver al soldado alemán traicionado por la espalda por un personaje femenino, que personificaba la República y los socialistas.

8. L. Gómez Llorente, *Rosa Luxemburgo y la socialdemocracia alemana*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975. P. Maurice, «Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, un mito paradoxal en RDA», *Revue internationale Revista internacional www.sens-public.org* (Artículo publicado en línea: 2012/11 <http://www.sens-public.org/article.php3?id_article=998)>, pp. 1-12 [consultado el 13/11/2019].
9. M. Macmillan, *París 1919…*, *op. cit*., pp. 207-208, 216 y 585.
10. I. Kershaw, *Descenso a los infiernos. Europa, 1914-1949*, Crítica, Barcelona, 2016, pp. 176-177. M. Grüttner, «La Primera Guerra Mundial y el nacimiento del nacionalsocialismo», en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 135-153. A. Andreassi, «El mito del Dolchstoß y la cuestión de la responsabilidad en el desencadenamiento de la guerra [Kriegsschuldfrage] como ejes del debate público en la República de Weimar», *Rubrica Contemporánea*, vol. VII, n. 13, 2018, pp. 95-108.



Kladderadatsch, 30/11/1918

El propio Ebert contribuyó a la difusión del mito de la invencibilidad del ejército alemán, cuando en un discurso pronunciado en las calles de Berlín el 9 de diciembre, se dirigió a los soldados con las palabras «yo os saludos a vosotros, que volvéis invictos del campo de batalla». Precisamente en Berlín, a mediados de diciembre el gobierno socialista tuvo que hacer frente a la primera revuelta espartaquista, que exhibió su poder a través de la fuerza de los consejos obreros en la calle. La negativa de las tropas regulares del ejército de disparar a los manifestantes fortaleció a los consejos y a los líderes de la Liga Espartaquista, que el 30 de diciembre crearon el Partido Comunista Alemán (KPD).[11] *Simplicissimus* siempre criticó duramente a los espartaquistas y acostumbraba a burlarse de sus líderes, en especial de Liebknecht, a quien presentaba como alguien sin escrúpulos e irresponsable que solo conseguiría, con su ambición, demoler la República.

El 5 de enero de 1919 los espartaquistas reanudaron sus acciones y, con la presencia de setecientos mil manifestantes en las calles de

11. J. Barrot y D. Authier, *La izquierda comunista en Alemania 1918-1921*, Zero, Madrid, 1978.

Berlín, consiguieron hacerse con el control efectivo de la capital, en lo que se dio en llamar la *Märzkämpfe* o luchas de marzo. El gobierno de Ebert, que contaba con el ministro de defensa Gustav Noske, recurrió entonces a los recién creados *Freikorps*, los cuerpos de voluntarios formados por ex-soldados nacionalistas sin trabajo que el general Georg Maercker había impulsado tras el final del conflicto bélico. [12] En cuestión de días el KPD fue reducido y sus dos dirigentes, Liebknecht y Luxemburgo, fueron detenidos y tras ser asesinados, sus cuerpos fueron abandonados en el Tiergarten (el principal parque de Berlín) y lanzados al río del canal Landwerh, respectivamente.[13]

Mientras se producía la represión sobre el KPD, el 19 de enero tuvieron lugar las elecciones federales para conformar la nueva Asamblea nacional democrática, en las que el SPD obtuvo 185 de los 421 escaños. Por su parte, el partido católico de centro (Zentrum) y el Partido Democrático Alemán (DDP) obtuvieron 166 escaños y, junto al SPD, formaron la llamada coalición de gobierno de Weimar. La Asamblea, que se había trasladado de Berlín a Weimar, trabajó durante ocho meses en la redacción de una nueva Constitución.[14]

El gobierno de Ebert decretó en marzo la disolución de los consejos obreros, hecho que provocó de nuevo un sangriento episodio de lucha en las calles de Berlín y que se saldó con la muerte de mil doscientas personas. Esta represión consolidó, entre los sectores más radicales de la izquierda, la imagen de Noske como un socialista sin escrúpulos, entregado a los *Freikorps*. Los espartaquistas, por su parte, atacaron la sede de *Simplicissimus*.[15]

12. Ch. Jensen, *The Radicalization of the German Freikorps*, 25 p. en <https://www.academia.edu/36594180/The_Radicalization_of_the_German_Freikorps> [consultado el 13/11/2019]. Ch. Koenig, *Loose Cannons-War Veterans and the Erosion of Democracy in Weimar Germany*, Warwick Economics Research Paper Series, November 2015, en <https://warwick.ac.uk/fac/soc/economics/research/workingpapers/2015/twerp_1079_koenig.pdf> [consultado el 13/11/2019].

13. M. Jones, «Alemania 1918-1919: la revolución de la violencia», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15, 2016, pp. 43-72. F. Claudín, *La revolución alemana de 1918*, Biblioteca Omegalfa, <https://omegalfa.es›downloadfile›/la-revolucion-alemana-de-1918%20(1).pdf> [consultado el 13/11/2019].

14. W. L. Shirer, *Auge y caída…*, *op. cit.*, pp. 94-95. J. D. Restrepo Zapata, «La Constitución alemana de Weimar (1919) ¿una utopía en medio de la crisis? Un análisis histórico a sus aspectos interventores, modernizadores y derechos sociales», *Estudios Internacionales*, 190 (2018), Instituto de Estudios Internacionales - Universidad de Chile, pp. 85-106.

15. W. G. Ratliff, *The political career of Gustav Noske, 1918-1920*, Thesis, Texas

El Tratado de Versalles

Las condiciones impuestas por el Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919, fueron acogidas con incredulidad y resultaron inaceptables para gran parte de la sociedad alemana. Ciertamente, las condiciones eran duras, pero menos que las que los propios alemanes impusieron a los rusos en el Tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918. Alemania perdía un 13 % del territorio europeo que tenía antes de la guerra y, en consecuencia, un 10 % de población. El ejército alemán quedaba reducido a 100.000 hombres, la armada a 15.000 y no se permitirían los submarinos. Las condiciones económicas también eran duras, pero no irreparables. En realidad, el daño real fue más bien político y moral, pues atacaba al orgullo y sentimiento nacional.[16]



Simplicissimus, 3/6/1919

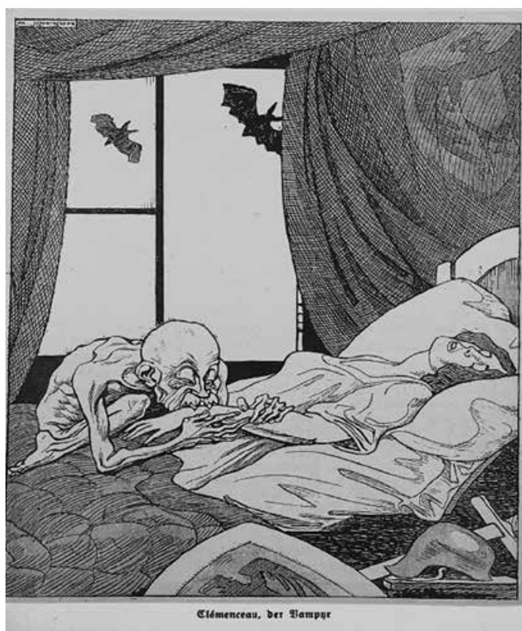
Tech University, 1980. W. Mülhausen, «Friedrich Ebert in German political memory», en <https://www.ghi-dc.org/fileadmin/user_upload/GHI_Washington/Publications/Other_GHI_Publications/Institutions_of_Public_Memory/115.pdf> [consultado el 13/11/2019].

16. Sobre los orígenes del *Diktat* véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix…*, *op. cit.*, pp. 196-208.

La prensa satírica se hizo evidentemente eco de las condiciones del tratado, y tanto *Kladderadatsch* como *Simplicissimus* presentaron al estadounidense Woodrow Wilson, al francés Georges Clemenceau y al británico David Lloyd George, los artífices del tratado, como políticos sin piedad e intransigentes que imponían un *Diktat* que, para *Simplicissimus*, nacía muerto, pues sus condiciones se antojaban irreales para la revista.

De manera visionaria, el mariscal francés Ferdinand Foch había comentado acerca del tratado que «esto no es una paz. Es un armisticio de veinte años».[17]

Ambas revistas difundieron la imagen de Francia como un país que aprovechaba la victoria bélica para debilitar a Alemania. En esta línea, *Kladderadatsch* presentaba a Clemenceau como un «vampiro» que chupaba la sangre del país germano, de sus recursos industriales y humanos, con el objetivo de anularlo militar y económicamente.



Kladderadatsch, 13/4/1919

17. I. Kershaw, *Descenso a los infiernos…*, *op. cit.*, pp. 145-177.

Finalmente, el 14 de agosto de 1919 la Asamblea Nacional promulgó la nueva Constitución republicana de Weimar.[18] Ésta establecía que el presidente debía ser elegido directamente por el pueblo. El presidente gozaba de un gran poder, pues nombraba y destituía al canciller, podía disolver el Parlamento y suspender las garantías constitucionales; era, además, el jefe de las Fuerzas Armadas. Otros aspectos destacados de la Constitución fueron la aprobación del sufragio femenino, las mujeres llegaron a ser el 10 % de la Asamblea, así como la protección de la libertad de opinión, de reunión y de culto religioso.[19]

La coalición de gobierno pronto se demostró débil e insuficiente para llevar a cabo la reconstrucción política, económica y moral del país y, como mostraba *Simplicissimus*, muchos vieron el país dividido entre militares, apoyados por los activos y violentos *Freikorps*, y los comunistas, quienes, a pesar de haber sufrido una fuerte represión, seguían siendo muy activos en todo el territorio.[20]

Las tensiones del gobierno con las unidades de los *Freikorps* llevaron a Noske, ministro de defensa, a aprobar su disolución, hecho que provocó el llamado *Putsch* (golpe) de Kapp, el 13 de marzo de 1920. Este golpe de estado estuvo encabezado por el político ultraconservador Wolfgang Kapp y el comandante de la brigada de marina Hermann Ehrhardt, al que se sumaron el militar Walther von Lüttwitz y el general Ludendorff. El gobierno huyó a Berlín y Kapp se autoproclamó canciller, pero la falta de preparación del golpe y la resistencia de los sindicatos, movilizados por el KPD y especialmente activos en la cuenca minera del Ruhr, llevó al fracaso del golpe tras cinco días. Elocuentemente, el ejército no llevó a cabo ninguna acción para sofocar la sublevación. El presidente Ebert recuperó el poder, pero en un nuevo desafío recurrió a los *Freikorps* para reprimir a los obreros.

18. E. D. Weitz, *La Alemania de Weimar: presagio y tragedia*, Turner, Madrid, 2009. L. E. Jones (ed.), *The German right in the Weimar Republic: studies in the history of German conservatism, nationalism, and antisemitism*, Berghahn Books, Nueva York, 2016. B. Fowkes (introd.), *The German left and the Weimar republic: a selection of documents*, Brill, Leiden, 2014. E. Kennedy, *Carl Schmitt en la República de Weimar: la quiebra de una constitución*, Tecnos, Madrid, 2012. P. Gay, *La Cultura de Weimar: una de las épocas más esplendidas de la cultura europea del siglo XX*, Paidós, Barcelona, 2011.

19. R. J. Evans, *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2017, pp. 113-124.

20. S.A., *Simplicissimus*, 15/9/1919.

Con esta nueva acción, quedó claro que el gobierno era débil para hacer por sí solo frente a los comunistas, pero ello le llevó a un desgaste político frente al conjunto de las izquierdas.[21]

Como consecuencia de todos estos hechos, la Asamblea fue disuelta y se convocaron nuevas elecciones el 6 de junio de 1920, que supusieron la derrota de la «coalición de Weimar» de socialistas, centro y católicos, que obtuvieron solo el 43,5 % de los votos. En contraste, el USPD (Partido Socialdemócrata Independiente Alemán), el liberal DVP (Partido Popular Alemán) y los nacionalistas del DNVP (Partido Nacional del Pueblo Alemán) cosecharon el 46,9 % de los votos.[22]

Sin duda, uno de los grandes problemas a los que tuvieron que hacer frente los diferentes gobiernos fue la inflación. La pérdida de los territorios de Alsacia y de Lorena, ricas regiones industriales, contribuyó también al descenso de la producción industrial, que en 1919 era solo un 42 % de lo que había sido en 1913. Se necesitaba un gasto enorme para hacer frente a la economía en tiempos de paz y al pago de deudas de la guerra y cualquier aumento de impuestos era denunciado por las derechas. Como consecuencia, la inflación fue imparable y la depreciación monetaria se fue acusando con el paso de los años. Así, quien quería comprar un dólar en enero de 1923 tenía que pagar 17.000 marcos, pero a finales de año, en diciembre, fue muchísimo peor, pues equivalía a 4.200.000 billones.[23] *Simplicissimus* presentaba, por ejemplo, al ministro de finanzas, Eugen Schieffer, incapaz de controlar la economía a lo largo del año 1919.[24]

Como consecuencia del fracaso del cumplimiento de las indemnizaciones económicas por parte del gobierno de Ebert, que incluían las entregas de carbón, el 11 de enero de 1923 tropas francesas y belgas llevaron a cabo la ocupación del Ruhr. Ésta se prolongó hasta el 25 de agosto de 1925. El objetivo del gobierno de Raymond Poincaré era hacerse con el control de la producción de carbón, hierro y acero situado en la mencionada región, pero pronto desencadenó una resistencia no violenta y disturbios sociales, que acrecentaron el alto nivel

21. I. Kershaw, *Descenso a los infiernos…*, *op. cit.*, p. 207.
22. H. Schulze, *Kleine deutsche Geschichte*, Deutscher Taschenbuch Verlag, München, 1998, p. 140.
23. R. J. Evan, *La llegada del Tercer Reich…*, *op. cit.*, p. 141.
24. S.A., *Simplicissimus*, 2/3/1919.

de desempleo y la hiperinflación. Nuevamente, las revistas volvieron a reproducir la imagen de Francia como un país que se quedaba con la riqueza alemana y, en esta línea *Kladderadatsch* criticaba la hipocresía francesa que, proclamando los valores teóricos de la libertad, igualdad y fraternidad. No obstante, la República Francesa (RF) enseñaba su verdadero rostro despiadado al ocupar el Ruhr.



Kladderadatsch, 28/1/1923

La ocupación del Ruhr volvió a envalentonar a los grupos nacionalistas, que, en su vertiente más radical, protagonizaron el frustrado *Putsch* de Múnich, el 8 de noviembre de 1923. A partir de 1924 Alemania entró en un proceso de mayor estabilidad política y económica, tras la introducción del Plan Dawes, que permitió un respiro a una sociedad fuertemente dividida, que había vivido una posguerra traumática y muy violenta entre los años que van de 1918 a 1923.[25]

25. F. Gallego, *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001, pp. 81-132.

A modo de conclusión

Como hemos visto a lo largo de estas páginas, el seguimiento de las revistas satíricas *Kladderadatsch* y *Simplicissimus* permite un acercamiento diferente al habitual a la situación de Alemania en la posguerra, ya que, siguiendo los principales hechos acaecidos, se consigue un matiz diferente que, a la par que ofrece una visión crítica, da lugar también a un juego de contrastes entre las ideologías de las diferentes publicaciones satíricas.

Entre finales de 1918 y finales de 1923 se sucedieron numerosísimas insurrecciones, tanto por parte de grupos extremistas de derechas como de izquierdas, imposibilitando la estabilidad de la nueva República de Weimar. Como hemos visto, el gobierno de coalición encabezado por el SPD recibió las críticas de ambas publicaciones satíricas, que lo presentaban como un grupo político débil, incapaz de frenar tanto los levantamientos comunistas como los protagonizados por los grupos militaristas de derechas encabezados por los *Freikorps*. Ambas revistas hicieron hincapié en la inestabilidad surgida tras el conflicto bélico, en las duras imposiciones del Tratado de Versalles, en la intransigencia mostrada por los Aliados (en especial por parte de Francia), así como el impacto de la inflación y del desempleo en la sociedad alemana de la República de Weimar. Sin duda alguna, ambas publicaciones también contribuyeron a polarizar ideológicamente la sociedad alemana y a ofrecer la imagen de una República de Weimar «sin republicanos»; una República que carecía de un centro político sólido o estable que permitiera alcanzar la estabilidad política. De esta forma, se consolidó un discurso por el cual se afirmaba que el verdadero déficit de la República, en el fondo, habría sido su falta de legitimidad a nivel político, afirmación que se pretendía sustentar en el hecho de que, durante todo el período, entre 1918 y 1933, menos de la mitad de los diputados del Reichstag representaban a organizaciones que apostaban por una república democrática.[26]

26. Frente a la visión catastrofista que sobre la República de Weimar difundió la literatura de la derecha radical, existen estudios que ofrecen una visión de la misma como un período de explosión intelectual, cultural y artística: H. Heiber, *The Weimar Republic*, Blackwell, Oxford (UK)-Cambridge (USA), 1993; o A. Phelan, *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Edicions Alfons el Magnànim, IVEI, València, 1990.

12. La visión de la colonia alemana en España del final de la Primera Guerra Mundial y la Paz de Versalles a través del semanario *Die Deutsche Warte/Atalaya Alemana*

Víctor López Mirabet
GRENS-UPF*

Este capítulo tiene por objetivo analizar la visión que tenía la colonia alemana en España sobre los sucesos que se desarrollaron en el escenario internacional desde la firma del Armisticio de la Primera Guerra Mundial hasta la conclusión del Tratado de Versalles. Para ello, he utilizado como principal fuente de este capítulo al semanario comercial alemán *Die Deutsche Warte/La Atalaya Alemana* (1916-1924?). Esta publicación comenzó a editarse en Barcelona el 15 de enero de 1916 por iniciativa de August Heinrich Hofer, un empresario alemán que dirigía una fundición de tipos tipográficos llamada Fundición Tipográfica Neufville.[1]

Durante la Primera Guerra Mundial Hofer fue el fundador y el director, hasta diciembre de 1917, del Servicio Alemán de Informaciones para España en Barcelona, una agencia de noticias y de propaganda cuyo objetivo era contrarrestar la enorme influencia que tenían en España la agencia francesa Havas/Fabra y la inglesa Reuters, así como la difusión de opiniones favorables a las Potencias Centrales. Esta agencia jugó un papel clave en la labor propagandística germanófila

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. A. Hofer, *Das Deutschtum in Spanien. Der deutsche Nachrichtendienst für Spanien in Barcelona. Geschichte seiner Gründung und seiner Entwicklung bis zur Übergabe an die Kaiserlich Deutsche Botschaft in Madrid. August 1914 bis zum 31. Dezember 1917*, Autoedición, Barcelona, 1918.

en la península hasta su disolución, con el desenlace final de la Gran Guerra.[2]

Cuando empezó a publicarse, *Die Deutsche Warte* constaba de doce páginas, que luego se ampliaron a dieciséis y más tarde a veinte.[3] Sus primeros números tenían una tirada de dos mil ejemplares, pero ésta creció conforme pasaban los meses y la publicación se fue consolidando. En diciembre de 1917, según datos del propio Hofer, alcanzó una tirada entre cinco mil y seis mil ejemplares.[4] La razón de este incremento se puede explicar tanto por el crecimiento de la población alemana en España, como por el interés que esta revista despertaba en círculos germanófilos.[5]

2. Sobre las actividades propagandísticas alemanas en España: J. Albes, *Worte wie waffen. Die deutsche Propaganda in Spanien während des Ersten Weltkrieges*, Klartext Verlag, Essen, 1996. También: E. González Calleja y P. Aubert, *Nidos de Espías: España, Francia y la Primera Guerra Mundial 1914-1918*, Alianza Editorial, Madrid, 2014.

3. S.A., «Zum einjährigen Bestehen der "Deutschen Warte" - Wochenausgabe«, *Die Deutsche Warte*, n.º 2, segundo año, 20/1/1917, p. 1.

4. A. Hofer, *Deutschtum in Spanien…*, *op. cit.*, pp. 58-59.

5. Sobre aliadófilos y germanófilos véase F. Díaz Plaja, *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*, Dopesa, Barcelona, 1973. P. Aubert, «La propagande etrangère en Espagne pendant la première guerre mondiale», VV.AA., *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo xx*, CSIC, Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1986, pp. 357-411. G. Meaker, «A Civil War of Words: the ideological impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en H. A. Schmitt (ed.), *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, University Press of Virginia (1988), pp. 1-65. J. Varela, «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de Razón Práctica*, núm. 88/1 (1988), pp. 27-37. J. Díaz, «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», *Ayer. Revista de historia contemporánea*, núm. 91/3 (2013), pp. 121-144. F. J. Romero Salvadó, *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Crítica, Barcelona, 2002. Paloma Ortiz de Urbina, «La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914», *Revista de Filología Alemana*, núm. 15/1 (2007), pp. 193-206. M. Fuentes Codera, «Proyectos contrapuestos para el catalanismo frente a la Primera Guerra Mundial: lecturas comparadas de La Veu de Catalunya y El Poble Català (1914-1915)», En E. Nicolás y C. González (eds.), *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la asociación de historia contemporánea*, Universidad de Murcia, Murcia, 2008, pp. 1.333-1.351, del mismo autor «Germanófilos y neutralistas. Proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer. Revista de historia contemporánea*, núm. 91/3 (2013), pp. 63-92, y *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid, 2014. J. Krauel, «Visión parcial del enemigo íntimo. La *Gran Guerra* como antesala de la Guerra Civil», *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, núm. 5/1 (2009), pp. 155-176. J. Esculies, «España y la Gran Guerra. Nuevas aportaciones historiográficas», *Historia y Política*, núm. 32 (julio-diciembre de 2014), pp. 47-70. A. Rafanell, «Intel·lectuals catalans pro Germània», *Afers*, núm. 64/1 (2009), pp. 587-607. C.García

Hasta el 6 de octubre de 1917 se publicó exclusivamente en alemán. Pero a partir de esa fecha, decidieron convertirla en un semanario bilingüe, con artículos escritos tanto en alemán como en castellano, con la finalidad de informar a la opinión pública española sobre los acontecimientos desarrollados en los Imperios centrales.[6] El cambio lingüístico implicó que el semanario modificase su nombre por el de *Die Deutsche Warte/La Atalaya Alemana*.

A partir del 28 de julio de 1917 *Die Deutsche Warte* se presentaba a sí misma como un semanario comercial germano-español, poco después de que un grupo de empresarios alemanes fundara la Asociación Económica Alemana en Cataluña, la primera de este tipo en suelo español; una asociación que al poco tiempo cambiaría su nombre por el de Asociación Económica Alemana para España y que es el origen de la actual Cámara de Comercio Alemana para España.[7]

A partir del 23 de febrero de 1918 *Die Deutsche Warte* la incluyó en su portada, ya que era su órgano de prensa oficial. Así pues, a través de esta publicación, el sector empresarial de habla alemana en España obtuvo un portavoz desde donde generar una corriente de opinión conjunta que velara por sus intereses y, al mismo tiempo, les permitía influenciar a los lectores germanófilos que también leían y colaboraban en dicha publicación. Entre sus colaboradores no alemanes encontramos conocidos germanófilos de la época como Manuel de Montoliu, Silvio Kossti, Agustín Murúa, Luis Almerich, Federico Hernández y Alejandro, Juan Pujol o Vicente Gay.

Sanz, *La Primera Guerra Mundial en el estrecho de Gibraltar. Economía, política y relaciones internacionales*, CSIC, Madrid, 2011. A. Navarra Ordoño, *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014 y del mismo autor *Aliadòfils i germanòfils a Catalunya durant la Primera Guerra Mundial*, Generalitat de Catalunya-Centre d'Història Contemporània de Catalunya, Barcelona, 2016. E. González Calleja, y P. Aubert, *Nidos de espías: España, Francia y la Primera Guerra Mundial*, Alianza, Madrid, 2014. F. García Sanz, *España en la Gran Guerra*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2014.

6. La Redacción, «An unsere Freunde und Leser/ A nuestros amigos y lectores en todos los países de lengua castellana», *Die Detusche Warte/La Atalaya Alemana,* n.º 254, 6/10/1917, p. 1.

7. T. Nause, G. Oster y W. von Plettenberg, *100 años de la Cámara de Comercio Alemana para España/ 100 Jahre Deutsche Handelskammer für Spanien (1917-2017)*, Cámara de Comercio Alemana para España, Madrid, 2017.

La colonia alemana en España (1871-1918)

La guerra europea por sí sola no explica la existencia de una publicación en alemán en España, sino que en ello hay que ver también las necesidades de la propia colonia alemana por tener un órgano de prensa que representase sus intereses. A finales del siglo XIX y principios del XX la búsqueda de nuevos mercados e inversiones se tradujo en un interés cada vez mayor de algunos empresarios de origen alemán por el territorio español. Algunos de estos empresarios establecieron negocios de exportación de productos agrícolas típicos del Mediterráneo como arroz, aceite de oliva, vino, azafrán, corcho e incluso frutas tropicales.[8] En ciudades como Madrid, Barcelona o Sevilla se establecieron empresas filiales de firmas como AEG o Siemens, bancos alemanes como el Banco Alemán Transatlántico, químicas como Bayer, BASF, Boehringer o Hoechst, empresas de ingeniería mecánica como Borsig, Henschel y Maffey, así como metalúrgicas como Krupp.[9] Antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, Alemania se había convertido en uno de los socios inversores más importantes para España, solo por detrás de Francia e de Inglaterra.[10]

El entramado empresarial que se estaba formando en España atrajo a un gran número de inmigrantes de origen alemán que se establecieron con sus familias para trabajar como comerciantes, ingenieros o técnicos. En 1905 había en Barcelona quinientos ochenta y cinco súbditos alemanes oficialmente registrados, alrededor de cuatrocientos cuarenta y ocho en Madrid y seiscientos diez en las Islas Canarias.[11] El historiador Ernst-Wolfgang Pöppinghaus calcula que antes de la Gran Guerra había en España unos cinco mil alemanes, los cuales, en su mayoría, entre mil doscientos y mil quinientos, vivían en Barcelona y Madrid, mientras que el resto residía en ciudades como Valencia, San Sebastián, Vigo, Cádiz, La Coruña, Málaga, Santander,

8. E. W. Pöppinghaus, *Moralische Eroberungen?: Kultur und Politik in den deutsch-spanischen Beziehungen der Jahre 1919 bis 1933*, Frankfurt am Main, Vervuert, 1999, p. 71.
9. *Ibid*.
10. J. Loscertales, *Deutsche Investionen in Spanien 1870-1920*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2002, p. 134.
11. *Ibid*., p. 280.

Bilbao, Sevilla o Zaragoza;[12] a éstos habría que sumarle la presencia, nada desdeñable, de súbditos del Imperio austrohúngaro y de los cantones suizos de habla alemana, como por ejemplo Hans Gamper, popularmente conocido como Joan Gamper, el fundador del F.C. Barcelona.[13]

Durante la Primera Guerra Mundial la población de origen germano en España siguió aumentando. Al territorio español llegaron alemanes que habían sido expulsados de Francia, del norte de África, Latinoamérica o Portugal, y si antes de la guerra había unos cinco mil alemanes, durante el conflicto bélico su número oscilaba entre los ocho mil y los diez mil.[14] También llegó un gran contingente de desplazados que provenían del Camerún. Estos se habían refugiado en las colonias españolas de Río Muni y Fernando Poo, tras ser derrotados por las tropas de la Entente en febrero de 1916. Las presiones de franceses e ingleses, que temían un posible contraataque de los alemanes exiliados en la Guinea Ecuaterial española, provocaron que el gobierno español los trasladara a territorio peninsular, junto con algunos cabecillas indígenas que se habían exiliado con sus colonizadores.[15]

Entre finales del siglo XIX y el fin de la Primera Guerra Mundial, los inmigrantes alemanes en España fundaron un número considerable de instituciones de carácter religioso, pedagógico y social, centradas, principalmente, en satisfacer sus propias necesidades y en mantener su identidad cultural germana. Se fundaron iglesias evangélicas en Madrid, el 1864, Barcelona, el 1885 y Málaga, el 1893.[16] En 1894 se instituyó en Barcelona la primera escuela alemana en suelo español y dos años más tarde también se fundaría una en Madrid. Antes de 1918, había pequeños centros escolares alemanes también en Málaga, Bilbao, Palma de Mallorca, Valencia, Vigo, Gijón y Puerto Orotava, en la

12. E. W. Pöppinghaus, *Moralische Eroberungen?…*, *op. cit.*, p. 71.
13. E. Gamper Soriano, *De Hans Gamper a Joan Gamper. Una biografia emocional*, Clavell, Premià de Mar, 2008.
14. E. W. Pöppinghaus, «¿Intercambio cultural, proyección cultural o imperialismo cultural? Aspectos de las relaciones culturales germano-españolas entre 1918 y 1932», en W. L. Bernecker (ed.), *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Vervuert, Editionen der Iberoamericana, Frankfurt am Main, 1992, pp. 89-117, en concreto p. 94.
15. E. González Calleja, «El internamiento de los colonos alemanes del Camerún en la Guinea Española (1915-1919)», *Endoxa*, n.º 37 (2016), pp. 223-236.
16. E. W. Pöppinghaus, *Moralische Eroberungen?…*, *op. cit.*, pp. 72-75; J. Albes, *Worte wie waffen…*, *op cit.*, p. 43.

isla de Tenerife.[17] También constituyeron asociaciones de carácter lúdico y social, como por ejemplo el *Verein Germania* de Barcelona en el que se organizaban diversas actividades de carácter cultural y además se celebraban reuniones entre los miembros de la Asociación Económica Alemana para España. La *Deutsche Warte* se encargaba de anunciar las actividades que se realizaban en ésta y otras asociaciones alemanas ubicadas por todo el territorio español.

La colonia alemana en España poseía una muy fuerte identidad cultural y un gran afán por conservar lo que ellos denominaban *Deutschtum*, entendida como «germanidad». *Das Deutschtum* era, tal como apunta el historiador Sebastian Conrad, «the permanency, of membership of the German nation, understood in cultural and linguistic terms».[18] Es decir, era el afán por conservar y, en menor medida, expandir la cultura, las costumbres y la lengua alemanas por parte de los inmigrantes teutones que vivían fuera del Reich, y a su vez el elemento esencial que debía vincularlos a él. En un artículo publicado el 5 de febrero de 1916 en *Die Deutsche Warte* se decía que los dos deberes de la «germanidad» en España eran: «el mantenimiento de la propia "germanidad" y la promoción de las relaciones amistosas entre España y la patria alemana».[19] La existencia de *Die Deutsche Warte* se enmarca, pues, en este postulado identitario y esencialista de la colonia alemana en España.

Armisticio y República

El 7 de noviembre de 1918, una comitiva formada por cinco vehículos cruzó el frente de batalla con una bandera blanca camino del bosque

17. *Ibid*., pp. 43-44.
18. S. Conrad, *German colonialism. A short history*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011, p. 19.
19. E. Miller, «Das Deutschtum in Spanien; seine Pflichten und esine Rechte. Eine Erwiderung auf den Vortragdes Herrn G. Spandau», *Die Deutsche Warte*, n.º 4, pp. 4-5. Otras referencias sobre el *Deutschtum en España*: G. Spandau, «Das Deutschtum in Spanien; seine Pflichten und Rechte», *Die Deutsche Warte* n.º 2, 22/1/1916, pp. 2-4; A. Hofer, «Das Deutschtum in Spanien I», *Die Deutsche Warte*, n.º 6, 19/2/1916, pp. 1-2; A. Hofer, «Das Deutschtum in Spanien II», *Die Deutsche Warte*, n.º 7, 26/2/1916, pp. 1-2.

de Compiègne. En ellos iba una delegación encabezada por el político Matthias Erzberger para firmar el armisticio que pondría fin a las hostilidades entre Alemania y las potencias de la Entente.[20]

A pocos días del fin de las hostilidades estalló un motín en la ciudad portuaria de Wilhelmshaven. El motivo de aquella revuelta fue la negativa por parte de los marineros de la *Kaiserliche Marine* de realizar un último ataque naval contra la flota británica, así como también la mejora de sus condiciones de vida. El motín tuvo lugar a finales de octubre de 1918 y el ambiente empezó a caldearse después de que la represión de los manifestantes generase algunos muertos. Lo que había empezado como una manifestación en contra de sus superiores, terminó derivando en una revuelta generalizada que, organizada en consejos de clara inspiración soviética, se revelarían contra el Káiser y pedirían el final de la guerra. La revolución que había empezado en Wilhelmshaven y Kiel se extendió los días siguientes por toda Alemania. Según Eric D. Weitz: «Su expansión puede seguirse con los horarios de ferrocarril en la mano, a medida que los marineros abandonaban la ciudad portuaria [de Kiel] para llevar la noticia de que estaban hartos de aquella guerra y se habían amotinado contra los oficiales».[21]

Mientras tanto, el Káiser escapó de la Berlín revolucionaria al cuartel del Alto Mando, situado en la localidad belga de Spa. Desde allí Guillermo II pretendía realizar un golpe militar para recuperar el control del Reich, pero fue informado de que el ejército no le apoyaría.[22] Hubo una tentativa de crear una monarquía parlamentaria, pero finalmente, el 9 de noviembre, el canciller Max von Baden renunció a su cargo y nombró al socialdemócrata Friedrich Ebert como sucesor. El Káiser abdicó y su hijo renunció a los derechos de sucesión, huyendo después a Holanda. Ese mismo día, se produjeron dos proclamaciones republicanas: por un lado, el socialdemócrata Philipp Scheidemann proclamó la república a las dos de la tarde, desde una balconada

20. K. Epstein, *Matthias Erzberger and the dilemma of German democracy*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1959.
21. E. D. Weitz, *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Turner, Madrid, 2009, pp. 28-29 y 32.
22. C. Mick, «1918: Endgame», en J. Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War Volume 1 Global War*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014, pp. 133-171, en concreto p. 164.

del *Reichstag*; por otro lado, Karl Liebknecht, uno de los líderes de la Liga Espartaquista, proclamó la República Socialista Alemana desde el Palacio Real de Berlín.[23] Dos días después de estos acontecimientos se firmaría el Armisticio; con la consiguiente paradoja que los delegados alemanes que habían partido el día 7 de noviembre, como súbditos del Káiser ahora firmaban la interrupción de las hostilidades como ciudadanos de la República Alemana el día 11 de ese mismo mes.

El 16 de noviembre, un miembro de la colonia alemana en Barcelona, el doctor Hansen, escribía en *Die Deutsche Warte* un artículo dedicado a Guillermo II lamentándose de su situación: «El Káiser era nuestro Káiser, por ello debemos honrarle doblemente como alemán y en su desgracia tres veces», y veía con desasosiego la caída del imperio, así como el advenimiento de la República: «el más joven de entre nosotros no es lo suficientemente joven para poder comenzar una nueva vida política sin la influencia de su determinación y su poder».[24]

Unos días antes de la proclamación de la República, cuando la creación de una monarquía parlamentaria todavía parecía posible, August H. Hofer escribió un artículo en el que mostraba su optimismo por un sistema democrático encabezado por Guillermo II diciendo que «[es] la prueba más gratificante que el Káiser y el pueblo se entiendan entre sí, y que todas las fuerzas vivas del Reich se unen para colaborar en una Alemania más libre y más grande»,[25] y añadía, quizá con resignación, que la «futura Gran Alemania reside en un Imperio Democrático».[26]

Ambos artículos reflejan la preocupación por la situación de Guillermo II de un amplio sector de la colonia alemana en España, que se declaraba monárquica e idolatraba la figura del Káiser. Que el emperador alemán era un elemento indispensable de cohesión dentro de la colonia alemana lo demuestra el hecho de que cada enero se organizaban actos conmemorativos y banquetes para celebrar su cumpleaños. El culto a su personalidad llegó hasta tal punto que en la Navidad de 1917 la *Deutsche Warte* anunciaba la venta de bustos de

23. E. D. Weitz, *La Alemania de Weimar…*, *op. cit.*, pp. 31-32.
24. Dr. Hansen, «Dem Scheidenden Kaiser», *Die Detusche Warte/La Atalaya Alemana*, n.º 46, año III, 9/11/1918, p. 1.
25. A. Hofer, «Das neue Deutschland, Barcelona, 6. November 1918», *Die Detusche Warte/ La Atalaya Alemana,* n.º 254, 16/11/1918, p. 17.
26. *Ibid*.

Guillermo II, obra del escultor Rafael Atché, que no debían faltar «Bajo ningún Árbol de Navidad alemán en España». Por ello, la proclamación de la República Alemana dejó huérfanos de la figura paternal del Káiser a muchos de ellos, cuya prioridad, a partir de ese momento, fue la de defender el honor de su monarca, considerado por la prensa de los países de la Entente como el principal culpable de la guerra.[27]

No obstante, había un sector de la colonia alemana en España que veía con esperanza el advenimiento de la república. Sobre todo, porque creían que era la mejor manera de frenar el bolchevismo. Este es el caso de Otto Engelhardt, cónsul honorifico en Sevilla, que creía que «solo allí, donde ciudadanos libres viven con sentido social, el bolchevismo se encontrará con un muro infranqueable», e invocaba el espíritu liberal de la Asamblea Nacional de Frankfurt de 1848: «que venga pronto la gran república alemana fuertemente unida, por la cual ya lucharon los patriotas alemanes hace 70 años, entonces desaparecerá el último bolchevique para la bendición de la patria y para la paz en Europa».[28] Al contrario que el doctor Hansen o Hofer, Engelhardt consideraba que Alemania, que identificaban como la *madre patría* disponía de muchos hombres *capaces* que «como representantes de la voluntad del pueblo, pueden formar el gobierno y están en posición de restaurar la fortaleza y la prosperidad interior de la Patria. Si el pueblo alemán no pudiera gobernarse a sí mismo hoy, no merecería existir».[29]

Wilson y Alemania

Los términos que figuraban en el documento del Armisticio obligaban a Alemania a hacer grandes concesiones territoriales: retirar sus tropas de Francia, Bélgica, Luxemburgo y Alsacia-Lorena antes de cuarenta días, crear una zona desmilitarizada en el territorio alemán situado en

27. Por ejemplo, en febrero reprodujeron un manifiesto publicado en Alemania de la Liga para la protección de Guillermo II: S.A., «Bund zum Schutze Wilhelms II», *Die Detusche Warte*/ *La Atalaya Alemana*, n.º 5, año IV, 1/2/1919, p. 13.
28. O. Engelhardt, «Brief an die "Warte"», *Die Detusche Warte*/ *La Atalaya Alemana,* n.º 2, año IV, 11/1/1919, p. 2.
29. *Ibid*.

la cuenca oeste del Rin y ceder a las tropas aliadas las ciudades de Maguncia, Coblenza y Colonia. También, debían desmovilizar su ejército del este de Europa y volver a las fronteras vigentes el 1 de agosto de 1914, renunciar a los tratados de Brest-Litovsk y Bucarest, así como rendir la colonia alemana de África del Este. Además, debían internar parte de su flota en territorio aliado o neutral y entregar una gran cantidad de material bélico y logístico a la Entente. En resumen, el documento final del Armisticio no seguía exactamente los principios de Wilson, ya que, como apunta la historiadora Margaret Macmillan: «éste asentaba las bases para que en un futuro Alemania pagara reparaciones de guerra a los aliados».[30]

Pese a todo, una de las principales esperanzas alemanas para conseguir un tratado de paz que fuera «justo» era que las tesis del presidente norteamericano Woodrow Wilson se impusieran al espíritu revanchista de sus homólogos de la Entente. Si bien era cierto que la situación del ejército alemán en la guerra no se podía sostener a largo plazo, el gobierno alemán había dado a entender que deponía las armas bajo la promesa de que la paz se hiciese siguiendo los Catorce Puntos de Wilson.[31]

Esta esperanza también se trasladó a los alemanes que residían en España. La *Deutsche Warte* así lo refleja en un artículo escrito el 28 de noviembre en el que afirmaban que: «si el ejército alemán se decidía a deponer sus armas, no lo hacía delante de un vencedor, sino ante un principio».[32] Creían que era necesario «un acuerdo entre Wilson y Alemania para realizar la aceptación de su Programa».[33] Pero eran conscientes de las dificultades a las que se enfrentaba Wilson, tanto en Europa como en los EE.UU.: «Las dificultades en las que se encuentra un acuerdo se reflejan claramente en la campaña cada vez más violenta de Inglaterra y Francia, e incluso gradualmente en los Estados Uni-

30. M. Macmillan, *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2001, p. 48. Sobre la *espinosa cuestión* de las reparaciones véase S. Berstein (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018, pp. 151-168.
31. C. Mick, «1918: Endgame», en J. Winter (ed.), *The Cambridge History…*, *op. cit*., p. 163.
32. S.A., «La nueva colonia francesa», *Die Detusche Warte/ La Atalaya Alemana,* n.º 52, año III, 28/12/1918, p. 8.
33. S.A., «So muss es kommen», *Die Detusche Warte/ La Atalaya Alemana,* n.º 54, año III, 9/11/1918, pp. 10-11.

dos, por los extremistas, contra el programa de paz elaborado por Wilson».[34] Asimismo, también criticaban el reparto del botín territorial que estaban haciendo las potencias de la Entente, muy especialmente en Alsacia-Lorena, la cuenca oeste del Rin y en la región del Sarre.[35]

¿Una futura Gran Alemania?

Durante los días del Armisticio hasta la firma del Tratado de Versalles, las bases del proyecto nacional alemán empezaron a mutar bajo la influencia de los catorce puntos de Wilson. El debate público entre la necesidad de una Gran Alemania o una Pequeña Alemania, que se había iniciado con la Asamblea Nacional de Frankfurt, durante la revolución de 1848, desapareció con la descomposición del Imperio austrohúngaro. Ahora habían constituido una pequeña Austria que, amparada por el principio de autodeterminación de los pueblos de Wilson, debía poder decidir si quería unirse a Alemania. Lo mismo sucedía con los alemanes que vivían en territorios limítrofes de Bohemia conocidos como los Sudetes. En los meses previos a la firma del Tratado de Versalles había la sensación de que, pese a todo, la República alemana podía salir reforzada bajo los principios de un pangermanismo que parecía internacionalmente legitimado en base a los catorce puntos y la futura Liga de las Naciones. Para que esto se cumpliera Wilson debía imponerse a los intereses de los gobernantes franceses y británicos.

En un análisis sobre la situación política internacional, August H. Hofer escribía que: «Alemania y Austria como se puede probablemente asumir, se unirán firmemente en una Gran República Alemana, por el contrario, los alemanes de Bohemia todavía tendrán que luchar duro con los checos».[36] Hofer consideraba que era necesario dejar de

34. *Ibid*.
35. S.A., «La nueva colonia francesa», *Die Detusche Warte*…, *art. cit*., pp. 8-9.
36. A. Hofer, «Die Heutige internationale Lage», *Die Detusche Warte/ La Atalaya Alemana*, n.º 52, año III, 28/12/1918, p. 7. G. B. Cohen, *The politics of ethnic survival: Germans in Prague 1861-1914*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1981.

lado las diferencias y las luchas partidistas para mostrar al mundo una nueva Alemania unida como un único pueblo con los austríacos y los alemanes de Bohemia. Pero en otro artículo lanzaba una profética advertencia: «si nuestras esperanzas no se cumplen, entonces se plantará una semilla de revancha en todos los corazones alemanes, que después de generaciones exigirán cuentas a los opresores de Alemania».[37]

Vemos, pues, que a pesar de la situación de inestabilidad interna que estaba viviendo el país durante los primeros meses de la conferencia preliminar, la colonia alemana en España todavía conservaba algún atisbo de esperanza en la recuperación de Alemania. El 22 de febrero Hofer escribía: «Con las armas ya no podemos luchar, armas y armaduras están destruidas, pero con nuestras armas espirituales, y el trabajo de nuestras manos, lucharemos hasta que nuestros enemigos se hayan convencido a sí mismos de que no pueden destruirnos por completo».[38]

Creían que el trabajo era el camino para encontrar la salvación y reconstruir el país, ahora desmilitarizado. Tal concepción, con ciertos tintes de la ética protestante, se plasma en otro artículo, «La república alemana», donde encontramos la siguiente afirmación: «En esta república gigantesca [formada por la unión de Alemania y Austria], la vida y el trabajo se reanudarán en un ritmo vertiginoso que no podrá parar ninguna envidia ni celosía. El pueblo alemán tendrá como recompensa de sus esfuerzos sobrehumanos una vida libre y llena de las más halagüeñas promesas de un gran porvenir».[39] Así pues, vemos que meses antes de que se conocieran los términos del Tratado de Paz, los redactores y colaboradores de la *Deutsche Warte* mostraban un sorprendente optimismo ante las posibilidades de recuperación de su país.

37. A. Hofer, «Was ist des Deutschen Vaterland?», *Die Detusche Warte/ La Atalaya Alemana*, n.º 51, año III, 21/12/1918, p. 7.
38. A. Hofer, «Das Deutsche Leid», *Die Detusche Warte/ La Atalaya Alemana*, n.º 8, año IV, 22/2/1919, p. 4.
39. L. C., «La república alemana», *Die Detusche Warte/ La Atalaya Alemana*, núm. 5 año IV, 1/2/1919, p. 5.

La comunicación del Tratado hasta su firma

El 29 de abril llegó a Versalles una delegación alemana encabezada por el ministro de asuntos exteriores Ulrich von Brockdorf-Ratazau. Allí esperaron para conocer las condiciones que durante varios meses los Aliados habían estado discutiendo y redactando. Una semana después, el 7 de mayo, ambas partes se reunieron en el Hotel Trianon Palace para conocer las condiciones de paz que los vencedores habían acordado.[40] Una vez terminada la audiencia, la delegación alemana se puso a trabajar en una traducción al alemán del tratado y al día siguiente se hizo pública la traducción, causando una profunda indignación al público germano.[41] El conocimiento de las distintas cláusulas del documento puso punto y final a todo el optimismo mostrado en los meses anteriores.

A grandes rasgos, las condiciones de la paz significaban la reducción de una séptima parte de su territorio, con la pérdida de Alsacia-Lorena, la región de Memel, Danzig, la mayor parte de Poznan y Prusia Oriental, así como de sus colonias. También ratificó la desmilitarización de la zona oeste del Rhin y la ocupación del Sarre que, tal como sucedería con la Alta Silesia, su pertenencia a Alemania se resolvería en un futuro referéndum. El tratado también limitaba las capacidades del ejército alemán y negaba la autonomía diplomática de los germánicos. Por ello, se prohibía la unión entre Alemania y Austria, que como hemos ido viendo, era una de las principales esperanzas para muchos de los lectores de la *Deutsche Warte* para la recuperación tanto de su país como de su orgullo nacional.[42] También, se excluía a Alemania de la Liga de las Naciones. Pero, sobre todo, fue el artículo 231 el que más indignó a la opinión pública germana. Esta cláusula postulaba que Alemania aceptaba su responsabilidad y la de sus aliados, por las pérdidas y daños causados en la guerra que ellos mismos habían iniciado y por ello, debían pagar unas reparaciones que se conocerían en el futuro.[43]

40. M. Macmillan, *París, 1919…*, *op. cit.*, p. 570.
41. *Ibid.,* p. 575.
42. El Tratado de Saint-Germain-en-Laye que los Aliados y Austria firmaron el 10 de septiembre de ese mismo año también incluía el veto a la unión entre ambos países germanos.
43. M. Macmillan, *París, 1919…*, *op. cit*.

La figura de Wilson perdió toda credibilidad, tal como refleja la *Deutsche Warte*: «La publicación del tratado de paz significa un duro golpe para aquellos políticos alemanes que, confiando en los principios de Wilson, contribuyeron a que Alemania depusiese las armas».[44] Brockdorf-Ratazau, Scheidemann y el resto del gobierno alemán dimitió en bloque tras su fracaso al no haber podido renegociar las condiciones del tratado y ante su negativa a firmarlo.[45] Esto dejó a la República alemana en una situación muy delicada, ya que los aliados amenazaban con retomar las hostilidades si no se aceptaban las condiciones del tratado,[46] el cual ya era visto por la mayor parte de los alemanes como una imposición, es decir, un *diktat*.

Finalmente, el presidente Ebert consiguió formar gobierno y éste accedió a firmar. El 28 de junio de 1919, coincidiendo con el quinto aniversario del asesinato del archiduque Franz Ferdinand, dos miembros del nuevo gobierno, Herman Müller y Johanes Bell firmaron el tratado de paz en el Palacio de los Espejos de Versalles. «Una paz de fuerza, una paz de usurpación, una paz de crueldad»,[47] se podía leer en la *Deutsche Warte* el mismo día de la firma. Entre los puntos que más dolieron a los redactores del semanario estaban «el de las indemnizaciones y el de la entrega del ex-Káiser y otros supuestos responsables de la catástrofe».[48] Consideraban que el acuerdo pretendía «evitar que los futuros gobernantes de Alemania opongan un día un no rotundo a los abusos del vencedor».[49]

El 5 de julio la *Deutsche Warte* publicó un artículo del diario suizo *Neue Zürcher Zeitung*. En él se criticaba la manera como se había aprobado la firma del tratado en el Reichstag y señalaba a su principal culpable, Matthias Erzberger: «Actualmente, no hay ningún político en Alemania que esté más desprestigiado, incluso entre sus propios amigos del partido, que Erzberger; no porque considerara la firma de la Paz de Versalles como una necesidad absoluta, sino por la

44. S.A., «Alemania y las condiciones de paz», *Die Detusche Warte/La Atalaya Alemana*, n.º 20, año IV, 17/5/1919, p. 13.
45. M. Macmillan, *París, 1919…*, *op. cit.*, p. 585; E. D. Weitz, *La Alemania de Weimar…*, *op. cit.*, p. 52.
46. M. Macmillan, *París, 1919…*, *op. cit.*, p. 583.
47. S.A., «Una desilusión», *Die Detusche Warte/La Atalaya Alemana*, n.º 26, año IV, 28/6/1919, p. 3.
48. *Ibid.*
49. *Ibid.*

forma en que persiguió el logro de su objetivo». La reproducción de este artículo en la *Deutsche Warte* significaba que sus redactores —del mismo modo que harían las derechas nacionalistas alemanas— habían encontrado en Erzberger a su cabeza de turco.[50] Erzberger se había ganado la enemistad de un gran número de sus conciudadanos por la firma del Armisticio y por sus presiones en el parlamento para la firma del tratado.

Las consecuencias de Versalles: a modo de conclusión

En los años veinte se publicó en Alemania una caricatura en la que aparecían Scheidemann y Erzberger, junto a algunos judíos, apuñalando por la espalda al ejército alemán en las trincheras con un texto que rezaba: *Deutsche, denkt daran*. Su mensaje estaba claro. Iba dirigido al pueblo alemán, para recordarle quién les había conducido a una situación de derrota y humillación. A pesar de la evidencia de que Alemania no podía ganar la guerra, un amplio sector de la población, azuzado por la propaganda tendenciosa de algunos círculos ultranacionalistas, todavía pensaba que su país había tenido posibilidades de ganar la Gran Guerra. Quizás el hecho de que las fuerzas de la Entente no habían logrado alcanzar el territorio del Reich hasta después de la firma del Armisticio ayudó a fomentar dicha percepción.

Para los que lo veían de este modo los culpables de la debacle estaban claros: los representantes de la República, con Scheidemann y Erzberger a la cabeza. Nos encontramos, pues, ante la evidente materialización del mito de la «puñalada por la espalda», un concepto especialmente popular en ambientes de las derechas alemanas de los años veinte y treinta del siglo XX, y cuyos orígenes se habían fraguado en los momentos posteriores a la firma del Tratado de Versalles, tal como hemos visto con la reproducción del artículo de *Neue Zürcher Zeitung*, publicado en *Die Deutsche Warte*.

El Tratado de Versalles produjo una profunda frustración en la población alemana. Meses antes de conocerse las cláusulas del tratado

50. «Die Annahme der Friedensbedingungen», *Die Detusche Warte*/ *La Atalaya Alemana*, n.º 27, año IV, 5/7/1919, p. 10.

un sector de la población alemana todavía tenía la esperanza de que su país no saliera tan perjudicado de la firma del tratado de paz. Esperaban que los principios de Wilson se cumplirían y que Alemania podría satisfacer viejas aspiraciones con su unión con Austria. El conocimiento de las condiciones del tratado de Versalles cayó como un jarro de agua fría sobre aquellos que esperaban que el presidente norteamericano impusiera sus tesis, perdiendo toda su credibilidad al mostrarse incapaz de evitar que el tratado se convirtiese en un *diktat*.

A partir de ese momento, algunos sectores de la población alemana trabajaron para socavar el nuevo régimen republicano democrático surgido de las cenizas del II Reich. Otros, por el contrario, trataron de defenderlo. Se inauguraba un período de contradicciones en Alemania, en el que los *freikorps*, enfundados en sus viejos uniformes militares, contrastaban con las bailarinas del *Nackttanz*. O lo que es lo mismo, se inauguraba una nueva Alemania en la que convivían los nostálgicos por el viejo orden con aquellos que querían dejar atrás el corsé de las convenciones.

La dicotomía entre los alemanes residentes en España entre los defensores del liberalismo y la democracia de Weimar y los nostálgicos del viejo orden se puede ejemplificar a través de las biografías de dos de los colaboradores de *Die Deutsche Warte*: Otto Engelhardt y August H. Hofer. Engelhardt siguió defendiendo la República y de hecho, sus convicciones llegaron hasta tal punto que en los años treinta renunció a su nacionalidad, decepcionado, después de que los nazis tomaran el poder. En 1934 escribió unas memorias tituladas *Adiós Alemania, con sus Barones y Fascistas* en las que argumentó los motivos de su decisión de renunciar a su nacionalidad de nacimiento. Como contrapunto nos encontramos la visión de Hofer, que en 1928 regresó a Alemania y se afilió al Partido Nacional Socialista Alemán (NSDAP), el partido nazi. En 1934 fue uno de los seiscientos entrevistados por el sociólogo Theodore Abel para su libro *Why Hitler came into power. An answer based on the original life stories of 600 of his followers*, y regaló a Hitler una copia dedicada de su libro *Das Deutschtum in Spanien*, una especie de memoria en la que ofrece su versión sobre su actividad como propagandista alemán en España durante la Gran Guerra.

En conclusión, los meses que van desde la derrota de la Primera Guerra Mundial hasta la firma del Tratado de Versalles provocaron

una fractura en la sociedad alemana que se dejó notar incluso fuera de sus fronteras. Además, el conocimiento de sus cláusulas, y su posterior ratificación por parte del gobierno de la República alemana, generó un sentimiento de frustración que impregnó a gran parte de la sociedad germana. Las aspiraciones de una unión con Austria y los Sudetes no se habían cumplido, los vencedores de la guerra eludían toda responsabilidad en el inicio del conflicto bélico y cargaban en ellos la culpa de la guerra; Wilson les había fallado. Para no ser teleológico concluiré diciendo que Versalles condujo a Hitler. Sin embargo, sí que hay que considerar que muchas de las ideas surgidas durante los meses anteriores a la firma del Tratado de Versalles condujeron al NSDAP a apostar, en las décadas de los veinte y los treinta del pasado siglo, por la construcción en clave racial de la Gran Alemania, que implicaba tanto la reivindicación de la región del Sarre como el *Anschluss* con Austria y con los Sudetes.

Cuarta parte

ESPEJOS Y ESPEJISMOS HISPANO-CATALANES, TANTO DE LA GUERRA COMO DE LA PAZ

Cuarto Prefacio. ¿Cataluña como avanzada de la movilización aliadófila española… y polo experimentador de las vanguardias políticas europeas?

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS UPF

Jordi Sabater
URL y GRENS UPF*

El debate entre Monarquía y República dominó todos los procesos y los cambios revolucionarios que afectaron a los derrotados Imperios centrales, y que dieron paso a nuevos estados-nacionales como las Repúblicas de Alemania o las de Austria, de Turquía o en sus múltiples versiones (parlamentaria-democrática y bolchevique) de Rusia, así como también a Hungría que osciló, a lo largo de dos años, entre los dos tipos de República (como en Rusia) y de Monarquía. No solo eso, sino que los nuevos estados-nacionales como Checoeslovaquia o el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, también se constituyeron, entre otros, bajo ese persistente paradigma.

Lógicamente, la intelectualidad, tanto profesional, como literaria y política española, ávida de referentes exteriores y de mimetizar las múltiples propuestas culturales, artísticas y políticas procedentes de más allá de los Pirineos y de los Alpes, se hizo eco de todos los debates generados por el propio conflicto bélico y las diversas mesas de conferencia que se establecieron sobre la futura paz y ordenación política del Mundo.

Ciertamente, España, como estado, y, por supuesto, la misma monarquía alfonsina se había visto arrastrada, desde 1898, por el ciclo revolucionario que había sobrevolado por Asia, Europa y América,

* Este prefacio forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

manifestándose éste a través de la huelga revolucionaria de 1902, de la revolución republicana de julio de 1909, y del proceso de reforma/revolución que ocupó todo 1917 y 1919, concretándose en plataformas como las Juntas de Defensa o la Asamblea de Parlamentarios, o en movilizaciones de amplio espectro social y participativo como la huelga revolucionaria de agosto de 1917 o la campaña autonomista de Cataluña de 1918-1919; la huelga de *la canadiense* de 1919 y ya de forma más explícitamente violenta con el fenómeno del pistolerismo de 1918-1923. Uno de los factores que tienen en común todos estos acontecimientos aquí citados es el protagonismo evidente de la ciudad de Barcelona. Entidad urbana que devino un contramodelo político a Madrid y que fue fuente de recepción de todas las modernidades políticas y culturales de la época.[1]

Todos estos movimientos y actuaciones aquí explicitados se vieron incentivados con el estallido y desarrollo de la Gran Guerra. Para buena parte de las izquierdas españolas, de las denominadas *obreras* a las señaladas como explícitamente *burguesas*, la denominada «Guerra europea» fue percibida como una gran oportunidad de cambio político mundial, hasta el punto que éste se extendería a la misma España, esperando que la Monarquía se republicanizase (dando lugar a lo que se dio en llamar una República coronada), o, ya en un caso más extremo, que se hundiese y diese paso a un régimen republicano explícito.[2]

El conjunto de los capítulos que integran esta cuarta parte analizan y describen el ambiente de exaltación y las plataformas que, entre los círculos aliadófilos, tanto reformistas como revolucionarios, se generaron en toda España, durante la Primera Guerra Mundial, para lograr que la perspectiva de cambio político mundial que se anhelaba se

1. A. Sánchez (dir.), *Barcelona 1888-1929. Modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Alianza Editorial, Madrid, 1992. Temma Kaplan, *Ciudad roja, período azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso*, Ediciones Península, Barcelona, 2003. P. López Sánchez, *Un Verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909*, Siglo XXI, Madrid, 1993. J. Romero Maura, *«La rosa de fuego». El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Alianza editorial, Madrid, 1989.
2. Para el conjunto de España véase: M. Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid, 2014. Para el caso estrictamente catalán: D. Martínez Fiol, *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918). Antologia*, Diputació de Barcelona-La Magrana, Barcelona, 1988; y A. Navarra (coord.), «L'impacte de la Primera Guerra Mundial a Catalunya», *Afers*, n.º 89 (2018), pp. 19-132.

hiciese realidad en la misma geografía española. No solo eso, aspiraban a que España fuese tenida en cuenta en las conferencias de paz, a través de unos representantes gubernamentales dinásticos convencidos de que el nuevo rumbo político conducía a la República o, en caso contrario, con unos representantes alternativos y antidinásticos dispuestos a convencer a los gobiernos de la Entente que ellos representaban la savia nueva española y republicana. Todos estos planteamientos quiméricos de los aliadófilos españoles se tradujeron en una multiplicidad de filias más concretas como la francofilia, la anglofilia, el wilsonismo, el antigermanismo o, de forma muy minoritaria, en una cierta rusofilia que nada tenía que ver ni con Kerensky, ni con Lenin.

Ahora bien, en España, todas estas expectativas y aspiraciones que debían surgir del resultado de una victoria militar de la Entente sobre los Imperios centrales, se pusieron especialmente de manifiesto (muchas veces con pasión y exaltación) en Barcelona y Madrid. La capital catalana era considerada como el más importante núcleo aliadófilo de España, poniendo en evidencia lo apuntado más arriba: su vocación de centro experimentador y de proyección al resto de España de todas las modernidades existentes. De hecho, la aliadofilia catalana llegó a establecer unas pautas de actuación y unos objetivos tanto particulares como particularistas, que generaron, en algunos sectores, especialmente entre los catalanistas, una vía propia de cambio político para España, lo que explica, en buena medida, el protagonismo que en los diferentes capítulos de esta cuarta parte asumen Cataluña y Barcelona.[3]

Así, en los capítulos 13, *¿Catalanes en la Conferencia de París? La crudeza de la* Realpolitik *o de cómo ni Wilson ni Clemenceau les hicieron el menor caso*, de Joan Esculies (UOC), David Martínez Fiol (UAB, UOC y GRENS-UPF) y Josep Pich Mitjana (UPF); 14, *Rovira i Virgili en* La Veu de Catalunya *o la conversión wilsoniana del regionalismo en el contexto de los tratados de paz*, elaborado por el profesor Jordi Sabater (URL y GRENS-UPF); y 15, *Francofilia, wilsonismo y leninismo. Los meandros estratégicos del republicanismo catalán ante la reordenación política y geoestratégica del mundo en la Gran Guerra y en la Posguerra*, de los profesores David Martínez

3. F. Fanés y J. M. Minguet, *Barcelona, zona neutral 1914-1918*, Fundació Joan Miró, Barcelona, 2014.

Fiol (UAB, UOC y GRENS-UPF) y Josep Pich Mitjana (UPF), analizan el impacto de la propuesta wilsoniana en los diferentes sectores del catalanismo, y de cómo la decepción generada por una Entente nada interesada en dar satisfacción a las propuestas de autogobierno catalán y de republicanización de España, decantaron a algunos sectores de la aliadofilia catalana hacia el bolchevismo o a posiciones totalmente contrarias, como la de Rovira i Virgili, que abrazaron un anticomunismo demoliberal.

Como contraste a la experiencia política catalana, la investigadora del GRENS-UPF Aurora Madaula analiza en el capítulo 16, *De la aliadofilia a los 14 puntos de Wilson: la Gran Guerra como ventana de oportunidad del nacionalismo vasco*, las condiciones económicas y políticas con las que la sociedad y los sectores nacionalistas del País Vasco abordaron la coyuntura de la Primera Guerra Mundial. La autora destaca que, a pesar del mimetismo que el nacionalismo vasco establece, al final del conflicto, con el catalanismo al iniciar de igual modo una campaña autonomista, lo cierto es que los acalorados debates que se dieron Cataluña entre germanófilos y aliadófilos no se reprodujeron en el País Vasco con la misma pasión e intensidad.

Finalmente, el capítulo 17, La revista *España* y los *tratados de paz de 1919-1920*, del profesor Andreu Navarra (UOC y GRENS-UPF) centra su análisis en cómo la emblemática publicación aliadófila, de carácter semanal, *España*, narró, analizó y pormenorizó los acuerdos de paz surgidos de la Conferencia de París de 1919, a través de unos articulistas procedentes mayoritariamente del republicanismo encabezado por Marcelino Domingo o de socialistas como Luís Araquistáin, siendo éste el alma de la revista de la que se había hecho cargo en 1915. Pero, sobre todo, cabe destacar de la aportación del profesor Navarra el hecho de evidenciar que, frente a las propuestas de regeneración, a través de la guerra, surgidas en Barcelona y Bilbao durante la Gran Guerra, existía una alternativa desde Madrid, que no procedía de la Corte ni de los sectores de la denominada eufemísticamente *política oficial* española, que creyó hasta el último minuto en la oportunidad única que suponía la Conferencia de paz como vía de regeneración tanto del mundo como de España.

13.
¿Catalanes en la Conferencia de París? La crudeza de la *Realpolitik* o cómo ni Wilson ni Clemenceau les hicieron el menor caso

Joan Esculies
UOC

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS-UPF

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF*

Durante los años de la Gran Guerra, en el seno del catalanismo, y especialmente entre los sectores más decididamente ultranacionalistas o separatistas, anidó la idea de que resultaba necesario internacionalizar el «problema catalán». Esto significaba que, ante un estado español (Corona incluida) que no se mostraba receptivo a las reivindicaciones de autogobierno de Cataluña, pretendían trasladar a los foros internacionales las reivindicaciones catalanistas. Por foros internacionales, se entendía organizaciones como la *Union des Nationalites*, o los consulados y embajadas de los estados de la Triple Entente en suelo español. Y de forma más atrevida, ir directamente a las sedes gubernamentales de París y Londres. La cuestión era evidenciar la existencia de una problemática territorial y nacional tratada injustamente por el estado español, que requería de una solución *ad hoc*, ya que de lo contrario la monarquía española podría verse sumergida en una severa crisis política.

Todo este planteamiento partía de la premisa, un tanto esquemática, aceptada por los diferentes sectores del catalanismo, por la cual éste y la causa nacional de Cataluña representaban una apuesta reformadora, regeneradora, modernizadora y democrática de España,

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

mientras que ésta era identificada como un estado políticamente muy centralizado, culturalmente uniformizado que identificando al entorno de la lengua castellana, con una burocracia ineficaz y una cierta tendencia autoritaria que se traducía en el cada vez mayor peso específico y político de un Ejército que añoraba el imperio perdido. Un planteamiento que recogía la lógica de la aliadofilia republicana española: la Gran Guerra sería la lucha contra el imperialismo militarista alemán, y la Corona española, desde su perspectiva, sería una imitación castiza del modelo germano. Por tanto, España, a pesar de su neutralidad oficial, se la identificaba como un estado proalemán que recibiría, por parte de Francia y del Reino Unido, su justo castigo al final del conflicto, obligando a las autoridades españolas a republicanizar la monarquía y a dotar a Cataluña de un gobierno propio, ya fuese dentro de España, o, más quiméricamente, como estado libre asociado o, improbablemente, independiente.[1]

Pero con tener una causa justa, entendieron los sectores ultranacionalistas y separatistas que no bastaba. Cataluña tendría que realizar una aportación a la causa de la Entente, lo suficientemente encomiable, como para ser atendidas debidamente sus reivindicaciones por parte de los gobiernos de la alianza victoriosa. En este sentido, el gran mérito que los separatistas aliadófilos pusieron sobre la mesa fue la participación de entre dos mil y diez mil catalanes (según el entusiasmo cambiante de sus diferentes propagandistas) en las filas del ejército francés con la altruista misión de expulsar a los ejércitos *boches* de territorio galo y belga. Una iniciativa que había impulsado y mantenido el por aquel entonces presidente de la *Unió Catalanista*, el doctor Joan Solé i Pla, a través de un denominado *Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans*.[2] En este sentido, surgieron múltiples iniciativas, no siempre coordinadas entre sí, que activaron esta internacionalización de la causa catalanista. Desde un denominado *Comitè Pro Catalunya*, hasta un presuntuoso y no reconocido por el conjunto del catalanismo mayoritario *Comitè Nacional Català*, pasando por las ini-

1. E. Ucelay-Da Cal, «Com independitzar-se a Europa (i Amèrica) abans de 1931: Corona o República?», en A. Gonzàlez i Vilalta, *Une Catalogne independant? Geopolítica europea Guerra Civil española (1936-1939)*, Memorial Democràric, Barcelona, 2017, pp. 41-77.
2. J. Esculies, *Joan Solé i Pla. Un separatista entre Macià i Companys*, Edicions de 1984, Barcelona, 2011, pp. 23-145.

ciativas poco convincentes de un regionalismo amparado por su fuerza institucional en la Mancomunitat.

El *Comitè Pro Catalunya*

A partir de estos presupuestos, y bajo el patrocinio de elementos procedentes de la *Unió Catalanista* se concretó, en julio de 1918, la creación del *Comitè Pro Catalunya*, que copiaba el nombre del precedente *Comitè Pro Lituània*.[3] Estaba formado principalmente per Vicens Albert Ballester y Pere Oliver Domenge.[4] El sello del *Comitè* era una estrella hecha de laureles, símbolo que recordaba la propia bandera *estelada* representativa del separatismo catalán; y es que debe mencionarse el hecho de que Ballester y Oliver Domenge procedían del mismo núcleo del cual había surgido el diseño de la bandera *estelada*. Por otra parte, las reuniones que Ballester hizo para ensanchar la base del *Comitè* con elementos que no procediesen del nacionalismo radical como Francesc Layret del Partit Republicà Català (PRC), Jaume Bofill i Mates o Ramon Coll i Rodés, vinculados a la Lliga, fracasaron. El 11 de septiembre de 1918, el *Comitè Pro Catalunya* editó un díptico en catalán, francés e inglés titulado *El que diu Catalunya*. La hoja pedía a los Aliados la revisión del Tratado de Utrecht de 1713, que reconocía a Felipe V como rey de España y dejaba las puertas abiertas a la supresión de las constituciones catalanas, y se alababa la figura de Wilson. El panfleto era uno de los primeros documentos donde aparecía el diseño definitivo de la bandera *estelada*, usada para hacer visible el espíritu del separatismo catalán.[5]

A finales de ese verano, Daniel Cardona y Domènec Latorre, miembros de la hornada de jóvenes que al amparo de la Unió Catala-

3. Para la *Unió Catalanista*: J. Llorens i Vila, *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític, Dels orígens a la presidencia del Dr. Martí i Julià (1891-1903)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992. J. Colomer, *La temptació separatista a Catalunya. Els orígens (1895-1917)*, Columna, Barcelona, 1995. Para el *Comitè Pro Lituània* y el *Comitè Pro Catalunya*: J. Esculies, «1918: fi de festa independentista», *El País.cat*, 28/6/2018 [consultado el 22/11/2019].
4. J. Crexell, *Origen de la bandera independentista*, El Llamp, Barcelona, 1984.
5. *Ibid*., pp. 69-74.

nista habían comenzado a organizar el separatismo catalán, pusieron en marcha, respectivamente, dos publicaciones: *Som…!*, en agosto, y *L'Intransigent*, en septiembre.[6] Ambos periódicos, ante el inminente final de la guerra, iniciaron una dura crítica contra la *Lliga*. La acusaban de ser «l'orgue polític dels industrials catalans» y de haber traicionado a Cataluña con la entrada de Cambó, en marzo de 1918, en el gobierno de concentración nacional español presidido por Antonio Maura.[7] Con todo, dándose cuenta de su propia debilidad numérica, no desestimaban el concurso de la *Lliga* en las actuaciones que preveían que deberían celebrarse en las cancillerías de las potencias aliadas y, especialmente, con los estadistas norteamericanos, respecto al futuro de Cataluña.

Así, las diferentes sensibilidades de la *Unió Catalanista*, desde el francófilo radical Joan Solé i Pla, *alma mater* de los voluntarios o legionarios catalanes, hasta el wilsoniano *Comitè Pro Catalunya*, pasando por jóvenes exaltados como Cardona y Latorre, consideraron que en aquellos momentos decisivos tocaba apostar decididamente por una estrategia internacional que reclamase el autogobierno de Cataluña en las cancillerías aliadas, y que para ello debía concitarse la máxima unidad política entre los partidos catalanes considerados catalanistas o próximos al catalanismo, como el Partit Republicà Català de Marcelino Domingo, el entorno de liberales-republicanos ultracatalanistas de Rovira i Virgili, y el tan criticado regionalismo de la *Lliga* y de Cambó en particular. Una colaboración a la cual el PRC se postuló desde su periódico, *La Lucha*.[8]

El problema para los promotores del *Comitè Pro Catalunya* y de la *Unió Catalanista* era que la internacionalización de la causa nacional catalana no tendría ningún tipo de recorrido sin la presencia de un líder carismático que pudiera presentarse en nombre de Cataluña a las

6. E. Ucelay-Da Cal, «Daniel Cardona i Civit i l'opció armada del nacionalisme radical català (1890-1943)» en D. Cardona i Civit, *«La Batalla» i altres textos*, La Magrana, Barcelona, 1984. Sobre Domènec Latorre: J. Benet, *Domènec Latorre, afusellat per catalanista*, Edicions 62, Barcelona, 2003, pp. 15-40; y J. Esculies, «Domènec Latorre i les seves entitats del nacionalisme radical català: L'Avençada, La Barricada i Pàtria Nova (1918-1939)», *Recerques*, n.º 66 (2013), pp. 91-121.
7. S.A., «Nacionalisme radical», *L'Intransigent*, 8/9/1918, p. 2. El contexto de la entrada de Cambó en el Gobierno Nacional en D. Martínez Fiol y J. Esculies, *1917. El año en que España pudo cambiar*, Renacimiento, Sevilla, 2018, pp. 515-536.
8. S.A., *El Partit Republicà Català*, [S.l.], Anuari de Catalunya, 1917.

embajadas de la alianza victoriosa en la Gran Guerra a reclamar la autonomía o, siendo ya muy atrevidos, la independencia. Para ello, dos figuras despuntaban, aunque consideraban que no tenían en aquel momento la entidad y la proyección de estadista de un Francesc Cambó. Una era el líder carismático en ciernes, Francesc Macià, que empezaba a tener una notable influencia entre los sectores jóvenes separatistas, partidarios de la acción y vinculados sindicalmente al CADCI (*Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria*), más allá de su amistad con los viejos militantes y actuales directivos de la *Unió Catalanista* como Solé i Pla y Manuel Folguera i Duran. Un respeto ganado, sobre todo, al haber roto con el regionalismo y al haber intentado una revuelta a la irlandesa en plena Asamblea de Parlamentarios en el verano de 1917.[9] El otro personaje era Marcelino Domingo, que había participado del mismo intento insurreccional, y que, detenido por los militares de la guarnición de Barcelona, había estado a punto de ser ejecutado. Su liberación se celebró desde *La Lucha* con el titular: «Es Jesús qui torna», en clara referencia a su «resurrección» de las cárceles españolas.[10]

Domingo podía llegar a considerarse como un punto de contacto con los voluntarios catalanes al ser primo de Daniel Domingo Montserrat. Este era un joven de unos veinte y muy pocos años que se había alistado en 1917 en la Legión Extranjera francesa en busca de aventuras y heroicidades patrióticas catalanistas. Así, Domingo Montserrat era, en 1918, el principal activo de la publicación de los voluntarios catalanes en el frente occidental *La Trinxera Catalana*. Además, fue uno de los futuros impulsores del *Comitè Nacional Català*, cuya principal obsesión era la de ser recibidos por el presidente estadounidense Woodrow Wilson en París. Sin embargo, a diferencia de Macià, Domingo no parecía interesado en mezclarse en unos círculos políticos tan marginales como eran los del separatismo catalán.[11]

9. La construcción del liderazgo macianista: E. Ucelay-Da Cal, *Francesc Macià. Una vida en imatges*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1984. Del mismo autor, *Macià i el seu temps*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1988. Desde otra perspectiva J. M. Roig i Rosich, *Francesc Macià: polític, teòric, agitador. Documents (1907-1931)*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2010.

10. S.A., «Es Jesús que torna», *La Lucha*, 7/11/1917.

11. Para Domingo Montserrat y su primo Marcelino: D. Martínez Fiol, *Daniel Domingo Montserrat (1900-1968). Entre el marxisme i el nacionalisme radical*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2001, pp. 21-82. Del mismo autor, «El

Origen del *Comitè Nacional Català*: una iniciativa de *La Trinxera Catalana*

A mediados de septiembre de 1918, el alma del *Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans*, el Dr. Joan Solé i Pla, recibió una carta de Daniel Domingo Montserrat anunciándole que preparaba la publicación de los números 2 y 3 de *La Trinxera Catalana*, de la que se había autonombrado director. Esta publicación inició su andadura en 1916 de la mano de Camil Campanyà, un ultranacionalista que se había forjado como tal entre los círculos catalanistas de Cuba al entorno de la publicación *Fora Grillons* y que se había alistado en las filas de la Legión Extranjera francesa para defender la causa de la Entente contra el imperialismo alemán. Tras dar a conocer a la luz pública el primer número de *La Trinxera Catalana*, Campanyà cayó en combate en Belloy-en-Santerre aquel mismo 1916. El vacío dejado por Campanyà no fue ocupado hasta 1918 por Daniel Domingo Montserrat, alistado en 1917. Éste se autoproclamó redactor-jefe de *La Trinxera* y líder político de los voluntarios catalanes.[12] Situación que nunca fue del agrado del Dr. Solé i Pla, que siempre consideró a Domingo Montserrat una «mala peça!, saquejador, home sense honor; ca'l no fiar-se'n».[13]

Tampoco entusiasmó al resto de legionarios/voluntarios catalanes el protagonismo adquirido por Daniel Domingo: considerado un *pipiolo* entre los veteranos curtidos en la guerra desde 1914. Así, la

nacionalismo revolucionario catalán: militarismo, cultura, sindicalismo y función pública: El caso de Daniel Domingo Montserrat (1900-1968)», *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, n.º 16 (2018), pp. 69-96. Los círculos nacionalistas radicales del período 1914-1920 en E. Ucelay-Da Cal, *Breve historia del separatismo catalán*, Penguin Random House Grupo Editorial S. A. U., Barcelona, 2018, pp. 79-108; y del mismo autor, *Estat Català: The strategies of separation and revolution of catalán radical nationalism (1919-1933)*, Dissertation presented in Columbia University, 1979, 3 vols., especialmente pp. 12-141 del vol. I.

12. Una de las características más apreciadas por los propagandistas aliadófilos catalanistas sobre los voluntarios catalanes era que éstos diesen una imagen de soldados-intelectuales en contraposición a la del soldado estrictamente castrense que identificaban con la milicia española. Tanto Camil Campanyà como Daniel Domingo jugaron a ofrecer esta imagen de ellos mismos: D. Martínez Fiol,«Els intel·lectuals poilus i el mite dels "voluntaris catalans"», *L'Avenç*, n.º 294 (2004), pp. 29-33.

13. *Llibre dels voluntaris*, vol. III, C-D, Arxiu Solé i Pla [actualmente en Arxiu Nacional de Catalunya].

mayor parte de los voluntarios estaban completamente desinteresados de las maniobras políticas de Domingo y del mundo catalanista. Solo querían que se acabara la guerra y ser licenciados. Si, a lo largo del conflicto, habían seguido el juego al Dr. Solé i Pla como supuestos «héroes de la catalanidad», solo había sido por disfrutar de los paquetes de golosinas y tabaco que el responsable del *Comitè de Germanor* les había hecho llegar al frente occidental. Y en aquellos momentos a finales de la guerra, el Dr. Solé i Pla era plenamente consciente de esa brutal realidad. Por esa razón y porqué sabía que, desde Barcelona, no podría controlar el contenido de *La Trinxera Catalana*, el doctor optó por dar un papel político pasivo a los voluntarios. Ya se encargaría él de redactar y de *cocinar* las hazañas de éstos desde la prensa aliadófila de Barcelona.[14]

Sin el apoyo del Dr. Solé i Pla y con la oposición o la falta de interés de la mayoría de los legionarios catalanes, Domingo optó, con una soberbia superlativa y una falta absoluta de sentido de su propia realidad (puesto que era un elemento muy marginal, no solo entre los círculos catalanistas, sino en el minúsculo mundo del separatismo), por asumir por su cuenta y riesgo la representación catalanista en las posibles negociaciones de paz que se abrirían al final del conflicto. Para ello, entendió que sin una cabeza visible de renombre entre los legionarios catalanes y sin una legión catalana propiamente dicha, el pleito catalán no se podría presentar ante las cancillerías de la Entente. Y que la propaganda en torno a los combatientes catalanes sería, desde su punto de vista, el único ejemplo palpable de lo que había hecho Cataluña en favor de la coalición victoriosa. Así pues, al autoproclamarse líder de los legionarios catalanes y de la futura delegación catalana en las cancillerías de la Entente, Domingo pasó a la acción buscando elementos de proyección de su figura para que los voluntarios, con él al frente, jugasen el papel relevante, que creía que les correspondía, cuando la guerra terminase.[15]

Así que, Domingo no solo reactivó *La Trinxera Catalana*, sino que determinó que ésta, dominada completamente por él, sería el ór-

14. J. Esculies y D. Martínez Fiol, *12.000! Els catalans a la Primera Guerra Mundial*, Ara Llibres, Barcelona, 2014, pp. 177-179.
15. Un ejemplo de esta buscada proyección política fue el número de *La Trinxera Catalana*, del 19/12/1918.

gano de un denominado *Comitè Nacional Català* que, establecido en París, pretendía configurarse a imagen y semejanza del Comité de Acción Checa en el Extranjero, en el que, su presidente, Thomas G. Masaryk, había dado cabida al miembro de la colonia checa parisina y artista de vanguardia, Frantisek Kupka, como organizador del aprovisionamiento del voluntariado checo en Francia. Y éste era el papel que Domingo tenía pensado para Solé i Plà. De momento, sin embargo, la presidencia del *Comitè Nacional* recayó en el doctor Montañà, mientras el voluntario se reservó el papel de secretario de propaganda.

Una vez ideado y en marcha el *Comitè Nacional Català*, éste se vertebró a partir de un discurso anti-*Lliga* que rompía con la eterna persecución de la unión sagrada de los catalanes, pero que conectaba perfectamente con el discurso que, desde el verano del mismo 1918, habían activado los nacionalistas radicales del entorno de la Unió Catalanista y del *Comitè Pro Catalunya*, así como de los republicanos del PRC. La victoria aliada parecía al alcance y el *Comitè* esperaba que, con ella, llegaría la hora de la verdad para Cataluña. Daniel Domingo y sus amigos políticos tenían las esperanzas depositadas en Wilson y en esto también diferían de Solé i Pla, que mantenía su francofilia. Los motivos eran obvios. Todo el poso de libertad, de democracia y de republicanismo que Francia representaba para el doctor, no lo tenía para la generación de Domingo, que había luchado en las filas de la Legión y sabía muy bien qué pan se daba y en qué condiciones se combatía bajo bandera francesa.[16]

Al mismo tiempo, desde Cataluña, la propaganda en torno a los voluntarios catalanes tomó nuevo impulso desde los sectores separatistas. En octubre, las páginas de *L'Intransigent* señalaban que estos «son els legítims representants de Catalunya a la futura conferència de pau». Está claro, pues, que el periódico de Domènec Latorre estaba de acuerdo con la estrategia de Domingo, y que no compartía ni conocía los recelos de Solé i Pla al respecto. La publicación subrayaba, ade-

16. Para entender a Daniel Domingo y su experiencia en el frente es imprescindible la novela de H. Barbusse, *Le feu. Journal d'une scoaude*, Payot & Rivages, París, 2014 [1916]. Domingo como Henri Barbusse evolucionaron, tras la experiencia de la guerra, hacia el comunismo, hecho que les aproximó a Moscu como norte de referencia ideológico: K. Morgan, «"Soldado de la paz". Henri Barbusse y la paradoja del comunismo antimilitarista», en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 155-178.

más, que «si Catalunya hagués sigut lliure els dotze mil voluntaris haurien sigut 120 mil». Una cifra que puede sorprender teniendo presente que, durante toda la guerra, la prensa catalanista aliadófila había dado por buena la cifra de mil o dos mil voluntarios catalanes.[17]

Sin embargo, en noviembre de 1918, Brousse certificó para la posterioridad la cifra de los doce mil voluntarios catalanes. Y en una intervención en la Asamblea Nacional francesa en la que pretendía dar a conocer los valores del pleito nacional catalán llegó a afirmar que sin que se hubiera divulgado suficientemente «15.000 voluntarios españoles, de los cuales 12.000 son catalanes, que han venido a combatir a nuestrolado sin esperar, como otros que el pleito se decidiese a nuestro favor para expresar públicamente sus simpatías por la causa inmortal de Francia». El razonamiento de Brousse respecto de las cifras de combatientes se formulaba a partir de las consideraciones de *Muntanyes Regalades* durante la primera mitad de 1918. Es decir, sobre qué significaba ser «voluntario catalán». En este sentido, la publicación rosellonesa indicaba que éstos eran también, e incluso en primer lugar, los nacidos en el Rosellón. Los que luchaban en las filas del ejército regular francés como ciudadanos franceses que eran. Por tanto, desde este punto de vista, la cifra de los doce mil tenía una cierta coherencia. A partir de este momento, por supuesto, se convirtió en la cifra con la que los catalanistas presentarían sus reivindicaciones. Incluso los regionalistas la llegarían a usar en plena campaña autonomista. Joan Ventosa, por ejemplo, en una intervención en las Cortes expuso, de acuerdo con *La Publicidad*, «que durante la guerra han luchado al lado de los aliados 15.000 voluntarios españoles, de ellos 12.000 catalanes». La cifra se había convertido en una realidad en el imaginario catalanista, y perduró a lo largo del siglo XX.[18]

17. Véase S.A., «Homenaje a los voluntarios catalanes y a Barcelona», *La Publicidad*, 27/11/1918, p. 1, y S.A., «En favor de los 15.000 voluntarios españoles», *La Publicidad*, 23/11/1918, p. 5. El análisis de la cuantificación de los legionarios catalanes en D. Martínez Fiol, *Els «voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Publicaciones de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991, pp. 113-128 y 149-174.
18. D. Martínez Fiol, *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918): la falsa oportunitat mancada*, Tesis de licenciatura dirigida por el Dr. Enric Ucelay-Da Cal, UAB, 1987, pp. 328-342 y 344-347.

La diplomacia española entra en escena y se cercena la vía internacional del catalanismo

Mientras Daniel Domingo y su particular *Comitè Nacional Català* orquestaban su futura y quimérica participación en las negociaciones de paz; por otro lado, la minoría republicana en el Congreso de los Diputados en Madrid proponía la elaboración de un Estatuto de Autonomía para Cataluña en noviembre de 1918. Esta iniciativa republicana iba a recibir respuesta por parte del Rey y de Francesc Cambó en forma de acuerdo entre ambos, por el que el líder regionalista aceptaba el encargo-sugerencia del monarca de hacerse con el control de la movilización autonomista, bloqueando y minimizando el protagonismo que pudieron lograr en la misma los republicanos y los separatistas catalanes. La *Lliga* impulsó la campaña para conseguir la autonomía catalana, en la que comprometieron buena parte de su prestigio y fracasaron.[19]

En todo caso, lo que hay que tener en cuenta es que ni la apuesta de Daniel Domingo por internacionalizar el problema catalán, ni la movilización autonomista, fuese dirigida por republicanos o por regionalistas, formaban parte de un plan orquestado. Otra cosa fue que unos y otros afirmasen que sí lo era; y así, las páginas de *La Veu de Catalunya* se deshicieron en elogios hacia los voluntarios catalanes, de la misma manera que Domingo Montserrat y los círculos separatistas que apoyaban su iniciativa internacional resaltaban el espíritu unitario de la campaña autonomista en conexión con los legionarios catalanes. Todo fue estricta propaganda carente de fundamento práctico y realista.

Pero, por si acaso, a finales de diciembre de 1918, el presidente del Consejo de Ministros, el liberal Conde de Romanones, cerró las Cortes y marchó hacia París para asegurarse de que ni el *Comitè Nacional Català*, ni la campaña autonomista iban a influir en los gobiernos Aliados en las futuras negociaciones de paz. No solo eso, puestos

19. Sobre el proyecto de Estatuto de Autonomía véase A. Balcells, *El projecte d'autonomia de la Mancomunitat de Catalunya de 1919 i el seu context històric*, Parlament de Catalunya, Barcelona, 2010; E. Ucelay-Da Cal, «La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923», en B. de Riquer (dir.), *Història de la Diputació de Barcelona*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1987, pp. 93-139, y Ch. E. Ehrlich, *Lliga Regionalista. Lliga Catalana, 1901-1936*, Institut Cambó, Alpha, Barcelona, 2004, pp. 271-304.

a asegurarse un final feliz con el tema catalán y un futuro prometedor en el concierto de las naciones de posguerra, Romanones pretendía demandar un lugar en la Conferencia de Paz. Previamente, a lo largo de la primera quincena de diciembre, el embajador español en París, José María Quiñones de León, había allanado el camino. Se había encontrado con Clemenceau, y también con su homólogo británico, lord Derby. Este último había transmitido al secretario de estado para Asuntos Exteriores, Arthur Balfour, que Quiñones de León estaba «muy nervioso porque desde Inglaterra no se diera apoyo a los catalanes».[20]

Cierto es que, según informaba Quiñones de León, en un informe del 13 de diciembre de 1918 que: «Embajada ha hablado con ministerio de exteriores francés pero no con pichon [sic] que se encontraba recibiendo a wilson [sic]. Impresión que no quieren dificultades con España, pero elementos importantes simpatizan con ellos (en referencia a los catalanistas)». Con todo, el día anterior, el 12, el propio Quiñones había emitido otro informe por el que se apuntaba, para el caso de Francia que la causa catalanista: «no apoyo en francia [sic] ni en perpiñán [sic] donde pams [sic] ministro del interior tiene mucha influencia conocimiento embajador Londres».[21]

En un informe previo, Quiñones ya había asegurado que «En el almuerzo del Eliseo he hablado con Clemenceau y Pichon en el sentido que me indicaban seguridad que no darán calor al movimiento catalán». Eso, sí le comunicaban que: «No pueden responder por la prensa especialmente en los pirineos orientales. También hablará con el embajador UK».[22] La propia diplomacia francesa era la que informaba de los movimientos que se producían dentro del catalanismo político, indicando Quiñones, el 16 de diciembre que «informan embajador divergencias entre elementos catalanes, republicanos y sindicalistas temiendo los dos primeros que puedan prevalecer los últimos que serían dominados por bolcheviques rusos».[23]

20. AGA Ministerio de Estado (exteriores) caja 54/05977, Embajada de S.M. en París, Legajo N.º 1078, Año de 1918, Política 2.
21. AGA Ministerio de Estado (exteriores) caja 54/05977, Embajada de S.M. en París, Legajo N.º 1078, Año de 1918, Política 2.
22. AGA Ministerio de Estado (exteriores) caja 54/05977, Embajada de S.M. en París, Legajo N.º 1078, Año de 1918, Política 2.
23. AGA Ministerio de Estado (exteriores) caja 54/05977, Embajada de S.M. en París, Legajo N.º 1078, Año de 1918, Política 2.

No era la primera vez que la diplomacia y las autoridades galas identificaban a los catalanistas de todo tipo, especialmente a los republicanos como agentes políticos financiados y dirigidos por una potencia enemiga de la III República francesa. En 1917, por los hechos de la huelga general revolucionaria, se les aplicó el calificativo de agentes alemanes. En cambio, en 1918, a partir del tratado de Brest-Litovsk, del armisticio con Alemania y la Guerra Civil rusa en marcha, el enemigo era ahora para Francia la Rusia bolchevique. Por esta razón, no había mejor manera de desprestigiar al catalanismo político que identificarlo con el bolchevismo.[24]

En todo caso, Quiñones proponía al gobierno español en fecha de 16 de diciembre: «propaganda vigilada por el gobierno pero se abre camino. gobierno mantener a toda costa orden y encauzar solución autonomía por via legal de armónica concordia. ante ineficacia labor parlamentaria gaceta hará público supensión sesiones cámaras [sic]» para facilitar el viaje de Romanones a París.[25]

Romanones llegó el viernes 20 de diciembre por la mañana a la capital francesa. A continuación, se entrevistó con Clemenceau y luego se reunió con Joan Ventosa el ex-ministro regionalista de Finanzas, diputado a Cortes y estrecho colaborador de Cambó, tal y como constató en sus escritos Solé i Pla: «Van arribar en autos tota la grípia oficial on s'hostatjava Joan Ventosa i Calvell». Romanones también se entrevistó con el presidente del Consejo de Ministros italiano, Vittorio Emanuele Orlando, y su ministro de Exteriores, Sidney Sonnino, así como con el ministro de Asuntos Exteriores francés, Stephen Pichon. Asimismo, mantuvo una reunión de solo media hora con el presidente estadounidense, Woodrow Wilson, que parece que confesó no saber nada de la cuestión catalana, y también se encontró durante una hora con el presidente francés, Raymond Poincaré.[26]

En el balance de todas estas entrevistas y reuniones, se puede constatar que el presidente español no obtuvo el visto bueno de los

24. D. Martínez Fiol, «L'amistat impossible: França i Catalunya durant la Primera Guerra Mundial», *L'Avenç*, n.º 140, setembre 1990, pp. 16-20.
25. AGA Ministerio de Estado (exteriores) caja 54/05977, Embajada de S.M. en París, Legajo N.º 1078, Año de 1918, Política 2.
26. S.A., «Llegada a San Sebastián/ El viaje del Conde de Romanones/ Entusiasta recibimiento. Adhesión de políticos. El pleito de la autonomía. La iniciativa del viaje. El viaje de Ventosa. Distinción al Rey. El programa para hoy. Conferencia con Wilson», *ABC*, 20/12/1918, p. 10.

mandatarios europeos para que España participara en la Conferencia de Paz como hubiera deseado, pero aprovechó para tratar la cuestión de Marruecos con Francia y, sobre todo, obtuvo el compromiso del gobierno francés que no intervendrían en la política interna española. El diario conservador *Le Gaulois* apuntaba que todos los que conocían a Romanones tenían la confianza de que resolvería el problema catalán de una manera satisfactoria y de acuerdo con las aspiraciones de Cataluña sin comprometer por ello la unidad española ni la dignidad de la corona. Él mismo reconoció a la prensa que «miro hacia el porvenir sin temor, la única cuestión grave es el movimiento de Cataluña, pero creo posible una solución dentro de la legalidad y es seguro que las Cortes lo comprenderán así». El lunes 22 por la tarde salió en tren de regreso a España. En un par de días y unas cuantas reuniones le sirvieron para cerrar la vía internacionalista de los nacionalistas catalanes. Y eso que la Conferencia de Paz, ni siquiera había comenzado.[27]

El *sector militar* del *Comitè Nacional Català* en París: un anuncio de la futura vía armada macianista de liberación nacional

A finales del mes de enero de 1919, el *Comitè Nacional Català* de París tenía previsto organizar una comida de homenaje a Solé i Pla y así se lo hizo saber a Daniel Domingo. En el acto se quería desplegar una bandera estelada y hacer una proclama para reivindicar la independencia de Cataluña. Pero tal cosa no sucedió porque las autoridades francesas solo dieron permisos para asistir al acto a los legionarios españoles de origen no-catalán. La indignación de Domingo al respecto fue total y acusó al presidente del *Centre Català* de París, Pere Balmaña, de semejante fiasco. El doctor Solé i Pla se desentendió de las quejas de Domingo, pero sabía desde hacía tiempo que Balmaña se dejaba querer por las autoridades francesas y que con su apoyo había

27. J. Esculies, y D. Martínez Fiol, *12.000!…*, *op. cit.*, p. 192. S.A., «Regreso a España/ El Conde de Romanones visitó ayer Reims y Chateau-Thierry/Crónica telegráfica. Declaraciones de Romanones. Comentarios de la prensa. El viaje de regreso», *ABC*, 23/12/1918 (edición de la mañana), p. 10.

celebrado algún acto de confraternización con el voluntariado español. En este ambiente y la diplomacia española haciendo su trabajo, la comida de homenaje a Solé i Pla se abortó, ya que en el informe de la Embajada española explicaban que: «Los Suizos y los holandeses habían dado ejemplo, festejando a los compatriotas suyos que figuran en dicha legión y el Centre Catalán de P[arís], siguiendo ese ejemplo, inició la idea de hacer algo análogo en favor de los voluntarios españoles. Enterado de ese propósito y creyendo q[ue] era preferible que fuera toda la Colonia Española y no solo los representantes de una región de España». Se valió de compatriotas de absoluta confianza, ya que: «procuré, lográndolo, sin que para nada interviniera para ello oficialmente la Embajada [y] Trescientos legionarios españoles según parece han pasado 15.000 por la *Legión Extranjera*, se reunieron en París para asistir a un banquete que se dio en su obsequio».[28]

Y a pesar de que era una evidencia de que las posibilidades de continuar con la estrategia internacional eran nulas, el entorno más exaltado de los restos de la *Unió Catalanista*, representada por Cardona y sus seguidores, presionaron a un Solé i Pla convaleciente, quejándosele de que el nacionalismo catalán estaba dejando pasar la oportunidad de actuar en una coyuntura única y excepcional. El doctor, en un intento pensado más para guardar las espaldas y no ser desbordado por sus propios radicales, envió a su mano derecha y secretario *in pectore* del *Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans*, Josep Castanyer Prat a París, usando el paraguas clandestino del *Comitè Pro Catalunya*. Lo haría en plena resaca de la huelga de *La Canadiense* que había mantenido la economía catalana en jaque durante cuarenta y cuatro días.[29]

A finales de enero de 1919, desde París, Domingo Montserrat preparó un modelo de carta y envió copias manuscritas a Francesc Macià, Àngel Guimerà, Santiago Rusiñol, Ignasi Iglesias, Josep Carner, Andreu Nin, Apel·les Mestres y al doctor Ramon Pla Armengol.

28. «obsequio en honor de los voluntaris españoles de la legión extranjera», *AHN/ m.º_ext. (de estado), política guerra europea,* Ind. 141=149 3142. Expediente 24 en concreto ind. 147.
29. P. I. Taibo II, *Que sean fuego las estrellas. Barcelona (1917-1923)*, Crítica, Barcelona, 2016, pp. 82-93. Sobre la huelga de la canadiense véase F. Aisa, *La Vaga de la Canadenca. La conquesta de les vuit hores*, Ajuntament de Barcelona, Edicions de 1984, Barcelona, 2019.

Les pedía artículos para colaborar en un número extraordinario de *La Trinxera Catalana*. El encargo lo realizó a través del doctor Solé i Pla, el cual, actuando de intermediario, debía hacerle llegar los originales. Se desconoce si ninguno llegó a escribir nada con esta intención, puesto que el 30 de enero apareció desde Ludwigshafen, ciudad alemana a orillas del Rin, el séptimo número, de solo dos hojas, de *La Trinxera Catalana*, desconociéndose la existencia de cualquier ejemplar de los números cinco y seis, que eran donde supuestamente habrían colaborado las ilustres plumas periodísticas y políticas catalanas.

El editorial «A l'arma, catalans», como su nombre bien indica, era un alegato a iniciar una lucha de liberación. En primer lugar exponía que «el despòtic govern de Madrid no ha refusat encara categòricament l'autonomia a Catalunya, però ho farà potser d'un momento a l'altre». Pero que, en el momento de hacerlo, no actuaría con la fuerza, sino haciendo uso de «totes les traïcions, de totes les baixes passions, per a corrompre a Catalunya, per a llençar-nos els uns contra els altres en guerres fraticides». Frente a esta posible situación, el editorial, seguramente escrito por Domingo Montserrat, invitaba a los catalanes indistintamente del ideal político «a agafar un fusell aquell que tingui força al seu braç i aquell que no tingui força és hora que deixi part de la seva bossa per a la formació de l'exèrcit d'alliberació». El discurso no podía estar más en sintonía con lo que Macià plantearía tres años después con su Estat Català. Finalmente se anunciaba que «els nostres companys legionaris més significats en la campanya pro-Catalunya» se habían reunido en casa del Dr. Montañà el 27 de enero y habían decidido que el Comité de Soldados Catalanes se constituiría en una sección autónoma dentro del *Comitè Nacional Català*.[30]

Las visitas *diplomáticas* de un ultranacionalista

No fue hasta el 15 de abril de 1919, tres meses después de la aparición del séptimo número de *La Trinxera Catalana* y del abortado homenaje al Dr. Solé i Pla, que Josep Castanyer no salió de Barcelona en direc-

30. *La Trinxera Catalana*, n.º 7, 30/1/1919.

ción a París.[31] Una vez en la ciudad del Sena, la mañana del jueves 17 de abril, Castanyer acompañado de Domingo y Víctor Ball Marsans, un catalán residente en Saverne, Alsacia-Lorena, se presentó en taxi en el Quai d'Orsay. En el edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores francés los recibió el ordenanza del ministerio. Castanyer y sus acompañantes, miembros también del *Comitè Pro Catalunya*, se presentaron con suma presuntuosidad como los representantes de la futura Delegación Catalana que deseaba ser admitida en la Conferencia de Paz, presentación que dejó totalmente indiferente al ordenanza, que les permitió entrar. A continuación, subieron una escalinata del edificio siendo atendidos por un secretario. La comitiva catalana le entregó un pliego de documentos, que Castanyer llevaba preparado desde Barcelona. Entre ellos había octavillas que alababan a Wilson, propaganda diversa y periódicos en los que se pretendía evidenciar la aliadofilia de la sociedad catalana y el recuerdo de los catalanes muertos en los campos de batalla de Francia y de Bélgica.

El documento central, con el sello del *Comitè Pro Catalunya* y escrito en francés, iba dirigido a «Messieurs les Délégues de la Conference de la Paix, Ministère des Affaires Etrangères, Paris». El texto exaltaba el papel de los delegados de las potencias sosteniendo que, en aquel momento considerado solemne y único en la historia del mundo, un pueblo antes libre e independiente, como el catalán, sometido durante muchos años a un régimen sistemático de opresión tenía la plena confianza de que su pleito nacional sería resuelto; y más teniendo en cuenta la participación de los teóricos doce mil catalanes que habían combatido en las tropas de la Entente. Así, Castanyer rogó al secretario que entregara toda la documentación con urgencia, porque ya se preveía que la Paz se firmaría pronto. Éste respondió que todos los delegados contaban con un buzón especial para su correspondencia particular y que él mismo se ocuparía de depositarla. Y, en efecto, lo hizo; el documento fue registrado por el *Foreign Office* británico, el 19 de abril a las siete de la tarde. Castanyer salió del Quai d'Orsay satisfecho, pero con un punto de recelo. Este fue, pues, el momento en que el pleito catalán estuvo más cerca de ser tenido en cuenta por las cancillerías de los Aliados.

31. Todo este apartado se basa en J. Esculies y D. Martínez Fiol, *12.000!...*, *op. cit.*

Ahora, que había cumplido el objeto central del viaje, Castanyer, acompañado por Domingo, aprovechó su estancia en París para contactar con cualquier personalidad, previamente acordada con Solé i Pla, que pudiera ser útil a su causa. Comenzó por entrevistarse con el diputado de la Asamblea Nacional, Emmanuel Brousse, que se le quejó de que los catalanes solo sabían moverse por la Rambla y descuidaban cualquier otra actuación. Y añadió que su hijo había avisado hacía un mes a Cambó diciéndole que era muy necesario que fuera a París. Cambó, pero, según Brousse, se había negado a ir alegando que Romanones presentaría pronto la dimisión y era necesario no alejarse de Madrid. Lo que tampoco sucedió. En una nueva muestra de la falta de comprensión de la realidad política del momento, Castanyer confesaba que se resistía a creer en la traición que significaban las palabras y la actitud de Cambó, preguntándose si había que dudar de Brousse o quizá creer en la *maldad* de Cambó. Lo cierto es que cabía pensar en ambas posibilidades. Brousse solo había sido un instrumento útil de Cambó mientras optaba a hacerse con el control de la campaña autonomista. Controlada ésta (y, de hecho, corto circuitada por el conflicto de La Canadiense), la proyección o estrategia internacional del catalanismo era sobrera para Cambó y la cúpula regionalista.

Por esta razón fue todavía más inútil y esperpéntica, la visita que pretendieron realizar, el 21 de abril, lunes de Pascua, por la tarde, Castanyer, Domingo y Montañà en el Hotel Crillon, en la *place de la Concorde*, al cuartel general de Wilson. Imbuidos de wilsonismo, los catalanes tenían una cita con el comandante Tyler, uno de los secretarios del presidente norteamericano, que los recibió con amabilidad y, para su sorpresa, hablando en castellano. Los tres miembros del *Comitè Pro Catalunya* le entregaron un documento en inglés dirigido a Wilson. Ante su asombro, Tyler les dijo que no estaba suficientemente bien escrito y que se notaba que no lo había escrito ningún inglés. El documento lo había corregido un profesor de inglés del CADCI. Con todo, los emisarios catalanes le entregaron también una petición del *Comitè Nacional Català* de París para que los delegados catalanes fueran escuchados en el momento de constituirse la Sociedad de Naciones. En esta ocasión, el comandante se lamentó que el escrito fuese en francés y les recomendó que todos los documentos estuviesen escritos en inglés y acompañados de diez copias a máquina. Tyler les explicó que no eran conscientes del mal efecto que causaba a un nor-

teamericano recibir un documento tan mal presentado, añadiendo que había que trabajar con constancia y energía si querían que Cataluña fuese escuchada, porque el fin de la Conferencia de Paz estaba próximo. Con todo, accedió a quedarse con los escritos.

Todos estos esfuerzos en la delegación estadounidense eran en sí mismo fútiles, ya que el 14 de enero de 1919, el embajador español, Quñones de León informó al gobierno de Madrid que Mr. White, plenipotencario americano para la paz:

> Me dijo que Wilson le había ofrecido que no recibiría á la Comisión que se ha dicho que vendrá á verle de BCN para entregarle un manifiesto separatista; pero que será necesario, para evitar una sorpresa, que se le tenga al corriente de la salida de Cataluña de esa Comisión y de su llegada á París. Sin perjuicio de procurar estar enterado aquí de esos extremos (...) me avisara a propósito de ellos supiese.[32]

En nombre del *Comitè Pro Catalunya*, Castanyer continuó con su periplo parisino yendo a ver los responsables de algunos diarios franceses, tal y como le había recomendado Brousse. Fue aquí donde encontró el mayor desconocimiento acerca de la causa catalanista; no solo eso, sino que algunos rotativos la combatían abiertamente. Por ejemplo, el socialista *L'Humanité*. Su redactor jefe, el suizo Víctor Snell, que había sido muy amigo de Jean Jaurés, respondió a Castanyer que ellos no podían hacer nada en favor de Cataluña sin antes consultarlo al PSOE, porque la organización de la Internacional Socialista así lo obligaba. Castanyer argumentó que la causa catalana no era para nada burguesa. Snell le replicó que la culpa no era ni del diario, ni de la Internacional, ni del PSOE, sino que por lo que sabía los socialistas catalanes no se habían adherido nunca a la Internacional y actuaban separadamente de los españoles.

Desengañado, convino con el resto de miembros del *Comitè Nacional Català* que no harían más visitas a los periódicos parisinos. De todos modos, hicieron una lista de los diarios donde había que enviar información nacionalista: *Le Matin*, *Le Journal*, *Le Petit Parisien*, *Excelsior* y *L'Heure*. Después de diez días, y antes de emprender el re-

32. AGA Ministerio de Estado (exteriores) caja 54/05977, Embajada de S.M. en París, Legajo N.º 1078, Año de 1918, Política 2.

greso a Barcelona, Castanyer realizó toda una serie de visitas complementarias al escultor Josep Clarà y también al pintor Josep Sert. Este último le dijo que la embajada española hacía grandes trabajos para contrarrestar la acción catalanista y que el gobierno francés estaba enterado de todo.

Aparte de esta visita, Castanyer también fue a ver el *Comité de Anciens Combattants pour la France étrangers*. La agrupación de los combatientes de todos los países, donde los catalanes también pretendían formar una sección. Con quien no mantuvo contacto mientras estuvo en París fue con Pere Balmaña y el *Centre Català*. Había quedado claro que las acusaciones de Daniel Domingo eran ciertas y éste hacía el juego a la diplomacia española. Finalmente, una hora antes de emprender el regreso hacia Barcelona, el jueves 24 de abril, encontrándose en la Cámara de los Diputados, Brousse expresó al joven nacionalista que se comentaba que Cambó había anunciado que iría a París el lunes 28. Así mismo se lo confirmó Domingo al despedirle en la estación.

Dos días después, ya en Barcelona, Castanyer fue al despacho de Cambó y comprobó que el líder regionalista no había ido, ni parecía tener la intención de ir a la capital francesa. Las palabras de Brousse habían vuelto a ser fuego de artificio. En efecto, el 28 de junio de 1919 la firma del Tratado de Versalles, aunque quedaban más tratados por firmar, finalizaba la Conferencia de Paz de París. Era el fin de la vía wilsoniana para cualquier alternativa catalanista. Una vía, la internacional, que había nacido muerta desde un principio.

14.
Rovira i Virgili en *La Veu de Catalunya* o la conversión wilsoniana del regionalismo en el contexto de los tratados de paz

Jordi Sabater
URL y GRENS-UPF*

En un país neutral como España, las visiones de los tratados de paz vienen marcadas por las posiciones previas sobre la guerra y éstas, como ha demostrado la reciente y excelente bibliografía sobre el tema, no fueron homogéneas ni ideológica, ni políticamente hablando.[1] Es cierto que la izquierda tendió a la aliadofilia y la derecha a la germanofilia, pero con excepciones y matices nada desdeñables. Lo mismo sucede con el catalanismo conservador vertebrado alrededor de la *Lliga Regionalista*. Oficialmente adoptaron, por pragmatismo, el neutralismo. Querían evitar conflictos internos y trampear la situación. Pero, sobre todo, estaban convencidos que España no podía ser más que neutral. Así lo argumentaba Cambó, el principal valedor de las tesis neutralistas, en un artículo publicado al inicio de la guerra en *La Veu*

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. D. Martínez Fiol, *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918). Antologia*, La Magrana/Diputació de Barcelona, Barcelona, 1988; D. Martínez Fiol, *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991; J. Esculies y D. Martínez Fiol, *12.000! Els catalans a la Primera Guerra Mundial*, Ara Llibres, Barcelona, 2014; A. Navarra, *1914, Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Cátedra, Madrid, 2014; A. Navarra, *Aliadòfils i germanòfils a Catalunya durant la Primera Guerra Mundial*, Centre d'Història Contemporània de Catalunya, Barcelona, 2016; J. Safont, *Per França i Anglaterra: La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Acontravent, Barcelona, 2012 y M. Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid, 2014.

de Catalunya: «Espanya havia de ser neutral… perquè no podia ésser una altra cosa. No posseïa exèrcit eficient, ni tenia un ideal internacional. Calia fer el possible per evitar els estralls polítics i econòmics de la guerra… i aprofitar-se'n si li era possible».[2]

El neutralismo oficial, sin embargo, no impedía que en el mundo del catalanismo conservador encontremos defensores de la causa aliada. Buena parte de las juventudes nacionalistas eran aliadófilas, como también lo eran políticos e intelectuales de la significación de Josep Puig i Cadafalch, Lluís Duran i Ventosa, Joaquim Garriga i Massó, Jaume Bofill i Mates, Josep Carner o Pere Rahola. Éste llegó a presidir *l'Associació d'Amics de França*. También hubo regionalistas en el *Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans* y *La Veu* apoyó el «*Nadal del voluntari català*», la colecta que, entre noviembre de 1916 y enero de 1917, impulsó la *Unió Catalanista* de Martí i Julià a favor de los catalanes que luchaban por Francia. Pero también había germanófilos. Lo fueron Josep Maria Trias de Bes, Pere Bosch Gimpera y nada menos que Enric Prat de la Riba, quien mientras mantenía el neutralismo oficial al frente de la *Mancomunitat*, miraba de impulsar, aunque discretamente, un grupo de opinión favorable a Alemania.[3]

Ante la inexistencia de un discurso único sobre la guerra (y la posguerra) he optado por analizar las posiciones expresadas por *La Veu de Catalunya*, que en tanto que portavoz oficial y vertebrador del regionalnacionalismo pratiano nos muestra los argumentos y evolución de la posición oficial de la *Lliga Regionalista*, no solo a través de sus editoriales y artículos sin firma que expresarían la posición de la dirección, sino también de los firmados, ya que al fin y al cabo, en un diario orgánico, todo texto publicado resulta significativo.

La Veu de Catalunya como órgano de expresión de la *Lliga Regionalista* mantuvo ante la guerra la posición oficial de los catalanistas conservadores: la neutralidad que presentaban como ecuanimidad. Esta postura generó acusaciones de germanofilia por parte de los aliadófilos más militantes, que veían en todo el mundo que no compartiese su entusiasmo por los aliados una prueba de estar al lado de los Imperios centrales. De hecho, su analista principal durante el período

2. F. Cambó, «Espanya davant la Guerra Europea. Causes de la guerra. La neutralitat d'Espanya», *La Veu de Catalunya*, 21/8/1914, p. 1.
3. A. Navarra, *Aliadòfils i germanòfils…*, *op. cit.*, pp. 67 y 142.

final de la guerra y la inmediata posguerra fue un aliadófilo tan destacado como Antoni Rovira i Virgili. Pero entre sus colaboradores también encontramos a Alfons Maseras, quien procedente de *El Poble Català* y próximo a la Unió Catalanista, había publicado el año 1915 *Pancatalanisme: tesi per servir de fonament a una doctrina*, donde defendía la necesidad de internacionalizar la cuestión catalana y de contar con el apoyo de los catalanes que vivían en el extranjero, al mismo tiempo que reclamaba la devolución del Rosselló.[4] En cambio, Àngel Aguiló simpatizaba con Alemania.[5] Y no hay que olvidar que en sus páginas Eugeni d'Ors publicó, primero, sus glosas *Lletres a Tina* (1914-1915) y, posteriormente, *Tina i la Gran Guerra* (1916), donde anticipaba los planteamientos del manifiesto del *Comitè d'Amics de la Unitat Moral d'Europa* que entendía la contienda como una Guerra Civil entre europeos.[6] Por otra parte, el neutralismo de *La Veu* se fue decantando hacia el apoyo a los Aliados, como la misma *Lliga Regionalista*, llegando a tener, como veremos a continuación, su momento wilsoniano.

El portavoz catalanista conservador siguió las vicisitudes de los tratados de paz, pero la prioridad informativa y opinativa la tenían los asuntos internos, especialmente intensos y convulsos durante esos meses de 1919-1920. Solo hay que recordar que las negociaciones de París coinciden con momentos de alta conflictividad nacional (la fracasada campaña para obtener la autonomía), política (constantes crisis ministeriales y entrada de ministros regionalistas en el gobierno) y social (la huelga general de *La Canadiense*).[7] A medida que la conflic-

4. D. Martínez Fiol, *El catalanisme i la Gran Guerra…*, *op cit*., pp. xii-xiii y xvi.
5. J. Safont, *Per França i Anglaterra…*, *op. cit*., p. 74.
6. J. Esculies y D. Martínez Fiol, *12.000!…*, *op. cit*., pp. 59-62.
7. J. Oller i Rabassa, *Quan mataven pels carrers*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1934. Á. Pestaña, *Terrorismo en Barcelona. Memorias inéditas*, Planeta, Barcelona, [1979], p. 86. E. Mendoza, *La Verdad sobre el caso Savolta*, Seix Barral, Barcelona, 1975. E. González Calleja, *El Máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999, p. 124. M. A. Pradas Baena, *L'Anarquisme i les lluites socials a Barcelona 1918-1923: La repressió obrera i la violència*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2003, p. 46. A. Balcells, *El Pistolerisme. Barcelona (1917-1923)*, Pòrtic, Barcelona, 2009, pp. 43-45. F. García Sanz, *España en la Gran Guerra*, Madrid, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 211-213. P. I. Taibo II, *Que sean fuego las estrellas. Barcelona (1917-1923)*, Crítica, Barcelona, 2016, pp. 82-93. D. Martínez Fiol y J. Esculies, *1917. El año en que España pudo cambiar*, Renacimiento, Sevilla, 2018. Sobre la huelga de la canadiense véase F. Aisa,

tividad obrera crecía, el diario regionalista fue incrementando a su vez, la información y la preocupación por los temas internacionales relacionados con la revolución bolchevique y la Guerra Civil rusa, así como las insurrecciones obreras con el fin de crear regímenes revolucionarios en Alemania y Hungría a imagen de la Rusia bolchevique. Pero que *La Veu* prestara, lógicamente, mayor atención a unos temas en los que eran protagonistas y en los que se jugaban, y acabaron perdiendo, su dominio político de la escena catalana y su capacidad de intervencionismo español, también frustrado, no significaba desinterés por la construcción de la postguerra. Todo lo contario, cada día aparecía una sección titulada *Notícies de l'estranger*, que estaba dedicada prioritariamente a noticias sobre la guerra y su fin, basada en la reproducción de informaciones de agencias de noticias. Con el inicio de las negociaciones de paz, la sección cambió su título por el de *La transformació del món*. Sin embargo, con el alargamiento de las conversaciones de París reapareció la anterior y se publicaron a menudo ambas, aunque sin un criterio muy claro de diferenciación.

Además de información, también encontramos opinión, aunque más escasa, a través de artículos editoriales y de otros sin firma que expresaban la posición de la redacción e implícitamente de la Lliga. Asimismo, resultan útiles las conferencias y mítines de dirigentes regionalistas que *La Veu* acostumbraba a reproducir en su totalidad. Pero solo dos autores publicaron con asiduidad artículos de opinión: Antoni Rovira i Virgili y el sacerdote Pere Bordoy i Torrents.

Ciertamente, la presencia asidua y destacada de los artículos de Rovira en *La Veu* no deja de resultar paradójica y nos retrata una realidad que se resiste a los esquematismos: un catalanista liberal, un hombre de tradición republicana y progresista y sobre todo un aliadófilo radical, notorio y militante, resulta ser el principal analista (prácticamente el único) de los tratados de paz del portavoz del catalanismo conservador.

Antoni Rovira i Virgili (1882-1949) venía del mundo republicano federal. A finales de 1901 fue elegido presidente de la *Joventut Federal* de Tarragona y fundó el diario *La Avanzada*, órgano de los federales tarraconenses y que se caracterizaba por sus contenidos anticlericales

---

La Vaga de la Canadenca. La conquesta de les vuit hores, Ajuntament de Barcelona Edicions de 1984, Barcelona, 2019.

y socializantes. En 1905 pasó a formar parte de la redacción d'*El Poble Català*, el diario que aglutinaba el sector del catalanismo republicano-liberal escindido de la *Lliga* y donde permanecerá hasta 1914, a la vez que escribía en otras publicaciones republicanas como *La Campana de Gràcia* y *L'Esquella de la Torratxa*. Políticamente participó, en 1910, en la creación de la UFNR (Unió Federal Nacionalista Republicana), que abandonó en 1914 para impulsar *Esquerra Catalanista* y el semanario *La Nació*. Un abandono que es consecuencia de su desacuerdo con la decisión de los dirigentes de la UFNR de concertar una coalición electoral con los republicanos lerrouxistas, y que fue conocida popularmente como el *Pacte de Sant Gervasi*. Es cierto que, en julio de 1914, poco antes del estallido de la guerra, entra a trabajar en el negociado de prensa de la *Mancomunitat*, en el marco de la estrategia pratiana de captar talentos más allá de su espacio ideológico. Pero esto no implicó ningún cambio en sus ideas políticas. Al contrario, estamos en un período donde Rovira acaba de articular su catalanismo liberal y democrático, alternativo al conservador e imperialista de Prat de la Riba con obras como *La renovació doctrinal del nacionalisme* de 1912, *El nacionalisme* de 1916 y *Nacionalisme i Federalisme* de 1917.[8]

Rovira era, por tanto, un rival político e ideológico, además de un activista prolífico e influyente de la causa aliadófila, lo que no casaba con la teórica ecuanimidad neutralista oficial. Rovira fue uno de las grandes cronistas de la guerra, seguramente el autor que más artículos de fondo publicó sobre el conflicto. Escribió en toda la prensa proclive a los aliados: en *La Publicidad*, donde desde 1916 hasta 1922 marcó la línea editorial; en *Iberia*, el máximo exponente de la aliadofilia catalana en castellano y donde jugó un papel destacadísimo[9] y también en los periódicos *España* y *Los Aliados*. Publicó libros de un encendido antigermanismo y antineutralismo. Entre 1914 y 1925 aparecieron los cinco volúmenes de *La guerra de les nacions*, los cuatro

8. I. Molas, «Pròleg», en A. Rovira i Virgili, *Nacionalisme i federalisme*, Edicions 62, Barcelona, 1982; X. Ferré, *De la nació cultural a la nació política. La ideologia nacional d'Antoni Rovira i Virgili*, Afers, Catarroja, 2005; J. Sobrequés, *Antoni Rovira i Virgili: història i pensament polític*, Barcelona, Curial, 2002 y J. Ginebra, *Llengua i política en el pensament d'Antoni Rovira i Virgili*, Diputació de Tarragona, Tarragona; Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2006.

9. J. Safont, «La revista aliadófila IBERIA (1915-1919): un hito generacional del catalanismo liberal», *Ínsula*, n.º 804, desembre del 2013, pp. 35-38.

primeros con el pseudónimo de Captain Morley, donde analiza la guerra en clave nacionalista y francófila.[10] En 1916 publicó *Les valors ideals de la Guerra*, un durísimo alegato contra Alemania y una acérrima defensa de la causa aliada —llega a afirmar que son aliadófilos porque los aliados tienen la razón y representan las fuerzas internacionales de la libertad—, hasta el punto de criticar a los socialistas por su neutralismo.[11]

Rovira, por tanto, estaba muy lejos de las tesis oficiales de la *Lliga Regionalista*, no solo por su aliadofilia, sino por su inequívoca condena del neutralismo. En dos conferencias que pronunció en octubre de 1914, en los locales del *Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria* (CADCI), Rovira argumentó la necesidad de que el nacionalismo catalán tuviera una política internacional, abogando por la constitución de un *Comitè Nacional Català* que siguiendo el modelo de los nacionalistas tanto checos como polacos pusiera las reivindicaciones catalanas en la nueva agenda mundial. Para Rovira, como ha señalado Martinez Fiol, si Catalunya conseguía mantenerse unida en sus aspiraciones, podría convencer a los Aliados de que dieran apoyo a las fuerzas progresistas catalanas y españolas para acabar con la decadente monarquía hispánica que situaba en las mismas coordenadas de opresión y militarismo que las potencias centrales y configurar un nuevo estado compuesto (es decir, federal) democrático. Por eso, el neutralismo regionalista resultaba un obstáculo que Rovira consideraba fruto de una germanofilia vergonzante.[12]

Este es el Rovira que Màrius Aguilar calificó como «el nostre petit Wilson»,[13] y que, a finales de 1917, entró a colaborar en *La Veu de*

10. En la reedición de 2016, el prologuista Jaume Sobrequés apunta que el pseudónimo se debería al deseo de Rovira de, al trabajar en la Mancomunitat, no molestar a su germanófilo presidente. Sin embargo, no parece que ésta pueda ser la razón, ya que la postura de Rovira era ampliamente conocida y sus más radicales artículos aliadófilos los firmó con su nombre, sin ninguna prevención. J. Sobrequés, «Estudi introductori. La Primera Guerra Mundial i Catalunya», en A. Rovira i Virgili, *La Guerra de les nacions. Crònica coetània de la Primera Guerra Mundial*, Centre d'Història Contemporània de Catalunya, Barcelona, 2016.
11. A. Rovira i Virgili, *Les valors ideals de la guerra*, Societat Catalana d'Edicions, Barcelona, 1916.
12. D. Martínez Fiol, *El catalanisme i la Gran Guerra…*, *op. cit.*, pp. xi-xii y J. Esculies y D. Martínez Fiol, *¡12.000!…*, *op. cit.*, pp. 44-50 y 56-58.
13. Paradox (Màrius Aguilar), «Mosaic», *L'Esquella de la Torratxa*, 25/10/1918, pp. 683-684.

Catalunya para escribir sobre política extranjera, cosa que hará hasta 1922. Es decir, el principal analista de política internacional durante la negociación de los tratados de paz del portavoz del catalanismo conservador era un catalanista republicano, de izquierdas, radical, notoriamente aliadófilo y antineutralista. Paradojas del momento histórico y de la política regionalista.

El otro autor que publicaba artículos firmados sobre el proceso de paz, aunque con menos frecuencia y sin el peso de los de Rovira i Virgili, era Pere Màrtir Bordoy i Torrents (1877-1951). Historiador y filósofo, especialista en el Próximo Oriente, colaborador de Jacint Verdaguer en *La Creu del Montseny*, futuro redactor de la sección de ciencias del *Institut d'Estudis Catalans*, secretario de la *Societat Catalana de Filosofia* (1923) y pensador católico —escribe en *Estudis Franciscans*, *Criterion* y *La Paraula Cristiana* y después de la guerra civil, al haber enviudado, se ordena sacerdote y pasará a ser profesor del Seminario Conciliar de Barcelona—, Bordoy es autor de una serie de artículos eruditos y farragosos dedicados especialmente a cuestiones orientales —en el mismo 1919 publica *La civilització bizantina* y *Els Pobles de l'Orient: problemes de política internacional*— y religiosas. Bordoy defiende que la paz llevará a una nueva vida de los pueblos y a un nuevo triunfo para el catolicismo.[14]

Wilson

El 8 de enero de 1918 el presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson pronunció ante el Congreso su famoso discurso sobre los catorce puntos sobre los que tendría que basarse la configuración del nuevo mundo que surgiría después de la guerra, origen y fundamento del wilsonismo posterior. Al día siguiente, *La Veu* se hace eco del discurso, pero únicamente con una breve información basada en una nota de la agencia de noticias Havas desde París, donde no aparece ninguna referencia a ningún principio de nacionalidad y solo se destaca la exi-

14. P. M. Bordoy-Torrents, *Els Pobles de l'Orient: problemes de política internacional*, Barcelona, La Revista, 1919; y J. Carreras i Artau, «Pere M. Bordoy i Torrents», *Anuari de l'Institut d'estudis Catalans*, 1952, pp. 90-91.

gencia de liberar todo el territorio francés y reparar la injusticia de 1871 respecto a Alsacia y Lorena.

El 24 de enero publicaron el discurso entero traducido al catalán, pero sin ningún tipo de comentario. El primero llegó de la mano de Rovira i Virgili en un artículo del 12 de enero titulado «El missatge de Wilson». Nuestro autor relaciona el discurso con el que había pronunciado Lloyd George ante los delegados de las *trade-unions* británicas, interpretando ambos como un contrataque diplomático ante la propuesta de los soviéticos de negociar una paz inmediata. Rovira consideraba que el objetivo fundamental del mensaje no era tanto decantar al pueblo alemán hacia la paz, cosa improbable al exigir la reincorporación de Alsacia y Lorena a Francia, sino al Imperio austrohúngaro. Así, Rovira hace una lectura autonomista y federal del programa de Wilson:

> Ni Lloyd George ni Wilson han parlat de la separació de l'Imperi austrohongarès de totes les nacionalitats sotmeses que el constitueixen. En general, han parlat de la seva plena i vera autonomia, i han proclamat el dret de la Itàlia a modificar les seves fronteres segons el principi nacional (...) Per més que, a l'estranger, el mot «autonomia» és usat sovint com a equivalent al d'«independència», el context dels respectius paràgrafs de Mr. Lloyd George i Mr. Wilson sobre Àustria-Hongria, demostra que acceptarien els aliats l'autonomia federativa. En aquest cas, ja no es tractaria de la dissolució de l'Imperi dels Habsburgs, sinó de la transformació d'aquest en un Estat federal.[15]

Rovira argumentaba que, aunque la guerra era dura para todos, eran los austrohúngaros los que más interés tenían en acabarla, cosa imposible mientras los Aliados continuasen planteando unos objetivos militares que implicaban su desaparición. Pero si suavizaban las condiciones de paz, podrían estar dispuestos a aceptarlas y a presionar a Alemania para que también lo hiciese.

En el siguiente artículo, Rovira vuelve sobre el tema de la autonomía y la independencia, pero dejando de lado el mensaje de Wilson y respondiendo a las críticas de *El Imparcial* que hablaba de la plaga de nacionalismos que estaban deshaciendo a Rusia. Rovira argumentaba que:

15. A. Rovira i Virgili, «El missatge de Wilson», *La Veu de Catalunya*, 12/1/1918, p. 4.

> La llibertat nacional dels pobles, en l'ordre polític, pot tenir dues solucions: la independència política i l'autonomia de caràcter federatiu. Tot el que no sigui això, són descentralitzacions i llibertats parcials, que poden atenuar la gravetat dels problemes nacionalistes, però que no els resolen definitivament.[16]

Aunque asegura que no hay una opción preferible a otra y todo depende de las circunstancias, Rovira destaca que muchas veces el separatismo surge como consecuencia de políticas unitaristas y centralistas que impiden la adopción de acuerdos federales:

> Succeeix, però, en molts casos, que la tendència dels moviments nacionalistes cap a la solució separatista, té per causa principal, no pas la voluntària tria d'aquesta solució pels patriotes, sinó la política unitarista i persecutòria del Govern central. Molts pobles hi ha que preferirien, o almenys acceptarien, la solució autonomista, i que es veuen llançats cap al separatisme per la resistència de l'Estat dominador a concedir-los la integral autonomia. En aquest sentit, podem dir que hi ha un «separatisme per força».[17]

La situación actual, añadía, lo estaba poniendo de manifiesto: los finlandeses nunca habían sido separatistas hasta que la Rusia zarista quiso rusificar Finlandia y los checos tampoco lo eran, pero al negarse el Imperio austrohúngaro a reconocer la plena autonomía de la nacionalidad bohemia no habían tenido más remedio que hacerse independentistas. Lo mismo sucedería con los irlandeses que, a pesar de que la absoluta mayoría quería un régimen autonómico, la resistencia y tardanza del Reino Unido los habían llevado a abrazar la causa de una República independiente.

Rovira, en definitiva, estaba defendiendo una salida autonomista federal para la Europa de posguerra e implícitamente para una Catalunya que estaba reivindicando su Estatuto de Autonomía. El problema eran los estados centralistas separadores y la solución los estados compuestos:

16. A. Rovira i Virgili, «Les nacionalitats i la guerra. Les causes del separatisme», *La Veu de Catalunya*, 13/1/1918, p. 6.
17. *Ibid*.

> Quan un poble ha arribat a la plenitud de la seva consciència nacional, només hi ha un mitjà per evitar que s'orienti cap el separatisme: el reconeixement de la seva plena autonomia. Sense això podrà l'Estat central mantenir-lo sota el seu poder per la força. Però la força dura el que dura. Els més poderosos Imperis cauen un dia, i aleshores la voluntat dels pobles sotmesos triomfa i adopta la solució més radical (...) L'autonomia fa perfectament compatible la llibertat nacional dels pobles amb la llur permanència dins un Estat compost. Així, la causa de molts separatismes no està en les reivindicacions nacionals, legítimes i santes, sinó en la política unitària que ha fet impossible l'armònica solució autonomista.[18]

El primer discurso importante de un líder regionalista después de la propuesta de Wilson, lo pronunció Francesc Cambó en el Palau de la Música el 16 de enero de 1918 con motivo de la campaña de las elecciones generales de febrero de aquel mismo año, y, aunque habló ampliamente del futuro posbélico, nada dijo del principio de las nacionalidades y en cambio sí habló de imperialismo africano y de iberismo. Cambó se reafirmó en el acierto de la neutralidad bélica, pero mostró su preocupación por los problemas de posguerra si España no impulsaba una verdadera política exterior acorde a los nuevos tiempos. El líder regionalista argumentaba que el fin de la guerra implicaba el fin de la hegemonía europea mundial, de manera que a Europa tan solo le quedaría el Mediterráneo y África, lo que proporcionaría a España una posición geográfica privilegiada:

> La geografia, senyors, ens tornarà a ser favorable; el Mar Mediterrani torna a ser un gran Mar. Espanya pot ser el llaç de comunicació entre una Àfrica que es posi en explotació i una Europa Occidental en la qual la capacitat productora és immensament superior a la potencialitat consumidora.[19]

Como África será clave en el futuro, el territorio español en Marruecos tendrá un papel importante. Por eso, afirmaba Cambó, era necesario tener una política clara, que para él pasaba por utilizar las posesiones coloniales como baza negociadora:

18. *Ibid*.
19. S.A., «Davant les eleccions vinentes. L'actuació de la Lliga», *La Veu de Catalunya*, 19/1/1918, pp. 6-8.

> Es precís que Espanya es fixi un criteri sobre la política del Marroc; és precís que els espanyols pensem si al Marroc hi volem exclusivament tenir una sobirania política, un domini sobre un territori determinat, mantingut per les armes, o si nosaltres volem fer servir la nostra posició al Marroc per a obtenir una participació en la acció econòmica conjunta que l'Europa Occidental tingui en tota l'Àfrica (Aplaudiments). Jo crec que en aquests moments Espanya no deu dubtar un moment, i ha d'estar disposada a fer sacrificis en ordre a la soberania política respecte a les seves posicions africanes a canvi de grans compensacions de caràcter econòmic que s'estenguin a tot el concert de les potencies que s'estableixi per a la explotació del continent africà.[20]

En una estrategia conjunta ibérica, que requeriría a su vez la reestructuración autonomista del estado español:

> Un concert entre Portugal i Espanya amb vistes a la futura política internacional a l'Àfrica pot ser la salvació d'uns i la salvació dels altres. I tingui's en compte que una intel·ligència amb Portugal, per a qualsevol cosa que sigui, l'ha de facilitar considerablement la instauració a Espanya d'un sistema de autonomia; que els portuguesos miraran sempre amb prevenció una Espanya unitarista: que els portuguesos entraran en un acord amb molta més confiança el dia que vegin que Espanya és un Estat que té consagrat el principi de les autonomies.[21]

En cambio, Rovira sí que continuaba analizando el nuevo escenario creado por la iniciativa de Wilson, y lo hacía en la misma línea interpretativa que había apuntado en su primer artículo. Estamos a la espera, escribe, de la respuesta de los Imperios centrales, pero no alberga esperanzas, ya que la diferencia entre lo que ofrecía la alianza francobritánica y lo que Alemania quería era demasiado grande. La situación en Austria-Hungría, en cambio, era diferente. Los húngaros reclamaban una mayor autonomía militar y los socialistas austriacos, a diferencia de los alemanes, consideraban que los discursos de Lloyd George y Wilson brindaban una base para entablar negociaciones de paz.[22]

20. *Ibid*.
21. *Ibid*.
22. A. Rovira i Virgili, «Els aspectes de la guerra. Els Imperis centrals», *La Veu de Catalunya*, 21/1/1918, p. 3.

Cuando llegó la respuesta del canciller alemán conde Hertling y del ministro de asuntos exteriores austriaco conde Czemin no se extrañó que rechazasen lo «que podríem anomenar la pau de l'Entente». Más altivo el alemán, más benévolo el austriaco, ambos coincidían en proclamar la intangibilidad territorial de sus estados, lo que impedía cualquier tipo de acuerdo con los Aliados. Ninguna de las opciones para que la guerra se acabase estaban cercanas —el acuerdo diplomático, la victoria militar de uno de los bloques o el hundimiento de alguno o algunos de los beligerantes por efecto de una revolución interior— y por tanto irremediablemente la guerra se alargaría. Pronto, vaticinaba, nuevos choques militares sucederán a las trifulcas diplomáticas.[23]

El 18 de marzo, un artículo sin firma titulado «*Excelsior!*», dedicado a elogiar la política de los regionalistas en España, subrayaba el imperialismo africano de Cambó que relacionaba con su proyecto de regeneración española impulsado desde Cataluña:

> Espanya serà entre l'Europa nova i l'Africa ressurgent. Ella, l'apèndix de Europa, la Cendrosa qui vegetava extramurs del continent, ço és, dels Pireneus ençà, podrà ser, si se'n fa digna, la graciosa donzella qui d'una mà encaixi amb l'Europa purificada per la sang i amorosa de la maternitat multiforme i l'altra amb l'Africa redimida i ja no misteriosa. Europa, la més blanca, Àfrica la més bruna, per sobre nostre o per mitjà de nosaltres, es donaran les mans. Que sigui per mitjà de nosaltres. Que ço que fins ara havia estat el nostre oprobi, sigui la nostra glòria. Que una altra vegada, com en els temps gloriosos de Roma, serà un epítet envejable el d'«Africà» (...) Mes Espanya, per aquesta ascensió, cal que es redreci i que heredi tota ella el seny diplomàtic de la medieval cancilleria catalana i l'experiència de la moderna escola econòmica catalana i la fervor nacionalista de tot el poble de Catalunya, sense la qual no hi pot haver heroismes col·lectius ni fruitades sabrossíssimes d'un segle d'or. Per això En Cambó, en parlar de les altes destinacions d'Espanya, refermava més i més la nostra voluntat nacionalista, diàfana, intransigent i generosa, tal com era afermada l'any passat aquí en la memorable festa de la Unitat Catalana, tal com era lleialment definida al Congrés com a iniciació del primer apostolat de l'Escola de la Lliga arreu d'Espanya.[24]

23. A. Rovira i Virgili, «Els aspectes de la guerra. Els fets polítics. Els discursos de Hertling i Czernin», *La Veu de Catalunya*, 27/1/1918, p. 6.
24. S.A., «Excelsior!», *La Veu de Catalunya*, 18/3/1918, p. 4.

En el mes de mayo comenzamos a encontrar referencias explícitas al «principi integral de les nacionalitats, és a dir, els drets dels pobles», pero sin referirse al discurso del mandatario norteamericano. No es aún wilsonismo, pero la situación española, con la reivindicación de un régimen autonómico para Cataluña, y la internacional, dónde las cuestiones nacionales/nacionalistas cada vez van teniendo un mayor protagonismo y calado, configuran un escenario que la Lliga aprovechará para legitimar su propuesta para España de un estado compuesto. Argumentan que contra lo que mantiene la prensa madrileña hablar de nacionalismo y regionalismo es más vigente que nunca: «els fets nacionalistes» son «fets viscuts» y son también, hay que destacarlo, formas de imperialismo, para ellos «fets vius i formes supremes d'integració», hasta el punto de presentar el Reino Unido como una muestra sólida de imperio federal, aunque fracasado en el caso irlandés por aplicar en ese territorio políticas centralistas. También mantienen que la guerra actual demostraría la fuerza interna de los Estados compuestos, es decir, de los países federales, lo que les sirve para justificar su proyecto político y la entrada de políticos de la Lliga en el gobierno central: «volem la majestat de l'Estat Català, complint l'altíssima missió de la més gran Espanya».[25]

A partir de septiembre de 1918, con la campaña autonomista en ciernes y con el fin de la guerra próximo, el wilsonismo de *La Veu* irá creciendo hasta convertirse en su discurso dominante. La editorial del día 17 es bien clara hablando de los derechos de los pueblos:

> Cal, doncs, ara més que mai, que tots els pobles neutrals procurin guarir les ferides de la guerra, canviar les ires destructores de l'odi per la força creadora de l'amor. Ha arribat l'hora que tots els pobles i tots els homes es reconeguin germans, i damunt la terra redimida per la sang dels martirs, l'Europa infanti un nou món, on la Justícia i la Llibertat no siguin paraules buides, sinó la concreció i la síntesi de la Democràcia, on, amb el reconeixement dels nous drets de l'home, assolim el reconeixement definitiu dels drets dels pobles.[26]

25. S.A., «Els fets nacionalistes», *La Veu de Catalunya*, 3/5/1918, p. 6; «La qüestió d'Irlanda», *La Veu de Catalunya*, 21/5/1918, p. 6 y «L'Actuació Nacionalista», *La Veu de Catalunya*, 22/5/1918, p. 6.
26. S.A., «La iniciativa de la pau», *La Veu de Catalunya*, 17/9/1918, p. 4.

Un principio de las nacionalidades que naturalizan como obra divina:

> I és causa, especialment per nosaltres, d'una més intima joia, la coincidència dels poders més forts dels dos estols bel·ligerants —els Estats Units i l'Alemanya—, aquells, per mitjà de l'enlairada iniciativa del president Wilson; aquesta, al fi, per l'acceptació dels punts cabdals de la seva històrica declaració —en reconèixer i proclamar el principi de les nacionalitats—. Només la pau basada en la justícia podrà ser durable, i únicament serà justa la pau que sancioni l'obra de la naturalesa, ço és, que faci acatament a l'obra de Déu.[27]

Una obra de Dios que tiene en Wilson a su profeta ya reconocido abiertamente: «El consensus universal gira al voltant del programa Wilson i el gran principi d'aquest programa és el de les nacionalitats». Un principio espiritual —afirmaban que la reconstrucción de Europa no se puede hacer desde un criterio materialista— de carácter general y que, por tanto, se tiene que aplicar en todas partes, hayan sido beligerantes o neutrales. La intención política es diáfana: «ara que totes les veus nacionals són escoltades, cal comptar amb el parer de Catalunya».[28]

El wilsonismo regionalista llega a su fase culminante con el período final de la guerra. Ya no hay nada de neutralismo, todo son alabanzas al presidente de los Estados Unidos. Así, la decisión del Ayuntamiento de Barcelona de declarar a Wilson barcelonés honorario, les provoca tal entusiasmo que en la nota informativa utilizan las mayúsculas para realzar los motivos de la propuesta, cosa absolutamente inusual en el rotativo de la Lliga:

> Amb la susdita proposició, per tal com Mr, Wodrow Wilson, president de la republicà dels EE.UU. del nord d'America i president, de fet, de la comunitat —en període de constituient— de les nacions, ha proclamat i establert com a base cabdal de la nova europa el principi de les nacionalitats, avui unànimement acceptat per totes les potencies bel·ligerants i neutrals. L'ajuntament de la lliberrima ciutat de Barcelona, continuant la democràtica tradició de l'historic Consell de Cent i

27. S.A., «La Pau», *La Veu de Catalunya*, 8/10/1918, p. 6.
28. S.A., «Discerniment d'esperits», *La Veu de Catalunya*, 13/10/1918, p. 6 y «La urgència nacionalista», *La Veu de Catalunya*, 17/10/1918, p. 6.

> saludant la pau imminent basada en la justícia, el declara ciutadà honorari.[29]

Pero los catalanistas conservadores entendían el reconocimiento del derecho de los pueblos no desde la independencia, sino desde una perspectiva meramente autonomista:

> Aquesta autonomia, aquest principi de les nacionalitats, ha triomfat ja definitivament en la guerra gran, qualsevol que sigui la solució militar. Els dos grups de bel·ligerants la defensen, la proclamen i a la seva manera la practiquen. Davant les ruïnes de l'antic imperi rus sorgeixen les nacionalitats naturals: Finlàndia, Polònia, Lituània i Ucraïna, que cap dels grups bel·ligerants desconeix ni nega. Anglaterra i Àustria cerquen per als seus plets nacionalistes la solució federativa. Els Estats Units i Alemanya, els dos poders més forts dels grups bel·ligerants, són països federats. I fins a França, el país que millor ha sabut organitzar la burocràcia centralista, prepara l'esdeveniment d'una reorganització regionalista. I és precisament ara, quan l'autonomia serà a l'hora de la pau, la fórmula de la reorganització política no solament d'Europa, sinó de tol el món, com digué En Cambó.[30]

En consonancia con los nuevos tiempos que interpretan como los del resurgimiento de las «nacionalidades naturales», los *nacional regionalistas* proponen una reorganización federativa de España —sin el doctrinarismo de Pi i Margall, aclaran— que fortalecería la nación española. Así, en un discurso pronunciado en las Cortes el 25 de octubre Cambó afirmaba:

> Yo os digo: imaginad que ese estado de conciencia que existe en Cataluña existiera en todas las regiones de España, y que eso que pedimos nosotros para Cataluña lo pidieran todas las regiones de España, y que lo consiguieran todas ellas, y que dentro de esas facultades surgiera cantidad de energía bastante para nutrirlas, ¿sería más débil, o sería más fuerte España? Pensadlo, y nadie honradamente podrá negarme que esa España regional sería mil veces más fuerte que la España que hoy existe.[31]

29. S.A., «El President Wilson, barceloní honorari», *La Veu de Catalunya*, 18/10/1918, p. 8.
30. S.A., «Una data històrica. Al volt de l'acte de diumenge», *La Veu de Catalunya*, 2/10/1918, p. 6.
31. S.A., «L'Estatisme constructiu d'En Cambó», *La Veu de Catalunya,* 28/10/1918, pp. 4-5.

Una propuesta política que acompañaba con una encendida proclama de amor a España:

> Yo lo he dicho y no tengo porqué recatarme en repetirlo: en todos mis ensueños, en todos mis deseos, nunca he querido ni quiero yo que España, que el Estado español, sea un ente de razón, sea una cosa fría, sea meramente un Poder federal. No; yo he declarado y repito aquí que España es algo más que eso: que España es una cosa viva; que siglos de convivencia, de disfrutar y de sufrir las mismas bienandanzas y los mismos desastres, más desastres que bienandanzas; que la situación geográfica que nos manda a todos, que la trabazón de nuestros intereses económicos, que todo, hace que España sea una cosa viva, que no sea únicamente un poder, sino que sea una sustancia que pueda tener una fórmula de patriotismo sustantivo. Yo os digo que creo que España es una cosa más viva que Suiza, y ya habéis visto a Suiza cómo ha podido resistir la prueba más dura, más difícil a que una colectividad puede verse sometida.[32]

Autonomismo, pero también estatismo, es decir un intervencionismo des del poder central para modernizar la economía en la línea de los intereses industriales que Cambó defendía, ya que:

> Hoy las corrientes del mundo nos llevan a regímenes de autonomía, al reconocimiento de todo lo que sea vivo, al régimen de libertades colectivas; pero yo os digo que a la vez que esto se produce, se produce otro factor que todo lo compensa, porque la Naturaleza todo lo armoniza y coordina. En este mismo momento en que se impone la autonomía, se está abriendo campo inmenso de actuación para los poderes soberanos de un Estado central: se está generando una nueva organización social, y, al regular, nunca podrá ser patrimonio de un poder regional, pues siempre deberá ser general. Y el intervencionismo del Estado en lo económico, que siempre deberá ser general, está abriendo para los Estados un campo de expansión, de actuación y de trabajo superior al que tienen en toda la vida administrativa. Viene, fatalmente, la nacionalización de los transportes y de grandes elementos de producción, y ello, en gran parte, es función del poder central; y surge para España la necesidad de tener una política internacional, y ello es función exclusiva del Poder central.[33]

32. *Ibid*.
33. *Ibid*.

Cambó argumentaba que el reparto competencial posibilitaría la convivencia entre los poderes regional y central. Éste tendría que ser el impulsor del intervencionismo del estado en la economía y el responsable de la política internacional.

El armisticio

El día 12 de noviembre *La Veu* celebró el fin de la guerra con grandes titulares e informando de la alegría con que Barcelona recibió la noticia. Explicaron que en los balcones de la Diputación provincial y del Ayuntamiento se pusieron colgaduras («domassos») y en muchas tiendas banderas catalanas y de la alianza victoriosa. También relataron que la primera manifestación de júbilo por la finalización de la contienda salió del local de *La Publicidad* cuyos redactores habían convocado un banquete de celebración y recorrió las calles del centro de la ciudad gritando contra el Káiser y a favor de Francia, Cataluña y la república, mientras cantaban *La Marsellesa*. Al final de la manifestación, intervino Andreu Nin quien en un breve parlamento improvisado saludó la libertad de los pueblos oprimidos. Más tarde, hubo nuevas manifestaciones por las Ramblas que acabaron con cargas policiales y heridos.[34]

Sin embargo, no le dedicó ninguno de sus editoriales. El artículo de fondo era de nuevo de Rovira i Virgili, quien aprovechó la ocasión para reclamar que el fin de la guerra tendría que suponer para todos los pueblos, hubiesen combatido o no en la guerra, un nuevo escenario de libertad:

> La catàstrofe dels quatre anys de guerra es, en l'ordre de la sang i de les ruïnes, tan formidable, que el primer deure de tots els governs, de tots els pobles, de tots els homes, és suprimir noblement les causes de possibles guerres futures. La «re-modelació» del món no pot limitar-se a aquelles qüestions que afecten directament els bel·ligerants. Tan fonda ha estat la sotragada de la guerra, que totes les qüestions nacionals i polítiques han entrat a l'ordre del dia. diguem-ho així. Durant la guerra,

34. S.A., «Acabament de la guerra», *La Veu de Catalunya*, 12/11/1918, pp. 4-5.

> els Estats neutrals han pogut restar-ne apartats. Però el període constituent mundial que s'és obert, afecta per un igual els bel·ligerants i els neutres. Per als pobles que reivindiquen la llibertat nacional, la neutralitat de l'Estat al qual pertanyen no pot ésser un obstacle a l'assoliment de llurs reivindicacions.[35]

Es el momento álgido del wilsonismo regionalista: ya no queda nada de la neutralidad ecuánime de la que se vanagloriaban anteriormente. Optaron por apoyar a los vencedores, los cuales además proponían un nuevo marco normativo del que creían que podían aprovecharse. En el editorial del día siguiente, *La Veu* afirmaba que:

> La victòria dels aliats és doble han guanyat la guerra militarment i han assolit el triomf dels ideals que proclamaven durant tota la guerra. El nom d'En Wilson sintetitza tot el conjunt ideològic d'aquesta victòria, i l'acceptació universal —àdhuc pels països enemics— dels seus principis dóna als Estats Units, arreu del món, una influència benefactorament decisiva en aquests moments de liquidació i de transformació.[36]

Cambó, en sus memorias, con la ventaja de ser escritas a *posteriori*, se presenta como un escéptico de la pasión wilsoniana desatada:

> Tots els idealismes, tots els somnis i totes les passions creien arribada la seva hora. Els 14 punts de Wilson, sota l'ombra dels quals es feia la pau, havien embogit tothom. La humanitat entera vivia un dels moments més intensos de la seva història. Quelcom que, de tan sublim, no podia durar, però ai del qui hagués gosat, en aquells moments d'eufòria universal, exposar el menor dubte![37]

Lo que no le impide formular una visión esquemática de la situación española:

> L'Espanya castellana, l'Espanya castissa, havia estat germanòfila perquè Alemanya encarnava la força, la duresa, la jerarquia. En venir la desfeta germànica, quedà decepcionada i intranquil.la. Alguns nobles, anglesats i afrancesats, sentiren el goig de la victòria; el sentiren alguns

35. A. Rovira i Virgili, «La fi de la guerra», *La Veu de Catalunya,* 12/11/1918, p. 4.
36. S.A., «L'hora de la pau», *La Veu de Catalunya,* 13/11/1918, p. 9.
37. F. Cambó, *Memòries (1876-1936)*, Alpha, Barcelona, 1981, pp. 295-300.

> esquerrans, no molts, que havien simpatitzat amb la causa aliada. A Catalunya i a Bascònia, on el sentiment pro-aliat fou sempre predominant, la joia era intensa i sorollosa, sobretot a Catalunya, on s'havia produït una intensa explosió catalanista.[38]

Pero, fundamentalmente, lo que le interesaba era justificar la nueva estrategia, fracasada la participación gubernamental, de la campaña por la autonomía integral. Así, afirmaba que él y Ventosa, «en sentir com anaven a resoldre's tots els plets nacionalistes d'Europa amb l'aplicació del més popular i del més demagògic dels 14 punts de Wilson, el de l'autodeterminació, comprenguérem que com a catalanistes se'ns creava un greu problema»,[39] ya que: ¿podrían seguir en un gobierno que se había mostrado incapaz de dar solución a la cuestión catalana o tendrían que renunciar a sus carteras y ponerse delante de un movimiento de reivindicación que encontraría un ambiente insuperable en Cataluña y fuera de España, e incluso podría encontrar por el impacto de la situación internacional, ciertos apoyos en la «España castellana»?

Justificándose, Cambó argumenta que, si ellos no hubiesen tomado la dirección del movimiento, éste se hubiera producido igualmente y lo hubiese dirigido un grupo de demagogos inexpertos que lo hubiesen conducido al fracaso. En su relato exculpatorio, el líder regionalista asegura que el día 15 de noviembre se entrevistó con Alfonso XIII, el cual le pidió que ante la conflictividad social existente provocase un movimiento que distrajera las masas de todo propósito revolucionario. La respuesta de Cambó, según él mismo fue: «Entendidos», aunque en sus memorias se preocupa de resaltar que la decisión ya la tenían tomada.[40]

En todo caso, la *Lliga Regionalista* con todo su aparato político y su poder institucional, pasó a liderar, ante la debilidad institucional de la izquierda catalanista, un amplio movimiento para obtener por primera vez un estatuto de autonomía para Cataluña, en una estrategia que los regionalistas intentarán llevar también al plano internacional. El argumento para ello, como hemos visto, lo habían estado elaboran-

38. *Ibid.*
39. *Ibid*
40. *Ibid.*

do en los últimos meses al calor de la fiebre wilsoniana: el principio de las nacionalidades era universal y ahora era el momento de aplicarlo en todos los escenarios donde hubiera pleitos nacionales y, por tanto, en España. La Lliga hizo gestiones para presentar el «pleito catalán» ante la Entente, pero sus representantes recomendaron a Cambó que no viajara a París porque no tenían ninguna intención de plantearse la cuestión.[41]

Es en este contexto en el que hay que situar la utilización por parte regionalista de la supuesta existencia de doce mil voluntarios catalanes que habían luchado al lado de los franceses, tema hasta ese momento impulsado y jaleado por el catalanismo radical. La sangre derramada por los voluntarios catalanes en la guerra les servía para justificar que la causa catalana también tenía que dirimirse en la construcción del nuevo orden europeo.[42] Un artículo de *La Veu* del 16 de noviembre titulado «Els nostres morts» aseguraba que «per ells, Catalunya. en aquesta hora mirifica de la pacificació de tots els pobles, viurà i fruirà, també, la normalitat amorosa de la seva pau»,[43] y el 27 de noviembre se hacía eco de las palabras del embajador de la Gran Bretaña, Sir Artur Harding, calificándolas de trascendentes y destacándolas con el recurso de utilizar mayúsculas:

> No havem d'oblidar que molts voluntaris espanyols i mes especialment catalans, no han vacil·lat a prestar els seus serveis militars a la causa aliada amb tot i el mal tractament en el passat per part de França i Anglaterra contra els catalans castigats én 1714 per les tropes franceses del duc de Berwick i traicionats pels ministres anglesos de la reina Anna. En brindar per Espanya no oblido Catalunya.[44]

En el mismo número también aparecía un artículo titulado: «Els voluntaris catalans i les paraules d'En Brousse», donde destacaban que

41. E. Ucelay-Da Cal, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-39)*, La Magrana, Barcelona, 1982, p. 87.
42. David Martínez Fiol i Joan Esculies han mostrado los usos políticos del *mito* de los voluntarios catalanes, que además ni fueron tantos ni en muchos casos ni voluntarios ni catalanistas: D. Martínez Fiol, *El catalanisme i la Gran Guerra,...*, *op. cit.*; D. Martínez Fiol, *Els voluntaris catalans...*, *op. cit.*; y J. Esculies y D. Martínez Fiol, *12.000!...*, *op. cit.*
43. J. Bofill, «Els nostres morts», *La Veu de Catalunya*, 16/11/1918, p. 5.
44. S.A., «Catalunya i els aliats», *La Veu de Catalunya*, 27/11/1918, p. 4.

en el discurso pronunciado en la Asamblea francesa por el diputado de los Pirineos Occidentales Emmanuel Brousse, había reclamado el reconocimiento de la Cámara para los trece mil voluntarios españoles, de los cuales, afirmaba, doce mil eran catalanes y que habían sufrido una gran mortandad.[45]

Mientras, *La Veu*, en su habitual e interesada confusión terminológica, reivindicaba el federalismo, cuando en sus inicios, uno de sus principales líderes y teóricos, Lluís Duran i Ventosa, había definido el regionalismo como su antítesis.[46] En una conferencia pronunciada en la Academia de Jurisprudencia de Madrid el 29 de noviembre, y que reproduce el principal portavoz de la Lliga, Cambó se mostraba taxativo: «De totes les fórmules d'organització dels Estats, és evident que la federalista, marca el grau suprem de perfecció».[47]

París

La Veu irá siguiendo el *tour* europeo de Wilson previo al inicio de las negociaciones de paz. Hará la crónica del entusiasmo —es la palabra que más utilizará— que despertó su llegada al puerto de Brest, del gran recibimiento en París, del magnífico homenaje popular sin precedentes recibido en Londres y de la alegría de los romanos. Para *La Veu* Wilson continuaba siendo el hombre del momento.

En cambio, la información sobre el viaje a París, el 20 de diciembre del nuevo presidente del gobierno español, el conde de Romanones, fue escasa, basada en breves noticias de agencias y centrada en la improbabilidad que España participara en la conferencia de paz.[48] Sin embargo, la visita del presidente español fue importante para la situación política catalana. Ciertamente Romanones no consiguió que España participase en el congreso de París, tampoco debía de

45. S.A., «Els voluntaris catalans i les paraules d'En Brousse», *La Veu de Catalunya*, 27/11/1918, p. 6.
46. L. Duran i Ventosa, *Regionalisme i federalisme*, Editorial Catalana, Barcelona, 1922.
47. S.A., «Transcendental discurs d'en Cambó», *La Veu de Catalunya*, 30/11/1918, p. 3.
48. S.A., «En Romanones a París», *La Veu de Catalunya*, 21/12/1918, p. 4.

tener demasiadas expectativas, pero en cambio sí que pudo tratar la cuestión de Marruecos y, sobre todo, obtuvo el compromiso de los Aliados de no intervenir en la política interna española. Éstos ya tenían demasiados problemas para reconfigurar el mapa europeo como para alentar un nuevo conflicto y de ninguna manera estaban interesados en desestabilizar España. El principio de las nacionalidades se utilizaba a conveniencia de los vencedores. Así pues, la vía internacional para la autonomía catalana quedó cerrada.[49]

Todo lo cual no impidió, como cabía esperar, ya que la campaña autonomista continuaba, que los catalanistas conservadores siguieran utilizando el argumento wilsoniano, aunque cada vez de manera más limitada y retórica. En un texto editorial publicado el 23 de enero de 1919 con el explícito título d'«El dret dels pobles», se podía leer:

> Aquesta coincidència de les reivindicacions nacionalistes de Catalunya amb els corrents universals és la que dóna a la nostra causa la imminència del triomf, és la que incorpora la Catalunya renaixent als grans ideals de la nissaga humana, és la que identifica la nostra personalitat col·lectiva amb els pobles més civilitzats d'Europa i Amèrica.[50]

Y una semana más tarde insistían:

> El nostre ideal nacionalista s'identifica amb els corrents universals del pensament europeu i del pensament americà, que constitueixen la síntesi de la civilització contemporània i informen el nou món moral que ha infantat la guerra. Aquesta coincidència és fermança i penyora del triomf, d'aquest triomf proper i ineludible que les colles centralistes de Madrid volen debades impedir amb procediments anacrònics, producte d'una ideologia vuitcentista, i amb concepcions polítiques d'una migradesa balcánica.[51]

La primera valoración dedicada a la conferencia de paz que tenía que iniciarse en París vino, como no, de la pluma de Rovira i Virgili. En su escrito, Rovira planteaba la existencia de dos visiones enfrentadas so-

49. J. Esculies y D. Martínez Fiol *12.000!...*, *op. cit.*, pp. 191-195; y D. Martínez Fiol, *El catalanisme i la Gran Guerra...*, *op. cit.*, pp. xxxii-xxxiii.
50. S.A., «El dret dels pobles», *La Veu de Catalunya*, 23/1/1919, p. 6.
51. S.A., «La conciència universal», *La Veu de Catalunya*, 31/1/1919, p. 6.

bre el nuevo régimen internacional: la de Wilson, partidario de cambiar completamente el sistema de pactos secretos, sustituyéndolo por uno nuevo basado en la Sociedad de Naciones (SdN) y en la desaparición de las alianzas parciales, y la de los Estados que no estaban dispuestos a renunciar a su derecho a establecer acuerdos bilaterales. Rovira consideraba que ambas posiciones no eran incompatibles ya que argumentaba que a corto plazo la SdN difícilmente podría garantizar la paz, pero cuando se haya desarrollado, sería muy superior a las antiguas combinaciones diplomáticas.[52]

Rovira insistirá en estos argumentos en su primer artículo sobre el inicio de las negociaciones de paz en París. En el fondo, para él, los principios de Poincaré son los mismos que los de Wilson, pero interpretados según la realidad europea:

> Ço que la justícia exclou són els somnis de conquesta i d'imperialisme, el menyspreu de les voluntats racionals. Els canvis arbitraris de províncies entre els Estats, com si els pobles no fossin sinó figures o peons d'un joc. Ha passat ja el temps en què els diplomàtics podien, reunir-se per a refer en un recó de taula el mapa dels imperis. Si havem de reformar el mapa del mon, és en nom dels pobles amb la condició de traduir fidelment llur pensament i de respectar el dret de les nacions petites i grans a disposar de si mateixes, conciliant-lo amb el dret, igualment sagrat, de les minories ètniques i religioses; tasca formidable, que la ciència i la història, les vostres dues conselleres, s'encarregaran d'aclarir i abreujar.[53]

Es cierto, añade, que después de formular el principio de las nacionalidades, queda en pie la compleja tarea de aplicarlo. Pero si la aceptación es sincera por parte de todas las grandes potencias que toman parte en las deliberaciones, la mayor parte de las dificultades quedarán resueltas. El peligro está, concluye clarividente Rovira, en que haya alguna potencia, como es el caso ahora de Italia, que, aunque diga que acepta el principio de las nacionalidades, lo niega en la realidad.[54]

52. A. Rovira i Virgili, «El nou règim internacional», *La Veu de Catalunya*, 9/12/1919, p. 5.
53. A. Rovira i Virgili, «La Conferència de la pau», *La Veu de Catalunya*, 21/1/1919, p. 5.
54. *Ibid*.

La crisis italiana

Después de varias semanas sin publicarse por los efectos de la huelga de *La Canadiense*, *La Veu* vuelve a la palestra el 15 de abril de 1919 constatando la crisis de las conversaciones de paz. Rovira culpa a los franceses, pero, sobre todo, a los italianos. La Entente, que no quería aceptar un regateo con Alemania, ha tenido que someterse previamente a uno entre sus miembros por el lado izquierdo del Rin y por el Adriático. La vieja política, se lamenta Rovira, emerge de nuevo:

> I val a dir que aquest regateig a ultrança al qual s'ha vingut fatalment, ha d'influir perniciosament en el caràcter de la futura pau. Aquesta serà una transacció entre diversos principis i entre oposats interessos, i més encara entre interessos que entre principis. Ningú que no tingui l'ànima puerilment ingènua podia esperar una solució total i perfecta dels problemes de la pau. Però era lícit esperar que, en l'establiment del nou règim internacional, tinguessin una menor participació les supervivències de les velles concepcions diplomàtiques i pels golosos egoismes nacionals.[55]

El 24 de abril *La Veu* informa de la retirada de los delegados italianos en la conferencia. Al día siguiente llega el análisis de Rovira, crítico con Italia y elogioso con los Estados Unidos. Después de que Francia cediera en relación a sus pretensiones en el Rin, resultaba injustificable, afirmaba, aceptar las injustas demandas italianas sobre Fiume. Así, aseguraba Wilson «amb un immens coratge cívic ha posat el vet a les solucions sortides del regateig» y argumentaba que:

> Cal lloar altrament l'actitud nobilíssima, desinteressada, verament idealista del president Wilson. Heu's aquí un home d'Estat que trenca els vells motlles de la diplomàcia i es converteix, en nom dels purs principis, en campió del dret dels pobles. L'actitud presa per Mr. Wilson pot salvar e1 món d'una pau mal feta. I no hi ha res, res, que ofereixi més perills que una pau que no estigui basada damunt els principis de llibertat i justícia. Fins direm que el recomençament de la guerra fora preferible a l'establiment d'una pau que no correspongués als principis que durant la lluita han sostingut els aliats.[56]

55. A. Rovira i Virgili, «Les batalles de la pau», *La Veu de Catalunya*, 17/4/1919, p. 7.
56. A. Rovira i Virgili, «*La retirada dels delegats italians*», *La Veu de Catalunya*, 25/4/1919, p. 7.

Rovira reconoce que la situación de los mandatarios italianos era bien difícil por el «violentíssim corrent de l'opinió italiana en pro de les reivindicacions sobre l'Adriàtic» y se muestra pesimista. Lo que suceda dependerá en gran parte, vaticina, de lo que hagan los alemanes. Si éstos aceptan las condiciones de paz propuestas por los aliados, la posición de los italianos será insostenible. Pero si no, los acuerdos para la paz corren peligro. La eventualidad peor, concluye, sería un conflicto armado entre Italia y el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos; en este caso «les flames es tornarien a encendre al centre i al sud-est de l'Europa i la situació esdevindria més tèrbola i confusa que abans dels armisticis de la passada tardor».[57]

Los siguientes artículos de Rovira continuarán insistiendo en la crisis provocada por los italianos, denunciando el clima ultranacionalista que vive el país. Considera que la situación es tan grave que puede derrumbar «la bastida diplomàtica que hom ha alçat tan treballosament a Paris en els quatre mesos darrers». Por eso llega a plantear que la mejor opción, ante los rumores de un posible acercamiento entre italianos y alemanes, sería que los Aliados moderasen sus condiciones respecto a Alemania, lo que dejaría aislada a Italia. Rovira se muestra favorable a la propuesta francesa de reconocer los derechos de Italia sobre Fiume, que sería administrado interinamente por un organismo internacional bajo el control de la SdN hasta que los «sudeslavos» puedan construir otro puerto en la costa croata, a cambio de que los italianos renuncien a la zona de la Dalmacia que les había adjudicado el tratado de Londres. En este sentido argumenta que, des del punto de vista del principio de las nacionalidades, Italia tiene más razón para reclamar Fiume que para exigir la Dalmacia occidental.[58]

Los tratados

Los días 8 y 9 de mayo de 1919, *La Veu* publicaba el texto del tratado de paz con Alemania. En su análisis, Rovira i Virgili consideraba mo-

57. *Ibid*.
58. A. Rovira i Virgili, «Itàlia i l'Entente», *La Veu de Catalunya*, 29/4/1919, p. 7; «Itàlia i Alemanya», *La Veu de Catalunya*, 4/5/1919, p. 7 y «El plet del Fiume i la Dalmàcia», *La Veu de Catalunya*, 10/5/1919, p. 6.

derada la propuesta en relación a las condiciones territoriales, ya que no hay ninguna verdadera anexión por parte de Francia y aunque el escenario era, en teoría, más complicado en las fronteras orientales, la aplicación del principio del plebiscito en la mayor parte de las comarcas mixtas germano-polacas la consideraba una fórmula aceptable para Alemania. Además, destacaba que, a pesar de la prohibición de una unión entre alemanes y austriacos, el texto dejaba abierta la posibilidad de la misma para un futuro, aunque fuese supervisada por la SdN. Por otra parte, Rovira reconocía que la limitación de armamentos terrestres y navales era la condición más dura para la soberanía del estado alemán y para el amor propio de los alemanes. Sin embargo, la consideraba imprescindible, ya que solo se podía garantizar la paz si Alemania se encontraba materialmente imposibilitada de emprender más adelante una guerra de venganza. En todo caso, lo que creía que no podía hacer la Entente era entrar en un regateo que alargase mucho y peligrosamente la firma de un tratado de paz.[59]

En un artículo posterior en que analizaba el proyecto de Tratado con Austria, el de Saint-Germain-en-Laye, Rovira insistía que era un error, que atribuía a los franceses, impedir la unión con Alemania, ya que solo retrasaba lo inevitable: «si els austríacs senten realment la veu de la raça que els crida a la unió amb l'Alemanya, aquesta unió es realitzarà un any més tard a despit dels aventatges alimenticis i financers que els ofereixi la Entente com a premi de la renúncia a la unió».[60]

Mientras tanto, aunque la campaña autonomista había fracasado ante la intransigencia del centralismo institucional español y la radicalización de la conflictividad social, los dirigentes regionalistas continuaban utilizando la retórica del principio de las nacionalidades, de la hora de los nacionalismos y de la superioridad de los países con estados compuestos, todo ello adobado con la defensa de un imperialismo ibérico. En palabras de Cambó:

> Nosaltres som els únics que en la política espanyola tenim un ideal exterior, no aquests ideals exteriors que ara s'estilen de xifrar tot l'ideal

59. A. Rovira i Virgili, «Les condicions del aliats», *La Veu de Catalunya*, 9/5/1919, p. 9.
60. A. Rovira i Virgili, «La pau amb l'Àustria», *La Veu de Catalunya*, 21/5/1919, p. 5.

> d'un país en que sigui convidat a la taula d'un altre i anar en un seguici estrany sense saber perquè ni on el porten; el nostre ideal exterior no es xifra únicament en aliances ni es xifra en intel·ligències; el xifrem en un ideal d'engrandiment dins d'Espanya, en el reconeixement de l'ideal d'una Espanya composta, com a base de constitució d'un imperi federal ibèric.[61]

Por su parte, Rovira, como era de esperar, continuará insistiendo en el argumento de que el fin de la guerra había de significar el triunfo del nacionalismo en todo el mundo, incluida, claro está, España:

> Espanya no ha estat derrotada en la guerra —s'exclamen periodistes i ex-ministres— i, per tant, no li és aplicable el principi de las nacionalitats. La deducció no és gens lògica, i àdhuc direm que és absolutament arbitrària. Si l'al·legació tingués fonament, caldria que tots els nacionalistes professéssim un «derrotisme» especial. Per a la victòria de la idea nacional, seria necessari esperar que l'Estat fos colpit per una desfeta. Qui sap si posada la qüestió en aquest terreny, podria obtenir-se que fossin declarats vàlids per a aqueix efecte, i no caducats encara, els esdeveniments de la història espanyola del final del segle passat.[62]

Sin embargo, Rovira iba a dar un giro significativo a su visión federal del principio de las nacionalidades. En un momento, donde estaban a punto de constituirse oficialmente los nuevos estados-nación, consecuencia de la derrota de los Imperios centrales, el analista de *La Veu* resaltaba que en los países vencedores no se había producido un reforzamiento de los lazos de unidad. La «unidad sagrada», recuerda, se ha relajado mucho y los problemas nacionalistas han vuelto a emerger, a veces de manera más aguda como demuestran los nacionalismos irlandés y flamenco.[63]

Volviendo a los tratados de paz, Rovira apoyará el ultimátum de la Entente a Alemania. Mantenía la necesidad de presionar a los alemanes ya que éstos confiaban en que un alargamiento de las negocia-

61. S.A., «La conferencia de Cambó al Palau de la Música», *La Veu de Catalunya*, 27/5/1919, pp. 8-10 y «El poble barceloní, reunit al Teatre del Bosc, aclama la candidatura nacionalista», *La Veu de Catalunya*, 30/5/1919, pp. 8-9.
62. A. Rovira i Virgili, «El nacionalisme dels estats vencedors», *La Veu de Catalunya*, 15/6/1919, p. 7.
63. *Ibid*.

ciones les favorecería, porque el incremento de las tensiones sociales internas debilitaba los Aliados. Y acababa amenazante:

> Les vagues de França i d'Itàlia, susceptibles de ràpida agravació, són un motiu per a la resistència dels alemanys. Tot i això, hom pot creure que l'acció obrera, en son aspecte polític, fracassarà. I aleshores resultaran confirmades les paraules que hom atribueix a Mr. Lloyd George: —Si els alemanys no volen signar la pau a Versalles, la signaran a Berlín.[64]

El 22 de junio Rovira anticipaba la firma por parte de Alemania del tratado de paz, afirmando que, al no haber dado resultado la huelga obrera internacional, no le quedaba más remedio que aceptar la firma.[65]

El 24 de junio, *La Veu* informaba que Alemania iba a firmar la paz, y el 25 se hace eco del entusiasmo que había provocado en París la noticia. Ese mismo día Rovira publicaba un artículo titulado «El desenllaç», dónde planteaba que el mundo aún tardaría un cierto tiempo en recobrar el equilibrio, pero lo haría, porque el último problema que quedaba, el problema obrero, se podía desactivar con políticas reformistas, especialmente cuando, habían fracasado los últimos intentos revolucionarios. Esto habría demostrado que «dins el proletariat actuen influents forces de seny, capaces de contrarestar la política d'aventures».[66]

Una paz, sin embargo, recelosa. El aliadófilo Rovira coincidía con la desconfianza de buena parte de la prensa aliada hacia los alemanes. Si no se los obligaba, afirmaba, no cumplirían. Por eso era fundamental que los Aliados se mantuviesen unidos ante una Alemania que se mantenía al acecho:

> El secret de la realització de les condicions de pau i de l'estabilitat d'aquesta resideix en l'actitud dels països aliats. Si llur força no és afeblida greument per les pertorbacions interiors i si els Estats Units, l'Anglaterra i la Franca mantenen la unió, l'Alemanya no tindrà més remei sinó complir les condicions pactades, i tols els incidents i dificultats que s'esdevinguin només podran tenir una importància secundaria.[67]

64. A. Rovira i Virgili, «L'ultimàtum dels aliats», *La Veu de Catalunya*, 18/6/1919, p. 8.
65. A. Rovira i Virgili, «La caiguda del govern alemany», *La Veu de Catalunya*, 22/6/1919, p. 6.
66. A. Rovira i Virgili, «El desenllaç», *La Veu de Catalunya*, 25/6/1919, p. 6.
67. A. Rovira i Virgili, «La pau recelosa», *La Veu de Catalunya*, 29/6/1919, p. 5.

En todo caso, la firma del tratado no despertó demasiada atención en *La Veu*. Únicamente, las habituales informaciones de agencia que le servían para componer la página diaria de noticias del extranjero, el artículo de Rovira y nada más. También es cierto que el espacio dedicado al resto de tratados de paz fue todavía substancialmente menor. El Tratado de Saint-Germain-en-Laye, entre los Aliados y Austria, tan solo generó un titular y una breve noticia de agencia. Ni tan solo Rovira le dedicó un artículo. Interesaba mucho más la ocupación de Fiume por d'Annunzio. Mejor suerte tuvo el Tratado de Neuilly con Bulgaria, ya que mereció el interés de Rovira. Un interés, sin embargo, relativo, porqué lo que éste quería destacar era que, aunque se fuesen produciendo avances en los tratados secundarios, la situación era preocupante por la oposición del Senado norteamericano a la SdN y por la resistencia alemana a la entrada en vigor del Tratado de Versalles.[68] Un suelto de agencia fue todo lo que apareció sobre el Tratado de Trianon con Hungría. No mucho más sobre el de Sèvres. Solo que en este caso la sucinta información iba acompañada de un recordatorio sin ninguna valoración: «Essent aquest l'últim tractat de pau amb les potències que combateren contra l'Entente, queda des d'aquest moment oficialment restablerta la pau amb els antics enemics».[69]

La enfermedad comunista

Mucho más interés mostró *La Veu* por los movimientos revolucionarios de la inmediata posguerra. Informó con preocupación sobre «la revolta dels de Spartacus», sobre la república comunista de Baviera y sobre la república soviética de Hungría. Además, las noticias sobre la «follia bolxevic» en Rusia eran constantes, como la inquietud por las huelgas y conflictos sociales que se daban en los países aliados.

Rovira i Virgili analizó, como buen demoliberal que era, la situación desde una perspectiva crítica con el comunismo. En su opinión, los espartaquistas si triunfasen llevarían Alemania a la anarquía y los alemanes se quedarían sin paz —creía que los aliados solo firmarían

68. A. Rovira i Virgili, «El tractat de Neuilly», *La Veu de Catalunya*, 29/11/1919, p. 5.
69. S.A., «Signatura del tractat amb Turquia», La *Veu de Catalunya*, 11/8/1920, p. 7.

la paz con un gobierno alemán fuerte, responsable y representativo—, sin libertad —porque consideraba que la minoría revolucionaria quería establecer una dictadura contraria a los derechos de la personalidad humana—, y sin pan, ya que la economía se hundiría víctima de los desórdenes y del previsible bloqueo Aliado.

A los pocos días del asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, Rovira se extraña que «essent evidents els gravíssima perills que la guerra civil i sobretot la guerra de classes ofereix avui per als alemanys» no se realizase «l'esforç indispensable per a dominar la revolta», hecho que atribuía a la resistencia del gobierno socialista a tomar medidas enérgicas para no hacer demasiado daño a sus correligionarios extremistas. Y concluye que la táctica gubernamental era un error: entendía que si el gobierno no se ponía al frente de la represión contra los revolucionarios, se produciría una contrarrevolución dirigida por el ejército y la burguesía encaminada a restablecer el orden e impedir que en Alemania imperase el bolchevismo.[70]

El 16 de enero, el portavoz regionalista publicaba un artículo editorial en la misma línea. Afirmaba que «el tro de la guerra» había hecho estallar «la tempesta social, amb totes les malvestats i tots els horrors de les lluites de classes, la forma més greu i més sagnant dels odis civils». La revuelta social iniciada en los imperios vencidos amenazaba con extenderse a todos los países «com una malaltia, com una pandèmia antisocial». En Rusia primero y en Alemania en aquel instante, los extremistas querían, según la cabecera regionalista, acabar con la legalidad democrática para instaurar una dictadura proletaria que diese el poder a una minoría de exaltados para negar los derechos del conjunto de la población. En Cataluña, añadía, también existía ese peligro, por eso resultaba necesario fijarse en la línea marcada por el laborismo moderado y el reformismo social británicos. Aunque por fortuna y, ésta era la parte más interesante del texto, en Cataluña existía un factor que creían que disuadía el maximalismo revolucionario, y éste era el nacionalismo:

> Sortosament tenim a Catalunya un noble, un ver sentiment nacionalista; i l'experiència de les nacionalitats que constituïren l'antic imperi aus-

70. A. Rovira i Virgili, «La guerra civil a Alemanya», *La Veu de Catalunya*, 10/1/1919, p. 5.

> tríac ens ha demostrat que contra els avanços il·legals del sindicalisme destructor no hi ha dic més poderós i eficient que el sentiment nacionalista. No sabem si podrem o no podrem defugir la revolta social que arreu del món aleteja; però si sabem que l'única manera possible de combatre-la eficaçment a Catalunya és amb l'exaltació patriòtica del sentiment nacionalista.[71]

La Veu informó del fin de la revuelta espartaquista reproduciendo el relato oficial alemán, en el que se indicaba que la labor del gobierno se había limitado a mantener el orden, que Liebknecht había muerto al intentar escapar violentamente de la policía y que, finalmente, Rosa Luxemburg, sobre la que en un primer momento se reprodujeron informaciones según las cuales habría huido a Rusia, parecía que había sido linchada por la multitud indignada.[72]

El anticomunismo de Rovira hizo que defendiese una intervención en gran escala en Rusia, ya que la existencia del bolchevismo ponía en peligro la paz establecida por la alianza victoriosa:

> La presència dels exèrcits aliats permetrà els elements de l'ex-Rússia contraris al bolxevisme l'organitzar la Rússia de demà. L'Entente sostindrà la causa de la llibertat de les nacions que formaven part del caigut Imperi, tot aconsellant la llur unió en un Estat federatiu. Els esdeveniments de l'ex-Rússia hauran de descabdellar-se ara amb una relativa pressa. Perquè el complex problema oriental pugui ésser definitivament solucionat, cal que en reunirse la Conferència de la pau, els pobles de l'ex-Rússia hagin sortit del present estat caòtic. Es tan gros l'interès que els aliats tenen en resoldre el problema, que hom no pot dubtar que faran en aquest sentit tots els esforços i sacrificis que calguin. Si la Rússia continués la situació caòtica i desorganitzada d'ara, els fruits de la victòria dels aliats quedarien en perill.[73]

En mayo de 1919, a punto de concluirse las negociaciones de paz, Rovira persistió en su anticomunismo. Aunque el bolchevismo había sufrido dos duros reveses en Múnich y en Budapest, para Rovira per-

71. S.A., «La revolta social», *La Veu de Catalunya*, 16/1/1919, p. 6.
72. S.A., «La transformació del món. Alemanya», *La Veu de Catalunya*, 17/1/1919, p. 7 y «La transformació del món. Alemanya», *La Veu de Catalunya*, 18/1/1919, p. 5.
73. A. Rovira i Virgili, «La Rússia i els aliats», *La Veu de Catalunya*, 26/11/1918, p. 6.

sistía «el fogar del moviment». Pero si se conseguía evitar que se extendiese el contagio, el comunismo acabaría por extinguirse, porque por su naturaleza no se podía circunscribir a un solo país, había de ser universal o fracasaría. Por eso firmar los tratados de paz resultaba, según su punto de vista, fundamental, ya que: «Si la pau és aviat signada, l'extinció del moviment bolxevista serà qüestió de molt pocs mesos, potser qüestió de setmanes. Al contrari, si les negociacions de Versalles fracassessin, el món passaria probablement per una nova crisi de bolxevisme».[74]

74. A. Rovira i Virgili, «Derrota del bolxevisme», *La Veu de Catalunya*, 6/5/1919, p. 3.

15.
Francofilia, wilsonismo y leninismo. Los meandros estratégicos del republicanismo catalán ante la reordenación política y geoestratégica del mundo en la Gran Guerra y en la Posguerra

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS-UPF

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF*

No existe un estudio en profundidad sobre los vaivenes estratégicos y conceptuales ni de la aliadofilia española, ni de la estrictamente catalana. Seguimos en un terreno que sostiene la sempiterna tesis por la cual los partidarios de la *Entente Cordiale* eran mayoritariamente de izquierdas, republicanos, liberales y/o socialistas; unos aliadófilos que anhelarían una sacudida moral y política que arrasase, de una vez por todas, los restos del Antiguo Régimen, para así instaurar un mundo de Repúblicas democráticas y parlamentarias.[1] Un estereotipo que resaltaba que la filia con un mayor número de adeptos era aquella que destacaba a Francia como el compendio de todas las virtudes del liberal-democratismo, lo que popularmente se conoció como la francofilia.[2]

No obstante, la aliadofilia no fue culturalmente ni políticamente monolítica. Dicho de otro modo, no se limitó a su vertiente estricta-

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. A. J. Mayer, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.

2. La construcción intelectual de las diferentes filias en la España de la *Gran Guerra* las obras de M. Fuentes Codera, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid, 2014; y *La Guerra en un país neutral. Los intelectuales españoles frente a Europa (1914-1918)*, Seminario de Historia Dpto. de H.ª Social y del Pensamiento Político, UNED Dpto. de H.ª del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, Curso 2013-2014 Documento de trabajo 2014/2, pp. 27-31.

mente francófila; ni en el conjunto de España, ni en el marco estrictamente catalán. Así, en las páginas siguientes se describirán y analizarán las diferentes filias por las que transitaron los simpatizantes de la Entente en Cataluña, centrándonos especialmente en los partidos, grupos, grupúsculos y personajes del republicanismo y del socialismo catalán. Además, se pondrá de manifiesto cómo estas diferentes filias estuvieron condicionadas por apuestas estratégicas coyunturales, y muy dependientes del desarrollo militar y político de la misma Gran Guerra. Unas estrategias que tuvieron todas como objetivo instaurar, con el patrocinio de las potencias aliadas, un régimen republicano en España.[3]

La construcción de un espacio social y político francófilo en Cataluña

El inicio de la Primera Guerra Mundial atrapó al conjunto del republicanismo en Cataluña sumido en un proceso de desorientación y de desconcierto político. Después de la revolución de julio de 1909, republicanos y socialistas habían disfrutado de un bienio de crecimiento electoral a través de la conjunción republicano-socialista. En el espacio dinástico, el Partido Liberal obtuvo la mayoría en el Congreso aprovechándose de la crisis de liderazgo existente en el Partido Conservador, tras la caída de Maura. En Cataluña, republicanos radicales, pero, especialmente, la *Unió Federal Nacionalista Republicana* (UFNR) habían desplazado momentáneamente a la *Lliga Regionalista* de la senda de la victoria electoral.[4]

3. Las diversas estrategias que se configuraron durante la *Gran Guerra* y, en concreto, en 1917-1918, para reformar la Monarquía o sobrevenir un régimen republicano en España: D. Martínez Fiol y J. Esculies, *1917. El año en que España pudo cambiar*, Renacimiento, Sevilla, 2018.
4. La evolución y crisis de la Conjunción republicano-socialista en: A. Robles Egea, «La Conjunción Republicano-Socialista: una síntesis de liberalismo y socialismo», *Ayer*, n. 54, 2004, pp. 97-127; M. Suárez Cortina, «La división del republicanismo histórico y la quiebra de la conjunción republicano-socialista», en S. Julià (coord.), *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 141-160, y del mismo autor, *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la Monarquía de Alfonso XIII*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

Sin embargo, a partir de 1913, el retorno de los conservadores al gobierno de España facilitó el acercamiento de éstos hacia los regionalistas catalanes; una aproximación que se tradujo en la aprobación del Decreto de Mancomunidades que permitió la puesta en marcha, a partir de 1914, de la *Mancomunitat* de las cuatro diputaciones catalanas. No solo eso, sino que impulsó un proceso de hegemonía política de la Lliga Regionalista en Cataluña, que sumió a republicanos y socialistas catalanes en una manifiesta incapacidad política en el plano concreto de la lucha electoral.[5]

La pregunta que se hacían los intelectuales y dirigentes de la UFNR o del Partido Republicano Radical (PRR) era la siguiente: ¿qué habían hecho mal, entre 1910 y 1914, para que la *Lliga Regionalista*, *culpable* ante la opinión pública española y catalana, en el otoño de 1909, de haber incitado a una represión sin perdón contra los dirigentes de la revolución de julio de 1909,[6] se hubiese redimido, en 1914, de sus pecados represivos y fuesen reconocidos por las clases medias del Principado como los salvadores regeneracionistas de Cataluña?

Se apuntaron varias razones, pero sobresalía la del alejamiento del mundo obrero (al que identificaban con el proletariado industrial y urbano, así como con la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT constituida en 1911) de las clases medias republicanas. Un alejamiento que, entre la nueva generación de jóvenes republicanos, como Andreu Nin, Antoni Rovira i Virgili, Marcelino Domingo, Màrius Aguilar o Gabriel Alomar, se identificaba con la teórica y, a veces, real oligarquización de las direcciones políticas de la UFNR y del PRR, y su tendencia a buscar puntos de encuentro con la *Lliga* y sus aliados car-

---

Para el espacio liberal: J. Moreno Luzón, «Nacionalizar la Monarquía. Proyectos, logros y fracasos del Partido Liberal (1898-1913)», en M. Cabrera y J. Moreno Luzón (eds.) *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*, Fundación BBVA, Madrid, 2002, pp. 169-195; y del mismo autor, «Canalejas y el nacionalismo liberal español (1898-1912)», en Ch. Ferreira e I. Pena, *Congreso José Canalejas e a súa Epoca: actas do congreso en Ferrol, os días 6, 7, 8 e 9 d'abril*, Conselleria de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia, 2005, pp. 71-86.

5. Las relaciones del regionalismo catalán con el conservadurismo español: B. de Riquer, *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo*, RBA, Barcelona, 2013; y M. Guimerá Peraza, «Maura y Cambó (1913-1925)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 2008, n. 54-I, pp. 269-290. Para la Mancomunitat, A. Balcells; E. Pujol y J. Sabater, *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia*, Proa, Barcelona, 1999.

6. J. Pich Mitjana, y D. Martínez Fiol, *La Revolución de julio de 1909: un intento fallido de regenerar España*, Editorial Comares, Granada, 2019.

lo-católicos e integrista del Comité de Defensa Social;[7] uno de esos puntos de encuentro fue la *Mancomunitat*, acusada desde los ámbitos separatistas catalanes y por esta nueva generación de jóvenes republicanos, que se autodefinían como socialistas, de ser una repartidora de cargos públicos y políticos. Esta nueva hornada de republicanos catalanes y catalanistas se estrenaron políticamente a través de experiencias movilizadoras muy dispares e ideológicamente contrapuestas: desde la reformista *Solidaritat Catalana* a la insurrecional revolución republicana de julio de 1909, pasando por formaciones políticas como el *Centre Nacionalista Republicà* o la UFNR, y algunos por el reformismo melquiadista y el lerrouxismo. En todas ellas, los líderes republicanos pusieron de manifiesto sus indecisiones y miedos a una reforma o revolución que les superase por la izquierda obrerista.[8]

Una parte remarcable, por su proyección futura, de esta nueva juventud republicana tuvo su punto de encuentro y espacio de sociabilidad política e intelectual-profesional en la redacción del diario *El Poble Català* de Barcelona, portavoz del CNR. En esta redacción se conocieron destacados personajes de la izquierda catalanista y catalana de los años 1914-1936 como los regionalistas de izquierdas Claudi Ametlla o Antoni Rovira i Virgili, así como también el socializante Andreu Nin e intelectuales absorbidos por la vanguardia futurista, como Gabriel Alomar o la bohemia anarquizante de Màrius Aguilar. Todos ellos formaron parte, en 1910, de la UFNR, y representaban a un sector emergente de la *pequeña burguesía intelectual* catalana que pretendía rebelarse contra los auténticos amos tanto de la política como de la empleomanía de los primeros años diez del siglo XX: el republicanismo lerrouxista, dominador del Ayuntamiento de Barcelo-

7. Un ejemplo de la preocupación real por el tema obrero es el ejemplo de las «Notes obreres» que el republicano liberal-democrático Antoni Rovira i Virgili publicó sistemáticamente en *La Campana de Gràcia*. Ver A. Rovira i Virgili, *Notes obreres*, edición a cargo de Jaume Sobrequés i Callicó, Edicions de La Magrana, Barcelona, 1986.

8. El complejo entresijo de relaciones entre el republicanismo catalanista y el espacio anarcosindicalista se percibe en S. Izquierdo Ballester, *República i autonomía. El difícil arrelament del catalanisme d'esquerres, 1904-1931*, Catarroja, Afers, 2006. S. Izquierdo Ballester y M. G. Rubí Casals, *Els orígens del republicanisme nacionalista. El Centre Nacionalista Republicà a Catalunya (1906-1910)*, Centre d'Història Contemporània de Catalunya-Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2009. X. Cuadrat, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Ediciones de la Revista del Trabajo, Madrid, 1976.

na, y la *Lliga Regionalista*, monopolizadora de la Diputación de Barcelona y, posteriormente, de la *Mancomunitat*.[9]

El Pacto de Sant Gervasi de 1914, en el que los dirigentes de la UFNR y del lerrouxismo acordaron presentarse unidos a las elecciones legislativas de aquel mismo año, alteró profundamente la vida de los catalanistas republicanos y liberales. De hecho, provocó una ruptura no solo política, sino también generacional. Los denominados jóvenes redactores de *El Poble Català,* consideraron que el Pacto representaba una doble traición: a los postulados de la izquierda regeneradora y a la misma noción de catalanismo. Con este estado de ánimo, Màrius Aguilar, junto a Claudi Ametlla, se entrevistaron con Jaume Carner con el objetivo de cuestionar el Pacto de Sant Gervasi y, al mismo tiempo, recibir explicaciones sobre la naturaleza del mismo. Desde el punto de vista de Aguilar y de Ametlla, la alianza electoral con los lerrouxistas era una alianza de corte anticatalanista y antiobrerista. Desde el punto de vista de Aguilar, el lerrouxismo, desde la revolución de julio de 1909, había perdido la confianza de los sectores sindicales, socialistas y anarquistas de Cataluña, así como la capacidad de influencia que podían tener éstos entre los diferentes sectores del mundo del trabajo catalán.[10]

En rigor, los jóvenes periodistas de la UFNR formaban parte de una nueva generación que soñaba con ser intelectuales profesionales que ejerciesen de voz mediática y dirigente de una renovada Cataluña, dónde la ciudad de Barcelona estaba creciendo a pasos agigantados, a partir de unos sectores obreros y populares que se estaban nutriendo de un flujo migratorio procedente de las zonas rurales del Principado y que, a partir de la Gran Guerra, lo haría también con población procedente de Murcia, Aragón, País Valenciano y las Baleares. La ruptura de los jóvenes redactores del diario *El Poble Català* con la UFNR coincidió con la convulsa situación política internacional que, marcada por

9. Las redes de sociabilidad de la intelectualidad republicana, catalanista y bohemia de los años diez en C. Ametlla, *Memòries polítiques*, Barcelona, Pòrtic, 1963.

10. Ver las obras de J. B. Culla i Clarà, «Lerrouxismo y nacionalismo catalán, 1901-1923: elementos para una interpretación», en M. Tuñón de Lara *et al*., *España 1898-1936: estructuras y cambio*, Universidad Complutense, Madrid, 1984, pp. 427-431; y *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Curial, Barcelona, 1986. J. Álvarez Junco, *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza editorial, Madrid, 1990.

el asesinato del archiduque Franz Ferdinand de Austria, el 29 de junio de 1914, iba a conducir al estallido de la Primera Guerra Mundial.[11]

La conflagración bélica iniciada en julio-agosto de 1914 fue interpretada por los jóvenes disidentes de la UFNR como una oportunidad única para provocar una revolución mundial republicana y democrática. Dicho de otra forma, siempre se ha puesto especial hincapié en la posición de la Internacional Socialista y su supuesto llamamiento a la clase obrera para realizar una revolución mundial anticapitalista y antimilitarista que, ante el posible estallido de una guerra entre los principales países imperialistas de Europa, provocaría el fin del mundo político surgido de las revoluciones liberales decimonónicas. Semejante revolución conduciría, según las expectativas más halagüeñas de los líderes del socialismo internacionalista, a la caída del capitalismo y de los estados liberales para crear una sola patria obrera mundial y sin clases. Sin embargo, esta revolución internacional proletaria no se produjo y los partidos socialistas, con algunas excepciones, votaron en sus respectivos parlamentos y asambleas nacionales los presupuestos de guerra que sus gobiernos les propusieron.[12]

En definitiva, el socialismo nacionalista se impuso al socialismo internacionalista, y ante este giro ideológico del ámbito socialista, los jóvenes republicanos catalanistas escindidos de la UFNR vieron en la Gran Guerra un campo de acción política y organizativa que debía permitir al deprimido mundo de las izquierdas catalanas resurgir de sus cenizas. De repente, el socialismo se convirtió en el norte que guiaba a personajes como Rovira i Virgili, Gabriel Alomar o a Màrius Aguilar. Socialismo se había convertido en sinónimo de república y de democracia. Y así, todos ellos teorizaron hasta 1923 sobre cómo debían fusionarse o complementarse conceptos como república, socialismo y nacionalismo catalanista.[13]

11. M. Hastings, *1914: El año de la catástrofe*, Crítica, Barcelona, 2013. J. Pich Mitjana, *«Les Llums s'apaguen a tot Europa»: la fi de la Belle Époque*, Barcelona, Nova Editorial, 2014. Ch. Clark, *Sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015. E. Ucelay-Da Cal y J. Pich Mitjana (eds.), *La Fi de la Belle Époque i la Gran Guerra*, Nova Editorial, Barcelona, 2016. I. Kershaw, *To hell and back: Europe, 1914-1949*, Penguin Books, UK, 2016. M. Macmillan, *1914: De la paz a la guerra*, Turner Publicaciones, Madrid, 2013.

12. J. Droz, *Historia general del socialismo*, Volumen II. De 1875 a 1918, Destino, Barcelona, 1979.

13. Siguen siendo fundamentales los estudios de X. Cuadrat, «El debate sobre socia-

En esta línea, Antoni Rovira i Virgili fundó, en la primavera-verano de 1914, *Esquerra Catalanista*, que fusionó inicialmente con la *Unió Catalanista*, con el objetivo de convertir la clásica organización nacionalista radical en una formación de patriotas catalanes socialistas. La misma Federación Catalana del PSOE tuvo sus debates al respecto, teniendo alguna pequeña fuga hacia la *Unió Catalanista*. Por su parte, Marcelino Domingo gestó hasta dos formaciones republicanas que pretendían el mismo objetivo: el *Bloc Republicà Autonomista* (BRA) en 1915 y el *Partit Republicà Català* (PRC) en 1917. En estas dos plataformas participaron los intelectuales y bohemios radicalizantes Màrius Aguilar, Àngel Samblancat y Gabriel Alomar.[14]

Todo este magma o amasijo reorganizativo de la izquierda catalana y catalanista (al margen de la UFNR —que desapareció en 1916— y del lerrouxismo) se configuró, durante los años de la Gran Guerra, al entorno de la idea de la francofilia, entendida como la admiración hacia la III República francesa como *EL* modelo de República democrática a imitar. No solo eso, creyeron e intuyeron decididamente que la Gran Guerra era la ansiada ventana de oportunidad que permitiría el triunfo de sus ideales y propuestas. ¿Cómo? Ayudando de múltiples maneras a las potencias de la *Entente Cordiale* a ganarla. En compensación, esperaban que los vencedores les apoyasen en el proceso de transformación regeneradora de España en un régimen republicano. Y no solo eso. En el ámbito catalán, los republicanos catalanistas aspiraban a que esa república auspiciada por la coalición militar vencedora, la *Entente Cordiale* por supuesto, fuese de corte federal o incorporase un régimen autonómico para Cataluña.[15]

---

lismo y nacionalismo de agosto-diciembre de 1915», *Revista de Estudios Sociales*, n. 12-13, setiembre de 1974 y abril de 1975, pp. 59-89; y «El PSOE i la qüestió nacional catalana (fins l'any 1923) (2)», *L'Avenç*, n. 6, Barcelona, octubre de 1977, pp. 56-63. También, A. Fabra i Ribas y R. Campalans, *Catalanisme i socialisme. El debat de 1923*, edición a cargo de J. M. Rodès, La Magrana, Barcelona, 1985.

14. La construcción de una cultura republicana de corte radical en J. Arévalo i Cortès, *La cultura de masses a la Barcelona del Nou-Cents*, PAM-Curial, Barcelona, 2002. Para la vertebración del republicanismo y del liderazgo marcelinista: X. Pujadas i Martí, *Marcel·lí Domingo i el marcel·linisme*, PAM, Barcelona, 1996; J. Sánchez i Cervelló, *Marcel·lí que torna*, Amics de l'Ebre-Autoritat Portuària de Tarragona, 1995; J. Sancho i Sancho, *El marcel·linisme a les Terres de l'Ebre (1914-1939)*, tesis doctoral, Universitat Autónoma de Barcelona, 2014, pp. 154-193.

15. J. Safont, *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, A Contra Vent, Barcelona, 2012; y A. Navarra Ordoño, *Aliadòfils i germanòfils a Ca-*

El ¿amigo? francés y los francófilos a los que transformaron en *germanófilos*

El lapso de tiempo que va del agosto de 1914 al otoño de 1917 estuvo marcado, por lo que respecta a la incidencia y las expectativas que la Gran Guerra podía aportar al republicanismo catalán, por la preeminencia del sentimiento francófilo por encima de cualquier otra filia. En estos tres años, la francofilia republicana de Cataluña dio a conocer numerosos manifiestos de apoyo a la República gala, así como a políticos y militares destacados en la gestión de la guerra contra los Imperios centrales. Además de visitas de confraternización franco-española o franco-catalana (según el punto de vista en el que se mire) en Perpignan o París. No solo eso, desde Cataluña, los sectores separatistas del catalanismo auspiciaron la participación voluntaria de catalanes en el ejército francés. Era un todo por la Francia, de la que esperaban su agradecimiento en forma de intervención en la política española en favor de la causa republicana y del autogobierno catalán.[16]

Sin embargo, la simplicidad y comodidad del discurso francófilo del republicanismo catalán y del catalanismo se vieron alteradas, no por la dinámica militar de la guerra, sino por el terremoto revolucionario que dominó la política europea en 1917. Ciertamente, las revoluciones rusas (de febrero y de octubre) fueron el gran acontecimiento político que sacudió las conciencias, fundamentalmente europeas, el desguace del Imperio ruso zarista. Una revolución que no fue la única, ya que, a lo largo de aquel 1917, se sucedieron cambios políticos de especial trascendencia en Portugal, la revolución/golpe de estado de Sidonio Paes, Grecia en la que se consumó una revolución orquestada desde Salónica por las fuerzas aliadas para promocionar al liberal Venizelos frente a una coalición conservadora neutralista, pero marcada por la propaganda aliada como germanófila y que supuso la caída del

talunya durant la Primera Guerra Mundial, Generalitat de Catalunya. Departament d'Afers i Relacions Institucionals i Exteriors i Transparència, Barcelona, 2016.

16. D. Martínez Fiol y J. Esculies, *12.000! Els catalans a la Primera Guerra Mundial*, Ara Llibres, Barcelona, 2014; y D. Martínez Fiol, *Els «voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, PAM, Barcelona, 1991; y *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918). Antologia*, La Magrana-Diputació de Barcelona, Barcelona, 1988. J. Esculies, *Joan Solé i Pla. Un separatista entre Macià i Companys*, Edicions de 1984, Barcelona, 2011.

teóricamente proalemán rey Constantino, o en Suecia en la que ganó las elecciones el Partido Socialdemócrata con el apoyo de los liberales, lo que supuso un giro aliadófilo frente a los tradicionales gobernantes del Partido Conservador. [17]

Todos estos cambios políticos en Europa tuvieron su recepción en España, donde los diferentes sectores francófilos tomaron muy buena nota sobre cómo generar sus propios movimientos revolucionarios o reformistas a imagen y semejanza de Rusia, Grecia, Portugal o Suecia. Ciertamente, en el verano de 1917, la aliadofilia española, junto a otros sectores reformadores y regeneracionistas de la sociedad política de España, participaron en la Asamblea de Parlamentarios y/o dinamizaron la huelga revolucionaria de agosto. Sin embargo, ambas movilizaciones o plataformas no dieron ni los frutos, ni los réditos esperados: la reforma democrática del estado o la implementación de la Segunda República. Sí que puso de manifiesto la existencia de muchos sectores reformadores, pero también evidenció las discrepancias estratégicas y programáticas existentes entre ellos.[18]

El fracaso reformista-revolucionario español del verano de 1917 puso en una situación complicada a los francófilos republicanos catalanes. La participación de una parte considerable de éstos en la huelga revolucionaria de agosto de 1917 provocó, que las autoridades francesas les identificaran como potenciales germanófilos al haber pretendido hundir al *amigo español*, que no era otro que el monarca Alfonso XIII. Ciertamente, la Monarquía española no solo era considerada por Francia como una aliada en la Gran Guerra, sino también como el socio principal e ineludible en el objetivo de pacificar los protectorados español y francés de Marruecos.[19] Así, ante el gobierno francés, los francófilos catalanes devinieron tan *diabólicamente germanófilos* como los *sinnfeiners* irlandeses sublevados en la Pascua de 1916, o los

17. D. Martínez Fiol y J. Esculies, *1917. El año en que…*, *op. cit*.
18. E. González Calleja (coord.), *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Alianza Editorial, Madrid, 2017; y las obras clásicas de J. A. Lacomba, «La crisis militar de 1917: Maura y las Juntas de Defensa», *Saitabi*, n. 15, 1965, pp. 73-101; y *La crisis española de 1917*, Ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1970.
19. La construcción de la imagen francófila de Alfonso XIII en J. Pando, *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Temas de Hoy, Madrid, 2002. Para los intereses políticos y económicos franco-españoles, el clásico: V. Morales Lezcano, *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*, Siglo XXI, Madrid, 1976

bolcheviques alzados contra el gobierno provisional de la República rusa en octubre-noviembre de 1917. Fue el embajador francés en Madrid, Joseph Thierry quien aseguró de Marcelino Domingo que era «une personne qui a des relations dans le monde de la presse à Barcelone, recevrait des subventions des allemands. Il toucherait notament 150 pesetas pour chacun des articles qu'il donne au journal ESPAÑA NUEVA, de Madrid».[20] Además, los círculos regionalistas catalanófilos del Rosellón, al entorno de la publicación *Montanyes Regalades*, que, hasta el verano de 1917, habían confraternizado con todo tipo de aliadófilos de Cataluña, rompieron sus buenas relaciones con éstos aduciendo que Pompeu Fabra, a través de l'Institut d'Estudis Catalans, habría realizado una normativización de la lengua catalana en clave imperialista al imponer el catalán del Principado al resto de comunidades y territorios catalanoparlantes, calificando esta pretensión de *filoboche*.[21]

1918: La apuesta wilsoniana aplaza el espejismo *bolcheviquista* y ¿relega? provisionalmente la francofilia

Sin duda, 1917 supuso un antes y un después en la reformulación de las filias de los sectores proaliados catalanes y del resto de España; hasta el punto, que la predominante francofilia iba a ser discutida o, al menos, disputada por dos nuevas formas de entender el futuro de Europa y del mundo una vez acabada la Gran Guerra: el wilsonismo y el leninismo (o bolcheviquismo, como era conocido en aquella coyuntura). El primero se proyectó con la entrada de EE.UU. en la guerra y la proclamación de los catorce puntos de Wilson, y el segundo liderando el proceso revolucionario republicano-proletario que dominó la política rusa a lo largo de 1917.[22]

20. *Guerre 1914-1918/484. Espagne Dossier General/ XVII. 1918 janvier-mai*, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores Francés, París, p. 121.
21. S.A., «Los filolechs filo-boches: Mossen Alcover y l'Alsacia-Lorrena», *Montanyes Regalades*, agost del 1917, pp. 137-138; y Ll. Pellisier, «L'offensive philologique boche contre le Rousillon (1904-1917)», *Montanyes Regalades*, gener del 1918, pp. 7-17.
22. A. Herman, *1917. Lenin, Wilson, and the Birth of the New World Disorder*, Har-

La publicística francófila más militante interpretó los acontecimientos de octubre-noviembre en Rusia y el Tratado de Brest-Litovsk como una traición sin paliativos a la causa de la *Entente Cordiale*. La concreción del Tratado de Brest Litovsk en la primavera de 1918 y la formulación de los catorce puntos del presidente norteamericano Woodrow Wilson en enero de aquel mismo año, habrían sido percibidos por la aliadofilia catalana más *enragé* como dos propuestas antitéticas sobre cómo culminar políticamente la Gran Guerra. La *pax bolchevique* les resultaba sumamente incompatible con la *pax wilsoniana*, al entender que la retirada de Rusia del conflicto mundial traicionaba la causa francesa y la supervivencia de la misma III República: apuntaban que Brest-Litovsk era una invitación a que Alemania desplazara todos sus efectivos militares al frente occidental. Como contrapunto, la llegada de tropas norteamericanas fue recibida con sumo entusiasmo por los francófilos-wilsonianos, puesto que entendían que podía mitigar la supuesta superioridad militar germánica provocada por la defección de la Rusia bolchevique.[23] Así se empezó a construir la imagen mítica de unos todopoderosos EE.UU., que habrían llegado a Europa para salvarla militarmente y políticamente de las garras del imperialismo germánico. En España, esta idea caló hondo entre la mayor parte de los intelectuales del PSOE, especialmente a través de Luís Araquistaín. Las páginas de *El Socialista* fueron muy beligerantes con la revolución bolchevique, la cual interpretaron como el falso *becerro de oro* de la revolución.[24]

Ciertamente, la izquierda republicana catalanista y los aliadófilos del PSOE denunciaban la traición bolchevique a la causa aliada en los mismos términos que lo hacían los gobiernos de la Entente: denun-

---

per Collins Publishers, Nueva York, 2017; y A. Tooze, *El Diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Crítica, Barcelona, 20016, pp. 29-476.

23. La paradoja de esta situación era que el antibolcheviquismo de los francófilos liberales coincidía, en su crítica a Brest-Litovsk, con el discurso de los comunistas de izquierda del momento, que no eran los trotskistas, sino los espartaquistas alemanes y los filoespartaquistas rusos: G. Sabatier, *Tratado de Brest-Litovsk de 1918. Frenazo a la revolución*, Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2001.

24. Las páginas de *El Socialista* no ocultaron su deseo de que Kerenski pudiese someter a los bolcheviques y detener al propio Lenin: S.A., «En Rusia/Revolución y contrarrevolución/¿Derrota de los maximalistas?», *El Socialista*, 16/11/1917, p. 2. La resistencia y crítica mayoritaria a la bolchevización en el seno del PSOE en C. Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918*, Crítica, Barcelona, 1978, pp. 241-291.

ciaban el servilismo bolchevique hacia Alemania como una muestra de su absoluta germanofilia. Pero, paradójicamente, era el mismo tipo de crítica que Francia estaba utilizando contra los republicanos catalanes y los aliadófilos del PSOE por haber participado e incitado en el verano de 1917 a una huelga general revolucionaria contra la *muy francófila* monarquía de Alfonso XIII.

Sin embargo, no todo eran críticas a los bolcheviques entre los francófilos. Gabriel Alomar, difusor, desde 1910, del futurismo de Marinetti por tierras catalanas y vinculado por aquellas fechas al republicanismo de Marcelino Domingo, tenía una opinión sumamente opuesta. Alomar firmó, en agosto de 1918, un titular en las páginas de *La Lucha*, órgano de prensa del Partido Republicano Catalán, que decía lo siguiente: «La intervención en Rusia constituiría una infracción de los principios que proclama Wilson y que son bandera de los aliados». El republicano de origen mallorquín creía que el intento de la Entente de invadir Rusia, favoreciendo la causa de los ejércitos blancos en la Guerra Civil rusa, suponía una grave interferencia en los asuntos internos de lo que se entendía que era un estado soberano, lo que contravendría, como el mismo Wilson parecía decir, los principios de soberanía y de autodeterminación nacional de los pueblos.[25]

Los *auténticos* wilsonianos

El wilsonismo se concretó a partir de la declaración de catorce puntos que el presidente norteamericano estableció como bases fundamentales para establecer el nuevo orden internacional que debía surgir de la Primera Guerra Mundial. Aunque, la pasión por Wilson fue extensiva a todos los sectores de la aliadofilia catalana, fueron los minoritarios nacionalistas radicales catalanes los que, junto al grupo de la revista *Messidor*, mostraron una mayor receptividad y devoción por las propuestas de reorganización del orden mundial del presidente Wilson. ¿Por qué? Porqué entre esos catorce puntos se establecía la necesidad de que Polonia pudiese obtener su liberación nacional a través de un

25. G. Alomar, «La intervención en Rusia constituiría una infracción de los principios que proclama Wilson y que son bandera de los aliados», *La Lucha*, 4/8/1918, p. 1.

estado propio o que se reformulase el Imperio austrohúngaro como un estado auténticamente federal para todas las nacionalidades que lo integraban. A los ojos del separatismo catalán, Wilson estaba dando carta de naturaleza al derecho de autodeterminación de todas las nacionalidades oprimidas. En rigor, era una interpretación más que generosa de los catorce puntos, puesto que Wilson no hacía ninguna referencia al derecho de autodeterminación. En todo caso, esta interpretación entusiasta de la declaración wilsoniana animó, sobre todo, a aquellos sectores de la opinión pública francófila de Cataluña que habían publicitado y gestionado la presencia de catalanes luchando voluntariamente en las filas del ejército francés con el objetivo de conseguir la liberación nacional de Cataluña, concepto, por otra parte, cargado de notable ambigüedad.

Para hombres como el Dr. Joan Solé i Pla (presidente de la *Unió Catalanista* y alma ejecutiva del *Comitè de Germanor amb els Voluntaris Catalans*) o Alfons Maseras (periodista y vocal del mismo Comitè), el wilsonismo devino un nuevo y modernizado punto de referencia de la aliadofilia. Es más, creyeron verdaderamente que la apuesta wilsoniana era de verdad. En este sentido, Maseras se sintió plenamente identificado con una propuesta periodística totalmente wilsoniana como fue la revista *Messidor*. Aparecida en enero de 1918 y dirigida por el intelectual y hombre de empresa de Sabadell, Pau M. Turull. *Messidor* recogerá este estado de ánimo surgido de la intelectualidad aliadófila catalana. Es más, Maseras, como antiguo miembro del Comité para la Unidad Moral de Europa no dudará en encontrar la relación, e incluso señalar que eran la misma cosa, entre el wilsonismo y la unidad moral europea de d'Ors. En el número de 15 de enero de 1918, Maseras resaltó que la «Unitat Moral d'Europa» no negaba el valor del nacionalismo como fundamento de un mundo democrático y, por tanto, republicanizante. Es más, Maseras, lo ejemplificó en el caso de Emile Verhaeren, uno de los defensores de la Unidad Moral de Europa, del que llegó a decir que:

> Son nationalisme de la dernière heure ne fit qu'accentuer son internationalisme enraciné. Poète toujours, poète dans l'idéal qu'il prêcha… Le crime avait pur lui arracher des accents indignés contre l'injustice, mais l'horreur du crime e corrompit point son amour, et il reste toujours, dans la mémoire de tous, comme l'apôtre de cette Société de na-

> tions que les hommes d'Etat s'efforceront d'établir, après que les poètes l'auront bien chantée…[26]

En este sentido, desde la misma colonia francesa de Barcelona y en los diferentes ámbitos de la aliadofilia catalana, se comenzó a aceptar de una forma decidida que d'Ors y el Comité para la Unidad Moral de Europa debían ser interpretados como precedentes del wilsonismo. Pero al mismo tiempo será el propio d'Ors el que redefiniría la Unidad Moral de Europa hacia planteamientos wilsonianos y aliadófilos. Un hecho que se puso de manifiesto en las palabras que *Xènius* dijo en una conferencia celebrada en febrero de 1918 en el *Foyer Français*:

> Je me suis senti toujours attire vers votre pays admirable par une forte vocation de sympathie. Et je n'ai pu résister la tentation de vous faire connaître comme cette sympathie est ardente et comme elle est ancienne. Vous le savez mieux que moi: la France compte aujourd'hui trop d'amis nouveaux. Comme il arrive d'habitude, ces convertis montrent un zèle un peu intempestif. Il y en a chez qui ce zèle prend parfois des airs professionnels fâcheux. Or, amour et profession, tout nous le dit, ne Font guère une honnête alliance. Vous m'excuserez, n'est-ce pas, d'insister avantage.[27]

Así se puede ver como francofilia y wilsonismo eran doctrinalmente complementarias por no decir que eran lo mismo. Solo era cuestión de filias en función de la mayor o menor atención que pudieran llevar a cabo Francia y EE.UU. a la causa del catalanismo. En todo caso, Pau M. Turull ratificó este hecho indicando que *Messidor* y él mismo habían recibido la influencia apostolar de su nacionalismo internacionalista de «libros como los de Leon Burgeois, Wilson, Paul Otlet, E. Milhaud, Lord Ed. Grey, Asquith, Lord Cecil, etc.».[28]

En todo caso, el wilsonismo tuvo como función no declarada elevar los ánimos del catalanismo aliadófilo y, sobre todo, del nacionalismo radical catalán. Especialmente entre aquellos sectores que ha-

26. A. Maseras, «Le nationalisme de Verhaeren», *Messidor*, 15/1/1918, pp. 22-23.
27. «Crónica Regional/ Els intel·lectuals catalans en el *Foyer Française*», *Messidor*, 2.ª quinzena de febrer del 1918, pp. 54-55.
28. P. M. Turull, *La nueva revolución*, Barcelona, Imprenta de Heinrich y Cía., 1919, pp. x-xi.

bían hecho del intervencionismo en la guerra la piedra angular de la estrategia internacional del catalanismo. Y a este discurso se aferró Alfons Maseras desde la revista *Messidor*, cuando en septiembre de 1918 apuntó que:

> Per a imposar al món un ideal de superació de la guerra, calia intervenir-hi? Potser sí. Així ho devia comprendre el president Wilson quan es decidí a portar tot un poble a les angoixes i inquietuds d'una lluita, la fi de la qual no es veslluma encara per enlloc.[29]

En defensa del intervencionismo, Maseras resaltaba la necesidad de incorporar el wilsonismo a la francofilia como seguro de vida de los ideales democráticos y de liberación de las pequeñas nacionalidades oprimidas que debían satisfacerse al final del conflicto, ya que veía en Francia resquicios de los denostados estados nación imperiales:

> La França mutilada d'avui dia no està realment en condicions d'imposar per sí sola aquest ideal: la ferida per on es dessangra ha d'avivar forçosament el seu nacionalisme intransigent. Per ço Nort Amèrica, en intervenir en la guerra, ha fet posible la reducció dels ideals nacionalistes dels bel·ligerants europeus en profit dels ideals universalistes, que suposen una limitació de les aspiracions nacionals, una moderació de les passions *chauvines*, en bé de l'harmonia internacional.[30]

Es más, en un alarde de excesivo optimismo, Maseras indicaba que el wilsonismo estaba curando a las grandes potencias europeas de sus ambiciones imperiales:

> De fet, les potències bel·ligerants europees que han incorporat a llurs legions els exèrcits nortamericans, s'han incorporat elles a la ideología wilsoniana, renunciant per endavant a la propia en tot ço que d'excessiva, i per tal d'injusta, pecava.[31]

Según Maseras, y era la pieza clave de toda la estructura intelectual del wilsonismo, la compatibilidad entre los intereses de los grandes

29. A. Maseras, «La superació de la Guerra», *Messidor*, n.º 12, setembre del 1918, p. 185.
30. *Ibid*.
31. *Ibid*.

estados y los de las pequeñas nacionalidades oprimidas que renacerían después de la guerra, se vertebraría a través de la creación de una Sociedad de Naciones (SdN) afirmando que «s'imposarà al món com una cosa fatal i cal estar preparats per al momento en què es realitzi».[32] Por lo que, en consecuencia:

> Tindran plena solució i acabada revindicació tots els problemas nacionals, únics promotors de les guerres actuals; així será posible, si no la desaparició de les guerres —qui sap el que l'avenir reserva a la societat humana?— al menys l'ajornament indefinit de una altra guerra com l'd'ara, que prou el necesita el món per a arrodonir l'obra de civilització que s'ha emprès.[33]

La firma del armisticio, el 11 de noviembre de 1918, desató todas las ilusiones y utopías elucubradas por la aliadofilia catalana y catalanista a lo largo de la Gran Guerra, ya fuesen desde el punto de vista francófilo o wilsoniano. Era el momento de la verdad, era la hora de la República y del autogobierno para Cataluña. Confiando en el signo de unos tiempos que se auguraban republicanos y democráticos, la minoría republicana en el congreso de los Diputados apostó y presentó, el 15 de noviembre, una moción por la que se reclamaba una solución autonomista para Cataluña. Con la esperanza que, si no se obtenía en Madrid, sería París o, fundamentalmente, Washington quienes, en el marco de los tratados de paz, acordarían el autogobierno para Cataluña.

La crisis del wilsonismo en el marco de la campaña autonomista

El eje, inicialmente, de las demandas autonomistas fue el PRC de Marcelino Domingo. Este partido recogía la tradición pimargalliana sobre la creación de la SdN, afirmando que la monarquía alfonsina no tenía cabida en la ordenación política y territorial que había de salir de los tratados de paz que se habían de llevar acabo una vez firmado el

32. *Ibid*.
33. *Ibid*.

armisticio. Así, desde *La Campana de Gràcia*, afin al PRC, se afirmaba:

> En Wilson ha sortit en defensa de les petites nacionalitats. En Wilson és partidari d'una Lliga de les Nacions, de la germanor de tots els pobles. En Wilson vol el desamarmament universal. El seu gest és elogiat per tot el món, i avui és el Mesies d'una nova Humanitat. Els aplaudiments que se li tributen, les mostres d'afecte i d'adhesió que se li dirigeixen i l'entusiasme que ha despertat la seva actitud, no són més que una petita mostra de lo que el President dels Estats Units n'és mereixedor. Però no oblidem que les idees sustentades per En Wilson no són més que les que aquí a Espanya, un català, un vident, va estar predicant, fins la seva darrera hora, amb fe d'apòstol (…) En Wilson no és més que un deixeble de l'autor de *Las Nacionalidades*, del nostre gran Pi i Margall.[34]

A partir de esta impronta federal, *La Lucha*, órgano del PRC, apuntaba que la República federal era la única solución a los problemas de España, matizando que, si bien en Europa existían monarquías que no se verían cuestionadas por la sacudida revolucionaria de la posguerra, éste no iba a ser el caso de la española. Entendían los republicanos marcelinistas que los Borbones eran una dinastía ultrarreaccionaria, incapaz de asumir cualquier pequeña reforma democrática y social del estado.[35]

Evidentemente, el gobierno, presidido por el liberal-demócrata García Prieto, acogió de forma desfavorable la solución autonomista de la minoría republicana. Es más, la dirección regionalista, con Cambó a la cabeza, y el mundo de los grandes negocios de Cataluña recibieron con inquietud la iniciativa de los republicanos: temían que una agitación autonomista promovida desde el PRC y que contaba con la simpatía inicial de Francesc Macià, condujese a una situación de inestabilidad revolucionaria nacional-republicano-obrerista;[36] y más cuan-

34. S.A., «Tirant de la corda», *La Campana de Gràcia*, 11/1918.
35. F. Aguirre, «Monarquías que se derrunban/ La republicanización de Europa», *La Lucha*, 4/11/1918, p. 3; P. Iglesias, «República Coronada/ Los que van a establecerla», *Ibid*., 5/11/1918, p. 1; S.A., «Marcelino Domingo pide la abdicación del Rey», *Ibid,* 13/11/1918, p. 1; S.A., «Viva la República/ La agonía de una monarquía vil», *Ibid,* 14/11/1918, p. 1; S.A., «La manifestación de hoy/ Catalunya quiere: la República y la plena autonomía», *Ibid*., 16/11/1918, p. 1; S.A., «La autonomía de Cataluña/Solo podrá obtenerse con la República federal en España», *Ibid*., 1/12/1918, p. 1.
36. S. Bengoechea, *El locaut de Barcelona (1919-1920)*, Curial, Barcelona, 1998, pp. 31-60.

do, en el verano de 1918, la CNT se había reorganizado en Sindicatos Únicos en el denominado Congreso de Sants.[37] Un miedo que había echado raíces en la misma Corona tras la caída de los Romanov en Rusia, de los Hohenzollern en Alemania y de los Habsburgo en Austria-Hungría.[38]

En rigor, las pesadillas generadas por el peligro revolucionario unieron la suerte de Alfonso XIII y la de Cambó. El monarca, el mismo 15 de noviembre, convocó en audiencia al líder regionalista, y en palabras de éste, para que marchase «a Barcelona de seguida per provocar un moviment que distregui les masses de tal propòsit revolucionari».[39] Dicho de otra forma, pretendía sustraer al PRC y a los nacionalistas radicales el protagonismo del movimiento autonomista y darle un sentido más moderado. El regionalismo utilizó su poder institucional en la *Mancomunitat* para asumir el liderazgo de la campaña. Apelando a la Unión Sagrada de todos los catalanes, Cambó resaltó, a partir de su ya famosa proclama: «Monarquia?, República? Catalunya», que lo importante no era la forma de gobierno, sino la obtención de un autogobierno para Cataluña que pudiese ser satisfactorio incluso para la misma Corona. De esta forma, desactivó toda la retórica republicana de los marcelinistas y de los separatistas de Macià.[40]

A lo largo de los meses de diciembre de 1918 y de enero-febrero de 1919, la Lliga capitalizó e hizo suyas todas las formas de reivindicación catalanistas que la francofilia catalana había desplegado duran-

37. M. Lladonosa, *El Congrés de Sants*, Nova Terra, Barcelona, 1975.

38. La denominada *caída de las águilas* en F. Fejtö, *Requiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*, Mondadori, Madrid, 1988; L. Wilson, *Kaiser Guillermo II*, Grijalbo, Barcelona, 1967, pp. 227 y ss.; y S. S. Montefiore, *Los Romanov (1613-1918)*, Crítica, Barcelona, 2018.

39. F. Cambó, *Memòries (1876-1936)*, Barcelona, Alpha, 1981, p. 299. Ver los trabajos de B. de Riquer i Permanyer, *Alfons XIII i Cambó, unes relacions difícils* (discurso leído por el autor en la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona y contestado por Carlos Seco Serrano el día 11 de diciembre de 2008), Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 2008; y *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo*, RBA, Barcelona, 2013.

40. La campaña autonomista en J. M. Poblet, La campaña autonomista a Catalunya dels anys 1918-1919, Pòrtic, Barcelona, 1970; E. Ucelay-Da Cal, «La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923», en B. de Riquer (dir.), *Història de la Diputació de Barcelona*, vol. II, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1987, pp. 99-139; y A. Balcells, *El projecte d'autonomia de la Mancomunitat de Catalunya del 1919 i el seu context històric*, Parlament de Catalunya, Barcelona, 2010.

te la Primera Guerra Mundial: enviaron delegados a entrevistarse, eso sí, infructuosamente, con los plenipotenciarios de los gobiernos francés y estadounidense;[41] resaltaron la participación de doce mil voluntarios catalanes en las filas del ejército francés.[42] Cuando, a principios de diciembre de 1918, Romanones accedió a la presidencia del Consejo de Ministros, una de las primeras acciones que llevó a cabo fue desplazarse a París para entrevistarse con Woodrow Wilson y con Georges Clemenceau para asegurarse que las potencias vencedoras de la Gran Guerra no tenían ningún atisbo de inmiscuirse en el tema catalán, como así le manifestaron que iba a ser. Ello no fue óbice para que la prensa anticatalanista de Madrid y también crítica con Romanones formulara abiertamente sus temores con respecto a las negociaciones del presidente del Consejo de Ministros español en los foros internacionales aliados.[43]

Lo cierto es que, a mediados de diciembre de 1918, la solución autonomista de Cataluña dependía exclusivamente de Madrid. Ante esta coyuntura, Cambó jugó un doble rol. El de líder nacionalista intransigente frente a Romanones, con el fin de apaciguar a los separatistas catalanes y a los republicanos marcelinistas; y, por otro lado, la de buscar una vía pactada con el gobierno de Álvaro de Figueroa. A pesar de la formación de una comisión parlamentaria que estudiase la viabilidad de una solución autonomista, la comisión dilató lo máximo que pudo sus labores, hasta que la problemática social dinamitó la

41. Las páginas del *Heraldo de Madrid* publicaron una caricatura de un diminuto Cambó con una hoz en su mano, en la que decía «separatismo», y que pretendía llamar la atención de un gigantesco Wilson, del cual solo se le distinguían unas enormes piernas, y al cual Cambó le espetaba para que le hiciera un mínimo caso: «¡Eh, noy… Wilson, mira hacia abajo!», en S.A., «Cambó llama la atención», *Heraldo de Madrid*, 23/11/1918.
42. La cifra fue publicitada por el regionalista Ventosa en el Congreso de los Diputados: «En favor de los 15.000 voluntarios españoles», La Publicidad, 23/11/1918, p. 5. De hecho, fue el diputado a la Asamblea Nacional francesa por los Pirineos Orientales, republicano, filoregionalista y conectado en los negocios con Cambó, Emmanuel Brousse, el que destacaría exageradamente la presencia de 12.000 catalanes en la Legión Extranjera francesa: A. Moliner Prada, «Identitats compartides. Emmanuel Brousse i la nacionalitat catalana», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, n. XXVIII (2017), pp. 405-443.
43. En una caricatura se veía al Conde de Romanones abocado al borde de un precipicio de nombre «Autonomía», mientras del fondo del barranco se reproducía el grito de «¡Crisis!», en S.A., «La cuesta de enero de Romanones», *Blanco y Negro*, 26/1/1919.

movilización autonomista catalana. En febrero de 1919, estalló en Barcelona la huelga de *La Canadiense*, que intensificó la radicalización social, no solo en Cataluña, sino en toda España, y en un contexto europeo marcado, no solo por las revoluciones nacionalistas, sino también comunistas, como la de Hungría con Bela Kun o la de Alemania protagonizada por la Liga de los Espartaquistas.[44] Esta combinación de revoluciones nacionalistas y comunistas crearían el marco, en el que un sector de los más fervientes francófilos y wilsonianos catalanes, especialmente del seno del PRC y del separatismo macianista, ante el fracaso de la solución wilsoniana, iban a girar su norte estratégico, provisionalmente y sin abandonar su sempiterna francofilia, hacia la Rusia bolchevique.

Virando hacia Moscú, pero sin olvidar París: el final del «amigo americano»

Entre 1919 y 1922, las calles de Barcelona fueron testigo de los enfrentamientos entre ultracatalanistas y ultraespañolistas, por un lado, y de pistoleros anarquistas y sindicalistas libres, con apoyo de los sectores más duros de la patronal catalana y de la capitanía general de Cataluña, por el otro. En este sentido, Barcelona demostraba hasta que punto, y con ella España entera, estaba interconectada, pendiente y al corriente de las modas ideológicas y de lucha política más modernas del momento. En la España de la posguerra mundial afluyó el espíritu nacional revolucionario, nacional bolchevique o social nacionalista como en Rusia, Irlanda, Hungría, Alemania o Polonia, además del caso italiano.

Sin embargo, el republicanismo catalán y catalanista no mantuvo una línea única de pensamiento y de acción frente a los cambios políticos emanados de la guerra y de su final. Los sectores más liberales y

44. Para la huelga de La Canadiense, *La vaga de La Canadenca i la jornada de 8 hores. Catàleg de l'Exposició del maig del 1994. 75è aniversari*, Ajuntament de Barcelona-Regidoria d'Edicions i Publicacions, Barcelona, 1995. Para el contexto internacional de revoluciones nacionales y proletarias: R. Gerwarth, *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017, pp. 95-202.

más imbuidos por un ferviente wilsonismo y una irreductible e indestructible francofilia, siguieron aferrados con fe a la posibilidad de que Francia y los EE.UU. trajeran consigo, como si de unos Reyes Magos de Oriente se trataran, la solución del problema catalán y la instauración de una Segunda República española. Era el caso de Antoni Rovira i Virgili, cada vez más orientado hacia posiciones demoliberales, que le iban a reconducir de su experimento *socialista liberal* de la *Esquerra Catalanista* y la *Unió Catalanista* a convertirse en uno de los máximos dirigentes de *Acció Catalana*.[45]

Rovira, durante el período que va de 1919 a 1922, siguió analizando la actualidad política internacional como si la Gran Guerra no hubiese acabado. Por ejemplo, seguía mostrándose crítico con el giro violento que el mundo *sinnfeiner* había dado a la causa nacional irlandesa desde 1916. De la misma manera que había mostrado en su día su malestar por la germanófila insurrección de Pascua, no dudó en aquellos momentos en señalar, ante el viraje terrorista del nacionalismo radical irlandés, que «nosaltres tenim la convicció que si els catalans haguessim fet només que una petita part d'allò que han fet els irlandesos, a hores d'ara la nostra terra estaría sembrada de sal. Sembrada de sal i xopa de sang…».[46]

Unas manifestaciones que apuntaban directamente a los sectores macianistas que ya, en 1917, había intentado, junto a los republicanos de Marcelino Domingo y los sectores pestañistas de la CNT, una insurrección a la irlandesa, y que, entre 1922 y 1923, se iban a desmarcar del neorregionalismo, representado por Rovira y las *Joventuts de la Lliga*, que iba a fructificar en la fundación de *Acció Catalana*. La lógica del pensamiento de Rovira le mantuvo en un duro antibolchevismo y en la justificación de mantener la intervención aliada en Rusia al lado de los ejércitos blancos. Una lógica que le condujo a mantener, aún en diciembre de 1920, dos años después del final de la Gran Guerra, su fe en Wilson y en la SdN:

> Tot i els seus grosos defectes, la Societat de les Nacions és un organisme que podria donar bons fruïts. Podria donar-los, però ens temem que-

45. M. Baras, *Acció Catalana 1922-1936*, Curial, Barcelona, 1984.
46. Fulmen (A. Rovira i Virgili), «Irlanda i Catalunya», *La Campana de Gràcia*, 31/7/1920.

> no els donarà. La lliçó de les darreres complicacions internacionals és que encara no hi ha sao a la terra perquè l'arbre de Ginebra doni fruïts madurs. En sí mateixa, la institución de la Societat de les Nacions és plausible i admirable. Però no hi ha cap institució ni cap règim que pugui posar en el cor dels homes la bondat que els manca. Mentre a Ginebra els diplomàtics, solemnes, treballen lentament per la pau al món, a Irlanda i a altres bandes, els homes es cacen com en els primitius temps del salvatgisme.[47]

Frente a Rovira y a los círculos demoliberales catalanistas, la posición de los republicanos de Marcelino Domingo se orientaba hacia un modelo estratégico que pretendía simbiotizar la francofilia tradicional de la izquierda republicana catalana con la nueva experiencia bolchevique. A manera de ejemplo de esta línea de pensamiento lo encontramos en el periodista y bohemio Màrius Aguilar. En sus escritos en *La Campana de Gràcia* entre 1919 y 1921, en los que fue capaz de mostrar su más decidido apoyo a unos tratados de paz absolutamente duros contra la Alemania derrotada, al afirmar que: «la pau francesa ja no troba cap altra objecció, car la incorporación de l'Alsàcia-Lorena cap socialista la rebutja. La indemnització és una reparación que fins els alemanys accepten»,[48] y al mismo tiempo sostener su confianza en la Rusia bolchevique entendida ésta como una nueva forma de experiencia republicana y nacionalista:

> Són vencedors; heu's aquí les grans paraules per als quefes d'Estat aliats, que tindran altre remei que aceptar la bel·ligerància bolxevic. Són vencedors i perdonen a Polònia. Ara solamente manca saber —i será l'acte decisiu d'aquesta petita guerra— quin esperit persisteix a Polònia: si és capaç o no de fer la seva revolución. Seria el botí més estimat dels bolxevics.[49]

47. A. Rovira i Virgili, «Societat de les Nacions», *La Campana de Gràcia*, 11/12/1920. La idea de una Europa en permanente militarización y paramilitarización en R. Gerwarth y J. Horne (ed.), *War in peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012; F. Veiga y P. Martín, *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014; y F. Veiga; P. Martín y J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.
48. Paradox [M. Aguilar], «La pau justa», *La Campana de Gràcia*, 17/5/1919.
49. Paradox [M. Aguilar], «El dia de glòria rus», *La Campana de Gràcia*, 31/7/1920.

Remató, en respuesta a la posición de Rovira i Virgili, su creencia en la compatibilidad entre francofilia y bolchevismo afirmando que:

> Nosaltres, al contrari, admirem a Rússia perquè ella ha extret de la guerra l'exemplaritat que no va recollir cap altre poble. França feu la victoria, triomfant de la guerra externa; Rússia feu la revolució, guanyant la guerra interna. La guerra de la Llibertat per als aliats; la guerra de la Justícia per als russos. Alguns dels nostres homes d'esquerra no han comprés encara la segona, ofuscats per la primera i pel perill en que va posar-la la revolución russa. El seu esperit está encara en 1917.[50]

En definitiva, la posición de Aguilar tiene pleno sentido en el seno de un PRC que se llegó a plantear la posibilidad de incorporarse a la III Internacional, en un contexto en que hasta los anarcosindicalistas viajaron a la Rusia bolchevique para analizar si ésta era el verdadero paraíso de la revolución obrera.[51]

Un viraje bolchevizante se produjo también en una parte del minúsculo nacionalismo radical catalán, especialmente aquel que se vertebró, entre 1919 y 1930, al entorno de Francesc Macià y de la organización *Estat Català*. Integrado por jóvenes sin estudios medios y universitarios, de procedencia campesina o de ciudad pequeña del interior de Cataluña, que iban a Barcelona a hacer fortuna, de manera muy pretenciosa, como periodistas, intelectuales, artistas o funcionarios, y, a veces, todas estas cosas a la vez. Ahora bien, antes de conseguir ganarse la vida en el ámbito deseado muchos tuvieron que conformarse con trabajar de dependientes en la tienda de algún familiar o de algún conocido. La dura realidad laboral de la dependencia radicalizó sus convicciones sociales y nacionales, al mismo tiempo que les acercó a un macianismo, que se caracterizó por ser la expresión de los *descamisados* del catalanismo, que formaban parte de los trabajadores de cuello blanco. Pueden ser vistos como los desheredados del orden político y cultural *noucentista* diseñado por los regionalistas. Parapetados los macianistas en el modelo insurreccional irlandés, defendían que la mejor manera de hacer conocer al mundo la problemática na-

50. Paradox [M. Aguilar], «Sentiments anacrònics», *La Campana de Gràcia*, 4/9/1920.
51. J. Pich Mitjana, D. Martínez Fiol, A. Navarra Ordoño y J. Puigsech Farràs (ed.), *Viajeros en el país de los sóviets*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2019.

cional catalana era a través de insurrecciones militares: por lo que, como contrapunto al surgimiento de *Acció Catalana* en 1922, Macià propició la creación al año siguiente de la entidad patriótica de carácter político-militar Estat Català.[52]

Estat Català nunca fue una organización monolítica. Bajo la dirección de Macià se cobijaron ultranacionalistas socialistas de la *Unió Socialista de Catalunya* (USC), republicanos, filocomunistas y filofascistas, que hicieron muy difícil la coexistencia de estas diversas tendencias en el seno de la organización macianista.[53]

Por otro lado, al espejo insurreccional irlandés se añadió la mística garibaldina, políticamente correcta en el discurso aliadófilo de los años de la Gran Guerra. De hecho, el modelo Garibaldi, desde el siglo XIX, siempre había estado presente en el imaginario de los republicanos catalanes como referente de lucha contra la monarquía, pero también como liberador desinteresado de otros pueblos oprimidos. En los años de la Primera Guerra Mundial, separatistas y republicanos catalanes acentuaron su admiración por el garibaldismo cuando los nietos de Giusseppe Garibaldi se enrolaron voluntariamente en las filas de la Legión Extranjera para defender Francia del imperialismo alemán y austrohúngaro. La acción de los voluntarios garibaldinos parecía tener una doble vertiente ideológica: por un lado, de reafirmación republicana en la defensa de Francia, pero, por otro, de exaltación ultranacionalista, ya que luchar junto a la Triple Entente significaba combatir contra los ocupantes de Trento y Trieste.[54]

En la inmediata posguerra, la intelectualidad de corte vanguardista vinculada al PRC publicó elogios de la figura de D'Annunzio y su estrategia intervencionista en Fiume como liberador nacional muy en la línea de los elogios de Alomar a los Garibaldi. No obstante, la

52. En 1922, la creación del Estado Libre de Irlanda se convirtió en un factor que, dentro de los círculos macianistas, sirvió de acicate para la fundación de *Estat Català* como movimiento patriótico partidario de la lucha armada: E. Ucelay-Da Cal, *Estat Català: The Strategies of Separation and Revolution of Catalan Radical Nationalism (1919-1933)*, tesis doctoral, Columbia University, Nueva York, 1979, en concreto el capítulo primero: «The Origins of Catalan Radical Nationalism».

53. Màrius Aguilar llegó a hablar de «comunismo nacionalista»: Paradox [M. Aguilar], «comunismo nacionalista», *La Campana de Gràcia*, 29/5/1920.

54. Ilustrativo fue el artículo de G. Alomar, «L'ombra de Garibaldi», *La Campana de Gràcia*, 16/1/1915, p. 2, reproducido posteriormente en su libro, *La guerra a través de un alma*, Renacimiento, Madrid, 1917, pp. 273-274.

mística garibaldina se vio enturbiada dentro del macianismo por la sombra del mussolinismo. La colaboración de los macianistas con los hermanos Ricciotti, Sante y Peppino Garibaldi tuvo como epílogo el fracaso de Prats de Molló en 1926 y la certeza del papel de Ricciotti Garibaldi como confidente mussoliniano.[55]

Lo cierto es que todos estos sectores, durante los años de la Gran Guerra, nutrieron las filas de la francofilia militante. Entre ellos puede destacarse la figura de Daniel Domingo Montserrat: primo lejano del líder del PRC Marcelino Domingo, forjó su bagaje nacional bolchevique a partir de la experiencia militar en la Primera Guerra Mundial, después de haber luchado en las filas de la Legión Extranjera francesa en el frente occidental. El desencanto producido por el ninguneo de Francia y los EE.UU. a la causa nacional catalana, hicieron derivar su norte ideológico y estratégico desde París y Washington hacia Moscú. El giro de Domingo Montserrat coincidió con la presencia de Andreu Nin en la burocracia moscovita de la III Internacional y la intención del líder de *Estat Català*, Francesc Macià, de recabar apoyos en la URSS para sus proyectos de guerra insurreccional nacionalista.[56]

Así pues, aunque la delegación macianista y los representantes bolcheviques no acabaron de ponerse de acuerdo en la forma de colaboración, hay que tener presente que la búsqueda de la ayuda soviética no estaba carente de un cierto sentido político: para determinados sectores de *Estat Català*, la revolución bolchevique se podía interpretar en clave no de estricta insurrección obrera, sino también como una revolución que habría solucionado los diferentes pleitos nacionales existentes en el antiguo Imperio zarista. En consecuencia, la constitución de la Unión Soviética se convirtió para algunos de los jóvenes nacionalistas radicales de *Estat Català*, como Daniel Domingo Montserrat, Jaume Miravitlles o Josep Rovira en un modelo de vertebración federal útil para ser aplicado en España o en el conjunto de la Penín-

55. S.A., *La Campana de Gràcia*, 3/5/1919; 10/5/1919 y 20/9/1919. R. Fabregat y J. Carner-Ribalta, *Macià. La seva actuació a l'estranger*, volum I, Lletra Viva, Barcelona, 1978, pp. 80-81. G. C. Cattini, *El gran complot. Qui va trair Macià? La trama italiana*, Badalona, Ara Llibres, 2009.

56. Los estudios de D. Martínez Fiol, *Daniel Domingo Montserrat (1900-1968). Entre el marxisme i el nacionalisme radical*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2001, pp. 51-70; y «El nacionalismo revolucionario catalán: militarismo, cultura, sindicalismo y función pública. El caso de Daniel Domingo Montserrat (1900-1968)», *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, n.º 16, 2018, pp. 69-96.

sula Ibérica. De esta forma, la tradicional aspiración a una República federal española o ibérica se fue transformando, por obra y gracia de los cada vez más sovietizados mercantiles de *Estat Català* en una quimérica Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas. Éstos se escindieron del partido liderado por Macià y diseñaron sus proyectos desde formaciones políticas como el *Partit Comunista Català, Estat Català-Partit Proletari* o el *Bloc Obrer Camperol*.[57]

Recapitulación: el idealismo francófilo y wilsoniano castigado por la *realpolitik*

La construcción ideológica y estratégica de la aliadofilia republicana y catalanista se construyó a partir de una visión sumamente inocente y cándida o si se prefiere muy idealista de la diplomacia internacional. La francofilia y el wilsonismo de buena parte del catalanismo se basaron en una imagen de Francia y de EE.UU. caracterizada por su generosidad y altruismo ante los pueblos que desinteresadamente habrían colaborado en su victoria militar. Pero la *realpolitik* se impuso, no solo al final de la guerra, sino durante el transcurso del conflicto. Muchos eran los mensajes que la diplomacia francesa había transmitido dando a entender que Alfonso XIII y la Corona española eran sus verdaderos aliados potenciales, pero la francofilia catalana no quiso reconocerlo si se dieron cuenta le generaron numerosas frustraciones.[58] Aun así, en 1920, todos los sectores francófilos, incluso aquellos que ya miraban con ojos tiernos a la Rusia bolchevique, recibieron al ma-

57. En todo este proceso de evolución ideológica, la figura de Andreu Nin estuvo constantemente presente. A. Nin, *Socialisme i nacionalisme (1912-1934). Escrits republicans, socialistes i comunistes*, edición de Pelai Pagés, La Magrana-Diputació de Barcelona, Barcelona, 1985; y, aparecido inicialmente en 1935, *Los movimientos de emancipación nacional*, Fontamara, Barcelona, 1977. Sobre el mismo Andreu Nin, P. Pagès, *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, ZYX, Bilbao, 1975; y F. Bonamusa, *Andreu nin y el movimiento comunista en España (1931-1937)*, Anagrama, Barcelona, 1977. En esta linea de pensamiento: J. Arquer, *De Pi i Margall al comunisme*, Barcelona, 1931. En conjunto: E. Ucelay-Da Cal y J. Esculies, *Macià al país del soviets*, Edicions del 1984, Barcelona, 2015.

58. D. Martínez Fiol, «L'amistat impossible: França i Catalunya durant la Primera Guerra Mundial», *L'Avenç*, n. 140, setembre del 1990, pp. 16-20.

riscal Joseph Joffre en olor de multitudes y le reconocieron como el gran general catalán (había nacido en Rivesaltes, en el Rosellón) vencedor de los ejércitos alemanes.[59]

Por su parte, sectores wilsonianos, como la revista *Messidor*, creyeron benévolamente que la Gran Guerra podía ser la última de todas las guerras, y sin embargo, la misma SdN, que debía ser el gran foro de la paz mundial, devino un instrumento de los intereses imperialistas de Francia y del Reino Unido, mientras que los EE.UU. no se integraban en la gran iniciativa de Wilson. El sueño del wilsonismo de una sociedad internacional democrática y republicana no se concretó como hubieran deseado los francófilos catalanistas. Y estos se aferraron a los nuevos modelos surgidos de la posguerra de 1918: los separatistas catalanes oscilaron entre París y Moscú, mientras que los diferentes grupos republicanos siguieron viendo a París como el centro de toda la modernidad y admirando a la gran federación norteamericana, a pesar de algunos coqueteos bolchevizantes que fueron descartados por demoliberales como Rovira i Virgili.

59. Fulmen [A. Rovira i Virgili], «França i Catalunya», *La Campana de Gràcia*, 3/4/1920; S.A., «El viatge d'en Joffre», *La Campana de Gràcia*, 24/4/1920; o S.A., «Benvingut…», *La Campana de Gràcia*, 1/5/1920.

16.
De la aliadofilia a los catorce puntos de Wilson: la Gran Guerra como ventana de oportunidad del nacionalismo vasco

Aurora Madaula
GRENS-UPF*

El estallido de la Gran Guerra supuso una ventana de oportunidades económicas y políticas para el País Vasco. En el ámbito económico los sectores que más provecho obtuvieron de esta coyuntura fueron la minería y el transporte, siendo uno de sus elementos más dinámicos el empresario vasquista Ramón de la Sota y Llano. Precisamente, de la Sota, histórico dirigente fundador del Partido Nacionalista Vasco (PNV) y de la Comunidad Nacionalista Vasca (CNV), fue uno de los firmantes del mensaje que, en fecha de 25 de octubre de 1918, diputados y senadores vascos enviaron al presidente estadounidense Woodrow Wilson solicitando, de la misma manera que también hicieron sectores catalanistas, una solución de la cuestión nacional vasca a partir de la aplicación del derecho de autodeterminación de los pueblos.[1] Así, en las siguientes páginas, se analizará, a partir de una figura como de la Sota, el camino que condujo al vasquismo aliadófilo y a aquellos sectores económicos que lo respaldaban, a confiar, en parte, que las potencias Aliadas impulsaran la futura liberación nacional de Euskadi.

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. J. L. de la Granja Sainz, *El Nacionalismo vasco. Un siglo de historia*, Tecnos, Madrid, 1995.

De la Sota: entre el vasquismo y el mundo de los negocios

Los vínculos económicos con el Reino Unido de empresarios como Ramón de la Sota fueron los que facilitaron el posicionamiento aliadófilo de buena parte del mundo de los negocios vascos y de la mayor parte de los miembros y simpatizantes de la Comunidad Nacionalista Vasca a lo largo de la Primera Guerra Mundial.

Los padres de Ramón de la Sota eran naturales de Portugalete. Sin embargo, él nació en Castro Urdiales, en la actual Cantabria, en 1857, pero residió buena parte de su infancia en la casa familiar de San Julián de Musques, en Vizcaya, hasta que, en 1868, se trasladó a Bilbao para estudiar en el Instituto Vizcaíno y posteriormente a Madrid, como gran parte de los hijos de buena familia, a estudiar la carrera de Derecho. Retornó a Bilbao, después de licenciarse en Derecho para ejercer como abogado, y para casarse con Catalina de Aburto, hija de unos comerciantes de dicha ciudad. De la Sota, en este sentido, había realizado la ruta de ascenso socio-profesional característica de las clases medias españolas de la segunda mitad del siglo XIX: carrera de Derecho y un buen matrimonio vinculándose a una familia del ámbito de los negocios y del comercio.

La experiencia de Ramón de la Sota en el mundo de los negocios, y lo que se considera tradicionalmente como el inicio de su fortuna particular, se data en 1881, momento en el que forma una sociedad comercial con su primo Eduardo Aznar y de la Sota, marqués de Bérriz. Entre 1886 y 1900, la sociedad se expande al crear compañías mineras en Setares, en Cantabria, Sierra Alhamilla, en Almería, y Menera, en Teruel. Es más, la proyección económica de de la Sota, lo convierten, en 1886, en uno de los impulsores de la Cámara de Comercio de Vizcaya.[2]

En el cambio de siglo, de la Sota, junto a su primo Eduardo, diversificó sus inversiones al ámbito del transporte naval al fundar la sociedad de construcción de barcos, Astilleros Euskalduna, y, en 1906, la gran empresa naviera Sota y Aznar. En el mismo sector del trans-

2. D. Arribas Navarro y A. Sanz Hernández, «De los montes de Teruel a las playas valencianas. La actividad minero-siderúrgica de la Compañía Minera Sierra Menera», en <https://www.um.es/hisminas/wp-content/uploads/2012/06/Texto-completo9.pdf>, 9 p. [consultado el 1/12/2019].

porte, los dos primos se hicieron cargo de la construcción de infraestructuras ferroviarias en el puerto de Sagunto de Valencia. Y puestos a diversificar, en 1902, de la Sota y Aznar constituyeron una Compañía de Seguros, La Polar, que contó con sedes en París, Londres, Nueva York y Róterdam.[3]

La más que exitosa proyección económica de la Sota tuvo su traducción, también, en el ámbito político. A la muerte de Fidel Sagarminaga,[4] de la Sota se hizo con el control de la sociedad fuerista *Euskalerria*, de la que llegó a convertirse en su presidente. Su posición política y económica le facilitó que se eligiesen diputado provincial entre 1888 y 1892. Sin embargo, a pesar de su radicalizado discurso *euskaldun*, fue duramente criticado por los seguidores de Sabino Arana por su vinculación al mundo de los negocios; una crítica basada en la utilización supuestamente interesada que de la Sota habría realizado del discurso nacionalista vasco como instrumento de proyección de sus variados negocios, y que implicó que sus críticos identificaran a todos los seguidores de su entorno como *fenicios*.[5]

Sin embargo, las diferencias entre Arana y de la Sota se apaciguaron con la fundación de *El Correo Vasco*, como órgano de expresión del PNV, en la medida que el antes criticado empresario y *fenicio* devino su máximo inversor.[6] Esta reunificación no se entiende sin la crisis colonial de 1898.[7] El impacto de ésta implicó que importantes

3. E. Torres Villanueva, «Ramón de la Sota: la contribución de un empresario vasco a la modernización política y económica de la España de la Restauración», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V., H.ª Contemporánea, T. 3 (1990), pp. 191-198. R. Ossa Echaburu, «Ramón de la Sota y Llano. Un gran capitán de empresa vasco, en las antípodas del derrotismo del "98"», en <http://bidebarrieta.com/includes/pdf/Ossa_20141201184635.pdf>, pp. 193-208 [consultado el 1/12/2019].
4. G. Monreal Zia, «Fidel de Sagarmínaga intérprete de la constitución histórica vizcaína y heraldo de una nueva política vasca de recuperación de los fueros (1830-1894)», *Notitia vasconiae: revista de derecho histórico de Vasconia*, núm. 1 (2002), pp. 251-314 [consultado el 22/12/2019].
5. La proyección vasquista de de la Sota y sus diferencias con Sabino Arana en J. Corcuera Atienza, *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1903)*, Taurus, Madrid, 2001.
6. M. Basas (coord.), *El Correo español. El pueblo vasco. 75 años informando*, El Correo español, Bilbao, 1985. E. de Ybarra, *El Correo español-El pueblo vasco: un periódico institución, 1910-1985*, El Correo Español-El Pueblo Vasco, Bilbao, 1985. A. Sánchez Tabernero, *El Correo español-El pueblo vasco y su entorno informativo (1910-1985)*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1989.
7. J. Pan-Montojo (ed.), *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza, Madrid, 1998.

sectores del mundo industrial vasco apostasen por un discurso regeneracionista de Euskadi impulsado por de la Sota. Éste, implicaba también un cierto impulso económico para el propio PNV y su necesidad de expandirse política y territorialmente. Pero esta aproximación entre nacionalismo y mundo de los negocios facilitó lo que se denominó el giro *españolista* de Sabino Arana, al que también se adscribió Ramón de la Sota, y que suponía básicamente, no una renuncia al autogobierno (identificado hasta aquel momento con el vocablo *independencia*) para las provincias vascas, sino el aceptar, de forma posibilista y provisional, que el futuro autogobierno tuviese también cabida en el marco político español.[8]

A la muerte de Sabino Arana, el PNV intentó recuperar el espíritu primigenio de su fundador explicitado en el texto *Bizcaya por su independencia*, primero con la presidencia de Ángel Zabala Ozamiz, entre 1903 y 1906, a la que siguió la del hermano de Sabino, Luís Arana, entre 1907 y 1915. Este hecho, dificultó la maniobrabilidad de de la Sota, así como de los sectores identificados como *fenicios* y autonomistas dentro del PNV. Una situación que cambiaría con el inicio de la Gran Guerra y la conversión, en 1915, del PNV en Comunidad Nacionalista Vasca.[9]

La aliadofilia *fenicia* se impone al neutralismo aranista

La Primera Guerra Mundial fue uno de esos momentos excepcionales que los hombres de negocios vascos aprovecharon para obtener grandes beneficios. Es lo que sucedió con la economía de *Egoalde* (nombre que define las tres provincias vascas sitas en el marco del estado español), dónde, especialmente, las compañías navieras crecieron espectacularmente a partir de la exportación de mineral de hierro hacia el Reino Unido, con el fin de atender sus necesidades bélicas ante la

8. J. L. de Granja Sainz, «El *antimaketismo*: la visión de Sabino Arana sobre España y los españoles», *Norba. Revista de Historia*, vol. 19 (2006), pp. 191-203.
9. L. Mees, «El nacionalismo vasco entre 1903 y 1923», en <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/vasconia/vas17/17113140.pdf>, pp. 115-139 [consultado el 1/12/2019]. S. de Pablo, «El nacionalismo vasco ante el estado español», *Studia Storica*, 18 (2000), pp. 79-93.

guerra. Los beneficios fueron tales que dieron paso al nacimiento de nuevos bancos, como la Banca Urquijo en 1918 y el Banco Central en 1919, convirtiéndose en el gran centro financiero del estado español ganándole la partida a la también incipiente banca catalana.[10]

Tal fue el crecimiento económico vasco en aquellos años que dio lugar a un proceso de modernización en el que se produjo la creación de empresas dedicadas a la producción de electrodomésticos, también se constituyeron nuevas empresas metalúrgicas en Guipúzcoa, hasta aquel momento, una provincia con un papel muy secundario en la industria vasca, e impulsaron la transformación del sistema productivo de los Altos Hornos de Vizcaya, y el aumento de la producción textil.[11] Así mismo, en el ámbito de la industria papelera, tuvo lugar la creación de la Papelera Española de Aresti, Arteche, Gandarias y del magnate de la prensa Nicolás M.ª de Urgoiti, que acabó por dominar el mercado español.[12]

Por su parte, Ramón de la Sota fue la expresión más palmaria de los beneficios comerciales del mundo de los negocios vascos. No solo eso, las presiones fiscales del liberal Santiago Alba, en 1917, contra los sectores exportadores del conjunto del estado español, aproximó políticamente a los comerciantes vasquistas hacia el mundo político y económico de los regionalistas catalanes. Éstos se movilizaron, en 1915, demandando el establecimiento de un puerto y una zona franca en Barcelona. Así, en los años de la Gran Guerra, las reivindicaciones económicas del mundo de los negocios vasco y catalán se tradujeron en demandas de autonomía política y económica, así como también de reforma descentralizadora del estado español.[13]

10. O. Díaz Hernández, «Los primeros años del Banco Urquijo (1918-1931)», en <http://www.usc.es/estaticos/congresos/histec05/b23_diaz_hernandez.pdf>, 13 p. [consultado el 2/12/2019]. F. Cabana, *Història del Banc de Barcelona 1844-1920*, Edicions 62, Barcelona, 1978.

11. E. Fernández de Pinedo, «Beneficios, salarios y nivel de vida obrero en una gran empresa siderúrgica vasca, Altos Hornos de Vizcaya (1902-1927). Una primera aproximación», *Revista de Historia Industrial*, n.º 1, 1992, pp. 125-153.

12. Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás M.ª de Urgoiti (1869-1951)*, Alianza Editorial, Madrid, 1994. También M. Gutiérrez Poch, «Control de mercado y concentración empresarial: la «Papelera Española», 1902-1935», *Revista de Historia Industrial*, n.º 10, 1996, pp. 183-199; y J. M. Desvois, «El diario *El Sol*, paladín de la modernización de España (1917-1936)», *Berceo*, n.º 159 (2.º semestre de 2010), pp. 165-182.

13. Para el modelo catalán: A. Colominas i Companys, *El catalanisme i l'Estat. La*

Todo ello puso de manifiesto el enorme protagonismo que las clases medias profesionales y económicas, tanto vascas como, especialmente, las catalanas asumieron en los años de la Primera Guerra Mundial para generar una transformación política de España, que tuviese en cuenta todos los cambios estructurales que se habían producido en las dos primeras décadas del siglo XX. Este dinamismo ayuda a entender como dentro del PNV se produjo un cambio de orientación de tendencia posibilista a cargo de los hombres de negocios como de la Sota, en detrimento de los puristas y esencialistas representados por Luís Arana. Así, el PNV, ya convertido en CNV, y de la mano de los *delasotistas* o *fenicios*, se decantó hacia la aliadofilia y apostó, entre otras muchas alternativas, por buscar el apoyo de la Entente para una probable solución autonomista para el País Vasco.[14]

Con todo, cabe decir que la aliadofilia en *Euskadi* no se limitó exclusivamente a los sectores vasquistas. Es un sitio común afirmar, como se suele decir también de Cataluña, que la gran mayoría de intelectuales vascos se decantó por el bando aliado. Este fue el caso de Miguel de Unamuno, en aquel período vinculado al socialismo español, de Ramón Pérez de Ayala, o del monárquico nacionalista español, Ramiro de Maeztu, que actuó de corresponsal de guerra en el frente occidental. También se pueden encontrar médicos como Juan Medinabeitia, cercano al anarquismo, o Luís Urrutia. Sin olvidar el ámbito de los pintores, escultores y de las artes gráficas en general, destacando la revista artística *Hermes*, que, dirigida por Jesús de Sarna, contó con la colaboración de Ramón de Belausteguigoitia y Pedro M. Michelena, con grabados y textos de artistas vascos, como José Arrue e Ignacio Zuloaga, entre otros.[15] Éste participó, con otros artistas vascos y del resto de España, en diversas exposiciones de homenaje y, por supuesto, de recaudación de fondos para los voluntarios españoles, catalanes y vascos que luchaban en la Legión Extranjera francesa. Lo cier-

---

lluita parlamentària per l'autonomia (1898-1917), Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1993, pp. 237 y ss. J. Harrison, «El món de la gran industria i el fracàs del nacionalisme català de dreta (1901-1923)», *Recerques*, 7 (1978), pp. 83-98.

14. Ll. Castells, «El nacionalismo vasco (1890-1923): una ideología modernizadora?», *Ayer*, n.º 28 (1997), pp. 143-159.

15. A. Saiz Valdivieso, *Triunfo y tragedia del periodismo vasco (Prensa y política) 1900-1939*, Editorial Nacional, Madrid, 1977, pp. 152-155.

to es que, al igual que en el caso catalán, también existió una cierta ambigüedad sobre lo que significaba ser voluntario vasco, mientras que para los aliadófilos vasquistas éstos luchaban por la libertad de *Euskadi*, para el resto eran vascos-españoles que luchaban para dignificar la que creían poco digna neutralidad del estado español.[16]

¿Existió una auténtica y convencida política internacional vasca como en el caso catalán?

Sin embargo, debe establecerse una pregunta fundamental para entender el juego político de los vasquistas aliadófilos. Ésta es si realmente existió, como en Cataluña, una auténtica y aparentemente trabajada estrategia internacional del nacionalismo vasco. Apunta el profesor Núñez Seixas que: «en la tradición ideológica del movimiento nacionalista vasco, la aparición de una voluntad de internacionalización y comparación de la problemática nacional propia con la de otros países se registró tarde, pero no dejó de existir». Si Sabino Arana prestó poca atención a otros movimientos nacionalistas, e incluso se pronunció matizadamente a favor de los británicos ante el conflicto anglo-bóer, por considerar que representaban un imperialismo benigno y civilizador —por oposición al salvaje e incivilizado imperialismo español en Marruecos—, el nacionalista guipuzcoano Luis de Eleizalde publicó en 1914 un compendio de artículos sobre diversos movimientos nacionalistas europeos, desde Irlanda a Polonia, con el propósito de mostrar a los *jelkides*: «las vías que otras nacionalidades europeas, tan decaídas y aún más que la nuestra, han seguido para obtener ese mismo resultado». Eran unos trabajos que reflejaban una empatía general con todos los movimientos nacionalistas europeos, pero muy particularmente con el nacionalismo católico irlandés y con varios eslavos, como el croata, a los que contemplaban siempre a través de su perspectiva ideológica particular. Eleizalde era contrario al pangermanis-

16. S.A., «Primera Guerra Mundial en Euskal Herria», *Auñamendi Eusko Entziklopedia*, Fundación Bernardo Estornés Lasa, reproducido en <http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/en/primera-guerra-mundial-en-euskal-herria/ar-104038/> [consultado el 2/12/2019].

mo, en el que veía el espíritu de la protestante Prusia, y mostraba ciertas preferencias geopolíticas para que Austria-Hungría «se convirtiese en una Confederación católica de Repúblicas autónomas que sirviese de contrapeso entre la Rusia cismática y la Prusia protestante».[17]

Lo que resulta interesante, a diferencia del caso catalán, muy preocupado éste por el modelo republicano y laicista francés, era la búsqueda por parte de los nacionalistas vascos aliadófilos del modelo totalmente contrario: católico y accidentalista en las formas de gobierno; es decir, el tema de base no era tener que elegir una *Euskadi* o una España monárquica o republicana, sino que el autogobierno vasco se llegase a concretar, fuese en el sistema que fuese: es decir, tanto era en una confederación monárquica, como en una de republicana española. Eso sí, tendría que ser católica.

Pero, una cosa eran los modelos internacionales a imitar o copiar, y otra muy diferente, la existencia de un trabajo diplomático persistente y constante como el realizado por los diferentes sectores nacionalistas catalanes en las diferentes embajadas y consulados de los países de la Entente. El mismo Núñez Xeixas afirma que «el impacto posterior del wilsonismo apenas se dejará sentir más allá del espejismo».[18] En este sentido, el 25 de octubre de 1918, con motivo de la celebración del aniversario de la abolición foral dictada en 1839, y en una cierta mímesis puntual con el catalanismo, senadores y diputados nacionalistas vascos en Madrid enviaron al presidente Wilson el siguiente telegrama:

> Al honorable Presidente de los Estados Unidos de América. Washington. Al cumplirse el 79 aniversario de la anulación por el Gobierno español de la independencia del Pueblo Vasco, los que suscriben, diputados y senadores en las Cortes españolas, en nombre de todos los vascos que conscientes de su nacionalidad desean y laboran por verla desenvolverse libremente, saludan al Presidente de los Estados Unidos de América, que al establecerse las bases de la futura paz mundial, las ha fundamentado en el derecho de toda nacionalidad, grande o pequeña, a vivir como ella misma disponga, bases que aceptadas por todos los Es-

17. X. M. Núñez Seixas, «¿Protodiplomacia exterior o ilusiones ópticas? El nacionalismo vasco, el contexto internacional y el Congreso de Nacionalidades europeas (1914-1937)», *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, 23 (1995), p. 252.
18. *Ibid*. p. 253.

> tados beligerantes, esperamos verlas aplicadas prontamente para el mejor cumplimiento de lo que la justicia y la libertad individual y colectiva exigen.

El escrito estaba firmado por José Horn y Areilza, Arturo Campión y Pedro Chalbaud como senadores por Vizcaya; Ramón de la Sota, Domingo Epalza, Antonio Arroyo, Anacleto Ortueta e Ignacio Rotaetxe como diputados por Bizkaia; José Eizagirre, diputado por Gipuzkoa, y Manuel Aranzadi, diputado por Navarra.[19] Así, aquello que más se resaltó y aún se resalta como mérito del apoyo aliadófilo nacionalista fue la concesión, el 9 de marzo de 1921, por parte del Gobierno británico a Ramón de la Sota del título de *Knight Commander of the Order of the British Empire* por haber sido un «buen amigo de Inglaterra y sus nacionales». Básicamente, y en palabras del cónsul británico en Bilbao, Madden, por el hecho de que «los buques del señor Sota, con sus valientes tripulaciones, se hacían a la mar cargados con minerales para Inglaterra, desafiando la campaña submarina» de los Imperios centrales.[20]

En rigor, la proyección nacionalista vasca durante la siguiente década se mantuvo en un más que discreto segundo plano, momento en que el impacto insurreccional del republicanismo católico irlandés parecía tener más proyección en las generaciones de jóvenes vasquistas.[21]

19. El telegrama se reproduce en I. Anasagasti, «El telegrama de los diputados y senadores al presidente Wilson», en <https://blogs.deia.eus/anasagasti/2015/12/13/el-telegrama-de-los-diputados-y-senadores-al-presidente-wilson/>, domingo 13/12/2015 [consultado el 3/12/2019].
20. J. C. Jiménez de Aberasturi Corta, «La II Guerra Mundial en el Golfo de Vizcaya», *Itsas Memoria. Revista deEstudios Marítimos del País Vasco*, 5, Untzi Museoa-MuseoNaval, Donostia-San Sebastián (2006), pp. 517-546, en concreto pp. 517-519.
21. X. M. Núñez Seixas, «Ecos de Pascua, mitos rebeldes. El nacionalismo vasco e Irlanda (1890-1939)», *Historia Contemporánea*, 55, pp. 447-482

17. La revista *España* y los tratados de paz de 1919-1920

Andreu Navarra
UOC y GRENS-UPF*

Tras la Gran Guerra, nada podía continuar igual en el continente europeo. Gabriel Alomar, escritor mallorquín que fue pionero a la hora de aunar catalanismo y socialismo, escribía, en la revista *España*,[1] el 1 de mayo de 1920, Día del Obrero:

> La guerra ha aportado a la fiesta de hoy y a su significación nuevas virtudes. La evolución humana, habitualmente lenta y trabajosa, dificultada por el egoísmo de los sistemas que embrutecen al pueblo para que no crezca, para que no recabe su originaria soberanía, se acelera hasta volverse marcha frenética en los momentos de pasionalidad colectiva. Y esos impulsos de pasión son dos: la guerra y la revolución; la primera intensifica los egoísmos nacionales; la segunda exacerba las expansiones primarias y humanas, adormecidas por la razón de estado.

* Este capítulo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «"Fisión" y "Fusión" estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d'Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. xvi-xxi)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. Sobre la revista véase: J. M. Blecua Perdices, «Valle-Inclán en la revista "España"», «Cuadernos Hispanoamericanos», 1966. N.º 199-200. M. C. Urbiztondo Perdices, *La Revista España bajo la dirección de Ortega y Gasset*, tesis de licenciatura dirigida por José Manuel Blecua Teijeiro, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Literatura, [1970?]. J. Atienza y L. Urcelay, «La conexión más silenciosa: Maeztu-Revista "España". Las "circunstancias" (institucionalismo, elitismo cultural, movimientos europeos) de un aglutinador de ideologías», en Diversos autores, *En torno a Ramiro de Maeztu*, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal, Vitoria, 1974, pp. 171-218. L. Araquistáin, *La revista «España» y la crisis del Estado liberal*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 2001.

Añadía, en una visión futurista que:

> Sobre el terruño torturado y revuelto, húmedo de sangre, abonado de cadáveres, calcinado de huesos, mechado de proyectiles, roído de trincheras y minas bélicas, verdadero humus, en fin, humus de humanidad, maduro para recibir en sus entrañas de muerte la vida renovada, vosotros venís a sembrar la futura y próvida cosecha.[2]

Ceniza y regeneración

La revista *España* nació impulsada por José Ortega y Gasset y su entorno para dar cabida a las reacciones más dinámicas que se iban produciendo en la península ante el conflicto. Fue financiada, en el momento inicial, el 29 de enero de 1915, por el poeta ateneísta Luis García Bilbao. La publicación se entendió como un órgano de expresión del entorno de la Liga de Educación Política.[3] Pero fue mucho más que eso. Logró reunir a los mejores escritores del país, para convertirse, junto al futuro periódico *El Sol*, en una de las plataformas intelectuales más importantes de la Edad de Plata.[4] La lista de colaboradores de la revista *España* es impresionante. Escribieron para ella el propio Ortega, Pío Baroja, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Gabriel Miró, Rafael Marquina, Adriano del Valle, Azorín, Eugenio d'Ors, Juan Guixé, Enrique Díez-Canedo, Gregorio Martínez Sierra, Ramiro de Maeztu, Manuel Bartolomé Cossío, Manuel Azaña, Luis Bello, Jacinto Benavente, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle Inclán, Pere Corominas, Manuel Reventós, Fernando de los Ríos, Álvaro de Albornoz y Santiago Casares Quiroga. Pérez de Ayala escribió sobre todo crítica teatral, mientras que Díez-Canedo se ocupó fundamentalmente de la sección literaria.[5]

2. G. Alomar, «El sentido del 1 de Mayo», *España*, n.º 261, 1/5/1920, pp. 3-4.
3. S. A., *Prospecto de la Liga de Educación Política Española*, Renacimiento, Madrid, 1914.
4. J.-C. Mainer, *La Edad de plata, 1902-1939. Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Cátedra, Madrid, 1999.
5. L. Araquistáin, *La revista «España»…*, *op. cit.*, También E. Montero, «Luís Araquistáin y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», *Estudios de Historia Social*, n.º 24-25, enero-junio 1983, pp. 245-266. V. Morales Lezcano, ««Revista

En 1916, Ortega rompió con el Partido Reformista de Melquíades Álvarez y Luis de Zulueta, y se marchó a Argentina. Luis Araquistáin heredó el proyecto. Consiguió reflotarlo con dinero procedente de las embajadas aliadas y lo situó como la mejor palestra intelectual desde la que se discutieron los grandes temas de la actualidad política española del período 1917-1920: la crisis del sistema canovista, las huelgas de 1917 y de 1919, el desafío nacionalista catalán, así como el Armisticio y los Tratados de Paz derivados del fin de la contienda. Araquistáin condujo el timón de la revista hasta 1923, momento en que se lo pasó a Manuel Azaña. Pero esta última etapa solo pudo durar hasta 1925, ahogada por la dictadura de Primo de Rivera. Al final, publicaron un total de 415 números, de entre doce y veinte páginas.

Desde 1923, Ortega ya andaba absorto en un proyecto aún mayor y aún más trascendental que *España*: nada menos que *Revista de Occidente*. Y desde 1917 había encontrado una empresa periodística mucho más acorde con sus ambiciones reformistas y culturales: el periódico *El Sol*.[6]

Para otro coloso de las letras de entre siglos, compañero de promoción de Alomar, Miguel de Unamuno, furioso aliadófilo durante la guerra, no había cambiado nada en un año.[7] Continuaba en su tono habitual, cargando contra Dato y contra cualquier gabinete gubernamental español. Palabras de su artículo «Los pretendidos hombres de Estado de España», del 23 de enero de 1919:

> El cabecilla de la cábila conservadora ha hecho correr por Francia, a cuyo dinero atribuyó el movimiento de Agosto de 1917, que él había sido francófilo y hasta que había querido la incautación de los barcos alemanes, pero que… Y no, ni él ni su colega Romanones, que se repartieron los papeles, dentro de la neutralidad, de cancilleres benévolos a uno y otro bando, ninguno de los dos ha sido ni germanófilo ni aliadófilo, sino pura y simplemente cortesanos. Ni al uno ni al otro se les ha dado un ardite por España, porque no era a España a quien servían. Servían a las taifas que resguardándose detrás del trono y escudándose

España», semanario de la vida nacional (1915-1924)», *Hispania*, n.º 141 (1979), pp. 201-215.

6. A. Navarra, *Ortega y Gasset y los catalanes*, Fórcola, Madrid, 2019.

7. M. de Unamuno, *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*; introducción y edición de Christopher Cobb, Tamesis Books, Londres, 1976.

> en él fingen resguardarlo y escudarlo. Servían a una quisicosa que llaman el orden y es el mayor desorden y que creen que va a descomponerse si sobre él no pesa la Corona.[8]

Para el aguerrido rector de Salamanca, el problema continuaba siendo la falta de pulso nacional, en un país acogotado por la obediencia secular y la pereza.[9]

El hostigamiento aliadófilo, pues, continuó una vez terminada la guerra. Unamuno no fue el único colaborador de *España* que continuó tronando sobre el ridículo internacional protagonizado por el débil estado español, presentado como una monarquía prescindible y ruinosa. Por ejemplo, seguía esa misma línea el republicano Marcelino Domingo,[10] en su artículo «Posiciones nuevas», del 9 de enero de 1919, en el que decía:

> Queremos apuntar el caso de España. España no intervino militarmente en la guerra. Y no intervino, por que creyera que su deber era no intervenir. No intervino por insensibilidad ante los problemas internacionales de sus hombres directores y por la descomposición absoluta de los órganos del Estado.[11]

Como se ve, una línea argumental fuerte entre los redactores partía del regeneracionismo jeremíaco de hacia 1890 para reactivarlo a través de la aliadofilia, la única postura desde la que parecía lógico tratar de electrizar las energías de una potencia definitivamente decadente.[12]

Domingo trataría de dibujar un horizonte de educación humanística y política para la realidad española:

8. M. de Unamuno, «Los pretendidos hombres de Estado de España», *España*, 23/1/1919, p. 4

9. *Ibid*. M. de Unamuno, *Artículos olvidados sobre España…*, *op. cit*.

10. J. Subirats Piñana, *Marcel·lí Domingo, per ell mateix*, Columna, Barcelona, 1995. X. Pujadas, *Marcel·lí Domingo i el marcel·linisme*, l'Ajuntament, El Vendrell; Abadia de Montserrat, Barcelona, 1996. J. Sancho, *El Marcel·linisme a les Terres de l'Ebre (1914-1939)*, Onada, Benicarló, 2016.

11. M. Domingo, «Posiciones nuevas», *España*, 9/1/1919, p. 5.

12. Los orígenes y evolución de la aliadofilia en España en las obras de A. Navarra Ordoño, *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Cátedra, Madrid, 2014; y *Aliadòfils i germanòfils a Catalunya durant la Primera Guerra Mundial*, Generalitat de Catalunya. Departament d'Afers i Relacions Institucionals i Exteriors i Transparència, Barcelona, 2016.

> Para vencer en la guerra bastaba hacer del hombre un soldado. Pero vencer en la paz ha de hacerse del hombre un ciudadano. ¿Y quién tiene tan hondas virtudes en el alma para sentirse continuamente en funciones de ciudadanía? Los problemas de la paz extiéndense a todos los aspectos políticos; a los de política nacional y a los de política internacional. En política nacional, cada Estado ha de darse una nueva constitución orgánica.[13]

Nuevos ciudadanos para nuevos modelos de nación: más brillantes, más ambiciosos, menos parecidos a los imperios llenos de telarañas y que no supieran salir de su propio provincianismo:

> Pero en estas modalidades nuevas de las naciones, no es de creer prospere el ideal internacional de la nación aislada entre sus fronteras. El ideal internacional de la nación sin política internacional. El ideal de la nación confinada voluntariamente. No. El ideal internacional triunfante será el de Lord Grey o el de Wilson».[14]

La sintonía con el proyecto que venía defendiendo Ortega desde 1914, en discursos como *Vieja y nueva política*, no podía ser más coincidente.[15]

El jarro de agua fría llegó para Domingo cuando Harding derrotó a Cox en las elecciones norteamericanas. Lo comentó en su artículo

13. M. Domingo, «Posiciones nuevas», *España*, 9/1/1919, p. 5.
14. *Ibid*.
15. «Vieja y nueva política. Conferencia de José Ortega y Gasset, mayo de 1914, Teatro de la Comedia (Madrid)», en *Sociología Crítica. Artículos y textos para debate y análisis de la realidad social* (Posted on 2015/05/30), reproducido en <https://dedona.wordpress.com/2015/05/30/vieja-y-nueva-politica-conferencia-de-jose-ortega-y-gasset-mayo-de-1914-teatro-de-la-comedia-madrid/> [consultado el 20/11/2019]. F. Páez-Camino Arias, *«Vieja y nueva política»: un enfoque histórico* (Conferencia pronunciada en la Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca el día 3 de diciembre de 2015), Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca, Madrid, 2016. M. Rodríguez García, «En torno al problema de España: La propuesta de José Ortega y Gasset en *Vieja y nueva política*», *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, n.º 19, 2017, pp. 1-11. La eclosión de la generación reformadora orteguiana en M. Menéndez Alzamora, *La generación del 14. Una aventura intelectual*, Siglo XXI, Madrid, 2006. J. E. Pflüger Samper, «La generación política de 1914», *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), n.º 112, abril-junio de 2001, pp. 179-197. La proyección política de Ortega y Gasset en J. Bagur Taltavull, «La Liga de Educación Política española como proyecto de nación: desde la autonomía hasta la reconversión y el fracaso (1913-1916)», *TALES. Revista de Filosofía*, n.º 5, 2015, pp. 139-156.

«El sucesor de Wilson. Instinto de conservación», del 27 de noviembre de 1920, que contrasta muy vivamente con el espíritu triunfalista de solo un año antes:

> Los Estados Unidos ascendieron a la alta categoría de pueblo-guía en los días más difíciles de la guerra europea. Pudieron entonces haberse abstenido, como España, y seguir desenvolviendo su inusitada y egoísta historia local. Intervinieron, más que por propio impulso, por estímulo del hombre que tenía entonces la más elevada representación política. La voz de ese hombre dotó de sublimidades evangélicas la intervención norteamericana. En la guerra hubo los pueblos mártires: Bélgica y Servia; los pueblos héroes: Francia; los pueblos-guías: los Estados Unidos adquirieron en esta significación la más encumbrada jerarquía. Terminó la guerra, y estos pueblos no supieron mantener en las horas serenas de la paz la autoridad moral que lograron en las horas tormentosas de la lucha. Unos de ellos se embriagaron con el vino de la victoria: otros, solo pensaron en sus dolores y en sus odios; otros volvieron los ojos a sus intereses materiales y concentraron en la defensa de ellos las energías que antes habían consagrado a empresas de mayor generosidad. Los Estados Unidos fueron de estos últimos. Wilson, conociéndose, tuvo la infantil ocurrencia de venir a Europa y cometió el pecado mortal de ocupar un puesto en la mesa donde se laboró el Tratado de Versalles.[16]

La adoración por Wilson cayó para este republicano catalán, que acabaría escribiendo: «Es un dolor lacerante para todo espíritu liberal ver cómo los Estados Unidos y Francia, las dos grandes Repúblicas, las viejas y ejemplares democracias, simbolizan hoy un egoísta y materialista instinto de conservación».[17] Volvían los viejos nacionalismos, no iban a ser posibles los brillantes ideales de aperturismo internacional.

En «La lección de Grecia», del 11 de diciembre de 1920, Domingo ampliaba el repartimiento de responsabilidades:

> Responsable de esta deserción al deber es Wilson, que tolera el aumento de la escuadra de guerra norteamericana; responsable es Clemenceau,

16. M. Domingo, «El sucesor de Wilson. Instinto de conservación», *España*, 27/11/1920, p. 7.
17. *Ibid*.

> que dejó en 1920 en los cuarteles de Francia mayor número de soldados que había en 1914; responsable es Lloyd George, que no ha seccionado uno solo de los tentáculos de Inglaterra; responsable es Venizelos, que ha puesto todo su empeño en hacer de la Grecia, la magna Grecia con poder absoluto sobre el Mar Jónico.[18]

La Sociedad de Naciones (SdN) no servía para apagar o contener los egoísmos imperialistas, sino que los alentaba enmascarándolos, cayendo en la más descarada hipocresía:

> La gran guerra se produjo por el hecho de que cada nación, concentrado su nacionalismo, había amontonado los medios de ataque, de defensa y de dominio. La guerra se extendió en el tiempo y en el espacio por el hecho de haber unas naciones que declararon luchar para dar fin a los medios de ataque, de defensa y de dominio que cada nación poseía. La guerra terminó con el triunfo de las naciones que tal declaración hicieron por el solo hecho de haber formulado tan trascendente declaración.

Pero todo quedó en agua de borrajas. El de Tortosa concluía con una pregunta: «¿Por qué la paz ha sido, en esencia, una recrudescencia más viva de la guerra?».[19]

No fue el único intelectual que se dio cuenta. Andreu Nin,[20] cuando militaba en la Izquierda Comunista de orientación trotskista, escribió, en un libro de 1933: «Para la Internacional revolucionaria, el Tratado de Versalles es una obra monstruosa, fuente de nuevos conflictos».[21] Cuando Nin publicaba esta sentencia, Marcelino Domingo contribuía a fundar el partido Izquierda Republicana, que vería la luz en 1934 y que en Cataluña tomaría el nombre de *Partit Republicà d'Esquerra*. De junio a septiembre de 1933, Domingo fue ministro de Agricultura, mientras que dos años antes lo había sido de Instrucción Pública. Como muchísimos otros redactores de *España*, tuvo un papel fundamental durante la Segunda República. Araquistáin mismo fue

18. M. Domingo, «La lección de Grecia», *España*, 11/12/1920, pp. 6-7.
19. *Ibid*.
20. J. Figuerola, *Andreu Nin, militant de la cultura*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, novembre de 2017. P. Pagès, *Perseguint Andreu Nin: informes, telegrames i confidències de la policia española*, Editorial Base, Barcelona, 2019.
21. A. Nin, *Las organizaciones obreras internacionales*, Fontamara, Barcelona, 1978, p. 160.

nombrado subsecretario del Ministerio de Trabajo por Largo Caballero, y luego, en febrero de 1932, embajador en Berlín.[22]

Aliadofilia y nacionalismo

La aliadofilia militante continuó siendo la cifra fundamental del semanario. El 31 de enero de 1918, Luis Araquistáin había publicado una brillante alegoría neorregeneracionista y aliadófila que había titulado «El país de los paralíticos».[23] Un año después, la «Crónica Internacional» sin firma del 20 de febrero de 1919, decía:

> Alemania adquiere conciencia de su fuerza y en esta creencia amenaza. Quiere seguir fiel a la ley de su evolución histórica, que ensalza la fuerza como principio de vida. Desde la revolución, existe una nación alemana; que hasta entonces solo había sido el Imperio, un conglomerado que mantenía unido la persona del Káiser. La Asamblea nacional de Weimar muestra la tendencia a fundir los particularismos alemanes para mayor éxito de la reforma política y económica. Alemania está perdida para la revolución. Solo tiene vocación para el Imperio. Y hecha la paz, en el nuevo orden de valores que se constituya o que advenga en los países aliados y en el mundo entero, Alemania seguirá representando el mismo papel de antes.[24]

Desde *España*, capaz de integrar en sus páginas las anomalías de los germanizantes Baroja y Ors, la tónica general continuaba siendo la demolición de las actuaciones alemanas. Wilson era el hombre del momento, y el hombre también de la revista *España*, que lo ensalza, por ejemplo, en la «Crónica internacional» sin firma del 6 de marzo de 1919.[25]

22. Para Marcelino Domingo: X. Pujades i Martí, *Marcel·lí Domingo…*, *op cit.*, 1996. Para Luís Araquistáin: W. L. Bernecker, «Luis Araquistáin y la crisis de la República de Weimar», en <https://publications.iai.spk-berlin.de/servlets/MCRFileNodeServlet/Document_derivate_00001740/BIA_073_111_127.pdf>, pp. 111-127 [consultado el 20/11/2019].
23. L. Araquistáin, «El país de los paralíticos», *España*, 31/1/1918, pp. 3-4.
24. S. A., «Crónica Internacional», *España*, 20/2/1919, p. 10.
25. S. A., «Crónica internacional», *España*, 6/3/1919, p. 7.

El tono de Luis Araquistáin en el momento del armisticio no había sido precisamente entusiasta:

> Nuestra derrota es patente. Nos han vencido la corrupción alemana y la cobardía de los gobiernos españoles. La corrupción alemana, como una epidemia moral, se ha infiltrado en una forma u otra, benigna o aguda, franca o encubierta, en todas partes, en la prensa y en los partidos políticos, en la Iglesia y en el ejército, hasta en la burocracia y en los propios gobiernos. La corrupción alemana ha galvanizado viejos odios históricos, ha falseado la verdad de la guerra, ha engañado a la opinión pública acerca del término fatal de la lucha, la ha anestesiado contra los ultrajes inferidos a España por Alemania, ha hecho de nuestro país una Turquía occidental, nos ha deshonrado ante el mundo imponiéndonos una neutralidad afrentosa.

A Unamuno y a Araquistáin no les interesaba tanto que ganaran las democracias como que España avanzara como democracia. Desde su punto de vista, el estado español, la monarquía, continuaban sin pulso, comportándose como imperios decadentes, y de ahí la comparación con el triste y anacrónico Imperio otomano, con la agravante de que la política exterior prusiana habría impregnado las formas públicas españolas de autoritarismo y sinsentido vertical, de militarismo y esencialismo histórico.[26]

Como fuera, el director de *España* no se había movido ni un centímetro de la aliadofilia clásica madrileña, más pesimista que la barcelonesa, por no incluir ningún tipo de esperanza wilsoniana:

> Lo de menos era la intervención de España en la guerra. La intervención, sin voluntad popular, nos hubiera desprestigiado. Esa intervención, nadie la ha querido. Era preferible una neutralidad despierta, inquieta, sensible a las profundas realidades espirituales de la guerra.[27]

26. F. Hermida de Blas, «Un artículo de Unamuno publicado en Alemania», <https://repositorio.uam.es/xmlui/bitstream/handle/10486/315/21933_Un%20art%C3%ADculo%20de%20unamuno.pdf?sequence=1&isAllowed=y>, pp. 33-45. S. G. H. Roberts, «Miguel de Unamuno y la Gran Guerra», *Monteagudo*, 3.ª Época, n.º 19 (2014), pp. 133-144 [consultado el 20/11/2019].
27. De esta forma, Araquistáin ninguneaba la existencia real del intervencionismo español, localizado mayoritariamente en Cataluña. Así, el intervencionismo catalanista, fundamentalmente separatista en D. Martínez Fiol, *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991; y

Alomar y Domingo no fueron los únicos redactores de la revista *España* que señalaban renaceres entre las cenizas aún humeantes. En su texto «Retorno del individuo», del 3 de julio de 1919, Luis Araquistáin, director de la publicación, trazaba un panorama esperanzado, presidido por la ciencia y la filosofía, es decir, la racionalidad:

> Renace el individuo con el término de la guerra. Solo por esto habría que bendecirlo sin límites. Ya puede el hombre encararse con el Estado y con la nación y decirles que en la vida hay más que guerras, ejércitos, diplomacia, servidumbre militar, gobiernos. Parlamentos, fronteras.[28]

Una visión humanista que combinaba el pacifismo con la pujanza del individuo enfrentado al estado. En el mismo número, un editorial sin firma celebraba la llegada de la paz, pero la consideraba un hito provisional:

> La paz se ha firmado. Grande es el júbilo del mundo. Cierto que fue más bulliciosa la alegría que el armisticio causó. Es natural: el armisticio significaba un hecho inmediato y concreto; el término de la carnicería, de la salvaje lucha. Pero la paz es un problema más complejo. El valor de la paz está en su proyección en lo futuro. En ser arranque de vida nueva. Continuación de la Historia, no simple vuelta a la situación anterior a agosto de 1914.[29]

La profundidad analítica, en aquel jugoso número 221 de la revista *España*, del 3 de julio de 1919, dedicado íntegramente a la llegada de la paz, la aportaba Camilo Barcia Trelles (1888-1977), abogado y catedrático de derecho internacional desde 1920,[30] que durante la guerra

---

J. Esculies y D. Martínez Fiol, *12.000! Els catalans a la Primera Guerra Mundial*, Ara Llibres, Barcelona, 2014. De hecho, los primeros intervencionistas explícitos fueron los lerrouxistas: D. Martínez Fiol, «Lerrouxistas en pie de guerra. El intervencionismo de los radicales en la Gran Guerra», *Historia 16*, n.º 174, 1990, pp. 22-30. La extensión del intervencionismo en la aliadofilia española: D. Martínez Fiol y J. Pich Mitjana, «Ir a la guerra. Preferible en Francia que en Marruecos. La proyección intervencionista en la aliadofilia española (1914-1918)», en C. Sanz Díaz y Z. Petrovici (dirs.), *La Gran Guerra en la España de Alfonso XIII*, Sílex, Madrid, 2019, pp. 141-170.

28. L. Araquistáin, «Retorno del individuo», *España*, 3/7/1919, p. 3.
29. S.A., «Crónica Internacional/ Ante la Paz», *España*, 3/7/1919, p. 4.
30. Diversos Autores, *Colección de estudios en homenaje al profesor Camilo Barcia*

había informado al público español sobre temas alemanes, especialmente la guerra submarina. En su artículo «Alemania y la Liga de Naciones», Barcia explicaba que:

> La respuesta del *Consejo de los Cuatro* a las contraproposiciones de Rantzau constituye el límite máximo de las concesiones acordadas al pueblo alemán. Clemenceau intenta justificar la decisión final adoptada en Versalles, que constituye un verdadero *ultimátum* condicional. Procede por el sistema de las afirmaciones; da por demostrado lo que está en tela de juicio. Solo en un extremo de sus declaraciones hay una afirmación concreta y justificada: la no admisión inmediata de Alemania en la Sociedad de Naciones. No deben ingresar en esa Liga aquellos Estados que, por las tendencias belicosas de sus elementos directores, no neutralizadas por el contrapeso de una opinión en actuación constante, puedan constituir, más que una garantía, un motivo de preocupación para los otros miembros: «La petición de Alemania de entrar inmediatamente en la Liga de Naciones, después de detenido examen —dice Clemenceau—, no puede ser admitida, porque los aliados no tienen ninguna garantía». ¿A qué clase de garantías alude el primer Ministro francés? Son éstas de cuatro órdenes: 1.° Todo Estado miembro debe de gobernarse libremente. 2° El ingreso de toda colectividad política en la Sociedad de Naciones debe de ser ratificado por las dos terceras partes de su población. 3.° Dar garantías efectivas de observar los compromisos internacionales. 4 ° Aceptar la limitación de armamentos.[31]

A Barcia le preocupaba un posible recorte de soberanía para el estado español:

> Al discurrir sobre estas cuestiones, forzosamente pensamos en España; mucha tinta ha costado a nuestro país el manoseado tema de la Sociedad de Naciones, no faltaron las inevitables encuestas; se consultó a un cierto número de personas, cuya opinión se solicita genéricamente siempre que un nuevo problema se plantea; pero ¿ha pensado alguien en la gravedad del problema que plantearon a nuestro país determinados elementos, que se juzgan en posesión de una imaginaria omnipoten-

---

Trelles. En sus bodas de plata de catedrático de derecho internacional, Universidad Compostelana, Santiago, 1945.

31. C. Barcia, «Alemania y la Liga de Naciones», *España*, 3/7/1919, pp. 5-6.

> cia, cuando se nos invite a reducir los armamentos? No olvidemos que la cercenación será *proporcional* y que si a Alemania, provisionalmente, se le señala un contingente de 200.000 soldados, nosotros tendremos que realizar una poda radical, cosa que nos sorprende en un período de reiteradas complacencias para el ramo de guerra.

Al fin y al cabo, Barcia era muy fiel al espíritu regeneracionista que había animado a la revista *España*, desde sus mismos inicios.[32]

España *y la Sociedad de Naciones*

En 1920, abundaron las profecías en la revista *España*. La «Crónica internacional» sin firma del 4 de diciembre de 1920 se hacía eco del inicio de la andadura de la SdN. Las sensaciones no eran positivas, y ni mucho menos respondían al eco de los entusiasmos de la llegada de la paz:

> En escena tan propia para toda clase de internacionalismo, como es Ginebra, se ha reunido la primera Asamblea plenaria de la Sociedad de Naciones. Falta, sin embargo, el país inventor, Norteamérica, ausencia debida a propia voluntad; falta Rusia, por no ser deseada y por no armonizarse su rojo carácter con la suave Sociedad ginebrina. Alemania está, por ahora, excluida, pero ya la puerta se abre a otros Estados vencidos. Apenas iniciadas las sesiones, se destacan dos caracteres de la Sociedad. El primero es la impotencia para ejecutar sus decisiones. Plantea la discusión el problema de Armenia. Es necesario intervenir, suponen lord Cecil, Barues y Motta, para evitar que las tropas de Kemal-Bajá aniquilen a Armenia. ¿Mas cómo?».

Era una pregunta que se quedaría sin respuesta.[33]

El deseo manifiesto de los redactores, siempre en sintonía con los líderes de opinión aliadófilos, fundamentalmente Unamuno, Araquistáin y Ortega, era que España, al fin, empezara a comportarse como un estado que contaba algo en el mundo. A veces pudieron ha-

32. *Ibid*.
33. S.A., «Crónica internacional», *España*, 4/12/1920, p. 5.

cerse esa ilusión, tal y como lo expresó el editorialista de la revista *España*, el 11 de diciembre de 1920, cuando Argentina abandonó la convención ginebrina:

> La retirada de la Delegación argentina tiene, además del valor de una digna actuación, el de haber realzado el espíritu estrecho de la Sociedad de Naciones. Y también, por contraste, el haber destacado la actitud de España. Por esta vez la diplomacia española ha salido de su anónimo. Se impone, es la frase en uso, desempeñar un papel en la vida internacional.[34]

En ese mismo editorial se escribía: «Con la careta de la Liga de Naciones, maniobra la antigua diplomacia. El viejo protocolo vuelve a ser substancia. Todo ello al servicio de egoísmos nacionales».[35]

Mucho tiempo después, en 1938, José Ortega y Gasset, en un texto que se publicó en la revista londinense *The Nineteenth Century* y que luego fue a parar a uno de los anexos de *La rebelión de las masas*, escribió que la SdN «fue un gigantesco aparato jurídico creado para un derecho inexistente. Su vacío de justicia se llenó fraudulentamente con la sempiterna diplomacia, que al disfrazarse de derecho contribuyó a la universal desmoralización».[36]

A modo de conclusión

Como conclusión podríamos señalar que ninguno de los redactores de la revista *España* estudiados hasta aquí mantenía una auténtica opinión sobre los acontecimientos europeos. Su provincianismo mental, por llamarlo de alguna manera, fue muy notorio. La obsesión era España: su debilidad militar, su triste papel en los organismos internacionales, su incapacidad para trazar una política internacional clara o estimulante, la ausencia de opinión civil en sus calles y en su prensa o

34. S. A., «En el Congreso de Ginebra/ La actitud de Argentina», *España*, 11/12/1920, p. 4.
35. *Ibid*.
36. J. Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*, Revista de Occidente, Madrid, 1968 [1929], p. 279.

su irrelevancia en la nueva SdN. La monarquía alfonsina es lo que tuvieron en mente en todo momento desde que se firmaron el Armisticio, el 11 de noviembre de 1918, el Tratado de Versalles, el 28 de junio de 1919, y el de Trianón, el 4 de junio de 1920. De todo ello, los redactores de *España* pensaban que no consiguió sacar tajada el estado español, ensimismado en sus propias crisis internas, culturales, parlamentarias, sociales y territoriales.[37]

37. Y. Gamarra Chopo, «La ilusión española de la Sociedad de Naciones», en Y. Gamarra Chopo y C. R. Fernández Liesa, *Los orígenes del Derecho Internacional contemporáneo. Estudios Conmemorativos del centenario de la Primera Guerra Mundial*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2015, pp. 289-312, reproducido en <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/35/22/11gamarra.pdf> [consultado el 20/11/2019]. También B. Ayllón Pino, «España en la Sociedad de Naciones (1918-1931): neutralidad, aislamiento y política exterior», reproducido en <https://www.academia.edu/4479120/Espa%C3%B1a_en_la_Sociedad_de_Naciones_1918-1931_neutralidad_aislamiento_y_pol%C3%Adtica_exterior> [consultado el 20/11/2019].

Epílogo. Naciones nuevas, hombres nuevos y guerras eugenésicas: las razones de *La paz intranquila*

Josep Pich Mitjana
UPF y GRENS UPF

David Martínez Fiol
UAB, UOC y GRENS UPF

Jordi Sabater
URL y GRENS UPF*

El final de la Primera Guerra Mundial, conocida inicialmente como la «Guerra europea», fue recibido con la esperanza de que esta hubiese sido ciertamente «The War That Will End War», tal y como la había definido, en 1914, uno de los mejores escritores de ciencia ficción de todos los tiempos, Herbert George Wells. El conflicto bélico que se transformaría en la Gran Guerra era visto por Wells como la oportunidad para introducir: «The Most Necessary Measures in the World», para establecer así: «The Need of a New Map of Europe» y respecto al foco inicial de la guerra apuntaba que sería necesario el: «Common Sense and the Balkan States». No solo eso, sino que entendía que la guerra podría ser: «The Opportunity of Liberalism», aunque era consciente que, en 1914, existía: «The Liberal Fear of Russia», y que el conflicto implicaría: «An Appeal to the American People» y remarcó la relevancia de lo que llamó: «The War of the Mind» al asegurar que: «All the realities of this war are things of the mind. This is a conflict of cultures, and nothing else in the world».[1]

* Este epílogo forma parte del proyecto colectivo de investigación: «“Fisión” y “Fusión” estatales en los sistemas políticos contemporáneos: el excepcionalismo y los cambios de fronteras». HAR2015-67658-P (MINECO/FEDER, UE). También cuenta con el apoyo del Grupo de Investigación Consolidado reconocido por la AGAUR: «Grup d’Estudi de les Institucions i de les Cultures Polítiques (s. XVI-XXI)». Referencia (2017 SGR 1041).

1. H. G. Wells, *The War That Will End War*, Duffield & Company, Nueva York, 1914 publicó este ensayo al iniciarse el conflicto bélico y se encuentra reproducido en <http://www.gutenberg.org/files/57481/57481-h/57481-h.htm> [consultado el 22/12/2019].

Pero, a pesar de los buenos propósitos de Wells, la Gran Guerra no supuso, ni el fin de todas las guerras, ni una auténtica regeneración democrática del Mundo, ni, en el caso español, una oportunidad de democratizar y federalizar o confederalizar el sistema de la Restauración. Pero todo ello no comportó que, después del conflicto bélico mundial, las cosas siguiesen igual que en 1914. Lo cierto es que implicó, en expresión de Arno J. Mayer, el fin de la «persitence of the Old Regime» y el surgimiento de los totalitarismos que caracterizaron el siglo XX. Durante las negociaciones de paz se impuso un modelo de regeneración o de reforma fundamentado en el estado-nacional, que pretendía, aparentemente, substituir al estado-imperial propio de las grandes potencias que habían protagonizado la contienda de 1914-1918. También pretendía ser el triunfo del demoliberalismo parlamentario. Sin embargo, la formación de los numerosos y nuevos estados-nacionales surgidos del final de la guerra y de las Conferencias de paz tuvo lugar a partir de la absorción de un número notable de características que ya eran propias de los estados imperiales.

En este sentido, se popularizó la idea de que todo estado-nacional tendría que ser racial, étnica, cultural o religiosamente homogéneo. Y no era una idea nueva en 1918-1919. Ésta se encontraba explicitada en todos los discursos nacionalistas preexistentes a la guerra. Tanto los grandes estados como los movimientos nacionalistas que aspiraban a tener su propio estado o su parcela de autogobierno, todos, concebían su patria ideal desde un punto de vista unitarista, tanto en su estructura administrativa como racial. Por esta razón, era evidente, en el contexto europeo, así como del Próximo y Medio Oriente, que la utopía de la unidad nacional estricta resultaba tremendamente problemática de aplicar, ya que los nuevos estados-nacionales que surgieron de los tratados de paz de Versalles, Saint-Germain-en-Laye, Trianon, Neuilly-sur-Seine y Sèvres, entre 1919 y 1920, sin olvidar el de Brest-Litovsk de 1918, lo hicieron a partir de la destrucción de los Imperios centrales y del Imperio ruso, recogiendo como herencia buena parte de sus características multiétnicas y multiculturales.

Para paliar el problema de la deshomogeneización nacional de los nuevos estados, la Sociedad de Naciones (SdN), promulgada por el Tratado de Versalles de junio de 1919 y fundada oficialmente en Londres, en 1920, se impuso como una de sus tareas primordiales a realizar, la de proteger a las denominadas minorías nacionales que ha-

bían quedado repartidas territorialmente entre uno y, las más de las veces, dos o tres estados. Circunstancia que, en aquellos casos en los que se impuso la buena voluntad o el pragmatismo político, tuvo como consecuencia la concreción de estatutos de autonomía o de protección administrativa. Así, la SdN apostaba por la concreción de unos estados-nacionales que, a diferencia de los imperiales, se caracterizasen por un elevado grado de tolerancia con las nacionalidades minoritarias que formaban parte de los estados que acababan de constituirse. Sin embargo, esta aspiración tenía más mimbres utópicos que realistas, ya que, tanto derechas como izquierdas, con sus respectivos extremos, concebían el nuevo estado-nacional de forma étnicamente/racialmente unidireccional e incluso imperial.[2]

Es un tópico afirmar que la utopía fascista era la versión más extrema, en un sentido negativo, e intolerante de la idea de Estado-nacional. Pero aceptar esta idea supone negar el hecho de que las experiencias bolcheviques del momento, tanto la rusa, como la alemana o la húngara, no solo se concretaron como experimentos revolucionarios sociales, sino también nacionales y nacionalistas. Hay que recordar que el Ejército Rojo fundamentó buena parte de su propaganda bélica en la Guerra Civil rusa entre 1917 y 1922 bajo un prisma nacionalista. Fue tan sencillo como poner de manifiesto que la Madre Patria (Rusia) había sido invadida por las potencias aliadas extranjeras. Una experiencia militar que, durante la Segunda Guerra Mundial, sirvió de ejemplo, en el campo propagandístico soviético, para volver a definir la lucha contra los invasores de la Alemania nazi y sus aliados como la Gran Guerra *Patriótica*. Aún, hoy en día, sigue existiendo en Moscú el célebre museo que recupera y exalta, en sus diferentes paneles informativos, la lucha de Rusia (la URSS) contra la opresión extranjera como *Guerra Antifascista*, pero también uniendo las utopías internacionalistas soviéticas con el patriotismo nacionalista ruso. Es desde este punto de vista que debe entenderse el significado de la guerra ruso-polaca de 1919-1921.

En esta línea también se debe matizar aún más. Míticas o mitificadas repúblicas democráticas, como la de Checoslovaquia, de la que

2. El marco legal de la protección de minorías: R. Calduch Cervera, *Nacionalismos y minorías en Europa*, en <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-55164/2Naciones.pdf> [consultado el 29/11/2019].

se destacan las figuras de Thomas G. Masaryk o Edward Benes como paladines de la democracia, no fueron especialmente generosas con sus minorías nacionales, como fue el caso de la germánica, identificada como alemanes sudetes, o la húngara, e incluso los mismos eslovacos. Por otro lado, el ejército checoeslovaco se nutrió de veteranos de la Gran Guerra y de la Guerra Civil rusa que compartían un intenso sentimiento antibolchevique y antisemita.

En rigor, todos estos ejemplos ponen de manifiesto la dificultad de configurar una paz aceptable para todos los intereses en juego, en cualquier lugar, zona, país o estado de Europa. Lo que se pretende poner de manifiesto es que los acuerdos de paz, con los numerosos estados-nacionales creados, pusieron las bases no solo de una posible guerra de amplio espectro geográfico en Europa, sino especialmente de un número incontable de guerras civiles que dilucidaron, a un mismo tiempo, rivalidades étnicas, raciales o religiosas, pero también político-ideológicas. De hecho, el inicio de la Segunda Guerra Mundial despertó todas las tensiones internas preexistentes, tanto en los nuevos estados-nacionales como en los que ya existían antes de 1914, desatando numerosas guerras civiles; lo que ha permitido definir a la Segunda Guerra Mundial como una extensa Guerra Civil de guerras civiles. Pero este carácter *guerracivilista* se fundamentó en la idea de encontrar soluciones finales para construir el estado-nacional puro, lo que dio paso a conflictos de exterminio, basados en políticas eugenésicas que respondían a principios tanto políticos como raciales.[3] Así pues, tanto las guerras civiles de los Balcanes como la propia Guerra Civil española pueden ser vistas como conflictos de exterminio del enemigo. Ciertamente, en la España de 1936, la depuración física del enemigo no recogía aspectos raciales o étnicos, pero éstos eran substituidos por adscripciones ideológicas: la «muerte al Rojo» o la «muerte al fascista». Consignas que se nutrieron de un discurso en el que cada una representaba a la «verdadera España» o a la auténtica «raza española».[4]

3. J. Rodrigo, *Una Historia de violencia. Historiografías del terror en la Europa del siglo XX*, Barcelona, Anthropos, 2017. S. G. Payne, *La Europa revolucionaria. Las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Temas de Hoy, Madrid, 2011.

4. F. Morente; J. Pomés y J. Puigsech (eds.), *La rabia y la idea. Política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016; y R. Cruz, *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

El concepto de raza llegó a confundirse con la idea del pueblo o de la nación; o dicho de otra forma: el racismo devino una definición restrictiva, pero clarificadora de la nación y de la población que la debía constituir. Se nutrió de formas de expresión violentas que no fueron exclusivas de los nacionalsocialistas alemanes, y que configuraron una visión exclusivista de la nación. En Alemania, todos aquellos que no cumplían los requisitos ideológicos y raciales eran la anti-Alemania. Una forma de definir al enemigo político que se hizo extensiva a toda Europa, y que fue muy utilizada en la España de los años treinta y cuarenta.[5] Pero que también se hizo patente en el Próximo y el Medio Oriente. La nueva República Turca de Mustafa Kemäl definió claramente quién era y quién no era turco tomando como modelo a la Francia surgida de la Revolución Francesa. Su gran acontecimiento bélico fundacional fue la guerra contra Grecia y la limpieza étnica en Asia Menor de las bolsas de población helénica. O en el mandato británico de Palestina, los radicales sionistas del *Irgun* impulsaron un proceso de limpieza étnica en el momento de constituir el Estado de Israel.[6]

La retórica de corte nacionalista se construyó a partir de la idea de un futuro mejor, que rompía con el pasado inmediato, aunque no con la historia, y que se debía fundamentar en lo que se denominó globalmente como la llegada del *Hombre nuevo*, activo, revolucionario, dinámico, libre, rebelde [implícitamente englobaban también a las mujeres]; eso sí, con toda la carga de ambigüedad que comportan cada uno de estos conceptos. Pero esta idea de *lo nuevo* frente a *lo viejo* inundó todas las formas de expresión política y artística. En el cine, Sergei M. Eisenstein lo explicitó en su película de 1929, *Lo viejo y lo nuevo* (*Staroye i novoye*) para mostrar los valores de la técnica como vía de modernización de la nueva Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Leni Riefenstahl hizo lo propio con *El triunfo de la voluntad* (*Triumph des Willens* de 1935) para hacer una alegoría del *hombre* y de la *mujer nuevos* alemanes.[7]

5. M. Mazower, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barlin Libros, Valencia, 2017. G. Jackson, *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1997.

6. A. Shlaim, *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*, Almed, Granada, 2003, pp. 35-93. J. Tejel, «Minorías y construcción del Estado en Oriente Medio», *Afkar/Ideas* (invierno de 2016/2017), pp. 16-19.

7. J. Leda, *Kino. Historia del cine ruso y soviético*, Editorial Universitaria de Buenos

Todo discurso acerca del *hombre nuevo* [entendido como una nueva humanidad] no tenía sentido si no iba acompañada de una invocación a la consecución de un *mundo nuevo*. Pero esta no fue una idea que surgiese espontáneamente al final de la Gran Guerra, sino que se había ido gestando en las dos décadas precedentes al inicio del conflicto. Numerosas voces de intelectuales del conjunto de Europa, fuesen de izquierdas o de derechas, percibieron la futura guerra como una revolución sanitaria que extirparía las *malas yerbas*, que identificaban con los estados liberales imperiales, las autocracias pseudoparlamentarias o directamente antiparlamentarias, y, por supuesto, con todo lo que hiciese aroma de oligarquía corrupta. Todo ello se tradujo en la aparición de una literatura de ficción científica-política que tenía como nexo común la hipótesis de una teórica autodestrucción mundial, que daría paso a una sociedad nueva. Ejemplos de esta novelística fueron las obras de Herbert G. Welles, *La máquina del Tiempo* (*The Time Machine* de 1895), *La isla del doctor Moreau* (*The Island of Doctor Moreau* de 1896), *El hombre invisible* (*The Invisible Man* de 1897) o *La Guerra de los Mundos* (*The War of the Worlds* de 1898). Tanto *La máquina del tiempo*, como *La Guerra de los Mundos* nos hablan de la destrucción de la civilización conocida y la manera de regenerarla, mientras que *La isla del Dr. Moreau* o *El hombre invisible* nos apuntan a las experimentaciones eugenésicas que, ya desde las universidades europeas se estaban realizando en busca del *hombre nuevo* y que se iban a generalizar en el período de entreguerras. Por su parte, Arthur Conan Doyle en *La Atmósfera envenenada* (*The Poison Belt* de 1913) anunciaba, sin proponérselo, el holocausto judío, a partir de una historia argumental por la que la vida humana se veía amenazada de extinción por un gas letal que, tal y como indica el título, asolaría la faz del planeta. Y, finalmente, en el ámbito catalán y español, Frederic Pujulà i Vallés, que luchó en las filas del ejército regular francés, durante la Gran Guerra, publicó *Homes artificials*, en 1912, incidiendo en el tema de la construcción de una nueva civilización alternativa y automatizada.[8]

Aires, Buenos Aires, 1965. S. Kracauer, *De Caligari a Hitler. Historia psicológica del cine alemán*, Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1985.

8. P. Bedore, *Great Utopian and Dystopian works of literature*, *The Great Courses*, Chantilly, Virginia, 2017. D. Bell, «Pragmatic Utopianism and Race: H. G. Wells as Social Scientist», en <https://pdfs.semanticscholar.org/dc4e/e50cc9c452b5a264f18cbe

Todo este tipo de literatura distópica presentaba la nueva modernidad y el *hombre nuevo* que había de surgir del cataclismo bélico, carente de sentimientos, formando parte de una sociedad sumamente tecnificada y automatizada, donde lo individual se rendía a lo colectivo. En este sentido, la obra más emblemática de la literatura europea de la posguerra fue *Un Mundo feliz* (*Brave New World* de 1932) del británico Aldous Huxley y, en el ámbito cinematográfico, *Metrópolis* de Fritz Lang de 1927.[9]

Sin embargo, las advertencias literarias de la ciencia ficción no fueron interpretadas como una amenaza. Todo lo contrario. Los signos de los tiempos, en el período de entreguerras, apuntaban hacia la exaltación del maquinismo, de la tecnología, de la vida grupal, de la nación como un todo. El estado, como manto protector de la nación o de la auténtica nación y del auténtico pueblo, era la modernidad esperada. Lejos quedaba la utopía anarquista antiestatista, localizada fundamentalmente en los años veinte y treinta en la Península Ibérica, y de ahí, por su excepcionalidad, su mitificación revolucionaria hasta los años setenta del siglo XX, momento en que se extingue definitivamente como utopía asumible para dar paso a la mística de la antiglobalización.[10]

El maquinismo, el culto a la tecnología y a la ingeniería explican la invocación a la tecnocracia y el corporativismo como nuevos factores de asociación humana. De ahí, el ideal de los ingenieros de crear un Partido de Técnicos, o las invocaciones de la clase media culta o pretendidamente culta de vertebrar un Partido de Intelectuales, o desde diferentes círculos obreristas de dar paso a un denominado Partido Sindicalista, o los militares profesionales al hablar de un pretendido Partido Militar. Eso sí, todos ellos entendidos como síntesis o columna vertebral de la nación. Es decir, aunque fuesen propuestas de corte brutalmente sectorial, venían a definirse como la auténtica representa-

---

ac462e0261de18.pdf> [consultado el 29/11/2019]. J. Martí, «Notícia sobre la vida i l'obra de Frederic Pujulà i Vallès», en F. Pujulà i Vallès, *Homes artificials*, Pleniluni, Alella, 1986, pp. 125-143.

9. A. Galdón Rodríguez (2014): «Urban and Natural Spaces in Dystopian Literature Depicted as Opposed Scenarios», Ángulo Recto, Revista de estudios sobre la ciudad como espacio plural, vol. 6, n.º 2 (2014), pp. 85-100, en <http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen06-2/articulos05.htm> [consultado el 29/11/2019]

10. B. Espstein *et al.*, *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Hacer editorial y Mon-3, Barcelona, 2005.

ción del pueblo o de la misma raza. En otras palabras, eran la síntesis que pondría fin al «problema social» y al «problema nacional», los dos grandes argumentos que los redactores de *La Campana de Gràcia* consideraron, en octubre de1919, que iban a marcar problemáticamente la denominada *paz intranquila* surgida de unos tratados de paz que no pusieron fin a la amenaza de la guerra:

> D'aquí a pocs dies, l'estat de pau será restablert a Europa. El tractat de Versalles entrarà en vigor. Calia, perquè el tractat fos executiu, que el ratifiquessin almenys, l'Alemanya i tres de les grans potències aliades i associades. I ja només manquen simples detalls de tràmit per donar caràcter definitiu a la ratificació del tractat per part de l'Alemanya, l'Anglaterra, la França i la Itàlia. Jurídicament, doncs, la pau quedarà restablerta. Vindrà tot seguit l'execució de les clàusules del tractat. Es produirà així una forta millora en la situació general. Però no es pot dir encara que les aigües tornin al seu normal nivell. De fet, la guerra existeix a Rússia, i en altres llocs corren encara els calius de la violencia, sobretot a les vores de l'Adriàtic, el mar amarg, segons l'expressió que fa anys usà D'Annunzio. I per tot arreu, a Europa i a Amèrica, els pobles senten el neguit de la qüestió social. Hi ha el perill que la guerra de classes vingui després de la guerra de les nacions. Aquesta ha fet avençar de mitja centúria el moviment obrer. Si no avença així mateix l'evolució mental de les classes conservadores, la catástrofe social serà inevitable. La pau de 1919 és plena d'intranquil·litat.[11]

Una *paz intranquila* que también puede ser vista como: «A shattered peace. Versailles 1919 and the Price We Pay Today».[12]

La Conferencia de Paz de París reunió, en 1919, a las potencias aliadas victoriosas de la Gran Guerra para establecer los términos de la paz para, posteriormente, imponerlos, sin negociarlos, a los Imperios centrales derrotados. En la conferencia participaron diplomáticos de treinta y dos países que formaban parte de la alianza que ganó la guerra. No obstante, la iniciativa estaba en manos de las cinco principales potencias: la república centralista imperial francesa, el Imperio británico y sus dominios, el reino de Italia, el Imperio japonés y la

11. S.A., «La pau intranquil·la», *La Campana de Gràcia*, n.º 2634, 11/10/1919.
12. D. A. Andelman, *A Shattered Peace. Versailles 1919 and the Price We Pay Today*, Hoboken (NJ), 2009.

república federal imperial norteamericana. De éstos, los japoneses tenían dos objetivos claros, tal como se ha explicado en el capítulo correspondiente de este libro, y dejaron la iniciativa diplomática a los llamados cuatro grandes: el jefe del gobierno francés Georges Clemenceau, el primer ministro británico David Lloyd George, el presidente estadounidense Woodrow Wilson y el primer ministro italiano Vittorio Emanuele Orlando. Los italianos, por motivos que también explicamos en este libro, abandonaron transtoriamente las negociaciones. Finalmente, los responsables de la paz *intranquila* o *hecha añicos* fueron tres hombres blancos y occidentales que negociaban en inglés: el galés Lloyd George, el francés Clemenceau y el norteamericano Wilson. En una muestra evidente de la relevancia de los individuos en decisiones que: «We Pay Today».

El sueño de Wilson, antes de llegar a la presidencia de los Estados Unidos fue rector de la Universidad de Princeton y un respetado politólogo, era constituir una Sociedad de Naciones (SdN) que acabase con todas las guerras. Su idealismo se basaba en el convencimiento de que un organismo internacional que uniese a todos los Estados del mundo, organizados en régimenes demo liberales parlamentarios, acabaría con las guerras, ya que las *democracias no combaten entre si*. Wilson quería impulsar una comunidad internacional basada en la economía de mercado (es decir, capitalista), los derechos civiles y la democracia.

El *Covenant* (pacto) entró en vigor el 10 de enero de 1920 al firmarse la paz entre la coalición victoriosa y Alemania, lo cual también implicaba la constitución de la SdN. Este organismo internacional es el precedente directo de las Naciones Unidas. Sin embargo, el gran defecto de la SdN estuvo en su «pecado original»: su principal valedor e impulsor, el presidente estadounidense Wilson, después de expandir la «buena nueva» por todo el planeta de la necesidad de poner en marcha una gran Conferencia de Estados cuya misión fuese el mantenimiento de la paz y la expansión mundial de la democracia, fue incapaz de convencer al Congreso y al Senado de su país que refrendasen la entrada de los EE.UU. en la SdN. De hecho, en la cuadratura del círculo de su mala fortuna, Wilson sufrió un ictus mientras estaba en plena campaña por la incorporación de los EE.UU. en la SdN y acabó su mandato casi incapacitado.

A la defección de los EE.UU. debe sumarse el veto a incorporarse al nuevo organismo internacional que sufrieron la Alemania de

Weimar y la Rusia bolchevique. La primera como parte del castigo que supuso el Tratado de Versalles. La segunda, al ser considerada *culpable* por parte de los Aliados de haber abandonado a su suerte a la Entente a través de la paz separada de Brest-Litovsk en marzo de 1918. En rigor, la ausencia de EE.UU., Alemania y Rusia, tres de los grandes Estados mundiales del momento, hacía inevitable deducir una más que difícil viabilidad de la SdN.

Desde una perspectiva más realista, el economista británico John Maynard Keynes, que formaba parte de la delegación negociadora británica en Versalles, abandonó ésta para redactar y publicar en 1919 *Las consecuencias económicas de la paz*. Un ensayo brutalmente pesimista sobre el futuro econòmico mundial de la posguerra y en el que Keynes aseguraba que los tratados no incluían ninguna disposición para lograr la rehabilitación económica de Europa; ningún plan serio para conseguir que los vencidos de la Gran Guerra pudiesen convertirse en buenos vecinos; nada para estabilizar a los nuevos Estados de Europa; nada para levantar a Rusia, ni para promover la solidaridad económica entre los Aliados que habían vencido a los Imperios centrales. En París no se consiguió ningún acuerdo para restaurar las desorganizadas haciendas francesa e italiana, ni por concordar los sistemas monetarios y económicos del viejo mundo [la *City* de Londres y la libra esterlina] y el nuevo mundo [*Wall Street* y el dólar]. El consejo de los cuatro, primero, y de los tres, posteriormente, no prestó atención a estos problemas.

Es más, para Keynes resultaba sorprendente que, las potencias vencedoras de la guerra, no pusiesen las bases para remediar el que creía era el problema económico y social más preocupante del momento: una Europa hambrienta y deshecha ante los ojos de los negociadores que se hallaban en París, que podía convertirse en el caldo de cultivo de todo tipo de experimentos revolucionarios y contrarrevolucionarios. Denunció que las reparaciones fuesen la única incursión en el campo económico de los estadistas vencedores, quedando además limitadas a Alemania, que ya no era un imperio, sino una república federal, y a la débil monarquía búlgara, ya que Austria-Hungria y el Imperio otomano ya no existían.

Tres hombres tuvieron el destino del mundo en sus manos y en lugar de la *paz que debía acabar con todas la guerras* acordaron una paz entre *intraquila* y hecha añicos. El mariscal francés Ferdinand

Foch, comandante en jefe de los ejércitos de la Entente durante la Primera Guerra Mundial, ante el tratado de paz de Versalles había dicho que no era un «tratado de paz, sino un armisticio de veinte años». En el mismo sentido el australiano Will Dyson, ilustrador, caricaturista y periodista gráfico publicó una caricatura en el diario *Daily Herald*, en mayo de 1919, con el vitriólico título: «Peace and future cannon fodder» [Paz y futura carne de cañón]. En la caricatura se podían observar a los cuatro principales líderes de la alianza victoriosa saliendo de la firma del tratado de Versalles y un niño llorando. Ante sus llantos dice «The Tiger [apodo con el que era conocido Georges Clemenceau]: «Curious! I seem to hear a child weeping!» [«¡Curioso! ¡Me parece oir llorar a un niño!»]. Lo curioso era que sobre la cabeza del niño en llantos ponía «1940 class», es decir, la clase o la leva de 1940. En Europa, la Segunda Guerra Mundial empezó el 1 de septiembre de 1939.

Bibliografía

Ablonczy, B., *Pal Teleki 1879-1941. The life of a controversial hungarian politician*, Center For Hungarian Studies and Publications, Inc., Wayne, New Jersey, 2006.

Adi, H., *Pan-Africanism and Communism: The Communist International, Africa and the Diaspora, 1919-1939*, Africa World Press, Trenton, 2013.

Afonso, A., *Grande Guerra. Angola, Moçambique e Flandres 1914-1918*, Quid-Novi, Lisboa, 2008.

—, «A República Portuguesa e a questao colonial», en E. Ucelay Da-Cal, J. Pich y S. Benassar, *A redòs de Portugal. Jornades internacionals de commemoració del centenari de la república portuguesa*, Nova editorial, Barcelona, 2014, pp. 80-89.

Afonso, A. y M. Guerreiro, «A Revolta de Tomar (13 de diciembre de 1916)», *Boletim do Arquivo Histórico Militar*, n.º 51, 1981, pp. 67-196.

Afonso, A. y C. de Matos Gomes (eds.), *Portugal: Grande Guerra 1914-1918*, Quidnovi, Lisboa, 2010.

Ahmad, F., *The Young Turks. The Committe of Union and Progress in Turkish Politics, 1908-1914*, Clarendon Press, Oxford, 1969.

—, *The Making of Modern Turkey*, Routledge, Londres y Nueva York, 1993.

Ahmetaj, L. y A. Sinani, «Wilson and European Policy in Albania (1918-1920)», *South-East European University Review*, 10, 1, 2014, pp. 119-133.

Aisa, F., *La Vaga de la Canadenca. La conquesta de les vuit hores*, Ajuntament de Barcelona, Edicions de 1984, Barcelona, 2019.

Albes, J., *Worte wie waffen. Die deutsche Propaganda in Spanien während des Ersten Weltkrieges*, Klartext Verlag, Essen, 1996.

Allen, A. T., *Satire and society in Wilh elmine Germany. Kladderadatsch and Simplicissimus (1890-1914)*, The University Press of Kentucky, Kentucky, 1984.

Alomar, G., *La guerra a través de un alma*, Renacimiento, Madrid, 1917.

Alsop, S. M., *Alegría y escándalo de un Congreso: Viena, 1814-1815*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986.

Álvarez Fomperosa, S., *La Inglaterra eduardiana: sociedad, política y cultura*, Trabajo de Grado en Historia, Universidad de Cantabria, 2016-2017.

Álvarez Junco, J., *El emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*, Alianza editorial, Madrid, 1990.

Ambrosius, Ll. E., *Woodrow Wilson and the American diplomatic tradition: the treaty fight in perspective*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

Ametlla, C., *Memòries polítiques*, Pòrtic, Barcelona, 1963.

Anasagasti, I., «El telegrama de los diputados y senadores al presidente Wilson», en <https://blogs.deia.eus/anasagasti/2015/12/13/el-telegrama-de-los-diputados-y-senadores-al-presidente-wilson/>, domingo 13/12/2015.

Andelman, D. A., *A Shattered Peace. Versailles 1919 and the Price We Pay Today*, Hoboken (NJ), 2009.

Andreassi Cieri, A., «La biopolítica se instala en las trincheras. Los científicos naturales alemanes y la Gran Guerra», en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de Nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014.

—, «El mito del Dolchstoß y la cuestión de la responsabilidad en el desencadenamiento de la guerra [Kriegsschuldfrage] como ejes del debate público en la República de Weimar», *Rubrica Contemporánea*, vol. VII, n. 13, 2018, pp. 95-108.

Angell, N., *The Great Illusion: A Study of the Relation of Military Power in Nations to their Economic and Social Advantage*, G. P. Putnam's & Sons, Nueva York y Londres, 1910, <https://archive.org/stream/greatillusionas03angegoog#page/n6/mode/2up>.

Aranda Sarvisé, J. M., «El hundimiento del II Reich. La revolución alemana 1918-1919», <https://www.researchgate.net/publication/328876335_LA_CAIDA_DEL_II_REICH_ALEMAN_LA_REVOLUCION_ALEMANA_1918-1919>.

Araquistáin, L., *La revista «España» y la crisis del Estado liberal*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 2001.

Arévalo i Cortès, J., *La cultura de masses a la Barcelona del Nou-Cents*, Publicacions de l'Abadia de Montserat-Curial, Barcelona, 2002.

Armitage, D. y S. Subrahamanyam (eds.), *The Age of Revolutions in Global Context, c. 1760-1840*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2010.

Arnautovich, A., *De la Serbie a la Yougoslavie*, Notes & documents, Questions Contemporaines, n.º 13, Extrait de la Revue Yugoeslave, Ligue des Universitaires Serbo-Croates-Slovenes, París, 1919.

Arquer, J., *De Pi i Margall al comunisme*, Barcelona, 1931.

Arribas Navarro, D. y Alexia Sanz Hernández, «De los montes de Teruel a las playas valencianas. La actividad minero-siderúrgica de la Compañía Minera Sierra Menera», en <https://www.um.es/hisminas/wp-content/uploads/2012/06/Texto-completo9.pdf>, 9 p.

Arzoz Santisteban, X., «El principio constitucional de igualdad de las nacionalidades de Austria-Hungría», *Revista Española de Derecho Constitucional*, n.º 81, septiembre-diciembre de 2007, pp. 349-381.

Atienza, J. y L. Urcelay, «La conexión más silenciosa: Maeztu-Revista "España". Las "circunstancias" (institucionalismo, elitismo cultural, movimientos europeos) de un aglutinador de ideologías», *En torno a Ramiro de Maeztu*, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Municipal, Vitoria, 1974, pp. 171-218.

Aubert, P., «La propagande etrangère en Espagne pendant la première guerre mondiale», *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Centro de Estudios Históricos, CSIC, Madrid, 1986, pp. 357-411.

Ayllón Pino, B., «España en la Sociedad de Naciones (1918-1931): neutralidad, aislamiento y política exterior», reproducido en <https://www.academia.edu/4479120/Espa%C3%B1a_en_la_Sociedad_de_Naciones_1918-1931_neutralidad_aislamiento_y_pol%C3%Adtica_exterior>.

Bagur Taltavull, J., «La Liga de Educación Política española como proyecto de nación: desde la autonomía hasta la reconversión y el fracaso (1913-1916)», *TALES. Revista de Filosofía*, n.º 5, 2015, pp. 139-156.

Bailey, T. A., «Woodrow Wilson Wouldn't Yield», en S. B. Oates (ed.), Portratit of America. Volume II: From 1865, Houghton Mifflin, Boston, 1999, pp. 167-173, en <https://www.chisd.net/cms/lib5/TX01917715/Centricity/Domain/868/Woodrow%20Wilson%20and%20the%20Treaty%20of%20Versailles.pdf>.

Bajc, G., «I desiderata e le realtà dei problemi futuri. Il dietro le quinte dei progetti britannici per risolvere la questione giuliano-fiumano-dalmata durante la Grande guerra», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, n.º 2, 2018, pp. 73-93.

Bakic, D. «The Italo-Yugoslav Conflict Over Albania: A View From Belgrade», *Diplomacy and Statecraft*, 25, 4, 2014, pp. 592-612.

Bakunin, M., *Federalismo, socialismo y antiteologismo*, Aguilera, Madrid, 1977.

Balcells, A., *El Pistolerisme. Barcelona (1917-1923)*, Pòrtic, Barcelona, 2009.

—, *El projecte d'autonomia de la Mancomunitat de Catalunya del 1919 i el seu context històric*, Parlament de Catalunya, Barcelona, 2010.

Balcells, A., E. Pujol y J. Sabater, *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia*, Proa, Barcelona, 1999.

Balshaw, J. M., *Suffrage, solidarity and strife: political partnerships and the*

women's movement 1880-1930, Thesis submitted for the Degree of Doctor of Philosophy, University of Greenwich, 1988.

Barnett, M., *Empire of Humanity. A History of Humanitarianism*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2011.

Barr, J., *A Line in the Sand. Britain, France and the Struggle That Shaped the Middle East*, Simon & Sh., Londres, 2011.

Barrot, J. y D. Authier, *La izquierda comunista en Alemania 1918-1921*, Zero, Madrid, 1978.

Baras, M., *Acció Catalana 1922-1936*, Curial, Barcelona, 1984.

Barbusse, H., *Le feu. Journal d'une scoaude*, Éditions Payot & Rivages, París, 2014.

Basas, M. (coord.), *El Correo español. El pueblo vasco. 75 años informando*, El Correo español, Bilbao, 1985.

Bauer, O., *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, Siglo XXI, México D.F., 1979.

Bauer, O. y K. Renner, *Escrits sobre nació i federalisme: selecció de textos d'autors austromarxistes*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2016.

Beasley, W. G., *Historia contemporánea del Japón*, Alianza, Madrid, 1995.

Beccherelli, A., «L'Albania nella politica estera italiana (1913-1920)», en A. Beccherelli y A. Carteny (eds.), *L'Albania indipendente e le relazioni italo-albanesi (1912-2012). Atti del Convegno in occasione del centenario dell'indipendenza albanese (Roma, 22 novembre 2012)*, Edizioni Nuova Cultura, Roma, 2013.

Becker, J.-J., «L'Union sacrée, l'exception quiconfirme la règle?», *Vingtième Siècle, Revue d'histoire*, n.º 5 (enero-marzo de 1985), pp. 111-122.

Bédarida, F., *La Era victoriana*, Oikos-Tau, Vilassar de Mar, 1988.

Bedore, P., *Great Utopian and Dystopian works of literature*, The Great Courses, Chantilly, Virginia, 2017.

Bell, D., «Pragmatic Utopianism and Race: H. G. Wells as Social Scientist», en <https://pdfs.semanticscholar.org/dc4e/e50cc9c452b5a-64f18cbeac462e0261de18.pdf>.

Benet, J., *Domènec Latorre, afusellat per catalanista*, Edicions 62, Barcelona, 2003.

Bengoechea, S., *El locaut de Barcelona (1919-1920)*, Curial, Barcelona, 1998.

Bernecker, W. L., «Luis Araquistáin y la crisis de la República de Weimar», en <https://publications.iai.spkberlin.de/servlets/MCRFileNodeServlet/Document_derivate_00001740/BIA_073_111_127.pdf>, pp. 111-127.

Bernstein, E., *Las Premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia: Problemas del socialismo, el revisionismo en la socialdemocracia*, Siglo XXI, México D.F., 1982.

Berstein, S. (dir.), *Ils ont fait la paix. Le traité de Versailles vu de France et d'ailleurs*, Les Arènes, París, 2018.

Bianchini, S., *La questione jugoslava*, Giunti, Firenze, 2003.

Bibó, I., «*A nemzetközi államszövetség* bénultsága és annak orvosságai: ónrendelkezés, nagyhatalmi egyetértés, politikai döntőbíráskodás», en I. Bibó, *István összegyűjtött munkái*. István Kemény y Mátyás Sárközi (eds.), 4 tomos, Európai Magyar Protestáns Szabadegyetem kiadása, Bern, 1981.

—, «The Peace and Hungarian Democracy», en I. Z. Dénes, *The Art of Peacemaking: Political Essays by István Bibó*, Yale University Press, New Haven-Londres, pp. 181-198.

Biserko, S. (ed.), *Yugoslavia from a Historical Perspective*, Helsinki Committee for Human Rights in Serbia, Belgrado, 2017.

Blank, S., *The Sorcerer as Apprentice: Stalin as Commissar of Nationalities, 1917-1924* (Contributions in Military Studies, n.º 145), Greenwood, Westport, 1994.

Blaxill, L., «Opposition to Irish Home Rule, 1885-1922», en <https://friendsoftheearth.uk/sites/default/files/downloads/campaigning-change-lessons-fromhistory-irish-home-rule-101817.pdf>, pp. 97-113.

Blecua Perdices, J. M., «Valle-Inclán en la revista "España"», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1966, n.º 199-200.

Blom, Ph., *Años de vértigo: cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Anagrama, Barcelona, 2010.

Boban, L. «Kada je i kako nastala Država Slovenaca, Hrvata i Srba», *Radovi Zavoda za Hrvatsku Povijest*, 26, 1, 1993, pp. 188-189.

Bonamusa, F., *Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1931-1937)*, Anagrama, Barcelona, 1977.

Bordoy-Torrents, P. M., *Els Pobles de l'Orient: problemes de política internacional*, La Revista, Barcelona, 1919.

Börne, L., «Ankündigung der Wage» [1818], en *Sämtliche Schriften*, Melzer, Düsseldorf, 1964, t. I, p. 678, <http://www.zeno.org/nid/20004635167>.

Bottoni, S., «The debate over Hungarian national unity from Trianon to the "Status Law" (1920-2001)», en <http://users.ox.ac.uk/~oaces/conference/papers/Stefano_Bottoni.pdf>.

Bourchier, J. D., *The Bulgarian peace treaty*, C. F. Roworth, Londres, 1920.

Bragança-Cunha, V. de, *Revolutionary Portugal (1910-1936)*, James Clarke, Londres [1938?].

Bralic, A., «Zadar od Londresa do Rapalla (1915-1920)», *Zadarska Smotra*, n. 4, 2015, pp. 7-21.

Broué, P., *Histoire de l'Internationale Communiste 1919-1943*, Fayard, París, 1997.

Burgwyn, H. J., *The Legend of the Mutilated Victory: Italy, the Great War,*

and the Paris Peace Conference, 1915-1919, Greenwood Press, Westport, 1993.

Burgwin, H. J., *Italian Foreign Policy in the Interwar Period. 1918-1940*, Praeger, Westport, 1997.

Cabana, F., *Història del Banc de Barcelona 1844-1920*, Edicions 62, Barcelona, 1978.

Cabrera, M., *La industria, la prensa y la política. Nicolás M.ª de Urgoiti (1869-1951)*, Alianza, Madrid, 1994.

Calduch Cervera, R., *Nacionalismos y minorías en Europa*, en <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-55164/2Naciones. pdf>.

Calhoun, C., «The imperative to reduce suffering. Charity, progress, and emergencies in the field of humanitarian action», en M. Barnett y T. G. Weiss (eds.), *Humanitarianism in Question. Politics, Power, Ethics*, Cornell University Press, Ithaca y Londres, 2008.

Cambó, F., *Memòries (1876-1936)*, Alpha, Barcelona, 1981.

Candeloro, G., *Storia dell'Italia moderna. vol. VIII: La prima guerra mondiale, il dopoguerra, l'avvento del fascismo (1914-1922)*, Feltrinelli, Milán, 1979.

—, *Storia dell'Italia moderna. vol. IX: Il fascismo e le sue guerre (1922-1939)*, Feltrinelli, Milán, 1981.

Carreras i Artau, J., «Pere M. Bordoy i Torrents», *Anuari de l'Institut d'estudis Catalans*, 1952.

Castells, Ll., «El nacionalismo vasco (1890-1923): una ideología modernizadora?», *Ayer,* n.º 28, 1997, pp. 143-159.

Castro Arcos, J., «El Kemalismo: Un caso de centralismo práctico-radical en la disyuntiva identitaria turca. Mustafá Kemal Atatürk (1881-1938)», *Universum*, n.º 26, vol. 2, 2011, pp. 83-99.

Cataruzza, M., *L'Italia e il confine orientale*, Il Mulino, Bolonia, 2007.

—, *L'Italia e la questione adriatica. Dibattiti parlamentari e panorama internazionale (1918-1920)*, Il Mulino, Bolonia, 2014.

Cattini, G. C., *El gran complot. Qui va trair Macià? La trama italiana*, Ara Llibres, Barcelona, 2009.

Ceadel, M., *Living The Great Illusion: Sir Norman Angell, 1872-1967*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

Cértima, A. de, *Legenda Dolorosa do Soldado Desconhecido de África*, NP., Lisboa, 1925.

Chagas, J., *Diário IV - 1918-1921*, Edições Rolim, Lisboa, 1986.

Chapman, T., *The Congress of Vienna: origins, processes, and results*, Routledge, Londres, 1998.

Charlot, M. y R. Max (dirs.), *Londres, 1851-1901: la era victoriana o el triunfo de las desigualdades*, Alianza, Madrid, 1993.

Chernev, B., *Twilight of Empire: The Brest-Litovsk Conference and the Remaking of East-Central Europe, 1917-1918*, Toronto University Press, Toronto, 2017.

Christian, D., *Imperial and Soviet Russia. Power, Privilege and the Challenge of Modernity*, Macmillan Press, Londres, 1997.

Claeys, G., «Mazzini, Kossuth, and British Radicalism, 1848-1854», *Journal of British Studies*, vol. 28, n.º 3 (julio de 1989), pp. 225-261.

Clark, Ch., *Sonámbulos: cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2015.

Claudín, F., *La revolución alemana de 1918*, Biblioteca Omegalfa, <https://omegalfa.es›downloadfile›/larevolucion-alemana-de-1918%20(1).pdf>.

Clavin, P., *Securing the World Economy: The Reinvention of the League of Nations, 1920-1946*, Oxford University Press, Oxford, 2013.

Clemenceau, G., *Grandeur and Misery of Victory*, Harcourt, Brace & Co., Nueva York, 1930.

Clements, J., *Prince Saionji: Japan (Makers of the Modern World)*, Haus Publishing, 2008.

Cohen, D., *The War Come Home. Disabled Veterans in Britain and Germany, 1914-1939*, University of California Press, Berkeley, 2001.

Cohen, G. B., *The politics of ethnic survival:Germans in Prague 1861-1914*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1981.

Colección de estudios en homenaje al profesor Camilo Barcia Trelles. En sus bodas de plata de catedrático de derecho internacional, Universidad Compostelana, Santiago, 1945.

Colomer, J., *La temptació separatista a Catalunya. Els orígens (1895-1917)*, Columna, Barcelona, 1995.

Colominas i Companys, A., *El catalanisme i l'Estat. La lluita parlamentària per l'autonomia (1898-1917)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1993.

Collotti, E., *Fascismo e politica di potenza: política estera, 1922-1939*, La Nuova Italia, Florencia, 2000.

Comité Ejecutivo de la IC, *¡Abajo el Tratado de Paz de Versalles! ¡Viva la Revolución Comunista!*, disponible en <https://www.marxists.org/espanol/comintern/1919/13_v.htm>.

Connors, L., *The Emperor's Adviser: Saionji Kinmochi and Pre-War Japanese Politics*, Routledge Japanese Studies, 1987.

Conrad, S., *German colonialism. A short history*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

Conze, E., *Die große Illusion: Versailles 1919 und die Neuordnung der Welt*, Siedler, München, 2018.

Cooper, Jr. J. M. (ed.), *Reconsidering Woodrow Wilson: progressivism, inter-*

nationalism, war, and peace, Woodrow Wilson Center Press, Washington, D.C.; Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2008.

—, *Woodrow Wilson: A Biography*, Vintage Books, Nueva York, 2009.

Cooper, S. E., *Patriotic Pacifism: Waging War on War in Europe, 1815-1914*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 1991.

Corcuera Atienza, J., *La patria de los vascos. Orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1903)*, Taurus, Madrid, 2001.

Cordova, F., *Arditi e legionari d'annunziani*, Marsilio, Padua, 1969.

Cortés, P., «El caudillismo en América Latina, ayer y hoy», *Política y cultura*, n.º 27, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, México, primavera de 2007, pp. 9-29.

Crexell, J., *Origen de la bandera independentista*, El Llamp, Barcelona, 1984.

Criss, N. B. *Istanbul under Allied Occupation, 1918-1923*, Brill, Leiden, Boston, Köln, 1999.

Cruz, R., *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

Cruz Vermelha Portuguesa 1865-1925, Centro Tipográfico Colonial, Lisboa, 1926.

Cseszneky, M., «El lenguaje de la identidad. Hungría en la Historia de la civilización europea», *Historia Digital*, XVIII, 31, 2018, pp. 6-45.

Cuadrat, X., «El debate sobre socialismo y nacionalismo de agosto-diciembre de 1915», *Revista de Estudios Sociales*, n. 12-13, setiembre de 1974 y abril de 1975, pp. 59-89.

—, «El PSOE i la qüestió nacional catalana (fins l'any 1923) (2)», *L'Avenç*, n. 6, Barcelona, octubre de 1977, pp. 56-63.

—, *Socialismo y anarquismo en Cataluña (1899-1911). Los orígenes de la CNT*, Ediciones de la Revista del Trabajo, Madrid, 1976.

Culla i Clarà, J. B., «Lerrouxismo y nacionalismo catalán, 1901-1923: elementos para una interpretación», en M. Tuñón de Lara *et al.*, *España 1898-1936: estructuras y cambio*, Universidad Complutense, Madrid, 1984, pp. 427-431.

—, *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)*, Curial, Barcelona, 1986.

—, *Breve historia del sionismo*, Madrid, 2009.

D'Orsi, A., *1917. L'anno della rivoluzione*, Laterza, Roma-Bari, 2016.

Dangerfield, G., *The Strange Death of Liberal England*, Granada Publishing, Frogmore, 1965 [1935].

Day, O'A. (ed.), *The Edwardian Age: Conflict and Stability 1900-1914*, The MacMillan Press Ltd., Londres y Basingstok, 1979.

Decleva, E., *Da Adua a Sarajevo: la politica estera italiana e la Francia, 1896-1914*, Laterza, Bari, 1971.

Denis, E., *La Gande Serbie*, Bibliotheque d'Histoire et de Politique, Librairie Delagrave, París, 1915.

Desvois, J. M., «El diario El Sol, paladín de la modernización de España (1917-1936)», Berceo, n.º 159 (2.º semestre de 2010), pp. 165-182.

Deulonder, X., *Història dels Balcans*, Llibres de l'Índex, Barcelona, mayo de 2019.

Díaz Hernández, O., «Los primeros años del Banco Urquijo (1918-1931)», en <http://www.usc.es/estaticos/congresos/histec05/b23_diaz_hernandez.pdf>, 13 p.

Díaz Plaja, F., *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*, Dopesa, Barcelona, 1973.

Dillon, E. J., *The Inside Story of the Peace Conference*, Hutchinson & Co, Londres, 1920.

Doherty, E. S., «Ulster "will not fight": T. P. O'Connor and the third Home Rule bill crisis,1912-1914», en <https://www.mercierpress.ie/contentFiles/productExtracts/HomeRuleExtractC6.pdf>, pp. 102-117.

Dokic, D., *Pašic and Trumbic. The Kingdom of Serbs, Croats and Slovenes*, Haus Publishing, Londres, 2010.

Droz, J., *Historia general del socialismo*, Volumen II. De 1875 a 1918, Destino, Barcelona, 1979.

Duchhardt, H., *Der Wiener Kongress: Die Neugestaltung Europas 1814/15*, C. H. Beck, München, 2013.

Duroselle, J.-B., *Clemenceau*, Fayard, França, 1988.

Ehrlich, Ch. E., *Lliga Regionalista. Lliga Catalana, 1901-1936*, Institut Cambó, Alpha, Barcelona, 2004.

Epstein, B. *et al*., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Hacer editorial y Mon-3, Barcelona, 2005.

Epstein, K., *Matthias Erzberger and the dilemma of German democracy*, Princeton University Press, Princeton (N.J.), 1959.

Esculies, J., *Joan Solé I Pla. Un separatista entre Macià i Companys*, Edicions de 1984, Barcelona, 2011.

—, «Domènec Latorre i les seves entitats del nacionalisme radical català: L'Avençada, La Barricada i Pàtria Nova (1918-1939)», *Recerques*, n.º 66, 2013, pp. 91-121.

—, «España y la Gran Guerra. Nuevas aportaciones historiográficas», *Historia y Política*, n.º 32 (julio-diciembre de 2014), pp. 47-70.

—, «1918: fi de festa independentista», *El País.cat*, 28/6/2018.

Esculies, J. y D. Martínez Fiol, *12.000! Els catalans a la Primera Guerra Mundial*, Ara Llibres, Barcelona, 2014.

Esculies, J. y V. Petronis, «Self-proclaimed diplomats: Catalan-Lithuanian cooperation during WWI», *Nationalities Papers*, 16/10/2015, p. 8 en <http://dx.doi.org/10.1080/00905992.2015.1087487>.

Evans, R. J., *La llegada del Tercer Reich*, Península, Barcelona, 2017.

Fabbri, F., *Le origini della Guerra civile. L'Italia dalla Grande guerra al fascismo (1918-1921)*, UTET, Turín, 2009.

Fabra i Ribas, A. y R. Campalans, *Catalanisme i socialisme. El debat de 1923*, edición a cargo de Jesús M. Rodès, La Magrana, Barcelona, 1985.

Falasca Zamponi, Simonetta, *Lo Spettacolo del Fascismo*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2003.

Fanés, F. y J. M. Minguet, *Barcelona, zona neutral 1914-1918*, Fundació Joan Miró, Barcelona, 2014.

Farr, D. P., «The Edwardian Golden Age and Nostalgic Truth», en <https://dalspace.library.dal.ca/bitstream/handle/10222/64337/dalrev_vol50_iss3_pp378_393.pdf?sequence=1>.

Farrar, M. J., *News From the Front*, Sutton, Londres, 1998.

Feeney, B., *Sinn Féin. Un siglo de historia irlandesa*, Edhasa, Barcelona, 2005.

Fejtö, F., *Requiem por un imperio difunto. Historia de la destrucción de Austria-Hungría*, Mondadori, Madrid, 1988.

Felice, R. de, *Mussolini il rivoluzionario*, 1883-1920, Einaudi, Turín, 1965.

—, *D'Annunzio politico, 1918-1938*, Laterza, Roma-Bari, 1978.

Fermi, L., *Mussolini*, Grijalbo, Barcelona, 1962.

Fernández Riquelme, S. y M. Csesznecky, «Hungría y la construcción histórica de la identidad. Del lenguaje al discurso», *La Razón Histórica*, n.º 36, 2017, pp. 1-32.

Fernández de Pinedo, E., «Beneficios, salarios y nivel de vida obrero en una gran empresa siderúrgica vasca, Altos Hornos de Vizcaya (1902-1927). Una primera aproximación», *Revista de Historia Industrial*, n.º 1, 1992, pp. 125-153.

Ferré, X., *De la nació cultural a la nació política. La ideología nacional d'Antoni Rovira i Virgili*, Afers, Catarroja, 2005.

Ferreira, D., *História Política da Primeira República Portuguesa (1910-1915)*, Part I, Livros Horizonte, Lisboa, 1973.

Fifield, R. H. *Woodrow Wilson and the Far East: The diplomacy of the Shantung Question*, Thomas y Crowell, Nueva York, 1952.

Figes, O., *La Revolución rusa (1891-1924): La tragedia de un pueblo*, Edhasa, Barcelona, 2000.

Figuerola, J., *Andreu Nin, militant de la cultura*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2017.

Fiorentino, D., «Wilson, "wilsonismo" e l'internazionalismo liberale», C*ontemporanea: Rivista di storia dell'800 e del'900*, año 22, n.º 1 (enero-marzo de 2019), pp. 153-163.

Fisch, J., *A History of the Self-Determination of Peoples: The Domestication of an Illusion*, Cambridge University Press, Cambridge, 2015.

Fontana, J. *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Crítica, Barcelona, 2017.

Forcadell, C., *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español 1914-1918*, Crítica, Barcelona, 1978.

Forsythe, D. P., *The Humanitarians. The International Committee of the Red Cross*, Cambridge University Press, Cambridge, 2005.

—, «The International Red Cross: Decentralization and its Effects», *Human Rights Quarterly,* vol. 40, n.º 1, febrero de 2018.

Fowkes, B., *The German left and the Weimar republic: a selection of documents*, Brill, Leiden, 2014.

Freire, J. P., *Em Serviço da Cruz Vermelha. Notas d'um Comissário*, Edición de la Sociedade Portuguesa da Cruz Vermelha, Lisboa, 1919.

Fromkin, D., *A Peace to End All Peace. The Fall of the Ottoman Empire and the Creation of the Modern Middle East*, Holt Paper, Nueva York, 2009.

Fuentes Codera, M., «Proyectos contrapuestos para el catalanismo frente a la Primera Guerra Mundial: lecturas comparadas de La Veu de Catalunya y El Poble Català (1914-1915)», en E. Nicolás y C. González (eds.), *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy. IX Congreso de la asociación de historia contemporánea*, Universidad de Murcia, Murcia, 2008, pp. 1.333-1.351.

—, «Germanófilos y neutralistas. Proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918)», *Ayer. Revista de historia contemporánea*, n.º 91/3, 2013, pp. 63-92.

—, *La Guerra en un país neutral. Los intelectuales españoles frente a Europa (1914-1918)*, Seminario de Historia Dpto. de H.ª Social y del Pensamiento Político, UNED Dpto. de H.ª del Pensamiento y de los Movimientos Sociales y Políticos, UCM Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, Curso 2013-2014 Documento de trabajo 2014/2, pp. 27-31.

—, *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*, Akal, Madrid, 2014.

Fukuda, H., «Is Trianon Still Alive? Border Issues between Slovakia and Hungary after WWI», Panel III-4: Concept of Region and Demarcation Process in Central and Eastern Europe after World War I, 5th East Asian Conference on Slavian Eurasic Studies, 2013, August 9, 3:30-5:15, en <http://src-h.slav.hokudai.ac.jp/jcrees/2013Osaka/34HiroshiFukuda.pdf>.

Fumimaro, K., «Reject the Anglo-American-centered Peace», en O. Yoshitake, *Konoe Fumimaro: A political biography*, News Ed., Madison Books, 1992.

Gaeta, F., *Il nazionalismo italiano*, Laterza, Roma-Bari, 1981.

Galdón Rodríguez, A, «Urban and Natural Spaces in Dystopian Literature Depicted as Opposed Scenarios», *Ángulo Recto, Revista de estudios so-*

bre la ciudad como espacio plural, vol. 6, n.º 2, 2014, pp. 85-100, en <http://www.ucm.es/info/angulo/volumen/Volumen06-2/articulos05.htm>.

Gallego, F. *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, Plaza & Janés, Barcelona, 2001.

Gamarra Chopo, Y., «La ilusión española de la Sociedad de Naciones», en Y. Gamarra Chopo y C. R. Fernández Liesa, *Los orígenes del Derecho Internacional contemporáneo. Estudios Conmemorativos del centenario de la Primera Guerra Mundial*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2015, pp. 289-312, en <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/35/22/11gamarra.pdf>.

Gamper Soriano, E., *De Hans Gamper a Joan Gamper. Una biografia emocional*, Clavell, Premià de Mar, 2008.

García, Paloma, «La configuración de Oriente Próximo tras la Primera Guerra Mundial», *Revista UNISCI / UNISCI Journal*, n.º 37 (enero/January 2015), pp. 49-72, en <https://www.ucm.es/data/cont/media/www/pag-72478/UNISCIDP37-3GARCIA.pdf>.

García Sanz, Carolina, *La Primera Guerra Mundial en el estrecho de Gibraltar. Economía, política y relaciones internacionales*, CSIC, Madrid, 2011.

García Sanz, F., *España en la Gran Guerra*, Galaxia Gutenberg, Madrid, 2014.

Gardner, L. C., *Safe for Democracy: The Anglo-American Response to Revolution, 1913-1923*, Oxford University Press, Nueva York, 1984.

Gatrell, P., O. Janz, H. Jones, J. Keen, A. Kramer y B. Nasson (eds.), *1914-1918-online International Encyclopedia of the First World War*, Frei Universitat, Berlín, 2017.

Gay, P., *La Cultura de Weimar: una de las épocas más esplendidas de la cultura europea del siglo* XX, Paidós, Barcelona, 2011.

Gelfand, L. E., *The Inquiry: American Preparations for Peace, 1917-1919*, Yale University Press, New Haven y Londres, 1963.

Genov, G. P., *Bulgaria and the Treaty of Neuilly*, Sofía, 1935.

Gentile, E., *La Grande Italia. Il mito della nazione nel* XX *secolo*, Laterza, Roma-Bari, 2011.

Gentile, E., *E fu subito regime. Il fascismo e la marcia su Roma*, Laterza, Bari, 2014.

George, A. L. y J. L. George, *Woodrow Wilson and Colonel House: A Personality Study*, Dover Publications, Nueva York, 1964.

George, D. Ll., *War Memoirs*, Odhams Press Ltd, Londres, 1938, vol. I.

—, *British War Aims*, January 5, 1918, <https://wwi.lib.byu.edu/index.php/Prime_Minister_Lloyd_George_on_the_British_War_Aims>.

—, «British War Aims», *New York Times*, 6/1/1918, reproducido como «*Address of the British Prime Minister (Lloyd George) before the Trade Union Conference at London, January 5, 1918*», en <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1918Supp01v01/d4>.

Geppert, D., W. Mulligan y A. Rose (eds.), *The wars before the Great War. Conflict and international politics before the outbreak of the First World War*, Cambridge University Press, Cambridge, 2016.

Gerra, F., *L'impresa di Fiume*, Longanesi, Milán, 1974-1975, 2 vols.

Gerwarth, R. y J. Horne (ed.), *War in peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

Gerwarth, R., *The Vanquished: Why the First World War Failed to End, 1917-1923*, Penguin, Londres, 2017.

Gibelli, A., *La grande guerra degli italiani, 1915-1918*, Sansoni, Milán, 1998.

Gilbert, M., *Winston Churchill*, Bertrand Editora, Lisboa, 2005.

Ginsburger, N., «L'expertise territoriale et cartographique des vaincus austro-hongrois. Robert Sieger, Pál Teleki et les traités de Saint-Germain et de Trianon», *CFC*, n.º 228, junio de 2016, pp. 115-132.

Ginebra, J., *Llengua i política en el pensament d'Antoni Rovira i Virgili*, Diputació de Tarragona, Tarragona-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2006.

Giusti, W., *Mazzini e gli slavi*, Istituto per gli Studi di Politica Internazionale, Milán, 1940.

Gologlu, M., *Erzurum Kongresi*, Ankara, Nüve Matbaası, 1968.

—, *Sivas Kongresi*, Basnur Matbaasi, Ankara, 1969.

Gómez Llorente, L., *Rosa Luxemburgo y la socialdemocracia alemana*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1975.

González Calleja, E. y P. Aubert, *Nidos de Espías:España, Francia y la Primera Guerra Mundial 1914-1918*, Alianza Editorial, Madrid, 2014.

González Calleja, E., *El Máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999.

—, «El internamiento de los colonos alemanes del Camerún en la Guinea Española (1915-1919)», *Endoxa*, n.º 37, 2016, pp. 223-236.

—, (coord.), *Anatomía de una crisis. 1917 y los españoles*, Alianza Editorial, Madrid, 2017.

—, *Socialismos y comunismos. Claves históricas de dos movimientos políticos*, Paraninfo, Madrid, 2017.

González Hernández, M.ª J., «El sufragismo británico: narraciones, memoria e historiografía o el caleidoscopio de la historia», *Ayer*, 68, 2007, pp. 273-306.

—, «Las sufragistas británicas y la conquista del espacio público: integración, recreación y subversión», *Arenal*, 16-1 (enero-junio de 2009), pp. 53-84.

Gotovitch, J. *et al.*, *Komintern: L'histoire et les hommes. Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste*, Les Éditions de l'Atelier, París, 2001.

Granja Sainz, J. L. de la, *El Nacionalismo vasco. Un siglo de historia*, Tecnos, Madrid, 1995.

—, «El *antimaketismo*: la visión de Sabino Arana sobre España y los españoles», *Norba. Revista de Historia*, vol. 19, 2006, pp. 191-203.

Graves, R., *Lawrence y los árabes*, Seix y Barral, Barcelona, 1991.

Griffin, R., *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Akal, Madrid, 2010.

Groza, M.-O., «Transilvania and Banat in the Autumn and Winter of 1918, "The Revolutionary Violence" as Reflected in Memoirs», en I. Bolovan, R. Gräf, H. Heppner y Oana-Mihaela Tamas, *World War I. The Other Face of the War*, Cluj University Press, Cluj, 2016, pp. 151-161.

Grüttner, M., «La Primera Guerra Mundial y el nacimiento del nacionalsocialismo», en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 135-153.

Guimerá Peraza, M., «Maura y Cambó (1913-1925)», *Anuario de Estudios Atlánticos*, 2008, n. 54-I, pp. 269-290.

Guiral, P., *Clemenceau en son temps*, Bernard Grasset, París, 1994.

Gunzenhäuser, M., *Die Pariser Friedenskonferenz 1919 und die Friedensverträge 1919-1920: Literaturbericht und Bibliographie*, Bernard & Graefe, Frankfurt am Main, 1970.

Guoqi, X., *Asia and the Great War: A Shared History*, Oxford Scholarship Online, 2016.

Gutiérrez Poch, M., «Control de mercado y concentración empresarial: la "Papelera Española", 1902-1935», *Revista de Historia Industrial*, n.º 10, 1996, pp. 183-199.

Hadak, H., «National Myths and Self-Na(rra)tions: Mustafa Kemal's *Nutuk* and Halide Edib's. Memoirs and The Turkish Ordeal», *The South Atlantic Quarterly*, 102: 2/3, Spring/Summer 2003, pp. 509-527.

Hájková, D. *et al.*, *Czech and Hungarian minority police in Central Europe 1918-1938*, Cover design Ondrej Hules, Praga-Budapest, 2009.

Halbwachs, M., «La población de Estambul (Constantinopla) desde hace un siglo», *Empiria.Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, n.º 33 (enero-abril de 2016), pp. 185-207.

Hammond, J. L., *Gladstone and the Irish Nation*, Longmans, Green & Co.,

Londres, 1938, <https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.505221/page/n7>.

Hamza, G., «Traité de Paix de Trianon et la protection des minorités en Hongrie», *AFDUDC*, 11, 2007, pp. 349-357.

Hardtwig, W., *Vormärz: Der monarchische Staat und das Bürgertum*, Deutscher Taschenbuch-Verlag, München, 1985.

Harrison, J., «El món de la gran industria i el fracàs del nacionalisme català de dreta (1901-1923)», *Recerques*, 7, 1978, pp. 83-98.

Hastings, M., *1914: El año de la catástrofe*, Crítica, Barcelona, 2013.

Heater, D., *National Self-Determination: Woodrow Wilson and his Legacy*, Palgrave Macmillan, Londres, 1994.

Heiber, H., *The Weimar Republic*, Blackwell, Oxford (UK)-Cambridge (USA), 1993.

Herman, A., *1917: Lenin, Wilson, and the Birth of the New World Disorder*, Harper Collins, Nueva York, 2017.

Hermida de Blas, F., «Un artículo de Unamuno publicado en Alemania», <https://repositorio.uam.es/xmlui/bitstream/handle/10486/315/21933Un%20art%C3% ADculo%20de%20unamuno.pdf?sequence=1&isAllowed=y>, pp. 33-45.

Hetzer, G., «On the Romanian Campaign of the Central Powers 1916/17», en <https://www.mwme.eu/essays/german-balkans/_Hetzer_Romanian_/index.html> y en formato pdf <https://www.mwme.eu/Essays-Files/Hetzer_Rumanien.pdf>.

Hirai, T., «Georg Lucáks and the Hungarian revolution of 1918-19», *The Kyoto University Economic Rewiew*, vol. XLI, n.º 2, octubre de 1971, pp. 24-25.

Hirsch, F., «State and Evolution: Ethnographic Knowledge, Economic Expediency, and the Making of the USSR, 1917-1924», en J. Burbank, M. von Hagen, A. V. y Remnev (eds.), *Russian Empire: Space, People, Power, 1700-1930*, Indiana University Press, Bloomington & Indianapolis, 2007, pp. 139-165.

Hobsbawm, E. J., *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Crítica, Barcelona, 1979.

Hochschild, A., *Para acabar con todas las guerras (Una historia de lealtad y rebelión 1914-1918)*, Península, Barcelona, 2013.

Hodgson, G., *Woodrow Wilson's right hand. The life of Colonel Edward M. House*, Yale University Press, New Haven, 2006.

Hofer, A., *Das Deutschtum in Spanien. Der deutsche Nachrichtendienst für Spanien in Barcelona. Geschichte seiner Gründung und seiner Entwicklung bis zur Übergabe an die Kaiserlich Deutsche Botschaft in Madrid. August 1914 bis zum 31. Dezember 1917*, Autoedición, Barcelona, 1918.

Holton, Sandra, *Feminism and Democracy: The Women'suffrage movement in Britain, with particular reference to the National Union of Women' Suffrage Societies 1897-1918*, Thesis submitted for the Degree of Doctor of Philosophy, University of Stirling, 1980.

Hughues, W. M., *Policies and Potentates*, Angus and Robertson, Sydney, 1950.

Imamoto, S., *Rejection of Racial Equality Bill*, Notion Press, 2018.

Imperiali, F., «Il miraggio dell'Oriente. L'Italia e gli accordi di San Giovanni di Moriana», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, n.º 2, 2018, pp. 53-71.

Internacional Comunista, *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte*, Cuadernos de Pasado y Presente, Córdoba (Argentina), 1973.

Isabella, M., *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*, Oxford University Press, Oxford, 2009.

Isnenghi, M., *Convertirsi alla guerra. Liquidazioni, mobilitazioni e abiure nell'Italia tra il 1914 e il 1918*, Donzelli, Roma, 2015.

Iwai, T., *Saionji Kinmochi: Saigo no Genro*, Iwanami Shoten, Tokyo, 2003.

Izquierdo Ballester, S., *República i autonomía. El difícil arrelament del catalanisme d'esquerres, 1904-1931*, Afers, Catarroja, 2006.

Izquierdo Ballester, S. y M. G. Rubí Casals, *Els orígens del republicanisme nacionalista. El Centre Nacionalista Republicà a Catalunya (1906-1910)*, Centre d'Història Contemporània de Catalunya-Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2009.

Jackson, G., *Civilización y barbarie en la Europa del siglo XX*, Planeta, Barcelona, 1997.

Jensen, Ch., *The Radicalization of the German Freikorps*, 25 p. en <https:// www. academia.edu/36594180/The_Radicalization_of_the_German_ Freikorps>.

Jin, W., *Woodrow Wilson, Wellington Koo and the China Question at the Paris Peace Conference*, A. W. Sythoff, 1959.

Jones, H., «International or transnational? «Humanitarian action during the First World War», *European Review of History*, 2009.

Jones, L. E. (ed.), *The German right in the Weimar Republic: studies in the history of German conservatism, nationalism, and antisemitism*, Berghahn Books, Nueva York, 2016.

Jones, M., «Alemania 1918-1919: la revolución de la violencia», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 15, 2016, pp. 43-72.

Johnson, R. «The de Bunsen Committee and a revision of the "conspiracy" of Sykes-Picot», *Middle Eastern Studies*, 54:4, 2018, pp. 611-637.

Jiménez de Aberasturi Corta, J. C., «La II Guerra Mundial en el Golfo de Vizcaya», *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 5, Untzi Museoa-Museo Naval, Donostia-San Sebastián, 2006, pp. 517-546.

Juliá Díaz, S., «La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos», *Ayer. Revista de historia contemporánea*, n.º 91/3, 2013, pp. 121-144.

Junqueras O. *et al*., *Història del Japó*, UOC, Barcelona, 2011.

Kalaw, M. M., *Self-Government in the Philippines*, The Century & Co., Nueva York, 1919, <https://quod.lib.umich.edu/p/philamer/AHZ9412.0001.001?rgn=main;view=fulltext>.

Kalvoda, J., «Czech and Slovak prisoners of war in Russia during the war and revolution», en W. Pastor, *War and Societyin East Central Europe. vol. V. Essays on World War I: Origins and Prisoners of War*, Columbia University Press, Nueva York, 1983, pp. 216-238.

Kaplan, T., *Ciudad roja, período azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso*, Península, Barcelona, 2003.

Kautsky, K., *La questione coloniale: antologia degli scritti sul colonialismo e sull'imperialismo*, a cura di R. Monteleone, Feltrinelli, Milán, 1977.

Kawakami, K. K., *Japan and World Peace*, Kessinger Publishing, 2010.

Kennedy, E., *Carl Schmitt en la República de Weimar: la quiebra de una constitución*, Tecnos, Madrid, 2012.

Kennan, G. F., *Soviet-American Relations, 1917-1920, vol. I: Russia Leaves War*, Princeton University Press, Princeton, 1956.

—, *The Decline of Bismarck's European Order: Franco-Russian Relations 1875-1890*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

Kershaw, I., *To hell and back: Europe, 1914-1949*, Penguin Books, Londres, 2016.

—, *El mito de Hitler. Imagen y realidad en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2019.

Keynes, J. M., *Las Consecuencias económicas de la paz*, Crítica, Barcelona, 1987.

Kissinger, H., *Un Mundo restaurado: la política del conservadurismo en una época revolucionaria*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.

Khlevniuk, O., *Stalin. New Biography of a Dictator*, Yale University Press, New Haven/Londres, 2015.

Kilic, I., *Britain's Kurdish Policy and Kurdistan 1918-1923*, A thesis submitted in fulfilment of the requirements of Degree of Master of Philosophy (MPhil) at the School of History of the University of East Anglia, 2018.

Klooster, W., *Revolutions in the Atlantic World: A Comparative History*, Nueva York University Press, Nueva York, 2009.

Kneper, G., «Tra Risorgimento e rivoluzione sociale: Bakunin e il movimento nazional-democratico in Italia (1864-1867)», *Nazioni e Regioni*, n.º 10, 2017, pp. 7-28, <http://www.nazionieregioni.it/wp-content/uploads/NR-10-2017.pdf>.

Kochnitzky, L., *La quinta Stagione o i centauri di Fiume*, Zanichelli, Bolonia, 1922.

Koenig, Ch., *Loose Cannons-War Veterans and the Erosion of Democracy in Weimar Germany*, Warwick Economics Research Paper Series, November 2015, en <https://warwick.ac.uk/fac/soc/economics/research/working papers/2015/twerp1079_koenig.pdf>.

Köhler, H., *November revolution und Frankreich: Die französische Deutschlandpolitik 1918-1919*, Droste, Düsseldorf, 1980.

Kracauer, S., *De Caligari a Hitler. Historia psicológica del cine alemán*, Paidós, Barcelona, Buenos Aires, México, 1985.

Kramer, P. A., *The Blood of Government: Race, Empire, the United States, & the Philippines*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2006.

Krauel, J., «Visión parcial del enemigo íntimo. La *Gran Guerra* como antesala de la Guerra Civil», *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, n.º 5/1, 2009, pp. 155-176.

Krizman, B., «Posljednje pismo Bana Mihalovicha caru Karlu 1918. Godine», *Historijski Pregled*, 9, 4, 1963, pp. 282-286.

Kruse, W., *Krieg und nationale Integration: Eine Neuinterpretation des sozialdemokratischen Burgfriedensschlusses 1914/15*, Verlag Klartext, Essen, 1993.

La vaga de La Canadenca i la jornada de 8 hores. Catàleg de l'Exposició del maig del 1994. 75è aniversari, Ajuntament de Barcelona-Regidoria d'Edicions i Publicacions, Barcelona, 1995.

Lacomba, J. A., «La crisis militar de 1917: Maura y las Juntas de Defensa», *Saitabi*, n. 15, 1965, pp. 73-101.

—, *La crisis española de 1917*, Ed. Ciencia Nueva, Madrid, 1970.

Langewiesche, D., *Demokratiebewegung und Revolution 1847 bis 1849: Internationale Aspekte und europäische Verbindungen*, G. Braun, Karlsruhe, 1998.

«Las legiones checoeslovacas», en <https://www.myaktivity.cz/es/1918/article/103>.

Lawrence, T. E., *Los siete pilares de la sabiduría*, Jucar, Madrid, 1989.

Le Moal, F., *La France et l'Italie dans les Balkans, 1914-1919. Le contentieux adriatique*, L'Harmattan, París, 2006.

Le Programme Yougoslave (Avec une carte), Bibliotheque Yougoslane, n.º 1, Edition du Foyer, París, 1916.

Leda, J., *Kino. Historia del cine ruso y soviético*, Editorial Universitaria de BuenosAires, Buenos Aires, 1965.

Ledeen, M. A., *D'Annunzio a Fiume*, Laterza, Bari, 1975.

—, *The First Duce. D'Annunzio at Fiume*, Transaction Publishers, Piscataway, 2002.

Lederer, I. J., *La Jugoslavia dalla Conferenza della Pace al Trattato di Rapallo.1919-1920*, Il Saggiatore, Milán, 1966.

Lenin, V. I., «Sotsialisticheskaia revoliutsiia i pravo natsii na samoopredelenie», *Polnoe sobranie sochinenii*, 5.ª ed., Moskva: Izdatel'stvo politicheskoi literatury, 1969, t. XXVII, pp. 260-261, <http://uaio.ru/vil/27.htm>.

Lentz, Th., *Le Congrès de Vienne: une refondation de l'Europe, 1814-1815*, Perrin, París, 2013.

Leoncini, F., *Il «Congresso dei popoli soggetti all'Austria-Ungheria» (Roma, 8-10 aprile 1918). L'Italia e la costruzione della nuova Europa: un'occasione mancata*, en F. Leoncini y S. Şipoş (eds.), *Nazionalità e autodeterminazione in Europa Centrale: il caso romeno*, Quaderni della Casa Romena di Venezia, IX, 2012, pp. 11-30.

Levin, M., *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Crítica, Barcelona, 2005.

Levin Jr., N. G., *Woodrow Wilson and World Politics: America's. Response to War and Revolution*, Oxford University Press, Oxford, 1968.

Link, A. S. (ed.), *Woodrow Wilson and a Revolutionary World, 1913-1921*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1982.

Little, B., «An explosion of new endeavours: global humanitarian responses to industrialized warfare in the First World War era», *First World War Studies,* vol. 5 (2014).

Lladonosa, M., *El Congrés de Sants*, Nova Terra, Barcelona, 1975.

Llanos, Reyes, «El estado del bienestar racial y sus enemigos políticos y de fe. Notas de investigación de los archivos de la Gestapo en el inicio de la dictadura nacionalsocialista (1933-1937)», *Revista Co-herencia*, vol. 11, 21 (julio-diciembre de 2014), pp. 231-252.

Llorens i Vila, J., *La Unió Catalanista i els orígens del catalanisme polític, Dels orígens a la presidencia del Dr. Martí i Julià (1891-1903)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1992.

López Sánchez, P., *Un Verano con mil julios y otras estaciones. Barcelona: de la Reforma Interior a la Revolución de Julio de 1909*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

Lorin, H., *L'Héroique Serbie*, «*Pages actuelles* 1914-1915», n.º 6, Conférence du Jornal des debats, Bloud et Gay, editeurs, París, 1915.

Loscertales, J., *Deutsche Investionen in Spanien 1870-1920*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart, 2002.

Loughlin, J., *Gladstone, Home Rule and the Ulster Question, 1882-1893*, Humanities Press International, Atlantic Highlands, 1987, <https://archive.org/details/gladstonehomerul00loug>.

Loupas, A., «From París to Lausanne: Aspects of Greek-Yugoslav Relations during the First Interwar Years (1919-1923)», *Balcanica*, 47, 2016, pp. 263-284.

Luparini, A. y L. Orlandini, *La libertà e il sacrilegio. La Settimana rossa del giugno 1914 in provincia di Ravenna*, Giorgio Pozzi Editore, Rávena, 2014.

Luxemburgo, R., *Textos sobre la cuestión nacional*, M. P. Izquierdo (comp.), Ediciones de la Torre, Madrid, 1977.

Mack, J. E., *A prince of our disorder. The life of T. E. Lawrence*, Little, Brown, and Company, Boston, Toronto, Londres, 1976.

Macmillan, M., *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2011.

—, *1914: De la paz a la guerra*, Turner Publicaciones, Madrid, 2013.

Magnes, J. L., *Russia and Germany at Brest-Litovsk: A Documentary History of the Peace*, The Rand School of Social Science, Nueva York, 1919, <https://archive.org/details/cu31924027841240/page/n5>.

Mahan Th., A., *The Problem of Asia: Its Effect upon International Politics*, Brown, Little, 1900.

Mainer. J. C., *La Edad de plata, 1902-1939. Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Cátedra, Madrid, 1999.

Mamatey, V. S. y R. Luza (ed.), *La République Tchécoslovaque 1918-1948. Une experience de démocratie*, Librairie du Regard, París, 1987.

Mammarella, C. y P. Cacace, *La politica estera dell'Italia. Dallo Stato unitario ai giorni nostri*, Laterza, Roma-Bari, 2006.

Manela, E., *The Wilsonian moment: self-determination and the international origins of anticolonial nationalism*, Oxford University Press, Nueva York, 2009.

Mango, A., *Atatürk*, John Murray, Londres, 1999.

Maranelli, C. y G. Salvemini, *La questione dell'Adriatico*, Libreria della Voce, Florencia, 1918.

Marcuzzi, S., «A Machiavellan Ally? Italy in the Entente (1914-1918)», en V. Wilcox (ed.), *Italy in the Era of the Great War*, Brill, Leiden-Boston, 2018, pp. 99-121.

Marhefka, E., *Der Waffenstillstand 1918-1919. Das Dokumentenmaterial der Waffenstillstandsverhandlungen von Compiègne, Spa, Trier und Brüssel: Notenwechsel, Verhandlungsprotokolle, Verträge, Gesamttätigkeitsbericht*, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte, Berlín, 1928.

Martí, J., «Notícia sobre la vida i l'obra de Frederic Pujulà i Vallès», en F. Pujulà i Vallès, *Homes artificials*, Pleniluni, Alella, 1986, pp. 125-143.

Martin, C., *Die Kollektivsymbolik der Jahreszeiten im politisch-lyrischen Diskurs des Vormärz*, Verlag Dr. Kovač, Hamburg, 2005.

Martin, L., *The Treaties of Peace 1919-1923*, vol. II, Carnege En., Nueva York, 1924.

Martín i Berbois, J. Ll. y S. Tavera (eds.), *Sufragisme i sufragistes: reivindicant la ciutadania política de les dones*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2019.

Martín Muñoz, G., *Iraq. Un fracaso de Occidente (1920-2003)*, Tusquets editores, Barcelona, 2003.

Martins, L. A. F. (dir.), *Portugal na Grande Guerra*, Editorial Ática, Lisboa, 1934.

—, *As Virtudes Militares na Tradição Histórica de Portugal*, Lisboa, 1953.

Martínez Fiol, D., *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918): la falsa oportunitat mancada*, Tesis de licenciatura dirigida por el Dr. Enric Ucelay-Da Cal, UAB, 1987.

—, *El catalanisme i la Gran Guerra (1914-1918). Antologia*, La Magrana/Diputació de Barcelona, Barcelona, 1988.

—, «L'amistat impossible: França i Catalunya durant la Primera Guerra Mundial», *L'Avenç*, n.º 140, setembre del 1990, pp. 16-20.

—, *Els voluntaris catalans a la Gran Guerra (1914-1918)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991.

—, *Daniel Domingo Montserrat (1900-1968). Entre el marxisme i el nacionalisme radical*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2001.

—, «Els intel·lectuals poilus i el mite dels "voluntaris catalans"», *L'Avenç*, n.º 294, 2004, pp. 29-33.

—, «"Cavallers del treball": función pública, corporativismo y asociacionismo profesional en Cataluña (1900-1936)», *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, n.º 45, 2011, pp. 149-167.

—, «El nacionalismo revolucionario catalán: militarismo, cultura, sindicalismo y función pública. El caso de Daniel Domingo Montserrat (1900-1968)», *Hispania Nova: Revista de historia contemporánea*, n.º 16, 2018, pp. 69-96.

Martínez Fiol, D. y J. Esculies, *1917. El año en que España pudo cambiar*, Renacimiento, Sevilla, 2018.

Martínez Fiol, D. y J. Pich Mitjana, «Ir a la guerra. Preferible en Francia que en Marruecos. La proyección intervencionista en la aliadofilia española (1914-1918)», en C. Sanz Díaz y Z. Petrovici (dirs.), *La Gran Guerra en la España de Alfonso XIII*, Sílex, Madrid, 2019, pp. 141-170.

Matijevic, Z., «Narodno Vijece Slovenaca, Hrvata i Srba u Zagrebu: Osnutak, djelovanje i nestanak (1918/1919)», *Fontes: Izvori za Hrvatsku Povijest*, 14, 1, 2008, pp. 36-37.

Maurice, P., «Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, un mito paradoxal en RDA», *Revue internationale Revista internacional www.senspublic.org* (Artículo publicado en línea: 2012/11, <http://www.sens-public.org/arti cle.php3?id_article=998)>, pp. 1-12.

Mazower, M., *The Balkans*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 2000.

—, *La ciudad de los espíritus. Salónica desde Suleimán el Magnífico hasta la ocupación nazi*, Crítica, Barcelona, 2009.

—, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barlin Libros, Valencia, 2017.

Mayer, A. J., *Wilson vs. Lenin; Political Origins of the New Diplomacy 1917-1918*, World Publishing Company, Cleveland, 1964.

—, *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Alianza, Madrid, 1984.

McKevitt, A., *Consuming Japan*, University of North Carolina Press, 2017.

McMeekin, S., *The Ottoman Endgame*, Penguin, Nueva York, 2015.

Meaker, G., «A Civil War of Words: the ideological impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en H. A. Schmitt (ed.), *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*, University Press of Virginia, Charlottesville, 1988, pp. 1-65.

Mee, Ch. L., *The End of order: Versailles, 1919*, E.P. Dutton, Nueva York, 1980.

Mees, L., «El nacionalismo vasco entre 1903 y 1923», en <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/vasconia/vas17/17113140.pdf>, pp. 115-139.

Memorandum presented to the Peace Conference, in Paris, concerning the claims of the Kingdom of the Serbians, Croatian and Slovenes, n/d, París, 1919.

Mendoza, E., *La Verdad sobre el caso Savolta*, Seix Barral, Barcelona, 1975.

Menéndez Alzamora, M., *La generación del 14. Una aventura intelectual*, Siglo XXI, Madrid, 2006.

Meneses, F. R. de, *União Sagrada e Sidonismo. Portugal em Guerra (1916-1918)*, Edições Cosmo, Lisboa, 2000.

Mengo, F. M., *La minoranza italiana in Istria: Localismo, nazionalità e costruzione di un'identificazione jugoslava (1943-1954)*, tesis doctoral, Universitat Pompeu Fabra, a.a. 2016/17.

Merlicco, G., «La crisi di luglio e la neutralità italiana: l'impossibile conciliazione tra alleanza con l'Austria e interessi balcanici», *Itinerari di Ricerca Storica*, año XXXII, n.º 2, 2018, pp. 13-26.

Meyer, J., *La Cruzada por México. Los católicos de Estados Unidos y la cuestión religiosa en México*, Tusquets/Océano, México, 2008.

Meyer, J., E. Krauze y C. Reyes, *Historia de la revolución mexicana. Período 1924-1928. Estado y sociedad con Calles*, El Colegio de México, México, 1977.

Mick, C., «1918: Endgame», en J. Winter (ed.), *The Cambridge History of the First World War Volume 1 Global War*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014.

Miller, J. D. B., *Norman Angell and the Futility of War: Peace and the Public Mind*, Palgrave Macmillan, Londres, 1986.

Miller, S., *Burgfrieden und Klassenkampf: Die deutsche Sozialdemokratie im Ersten Weltkrieg*, Verlag Droste, Düsseldorf, 1974.

Miquel, P., *Clemenceau: la guerre et la paix*, Tallandier, París, 1996.

Moliner Prada, A., «Identitats compartides. Emmanuel Brousse i la nacionalitat catalana», *Butlletí de la Societat Catalana d'Estudis Històrics*, n. XXVIII, 2017, pp. 405-443.

Molnár, M. y A. Reszler (dir.), *Vienne, Budapest, Prague…, Les hautes-lieux de la culture moderne de l'Europe centrale au tournant du siècle*, PUF, París, 1988.

Monange, J., *La Légion Arabe de 1917 dans le Hejaz en guerre*, CNRS Éditions, París, 2019.

Monreal Zia, G., «Fidel de Sagarmínaga intérprete de la constitución histórica vizcaína y heraldo de una nueva política vasca de recuperación de los fueros (1830-1894)», *Notitia vasconiae: revista de derecho histórico de Vasconia*, n.º 1, 2002, pp. 251-314.

Montefiore, S. S., *Los Romanov (1613-1918)*, Crítica, Barcelona, 2018.

Montero, E., «Luís Araquistáin y la propaganda aliada durante la Primera Guerra Mundial», *Estudios de Historia Social*, n.º 24-25, enero-junio de 1983, pp. 245-266.

Monzali, L., *Gli italiani in Dalmazia e le relazioni italo-yugoslave nel Novecento*, Marsilio, Venecia, 2015.

Morales Lezcano, V., *El colonialismo hispanofrancés en Marruecos (1898-1927)*, Siglo XXI, Madrid, 1976.

—, «"Revista España", semanario de la vida nacional (1915-1924)», *Hispania*, n.º 141, 1979, pp. 201-215.

Moravec, Z., *L'Italie et les Yougoslaves (Avec un Exposé des Relations Italo-Yougoslaves pendant la guerre et des Documents a l'appui)*, Imprimierie Lang, Blanchong et Cie., París, 1919.

Moreno Luzón, J., «Nacionalizar la Monarquía. Proyectos, logros y fracasos del Partido Liberal (1898-1913)», en M. Cabrera y J. Moreno Luzón (eds.), *Regeneración y reforma. España a comienzos del siglo XX*, Fundación BBVA, Madrid, 2002, pp. 169-195.

—, «Canalejas y el nacionalismo liberal español (1898-1912)», en Ch. Fe-

rreira e I. Pena, *Congreso José Canalejas e a súa Epoca: actas do congreso en Ferrol, os días 6, 7, 8 e 9 d'abril*, Conselleria de Cultura e Deporte, Xunta de Galicia, 2005, pp. 71-86.

Moreno Mínguez, C., *Breve Historia del Imperio austrohúngaro*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2015.

Morente, F., J. Pomés y J. Puigsech (eds.), *La rabia y la idea. Política e identidad en la España republicana (1931-1936)*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2016.

Morgan, K. O., *The Age of Lloyd George*, Allen and Unwin, Londres; Barnes and Noble, Nueva York, 1971.

Morgan, K., «"Soldado de la paz". Henri Barbusse y la paradoja del comunismo antimilitarista», en F. Morente y J. Rodrigo (eds.), *Tierras de nadie. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias*, Comares, Granada, 2014, pp. 155-178.

Morris, J. M., *The Ambulance Drivers: Hemingway, Dos Passos and a Friendship made and lost in war*, Da Campo Press, Filadelfia, 2017.

Mülhausen, W., «Friedrich Ebert in German political memory», en <https://www.ghi-dc.org/fileadmin/user_upload/GHI_Washington/Publications/Other_GHI_Publications/Institutions_of_Public_Memory/115.pdf>.

Mulvagh, C., «Ulster Exclusion and Irish Nationalism: Consenting to the Principle of Partition, 1912-1916», *Revue Française de Civilisation Britannique*, XXIV-2, 2019, 22 pp.

Nause, T., G. Oster y W. von Plettenberg, *100 años de la Cámara de Comercio Alemana para España/ 100 Jahre Deutsche Handelskammer für Spanien (1917-2017)*, Cámara de Comercio Alemana para España, Madrid, 2017.

Navarra Ordoño, A., *1914. Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*, Madrid, Cátedra, 2014.

—, *Aliadòfils i germanòfils a Catalunya durant la Primera Guerra Mundial*, Generalitat de Catalunya-Centre d'Història Contemporània de Catalunya, Barcelona, 2016.

—, (coord.), «L'impacte de la Primera Guerra Mundial a Catalunya», *Afers*, n.º 89, 2018, pp. 19-132.

—, *Ortega y Gasset y los catalanes*, Fórcola, Madrid, 2019.

Nenni, P., *Storia di quattro anni (1919-1922)*, Einaudi, Turín, 1946.

Nicolson, H. G., *El Congreso de Viena*, Sarpe, Madrid, 1985.

Nielsen, Ch. A., *Making Yugoslavs. Identity in King Aleksandar's Yugoslavia*, Universityof Toronto Press, Toronto, Buffalo, Londres, 2014.

Nin, A., *Socialisme i nacionalisme (1912-1934). Escrits republicans, socialistes i comunistes*, edición de Pelai Pagés, La Magrana-Diputació de Barcelona, Barcelona, 1985.

—, *Los movimientos de emancipación nacional*, Fontamara, Barcelona, 1977 [1935].
—, *Las organizaciones obreras internacionales*, Fontamara, Barcelona, 1978.
Nish, I. H., *Alliance in Decline: A Study in Anglo-Japanese Relations, 1908-1923*, Athlone Press, Londres, 1972.
Núñez Seixas, X. M., «Ecos de Pascua, mitos rebeldes. El nacionalismo vasco e Irlanda (1890-1939)», *Historia Contemporánea*, 55, pp. 447-482.
—, «¿Protodiplomacia exterior o ilusiones ópticas? El nacionalismo vasco, el contexto internacional y el Congreso de Nacionalidades europeas (1914-1937)», *Cuadernos de Sección. Historia-Geografía*, 23, 1995.
—, «Espías, idealistas e intelectuales: La *Union des Nationalités* y la política de nacionalidades durante la I Guerra Mundial (1912-1919)», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. H.ª Contemporánea*, t. 10, 1997.
Oller i Rabassa, J., *Quan mataven pels carrers*, Llibreria Catalònia, Barcelona, 1934.
Omura, B. *The last genro: Prince Saionji, the man who westernized Japan*, J.B. Lippincott Co., Filadelfia, 1938.
Ormos, M., *Padovától Trianonig, 1918-1920*, Kossuth Könyvkiadó Budapest, 1983.
Ortega y Gasset, J., «Vieja y nueva política. Conferencia de José Ortega y Gasset, mayo de 1914, Teatro de la Comedia (Madrid)», *Sociología Crítica. Artículos y textos para debate y análisis de la realidad social* (Posted on 2015/05/30), en <https://dedona.wordpress.com/2015/05/30/vieja-y-nueva-politica-conferencia-de-jose-ortega-ygasset-mayo-de-1914-teatro-de-la-comedia-madrid/>.
—, *La rebelión de las masas*, Revista de Occidente, Madrid, 1968 [1929].
Ortiz de Urbina, Paloma, «La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias: la imagen de Alemania en España a partir de 1914», *Revista de Filología Alemana*, n.º 15/1, 2007, pp. 193-206.
Ossa Echaburu, R., «Ramón de la Sota y Llano. Un gran capitán de empresa vasco, en las antípodas del derrotismo del "98"», en <http://bidebarrieta.com/includes/pdf/Ossa_2014 12 01 1846 35.pdf>, pp. 193-208.
Pablo, S. de, «El nacionalismo vasco ante el estado español», *Studia Storica*, 18, 2000, pp. 79-93.
Páez-Camino Arias, F., *«Vieja y nueva política»: un enfoque histórico* (Conferencia pronunciada en la Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca el día 3 de diciembre de 2015), Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca, Madrid, 2016.
Pagès, P., *Andreu Nin: su evolución política (1911-1937)*, ZYX, Bilbao, 1975.

—, *Perseguint Andreu Nin: informes, telegrames i confidències de la policia española*, Editorial Base, Barcelona, 2019.

Palacios Cerezales, D., *A culatazos: Protesta popular y orden público en el Portugal contemporáneo*, Genueve Ediciones, Palma de Mallorca, 2011.

—, «La calle y el orden. La difícil republicanización de la policía portuguesa», en E. Ucelay Da-Cal, J. Pich y S. Benassar, *A redòs de Portugal. Jornades internacionals de commemoració del centenari de la república portuguesa*, Nova editorial, Barcelona, 2014, pp. 137-177.

Pan-Montojo, J. (ed.), *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, Alianza, Madrid, 1998.

Pando, J., *Un Rey para la esperanza. La España humanitaria de Alfonso XIII en la Gran Guerra*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.

Papian, A. A., «The arbitral award on Turkish-Armenian boundary by President of the USA Woodrow Wilson (nov. 22, 1920) [Historical Background, Legal Aspects and International Dimensions]», *Fundamental Armenology*, n.º 1, 2015 <http://www.fundamentalarmenology.am/datas/pdfs/69.pdf>.

Pastor, P., *Hungary between Wilson and Lenin: The Hungarian Revolution of1918-1919 and the Big Three, East European Monographs*, n.º 20, Boulder, Colo, East European Quarterly, 1976 (distribuido por Columbia University Press, Nueva York).

Paxton, R., *The Anatomy of Fascism*, Penguin Books, Londres, 2003.

Payne, S. G., *La Europa revolucionaria: las guerras civiles que marcaron el siglo XX*, Temas de Hoy, Madrid, 2011.

Pedersen, S., *The Guardians: The League of Nations and the Crisis of Empire*, Oxford University Press, Oxford, 2015.

Pelling, H., *Histoire du syndicalisme britannique*, Éditions du Seuil, París, 1967.

Pereira Castañares, J. C., «El Partido Laborista Británico», *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, n.º 1, 1980, pp. 171-186.

Perfetti, F., *Fiumanesimo, sindacalismo e fascismo*, Bonacci, Roma, 1988.

Perticone, G., *La política estera italiana dal 1861 al 1914*, ERI, Turín, 1967.

Pestaña, Á., *Terrorismo en Barcelona. Memorias inéditas*, Planeta, Barcelona, 1979.

Pflüger Samper, J. E., «La generación política de 1914», *Revista de Estudios Políticos* (Nueva Época), n.º 112, abril-junio de 2001, pp. 179-197.

Phelan, A., *El dilema de Weimar. Los intelectuales en la República de Weimar*, Edicions Alfons el Magnànim, IVEI, València, 1990.

Piahanau, A., «Czechoslovak-Hungarian Border Conflict, 1918-1920», *R. Gerwarth. 1914-1918 online. International Encyclopedia of the First World War*, 2018, ff10.15463/ie1418.11274ff. ffhal01908114f en <https://hal-univ-tlse2.archives-ouvertes.fr/hal-01908114/document>.

— ,«Hungarian War Aims During WWI: Between Expansionism and Separatism», *Central European Papers*, 2014/2/2, pp. 95-107, en <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01261461/document>.

Pich Mitjana, J., *«Les Llums s'apaguen a tot Europa»: la fi de la Belle Époque*, Barcelona, Nova Editorial, 2014.

—, «La "Belle Époque"?», en E. Ucelay-Da Cal y J. Pich (eds.), *La fi de la Belle Époque i la Gran Guerra*, N.E., Barcelona, 2016 (2.ª ed. digital 2017), pp. 43-84.

Pich Mitjana, J. y D. Martínez Fiol, *La revolución de julio de 1909. Un intento fallido de regenerar España*, Editorial Comares, Granada, 2019.

Pich Mitjana, J., D. Martínez Fiol, A. Navarra Ordoño y J. Puigsech Farràs (ed.), *Viajeros en el país de los sóviets*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2019.

Pilbeam, Pamela M., *The Middle Classes in Europe 1789-1914. France, Germany, Italy and Russia*, MacMillan Education Ltd., Londres, 1990.

Pipes, R., *Russia under the Bolshevik Regime 1919-1924*, Fontana Press, Londres, 1995.

Pires, A. P., *Portugal e a I Guerra Mundial. A República e a Economia de Guerra*, Casal de Cambra, Caleidoscópio, 2011.

—, «The First World War in Portuguese East Africa: Civilian and Military Encounters in the Indian Ocean», *E-Journal of Portuguese History*, vol. 15, n.º 1 (junio de 2017).

Pirjevec, J., *Le guerre jugoslave. 1991-1999*, Einaudi, Torino, 2001.

Pleterski, J., *Koroški plebiscit 1920. Poskus enciklopedicne razlage gesla o koroškem plebiscitu*, Zveza zgodovinskih društev Slovenije, Ljubljana, 2003.

Poblet, J. M., *La campaña autonomista a Catalunya dels anys 1918-1919*, Pòrtic, Barcelona, 1970.

Pons, S., *La rivoluzione globale. Storia del comunismo internazionale 1917-1991*, Einaudi, Turín, 2012.

Pöppinghaus, E. W., «¿Intercambio cultural, proyección cultural o imperialismo cultural? Aspectos de las relaciones culturales germano-españolas entre 1918 y 1932», en W. L. Bernecker (ed.), *España y Alemania en la Edad Contemporánea*, Vervuert, Editionen der Iberoamericana, Frankfurt am Main, 1992, pp. 89-117.

—, *Moralische Eroberungen?: Kultur und Politik in den deutschspanischen Beziehungen der Jahre 1919 bis 1933*, Frankfurt am Main, Vervuert, 1999.

Pradas Baena, M. A., *L'Anarquisme i les lluites socials a Barcelona 1918-1923: La repressió obrera i la violència*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2003.

Priestland, D., *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*, Crítica, Barcelona, 2010.

«Primera Guerra Mundial en Euskal Herria», *Auñamendi Eusko Entziklopedia*, Fundación Bernardo Estornés Lasa, reproducido en <http://aunamendi.euskoikaskuntza.eus/en/primera-guerra-mundial-en-euskal-herria/ar-104038/>.

Prospecto de la Liga de Educación Política Española, Renacimiento, Madrid, 1914.

Pugh, M., *Lloyd George*, Longman, Londres, 1988.

Puigsech, J., «Rusia, un potente foco de atracción para el viejo continente», en J. Pich Mitjana, D. Martínez Fiol, A. Navarra Ordoño y J. Puigsech Farràs (eds.), *Viajeros en el país de los sóviets*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2019, pp. 19-30.

Pujadas i Martí, X., *Marcel·lí Domingo i el marcel·linisme*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1996.

Pupo, R. (ed.), *La vittoria senza pace. Le occupazioni militari italiane allá fine della Grande Guerra*, Laterza, Roma-Bari, 2014.

— ,*Fiume città di passione*, Laterza, Bari-Roma, 2018.

Pyle, K., *Japan Rising: The Resurgence of Japanese Power and Purpose*, Public Affairs, Nueva York, 2007.

Rafanell, A., «Intel·lectuals catalans pro Germània», *Afers*, n.º 64/1, 2009, pp. 587-607.

Rapport, M., *1848: Year of Revolution*, Basic Books, Nueva York, 2009.

Ratliff, W. G., *The political career of Gustav Noske, 1918-1920*, Thesis, Texas Tech University, 1980.

Recchia, S. y N. Urbinati (eds.), *A Cosmopolitanism of Nations: Giuseppe Mazzini's Writings On Democracy, Nation Building, and International Relations*, Princeton University Press, Princeton, 2009.

Recchia, S., «The Origins of Liberal Wilsonianism: Giuseppe Mazzini on Regime Change and Humanitarian Intervention», *Just and Unjust Military Intervention: European Thinkers from Vitoriato Mill*, S. Recchia y J. Welsh (ed.), Cambridge University Press, Cambridge, 2013, pp. 237-262.

Reig Tapia, A., *La Cruzada de 1936. Mito y memoria*, Alianza, Madrid, 2006.

Renner, K., *Estado y nación; El derecho de las naciones a la autodeterminación*, trad. J. Borja y Álvarez, Tecnos, Madrid, 2014.

Restrepo Zapata, J. D., «La Constitución alemana de Weimar (1919) ¿una utopía en medio de la crisis? Un análisis histórico a sus aspectos interventores, modernizadores y derechos sociales», *Estudios Internacionales*, 190, 2018, Instituto de Estudios Internacionales, Universidad de Chile, pp. 85-106.

Riddell, J., *The Communist International in Lenin's Time, vol. 3: Founding the Communist International: Proceedings and Documents of the First Congress: March 1919*, Pathfinder Press, Nueva York, 1987.
Riquer, B. de, *Alfons XIII i Cambó, unes relacions difícils* (discurso leído por el autor en la Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona y contestado por Carlos Seco Serrano el día 11 de diciembre de 2008), Reial Acadèmia de Bones Lletres, Barcelona, 2008.
— *Alfonso XIII y Cambó. La monarquía y el catalanismo*, RBA, Barcelona, 2013.
Rivisi, S., *La constitución turca republicana*, fragmento de libro extraído de <https://dialnet.unirioja.es›articulo›2129286>, pp. 127-130.
Roberts, S. G. H., «Miguel de Unamuno y la Gran Guerra», *Monteagudo*, 3.ª Época, n.º 19, 2014, pp. 133-144.
Robles Egea, A., «La Conjunción Republicano-Socialista: una síntesis de liberalismo y socialismo», *Ayer*, n. 54, 2004, pp. 97-127.
«"Rocking the nation": the popular culture of neo-nationalism», en <http://real.mtak.hu/47634/1/Music_Neo_nationalism_2Revised_NatNat_MF_u.pdf>.
Rodrigo, J., *Una Historia de violencia. Historiografías del terror en la Europa del siglo XX*, Barcelona, Anthropos, 2017.
Rodrigo, J. y D. Alegre, *Comunidades rotas. Una historia global de las guerras civiles, 1917-2017*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019.
Rodríguez García, María, «En torno al problema de España: La propuesta de José Ortega y Gasset en *Vieja y nueva política*», *Astrolabio. Revista internacional de filosofía*, n.º 19, 2017, pp. 1-11.
Rogan, E., *The Fall of the Ottomans. The Great War in the Middle East*, Basic Books, Nueva York, 2016.
Roig i Rosich, J. M., *Francesc Macià: polític, teòric, agitador. Documents (1907-1931)*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 2010.
Romero Maura, J. *«La rosa de fuego». El obrerismo barcelonés de 1899 a 1909*, Alianza, Madrid, 1989.
Romero Salvadó, F. J., *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Crítica, Barcelona, 2002.
Romsics, I., *Magyarország története a XX. században (Historia de Hungría en el siglo XX)*, Osiris Kiadó, Budapest, 2010.
—, «Trianon és a magyar politikai gondolkodás, en *Magyarország felbomlása és a trianoni békeszerződés a magyar és szlovák kollektív emlékezetben, 1918-2010*, Limes, Tatabánya, 2010.
—, «La Hongrie et la question nationale en 1918-1919 (Hungría y la cuestión nacional en 1918-1919)», *Les cahiers Irice*, 2015/1:13, pp. 91-92, en <https://www.cairn.info/revue-les-cahiers-irice-2015-1-page-91.htm>.

—, «Trianon», *BBC History*, junio de 2013, pp. 138-143, 138-140, <http://egyetemi.hu/fajlok/tortenelem/BBC_Trianon.pdf>.
Rosdolsky, R., *Engels and the «Nonhistoric» Peoples*: *The National Question in the Revolution of 1848*, Critique Books, Glasgow, 1987.
Rosselli, N., *Mazzini e Bakunin: dodici anni di movimento operaio in Italia,1860-1872*, Einaudi, Torino, 1985.
Rosmer, A., *Le mouvement ouvrier pendant la Première Guerre Mondiale - De l'Union sacrée à Zimmerwald*, Les Bons Caractères, Pantin, 2018.
Rouquier, Viviane, *La caricature antihitlérienne dans la presse satirique allemande de 1923 à 1933*, Thèse de doctorat en Études germaniques, sous la direction de Madame Françoise Knopper, Université Toulouse 2 Le Mirail (UT2 Le Mirail), 2012, 2 vols.
Rovira i Virgili, A., *Les valors ideals de la guerra*, Societat Catalana d'Edicions, Barcelona, 1916.
—, *Nacionalisme i federalisme*, prólogo de I. Molas, Edicions 62, Barcelona, 1982.
—, *Notes obreres*, edición a cargo de Jaume Sobrequés i Callicó, La Magrana, Barcelona, 1986.
—, *La Guerra de les nacions. Crònica coetània de la Primera Guerra Mundial*, estudio introductorio de J. Sobrequés, Centre d'Història Contemporània de Catalunya, Barcelona, 2016.
Rusconi, G. E., *L'azzardo del 1915. Come l'Italia decide la sua guerra*, Il Mulino, Bolonia, 2005.
Sabatier, G., *Tratado de Brest-Litovsk de 1918. Frenazo a la revolución*, Ediciones Espartaco Internacional, Barcelona, 2001.
Safont, J., *Per França i Anglaterra: La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Acontravent, Barcelona, 2012.
—, «La revista aliadófila Iberia (1915-1919): un hito generacional del catalanismo liberal», *Ínsula*, n.º 804, desembre del 2013, pp. 35-38.
Said, E. W., *Orientalism*, Pantheon Books, Nueva York, 1978.
Saiz Valdivieso, A., *Triunfo y tragedia del periodismo vasco (Prensa y política) 1900-1939*, Editorial Nacional, Madrid, 1977.
Salaris, C., *Alla festa della rivoluzione*, Il Mulino, Bolonia, 2002.
Sanborn, J., «El Imperio ruso», en R. Gerwarth y E. Manela (ed.), *Imperios en Guerra, 1911-1923*, trad. M. Veuthey, Biblioteca Nueva, Madrid, 2015, pp. 147-171.
Sánchez Arteaga, J. M. «La biología humana como ideología: el racismobiológico y las estructuras simbólicas de dominación racial a fines del siglo xix», *THEORIA*, 61, 2008, pp. 107-124.
Sánchez Arteaga, J. M., Cl. Sepúlveda y Ch. N. El-Hani, «Racismo científico, procesos de alterización y enseñanza de ciencias», *Magis, Revista Inter-*

nacional de Investigación en Educación, 6 (12), Edición especial Enseñanza de las ciencias y diversidad cultural, pp. 55-67.

Sánchez, A. (dir.), *Barcelona 1888-1929. Modernidad, ambición y conflictos de una ciudad soñada*, Alianza, Madrid, 1992.

Sánchez i Cervelló, J., *Marcel·lí que torna*, Amics de l'Ebre-Autoritat Portuària de Tarragona, 1995.

Sancho, J., *El Marcel·linisme a les Terres de l'Ebre (1914-1939)*, Onada, Benicarló, 2016.

Sancho i Sancho, J., *El marcel·linisme a les Terres de l'Ebre (1914-1939)*, tesis doctoral, Universitat Autónoma de Barcelona, 2014.

Sánchez Tabernero, A., *El Correo español-El pueblo vasco y su entorno informativo (1910-1985)*, Servicio de publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1989.

Sbutega, A., *Storia del Montenegro: Dalle origini ai giorni nostri*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2006.

Schorske, C. E., *La Viena de fin de siglo. Cultura y política*, Siglo XXI, Madrid, 2011.

Schreuder, D. M., «Gladstone and Italian unification, 1848-70: the making of a Liberal?», *The English Historical Review*, vol. 85, n.º 336, 1970, pp. 475-501.

Schulze, H., *Kleine deutsche Geschichte*, Deutscher Taschenbuch Verlag, München, 1998.

Schwabe, K., *Deutsche Revolution und Wilson-Frieden: Die amerikanische und deutsche Friedensstrategie zwischen Ideologie und Machtpolitik 1918/19*, Droste, Düsseldorf, 1971.

Sedouy, J.-A. de, *Le Congrès de Vienne: l'Europe contre la France, 1812-1815*, Perrin, París, 2003.

Service, R., *Historia de Rusia en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2000.

Serrão, J. V., *História de Portugal*, Verbo, Lisboa, 1980.

—, *A primeira república (1910-1926). História política, religiosa, militar e ultramarina*, Verbo, Lisboa, 1989.

Sfiligoj, A. «Dalla Prima Guerra al Fascismo», a VV. AA., *I cattolici isontini nel XX secolo*, vol. 2, Istituto di Storia sociale e religiosa, Gorizia, 1982.

Sharp, A., *The Versailles Settlement. Peacemaking after the First World War, 1919-1923*, Palgrave-Macmillan, Londres, 2018.

Shaw, S. J. y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey, vol. II: Reform, Revolution and Republic: The Rise of Modern Turkey, 1808-1975*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

Shimazu, N., *Japan, Race, and Equality*, Routledge Japanese Studies, 2009.

Shirer, W. L., *Auge y caída del Tercer Reich*, vol. I, Planeta, Barcelona, 2013.

Shlaim, A., *El muro de hierro. Israel y el mundo árabe*, Almed, Granada, 2003.

Siklós, A., *Revolution in Hungary and the Dissolution of the Multinational State 1918*, Akadémiai Kiadó, Budapest, 1988.

Silva, F. E. da, *Cousas de Portugal*, França & Arménio, Coimbra, 1919.

Sigmann, J., *1848: Las revoluciones románticas y democráticas de Europa*, trad. V. Testa, 3.ª ed., Siglo XXI, México, D. F., 1985.

Simpson, C. y Ph. Knightley, *La vida secreta de Lawrence de Arabia*, Bruguera, Barcelona, 1975.

Smith, D. M., *I Savoia Re d'Italia*, Biblioteca Universitaria Rizzoli, Milán, 1992.

Smith, J., *The Tories and Ireland. Andrew Bonar Law and the conservative strategy Towards the third Home Rule Bill 1911-1914*, Ph. D., Londres School of Economics, 1994.

Smodlaka, J., *Yugoslav territorial claims*, Lang-Blanchong, París, 1919.

Sobrequés, J., *Antoni Rovira i Virgili: història i pensament polític*, Curial, Barcelona, 2002.

Sorby Jr., K., «Arab nationalism afterthe Young Turk revolution (1908-1914)», *Asian and African Studies*, 14, 2005, 1, pp. 4-21.

Sotirovic, V. B., «"Megali Idea" and Greek Irredentism in the Wars for a Greater Greece, 1912-1923. The origins of Megali Idea» (diciembre de 2018) en <https://www. researchgate.net/publication/329483915>.

Southworth, H. R., *El mito de la Cruzada de Franco*, Debolsillo, Barcelona, 2008 [Ruedo Ibérico, París, 1963].

Soutou, G.-H.,«Les grandes puissances et la question des nationalités en Europe centrale et orientale pendant et après la Première Guerre Mondiale: actualité du passé?», *Politique étrangère*, n.º 3, 1993.

Stalin, I., *El marxismo y la cuestión nacional*, <https://www.marxists.org/espanol/stalin/1910s/vie1913.htm>. Versión rusa en <https://www.marxists.org/russkij/stalin/t2/marxism_nationalism.htm>.

Stetoff, Rebecca, *Faisal*, Tiempo Cultural, Buenos Aires, 1991.

Suárez Cortina, M., «La división del republicanismo histórico y la quiebra de la conjunción republicano-socialista», en S. Julià (coord.), *El socialismo en España: desde la fundación del PSOE hasta 1975*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1986, pp. 141-160.

Suárez Cortina, M., *El reformismo en España. Republicanos y reformistas bajo la Monarquía de Alfonso XIII*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

Subirats Piñana, J., *Marcel·lí Domingo, per ell mateix*, Columna, Barcelona, 1995.

Sullam, S. L., *Giusseppe Mazzini and the origins of fascism*, Palgrave Macmillan, 2015.

Taibo II, P. I., *Que sean fuego las estrellas. Barcelona (1917-1923)*, Crítica, Barcelona, 2016.

Tamas, V. L., «A Trianoni Diktátum Aláírója: a Miniszter Bérnard Ágoston», en <http://acta.bibl.u-szeged.hu/29810/1/kek_010_067-079.pdf>, pp. 67-79.

Tejel, J., «Minorías y construcción del Estado en Oriente Medio», *Afkar/Ideas* (invierno de 2016/2017), pp. 16-19.

Telo, A. J., *O sidonismo e o movimento operário português. Luta de classes em Portugal, 1917-1919*, Ulmeiro, Lisboa, 1977.

—, *Decadência e queda da I Repùblica Portuguesa*, 2 vols., A regra do jogo, Lisboa, 1980.

Temperley, H., «How the Hungarian Frontiers Were Drawn», *Foreign Affairs*, 6, 1928, pp. 432-447, <https://www.foreignaffairs.com/articles/hungary/1928-04-01/how-hungarian-frontiers-were-drawn>.

The National Claims of the Serbians, Croatians and Slovenes presented to the Brothers of the Allied Countries by the Serbian Brothers, L'Émancipatrice, París, 1919.

Thomson, L.-L., *La Retraite de Serbie (octubre-diciembre de 1915)*, Mémoires et récits de guerre, Librairie Hachette, et cie., París, 1916.

Todero, F. (ed.), *L'irredentismo armato:gli irredentismi europei davanti alla guerra. Atti del Convegno di studi (Gorizia, 25 maggio, Trieste, 26-27 maggio 2014)*, Istituto regionale per la storia del movimiento di liberazione nel Friuli Venezia Giulia, Trieste, 2015, 2 vols.

Toland, J., *The Rising Sun. The decline and fall of the Japanese Empire 1936-1945*, Random House, 2003 [1970].

Tooze, A., *El Diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Crítica, Barcelona, 2016.

Torre Gómez, H. de la, *Del peligro español a la amistad peninsular:España - Portugal, 1919-1930*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, 1984.

Torre del Río, R. de la, *El Congreso de Viena (1814-1815)*, Universidad Complutense, Catarata, Madrid, 2015.

Torres Villanueva, E., «Ramón de la Sota: la contribución de un empresario vasco a la modernización política y económica de la España de la Restauración», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V., H.ª Contemporánea, T. 3, 1990, pp. 191-198.

Torrey, G. E., «Romania in the First World War: The Years of Engagement, 1916-1918», *The International History Review*, 14, 3, 1992, pp. 462-479.

Traverso, E., «La fábrica del odio. Xenofobia y racismo en Europa», *Constelaciones. Revista de Teoría crítica*, n.º 4 (diciembre de 2012), pp. 411-417.

Trencsényi, B., D. Petrescu, C. Petrescu, C. Iordachi y Z. Kántor (eds.), *Nationbuilding and contested identities. Romanian and Hungarian Case Studies*, Regio Books & Iasi, Editura Polirom, Budapest, 2001.

Trotskii, L. D., *Kak vooruzhalas' revoliutsiia*, Vysshyi voennyi redaktsionnyi sovet, Moskva, 1923-1925, <http://elib.shpl.ru/ru/nodes/28126-trotskiy-l-d-kak-vooruzhalas-revolyutsiya-na-voennoy-rabotem-1923-1925-materialy-i-dokumenty-po-istorii-rasnoy-armii>.

—, *Manifiesto de Zimmerwald*, <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/1915/septiembre/08.htm> [consultado el 5/7/2019]; [versión alemana del texto, https://www.marxists.org/deutsch/archiv/trotzki/1915/09/zimmerwald.htm y versión rusa, *Tsimmerval'dskaia i Kintal'skaiakonferencii: Ofitsial'nye dokumenty*, Leningrad & Moskva: Kniga, 1924, <http://xn--80aagr1bl7a.net/index.php?md=books&to=art&id=4259>.

Tuchman, Barbara W., *La Torre del orgullo. Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial*, Península, Barcelona, 2007.

Türköz, M., «Fathering the Nation. From Mustafa Kemal to Atatürk», *Traditiones*, 43 (1), 2014, pp. 53-64.

Turull, P. M., *La nueva revolución*, Barcelona, Imprenta de Heinrich y Cía., 1919.

Ucelay-Da Cal, E., *Estat Català: The strategies of separation and revolution of catalán radical nationalism (1919-1933)*, Dissertation presented in Columbia University, 1979, 3 vols.

—, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-39)*, La Magrana, Barcelona, 1982.

—, «Daniel Cardona i Civit i l'opció armada del nacionalisme radical català (1890-1943)», en D. Cardona i Civit, *«La Batalla» i altres textos*, La Magrana, Barcelona, 1984.

—, *Francesc Macià. Una vida en imatges*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, 1984.

—, «La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923», en Borja de Riquer (dir.), *Història de la Diputació de Barcelona*, vol. II, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1987, pp. 99-139.

—, *Macià i el seu temps*, Diputació de Barcelona, Barcelona, 1988.

—, *Llegar a capital. Rango urbano, rivalidades interurbanas y la imaginación nacionalista en la España del siglo XX*, Fundació Rafael Campalans, Barcelona, 1997.

—, «Com independitzar-se a Europa (i Amèrica) abans de 1931: Corona o República?», en A. Gonzàlez i Vilalta, *Une Catalogne independant? Geopolítica europea Guerra Civil española (1936-1939)*, Memorial Democràric, Barcelona, 2017, pp. 41-77.

—, *Breve historia del separatismo catalán*, Penguin Random House, Barcelona, 2018.

—, «Boj za Maribor in štajersko Podravlje leta 1918/19», *Zgodovinski Casopis*, 15, 1961, pp. 65-152.

Ucelay-Da Cal, E. y J. Esculies, *Macià al país del soviets*, Edicions del 1984, Barcelona, 2015.

Ucelay-Da Cal, E. y J. Pich Mitjana (eds.), *La Fi de la Belle Époque i la Gran Guerra*, Nova Editorial, Barcelona, 2016.

Unamuno, M. de, *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, introducción y edición de Christopher Cobb, Tamesis Books, Londres, 1976.

Urbiztondo Perdices, M. C., *La Revista España bajo la dirección de Ortega y Gasset*, tesis de licenciatura dirigida por José Manuel Blecua Teijeiro, Universidad de Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, Departamento de Literatura [1970?].

Vahl, M. y M. Emerson, «Moldova and the Transnistrian Conflict», en <https://www.ssoar.info/ssoar/bitstream/handle/document/6196/ssoar-jemie-2004-iss_1-vahl_et_al-moldova_and_the_transnistrian_conflict.pdf?sequence=1>, pp. 1-3.

Valente, V. P., *O Poder e o Povo. A revoluçao de 1910,* Ediçao do centenário da República, Alethêia editores, Lisboa, 2010.

Valiani, L., *La dissoluzione dell'Austria-Ungheria*, Il Saggiatore, Milán, 1966.

Varela, J., «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de Razón Práctica*, n.º 88/1, 1988, pp. 27-37.

Veiga, F., *Els Balcans. La desfeta d'un somni*, Eumo editorial, Vic, 1993.

—, *La trampa balcánica. Una crisis europea de fin de siglo*, Grijalbo Mondadori, Barcelona, 1995.

—, *El Turco. Diez Siglos a las Puertas de Europa*, Debate, Barcelona, 2006.

Veiga, F. y Martín, P., *Las guerras de la Gran Guerra (1914-1923)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014.

Veiga, F., P. Martín y J. Sánchez Monroe, *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Alianza, Madrid, 2017.

Venturi, F., *El populismo ruso*, Alianza, Madrid, 1981.

Villanueva, J., *Lenin y las naciones*, Editorial Revolución, Madrid, 1987.

Vincent-Smith, J., *As Relações políticas luso-britânicas, 1910-1916*, Livros Horizonte, Lisboa, 1975.

Vivarelli, R., *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra allá marcia su Roma*, Il Mulino, Bolonia, 1991.

—, *Storia delle origini del fascismo. L'Italia dalla grande guerra alla marcia su Roma*, Il Mulino, Bolonia, 2012, vol. III.

Walicki, A., *Populismo y marxismo en Rusia. La teoría de los populistas rusos: controversia sobre el capitalismo*, Estela, Barcelona, 1971.

Walters, W. P., *A History of the League of Nations*, Oxford University Press, Londres y Nueva York, 1952.

Watson, D. R., «Jean Pélissier and the Office Central des Nationalités», *The English Historical Review*, 439, 1995, pp. 1.191-1.206.

Weitz, E. D., *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Turner, Madrid, 2009.

— ,«Self-determination: how a German Enlightenment idea became the slogan of national liberation and a human right», *American Historical Review*, vol. 120, n.º 2 (abril de 2015), pp. 462-496.

Weller, M., «The Self-determination Trap», *Ethnopolitics*, vol. 4, n.º 1 (marzo de 2005), pp. 3-28, <http://www.tamilnation.co/selfdetermination/trap.pdf>.

Wells, H. G., *The War That Will End War*, Nueva York, Duffield & Company, 1914, en <http://www.gutenberg.org/files/57481/57481-h/57481-h.htm>.

Wheeler, D. L. y C. Correia, *História Politica de Portugal de 1910 a 1926*, Publicações Europa-América, Lisboa, 1978.

Wilson, R. A. y R. D. Brown (ed.), *Humanitarianism and Suffering: the mobilization of empathy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2009.

Wilson, L., *Kaiser Guillermo II*, Grijalbo, Barcelona, 1967.

Wilson, W., *Constitutional Government in the United States*, Nueva York, Columbia University Press, 1917 [1908], <https: //archive.org/details/constitutionalg00wilsgoog/page/n7>.

—, *«Peace without Victory» Speech*, Jan. 22, 1917; 64th Cong., 23rd Sess., Senate Document n.º 685: «A League for Peace», <http://web.mit.edu /21h.102/www/ Wilson%20Peace%20Without%20Victory.htm>.

—, *Address delivered at Joint Session of the Two Houses of Congress*, April 2, 1917; 65th Cong., 1st Sess., Senate Document No. 5, <http://wps.prenhall.com/ wps/media/objects/107/110495/ch22_a2_d1.pdf>.

—, *President Woodrow Wilson's Fourteen Points*, January 8, 1918, <https://avalon.law.yale.edu/20th_century/wilson14.asp>.

—, «Remarks about Giuseppe Mazzini» y «Further remarks in Genoa», en A. S. Lind (ed.), *The Papers of Woodrow Wilson*, Princeton University Press, Princeton, 1986, vol. 53, pp. 614-615.

Wolikow, S., *L'Internationale Communiste (1919-1943). Le Komintern ou le rêve déchu du parti mundial de la révolution*, Les Editions de l'Atelier, París, 2010.

—, «La creación de la Komintern y la onda expansiva de la revolución en Europa: interacciones y desfases», en J. Andrade y F. Hernández Sánchez (eds.), *1917. La Revolución rusa cien años después*, Akal, Madrid, 2017, pp. 183-189.

Woods, A., «The Hungarian Soviet Republic of 1919 - The Forgotten Revolution», *In Defense of Marxism*, <https://www.marxist.com/hungarian-soviet-republic-1919.htm>.

Ybarra, E. de, *El Correo español-El pueblo vasco: un periódico institución, 1910-1985*, El Correo Español-El Pueblo Vasco, Bilbao, 1985.

Zamoyski, A., *Rites of Peace: The Fall of Napoleon and the Congress of Vienna*, HarperCollins, Nueva York, 2007.

Zollmann, J., *Naulila, 1914 World War I in Angola and International Law. A study in (post)-colonial border regimes and interstate arbitration*, NOMOS, Baden-Baden, 2016.

«Zum einjährigen Bestehen der "Deutschen Warte" - Wochenausgabe«, *Die Deutsche Warte*, n.º 2, segundo año, 20/1/1917, p. 1.

Zürcher, E. J., *The Young Turk legacy and nation building. From the Ottoman Empire to Atatürk's Turkey*, I.B.Tauris & Co Ltd., Londres-Nueva York, 2010.

Zweig, S., *El món d'ahir*, Barcelona, Quaderns Crema, 2001.